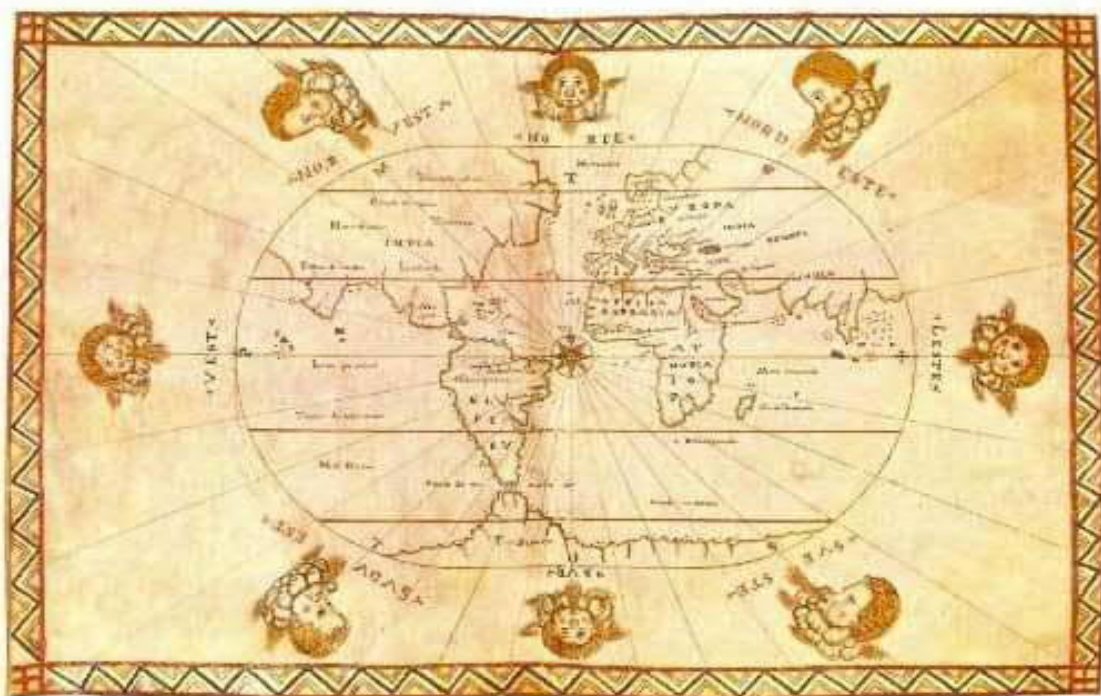


Fernand Braudel

LAS CIVILIZACIONES ACTUALES

Estudio de historia económica y social



Editorial Tecnos

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

FERNAND BRAUDEL

LAS CIVILIZACIONES ACTUALES

ESTUDIO DE HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL



tecnos

Los derechos para la versión en castellano del
libro segundo de la obra
Le monde actuel, histoire et civilisation
publicada por © LIBRAIRIE CLASSIQUE EUGÈNE BELIN, París,
son propiedad de EDITORIAL TECNOS, S. A.

Traducción por
J. GOMEZ Y MENDOZA
y
GONZALO ANES

Impresión de cubierta:
Gráficas Molina

1.ª edición, 1966
1.ª reimpresión, 1969
2.ª reimpresión, 1970
3.ª reimpresión, 1971
4.ª reimpresión, 1973
5.ª reimpresión, 1975
6.ª reimpresión, 1978
7.ª reimpresión, 1983
8.ª reimpresión, 1986
9.ª reimpresión, 1993



© EDITORIAL TECNOS, S. A., 1993
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 84-309-0594-4
Depósito Legal: M-33117-1993

Printed in Spain. Impreso en España por Grafiris. C/ Codorniz, s/n. Fuenlabrada (Madrid)

INDICE

ANTAÑO, AYER Y HOY		Páginas
LAS GRANDES CIVILIZACIONES DEL MUNDO ACTUAL		
CAP. I.	GRAMÁTICA DE LAS CIVILIZACIONES: LAS VARIACIONES DE VOCABULARIO ...	12
	Notas y documentos ...	16
CAP. II.	LA CIVILIZACIÓN SE DEFINE EN RELACIÓN CON LAS DIFERENTES CIENCIAS DEL HOMBRE ...	23
I.	<i>Las civilizaciones son espacios</i> ...	23
II.	<i>Las civilizaciones son sociedades</i> ...	27
III.	<i>Las civilizaciones son economías</i> ...	29
IV.	<i>Las civilizaciones son mentalidades colectivas</i> ...	32
CAP. III.	LAS CIVILIZACIONES SON CONTINUIDADES ...	34
I.	<i>Las civilizaciones en sus coyunturas</i> ...	34
II.	<i>Las civilizaciones en sus estructuras</i> ...	36
III.	<i>Historia y civilizaciones</i> ...	41
	Notas y documentos ...	43
EL ISLAM Y EL MUNDO MUSULMAN		
CAP. IV.	LO QUE ENSEÑA LA HISTORIA ...	48
I.	<i>El Islam, nueva forma del Cercano Oriente</i> ...	48
II.	<i>Mahoma, el Corán, el Islam</i> ...	52
III.	<i>Arabia, los problemas de una cultura de escasa urbanización.</i>	54
CAP. V.	LO QUE ENSEÑA LA GEOGRAFÍA ...	58
I.	<i>Tierras y mares del Islam</i> ...	58
II.	<i>Continente intermediario o espacio-movimiento: las ciudades.</i>	64
CAP. VI.	ESPLENDOR Y RETROCESO DEL ISLAM (SIGLOS VIII-XVIII) ...	69
I.	<i>La civilización musulmana existió antes de los siglos VIII o IX.</i>	69
II.	<i>La edad de oro del Islam: siglos VIII al XII</i> ...	72
III.	<i>Ciencias y filosofía</i> ..	77
IV.	<i>Estancamiento o retroceso: siglos XII al XVIII</i> ...	81
CAP. VII.	EL RENACIMIENTO ACTUAL DEL ISLAM ...	86
I.	<i>Fin del colonialismo y juventud de los nacionalismos</i> ...	86
II.	<i>Los diversos estados musulmanes frente al mundo actual</i> ...	93
III.	<i>La civilización musulmana frente al siglo XX</i> ...	100
	El Islam entre 1962 y 1965 ...	104
	Notas y documentos ...	105
EL CONTINENTE NEGRO		
CAP. VIII.	EL CONTINENTE NEGRO Y SU PASADO ...	115
I.	<i>Los espacios</i> ...	115
II.	<i>Recorrido a través del pasado del continente negro</i> ...	122

CAP. IX. AFRICA NEGRA: SU PRESENTE Y SU FUTURO	131
I. <i>El despertar de Africa</i>	131
II. <i>Economía y sociedad: lo que está en juego</i>	136
III. <i>Arte y literatura</i>	139
Africa negra de 1962 a 1965	141
Notas y documentos	142

EXTREMO ORIENTE

CAP. X. INTRODUCCIÓN AL EXTREMO ORIENTE	147
I. <i>Lo que enseña la Geografía</i>	147
II. <i>Barbarie contra civilización: el testimonio de la Historia</i> ...	154
III. <i>Orígenes lejanos: las razones de un inmovilismo cultural</i> ..	157
CAP. XI. LA CHINA CLÁSICA	160
I. <i>Las dimensiones religiosas</i>	160
II. <i>Las dimensiones políticas</i>	170
III. <i>Las dimensiones sociales y económicas</i>	175
CAP. XII. CHINA DE AYER Y DE HOY	180
I. <i>La China humillada y enferma de la época de los tratados desiguales</i>	180
II. <i>La nueva China</i>	184
III. <i>La civilización china frente al mundo actual</i>	191
China de 1962 a 1965	194
Notas y documentos	195
CAP. XIII. LA INDIA DE AYER Y DE HOY	201
I. <i>Las Indias clásicas (hasta la colonización inglesa)</i>	201
II. <i>La India inglesa: una economía vieja frente al mundo moderno</i> ...	213
III. <i>¿Es necesario que la India realice una revolución de tipo chino?</i>	220
La India de 1962 a 1965	228
Notas y documentos	228
CAP. XIV. UN EXTREMO ORIENTE MARÍTIMO: INDOCHINA, INDONESIA, FILIPINAS, COREA, JAPÓN ..	233
I. <i>Indochina</i>	234
II. <i>Indonesia</i>	238
III. <i>Las Filipinas</i>	244
IV. <i>Corea</i>	245
Insulindia e Indochina de 1962 a 1965	248
CAP. XV. EL JAPÓN	250
I. <i>El Japón primitivo anterior a la civilización china</i>	251
II. <i>El Japón formado en la escuela de la civilización china</i> ...	254
III. <i>El Japón moderno</i>	261
Japón de 1962 a 1965	268
Notas y documentos	269

LAS CIVILIZACIONES EUROPEAS

CAP. XVI. ESPACIO Y LIBERTADES	273
I. <i>El espacio europeo se definió entre los siglos V a XIII</i>	273
II. <i>La libertad, o mejor dicho, las libertades (siglos XI-XVIII)</i> ...	279

CAP. XVII. CRISTIANISMO, HUMANISMO Y PENSAMIENTO CIENTÍFICO ..	292
I. El cristianismo ..	292
II. El humanismo y los humanistas ..	296
III. El pensamiento científico antes del siglo XIX ..	313
CAP. XVIII. LA INDUSTRIALIZACIÓN DE EUROPA ..	319
I. En los orígenes de la primera revolución industrial ..	319
II. La difusión del fenómeno industrial en Europa y fuera de ella.	326
III. El socialismo frente a la sociedad industrial ..	330
CAP. XIX. LAS UNIDADES DE EUROPA ..	337
I. Las unidades brillantes: el arte y el espíritu ..	338
II. Las unidades sólidas: la economía ..	343
III. Las unidades aleatorias: la política ..	349
Europa de 1962 a 1965 ..	356
Notas y documentos ..	358

EL OTRO NUEVO MUNDO

CAP. XX. AMÉRICA LATINA ..	371
I. Espacio, naturaleza y sociedad: el testimonio de una literatura.	371
II. La casi-fraternidad de las razas ..	376
III. La economía y las civilizaciones puestas a prueba ..	382
América latina de 1962 a 1965 ..	393
Notas y documentos ..	394

AMERICA POR EXCELENCIA:
ESTADOS UNIDOS

CAP. XXI. UN PASADO RECONFORTANTE: EL BALANCE DE LAS OPORTUNIDADES ..	401
I. Colonización e independencia ..	401
II. La conquista del Oeste ..	408
III. Industrialización y urbanización ..	411
CAP. XXII. LAS SOMBRAS Y LAS DIFICULTADES DE AYER A HOY ..	417
I. Una pesadilla tradicional: el problema negro o una colonia imposible de desarraigar ..	417
II. El capitalismo: de los trusts a la intervención estatal y a los oligopolios ..	420
III. Estados Unidos y el mundo ..	429
Estados Unidos de 1962 a 1965 ..	436
Notas y documentos ..	436
CAP. XXIII. A TRAVÉS DEL UNIVERSO INGLÉS ..	442
I. En el Canadá: Francia e Inglaterra ..	442
II. Africa austral: holandeses, ingleses y negros ..	446
III. Australia y Nueva Zelanda, o Inglaterra, por fin, sola ..	450
El imperio británico de 1962 a 1965 ..	453
Notas y documentos ..	454

LA OTRA EUROPA:
MOSCOVIA, RUSIA, U. R. S. S.

CAP. XXIV. DESDE SUS ORÍGENES A LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE EN 1917 ..	458
I. La Rusia del principado de Kiev ..	458
II. La religión ortodoxa ..	461
III. La gran Rusia ..	464

CAP. XXV. LA U. R. S. S. DESDE 1917 HASTA HOY	471
I. <i>De Marx a Lenin</i>	471
II. <i>Marxismo y civilización soviética, hoy</i>	477
III. <i>El Congreso de octubre de 1961</i>	486
La Unión Soviética de 1962 a 1965	490
Notas y documentos	492

ANTAÑO, AYER Y HOY:

LAS GRANDES CIVILIZACIONES DEL MUNDO ACTUAL

Este intento de comprensión y de explicación de nuestro tiempo tropieza, en primer lugar, con difíciles problemas de definición y de método que intentaremos resolver en los capítulos I, II, III, reunidos bajo el título común de *Una Gramática de las Civilizaciones*. Es necesario familiarizarse, en efecto, con una terminología y casi con un lenguaje.

Después estudiaremos de manera concreta (capítulos IV-XIV) las civilizaciones no-europeas: el Islam, Africa Negra, China, la India, Japón, Corea, Indochina e Indonesia. Hemos considerado preferible empezar por estas civilizaciones porque permiten distanciarse, en cierta manera, de Europa, y ayudan a comprender que Europa ya no es el centro del Universo, si es que alguna vez lo ha sido. Europa y lo que no es Europa; sin embargo, todavía radica en esta distinción la gran oposición de toda explicación seria del mundo.

Sólo en la tercera etapa (capítulos XIV-XXV) hablaremos de Europa, de sus civilizaciones finas y brillantes, porque el haber estudiado previamente las otras nos permitirá considerar a éstas con más serenidad. Este título general englotará no sólo a Occidente, a la vieja Europa, sino también a las nuevas: las Europas de América que provienen directamente de aquélla y esta múltiple experiencia europea que supone, digan lo que digan y hasta en su ideología, la experiencia espectacular de los soviéticos.

De ahí la división de este libro en tres partes: una gramática de las civilizaciones; las civilizaciones no-europeas; las civilizaciones europeas.

CAPITULO I

GRAMATICA DE LAS CIVILIZACIONES LAS VARIACIONES DE VOCABULARIO

Nos gustaría definir el término "civilización" con claridad y sencillez, a ser posible de la misma manera que se define una línea recta, un triángulo o un producto químico.

Desgraciadamente, el vocabulario de las ciencias del hombre no se presta a las definiciones perentorias. Aun cuando en la mayoría de los conceptos no todo es indeterminado y está en un continuo devenir, estos conceptos están lejos de encontrarse fijados de una vez para siempre; varían de un autor a otro y no cesan de evolucionar ante nuestros ojos.

Un sociólogo ha dicho que "las palabras son instrumentos que cada uno puede utilizar como desee, a condición de que previamente aclare el significado que les concede". Lo que equivale a decir que en el campo de las ciencias del hombre (como en el de la filosofía), las palabras más simples varían frecuente y forzosamente de sentido según el pensamiento que les da vida y que las utiliza.

1.º El término "civilización"—un neologismo—aparece tardía y casi furtivamente en Francia en el siglo XVIII. Fue fabricado a partir de las palabras "civilizado" y "civilizar" que existían desde hacía mucho tiempo y que eran frecuentemente utilizadas en el siglo XVI.

Hacia 1732, *Civilización* es todavía un término de jurisprudencia y designa un acto de justicia o un juicio que convierte en "civil" un proceso criminal. La expresión moderna con el sentido de "paso a un estado civilizado" aparece más tarde, en 1752, bajo la pluma de Turgot, que preparaba entonces una obra sobre la Historia Universal, obra que no llegaría a publicar él mismo.

La entrada oficial de este término en un texto impreso se debe a la publicación del *Tratado de la población* (1756), de Mirabeau, el padre del tribuno de la Revolución: lo emplea cuando habla de los "resortes de la civilización" e incluso del "lujo de una falsa civilización".

Es curioso constatar que Voltaire no utilizó un término tan cómodo como el de civilización, "aunque fuera él precisamente quien concibió su sentido... en su *Essai sur les Moeurs et sur l'Esprit des Nations* (1756) y el que esbozó por primera vez una historia general de la civilización". (J. Huizinga.)

Al cobrar nuevo sentido, «civilización» se opone, *grosso modo*, a «barbarie». Por un lado están los pueblos civilizados; por el otro, los pueblos salvajes, primitivos o bárbaros. Ni siquiera a los «buenos salvajes», tan alabados por una parte de los autores del siglo XVIII, se les reconoce como «civilizados». No cabe duda que en este término de «civilización», la sociedad francesa del final del reinado de Luis XV reconoce, con complacencia, su propia imagen, imagen que aún hoy puede seducirnos considerada desde nuestra perspectiva en el tiempo. En todo caso, quede claro que el nuevo término surgió porque era necesario. Hasta entonces, los adjetivos «poli» «*police*», *civil* y *civilizado* (que se aplicaban al que tenía buenas maneras y un correcto comportamiento social) no correspondían a ningún sustantivo. La palabra *policia* se empleaba más bien en el sentido de orden social, diferenciándose considerablemente del sentido que del adjetivo «*poli*» da el *Diccionario Universal* de Furetière (1690): «en sentido figurado, se emplea en moral y significa civilizado, civilizar, pulir las costumbres, hacer civil y social». Nada mejor que la conversación con las damas para civilizar y refinar a un joven.

2. Civilización y cultura: lanzado desde Francia, el término «civilización» da rápidamente la vuelta a Europa. Y con él otro término: «cultura».

Encontramos el término «civilización» en Inglaterra a partir de 1772 y sin duda, desde antes de esta fecha, bajo la forma de *civilization*, que se asegura la primacía sobre la palabra *civility*, ya empleada tiempo atrás. Igualmente, *Zivilisation* encuentra su sitio en Alemania frente al viejo término de *Bildung*. Por el contrario, en Holanda se tropieza con el sustantivo *beschaving*, formado a partir del verbo *beschaven*, cuyo sentido es refinar, ennoblecer, civilizar. Al tener *beschaving* aproximadamente el mismo sentido, asimiló sin dificultad al concepto de civilización y resistió, por lo tanto, al nuevo término, que, sin embargo, se empieza a abrir paso bajo la forma de *civilisatie*. Encuentra una resistencia parecida más allá de los Alpes y por las mismas razones: la lengua italiana posee y empleará en seguida con el mismo sentido de civilización el antiguo y bello término de *civiltà*, ya utilizado por Dante. Al estar fuertemente arraigado, *civiltà* impedirá la intrusión de la nueva palabra, pero no las discusiones que ésta trae consigo. En 1835, Romagnosi trató en vano de lanzar la palabra *incivilimento*, que para él significaba tanto el paso a la civilización como la propia civilización.

• En este viaje a través de Europa, el nuevo término, civilización, va acompañado por otro ya conocido: *cultura* (ya Cicerón decía: *Cultura animi philosophia est*), que se rejuvenece por entonces al cobrar aproximadamente el mismo sentido que civilización. Durante mucho tiempo, *cultura* fue sinónimo de civilización. Así, por ejemplo, en la Universidad de Berlín, en 1830, Hegel utiliza indiferentemente una u otra palabra. Pero llegará el día en que se sienta la necesidad de establecer una distinción entre ambos términos.

• El concepto de civilización es, en efecto, por lo menos doble. Se refiere tanto a los valores morales como a los materiales. Carlos Marx distinguirá las *infraestructuras* (materiales) de las *superestructuras* (espirituales), éstas en estrecha dependencia de aquéllas. Charles Seignobos decía en broma que «la civilización consiste en las carreteras, en los puertos y en los muelles».

lo que es una manera de decir que al hablar de civilización no se trata únicamente del espíritu. Marcel Mauss definió la civilización «como todo lo adquirido por el hombre», y el historiador Eugène Cavaignac ha dicho: «Es un mínimo de ciencia, de arte, de orden y de virtudes...»

Por lo tanto, la civilización se da, como mínimo, en dos niveles. Lo que explica que muchos autores no hayan reparado en distinguir entre *cultura* y *civilización*, cargando al primer término con la dignidad de lo *espiritual* y al segundo con la trivialidad de lo *material*.*

Desgraciadamente, nadie se ha puesto de acuerdo sobre la distinción a hacer y a mantener: de ahí que varíe según los países, e incluso en un mismo país, según las épocas y los autores...

En Alemania, tras una primera etapa de vacilación, la distinción culminará en una especie de primacía concedida a cultura (*Kultur*) y en una desvalorización consciente de «civilización». Para A. Tönnies (1922) y Alfred Weber (1935), *la civilización* no es más que un conjunto de conocimientos técnicos y de prácticas, una colección de medios para actuar sobre la naturaleza y por el contrario, *la cultura* estaría constituida por una serie de principios normativos, de valores, de ideales; en una palabra, por el «espíritu».

Estas posiciones explican la reflexión del historiador alemán Wilhelm Mommsen, que a primera vista puede parecer chocante a un lector francés: «Hoy día (1951), el hombre debe considerar como un deber el evitar que la civilización destruya la cultura y la técnica al ser humano.» Esta frase resulta paradójica, porque en Francia es el término «civilización» el que predomina, al igual que en Inglaterra y que en los Estados Unidos, mientras que en Polonia y en Rusia es a la cultura a quien corresponde la primacía, lo mismo que en Alemania (y también a causa de ello).* En Francia, la palabra *cultura* sólo conserva su fuerza cuando se trata de designar «cualquier forma *personal* de vida espiritual» (Henri Marrou); en este sentido, hablamos de la cultura y no de la civilización de un Paul Valéry, ya que *civilización* se refiere preferentemente a valores colectivos.

A todos estos problemas hay que añadir otro, que es el último, pero también el más importante. Los antropólogos anglosajones, desde E. B. Tylor (*Primitive Culture*, 1874), han buscado para designar a las sociedades primitivas que ellos estudian un término diferente al de civilización, que por lo general es empleado en inglés para las sociedades modernas. De ahí que digan—y más tarde acabarán por decirlo, siguiendo su ejemplo, todos los demás antropólogos—las *kulturas* primitivas, en oposición a las *civilizaciones* de las sociedades evolucionadas. En lo que a nosotros se refiere, recurriremos con frecuencia, en la presente obra, a este doble uso cada vez que oponamos *civilización* y *cultura*.

Afortunadamente, ninguna de estas complicaciones se plantea en lo que respecta al adjetivo *cultural*, inventado en Alemania hacia 1850, y cuyo uso resulta extraordinariamente cómodo. Designa, en efecto, el *conjunto* del contenido tanto de la civilización como de la cultura. En estas condiciones, puede decirse de una civilización o de una cultura que es un conjunto de *bienes culturales*, que su localización geográfica es un *área cultural*, su his-

toria una *historia cultural*, que los préstamos hechos por una civilización a otra son *préstamos culturales* o bien *transferencias culturales*. ya sean de orden espiritual o material. Este adjetivo, de uso tan extendido, suscita buen número de protestas: se le acusa de ser un barbarismo, una deformación lingüística. Pero mientras no se le encuentre un rival, su porvenir está asegurado puesto que tiene el monopolio de su significado.

3. Hacia 1819, la palabra "civilización", hasta entonces entendida en singular, se pluraliza.

Desde entonces «tiende a tomar un nuevo sentido, *totalmente diferente*: el conjunto de caracteres que presenta la vida colectiva de un grupo o de una época». Así se hablará de la civilización de Atenas en el siglo v, o de la civilización francesa a lo largo del siglo de Luis XIV. Se tropieza, pues, con un nuevo e importante obstáculo al plantear claramente el problema de la o las civilizaciones.

En realidad es el plural el que predomina en la mentalidad de un hombre del siglo xx, ya que con más razón que el singular es directamente accesible a nuestras experiencias personales. Los museos nos transportan en el tiempo, nos introducen con mayor o menor intensidad en las civilizaciones pasadas. Estos cambios de ambiente son todavía más evidentes en el espacio: atravesar el Rin o la Mancha, llegar al Mediterráneo cuando se viene del Norte constituyen toda una serie de experiencias inolvidables y claras que subrayan todas ellas la verdad encerrada en el plural de la palabra de que tratamos. No se puede negar que existen *unas* civilizaciones diferentes.

Si se nos pide entonces una definición de la civilización, nuestra indecisión será indudablemente mayor. De hecho, el empleo del plural corresponde a la desaparición de un cierto concepto, a la progresiva eliminación de la idea, propia del siglo xviii, de una civilización confundida con el progreso en sí, y que se reserva para unos cuantos pueblos civilizados, por no decir para unos cuantos grupos humanos, para la «élite». Afortunadamente, en el siglo xx han desaparecido un cierto número de juicios de valor y no es posible, en realidad, determinar cuál es la mejor de las civilizaciones, por carecer de criterios fijos para ello.

En estas condiciones, la civilización entendida en singular ha perdido parte de su esplendor. Ya no es el alto, el altísimo valor moral e intelectual que en ella veía el siglo xviii. Por ejemplo, hoy día preferimos decir, en el sentido lingüístico, que una acción abominable es un crimen contra la *humanidad* y no un crimen contra la *civilización*, aunque el sentido sea el mismo. Y es que el lenguaje moderno se muestra reticente con respecto al empleo de la palabra civilización, en su antigua acepción de excelencia, de superioridad humana.

En la actualidad, civilización sería más bien y sobre todo el bien común que se reparten desigualmente todas las civilizaciones, «lo que el hombre ya no olvida», a saber: el fuego, la escritura, el cálculo, la domesticación de las plantas y de los animales, bienes a los que ya no se adjudica ningún

origen particular; se han convertido en los bienes colectivos de la civilización.

Ahora bien, este fenómeno de difusión a toda la humanidad del patrimonio cultural común tiene en el mundo actual una amplitud considerable. Una técnica industrial, inventada en occidente, es exportada a través de todo el mundo, que la recoge y la implanta frenéticamente. Puede que llegue, al imponer por todas partes un aspecto común—edificios de hormigón, de cristal y de acero, aeropuertos, líneas de ferrocarril con sus estaciones y sus altavoces, ciudades enormes que, poco a poco, se van apoderando de la mayor parte de los hombres—, puede que esta técnica industrial llegue a unificar al mundo. “Nos encontramos en una fase, ha dicho Raymond Aron, en la que descubrimos, al mismo tiempo, la verdad relativa del concepto de civilización y la insuficiencia de este mismo concepto... La fase de las civilizaciones está terminándose y... la humanidad va a tener acceso, para bien o para mal, a una nueva fase”; en pocas palabras, a la fase de una civilización susceptible de extenderse a todo el universo.

Sin embargo, la “civilización industrial”, exportada por occidente, es sólo uno de los caracteres de la civilización occidental. Al adaptarse a ella, el mundo está lejos de aceptar el conjunto de esta civilización. Por otra parte, el pasado de las civilizaciones se reduce a la historia de las continuas transferencias entre unas y otras, a lo largo de los siglos, sin que por ello hayan perdido ni sus particularidades ni su originalidad. Debemos admitir, sin embargo, que, por primera vez, un aspecto decisivo de una civilización particular aparece como susceptible de ser asimilado por todas las civilizaciones del mundo y también que la rapidez de las comunicaciones modernas favorece su rápida y eficaz difusión. Lo que quiere decir a nuestro entender que lo que llamamos *civilización industrial* se va a convertir en esta civilización colectiva del universo de la que hablábamos más arriba. Cada una de las civilizaciones ha sido, es, o será conmovida en sus estructuras profundas. Es indudable que esta conmoción no ha de suscitar por doquier las mismas formas de aceptación o de repulsa. Esta fuerza unificadora avanza hasta chocar contra unos “altos acantilados”, en donde se rompe.

¶ En resumen, suponiendo que todas las civilizaciones del mundo logren en un plazo más o menos corto uniformar sus técnicas más usuales y a través de éstas algunos de sus modos de vida, aun así, y por mucho tiempo todavía, nos encontraremos, en fin de cuentas, con una serie de civilizaciones muy diferenciadas. Durante mucho tiempo todavía, la palabra «civilización» conservará un singular y un plural. Y el historiador no titubea en afirmar esto categóricamente.

NOTAS Y DOCUMENTOS

1. A través de la literatura.

La discusión planteada por el vocabulario es aún mucho más extensa y ambigua de lo que dan a entender nuestras explicaciones. Todos los escritores tropiezan con ella, se complacen en ella. Así, por ejemplo, y por no dar más que este bello ejemplo, Albert Camus, en sus *Carnets*, 1962, I, páginas 44-45, dice: «La civilización no reside en un grado mayor o menor

de refinamiento, sino en una conciencia común a todo un pueblo. Y esta conciencia nunca es refinada, sino siempre recta. Convertir la civilización en el privilegio de una «élite» equivale a identificarla con una cultura, que es una cosa muy distinta. Hay una cultura mediterránea, pero también hay una civilización mediterránea. En el extremo opuesto, no se debe confundir civilización y pueblo.»

Está claro que Camus utiliza aquí el término de «cultura» en su sentido de alta formación intelectual.

2. El vocabulario, en pugna con las engañosas teorías generales de la Historia de las civilizaciones.

Las discusiones respecto de las civilizaciones han dado lugar a una serie de libros apasionados, pseudo-científicos, pero de gran éxito. A los historiadores no les gustan nada las teorías generales y las abusivas «filosofías de la historia». Pero no por ello dejan de existir y su testimonio sigue alborotando las polémicas.

A/OSWALD SPENGLER/(1880-1936) lanzó una teoría patética que profetiza, como el mismo título de su obra más importante indica, *La decadencia de Occidente* (primera edición alemana, 1920-22; traducción francesa, París, N. R. F., 1931). Para este alemán romántico, el Occidente, después de la Primera Guerra Mundial, es un universo a la deriva. Sin duda de resultados de la guerra, pero sobre todo porque se trata de una gran civilización y porque el destino de toda civilización es nacer, florecer y, por último, morir.

En su punto de partida, toda civilización es, en efecto, una «cultura». Vive entonces bajo el signo de la creación, del ímpetu, de la imaginación creadora. «Seres vivos de orden supremo» a quienes toda esperanza está permitida, puesto que «el destino es siempre joven», sólo las «culturas» son grandes, «bajo el sol del verano..., en la época de Fidias o de Mozart». Cada una de ellas se afirma como un ser original, exclusivo, «una isla en medio del océano».

Pero llega el momento en que toda cultura se transforma obligatoriamente en civilización, en este «fin del devenir». Deja entonces de ser un organismo vivo, y sólo se mantiene gracias a la velocidad adquirida, ya que «el fuego de su alma se ha apagado» y el verano ha cedido el sitio al invierno. La civilización ya no inventa nada; no es más que «un paso de gigante... hacia su muerte».

Este es, para Spengler, el esquema del proceso obligatorio de toda civilización, y puesto que nosotros mismos, occidentales, somos, por desgracia, «civilizados», a Spengler no le resulta difícil profetizar el fin próximo de Europa.

B. ARNOLD TOYNBEE. Contra lo que él dice, y aunque no ponemos en duda su originalidad, Arnold Toynbee (nacido en 1889) continúa la tesis y las profecías spenglerianas, aunque atemperándolas, traduciéndolas a términos de prosa e imprimiéndoles el distintivo del sentido común anglosajón.

¶ También para él las civilizaciones son seres vivos, que nacen, se desarrollan y mueren. Para fundamentar su tesis se dedica a hacer innumerables comparaciones entre todas las civilizaciones del mundo, probablemente lo más positivo de los libros de Toynbee, aunque sus comparaciones sean muy discutibles. Es discutible su enumeración de las civilizaciones, ya que las limita a veintidós exactamente, de las cuales sólo cinco están aún en vida (la occidental, la musulmana, la china, la india y la ortodoxa). Cae en el error de distinguir tan sólo los espacios culturales muy extensos: sabemos que, de hecho, éstos se fraccionan en multitud de unidades. Por tanto, Toynbee expulsa de la historia a todas las culturas primitivas o evolucionadas, como, por ejemplo, las del África Negra.

Por encima de las reducciones numéricas, las explicaciones de Arnold Toynbee se reducen a un esquema tan elemental como el de Spengler. Todas las civilizaciones sufren ineludiblemente los mismos procesos, que las conducen desde su nacimiento a su desarrollo y a su muerte.

No hay nacimientos, ya lo hemos dicho, sin reto de la naturaleza que provoca, por parte del hombre, la *réplica* correspondiente. No hay desarrollo cultural sin la acción de las minorías creadoras actuantes. Basta que estas minorías de elegidos sean reducidas o reticentes para que todo esté en peligro. La paralización y el deterioro finales provocan regularmente crisis sociales o religiosas apoyadas por los proletariados, tanto «interiores» como «exteriores» (entiéndase por proletariados exteriores, los pueblos vecinos menos ricos y menos desarrollados, como, por ejemplo, los germanos, en la frontera romana). Por lo general, el fin de una civilización es anunciado doblemente: un *primer síntoma* es la formación de un *Estado Universal* que reúna el espacio y la masa humana de la civilización de la que se trate; un segundo síntoma consiste en que una nueva religión, victoriosa, se imponga en este Estado. Es el caso típico del Imperio romano, de cuyo cuerpo se apoderó el cristianismo.

Tan amplio panorama está siempre caracterizado por un optimismo de buena ley: a través de las muertes sucesivas de las civilizaciones, se afirma, en efecto, un progreso evidente, desde el infrahombre de antaño al *homo-sapiens*, y en el futuro al superhombre. Y semejante progreso de la Humanidad sería de naturaleza fundamentalmente religiosa, ya que, según lo que Toynbee llama una «inversión de funciones», «las civilizaciones se van poniendo, cada vez más, al servicio de las religiones superiores y no éstas al servicio de aquéllas». Esta nota espiritualista se afirma también cada vez más en los últimos tomos de su *Study of Story* (diez tomos publicados).

C La obra de ALFRED WEBER (1868-1958), hermano del gran Max Weber (1864-1920), es mucho menos conocida: el autor la publicó en un mal momento (1935) y, por otra parte, es obra difícil y oscura. Su título, *Kulturgeschichte als Kultursoziologie* puede traducirse por *Sociología de la Historia Cultural*.

En su género, el libro no tiene equivalente. Expone la historia de una cadena continua de sociedades, desde las más primitivas hasta las más altas formas culturales. Las primeras «culturas» del Viejo Mundo se colocan hacia

4.000 años antes de C., en el curso de accidentes grandiosos, de mutaciones climáticas y en medio de pueblos de agricultores, de pastores y de pueblos conocedores del caballo. De estos tres elementos, el último, atento a los animales, a las plantas, al cielo, «el oído siempre pegado al suelo» sería el artífice responsable de estas civilizaciones de «primer grado», todas ellas de carácter mágico. Al pasar al segundo y más tarde al tercer grado, las civilizaciones se van liberando progresivamente de los viejos lazos mágicos. Al ser desviadas por varias mutaciones sucesivas, con frecuencia en un único y mismo espacio del globo, evolucionan hacia un mayor racionalismo. Sin duda alguna, el mejor ejemplo de esta evolución es Occidente. China y la India serían, por el contrario, civilizaciones encerradas todavía en la magia del primer grado.

Estos ejemplos son significativos de la fragilidad de los resultados obtenidos por la filosofía de la historia aplicada a las civilizaciones; en cada caso, una gran tesis suministra una explicación general del destino de toda la Humanidad y se expresa a través de un modelo inmutable. Ni uno solo de los autores citados ha tratado de definir el contenido concreto del concepto de civilización.

A medida que van cobrando importancia todas las ciencias sociales, el pensamiento actual se va desinteresando progresivamente de estas grandes arquitecturas ideológicas.

3. Los indios de Kayapo (Brasil Central).

Pero, al margen de estas discusiones, lo verdaderamente importante es volver a términos concretos, y subrayar, gracias a un ejemplo preciso, lo que puede ser una cultura en el sentido en que la entienden los antropólogos. Reproducimos a continuación una nota inédita de Alfred Métraux, en la que se define «el plano cero» de una cultura primitiva.

1. Sociedades aisladas

Una cultura primitiva sólo puede subsistir si se mantiene aislada. De ahí que la vida actual represente para las culturas primitivas una amenaza de muerte. El aislamiento de las tribus del centro de Brasil ha quedado roto a causa del avión, que es un eficaz instrumento de penetración y de colonización. Por lo general, el contacto violento con los blancos ha tenido fatales consecuencias para los pequeños grupos indígenas, los cuales, amparados por la savana (sertao), habían conseguido hasta ahora mantener, junto con su independencia, la integridad de su «cultura». Entre estos pueblos, víctimas de las comunicaciones modernas, están los Kayapo, cuyo número era estimado, hace diez años, en 3.000, y en la actualidad se reduce a 1.500, siendo objeto, además, de una continua disminución. Con ellos desaparecerá una de las últimas tribus que hayan creído posible resistir, con sus arcos y sus flechas, a la intrusión de los blancos. Hoy día, los últimos Kayapo ya no se hacen ilusiones. Uno de sus jefes, de vuelta de Río de Janeiro, declaró: «Estamos perdidos; los blancos son tan numerosos como las hormigas.»

Estos indios se encuentran desparramados sobre un inmenso territorio (cerca de 100.000 kilómetros cuadrados), desde la cuenca del Araguaia a la del Xingu. Se trasladan en pequeños grupos, que rara vez sobrepasan los varios centenares de individuos. Las luchas intestinas les están diezmando continuamente. Una vulgar pelea familiar puede dar origen a una lucha general. Los disidentes fundan entonces un nuevo establecimiento, que a veces está a cientos de kilómetros del antiguo, y adoptan otro nombre.

2. *Medios de subsistencia.*

Se ha descrito a los Kayapo como nómadas que practican todo lo más una rudimentaria agricultura. De hecho, si les faltasen los principales productos de su suelo—mandioca, maíz, ñame, boniato—se verían sumidos en una terrible penuria. Los calveros que abren con el fuego y con el hacha en las terrazas de los bosques les obligan, por lo demás, a un relativo sedentarismo. Sólo abandonan sus pueblos para deambular, a lo largo de varias semanas, por las savanas, durante la estación seca cuando los medios de subsistencia son escasos. Estas expediciones preceden también a la preparación de las fiestas, ya que tienen, entonces, necesidad de acumular enormes cantidades de víveres. La caza, a la que son muy aficionados, no abunda. A veces tienen que recorrer grandes distancias antes de encontrarla y, además, les resulta difícil matarla, ya que sólo cuenta con la ayuda de unos perros famélicos, sus únicos animales domésticos.

La pesca constituye otra causa de la inferioridad de estos indios. Mientras que sus vecinos practican diferentes métodos de pesca, los Kayapo sólo conocen uno: consiste en envenenar las aguas de un río, mediante la sustancia tóxica del bejuco, que actúa sobre los peces a manera de estupefaciente.

Entre los Kayapo, en comparación con la agricultura, la recolección viene en segundo lugar. La fruta, los brotes de palmera, las bayas, la miel, recogidos entre los matorrales o en los alrededores de las plantaciones, suponen, en la estación seca, un alimento preparado de antemano.

Desconocen la alfarería. Los alimentos, envueltos en hojas, son cocidos bajo un montón de piedras calentadas al rojo vivo y después recubiertos de tierra. Después de treinta o cuarenta minutos de cocción, desmontan el horno, apartando las piedras con palos, y se distribuyen inmediatamente los paquetes calientes. Su plato favorito es un pastel de carne, mezclado con harina de mandioca. Para calentar el agua, meten piedras calientes dentro de un tronco de palmera vaciado.

3. *Medios de transporte y adornos.*

Por ignorar la técnica de fabricar piraguas, los Kayapo atraviesan los ríos por un vado o a nado, empujando balsas de fabricación grosera cargadas con su ajuar. Las lianas tendidas de una orilla a otra les ayudan a resistir la corriente. Como la mayoría de los indios amazónicos, los Kayapo de ambos sexos no van vestidos, pero son aficionados a todo tipo de ador-

nos, siendo los más bellos las diademas de pluma de guacamayo, que lucen los días de fiesta. Hombres, mujeres y niños, desde los cuatro o cinco años de edad tienen el cráneo totalmente afeitado. Esta tonsura y un enorme disco de madera, con el que los hombres se perforan el labio inferior, son los signos distintivos de los Kayapo. También se introducen pesados adornos en los lóbulos de las orejas. El arte kayapo encuentra un libre campo de expresión en las pinturas corporales, particularmente en las de los niños. Con la sustancia negra de la yagua y la roja de la bija dibujan en la piel arabescos de bello efecto.

4. *Los pueblos y las moradas.*

Los pueblos de los Kayapo, situados en la savana, a cierta distancia del bosque en terrazas, se presentan como amplios círculos con centro aproximado en la «casa de los hombres», rodeada de chozas familiares, frágiles estructuras, casi siempre de forma ovoide, cubiertas con hojas de palmera.

5. *Los lazos sociales.*

Hombres y mujeres pertenecen a muy diversos grupos y asociaciones, según su edad, su filiación y los nombres que les han sido otorgados.

El Kayapo nace en la choza materna, ya que la costumbre exige que el marido se instale en casa de su suegra. El niño es recibido y presentado a la tribu por su abuela materna; sus tíos maternos ejecutan entonces la llamada «ceremonia de las pértigas», la primera de las innumerables ceremonias en las que el Kayapo participará a lo largo de su vida. En el curso de los primeros años de ésta, su familia paterna o materna (según su sexo) le va concediendo diferentes nombres—hasta doce—que determinan su pertenencia a grupos patronímicos con carácter ceremonial.

Por lo tanto, desde su infancia, el joven Kayapo se ve determinado por su familia materna, por su edad y por su grupo patronímico. A los doce años, con los otros niños de su edad, abandona la casa materna para instalarse en la «casa de los hombres», donde inicia el aprendizaje de su oficio de adulto, bajo la dirección de un adolescente que le sirve de mentor. Sólo vuelve a su casa para recoger la comida, que comparte con sus compañeros.

La siguiente clase es la de los guerreros. El adolescente sólo tiene acceso a ella después de haber atravesado una serie de ritos de iniciación. Al ser la guerra parte integrante de la vida social, el adolescente, mientras no tiene a su cargo una familia, participa en una serie de competiciones, y el prestigio que consiga en ellas le permitirá asumir en el interior de la «casa de los hombres» un papel preponderante y ser puesto como ejemplo a los menores que él.

Tras estos años de celibato, se casa con la muchacha que le han destinado sus padres. Su matrimonio no le aparta de la «casa de los hombres». Aunque habita en la casa de su mujer, es extraño en ella. Es el huésped habitual y no el jefe de familia. Esta función le corresponde a la madre, y en su defecto, se mantiene la ascendencia femenina ocupando el cargo una her-

mana o una hija. El hombre permanece en relación con la casa de su madre, y sus lazos más sólidos son los que le unen a sus hermanas. La «casa de los hombres» continúa siendo el centro de atracción de la población masculina. Una vez casado, el Kayapo escoge pertenecer a uno de los dos grupos («mitad») en los que se dividen los hombres adultos. Pasa así al servicio de un jefe, al que acompaña a la guerra y cuyos huertos cultiva. En contrapartida, participa en las cacerías y pescas colectivas. Después, se situará en la «casa de los hombres», al Este o al Oeste, según la «mitad» que haya escogido, pues cada una de ellas está asociada a un punto cardinal.

Con la paternidad, el joven casado tiene acceso a una nueva clase de edad. En el último período de su vida entra en la clase de los viejos. Su función en la «casa de los hombres» es entonces arengar a los jóvenes y a los hombres maduros, con motivo de cualquier acontecimiento importante o en vísperas de una partida para la caza o la guerra. Cuando se siente en forma, relata, ayudándose de la mímica, las hazañas de su juventud.

6. Fiestas y religión.

Las fiestas absorben la actividad de los Kayapo durante una gran parte del año. A pesar de sus ritos, las fiestas no son de naturaleza religiosa ni mágica. A diferencia de los otros indios amazónicos, los Kayapo se interesan muy poco por el mundo sobrenatural. Aunque temen a los malos espíritus, en particular a los de los muertos, nunca los conjuran para obtener sus favores o para calmarlos. Los curanderos tan sólo gozan de un prestigio moderado. *Las ceremonias de los Kayapo se mantienen en un plano profano y su finalidad fundamental es la integración social del individuo.* Son manifestaciones artísticas, deportivas, en las que a veces se come mucho, pero prácticamente no se bebe, como ocurre en las fiestas de sus vecinos, al desconocer estos indios las bebidas fermentadas.

7. La primacía de lo social.

Entre las culturas arcaicas de América del Sur, los Kayapo aparecen como una sociedad que tiene poco que ver con lo que se imagina comúnmente como sociedad primitiva. La clave de sus instituciones no radica ni en sus creencias religiosas o mágicas, ni en el principio de filiación. El cuadro social de los Kayapo presenta múltiples facetas. Desde cualquier ángulo que se le mire, se presenta bajo el aspecto de grupos con funciones diversas y muchas veces imprecisas. A estos hombres que todavía están en la edad de piedra, no les interesa, como a otros, obtener los favores del mundo sobrenatural, sino que despliegan toda su energía a favor de la creación de un universo en el que la vida no tiene más fin que confirmar, con interminables ceremonias, los cambios de estadio social. A la sociedad le corresponde la primacía.

CAPITULO II

LA CIVILIZACION SE DEFINE EN RELACION CON LAS DIFERENTES CIENCIAS DEL HOMBRE

El concepto de civilización sólo se puede definir a la luz de todas las ciencias del hombre, comprendida la historia. Pero en este capítulo todavía no vamos a tratar de esta ciencia

De momento, intentaremos definir el concepto de civilización en relación con las demás ciencias del hombre, refiriéndonos sucesivamente a la geografía, a la sociología, a la economía y a la psicología colectiva. Es decir, cuatro viajes por tierras que no se parecen lo más mínimo. Pero las respuestas obtenidas tendrán mucho más en común de lo que a primera vista pudiera pensarse.

I. LAS CIVILIZACIONES SON ESPACIOS

Siempre es posible localizar las civilizaciones en un mapa, sea cual sea su tamaño, tanto a las civilizaciones ricas como a las pobres. Un aspecto esencial de su realidad depende de las sujeciones o ventajas determinadas por su medio geográfico.

Está claro que este medio ha sido transformado por el hombre desde hace siglos, casi podría decirse que desde hace milenios. En todos los paisajes quedan huellas de este trabajo continuo, que se va perfeccionando con cada nueva generación. Se va, en suma, capitalizando. Gracias a esta labor, el hombre se ha ido transformando por «ese poderoso trabajo del hombre sobre sí mismo» del que habla Michelet, o si se quiere, por «esa producción del hombre por el hombre», como dice Carlos Marx.

1. Al hablar de civilizaciones se habla de espacios, de tierras, de relieves, de climas, de vegetaciones, de especies animales, de prerrogativas dadas o adquiridas.

Y de todas las consecuencias que esto tiene para el hombre: agricultura, ganadería, alimentos, casas, trajes, comunicaciones, industria... El escenario en el que tienen lugar estas interminables obras de teatro condiciona en parte su desarrollo, explica sus peculiaridades; los hombres pasan, pero el medio permanece relativamente igual a sí mismo.

El indianólogo Hermann Goetz considera que existen dos Indias opuestas: la India húmeda de las grandes lluvias, de los lagos, de las tierras pantanosas, de las plantas y de las flores acuáticas, de los bosques y selvas, la India de los hombres de piel oscura, por un lado, y, por el otro, la India relativamente seca que comprende el curso medio del Indo y del Ganges y que se prolonga a través del Decán: esta última habitada por hombres de piel clara, casi siempre guerreros. La India se reduciría al diálogo, a la lucha entre estos dos espacios, entre estas dos humanidades.

Sin embargo, el medio natural y transformado por el hombre no es el único factor de condicionamientos, que de antemano lo encierra todo en un rígido determinismo. Aun siendo un factor importante, bajo la forma de ventajas, tanto dadas como adquiridas, no todo lo explica el medio.

Bajo el signo de ventajas naturales, toda civilización sería consecuencia de los privilegios inmediatos pronto aprovechados por el hombre. Así, por ejemplo, en el principio de los tiempos, las civilizaciones fluviales del Viejo Mundo florecieron a lo largo del río Amarillo (civilización china); del Indo (civilización pre-india); del Éufrates y del Tigris (Sumer-Babilonia, Asiria); del Nilo (civilización egipcia). De la misma manera, florecieron las civilizaciones thalassocráticas, consecuencia directa del mar: Fenicia, Grecia, Roma (ya que si Egipto es un don del Nilo estas tres civilizaciones son un regalo del Mediterráneo), y también el conjunto de poderosas civilizaciones del norte de Europa, en torno al Báltico y al Mar del Norte; sin olvidar al océano Atlántico y a sus civilizaciones periféricas; y, en efecto, el núcleo del occidente actual y de sus dependencias está centrado en torno al océano, como antaño el mundo romano lo estuvo en torno al Mediterráneo.

De hecho, estos ejemplos clásicos demuestran la primacía de los medios de comunicación. Ninguna civilización puede vivir sin movimiento propio, enriqueciéndose cada una de ellas con los intercambios y con los contactos a los que se ve obligada por una vecindad próspera. Así, por ejemplo, la civilización islámica es inconcebible sin el movimiento de sus caravanas, a través de esos extensos "mares sin agua" que son las estepas y los desiertos de su ámbito; inconcebible sin sus navegaciones a través del Mediterráneo y del océano Indico hasta Malaca y hasta China.

Pero al enumerar estos éxitos culturales sobrepasamos ya las condiciones naturales favorables, inmediatas, supuestos orígenes de la civilización. Vencer la hostilidad de los desiertos y las violentas cóleras del Mediterráneo, utilizar los vientos regulares del océano Indico, poner diques a un río suponen y otros tantos esfuerzos humanos, otras tantas ventajas adquiridas, o mejor dicho conquistadas.

El problema, entonces, es saber por qué han sido capaces de la feliz consecución de estas empresas unos hombres sí y otros no, en unos determinados territorios y no en otros, y esto a lo largo de muchas generaciones.

A este respecto, Arnold Toynbee ha elaborado una atractiva teoría: para la consecución de todo éxito humano es necesario lo que él llama un challenge y una response, es decir, un reto y una réplica a este reto, es necesario que la naturaleza se le presente al hombre como una dificultad a vencer; si el hombre acepta el reto, su réplica pone los cimientos de la civilización.

Sería, sin embargo, necesario concluir, si se lleva esta teoría hasta sus últimas consecuencias, que cuanto más fuerte sea el reto de la naturaleza mayor será la réplica del hombre. Esto parece dudoso. El hombre civilizado del siglo xx ha aceptado el reto insolente de los desiertos, de las regiones polares y ecuatoriales. Ahora bien, a pesar de que en ellos existen intereses indudables (oro, petróleo), los hombres no han conseguido hasta ahora multiplicarse en estos espacios y crear en ellos verdaderas civilizaciones. Por lo tanto, es verdad que hay reto de la naturaleza, es verdad que hay réplica del hombre, pero no es forzoso que en consecuencia surja una civilización. Por lo menos, hasta que se hayan encontrado técnicas y réplicas mejores.

Por consiguiente, cada civilización está sujeta a un ámbito y a unos límites más o menos estables; de ahí que cada una de ellas tenga una geografía particular, la suya, que implica toda una serie de posibilidades, de sujeciones dadas, algunas prácticamente permanentes, que nunca son las mismas para más de una civilización. Como resultado, tenemos una abigarrada superficie del mundo, en la que los mapas indican, a voluntad, zonas de casas de madera, de adobe, de bambú y de papel, de ladrillos o de piedras; zonas de diferentes fibras textiles: lana, algodón, seda; zonas de grandes cultivos de base: arroz, maíz, trigo...; los retos varían, y de la misma manera varían las respuestas que se les dan.

La civilización occidental es la del trigo, la del pan, y hasta la del pan blanco, con todas las sujeciones que esto supone, ya que el trigo es un cultivo muy exigente. Es un cultivo, en efecto, que exige una rotación anual y que se deje en reposo unas veces cada dos años y otras todos los años la tierra en donde ha sido cultivado. De la misma manera, el arrozal inundado, progresivamente extendido a las tierras bajas del Extremo Oriente, implica, también, muchas sujeciones.

Por lo tanto, las réplicas del hombre, al tiempo que le liberan del medio que le rodea, le van esclavizando a las soluciones que ha imaginado. Se libera de un determinismo para caer en otro.

2. Para los antropólogos, un área cultural es un espacio en el interior del cual predomina la asociación de ciertos rasgos culturales.

Así, por ejemplo, cuando se trata de pueblos primitivos, además del idioma, determinadas culturas de subsistencia, determinada ceremonia matrimonial, determinadas creencias, técnicas de alfarería, de flechas guarnecidas de plumas o de fabricación de tejidos... Estas áreas distinguidas por los antropólogos, definidas a partir de detalles precisos, son, por lo general, pequeñas.

Sin embargo, determinadas áreas culturales se agrupan en conjuntos más amplios, según ciertos rasgos comunes al grupo y que, entonces, las diferencian de otros amplios conjuntos. Marcel Mauss creía que, en torno al inmenso Océano Pacífico, las culturas primitivas formaban, a pesar de las sensibles diferencias existentes entre ellas y de la enormidad de los espacios interpuestos, un único y coherente conjunto humano o, mejor dicho, *cultural*.

De manera natural, y siguiendo el ejemplo de los antropólogos, los geógrafos e historiadores han aceptado (en este caso, a propósito de civilizaciones evolucionadas y complejas) el concepto de áreas culturales. Lo que equivale a designar espacios susceptibles de ser desintegrados en una serie de distritos particulares. Como veremos, esta posible desintegración continúa siendo fundamental en el caso de las grandes civilizaciones que generalmente se disocian en unidades restringidas.

La llamada civilización "occidental" está constituida tanto por la civilización de los Estados Unidos como por la de América Latina y también por la de Rusia, y, claro está, por la de Europa. Europa misma comprende una serie de civilizaciones, la polaca, la alemana, la italiana, la inglesa, la francesa, etc. Sin contar con que estas civilizaciones nacionales se dividen a su vez en "civilizaciones" todavía más pequeñas: Escocia, Irlanda, Cataluña, Sicilia, País Vasco, etc...

No hay que olvidar que estas divisiones, estos mosaicos de piezas de diferente color, son prácticamente *rasgos permanentes*.

3. La fijeza de esos ámbitos, sólidamente ocupados, y de las fronteras que los limitan no excluye la permeabilidad de estas mismas fronteras ante las múltiples transferencias de bienes culturales que las están franqueando continuamente.

Todas las civilizaciones exportan y reciben bienes culturales. Lo mismo puede tratarse de una técnica para fundir cera que de la brújula, de la pólvora de cañón, de una habilidad especial en el temple del acero, de un sistema filosófico total o fragmentario, de un culto, de una religión, o de la famosa canción de Malborough, que, a partir del siglo XVIII, dio la vuelta a Europa—dice Goethe, que la oyó en las calles de Verona, en 1786.

Un sociólogo, Gilberto Freyre, se ha entretenido en hacer el inventario de lo que su país, el Brasil, recibió de Europa, entonces tan lejana, durante los últimos decenios del siglo XVIII y los cinco o seis primeros del XIX: la cerveza negra de Hamburgo, el *cottage* inglés, la máquina de vapor (un barco de vapor circuló por la bahía de San Salvador a partir de 1819), el traje de verano de tela blanca, la dentadura postiza, el gas de alumbrado, y con anterioridad a todos estos viajeros, las sociedades secretas, sobre todo la franc-masonería, que desempeñó un importante papel en toda la América hispano-portuguesa en la época de la independencia. Algunas docenas de años más tarde llegará el sistema filosófico de Augusto Comte, que tuvo una influencia tan considerable que aún hoy se encuentran residuos vivos de él.

Todas estas transferencias demuestran, en un ejemplo escogido entre otros mil, que no existen fronteras cerradas ni impermeables.

Verdad de ayer y de antaño: los bienes culturales llegaban por aquel entonces con cuenta-gotas, retardados por la lentitud de los viajes. De creer a los historiadores, las modas chinas de la época de los T'ang (siglo VII desp. de J. C.) siguieron un camino tan lento que sólo alcanzaron la isla de Chipre y la fastuosa Corte de Lusitania en el siglo XV, difundiendo entonces con la velocidad de los rápidos tráficos mediterráneos, hasta llegar a Francia, a la Corte un poco loca de Carlos VI: hicieron allí furor los atavíos, los sombreros cónicos, los zapatos de punta retorcida, herencia de una civilización desaparecida mucho tiempo atrás.

De esta manera llega todavía hasta nosotros la luz de estrellas apagadas desde hace siglos.

En la actualidad, la difusión de los bienes culturales se ha acelerado pavorosamente. Dentro de poco no quedará en todo el mundo un solo sitio que no esté "contaminado" por la civilización industrial, nacida en Europa. En el norte de Borneo (que junto con el vecino Sarawak pertenece a la jurisdicción británica) algunos altavoces difunden las emisiones de radios lejanas, como las de China comunista e Indonesia. Ahora bien, los oyentes no comprenden absolutamente nada y, sin embargo, los ritmos oídos han alterado ya los bailes y músicas tradicionales. Y no hace falta hablar de la influencia ejercida sobre los gustos por el cine, particularmente por el cine americano y europeo, e incluso sobre las costumbres de pueblos muy lejanos.

Ningún ejemplo es, sin embargo, tan revelador como la historia que cuenta el pequeño libro de una antropóloga americana, Margaret Mead. En su juventud, esta investigadora había hecho una encuesta en una isla del Pacífico en la que, durante varios meses, había convivido con un pueblo primitivo. La guerra, con los extraños contactos que provoca, ha llevado a estos hombres a una nueva existencia que, por primera vez, está en relación con la vida del resto del mundo. Margaret Mead ha vuelto a hacer el viaje, y su libro, en donde se encuentran a veces cotejadas las unas con las otras, las fotografías de los mismos hombres con veinte años de intervalo resulta un emotivo relato de esta extraordinaria aventura.

Así se percibe nuevamente el diálogo, que oiremos del principio al fin de este libro, entre la y las civilizaciones. Puede darse el caso de que esta

La difusión, en continua aceleración, haga saltar algún día las fronteras de las civilizaciones y esos límites, hasta entonces más o menos fijos, de la historia del mundo. Muchos lo creen así y se alegran de ello, o lo deploran. Pero sea cual sea la avidez de las civilizaciones en pedir prestados los avances de la vida «moderna», no están preparadas para asimilarlo todo indistintamente. Por el contrario, se da el caso (y volveremos sobre ello) de que se obstinen en rehusar ciertos préstamos, lo que explica, hoy como ayer, que consigan salvaguardar sus originalidades, amenazadas por todos lados.

II. LAS CIVILIZACIONES SON SOCIEDADES

Son las sociedades las que sustentan a las civilizaciones y las animan con sus tensiones y sus progresos. ! ?

De ahí, una primera pregunta que no se puede eludir: ¿era necesario crear el término de civilización, e incluso promoverlo en el plano científico, en el caso de que fuese un sinónimo de sociedad? Arnold Toynbee emplea constantemente la palabra *society* en lugar de *civilization*. Y Marcel Mauss juzga al «concepto de civilización como mucho más confuso que el de sociedad, al que, por otra parte ese concepto supone».

1. Es imposible separar a la sociedad de la civilización (y recíprocamente): ambos conceptos se refieren a una misma realidad.

O, como dice C. Lévi-Strauss, «no corresponden a objetos distintos, sino a dos perspectivas complementarias de un mismo objeto que es descrito adecuadamente, tanto por uno de los dos términos, como por el otro, según el punto de vista que se adopte».

El concepto de sociedad supone un contenido extremadamente rico, lo mismo que el de civilización, al que tantas veces se aproxima. De esta manera, la civilización occidental en la que vivimos depende de la «sociedad industrial» que es la que le da vida. Sería fácil describirla, analizando esta misma sociedad, sus grupos, sus tensiones, sus valores intelectuales y morales, sus ideales, sus regularidades, sus gustos, etcétera. En pocas palabras, describiendo a los hombres portadores de esta civilización, y transmisores de ella.

Cuando la sociedad subyacente se mueve o se transforma, la civilización se transforma y se mueve a su vez. Esto es lo que viene a decir el bello libro de Lucien Goldmann, *Le Dieu Caché* (1955), que estudia la Francia del Siglo de Oro. Según él, las características fundamentales de una civilización están determinadas por «la visión del mundo» que adopta. Ahora bien, en cada caso, esta visión del mundo se reduce a la transcripción y a la consecuencia de las tensiones sociales dominantes. La civilización, a manera de un espejo, es la máquina que refleja estas tensiones y estos esfuerzos.

En la época del Jansenismo, de Racine, de Pascal, del Abate de Saint-Cyran y del Abate Barcos, cuyas cartas encontradas por L. Goldmann tienen un interés tan grande, en este momento apasionado del destino de

Francia que analiza *Le Dieu Caché*, la visión trágica del mundo que predomina entonces debe incluirse en el activo de la alta burguesía parlamentaria, enfrentada con la Monarquía y defraudada por ella. Su trágica suerte, el tomar conciencia de ello, su ascendencia intelectual le permiten poner una impronta al Gran Siglo francés, la suya.

• Con un espíritu absolutamente diferente, las tesis de C. Lévi-Strauss sobre la diferenciación entre sociedades primitivas y sociedades modernas, si se quiere entre culturas y civilizaciones, tal como las distinguen los antropólogos, se basan en una identificación entre sociedades y culturas.

A las culturas corresponden sociedades "que crean poco desorden, lo que los físicos llaman "entropía", y que tienen tendencia a mantenerse indefinidamente en su estado inicial, lo que explica, por otra parte, que se presenten como sociedades sin historia y sin progreso. Mientras que nuestras sociedades (las que corresponden a las civilizaciones modernas)... utilizan para su funcionamiento una diferencia de potencial que se encuentra realizada en diversas formas de jerarquía social... Son estas sociedades las que han llegado a provocar en su seno un desequilibrio social que emplean, por un lado, para producir mucho más orden—entre ellas están las sociedades del maquinismo—y, por otra parte, mucho más desorden, mucha menos entropía en el plano mismo de las relaciones humanas".

¶ En resumen, las culturas primitivas serían producto de sociedades igualitarias en las que las relaciones entre los grupos están reglamentadas de una vez para siempre y se repiten invariablemente, mientras que las civilizaciones se fundarían sobre sociedades con relaciones jerarquizadas, con fuertes diferencias entre los grupos y, por lo tanto, serían objeto de cambios de tensiones, de conflictos sociales, de luchas políticas y de una perpetua evolución.

2. La señal exterior más importante de estas distinciones entre "culturas" y "civilizaciones" es, sin duda alguna, la presencia o ausencia de ciudades.

En el nivel de las civilizaciones, las ciudades proliferan mientras que apenas están esbozadas en el nivel de las culturas. Está claro, que entre una categoría y otra hay jalones intermedios. El Africa negra está constituida por un grupo de sociedades tradicionales de culturas empeñadas en el proceso difícil y a veces cruel, de una civilización naciente y de una urbanización moderna. Sus ciudades, atentas a lo que viene de fuera, a lo que desemboca en la vida unitaria del mundo, son como islas en medio del estancamiento del resto del país. Anuncian la sociedad y la civilización futuras.

Sin embargo, las civilizaciones, las sociedades más flamantes, engloban, dentro de sus propios límites, culturas y sociedades elementales. A este respecto, basta pensar en la relación dialéctica, siempre importante, entre las ciudades y el campo. En una sociedad, el desarrollo nunca ha alcanzado por igual a todas las regiones, a todas las capas de la población. Es frecuente que queden islotes de subdesarrollo (zonas montañosas demasiado pobres, o apartadas de las redes de comunicación), verdaderas sociedades primitivas, verdaderas «culturas» en medio de una civilización. ¶

¶ El éxito principal de Occidente radica, sin dejar lugar a dudas, en la captación, llevada a cabo por las ciudades, del campo, de sus «culturas» campesinas. En el Islam, la dualidad permanece más sensible que en Occidente, las ciudades son instaladas más de prisa, se convierten más precozmente

en ciudades, si cabe decirlo así, que en Europa, mientras que el campo conserva un mayor grado de primitivismo, con amplias zonas de nomadismo. En el Extremo Oriente, la desconexión campo-ciudad continúa siendo reglamentaria: las culturas han permanecido muy al margen, viviendo de ellas mismas y por sí mismas. Intercalándose entre las ciudades más importantes, el campo vive en una economía prácticamente cerrada, a veces salvaje.

3. Dada la estrecha relación existente entre civilización y sociedad, conviene plantearse en términos sociológicos la historia larga de las civilizaciones.

Pero, puesto que somos historiadores, no podemos confundir sociedades y civilizaciones.

En el próximo capítulo explicaremos en qué consiste, a nuestro entender, la diferencia: en el plano de la duración, la civilización comprende, supone espacios cronológicos bastante más amplios que una realidad social dada. Se transforma más rápidamente que las sociedades que lleva o arrastra consigo. Pero no ha llegado el momento de enjuiciar esta perspectiva histórica. Cada cosa a su tiempo.

III. LAS CIVILIZACIONES SON ECONOMIAS

Toda sociedad, toda civilización está determinada por unos datos económicos, técnicos, biológicos, demográficos. Las condiciones materiales y biológicas son siempre un factor importante en el destino de las civilizaciones. El aumento o la disminución de la población, la salud o la decrepitud físicas, el auge o la decadencia económica o técnica repercuten tanto en el edificio cultural como en el social. La economía política, entendida en su sentido más amplio, es el estudio de todos estos inmensos problemas.

1. La importancia del número: durante mucho tiempo el hombre fue el único instrumento, el único motor al servicio del hombre, por consiguiente el único artesano de la civilización material. Ha construido esta civilización con la fuerza de sus brazos y de sus manos.

En principio, y de hecho, toda expansión geográfica ha favorecido el auge de las civilizaciones. Así ocurrió en Europa en los siglos XIII, XVI, XVIII y en los siglos XIX y XX.

Regularmente también, la excesiva abundancia de hombres, beneficiosa en un principio, un día se vuelve nociva, cuando el aumento de la población excede al crecimiento económico. Esto fue, probablemente, lo que ocurrió en Europa, antes de terminar el siglo XVI. Y lo mismo ocurre en la actualidad en la mayoría de los países subdesarrollados. En el mundo entero se han producido, en consecuencia, períodos de hambre, disminución del salario real, revueltas populares, épocas siniestras de retroceso. Hasta el momento

en que las epidemias venían a sumarse al hambre, clareando así las filas demasiado densas de hombres. Después de estas catástrofes biológicas (como por ejemplo, la de la segunda mitad del siglo XIV europeo, con la peste negra y las epidemias subsiguientes, o la que se precisa en el siglo XVIII), los supervivientes viven de momento con más soltura y el movimiento de expansión vuelve a empezar y a acelerarse hasta un nuevo frenazo.

Parece que la industrialización ha roto, a finales del siglo XVIII, y en el siglo XIX, este círculo vicioso y que ha devuelto al hombre, incluso en casos de superpoblación, su valor y la posibilidad de trabajar y de vivir. Así lo demuestra la historia de Europa: este valor creciente del hombre, planteándose la necesidad de economizar sobre su empleo, ha determinado el auge de las máquinas y de los motores. A pesar de su alto nivel intelectual la antigüedad greco-romana no contó con las máquinas adecuadas a su inteligencia. En realidad, no hizo ningún intento serio para conseguirlas, puesto que, en sustitución, tenía esclavos. La China clásica, constituida mucho antes del siglo XII, tan inteligente ella también y en particular en lo que se refiere a las técnicas, tuvo, desgraciadamente, una superabundancia de hombres. El hombre no cuesta nada; realiza cualquier tarea con la mayor economía, mayor incluso que la del animal doméstico... En consecuencia, China, que durante largo tiempo fue progresiva en el plano científico, no franqueará el umbral de la ciencia moderna. A Europa le corresponderá este honor, este privilegio, este beneficio.

2. La incidencia de las fluctuaciones económicas: la vida económica está continuamente oscilando en fluctuaciones, las unas cortas, las otras largas.

Así se suceden, a lo largo de los años, los momentos de buen tiempo y de mal tiempo económicos, y, en cada caso, las sociedades y las civilizaciones acusan las consecuencias, sobre todo cuando se trata de movimientos prolongados. El pesimismo y la inquietud del final del siglo XV—ese «otoño de la Edad Media», que tanto preocupó a J. Huizinga—corresponden a un claro repliegue de la economía de Occidente. Igualmente, más tarde, el Romanticismo europeo coincide con un retroceso económico de larga duración, entre 1817 y 1852. Las expansiones económicas de la segunda parte del siglo XVIII (a partir de 1733) fueron objeto de algunos frenazos (como el que precedió a la Revolución Francesa), pero, en su conjunto, su benéfica aceleración sitúa el auge intelectual del «Siglo de las Luces» en un contexto de bienestar, de comercio activo, de expansión industrial y de aumento de la población.

3. La vida económica es casi siempre creadora de excedentes, sea cual sea el sentido de la fluctuación.

Ahora bien, el gasto, el despilfarro de estos excedentes han sido una de las condiciones indispensables para el lujo de las civilizaciones, para ciertas formas del arte. Al admirar, hoy en día, esta arquitectura, aquella escultura

o aquel retrato, contemplamos también, sin ser siempre conscientes de ello, el tranquilo orgullo de una ciudad, o la vanidosa locura de un príncipe, o la riqueza recién estrenada de un comerciante banquero. En Europa, desde el siglo xvi (y probablemente desde antes), la civilización en su último grado está bajo el signo del dinero y del capitalismo.

La civilización se encuentra así en función de una cierta *redistribución* del dinero. Las civilizaciones se particularizan en su cumbre y, más tarde, en su masa, según el mecanismo de redistribución que les es propio, según los mecanismos sociales y económicos que reserva en los circuitos del dinero la parte destinada al lujo, al arte, a la cultura. En el siglo xvii, en los años económicamente muy duros del reinado de Luis XIV, en la Corte no hay más que mecenas. Toda la vida literaria y artística se centra en este estrecho círculo. Con la riqueza y las facilidades económicas del siglo xviii, tanto la aristocracia como la burguesía, toman parte activa, al lado de la Monarquía, en la difusión de la cultura, de la ciencia y de la filosofía...

Pero, en esta época, el lujo continúa siendo un privilegio de una minoría social. La civilización subyacente, la de la vida cotidiana y pobre no tiene participación alguna. Ahora bien, la capa más baja de una civilización es la que determina su grado de verdad. ¿Qué es, entonces, la libertad? ¿Qué es la cultura del individuo, cuando un mínimo vital está fuera de su alcance? Desde este punto de vista el tan denigrado siglo xix europeo, el siglo xix de los nuevos ricos y del «empuje burgués», el tan aburrido siglo xix es el que anuncia ya, aunque no lo realice aún, un nuevo destino para las civilizaciones y para la persona humana. Al tiempo que aumenta el número de los hombres, éstos empiezan, cada vez en un número mayor, a participar en una cierta *civilización colectiva*. Sin ninguna duda, el precio de semejante transformación—que, por otra parte, fue inconsciente—ha sido, socialmente, muy gravoso. Pero se ve contrarrestado con creces: el desarrollo de la enseñanza, el acceso a la cultura, a las Universidades, la movilidad social, son conquistas, ricas en consecuencias, del ya rico siglo xix.

• Tanto en la actualidad como en el futuro, el problema está en crear una civilización que sea al mismo tiempo cualitativamente rica y civilización de masas, tremendamente cara, inconcebible, si no se pone una cantidad importante de excedentes al servicio de la sociedad, inconcebible, también, sin los momentos de ocio que el maquinismo puede y debe proporcionar. En los países industrializados, este futuro está previsto para un plazo de tiempo relativamente corto. Pero el problema es mucho más complejo a escala mundial. Porque las desigualdades en el acceso a la civilización que la vida económica ha hecho surgir entre las diferentes clases sociales, *también las ha creado entre los diversos países del mundo.* Una gran parte de éste constituye lo que un ensayista calificó de «proletariado exterior», lo que comúnmente se llama Tercer Mundo, portador de una inmensa masa de hombres para quienes el acceso a un mínimo vital se plantea bastante antes que el acceso a la civilización—que muchas veces les es totalmente desconocida—de

su propio país. La Humanidad tiene que trabajar para colmar estos inmensos desniveles, si no quiere correr el riesgo de extinguirse con armas y bagajes.

IV. LAS CIVILIZACIONES SON MENTALIDADES COLECTIVAS

La psicología, después de la geografía, de la sociología y de la economía, nos obliga a una última confrontación. Con una diferencia, y es que la psicología colectiva no es una ciencia tan segura de sí misma ni tan rica en resultados como las otras ciencias del hombre a las que, hasta ahora, nos hemos referido. La psicología colectiva rara vez se ha aventurado en el campo de la historia.

1. ¿Psiquismo colectivo, tomas de conciencia, mentalidad o utillaje mental? Es difícil escoger entre los términos que propone el título tan largo de este apartado. Y estas mismas vacilaciones en la terminología testimonian de la inmadurez de la psicología colectiva como ciencia.

Un historiador, gran especialista en estos temas, Alphonse Dupront, prefería utilizar la palabra *psiquismo*. *Toma de conciencia* sólo alude a un momento dado de estas evoluciones (generalmente, el final de las mismas). *Mentalidad* resulta, evidentemente, de uso más cómodo. Pero, Lucien Febvre, en su admirable libro, *Rabelais*, opta por emplear la expresión de *utillaje mental*.

Pero poco importan las palabras, ya que el problema no radica en ellas. A cada época corresponde una determinada concepción del mundo y de las cosas, una mentalidad colectiva predominante que anima y penetra a la masa global de la sociedad. Esta mentalidad que determina las actitudes y las decisiones, arraiga los prejuicios, influye en un sentido o en otro los movimientos de una sociedad, es eminentemente un factor de civilización. Con mayor justificación que los accidentes o las circunstancias históricas y sociales de una época, es producto de antiguas herencias, de creencias, de temores, de viejas inquietudes, muchas veces inconscientes, en realidad, producto de una inmensa contaminación, cuyos gérmenes están perdidos en el pasado y transmitidos a través de generaciones y generaciones humanas. Las reacciones de una sociedad, frente a los acontecimientos del momento, frente a las presiones que se ejercen sobre ella, y a las decisiones que se le exigen, obedecen menos a la lógica e incluso al interés egoísta, que a este imperativo no formulado, muchas veces in formulable, que nace del inconsciente colectivo.

Seguramente, *lo más in comunicable* que tienen las civilizaciones entre sí, lo que las aísla y las distingue mejor, es este conjunto de valores fundamentales de estructuras psicológicas. Y estas mentalidades son, igualmente, poco sensibles al paso del tiempo. Varían con lentitud, sólo se transforman tras largas incubaciones, de las que también son poco conscientes.

(2.) A este respecto, la religión es el rasgo predominante en el corazón de las civilizaciones, a la vez su pasado y su presente.

Y, sobre todo, claro está, en el corazón de las civilizaciones no europeas. En la India, por ejemplo, todos los actos cobran forma y justificación a partir de la vida religiosa, no de la racional.

La anécdota recogida por Eusebio, obispo de Cesárea (265-340), demuestra que ya los griegos se extrañaban de ello: "Aristójanos, el músico, hablando de los hindúes, cuenta la siguiente historia: uno de ellos, al encontrar a Sócrates, en Atenas, le pidió que definiera su filosofía. "Es un estudio de las realidades humanas", le contestó Sócrates. Al oír esto, el hindú se echó a reír y exclamó: "¡Es imposible que un hombre estudie las realidades humanas mientras ignore las realidades divinas!"

A propósito de la impotencia humana para medir, al mismo tiempo, el inmenso misterio y la unicidad de lo sobrenatural, un filósofo hindú contemporáneo, Sinit Kunar Chatterji, formula la siguiente metáfora: «Nos parecemos a hombres ciegos, que al palpar una u otra parte de un elefante, están convencidos, el uno de que toca una columna, el otro una serpiente, un tercero una sustancia dura, un cuarto una pared, o también un cepillo con mango flexible, según que lo que estén tocando sea, respectivamente, la pata, la trompa, las defensas, el cuerpo o la cola del animal.»

Al lado de esta profunda humildad religiosa, parece que el Occidente ha olvidado sus orígenes religiosos. Pero más que de una ruptura operada por el racionalismo entre lo religioso y lo cultural, habría que hablar, de hecho, de una coexistencia entre laicismo, ciencia y religión. o, mejor dicho, de una serie de diálogos dramáticos o esperanzados, pero nunca interrumpidos, a pesar de las apariencias. El Cristianismo se afirma como una realidad esencial de la vida occidental, y a veces deja su huella en los ateos, aunque éstos no siempre sean conscientes de ello. Las reglas éticas, las actitudes ante la vida y la muerte, el concepto del trabajo, el valor del esfuerzo, el papel desempeñado por las mujeres y por los niños, son otros tantos comportamientos que, aunque aparentemente no tienen nada que ver con el sentimiento cristiano, derivan de él. 7
6

Pero, así y todo, la tendencia de la civilización occidental, desde el desarrollo del pensamiento griego, es la de un continuo movimiento hacia el racionalismo, y, por lo tanto, un igualmente continuo alejamiento de la vida religiosa. De ahí, su originalidad, de la que tendremos que ocuparnos más adelante. Salvo contadas excepciones (ciertos sofistas chinos, ciertos filósofos árabes del siglo XII), estos alejamientos se han producido con más claridad en Occidente que en el resto del mundo. Casi todas las civilizaciones están invadidas, sumergidas en lo religioso, lo sobrenatural y lo mágico; viven en ellos desde siempre y de ello sacan las motivaciones más poderosas de su psiquismo particular. Tendremos ocasión de repetirlo más de una vez. 7
6

CAPITULO III

LAS CIVILIZACIONES SON CONTINUIDADES

Es necesario introducir a la historia, con sus dimensiones y sus explicaciones, evidentemente fundamentales, en este debate tan complicado al que ella complicará más, pero al que "dará un sentido". Y, en efecto, ninguna civilización actual es verdaderamente comprensible sin un conocimiento de los itinerarios ya recorridos, de los valores antiguos, de las experiencias vividas. Una civilización es siempre un pasado, un cierto pasado vivo.

Por consiguiente, la historia de una civilización no es sino el intento de entresacar de sus coordenadas antiguas las que siguen siendo válidas para la actualidad. No se trata de exponer todo lo que se sabe de la civilización griega o de la Edad Media china, sino todo lo que, de esta vida de antaño, continúa siendo eficaz y activo, hoy día, en la Europa occidental o en la China de Mao Tsé-Tung, respectivamente. Todo lo que relaciona al pasado con el presente, con frecuencia a siglos y siglos de distancia.

I. LAS CIVILIZACIONES EN SUS COYUNTURAS

Pero, empecemos por el principio. Cualquier civilización, hoy igual que ayer, se presenta, en primer lugar, como una serie de manifestaciones fáciles de aprehender: una obra de teatro, una exposición de pintura, el éxito de un determinado libro, una filosofía, una indumentaria, un descubrimiento científico, una puesta a punto técnica..., todos ellos, acontecimientos aparentemente independientes los unos de los otros (a primera vista, nada o poco tiene que ver la filosofía de Merleau-Ponty con el último cuadro de Picasso).

Estos hechos de civilización tienen siempre, señálemoslo, una existencia efímera. Lo importante es saber cómo pueden conducirnos hacia esas coordenadas que investigamos, que son al mismo tiempo pasadas y actuales, puesto que, en realidad, parece que estos hechos se suceden y en ocasiones se destruyen, los unos a los otros, en lugar de continuarse.

1. Estos espectáculos son, en efecto, objeto de cambios obstinados. Un programa cambia porque nadie tiene interés en que se mantenga durante mucho tiempo en cartel.

« Esta variabilidad se traduce en la sucesión misma de las *épocas* literarias, artísticas o filosóficas, que se reducen a una serie de episodios cerrados en sí mismos. Cabe decir, aplicando la terminología de los economistas, que hay *coyunturas* culturales. lo mismo que hay coyunturas económicas, es decir, fluctuaciones más o menos largas o precipitadas, y que, en la mayoría de los casos, se suceden contraponiéndose violentamente. Entre una época y otra, todo cambia o parece cambiar, de la misma manera que en el teatro un proyector, sin necesidad de que cambien la decoración y los rostros, puede iluminarlos de diferentes colores y sumirlos en otro universo.

De todas estas "épocas", el Renacimiento es el ejemplo más bello. Tiene temas, colores, preferencias y hasta tics que le son peculiares. Está dominado por la pasión intelectual, por el amor a lo bello, por las discusiones libres y tolerantes, en las que las frases ingeniosas son sólo una forma suplementaria de la alegría de vivir. También se encuentra bajo la impronta del descubrimiento o del redescubrimiento de las obras de la antigüedad, en el que participa apasionadamente toda la Europa culta de entonces.

De la misma manera, existe una *coyuntura* romántica (que en sentido amplio va de 1800 a 1850, aunque han existido, naturalmente, un pre-Romanticismo y un Romanticismo retardado); influirá en las sensibilidades y las inteligencias en los años tristes que suceden a la Revolución francesa y al imperio napoleónico en el curso de una época turbulenta, difícil, durante un período de retroceso económico de toda Europa (entre 1817 y 1852). No creemos que este retroceso explique, por sí solo, la inquietud romántica; puede haber también ciclos particulares de la sensibilidad, artes de vivir y de pensar, independientes o semiindependientes de todo contexto... En todo caso, cada generación se complace en negar a la que le ha precedido, devolviéndoselo la siguiente con creces. Así, por ejemplo, se ha producido una continua oscilación entre Romanticismo (o Barroco, como decía Eugenio d'Ors) y Clasicismo, entre la sequedad de la inteligencia y la inquietud del corazón con espectaculares derrumbamientos.

La imagen predominante es, pues, la de un continuo ir y venir. Una civilización, lo mismo que una economía, tiene un ritmo propio. Se presenta como una historia interrumpida por eclipses, historia que fácilmente puede ser recortada en pedazos sucesivos, que prácticamente se desconocen los unos a los otros. Y, de hecho, se habla del *Siglo de Luis XIV* o del *Siglo de las Luces* e, incluso, de «la civilización clásica» y de la «civilización del siglo XVIII». Se trata de «civilizaciones de época», «diabólicas invenciones», como las denomina un economista filósofo, Joseph Chappéy, ya que, según él, esta terminología va en contra de la idea misma de civilización, idea que, como veremos, supone una *continuidad*. Pero, de momento, no discutiremos esta contradicción, ya que, por otra parte, unidad y diversidad tan pronto se enfrentan como conviven, y tenemos que admitirlo así.

2. "Cambios", acontecimientos, héroes: las coyunturas, los episodios sucesivos ayudan a comprender el lugar aparte que ocupan en la historia de las civilizaciones ciertos acontecimientos o personajes excepcionales.

Cada episodio se desintegra en una serie de actos, de gestos, de funciones. En fin de cuentas, las civilizaciones están constituidas por los hombres, y, por lo tanto, por las gestiones, las acciones, los entusiasmos y los «com-

promisos» de los hombres, y también sus paradójicos cambios en la manera de actuar o de pensar. Sin embargo, se impone hacer una selección en esta serie de actos, de obras y de biografías: los acontecimientos o los hombres que señalan un «cambio», una fase nueva, destacan por sí mismos. Cuanto más importante es la aportación, más necesaria es la señalización.

Un gran acontecimiento (es decir, rico en consecuencias) fue el descubrimiento de la gravedad universal por Newton en 1687. Pero la primera representación del *Cid* (1636) o de *Hernani* (1830) fueron acontecimientos significativos.

De la misma manera, sobresalen una serie de hombres, en la medida en que su obra anuncia o resume una etapa histórica. Este es el caso de Joachim du Bellay (1522-1566) con su *Defensa e ilustración de la lengua francesa*; de Leibnitz (1646-1716), inventor del cálculo infinitesimal, o de Denis Papin (1647-1714), inventor de la máquina de vapor.

¶ Pero los nombres que verdaderamente dominan la historia de las civilizaciones son los que franquean una serie de coyunturas, al igual que el barco que atraviesa varias tempestades. En la conjunción de amplios períodos destacan con frecuencia espíritus privilegiados en los que se encarnan al mismo tiempo varias generaciones: Dante (1265-1321) al final de la Edad Media «latina»; Goethe (1749-1832), al terminar la primera modernidad europea; añadamos a Newton, en el umbral de la física clásica, o también, aunque agrandado por las dimensiones monstruosas de la ciencia contemporánea, al célebre Albert Einstein (1879-1955).

A esta categoría excepcional pertenecen los creadores de los grandes sistemas del pensamiento: Sócrates o Platón, Confucio, Descartes o Carlos Marx dominan varios siglos a la vez. Son los fundadores de la civilización, apenas menos importantes que los astros de primera magnitud, fundadores de las religiones: Buda, Cristo, Mahoma, todos ellos sumidos en una iluminación todavía viva, sin que sea necesario insistir en ello.

II. LAS CIVILIZACIONES EN SUS ESTRUCTURAS

El lenguaje de las distintas épocas sólo nos da a conocer imágenes cambiantes: aparece sobre el escenario de las civilizaciones, para desaparecer después. Pero, si se quiere captar lo que no varía en el fondo del escenario, mientras se desarrolla el espectáculo, entonces hay que prestar atención a otras realidades más simples, depositarias de un interés nuevo. Las unas permanecen por espacio de dos o tres espectáculos, otras atraviesan varios siglos y, finalmente, hay unas terceras que duran tanto tiempo que pueden parecer inmutables. Claro está que esto no es cierto, ya que ellas también varían aunque lenta e imperceptiblemente.

1. Entre ellas están las realidades consideradas en el capítulo anterior: las sujeciones impuestas sin término aparente por el medio geográfico, por las jerarquías sociales, por las «psiques» colectivas, por

las necesidades económicas, todas ellas fuerzas profundas y, sin embargo, difícilmente reconocibles a primera vista, sobre todo para aquellos que viven al mismo tiempo, para quienes aparecen como naturales y sin problemas. Estas realidades son conocidas, en la actualidad, con el término de «estructuras».

El mismo historiador no las capta en seguida en su habitual relato cronológico, demasiado precipitado. Por lo mismo, sólo es posible comprender y, sobre todo, seguir el rastro de estas realidades en su lentísima evolución si se recorren y se contemplan espacios de tiempo muy amplios. Los movimientos de superficie de los que hablábamos antes, los acontecimientos e incluso los hombres se borran ante nuestros ojos, destacando entonces las grandes permanencias o semipermanencias, tanto conscientes como inconscientes. He aquí los «fundamentos» o, mejor dicho, «las estructuras» de las civilizaciones: los sentimientos religiosos, por ejemplo, o bien el inmovilismo de las comunidades campesinas, o las diferentes actitudes ante la muerte, el trabajo, el placer o la vida familiar...

Estas realidades, estas *estructuras* son, en general, *antiguas*, de larga duración, y siempre tienen *rasgos distintivos y originales*. Son las que caracterizan y crean a las civilizaciones. Y éstas no las cambian porque las consideran valores insustituibles. Es evidente que estas permanencias, estas selecciones heredadas o estas denegaciones con respecto a las otras civilizaciones son generalmente inconscientes para la mayoría de los hombres. Y para destacarlas claramente conviene alejarse, por lo menos mentalmente, de la civilización en la que uno mismo se encuentra inmerso.

Tomemos a título de ejemplo—ejemplo simple pero que afecta a estructuras profundas—la función de la mujer en el siglo xx, en una sociedad dada, pongamos la nuestra, la sociedad europea. Consideramos sus peculiaridades hasta tal punto «naturales» que sólo resaltarán en comparación con el papel desempeñado por la mujer musulmana o colocándonos en el extremo opuesto, en comparación con el de la americana de los Estados Unidos. Si queremos comprender el *por qué* de esta situación social debemos remontarnos en el pasado, por lo menos hasta el siglo xii, hasta la época del *amour courtois* para esbozar lo que ha sido el concepto del amor y de la pareja humana en Occidente. Después tendremos que acudir a una serie de explicaciones: al cristianismo, al acceso de la mujer a los colegios y a las Universidades; a la idea que tiene el hombre europeo de la educación de los niños; a las condiciones económicas: nivel de vida, trabajo de la mujer en el hogar y fuera de él, etc...

La función de la mujer se presenta siempre como una estructura de la civilización, como un *test*, porque es, en cada civilización, una realidad de *larga duración*, resistente a los empujes exteriores, *difícilmente modificable* de un día para otro.

2. / Una civilización se resiste, por lo general, a la incorporación de una aportación cultural que ponga en tela de juicio una de sus estructuras profundas. Esta resistencia a nuevas incorporaciones, estas hostilidades secretas, son relativamente escasas, pero llevan generalmente al corazón de una civilización.

Las civilizaciones están incorporando continuamente bienes culturales de las civilizaciones vecinas, aunque luego los sometan a un «reajuste» a fin

de asimilarlos. A primera vista, toda civilización puede ser comparada a una estación de mercancías que no cesa de recibir y de reexpedir cargamentos heterogéneos.

Sin embargo, puede darse el caso de que una civilización rechace obstinadamente una determinada aportación exterior. Marcel Mauss ha insistido en que no existe civilización digna de este nombre que no tenga repugnancias y repulsas que le sean propias. Pero, en cada caso, la repulsa aparece como la decisión con la que terminan una larga serie de vacilaciones y de experiencias. Por lo tanto, tiene una importancia tanto mayor cuanto que ha sido meditada y decidida muy lentamente.

Como caso clásico, puede presentarse la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Un historiador turco contemporáneo sostiene que la ciudad se entregó, fue conquistada desde dentro más que desde fuera. Esta tesis, aunque excesiva, no es inexacta. De hecho, la Iglesia ortodoxa (por no decir la civilización bizantina) prefirió la sumisión a los turcos a la alianza con los latinos, que era el único modo de salvarse del que disponía. No se trata de una "decisión" tomada a la ligera sobre el terreno, impuesta por los acontecimientos. Se trata de la culminación lógica de un largo proceso, tan largo como la propia decadencia de Bizancio, y que fue acentuando progresivamente la repugnancia de los griegos respecto de la alianza con los latinos, de los que les separaban divergencias teológicas.

La unión era posible. El emperador Miguel Paleólogo la había aceptado en el Concilio de Lyon en 1274. El emperador Juan V, en 1369, había hecho en Roma profesión de fe católica. En 1439, el Concilio mixto de Florencia venía a proclamar de nuevo la posibilidad de una unión. Los teólogos griegos más eminentes, Juan Beccos, Demetrios Lydones, Besario, se habían pronunciado en favor de la unión con un talento superior al de sus adversarios. Sin embargo, entre el turco y el latino los griegos prefirieron al turco. "La Iglesia bizantina, celosa de su independencia, llamó al enemigo y le entregó el imperio y la cristiandad", porque, como escribía ya en 1385 el patriarca de Constantinopla al Papa Urbano VI, el turco dejaba a la Iglesia griega una "total libertad de actuación", y en ello radicaba la clave del asunto. Fernand Grenard, del que hemos tomado esta interpretación, añade: "la servidumbre impuesta por Mohamed II a Constantinopla supuso el triunfo del patriarca anti-unionista". Por otra parte, Occidente era plenamente consciente de esta antipatía que inspiraba a Oriente. "Los cismáticos, escribía Petrarca, nos han temido y odiado con toda su alma."

Otra repulsa de lenta formulación (en Francia, donde la vacilación fue mayor, tardará casi un siglo en formularse) fue la que impidió la penetración de la Reforma en Italia, en la Península Ibérica y más tarde en Francia, campo de batalla durante mucho tiempo indeciso entre las dos maneras de tener fe en Cristo.

Otra resistencia, y no solamente política, es la ofrecida por ciertos sectores del Occidente evolucionado y de la América anglosajona (comprendido el Canadá) al marxismo y a las soluciones totalitarias de las Repúblicas socialistas: las rechazan de manera categórica en los países germánicos y anglosajones; de manera mucho más mitigada y mucho más compleja en Francia, en Italia y en los Países Ibéricos. Puede tratarse de la resistencia opuesta por una civilización a otra civilización.

En este mismo sentido cabe decir que, de adoptar el comunismo la Europa occidental, lo organizaría probablemente a su manera, lo reajustaría como reajusta actualmente al capitalismo, dándole un enfoque diferente al que le dan los Estados Unidos.

3. Esta labor de aceptación o de rechazo practicada por una civilización frente a otras exteriores, se realiza también lentamente en su interior. Casi siempre, la selección es poco consciente o prácticamente inconsciente. Pero, poco a poco y gracias a esa selección, una

civilización va transformándose, "separándose" de una parte de su propio pasado.

De entre la masa de bienes y de actitudes que su pasado y sus desarrollos le ofrecen va entresacando poco a poco, apartando y favoreciendo a unos sí y a otros no, hasta el momento en que adopta, por la selección hecha, un aspecto nunca enteramente nuevo, pero tampoco absolutamente igual.

Estas repulsas internas pueden ser francas, mitigadas, duraderas o pasajeras. Sólo los rechazos duraderos resultan esenciales en este terreno, progresivamente aclarado por los estudios de historia psicológica, cuando alcanzan las dimensiones de un país o de una civilización. Así, por ejemplo, los dos trabajos pioneros de Alberto Tenenti, sobre la vida y la muerte de los siglos xv y xvi, o el estudio sobre *La idea de la felicidad en Francia en el siglo XVIII* de R. Mauzi, o el libro apasionante y apasionado de Michel Foucault sobre la *Historia de la locura en la edad clásica* (1961).

En los tres casos se trata de un trabajo de uno mismo sobre sí mismo, de una civilización sobre ella misma, trabajo que pocas veces se realiza a la luz del día. Todo sigue una marcha tan lenta, que sólo excepcionalmente los contemporáneos son conscientes de ella. En cada caso, las eliminaciones—con las añadiduras que a veces provocan—tardan siglos en realizarse a causa de los vetos y de los obstáculos que encuentran, de las difíciles cicatrizaciones, con frecuencia incompletas, pero siempre muy lentas.

Se trata de lo que Michel Foucault denomina en su terminología particular *se partager*, es decir, al hablar de una civilización, rechazar fuera de sus fronteras y de su vida un determinado valor del que ha renegado. "Es posible—escribe M. Foucault—hacer una historia de los límites, de los gestos oscuros, necesariamente olvidados, en cuanto se han realizado, a través de los cuales una civilización rechaza algo que se convierte en su Exterior; y, en el curso de la historia, este vacío, este espacio en blanco por el que se ha aislado, representa a la civilización al igual que sus valores peculiares. Porque estos valores los recibe y los mantiene en la continuidad histórica; pero en esta región de la que queremos hablar, realiza sus selecciones esenciales, realiza el reparto (somos nosotros los que subrayamos) que le confiere su aspecto positivo; es aquí donde se encuentra el espesor originario en el que se forma."

Este texto, tan bello, merece ser leído y releído. Una civilización sólo alcanza su verdad personal al rechazar lo que la molesta en la oscuridad de las tierras limítrofes y ya extranjeras. Su historia es la decantación, a lo largo de los siglos, de una personalidad colectiva, encajada, como toda personalidad individual, entre un destino consciente y claro y un destino oscuro e inconsciente, que sirve de base y de motivación al primero, aunque no siempre se da a conocer. Se nota que estos estudios de psicología retrospectiva han sido afectados por los descubrimientos del psicoanálisis.

El libro de Michel Foucault estudia un caso particular: la separación entre razón y locura, entre locos y sensatos, separación desconocida en la Edad Media europea, en la que el loco, como cualquier otro hombre desdichado, era más o menos considerado como un enviado de Dios. Sólo se encerrará por primera vez a los dementes, dura y brutalmente, en el siglo xvii, siglo enamorado del orden social, y que considera a los locos como unos seres molestos que deben ser expulsados del mundo, lo mismo que se rechaza a los delincuentes y a los vagabun-

dos; después se les encierra con dulzura, incluso con un cierto cariño, durante el siglo XIX, que reconoce a los locos su calidad de enfermos. Entre ambas actitudes, el problema central continúa siendo el mismo: desde la edad clásica hasta nuestros días, el Occidente ha "apartado" de sí a la locura, ha proscrito su lenguaje y ha rechazado su presencia. De esta manera, el triunfo de la razón sigue en profundidad los pasos de una tempestad larga y silenciosa, de una gestión casi inconsciente y casi ignorada, y que es, sin embargo, en cierta manera la compañera de esta victoria que se ha obtenido a la luz del día, a saber: la conquista del racionalismo y de la ciencia clásica/

Claro está que se pueden dar otros ejemplos de estas "separaciones" o "semi-separaciones". El libro de Alberto Tenenti sigue minuciosamente el proceso por el cual Occidente se ha "separado" de la muerte cristiana tal como la había concebido la Edad Media, es decir, como un simple tránsito de la criatura, que está exiliada en la tierra, de la verdadera vida del más allá. En el siglo XV, la muerte se va "humanizando", se convierte en la prueba suprema del hombre, dominado por el horror de la descomposición del cuerpo. Pero, en esta concepción nueva de la muerte, el hombre encuentra una nueva concepción de la vida que, a sus ojos, recobra todo su precio y todo su valor humano. En el siglo XVI, que al menos en sus principios es el siglo de la alegría de vivir, desaparece una cierta obsesión por la muerte.

4. Los contactos violentos entre diferentes civilizaciones: hasta ahora, hemos supuesto siempre a las civilizaciones en relaciones pacíficas las unas con las otras y con libertad de elección. Pero, por lo general, sus relaciones han sido casi siempre violentas, trágicas, y, a la larga, inútiles./

Éxitos como el de la romanización de las Galias y de una gran parte del Occidente europeo conquistado sólo se pueden explicar por la larga duración de la misma y también porque, a pesar de todo lo que se ha dicho, los pueblos romanizados tenían, en un primer momento, un bajo nivel de vida, una gran admiración por el vencedor, y, en suma, fueron, en cierta manera, cómplices de la romanización. Pero estos éxitos son raros, excepciones que confirman la regla.

En los casos de contactos violentos, los fracasos han sido mucho más frecuentes que los éxitos. El colonialismo, ayer victorioso, hoy en día es un fracaso. Ahora bien, el colonialismo es, por excelencia, la sumisión de una civilización a otra. Los vencidos ceden siempre ante el más fuerte, pero su sumisión, desde el momento en que hay conflicto entre civilizaciones, es sólo provisional. ✎

Aunque estos largos períodos de coexistencia forzosa dan lugar a ciertas concesiones, ciertos acuerdos, ciertos empréstitos culturales importantes y a veces fructíferos, nunca sobrepasan ciertos límites.

El más bello ejemplo de interpenetración cultural, en un ambiente de violencia, lo ofrece el libro de Roger Bastide sobre *Las religiones africanas en el Brasil* (1960). Es la historia trágica de los esclavos negros, arrancados a las diversas Aféricas y precipitados en la sociedad patriarcal y cristiana del Brasil colonial. Reaccionaron contra ésta al mismo tiempo que adoptaban el cristianismo. Muchos negros "cimarrones" formaron una serie de repúblicas independientes, los *quilombos*: el de Palmeiras, detrás de Bahía, sólo se rindió después de una verdadera guerra. Es realmente un ejemplo curioso el de estos negros, desprovistos de todo, que han reconstituido las antiguas prácticas religiosas de África y los bailes de posesión, que han amalgamado en sus *candombes* y *macumbas* las prácticas africanas con

las prácticas cristianas, y el que este "sincretismo" permanezca, en la actualidad, culturalmente vivo e incluso en un empuje expansivo. El vencido ha cedido, pero al mismo tiempo se ha preservado.

III. HISTORIA Y CIVILIZACIONES

Estas incursiones a través de las resistencias, de las aquiescencias, de las permanencias, de las lentas deformaciones de las civilizaciones, permiten formular una última definición que devuelve a éstas su aspecto particular y único: /las civilizaciones son continuidades, interminables continuidades históricas.

• En este sentido, la civilización es la más larga de las largas historias. Pero el historiador no tiene un acceso inmediato a esta verdad: sólo se abre paso después de observaciones sucesivas, de la misma manera que, al ascender, el alcance de la vista se va ampliando progresivamente)

1. Los diferentes tiempos de la historia: la historia trabaja en escalas, en unidades de medida muchas veces diferentes, ya sea día a día, año a año o por decenas de años a la vez, y hasta por siglos.

En cada caso, el paisaje varía según la medida adoptada. Las contradicciones entre las realidades observadas, entre estos tiempos de diferente longitud, son objeto de la *dialéctica* propia de la historia.

Para simplificar esta explicación, digamos que el historiador trabaja por lo menos en tres planos diferentes.

• Un primer plano A, el de la historia tradicional, el del relato que enlaza acontecimiento con acontecimiento, como hacía el cronista antaño y lo hace en la actualidad el periodista. Montones de imágenes son así captadas en vivo y componen instantáneamente una historia multicolor, tan rica en peripecias como una novela nunca terminada. Sin embargo, esta historia, que se borra tan pronto como ha sido leída, nos deja muchas veces con hambre e incapaces de juzgar y de comprender.

• Un segundo plano B refleja los episodios considerados en bloque: el Romanticismo, la Revolución Francesa, la Revolución industrial, la Segunda Guerra Mundial. La unidad de medida es esta vez la decena, la veintena e incluso la cincuenta de años. Y en razón de estos conjuntos—ya se les llame períodos, fases, episodios o coyunturas—son relacionados e interpretados los hechos y ofrecidas una serie de explicaciones. Se trata ya de acontecimientos largos, libres de detalles superfluos.

Por último, un tercer plano C desborda estos acontecimientos largos y recoge sólo los movimientos seculares o pluriseculares. Estudia una historia en la que todos los movimientos son lentos y ocupan grandes espacios de tiempo, una historia que sólo se puede cruzar con botas de siete leguas. Desde este punto de vista, la Revolución Francesa es sólo un momento, aunque esencial, de la larga historia del destino revolucionario liberal y violento de Occidente. Voltaire se convierte en una simple etapa de la evolución del libre pensamiento...

En este último grado—al que los sociólogos, que también tienen sus metáforas, llamarían «plataforma en profundidad»—, las civilizaciones, una vez relegados los accidentes y las peripecias que les han dado color y relieve, aparecen en su longevidad o, si se prefiere, en sus permanencias, sus estructuras, sus esquemas casi abstractos y, sin embargo, fundamentales.

2. Una civilización no es, pues, ni una determinada economía ni una determinada sociedad, sino lo que persiste a través de una serie de economías y de sociedades y lo que se deja desviar a duras penas.

Por lo tanto, una civilización sólo puede ser alcanzada en el tiempo largo, en la duración larga, cuando se tiene entre los dedos un hilo que no termina de desenrollarse; de hecho, una civilización está constituida por lo que en el curso de una historia tumultuosa, muchas veces tempestuosa, un grupo de hombres ha conservado y transmitido, de generación en generación, como su bien máspreciado.*

En estas condiciones no debemos aceptar demasiado de prisa que la historia de las civilizaciones sea «toda la historia», como decía el gran historiador español Rafael Altamira (1951), y mucho antes que él François Guizot (1855). Es, sin duda, toda la historia, pero vista desde una cierta perspectiva, considerada en el máximo de espacio cronológico posible, compatible con una cierta cohesión histórica y humana. No es, recogiendo la conocida metáfora de Fontenelle, la historia de las rosas, por muy bellas que sean, sino la historia del jardinero al que las rosas creen inmortal. De la misma manera, para las sociedades, las economías y los miles de incidentes de corta vida de la historia, las civilizaciones también son inmortales.

Esta historia de largo alcance, esta telehistoria, esta navegación de altura, en los pleamares del tiempo, que no es el sabio cabotaje a lo largo de las costas siempre a la vista, esta marcha histórica, sea cual sea el nombre o la imagen que se le conceda, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Sus ventajas son que obliga a pensar, a explicar en términos poco corrientes, a servirse de la explicación histórica para comprender la actualidad. Sus inconvenientes, por no decir sus peligros, son que puede caer en las generalizaciones fáciles de una filosofía de la historia; en suma, de una historia que, más que reconocida o probada, ha sido imaginada.

Seguramente, los historiadores tienen razón en desconfiar de los viajeros demasiado entusiastas como Spengler o Toynbee. La historia que se permite explicaciones generales tiene que volver constantemente a la realidad concreta, a los números, a los mapas, a las cronologías precisas; en suma, a las verificaciones. ←

Por consiguiente, conviene dedicarse al estudio de los casos concretos, más que a la gramática de las civilizaciones, para comprender lo que es una civilización. Todas las reglas de acuerdo y de desacuerdo que hemos definido se encontrarán aclaradas y simplificadas por los ejemplos que van a seguir.

NOTAS Y DOCUMENTOS

1. Sobre la nueva terminología histórica.

Se solventarán muchas dificultades cuando el lector se habitúe a la nueva terminología histórica, nacida de las matemáticas, de la economía política y de la sociología. En lo que se refiere a una civilización, es necesario hablar por siglos para tener acceso a longevidades mayores. A. Toynbee dice que, para las civilizaciones, «un siglo es un abrir y cerrar de ojos». En este sentido resultará un buen ejercicio leer estas líneas de Jean Fourastié en *La grande métamorphose du XX^{ème} siècle*, París, P. U. F., 1961, p. 210-211.

«Hoy día es posible creer que el *homo sapiens* existe sobre la tierra desde hace sesenta a cien mil años; que el estado actual del cosmos permite al hombre todavía una existencia de varios millones de años.

Si se limita a un millón de años la amplitud del fenómeno humano, se aprecia que hemos vivido la décima parte y que todavía nos quedan por vivir las nueve décimas restantes.

De esta manera, la relación de la duración de la humanidad con la del individuo sería de 10.000 a 1. La humanidad actual es a la humanidad consumada lo que el niño de diez años es al viejo. Mil años de humanidad corresponderían a un mes de vida individual.

Nosotros, la humanidad, tenemos diez años. En el curso de nuestros cinco o seis primeros años, por carecer de maestros o de parientes cercanos, apenas supimos distinguirnos de los otros mamíferos; pero más tarde hemos creado el arte, la moral, el derecho y la religión.

Sabemos leer y escribir desde hace menos de un año. Hemos construido el Partenón hace apenas tres meses; hace dos que ha nacido Cristo. Hace menos de quince días que hemos empezado a identificar claramente el método científico experimental que nos permite conocer algunas realidades del universo; hace dos días que sabemos utilizar la electricidad y construir aviones.

Nuestras mejores experiencias políticas, económicas y sociales tienen menos de una semana; las ciencias humanas dieron sus primeros vagidos sólo hace unas semanas.»

2. Civilización, arte y larga duración.

El siguiente texto es de Thomas Stearns Eliot (nacido en 1888), y ha sido escrito en 1917. Está tomado de John Brown, *Panorama de la literatura contemporánea en los Estados Unidos*.

«Si la única forma de tradición, la única transmisión posible, consistiera en seguir los procedimientos de la generación que ha sido nuestra inmediata predecesora, la «tradición» debería ser, sin ninguna duda, desaconsejada. Pero la tradición significa mucho más que esto. No se obtiene por herencia, y hace falta mucho esfuerzo para conseguirla. Supone, en primer lugar, el sentido histórico, y el sentido histórico implica la percepción no

sólo del carácter pasado del pasado, sino de su carácter presente; el sentido histórico obliga a un hombre a escribir no solamente con el sentimiento de su propia generación, sino con el sentimiento de que toda la literatura europea desde Homero, y comprendida en ésta la literatura de su país, coexisten en una duración única y componen un orden único. Un escritor es tradicional cuando tiene este sentido histórico que percibe tanto lo que escapa al tiempo como lo que le pertenece. Y al mismo tiempo toma el escritor una conciencia exacta de su lugar en el tiempo y de su propia contemporaneidad... Debe captar este hecho evidente: el arte no progresa jamás, pero sus materiales no son siempre los mismos. Debe darse cuenta de que el espíritu europeo, de que el espíritu de su país—al que poco a poco va aprendiendo a considerar como más importante que su propio espíritu individual—es un espíritu en continua transformación, y que esta transformación es un desarrollo que no deja nada olvidado «en el camino», que no considera «pasados de moda» ni a Shakespeare, ni a Homero, ni a las pinturas de las cavernas de los artistas del Magdaleniense. Debe darse cuenta de que este desarrollo, quizá refinamiento, pero en todo caso complicación, no constituye desde el punto de vista del artista un progreso. Quizá ni siquiera es un progreso desde el punto de vista del psicólogo, o por lo menos no en el grado que se imagina; quizá esté simplemente, en fin de cuentas, basado en una complicación de la economía política y del maquinismo. Pero la diferencia entre presente y pasado proviene de que el presente consciente es una comprensión del pasado de una manera y hasta un grado que la propia conciencia que el pasado tiene de sí mismo no puede ofrecer.»

3. Continuidad histórica, civilización tradicional y progreso.

Las civilizaciones, por lo menos al principio de su destino, han sido todas ellas «culturas» en el sentido dado a este término por los etnólogos, e incluso culturas primitivas. Después han permanecido encerradas, por más o menos tiempo y más o menos completamente, en un primer engranaje que es siempre de tipo religioso y mágico.

Esta primera forma de civilización, transmitida oralmente durante siglos y siglos, constituye el *folklore* o, mejor dicho, «la civilización tradicional», excelente fórmula acuñada por André Varagnac. La civilización tradicional, cuyas innumerables realidades vienen de la prehistoria, no está aún muerta en el siglo xx. Si se la quiere reconocer, hay que dejar a un lado, en las civilizaciones modernas, «todo lo que es aristocrático, todo lo que es obra de los especialistas de un trabajo intelectual, todo lo que ha sido enseñado por los educadores profesionales, todo lo que ha sido dado a conocer en letra escrita o impresa. Lo que queda—las maneras de vivir, de pensar, de hablar y de actuar—tiene un carácter prodigiosamente vetusto». Este «stock de tradiciones arcaicas» se ha conservado más en unas civilizaciones que en otras. En Francia, y probablemente en todo el Occidente, esta tradición oral «anterior a la escritura» acaba de desaparecer, en el siglo pasado, con los ferrocarriles, con la multiplicación de los medios de comunicación y de los desplazamientos y con la eficacia de la enseñanza primaria.

Esta desaparición progresiva es la clave de los conflictos internos de una civilización de los cuales ésta es más o menos consciente. Una civilización aristocrática, burguesa, urbana, técnica, racionalista, lleva a cabo una lucha sin fin contra la civilización tradicional, supervivencia de su antigua cultura y tan difícil de extirpar como la grama. Puede vencerla poco a poco, pero nunca completamente. En primer lugar, porque nunca es por sí misma perfectamente urbana, aristocrática, burguesa y, sobre todo, racionalista. Y el pasado multiforme que se defiende frente a ella, fuera de ella, conserva también un lugar secreto en el interior mismo de los espíritus llamados evolucionados. Hacen falta siglos y siglos para que este pasado sea definitivamente eliminado de los espíritus.

Estas perspectivas ayudan a comprender lo que pasa en las civilizaciones que se han mantenido en la felicidad, en el paraíso y la pesadilla de su infancia, y que bruscamente se han visto obligadas a abandonarlos para incorporarse al universo de la ciencia moderna. El conflicto toma entonces proporciones gigantescas, porque el pasado tradicional es todavía muy poderoso.

Los etnólogos lo saben y lo repiten con frecuencia. Cerca de Dakar (por lo tanto, cerca de una ciudad moderna) uno de ellos asistió, en 1957, a un «baile de posesión»; «el baile se acelera, se sacuden los hombros con un movimiento cada vez más brusco y entrecortado... Los curiosos, abandonando su función de espectadores, se incorporan a la agitación. Desde hace ya horas, el tambor está tocando monótonamente. Los mismos olores se vuelven cada más fuertes, mezclándose el olor de las especias con el del sudor... Las excitaciones se exasperan... Ahora los que bailan sostienen los brazos por encima de la cabeza con las manos juntas; hacen que participe todo el cuerpo en una danza violenta y, sólo en apariencia, desordenada. Hay que girar cada vez más de prisa hasta estar a punto de perder el conocimiento.» «El baile de posesión—explica nuestro guía, Georges Balandier—perteneció a las más profundas capas que nos revelan, en la actualidad, las civilizaciones africanas. Es un fenómeno de extremado y permanente vigor, mientras que tantos otros rasgos culturales han desaparecido. Los negros transplantados, desposeídos, lo han introducido en el Nuevo Mundo, donde se convirtió en un bien conservado de sus civilizaciones perdidas: *Vodú*, de Haití; *macumba* y *candomble*, de Brasil; *santería*, de Cuba.»

En el África negra coexisten con los colegios modernos, con la religión islámica o cristiana; han conservado un extraño poder, incluso sobre los hombres que ya no ven en ellos ninguna significación religiosa. Se encuentran en conflicto latente con las mil novedades que afectan a las sociedades negras de África. Un conflicto lógico, natural, de un tipo del que el presente y el pasado ofrecen profusión de ejemplos. «Cuando escucho una música de jazz o un canto negro africano—escribe Léopold Sedar Senghor, profesor de Universidad, doctor *honoris causa* de la Sorbona, eminente poeta y presidente del Senegal—tengo que esforzarme para no cantar y bailar yo también.»

Se puede reconocer un conflicto semejante, a pesar de la pobreza de nuestra información, a lo largo de la Edad Media Occidental bajo el signo de una proliferante civilización oral, rica ella también en prácticas milagrosas. El cristianismo, al ser una civilización más alta, luchó contra esta cultura primitiva más baja, mágica, demoníaca, de un «alto grado de antigüedad, generalmente más lejano que la antigüedad clásica». Fue una lucha larga, poco conocida y que un admirable especialista del folklore, Erich Peuckhert, considera que terminó en Alemania en el siglo XVI. Esta hipótesis parece precipitada: quizá terminara en las ciudades, pero el triunfo de éstas todavía no estaba asegurado. En los medios rurales seguirá subsistiendo un pasado precristiano. En los siglos XV, XVI, XVII, la brujería que se extiende por Europa, desde Alemania a España, es la herencia de «experiencias humanas» muy antiguas, «que ninguna excavación o prospección de archivos conseguirá nunca restituírnos» (G. Balandier).

EL ISLAM Y EL MUNDO MUSULMAN

De acuerdo con el programa que nos hemos fijado, nos ocuparemos en primer lugar de las civilizaciones no europeas.

El Islam, al que nos vamos a referir inmediatamente, nos ofrece la posibilidad de poner a prueba, sobre un ejemplo concreto, las definiciones y las afirmaciones que hemos hecho hasta ahora. Este inmenso complejo cultural corresponde a una vieja civilización, orgullosa, compleja, tan batalladora, por lo menos, como la de Europa, basada, al igual que ésta, en grandes conquistas, que le permitieron ejercer a través de todo el espesor del Viejo Mundo una larga preponderancia.

Nos tenemos que remontar a esta preponderancia y quizá más lejos aún si queremos comprender al mundo musulmán moderno, captar qué es lo que ha motivado su enfrentamiento con Occidente, como «perro y gato», y también qué es lo que ha motivado su acercamiento a Occidente, a pesar de las apariencias. Porque, en efecto, Europa se ha mirado repetidas veces en este espejo, tan cercano a ella. Grande es su deuda para con este vecino rico y poderoso en la época en que no era todavía más que la pariente pobre.

Esta vuelta al pasado nos permitirá también calcular de antemano el inmenso movimiento basculatorio que hoy día se dibuja ante nuestros ojos. El mundo islámico corre el peligro de ser proyectado violentamente hacia un futuro incierto. Pero continúa siendo un protagonista del presente.

CAPITULO IV

LO QUE ENSEÑA LA HISTORIA

Las civilizaciones tardan un tiempo infinito en nacer. en acondicionar su medio y en resurgir.

Sostener que el Islam nació en unos pocos años, con Mahoma, es al mismo tiempo muy exacto y poco exacto, pero, en todo caso, difícil de comprender. La cristiandad también nació con y mucho antes que Cristo. Sin Mahoma y sin Cristo no habría habido ni cristiandad ni Islam; sin embargo, estas religiones nuevas han acaparado en cada caso el cuerpo de civilizaciones ya existentes. En ambos casos fueron el alma de este cuerpo: desde el principio tuvieron la ventaja de ser depositarias de una herencia rica, de un pasado, de un presente, y ya, de un porvenir.

I. EL ISLAM, NUEVA FORMA DEL CERCANO ORIENTE

1. Una civilización "de segunda mano": lo mismo que el cristianismo fue el heredero del Imperio Romano al ser su prolongación, el islamismo se asirá, en sus principios, al Cercano Oriente, una de las más antiguas y quizá la más antigua encrucijada de hombres y de pueblos que haya existido en el mundo.

Es un hecho de enormes consecuencias: la civilización musulmana incorporó, por cuenta propia, antiguos imperativos de geopolítica, de las formas urbanas, de las instituciones, de las costumbres, de los rituales, de las maneras de creer y de vivir.

De creer: en su religión misma, el Islam se aproxima al judaísmo y al cristianismo, a la filiación de Abraham y del Antiguo Testamento, a su riguroso monoteísmo. Jerusalén es para él una ciudad santa; Jesús, el más grande profeta anterior a Mahoma, que es el único que le aventaja.

De vivir: gestos de hace miles de años se han perpetuado, hasta la actualidad, a través del Islam. En *Las mil y una noches*, por ejemplo, se saluda al soberano "besando la tierra entre las manos". Pero este gesto se practicaba ya en la corte del rey Parto Cosroes (531-579), y seguramente desde antes. En los siglos XVI y XVII, es todavía el gesto que tratan de eludir los embajadores europeos de Estambul, Ispahan o Delhi, por encontrarlo humillante para ellos mismos y sobre todo para el príncipe que representan. Herodoto se indignaba ya de las costumbres egipcias, que le parecían repugnantes: "en plena calle, a guisa de saludo, se prosternan los unos ante los otros; toman actitudes perrunas, bajando las manos hasta las rodillas"; este saludo existe todavía hoy. Otros detalles: los baños moros o turcos, los *hammams*, no son más que las antiguas termas romanas, que las conquistas árabes introdujeron en Persia y más allá de Persia; la mano

de Fátima, equivalente musulmán de nuestras "medallas y escapularios", adorna ya las estelas funerarias cartaginesas; y en lo que respecta al traje tradicional de los musulmanes, E. F. Gautier, de quien tomamos estos detalles, no vacila en reconocerlo en la indumentaria de los antiguos Babilonios, tal como la describía Herodoto hace más de veinticuatro siglos. Según este último, "los Babilonios se ponen, en primer lugar, una túnica de lino que les llega hasta los pies (a la que en Argelia llamaríamos *gandurah*, según E. F. Gautier), y por encima otra túnica de lana (a la que llamaríamos *chilaba*); se ponen después un abrigo blanco (podríamos decir pequeño *burnús* blanco), y se cubren la cabeza con un *fez* o *turbante*".

Por este camino—determinar lo que es y lo que no es musulmán en un país del Islam—es difícil saber a ciencia cierta dónde detenerse. Se ha llegado a sostener que el *cuscus* norteafricano era romano y quizá púnico. En todo caso, la casa musulmana baja y con patio, que predomina en el Egipto árabe y en el Mogreb, es preislámica, análoga a la casa griega con peristilo y "a la casa africana de los primeros siglos de nuestra era".

Se trata de detalles pero cuya significación está en todo caso clara: la civilización musulmana, lo mismo que la occidental, es una civilización *derivada*, de *segundo grado*, de acuerdo con la terminología de Alfred Weber. No se ha edificado sobre un tablero en blanco, sino sobre el humus de la civilización abigarrada y dinámica que la ha precedido en el Medio Oriente.

La biografía del Islam no puede, pues, comenzar en la predicación de Mahoma, o en el curso de la decena de años en la que se desarrollaron las primeras y fulminantes conquistas (632-642). De hecho, se abre con la historia interminable del Cercano Oriente.

2. La Historia del Cercano Oriente.

La unidad del Oriente Medio, realizada por los asirios, se mantuvo después, gracias a las conquistas de Ciro, de Cambises, de Darío (546-486). Dos siglos más tarde, la inmensa construcción de los Aqueménides sucumbía bajo los golpes de los griegos y de los macedonios de Alejandro (334-331 a. de C.). La conquista griega fue mucho más rápida de lo que sería, *diez siglos más tarde*, la fulminante conquista de los árabes.

A grandes rasgos, estos diez siglos de intervalo constituyeron un extraordinario episodio «colonial», durante el cual los griegos dominaron el inmenso espacio impreciso, comprendido entre el Mediterráneo y el Océano Indico. En su condición de colonizadores, fundaron ciudades y grandes puertos (Antioquía, Alejandría), extensos Estados (Seleúcides, Lágides). Aunque se mezclaron con sus súbditos, nunca se confundieron con ellos; así, por ejemplo, los griegos no vivieron nunca en el campo, que les fue siempre desconocido. En pocas palabras, el pequeño pueblo greco-macedonio colonizó este extenso pedazo de Asia, como más tarde Europa colonizó Africa, imponiéndole su lengua y administración, comunicándole parte de su dinamismo.

Sin interrumpir esta era colonial, la conquista romana se extendió, ella también, al Asia Menor, a Siria y a Egipto; detrás de la fachada romana se mantiene la civilización griega, que recupera su primacía con la caída del Imperio Romano, en el siglo V, cuando Bizancio toma el relevo—Bizancio, es decir, una vez más, la civilización griega—. Emile Félix Gautier, que hoy

día vive en Argelia, está obsesionado por esta impresionante aventura colonial, que, un buen día, fue barrida por la historia, sin dejar rastro de ella.

El Cercano Oriente colonizado, no se adaptó a sus dueños. Desde 256 a. de C., el gran Estado de los Partos Arsácidas, y más tarde de los Persas Sasánidas (a partir del 224 d. de C.), se había constituido por todo el Irán, desde los confines del Indo hasta la frágil frontera de Siria. Penosas luchas tuvieron lugar entre Roma y Bizancio, por un lado, y por el otro, este vecino poderoso, organizado, belicoso, señorial, burocrático, que disponía de una numerosa caballería, y que mantenía relaciones con el Extremo Oriente, con la India, los Mongoles y China (el arco de los jinetes partos, cuya flecha atraviesa las corazas romanas, proviene, probablemente, de Mongolia). Este Estado, apoyándose en «la religión superior de Zoroastro», luchó enérgicamente «contra el intruso: el helenismo». Pero esta hostilidad política no le impidió, en ocasiones, recoger corrientes culturales venidas de Occidente: así, por ejemplo, se dio el caso de que filósofos griegos, expulsados por Justiniano, encontraran refugio en la gran capital de Ctesifón; de la misma manera, los nestorianos, cristianos heréticos perseguidos por Bizancio, se trasladaron, por Irán, a China, donde más tarde habían de medrar.

3. En este Cercano Oriente, reticente, que lucha contra la presencia griega, convertido al cristianismo, agitado por continuos y violentos disturbios religiosos, las primeras conquistas árabes (634-642) comenzaron con complicidades inmediatas.

Siria en 634, Egipto en 639, acogen a los recién llegados. Aunque más inesperada, la adhesión persa (642) es más rápida: agotado por su lucha secular contra Roma y Bizancio, el viejo Imperio se defiende mal, a pesar de sus caballos y de sus elefantes, o no se defiende en absoluto de las crueles incursiones de los camelleros árabes. El Cercano Oriente se entregó, se puso en manos de los recién llegados. A éstos les resultó más difícil apoderarse de Africa del Norte, tardando en ello desde la segunda mitad del siglo VII al principio del VIII, pero, una vez terminada esta conquista, España cayó en sus manos de un solo golpe (711).

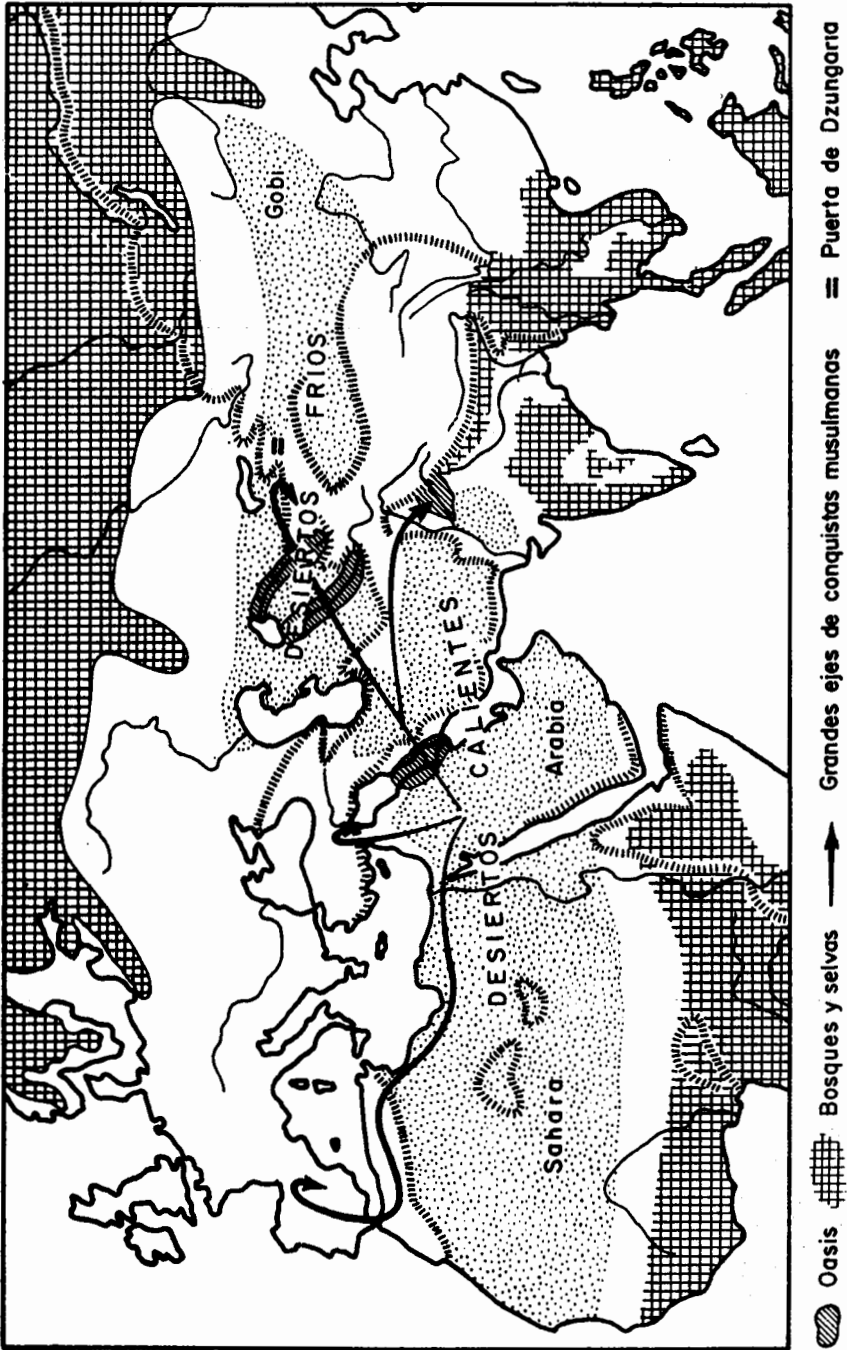
En suma, rápidamente, con la sola excepción del Asia Menor montañosa, defendida y salvada por Bizancio, los conquistadores árabes se apoderaron del Cercano Oriente, rebasando ampliamente sus límites hacia el Oeste.

El problema está en saber si esta rapidez fue debida:

- a) a un ataque que benefició al asaltante, a quien nadie esperaba;
- b) al éxito de unas campañas militares realizadas a un ritmo vertiginoso, campañas destructoras que aislaron a las ciudades, obligándolas a rendirse, una tras otra;
- c) al desenlace lógico de una lenta descomposición del Oriente Medio, en vías de descolonización, como diríamos en la actualidad.

Sin duda, las tres causas concurrieron a ello. Sin embargo, desde el punto de vista de la historia de las civilizaciones, estas explicaciones de corto alcance no pueden ser suficientes. No se puede explicar el éxito *duradero* de una invasión, simplemente por complacencia o hastío. Más bien habría que pensar en una

LOS DESIERTOS MEDITERRANEOS



afinidad religiosa y moral, muy antigua, fruto de una larga coexistencia. Esta religión nueva que elabora Mahoma ha sido fabricada en la encrucijada misma del Oriente Medio, en el sentido de su vocación profunda, según su espíritu.

Durante la primavera de su expansión, el Islam no hace sino insuflar nueva vida a la antigua civilización oriental, que ha sido el gran personaje de la aventura, por lo menos, "la segunda columna" del edificio en construcción (ya que, evidentemente, la primera sería la propia Arabia). Se trata de una civilización sólida y edificada sobre regiones muy ricas, en comparación con las cuales Arabia desempeña un papel muy pobre.

En cierta manera, el destino del Islam consistirá en poner a esta civilización en una nueva órbita, en llevarla a un nuevo nivel.

II. MAHOMA, EL CORAN, EL ISLAM

En una primera aproximación, los orígenes inmediatos del Islam nos ponen en presencia de un hombre, de un libro y de una religión.

1. La obra decisiva de Mahoma se sitúa entre 610-612 (fechas problemáticas, pero verosímiles) y 632, fecha de su muerte.

Sin Mahoma, Arabia, desintegrada en tribus y confederaciones rivales, abierta a las influencias extranjeras, a los esfuerzos coloniales de Persia, de la Etiopía cristiana, de Siria, del Egipto bizantino, no habría realizado su unidad y, al no contar con ésta, no habría podido lanzar a sus saqueadores hacia las largas fronteras del Norte.

Ni Bizancio, ni los partos, enfrentados desde hacía siglos, habían sospechado ni temido por un momento, que pudiera surgir un enemigo serio en países tan pobres. Sin duda, se habían producido ya incursiones violentas, pero, hasta ahora, el árabe entraba a saco para después volverse a ir. Nadie se preocupaba por ello, sobre todo en estas zonas—con frecuencia *no man's land*—, al borde del «creciente fértil», que se disputaban persas y griegos.

Con el éxito de Mahoma, todo cambia. Investigaciones eruditas han puesto de relieve su verdadera biografía, desembarazándola de todos los adornos que le habían sido añadidos. Como resultado, se ha obtenido una imagen de Mahoma todavía más atractiva y emocionante. Nacido en el año 570, aproximadamente, Mahoma durante los cuarenta primeros años de su vida vivió abrumado por las desgracias. Esta vida oscura entra en la gran historia, cuando el Profeta alcanza la cuarentena, hacia 610-612. "Una noche de la última década del Ramadán, en una cueva del monte Hira", no lejos de La Meca, mientras dormitaba, "se produjo la infusión de la Palabra Increada en el mundo relativo, el descenso del Libro al corazón del Profeta". El ser misterioso le mostró en sueños "un rollo de lienzos cubierto de signos y le ordenó que los leyera... "No sé leer", dijo Mahoma. "Lee", repitió por dos veces el Ángel, poniendo la tela alrededor del cuello del durmiente. "¿Qué leeré?" "Lee, en el nombre de tu Señor, que ha creado al hombre..." "El elegido se recogió, consciente de que el libro había bajado a su corazón" (E. Dermenghem). Como detalle, hay que anotar que se puede traducir lo mismo *leer* que *pre-dicar*, de manera que nunca sabremos si el Profeta sabía o no leer y escribir.

Esta historia sagrada es célebre. También es de todos conocido que Mahoma, después de las palabras del Arcángel Gabriel (ya que ésta era la iden-

tividad de su misterioso visitante), se consideró el enviado de Dios, el último, el más grande de los profetas de la tradición bíblica; que en un principio, sólo contó con el apoyo de su mujer, Jadicha, y en contrapartida con la hostilidad de los mercaderes ricos de La Meca, sus parientes; que entonces se mostró indeciso, al borde de la desesperación y del suicidio. No vale la pena seguir paso a paso esta «pasión», tal como se puede reconstituir por momentos, a través de los testimonios, de los «dichos» del Profeta (*hadices*) y de los versículos (*surates*) del Corán, recopilación póstuma, transmitida por la tradición, de las revelaciones de Mahoma. Lo importante es prestar atención a la belleza, a la fuerza explosiva, a «la música pura» de este texto «inimitable» (prueba de que es divino), de las predicaciones (que con frecuencia precedían a los horribles momentos de trance durante los cuales Mahoma perdía el conocimiento), prestar atención a esta extraordinaria poesía medida con fuerza, que la tradición no consigue disimular totalmente. La Arabia preislámica vive entonces su época homérica: la poesía abre los oídos y los corazones.

Durante varios años, el Profeta sólo predica para un círculo muy reducido de fieles, algunos parientes, algunos desgraciados, muchas veces gentes muy pobres: La Meca, junto a los mercaderes enriquecidos por el tráfico caravanero entre Siria, Egipto y el Golfo Pérsico, tiene trabajadores miserables, artesanos, esclavos. Entre ellos, Bilal, el esclavo negro que compró Abu Bakr (amigo y futuro suegro del Profeta), primer *muecín* del Islam.

En cuanto a los ricos, en seguida se asustaron de una propaganda que primero les hizo reír y después les irritó. Al estar en peligro, los fieles de Mahoma se ven obligados a trasladarse, algunos de ellos, a la Etiopía cristiana, y otros, aproximadamente sesenta, al oasis de Yatrib, al norte de la Meca. Mahoma encuentra, a su vez, refugio en este último. Yatrib se convertirá en la ciudad del Profeta (Medina); esta fuga (la Hégira) es el punto de partida de la era musulmana (20 de septiembre del año 622). Es de señalar, aunque sea un detalle insignificante, que, según parece, Medina era ya el nombre de la ciudad antes de la Hégira.

Se trataba, por aquel entonces, de una ciudad en sus tres cuartas partes rural, poblada por dos tribus árabes, con manifiesta hostilidad entre sí, y por importantes fracciones judías, más o menos comerciantes. Con respecto a estas últimas, la política de Mahoma empezará por ser amistosa, para convertirse en política de desconfianza y, por último, de franca hostilidad. La oración, orientada hasta entonces hacia Jerusalén, se hará después en dirección a la Meca. Todo esto, en un clima de guerra continua, ya que los musulmanes fugitivos saquean para vivir a sus vecinos y hostigan a las largas filas de caravanas de los traficantes de la Meca. Gracias a esta guerra de diez años, el Profeta puede volver, como dueño y señor, a la Meca, no sin antes haber dado prueba, a raíz de terribles dificultades, de una extraordinaria capacidad de decisión y, también, de prudencia y tolerancia.

2. El Islam (sumisión a Dios), religión revelada, formada paulatinamente por los versículos de lo que más tarde sería el Corán, por los dichos y hechos del profeta, se estableció con simplicidad ejemplar

Los «cinco pilares» del Islam son: la creencia en un solo Dios, Alá, cuyo profeta es Mahoma (la «chahada»); la oración repetida cinco veces al día; el ayuno de los 29 ó 30 días del Ramadán; la limosna a los pobres; la peregrinación a la Meca. En cambio, el *jihad*, o guerra santa, aunque pronto había de desempeñar un papel sumamente importante, no figura entre los mandamientos fundamentales.

El simbolismo religioso del Islam no presenta ningún misterio, aun cuando numerosos puntos sean objeto de controversia y se presten a diversas soluciones respecto de las complicadas interpretaciones de la mística. Desde este punto de vista nada tiene que envidiar la teología islámica a la cristiana: una y otra presentan al espíritu intrincados caminos.

En cuanto a la oración, el Profeta se inspiró en la práctica cristiana y judía. En cambio, en lo que se refiere a la peregrinación, se mantuvo fiel a la tradición árabe y mequense. Mantuvo, en efecto, las costumbres de las antiguas peregrinaciones, en contacto la una con la otra, a la Kaaba de la Meca y al monte Arafat, en las cercanías de la ciudad, que, probablemente, en su origen, fueron una fiesta de primavera y una fiesta del otoño, siendo semejante la primera a la festividad de los Tabernáculos del Antiguo Testamento. Estas prácticas antiquísimas, cuyo sentido más profundo se había perdido en la noche de los tiempos, fueron retranscritas en un lenguaje nuevo. «Mahoma se apropió de la institución antigua, justificándola *a posteriori* mediante algo así como una leyenda cultural: pretendía que Abraham, con su hijo Ismael, el antepasado de los árabes, había instituido en su tiempo el culto de la Santa Kaaba y la ceremonia de la peregrinación. De este modo, quedaba afirmada la prioridad del Islam sobre el judaísmo, fundado por Moisés, y sobre el cristianismo, vinculado a Jesús.» ¿Puede esta referencia a Abraham explicarse simplemente por cálculo político, por el deseo de afirmar la prioridad cronológica? ¿Acaso las religiones no tienen su lógica religiosa y sus verdades? Esto es lo que sugiere Yuakin Mubarak (*Abraham dans le Coran*, 1958). Para Louis Massignon: "... El Islam ve en Abraham al "primero de los musulmanes", lo cual es verdad, *"al menosológicamente"*».

Lo esencial es comprender hasta qué punto las creencias y las prácticas religiosas cuentan en la vida del musulmán, imponiéndole una disciplina estricta. Para él, todo (comprendido el derecho) emana del Corán. La práctica religiosa significa hoy en el Islam algo mucho más vivo que lo que representa en un país cristiano. «Cada año, desde hace mil trescientos sesenta años—escribe Louis Massignon—, llegan a Arafat 150.000 peregrinos de todos los países.» Y en una determinada aldea de Egipto hay tantos de estos peregrinos, relativamente, como «personas que celebran la Pascua» en un pueblo de Francia. Evidentemente, la ventaja le corresponde al Islam. Pero no debe atribuirse únicamente a una fe más viva. El Cristianismo tuvo que enfrentarse con crisis internas, las crisis mismas de la civilización de la que es portador, y que el Islam, hasta ahora, sólo ha entrevisto. Y, en efecto, continúa apoyándose en sociedades arcaicas, en las cuales los ritos religiosos se perpetúan como los otros modos sociales y como el resto de la vida misma.

III. ARABIA, LOS PROBLEMAS DE UNA CULTURA DE ESCASA URBANIZACION

¿Qué papel desempeñó, realmente, la inmensa Península arábiga, en el triunfo de Mahoma y en la expansión del Islamismo? La respuesta no es sencilla.

1. Preponderancia urbana: Mahoma ha vivido y, por decirlo así, edificado su sistema en un medio urbano, en la Meca, al margen de una Arabia todavía primitiva.

La prosperidad de esta ciudad era entonces cosa *reciente*, nacida del tráfico de caravanas y de sus relaciones con otros centros urbanos, alejados, extranjeros, afectados tan sólo por el gran comercio y ese capitalismo mercantil de los habitantes de la Meca que empezaba entonces a esbozarse.

Fue, sin duda, en las ciudades sirias—más que en la misma Arabia—donde Mahoma, que era conductor de caravanas antes de la revelación, se puso en contacto con los medios judaizantes y cristianos. En todo caso, sólo en un marco urbano son posibles sus prescripciones, la llamada del muecín, el rezo colectivo de los viernes, el velo de las mujeres, la dignidad exigida a los fieles y a sus *imanes* (la verdadera palabra es *imam*, director de la plegaria). Todo ello no es concebible sin testigos, sin multitud, sin un «codo con codo» urbano.

“El ideal de los austeros mercaderes de Hedjaz es rigorista y puritano. Incluso en esto, al islamismo le interesa más la limitación impuesta por las ciudades que la dispersión que supone el campo” (X. de Planhol). Ciertos *hadices* del Profeta sólo pueden ser interpretados desde este punto de vista: “Lo que yo temo para mi pueblo es la leche, en la que el diablo se esconde entre la espuma y la nata. Mi pueblo se aficionará a beberla y regresará al desierto, *abandonando los centros en los que se reza en común*.” (Somos nosotros los que subrayamos.) También se cuenta que el Profeta dijo, al ver una reja de arado: “Siempre que esto entra en la casa de los fieles, entra al mismo tiempo el envilecimiento.” Es decir, como dice el mismo Corán: “Los árabes del desierto son los que tienen más arraigadas la impureza y la hipocresía.” En este primer momento del Islamismo, los núcleos de la fe son, pues, las ciudades, en una situación que recuerda a la de la Iglesia cristiana, en sus orígenes en Occidente: Como entonces, el infiel es el campesino, el *paganus*, el pagano.

2. Bien es verdad que los beduinos de Arabia son unos “campesinos” extraños. A principios del siglo XX era posible encontrarlos, iguales a sí mismos, y aún hoy puede que se les halle de la misma manera, en el corazón de Arabia.

El islamista Robert Montagne (1893-1954), ha escrito un libro muy interesante sobre esta «civilización del desierto», a la que, no obstante, un etnógrafo calificaría de *cultura*.

En efecto, *no hay ciudades*, y cuando existen son muy rudimentarias. ¡Yatrib, en el momento de la Hégira ni siquiera es como Tebas, en Beocia, en la época de Epaminondas! Alrededor de estas “ciudades”, en los valles con un mínimo de agua, residen *algunos campesinos sedentarios*, siervos adscritos a la gleba, pero siempre en pequeño número. *La mayoría de los drabes está constituida por gentes nómadas*, “semejantes a enjambres de abejas”, y que forman grupos sociales muy pequeños: familias patriarcales, “subfracciones”, “fracciones”, “tribus”, “confederaciones de tribus”. Estas calificaciones se deben a los investigadores actuales, que las utilizan como mero instrumento de contabilidad: una fracción tiene entre 100 y 300 tiendas; una tribu, 3.000 personas, siendo así la mayor unidad en esta escala que posea aún una cohesión. La ficción y la realidad de los lazos de sangre, los únicos lazos que reconoce el beduino, pueden mantenerse aun en la tribu. La tribu es la gran unidad de combate: hermanos, primos y clientes conviven en

ella. La confederación, por el contrario, es sólo una frágil unión que dispersa a sus participantes sobre inmensas distancias.

Sólo la cría y utilización del camello hace posible la penosa vida de los beduinos a través de los desiertos y semidesiertos de Arabia. La sobriedad del camello, su resistencia a la sed, le permiten realizar largos viajes de unos pastos a otros. En las razías de ganado y en la guerra, el camello asegura el transporte de las pieles, de los odres de agua, del trigo. Sólo en el momento final del galope de ataque se utilizan los caballos, que hasta entonces habían sido objeto de todo tipo de atenciones.

La vida cotidiana corre detrás de la "hierba que huye". Con sus camellos de albarda y las camellas blancas de carrera, los grandes nómadas oscilan a veces en sus recorridos de un millar de kilómetros, entre el Norte y el Sur, o viceversa. Hacia el Norte, lindando con las tierras del Creciente fértil, entre Siria y Mesopotamia, el nomadismo se degrada, se entorpece al entrar en contacto con el sedentarismo. A la cría del camello se añade la de la oveja, con un radio de recorrido mucho más limitado. El beduino se convierte en un pastor de ovejas, en un *chauya*. Por debajo de él, en la última categoría, la de los horribles sedentarios, está el ganadero de búfalos y de bueyes.

En el Sur y en el centro de Arabia, el nomadismo de los camelleros conserva su pureza y sus pretensiones de nobleza. Estas tribus nobles están continuamente en guerra: las más fuertes arrollan a las más débiles. El desierto, superpoblado, rechaza así hacia el exterior a sus excedentes humanos, y éstos salen generalmente por las rutas del Oeste: el puente del Sinaí, la estrecha faja del Nilo, no representan obstáculos serios en la ruta hacia el Sahara y los países del Poniente.

Las razones de esta preferencia por el Oeste son de tipo geográfico e histórico. Las razones *geográficas* son: hacia el Norte, los desiertos fríos suceden a los desiertos cálidos. Los árabes no triunfaron en Asia Menor en el siglo VII porque los camellos no podían resistir los intensos fríos de las llanuras de la actual Anatolia, a los que está aclimatado, por el contrario, el camello de Bactriana. En cuanto al Sahara, es la prolongación del desierto de Arabia, más allá del foso del mar Rojo. La razón *histórica* es que estos desiertos del Norte, del Asia Central, tienen sus propios nómadas, sus propios camellos de dos jorobas, sus caballos, sus jinetes, sus peculiares y violentos movimientos migratorios. En todo caso, no son espacios vacíos en los que la instalación sea fácil.

Aunque con vacilaciones previas, la Arabia de los beduinos puso su excepcional fuerza combativa al servicio del Islam. Evidentemente, los nómadas no se convirtieron de un día para otro. La combatividad y la inestabilidad son características suyas. En la España sometida en la época de los califas omeyas, se reavivan las disputas entre los partidos del Yemen y del Qais, a miles de leguas de su lugar de origen.

Por lo demás, a la muerte del Profeta, todos los nómadas, aparentemente sometidos, se habían sublevado. La represión había sido larga, y el *sucesor* de Mahoma, el califa Omar (634-644) creyó que la mejor solución para terminar con estas continuas e infernales discusiones, era lanzar a los jinetes y a los camelleros al *jihad*: así se conseguía, a un tiempo, alejarles de Arabia y evitar las contiendas entre diferentes tribus.

De esta manera serán los beduinos los que realicen las primeras conquistas del Islam. Hay que imaginar a lo largo de inmensos recorridos, el caminar de estos grupos reducidos, de estos pueblos en miniatura, con sus convoyes, sus tiendas de piel de camello y de cabra, transportando con ellos sus costumbres, su altivez, la profunda vocación de seguir siendo pastores, el desprecio de la vida asfixiante del sedentario. Tiene lugar un verdadero bombardeo, por estos corpúsculos, del extenso espacio que va a ocupar hacia

el Oeste, la conquista musulmana. Van implantando por donde pasan su lengua, su folklore, sus defectos y sus virtudes; entre éstas, no es de las menos importantes, su apasionada afición por la hospitalidad, que es un rasgo característico de todo el Islam.

Es conocido el largo camino recorrido por la tribu de Beni Hillal: habiendo partido del Sur de Hejaz en el siglo VII, se encuentran incómodos en el Alto Egipto, hacia el año 978: fueron arrojados hacia el África del Norte en la mitad del siglo XI, como una plaga de langostas; más tarde fueron aplastados por los bereberes en el siglo XII (batalla de Setif, 1151), y entonces dispersados a través del Mogreb. Su epopeya reaparece, en la actualidad, en el folklore, "desde el desierto de Transjordania hasta Biskra y Port-Etienne", en Mauritania.

3. "Civilización" y "culturas" en el mundo islámico: el papel desempeñado por las tribus árabes llama la atención sobre cómo el Islam, esta civilización que pronto se volverá muy refinada, consiguió casi todos sus triunfos gracias a las fuerzas vivas de "culturas" belicosas de los pueblos primitivos, a los que ha ido asimilando y "civilizando" rápidamente.

Fueron las tribus árabes las que consiguieron, durante un siglo, el primero de estos triunfos. Más tarde, el Islam conquistó España y construyó el Egipto Fatimita, gracias a los rudos montañeses de África del Norte, a los bereberes. Por último, empleará a los turco-mongoles, nómadas que encontraba a sus mismas puertas, casi en su territorio, y a los que supo convertir al Islamismo. A partir del siglo X, los mercenarios turcos formarán el núcleo esencial de los ejércitos de los califas de Bagdad, que, por otra parte, eran soldados, arcabuceros y jinetes extraordinarios.

El gran escritor del siglo IX, Jahiz, ridiculiza un poco a estos hombres rústicos en el inolvidable retrato que ha hecho de ellos. Pero, una vez más, los acontecimientos se desarrollan iguales a sí mismos. Los pobres se convertirán en ricos, los nómadas en ciudadanos, y demostrarán que el camino que media entre el criado y el amo es a veces breve. Ayer, criados, y al día siguiente, señores, los turcos seldjúcidas, y más tarde los turcos osmanlíes, serán los nuevos príncipes del Islam. El Occidente concederá a los soberanos osmanlíes el título de «Gran Señor» o de «Gran Turco», cuando la toma de Constantinopla (1453), convertida en capital del Imperio, asentará definitivamente su poder.

Quizá sea una ley del destino del Islam traer y utilizar a los pueblos primitivos que rodean o cortan sus territorios, para sucumbir después bajo el peso de su violencia. Después, todo se restablece o cicatriza. El primitivo y eficaz combatiente desaparece en la pujante vida urbana del Islam.

CAPITULO V

LO QUE ENSEÑA LA GEOGRAFIA

El islamismo afecta a toda una serie de espacios relacionados los unos con los otros, sujetos en sus márgenes a modificaciones bastante intensas, ya que la historia del Islam no ha sido ni es una historia apacible.

Sin embargo, estas modificaciones (centradas en el conjunto de este medio) son relativas. En general, el inmenso escenario islámico posee una evidente estabilidad. Se presenta como una serie de realidades y de explicaciones.

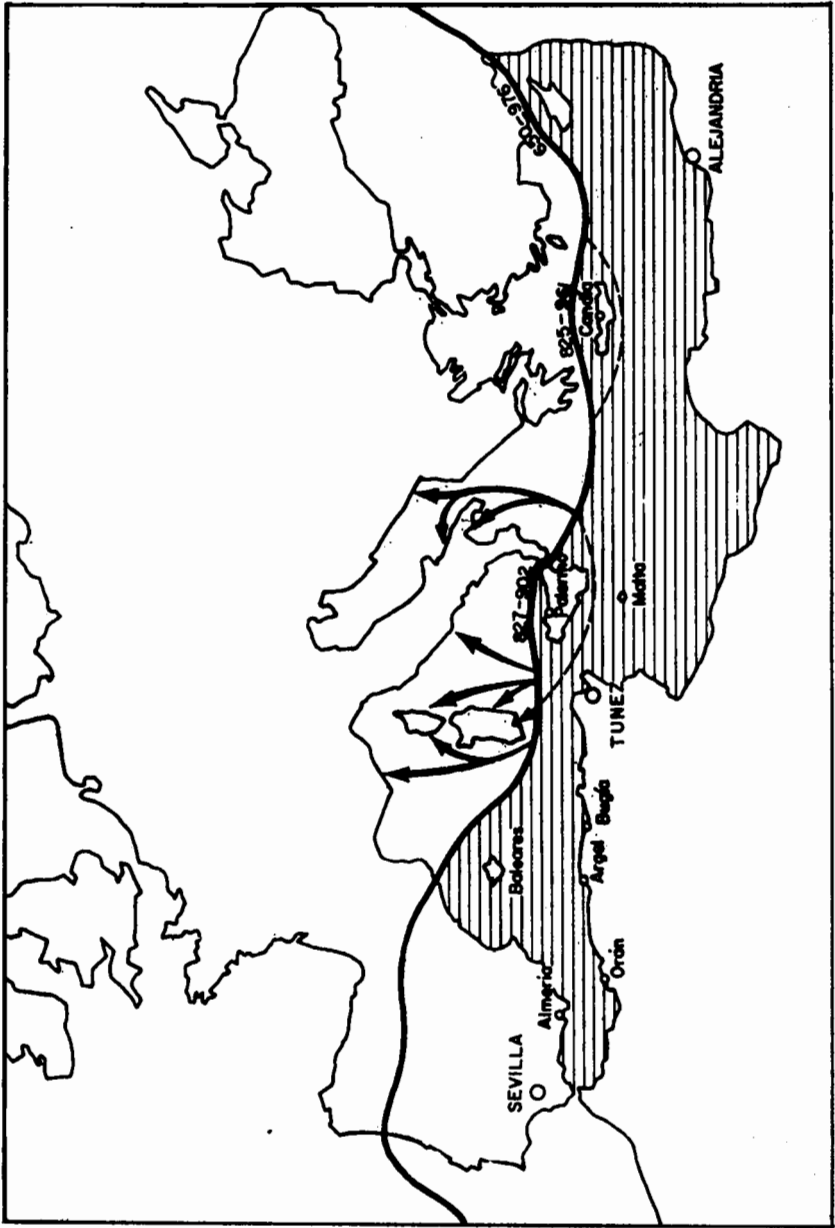
I. TIERRAS Y MARES DEL ISLAM

Los mapas hablan por sí solos y dicen lo fundamental de la geografía islámica. En uno de los mapas (los musulmanes en el mundo actual) hemos destacado las regiones que el Islam poseyó un día y que han sido abandonadas a favor de civilizaciones extranjeras o rivales: Sicilia, la Península Ibérica, Septimania, Italia meridional, Mediterráneo occidental, frente a Occidente; Creta, Península de los Balcanes, frente a la Europa Oriental, a grandes rasgos, frente a la cristiandad ortodoxa; llanura central indo-gangética, Decán septentrional y central, frente al mundo hindú.

En la actualidad continúa siendo inmenso el territorio que perteneció al Islam desde siempre o por lo menos desde hace mucho tiempo. No siempre son regiones muy ricas. Se extiende desde Marruecos y el Sáhara atlántico hasta China e Insulindia, «De Dakar a Yakarta», como se subtitula un libro reciente.

En esta enumeración, no olvidemos los inmensos espacios marítimos, antaño más o menos utilizados, y en la actualidad fuera del alcance de los Estados musulmanes, salvo unas estrechas franjas costeras. El mar pertenece a quien lo surca y, hoy día, no existe prácticamente una marina musulmana. Las cosas fueron muy diferentes en el curso de la historia, en el Mediterráneo, en el mar Rojo, en el Golfo Pérsico, el mar Caspio, sobre todo en el Océano Indico: gracias a la alternancia de los monzones, una navegación activa mantuvo en estos espacios marítimos importantes intercambios a beneficio de los veleros árabes, los «butras», aquellos barcos de tablas unidas por cuerdas de fibra de palmera y en cuya construcción no se utilizaba ni un solo clavo. A partir del siglo IX, estos veleros alcanzaron Cantón. Vasco de Gama los persiguió y los saqueó en 1498. Sin embargo, ni los portuque-

EL MEDITERRANEO MUSULMAN (SIGLOS IX-X)



ses, ni más tarde los holandeses y los ingleses, conseguirán desposeerles de los lucrativos tráfico del Océano Indico. Sólo la máquina de vapor terminará con ellos, a finales del siglo XIX.

Así, pues, esta gesta marítima fue muy duradera. Los éxitos pasados del Islam no se debieron sólo a sus jinetes, sino también a sus hombres de mar. Simbad el marino es un símbolo de ello.

1. La primacía en el Mediterráneo: fue en el Mediterráneo donde se resolvió fundamentalmente esta gran aventura.

Simbad habla de odiseas, pero a través de los deslumbramientos, de las maravillas y de las catástrofes del Océano Indico. Sin embargo, no parece exagerado el afirmar que fue en el Mediterráneo donde se desarrolló la aventura marítima y *mundial* del Islam. Allí fue primero victorioso; después, combatiente desesperado y, por último, vencido.

Además de Siria, Egipto, Persia, Africa del Norte y España, una de las más importantes conquistas del Islam fue la de todo el Mediterráneo. Esta conquista hubiera sido irreversible de haber permanecido los musulmanes en Creta, de la que eran dueños desde el año 825; pero Bizancio recuperó esta fundamental posición de vanguardia en el año 961 y se mantuvo en Chipre y en Rodas, conservando así los dos puntos clave hacia el mar Egeo.

Por lo tanto, hubo fracaso o semifracaso en el Este: Bizancio conservó ese mar sembrado de islas y, alrededor de la península de los Balcanes, tanto el amplio mar Negro como el Adriático, esa ruta hacia Italia que utilizará el primero y modesto capital de Venecia, el de los transportistas de madera, de sal, de trigo, al servicio de la riquísima Bizancio.

Sin embargo, el otro Mediterráneo, el Occidental, cayó en poder de los marinos de Egipto, de Africa del Norte, de España, al pasar todos al servicio del estandarte verde. Hasta el punto de que fueron andaluces los que conquistaron Creta en el año 825; tunecinos los que, entre 827 y 902, se instalaron en Sicilia, que conoció entonces un auge importante. Se convirtió en el corazón del Mediterráneo «sarraceno», con Palermo, su más bello triunfo urbano, en medio de la Cuenca de Oro, que la irrigación transformará entonces en un jardín del Paraíso.

Los musulmanes se instalaron también en diversos puntos de Córcega y de Cerdeña, y, por un corto espacio de tiempo, en Provenza; amenazaron Roma, desembarcando con toda tranquilidad en la desembocadura del Tíber. Se instalaron sólidamente en las Baleares, archipiélago fundamental para las relaciones del Oeste del Mediterráneo, escala que permite hacer viajes directos entre España y Sicilia. «En el Mediterráneo no flota ya ni una tabla cristiana.»

El mar, creador de riquezas, se pone al servicio del mundo musulmán: facilita la expansión y la respiración de sus ciudades marítimas: Alejandría (sucursal, a partir de entonces, de la enorme metrópoli interior de El Cairo), Palermo, Túnez (marginal al mar, como en prudente retaguardia). Surgen o conocen nuevo auge otras ciudades: Bugía, con la proximidad de sus bosques, indispensables para las construcciones navales, Argel y Orán (ciudades modestas aún, tanto la una como la otra), el activo puerto español de

Almería, y, sobre el Guadalquivir, río tan importante. Sevilla, metrópoli dinámica, frente al Atlántico.

Esta expansión dura más de un siglo. Sin duda, muy pronto el Islam topó con la piratería cristiana, pero el sino de los ricos es ser presa y tentación de los pobres. En el siglo X, contrariamente a la situación que luego se hizo clásica, el rico es el musulmán, y el pirata, el cristiano. Amalfi, Pisa, Génova, son nidos de avispa. Todo se agrava y se precipita con la conquista de Sicilia por los normandos (1060-1091). Ahora los veleros musulmanes tienen un enemigo más: los rápidos barcos normandos. La ocupación de Sicilia es la primera brecha abierta en el monopolio marítimo de los "infieles".

Como consecuencia, el "lago musulmán" se va resintiendo de una asfixia, de un cierre progresivo, de un cierto malestar. Hacia el año 1080, en la época del Cid Campeador, poco antes de la llegada de los almorávides (venidos del Sudán y de África del Norte a socorrer a los musulmanes de España, 1085), un poeta árabe de Sicilia vacila en aceptar la oferta de ir a España a pesar de los cincuenta dinares de oro que le ofrece el rey de Toledo, Motamid: "¡Que no os extrañe ver cómo ha encanecido mi cabeza con la tristeza, sino más bien que os extrañe que el negro de mis ojos no se haya tornado blanco! ¡El mar pertenece a los Rumí, la circulación de nuestros barcos sólo es posible a costa de grandes riesgos, ya que sólo el continente pertenece a los árabes!" Ya se ha conseguido, pues, una gran revancha.

Las Cruzadas, que se iniciarán pronto (1095-1270), permiten la reconquista del mar Interior—comprendido el espacio, el reducto bizantino—por las flotas de las ciudades italianas. Los episodios importantes, ya clásicos (toma de Jerusalén en 1099, fundación de los Estados de Tierra Santa, toma de Constantinopla por los latinos en 1204, como consecuencia de la fabulosa desviación de la cuarta cruzada), no deben encubrir esta otra realidad más importante: la conquista del espacio marítimo y mercantil del Mediterráneo.

Cuando en 1291, la Cristiandad pierde, con San Juan de Acre, su último punto de apoyo importante en Asia, no por ello deja de tener una indiscutible supremacía, sobre todo en el Mediterráneo.

El Islam reacciona dos o tres siglos más tarde. Los turcos osmanlíes tratarán entonces de reconquistar la supremacía naval. Victoriosos en Prevesa (1538), el Mediterráneo casi les perteneció por entero, pero la enorme derrota de Lepanto (1571) puso término casi inmediato a este resurgir, que, por otra parte, sólo aspiraba a una supremacía militar. Sólo existió una flota turca, bastante mediocre, formada por barcos de mercancías (griegos en su mayoría, y limitados a los tráficos entre Estambul, el Mar Negro y Egipto) frente a las numerosas flotas de Venecia, Génova, Florencia...

Más tarde, se inicia, sin duda, una larga actividad de los corsarios musulmanes con los éxitos excepcionales de la ciudad de Argel. No obstante, nunca tuvieron los berberiscos una flota mercante.

Así, en el Mediterráneo, los momentos de gloria alternaron con las catástrofes. La historia del océano Índico fue más tranquila hasta la intrusión de los portugueses, en 1498, después del periplo del Cabo de Buena Esperanza. El Islam había sido tomado por la espalda.

2. Como dice, con razón, el ensayista Essad Bey, el "Islam es el desierto", pero este desierto, o más bien este conjunto de desiertos, está situado, por una parte, entre dos espacios de navegación, dos

extensiones de agua salada—el Mediterráneo y el océano Índico—, y, por otra parte, entre tres masas bastante densas de hombres—el Extremo Oriente, Europa y el África negra.

Por encima de todo, el Islam es un «continente intermediario» que pone en relación a estas extensas regiones.

Claro está que entre el Atlántico y la selva siberiana y China del Norte hay varios tipos de desiertos: los desiertos cálidos del Sur se distinguen de los desiertos fríos del Norte, siendo éstos, a grandes rasgos, zona de camello de dos jorobas—el verdadero camello—, y aquéllos, dominio de dromedarios. Trazando una línea entre el mar Caspio y la desembocadura del Indo, se limitarían aproximadamente sus regiones respectivas.

Evidentemente, todos los desiertos tienen riberas, «sahels» de sedentarios, estepas y oasis en donde el arado y la azada del poblador sedentario pueden producir, y de hecho producen, cultivos. Existen, incluso, en estos viejos países paradisíacos, los oasis fluviales del Nilo, del Tigris, del Eufrates, del Indo, del Amur y del Sir Daria, y excelentes suelos, raros y trabajados desde hace mucho tiempo, hasta el punto de que, con frecuencia, están desgastados por el hombre. Cuando el clima colabora en ello, son frágiles, sensibles en grado sumo al menor error humano, al menor accidente natural. Basta con una invasión, una guerra prolongada, una temporada de lluvias violentas, una superpoblación peligrosa, para que amplias zonas agrícolas corran el riesgo de perderse, en el sentido más exacto de la palabra; el desierto, entonces, se traga y entierra a las ciudades y a los campos cultivados...

El Islam incorpora, pues, a su destino todas estas múltiples fragilidades subyacentes. Sus ciudades demasiado agobiantes, pobladas por el comercio, sus tierras de labor demasiado limitadas, su civilización siempre en tensión, están a merced de continuas dificultades. Un mapa actual de su población lo señala con claridad: el Islam está formado por algunas zonas de densa población, entre las cuales hay vacíos inmensos. Ni la ingeniosidad de las construcciones hidráulicas, ni las consecuencias del *dry farming* (cultivo en suelo seco), ni la buena voluntad de los campesinos pacientes y sobrios, ni el aprovechamiento de árboles tan maravillosamente adaptados como el olivo o la palmera datilera logran asegurar la vida cotidiana del Islam y aún menos la abundancia concreta. Cualquier abundancia es allí momentánea, obedece al signo excepcional del lujo social, o al privilegio de una ciudad concreta.

Este es el caso, sólo a primera vista paradójico, de *La Meca*, gracias a las inmensas riquezas que supone para ella el continuo aflujo de peregrinos. Allí todo es posible, milagrosamente posible. En 1326, Ibn Batuta, el más grande de todos los viajeros árabes, celebraba su abundancia, los «sabores deliciosos» de sus carnes, la excelencia de sus frutas, uvas, higos, melocotones, dátiles, «de los que en el mundo entero es imposible encontrar un equivalente», melones incomparables... Y concluía: «en suma, todos los objetos del comercio que aparecen diseminados en las diferentes regiones, se encuentran reunidos en esta ciudad». En otras regiones, la mayoría de las veces, el hambre sigue siendo una inevitable compañera. «Yo sé encerrar mi hambre en mis entrañas—escribe un poeta árabe—lo mismo que una hábil tejedora sabe sujetar firmemente en su mano todos los hilos que tuerce con sus dedos.» Y un compañero de Mahoma, Abu Horaira, dice refirién-

dose al Profeta: "Salió de este bajo mundo sin haberse saciado ni una sola vez de pan de cebada."

Las consecuencias son fácilmente previsibles. Su resultado común es la instalación de un nomadismo exclusivo, pastoril, de formas diversas y que hemos señalado a propósito de Arabia. *Mutatis mutandis* la descripción sirve para todo el espacio de los desiertos de Arabia en los que el Islam está condenado a vivir. Se trata de prescripciones imperiosas. Muchas veces, y sin demasiada indulgencia, se ha descrito al beduino como un ser primitivo a pesar de sus títulos de nobleza. Si no comprende en absoluto a los sedentarios, éstos tampoco le comprenden a él. Un islamista, Jacques Berque, escribe, con razón: «¡Qué hermoso es el beduino, tantas veces difamado!» Y de hecho es un magnífico ejemplar de animalidad humana y, para el Islam, sin embargo, resulta un colaborador difícil de doblegar y de guiar! Pero a pesar de todo, el beduino es colaborador, e incluso instrumento, porque sin él es difícil imaginar lo que hubiera sido del Islam.

No obstante, la vida miserable que envuelve y que encierra al beduino hace problemática lo que hoy llamaríamos su «promoción social», tanto más cuanto que ésta sólo puede realizarse gracias a un sedentarismo que el beduino aborrece, pero que han acometido en la actualidad, a gran escala, tantos estados musulmanes. El Imperio de los otomanos la había realizado por su cuenta desde el siglo XVI, tanto en la Turquía asiática como en la Turquía europea, arraigando un poco por todas partes sus colonias de «yuruks», de nómadas. Este nomadismo riguroso y su «cultura» cerrada en sí misma señalan un determinismo evidente. El hombre se encuentra aquí prisionero de su «réplica a la naturaleza», utilizando la terminología de Arnold Toynbee.

3. Al ser una civilización pobre en hombres, el Islam se ha visto obligado, en el pasado, a utilizar a los hombres tales como les encontraba, al alcance de la mano. Su escasez crónica de hombres era una de las formas de su pobreza congénita.

Paradójicamente, en la actualidad, como veremos más adelante, hay exceso de población: 365 a 400 millones de hombres, es decir, entre la séptima y la octava parte de los seres vivos, demasiados si se tienen en cuenta sus recursos.

Pero antaño, en sus momentos de esplendor, el Islam contó de 30 a 50 millones de hombres todo lo más, para una población mundial de 300 a 500 millones. Y es poco, porque aunque la proporción se mantiene igual, *grosso modo*, es evidente que el Islam tenía entonces, *relativamente*, unas cargas mucho más pesadas que en la actualidad. De hecho dirigió la historia global de este planeta que por sí solo (antes del descubrimiento de América) constituye el Viejo Mundo (Europa, Asia, África).

De ahí la abundancia de cargas aplastantes: gobierno, comercio, guerra, vigilancia militar. Para llevarlas a buen término, el Islam ha tenido que aceptar por todas partes a los hombres tales como los encontraba, con una tolerancia que Occidente, demasiado rico por sí solo no ha practicado en absoluto. Además, los ha buscado fuera de sus fronteras, por todas partes,

con una insistencia que convierte al Islam clásico en una civilización esclavista por excelencia.

Este enorme, este continuo abastecimiento ha sostenido por mucho tiempo las empresas del mundo musulmán. Todos los países vecinos tuvieron sucesivamente que pagar este tributo: Cristianos de Europa hechos prisioneros, en tierra o en el mar, por los propios musulmanes, o, en ocasiones, comprados (como aquellos esclavos, prisioneros de guerra, que revendían los mercaderes judíos de Verdún en el siglo IX); negros de Africa, abisinios, indios, turcos y esclavos miserables, caucasianos. En el siglo XVI, los rusos, en sus campañas contra los tártaros de Crimea, abastecerán de esclavos al Estambul turco.

Con frecuencia, estos esclavos medran extraordinariamente. Este fue el caso de los mamelucos de Egipto, que se hacen con el poder en el mismo momento en que fracasaba la cruzada de San Luis (1250). Esclavos educados en el oficio de las armas, en su mayor parte de origen turco y más tarde de origen caucasiense, gobernaron Egipto con cierto éxito hasta la conquista otomana (1517), que, sin embargo, no terminó con ellos. Bonaparte los encontró en la batalla de las Pirámides. "Los mamelucos son advenedizos—escribe un historiador actual—, pero sin la mediocridad de éstos." Los jenízaros turcos, célebres ellos también, se les parecen en más de un rasgo.

A decir verdad, todas las ciudades musulmanas tienen barrios de razas, religiones y lenguas diferentes. En 1651, en el curso de una revuelta en el palacio del Padishah otomán, "la maldición de Babel cayó en el interior del Serrallo, sobre los icoglans (pajes y oficiales del Sultán), y les redujo a la impotencia". Con la emoción, los hombres habían olvidado el idioma osmanlí, artificialmente adquirido, "y los testigos extrañados—escribe el P. Ricart (1668)—, oyeron todo un tumulto de voces y de lenguas diferentes. Los unos vociferaban en georgiano, los otros en albanés, en bosnio, en mingreliano, en turco o en italiano". Es un bello ejemplo entre muchos otros: basta pensar en el Argel de los corsarios turcos.

II. CONTINENTE INTERMEDIARIO O ESPACIO-MOVIMIENTO: LAS CIUDADES

Por su localización, el Islam no sería nada sin las rutas que atraviesan de parte a parte su cuerpo desértico, le animan y le dan vida. Las rutas son su riqueza, su razón de ser, su civilización. Durante siglos ha ocupado, gracias a ellas, un lugar «dominante».

Hasta el descubrimiento de América *dominó* al Viejo Mundo, dio la pauta de lo que era entonces, de hecho, su historia «mundial». Repitamos que sólo el Islam pone en contacto a las grandes áreas culturales, en las que se divide el Viejo Mundo: Extremo Oriente, Europa, Africa negra. Nada puede ocurrir sin su consentimiento o, por lo menos, sin su autorización tácita. Es el *intermediario*.

1. Barcos, caravanas y mercaderes: por muy difícil que parezca a veces su situación política—y lo fue con frecuencia—, el Islam continuó siendo geográficamente usufructuario de los lugares de paso obligatorio.

Claro está que el Islam no siempre es consciente ni enteramente soberano de esta situación excepcional.

Así, por ejemplo, frente a los desiertos fríos de Asia, el Islam es víctima de las fragilidades de un dominio mal asentado, "marginal"—el suyo—, frente a una población de nómadas muy turbulentos. El Turkestan musulmán, línea de oasis, es una región de avanzadillas, pero nunca de barreras eficaces. Es imposible, en efecto, impedir a los turcos, a los turcomenes y a los mongoles el acceso al camino del mar de Aral, al mar Caspio y al mar Negro. Los más enérgicos de estos nómadas escalan el Irán y amenazan Bagdad... En un mapa se pueden calcular las dimensiones del desorden que supuso, frente al Este, la expansión mongol del siglo XIII.

No obstante, durante varios siglos el Islam es el único que hace circular el oro del Sudán, los esclavos negros, en tránsito hacia el Mediterráneo; la seda, la pimienta, las especias, las perlas del Extremo Oriente, en tránsito hacia Europa. En Asia y en Africa monopoliza el comercio del Levante. Este comercio tan sólo cae en manos de los comerciantes italianos desde Alejandría, desde Alepo, desde Beirut, o desde la Trípoli de Siria.

El Islam es, pues, por excelencia, una civilización de movimiento, de tránsito, lo que supone lejanas navegaciones y una múltiple circulación caravanera, tendida, ante todo, entre el Océano Índico y el Mediterráneo, lanzada generalmente desde el mar Negro a China y a la India y, por último, eficaz desde el país de los negros a Africa del Norte.

Estas *caravanas*, a pesar de la presencia hacia el Este de elefantes y de la presencia, un poco por todas partes, de caballos y de asnos, se realizan fundamentalmente en camellos. Un camello de albarda puede llegar a transportar hasta tres quintales de carga útil. Como una caravana reúne hasta 5.000 y 6.000 camellos, su volumen global puede compararse al de un velero de carga muy capaz.

Una caravana se mueve lo mismo que un ejército, con un jefe, un estado mayor, unos reglamentos estrictos, unas etapas obligadas, unas precauciones rituales contra los nómadas dedicados al saqueo, con los cuales conviene llegar a un acuerdo. A lo largo de su ruta encuentra, a distancias fijas, a cada jornada de marcha (salvo en pleno desierto), las amplias construcciones de los *caravanserrillos* o *jans*, en donde aloja a una parte de sus animales y de sus gentes. Son las estaciones caravaneras. No hay viajero europeo que no haya descrito estos gigantescos pabellones y sus comodidades relativas. Algunos subsisten en la actualidad, como los admirables *jans* de Alepo.

Este sistema caravanero no puede adherirse a las navegaciones sin una extensa organización medio capitalista. El Islam tiene sus *comerciantes (musulmanes y no musulmanes)*. Se han conservado por casualidad las cartas de los comerciantes judíos de El Cairo desde la época de la primera cruzada (1095-1099): demuestran que los musulmanes conocían todos los instrumentos de crédito y de pago y todas las formas de asociación comercial (por consiguiente, no será Italia la inventora de ellos como se ha aceptado con demasiada facilidad). Son testimonios también de comercio a larga distancia: comercio del coral que va de Africa del Norte a la India; esclavos comprados en Etiopía; de hierro traído de las Indias, al mismo tiempo que la pimienta y las especias. Todo ello implica un enorme movimiento de dinero, de mercancías y de hombres.

Después de esto no puede extrañar la amplitud, fabulosa para la época, de los *itinerarios de los viajeros árabes*. El propio Islam, que es movimiento, que vive de

movimiento, los provoca. Ibn Batuta, un marroquí nacido en Tánger en 1304, que había realizado ya su viaje "alrededor del mundo" entre 1325 y 1349 (Egipto, Arabia, Bajo Volga, Afghanistan, India, China), llegó en 1352 a los países de los negros y a los bordes del Níger, donde, por cierto, se quejó de la falta de atenciones de los sudaneses, a pesar de ser musulmanes, para con los "blancos". En Sichilmassa, la ciudad del oro, encontró, bien es verdad que con alguna extrañeza por su parte, a uno de sus compatriotas de Ceuta, hermano de un cierto Al-Buchri, que había conocido en China... El Islam de esta época abunda en desarraigados de todo género que la hospitalidad musulmana (parecida a la hospitalidad rusa) acoge, desde el Atlántico al Pacífico, sin desertar en ningún momento de esta tarea.

2. No serían concebibles estos movimientos sin la existencia de ciudades poderosas. Estas, naturalmente, "pululan" en el Islam. Son el motor que hace posible esta inmensa circulación.

Porque todo pasa por ellas, las mercancías, los animales de carga, los hombres y también los más preciados bienes culturales. De estos últimos, camino de Europa, se podría hacer una inmensa clasificación (heterogénea y nunca completa): las plantas lejanas (caña de azúcar, algodón), el gusano de seda, el papel, la brújula, los números hindúes (llamados árabes), quizá la pólvora de cañón y, al mismo tiempo que una cierta medicina muy celebrada, los gérmenes de las más terribles enfermedades epidémicas, venidas de China y de la India, países de origen del cólera y de la peste...

A grandes rasgos, todas estas ciudades se parecen. *Sus calles* son estrechas, generalmente en cuesta, para que el agua de la lluvia, por sí sola, las limpie. Son hasta tal punto estrechas que muchas veces dos asnos cargados no pueden cruzarse. Con los siete codos que prescribe una *hadiz* del Profeta, sería aún posible que los dos asnos se cruzasen. Pero las casas invaden la calzada, ya que la ley sólo opone a ello un obstáculo teórico; además tienen con frecuencia salientes como las casas occidentales de la Edad Media. Todo ello es comprensible si se piensa que el islamismo prohíbe (salvo excepciones como en la Meca, en su puerto, Jidda y en El Cairo) las casas de pisos, señal de orgullo aborrecible por parte de los propietarios.

Dado el desorden y la ausencia de toda administración municipal, estas casas bajas, desde el momento en que una ciudad está sometida a una progresión demográfica importante, invaden su espacio, se amontonan las unas contra las otras, se atosigan.

En 1657 le extrañaba al francés Thévenot "que no hubiera ni una sola calle grande en El Cairo, sino cantidad de pequeñas calles que dan vueltas y revueltas, lo que prueba que todas las casas fueron construidas sin orden ni concierto, ocupando una todo el lugar que quisiera para construir, sin reparar en el entorpecimiento de la libre circulación de una calle".

Otro francés, Volney, un siglo más tarde (1782), describe estas mismas calles en los términos siguientes: "Como no están pavimentadas, la masa de hombres, de camellos, de asnos y de perros que se apiñan en ellas levantan una polvareda incómoda; con frecuencia los particulares riegan delante de la puerta de su casa; al polvo le suceden el barro y los malos olores. Contrariamente a la costumbre oriental, las casas son de dos o tres pisos, terminadas por una terraza de losas o arcilla: la mayoría son de tierra y de ladrillos mal cocidos; el resto es de piedra blanda que se saca del cercano monte Moqatam; todas estas casas tienen un cierto parecido con una cárcel, ya que sus ventanas no dan a la calle..." A mediados del

siglo XIX se hace una descripción parecida de Estambul: "no sólo los carruajes, sino los propios caballos encuentran dificultades para circular. La calle del Diván, en esta época la más espaciosa, había momentos en que no sobrepasaba los 2,5 a 3 metros".

En general, todo esto es verdad. Sin embargo, en el siglo XI, El Cairo tuvo casas de siete a doce pisos; Samarra, en el siglo IX, tuvo una gran avenida recta, de 33,5 kilómetros de largo y de 50 a 100 metros de ancho. ¡No son más que excepciones que confirman la regla!

Por muy estrecha que sea la calle en un país musulmán, es siempre un lugar de animación, de reunión, sobre todo para un pueblo aficionado a exteriorizarse. Es «la arteria esencial... donde los narradores de cuentos, los cantantes, los encantadores de serpientes, los saltimbanquis, los curanderos, los charlatanes, los Barberos se dan cita, todos los que practican estos oficios tan sospechosos para los canonistas y los moralistas del Islam. Y también están los niños con sus juegos, a veces violentos...» A la circulación de la calle se añade la comodidad reservada a la mujeres de la circulación por las terrazas.

Por lo tanto, hay desorden. Sin embargo, nunca excluye la existencia de un *plan de conjunto*, tanto más cuanto que está ligado a las mismas estructuras de la ciudad, a la vida de sus habitantes. En el centro, la Gran Mezquita, donde hay sermón semanal, «hacia la cual todo confluye y de la cual todo refluye como si se tratara de un corazón» (J. Berque). Cerca de ella está el *bazar*, es decir, el barrio de los comerciantes con sus calles llenas de tiendas (*sug*) y sus almacenes de mercancías, los baños públicos que se implantaron o subsistieron a despecho de todas las prohibiciones de las que fueron objeto. Los artesanos están dispuestos de manera concéntrica a partir de la Gran Mezquita: en primer lugar, los fabricantes y los comerciantes de perfumes y de incienso; después, las tiendas de telas y mantas, las joyerías, los comercios de alimentos, finalmente, los oficios menos nobles: curtidores, zapateros, herreros, ollereros, jaeceros, tintoreros... Cuando se llega hasta ellos se han alcanzado ya los límites de la ciudad.

Estos emplazamientos corporativos se fijan, al principio, de una vez para siempre. En principio, también, el barrio del Príncipe (el *maghzen*) está situado fuera de la ciudad, al amparo de las revueltas y de las sorpresas populares. Al lado de él, bajo su protección, el barrio judío, el *mellah*. A este mosaico hay que añadir la gran diversidad de los barrios residenciales, divididos según sus etnias y sus religiones (en Antioquía hay 45 barrios). «La ciudad es un agregado de ciudades que viven todas en el terror de una matanza.» Por lo tanto, no fue la colonización occidental la que creó la segregación racial, aunque de hecho tampoco la haya suprimido.

Esta rigidez por debajo del desorden aparente se ha agravado tanto más cuanto que las ciudades han sido rodeadas de *murallas con puertas suntuosas*, al lado de las cuales se asientan amplios cementerios, y, por ello, es difícil que la urbanización se extienda. En la actualidad, la necesidad de que circulen los automóviles está dando origen a una transformación de las ciudades, a veces sin medida. En una fiebre de ampliación de sus calles, Estambul se ha transformado en los últimos años en un inmenso taller de arreglos y reajustes: casas cortadas por la mitad cuyas puertas interiores

se abren sobre el vacío, nueva calle principal en la que desembocan las calles laterales colgadas como «los valles glaciares», bosques de canalizaciones que se han convertido en áreas tras una serie de nivelaciones precipitadas...

Si bien es verdad que, a grandes rasgos, las ciudades musulmanas no tenían ni las libertades políticas ni el sentido del orden arquitectónico que las aglomeraciones de Occidente trataron de adquirir desde el momento en que alcanzaron un desarrollo suficiente, no por ello carecieron de todas las funciones que son propias a las ciudades; incluso una burguesía siempre bien pensante; unas masas de proletarios, de artesanos miserables, de rateros que vivían más o menos de las "migajas de los ricos"; una vida de refinamiento mucho más disoluta que en otras partes y cuyos placeres parecían a los rigoristas de una perversidad insoportable. Son la ciudadela del espíritu gracias a sus escuelas cerca de las mezquitas, a sus "medersas" y a sus universidades. Por último, constituyen una atracción constante para los campesinos de los alrededores, a los que amansan y domestican según las reglas tradicionales del juego, inmutables desde que hay ciudades y tierras de campo. "No hay gentes en el mundo que tengan más necesidad de ser corregidos porque son ladrones, despilfarradores y malhechores", dice un ciudadano de Sevilla, pensando, seguramente, en las disputas sin fin que nacen en las puertas del mercado o en el mismo mercado con los campesinos que vienen a vender animales, carnes o pieles, manteca rancia, palmeras enanas, "hierba verde" o guisantes. Pero la vigilancia y la astucia urbanas se toman una revancha diez veces superior. El ladrón es robado a su vez, y sin el menor escrúpulo, porque el ciudadano del Islam, más aún que el de Occidente, domina al mundo rural particularmente poco curtido que tiene a sus puertas; así, por ejemplo, Damasco, con los campesinos próximos a la Ghuta y los montañeros del Yebel Druso; así, el Argel de los corsarios, con los campesinos de Fahs, de la Mitiya y de los macizos de la Kabilia, y los burgueses vestidos de seda de Granada, con los pobres campesinos vestidos de algodón de la montaña cercana.

Una vez más, estos rasgos son propios de *todas* las ciudades. La originalidad de las aglomeraciones musulmanas, en relación con Occidente, estriba, sin duda, en su precocidad por una parte y en su tamaño excepcional por la otra.

La importancia de las ciudades del Islam no puede resultar chocante: es consecuencia de la esencia de su civilización. Ciudades, carreteras, barcos, caravanas, peregrinaciones, forman un todo: son haces de *movimientos*, esos «ejes de fuerza» de la vida musulmana de la que con tanta frecuencia habla Louis Massignon.

CAPITULO VI

ESPLENDOR Y RETROCESO DEL ISLAM (SIGLOS VIII-XVIII)

Todos los especialistas coinciden en que el apogeo y el esplendor del Islam se sitúan entre los siglos VIII y XII. Por el contrario, es difícil fechar con exactitud su decadencia. La explicación más frecuente sostiene que el retroceso decisivo se inició en el siglo XIII. Lo que equivale a confundir dos cosas muy diferentes: el final de una preponderancia y el final de una civilización.

Está claro que el Islam perdió su posición de líder en el siglo XIII. Pero la muy peligrosa disminución de velocidad sólo se inició en el siglo XVIII, es decir, en la escala lenta de las civilizaciones, hace poquísimo tiempo. Su sino es el de otros muchos países, a los que en la actualidad se llama subdesarrollados porque han permanecido al margen de la Revolución industrial, la primera revolución capaz de hacer progresar al mundo a la fantástica velocidad de la máquina.

A pesar de este evidente fracaso, el Islam no ha muerto como civilización. Simplemente se ha rezagado, en el aspecto material, en relación a Europa, dos siglos, pero dos siglos trascendentales.

I. LA CIVILIZACION MUSULMANA EXISTIO ANTES DE LOS SIGLOS VIII O IX

El Islam, como realidad política, nació en pocos años, el tiempo que necesitaron los árabes para conquistar un imperio. Pero la civilización islámica nació de la conjunción de este imperio con las antiguas civilizaciones. Y en esta conjunción se invirtieron muchos años y muchas generaciones de hombres.

1. Pocas conversiones, muchos tributarios: el primer ciclo de conquistas, el ciclo árabe, creó un Imperio, un Estado, pero no creó todavía una civilización.

Al principio, el conquistador árabe no aspiraba a la conversión de los sometidos, sino todo lo contrario. Se limitó a explotar a las ricas civilizaciones caídas en su poder: Persia, Siria, Egipto, Africa (es decir, el Africa romana, la *Ifriqya* de los árabes, que corresponde en la actualidad a la Re-

pública de Túnez), España (es decir, Andalucía, al-Andalus). Si los cristianos intentaban convertirse al islamismo eran condenados al látigo. Puesto que el pago de impuestos sólo gravaba a los no musulmanes, los nuevos señores no tenían ningún interés en reducir sus rentas.

«Las poblaciones de los países ocupados... conservaron su manera de vivir sin ser molestados, pero... fueron tratados como un rebaño superior al que se cuida para que pueda pagar la mayor parte de los impuestos.» (Gaston Wiet.)

Este estado de cosas se mantendrá bajo el califato de los cuatro primeros sucesores de Mahoma, los "Califas bien dirigidos" (632-660) (Califa quiere decir, según los traductores, sucesor, lugarteniente, vicegerente), y después bajo los Califas, Omeyyas (660-750), que establecieron su capital en Damasco. Durante estos años de guerras continuas nunca o casi nunca aparece en primer plano el motivo religioso. De esta manera, en lo que respecta a Bizancio, la lucha es de tipo político y no de una religión contra otra.

Quede claro que en los países conquistados la administración seguía en manos de los "indígenas", los escritos seguían redactándose en griego o en persa (o en árabe). Por último, el mismo arte continúa siendo de inspiración helenística, incluso para la construcción de las mezquitas. Tanto los patios centrales como las columnas, los arcos, las cúpulas, se inspiran en modelos bizantinos. Sólo el minarete, concebido para la llamada a la oración del muecín, es original, aunque recuerde al campanario cristiano.

2. La situación cambia con los Abbasidas: Tan sólo a mediados del siglo VIII se producen cambios decisivos debido a una gran conmoción política, social y, muy pronto, intelectual, al pasar el Califato a la dinastía de los Abbasidas y al reemplazar el estandarte negro de ésta al estandarte blanco de los Omeyyas.

Entonces, el mundo musulmán se repliega hacia el Este y se aleja un poco del Mediterráneo, que hasta entonces le había fascinado. Con los nuevos califas, la capital del Islam pasa, en efecto, de Damasco a Bagdad, y con ello, los persas y los otros «clientes» y pueblos sometidos pueden tomarse la revancha. Así termina el reino del «árabe de pura sangre», cuya duración apenas fue de un siglo, el tiempo de tres o cuatro generaciones brillantes, hasta que se adultera su «casta superior» de guerreros con las delicias de la riqueza y del lujo de la civilización. Esta civilización a la que Ibn Jaldún, gentilhomme árabe de Andalucía, calificará más tarde del «mal personificado».

El papel de protagonistas les corresponde entonces a los viejos países civilizados, en el momento en que una gran prosperidad material se anuncia por doquier. Hacia el año 820 las rentas del Califa equivalen a cinco veces las rentas del Imperio Bizantino de entonces. Se constituyen fortunas gigantescas gracias a un capitalismo comercial precoz, cuyos lazos de unión se extienden hasta China, la India, el Golfo Pérsico, Etiopía, el mar Rojo, Ifriqiya, Andalucía...

No resulta demasiado anacrónico el hablar aquí de *capitalismo*. De un lado a otro del dominio planetario del Islam la especulación mercantil no tiene, por así decirlo, límites. Un autor árabe, Hariri, pone en boca de un comerciante estas palabras: "Quiero llevar azafrán persa a China, donde he oído decir que se valora

a muy alto precio, y después porcelana china a Grecia, brocado griego a la India, acero indio a Alepo, vidrio de Alepo al Yemen y telas rayadas del Yemen a Persia..." En Basora los reglamentos entre mercaderes se hacen según el principio de lo que hoy se llama el *clearing*.

No hay transacciones sin ciudades. Se construyen enormes ciudades: son las que dirigen todo el comercio, no sólo Bagdad (que, desde el año 762 hasta que fue brutalmente destruida por los mongoles en 1258 fue, sin duda alguna, la más grande y la más rica capital del Viejo Mundo, seguramente una «ville lumière») sino también, no lejos de ella, sobre el Tigris, la gigantesca Samara (fundada en el año 836), Basora, que es un gran puerto, y El Cairo, Damasco, Túnez (reencarnación de Cártago), Córdoba...

Todas ellas, sobre la base de la lengua del Corán y de las poesías tradicionales, han fabricado o refabricado (este término apenas resulta excesivo), el árabe llamado «literal», esta lengua culta seguramente artificial o, mejor dicho, literaria, que será el idioma común de todos los países islámicos, como el latín lo era de la cristiandad. En relación con ella, el árabe de Arabia y todas las demás lenguas habladas van tomando progresivamente carácter de dialectos regionales. No solamente un idioma, sino también una literatura, un pensamiento, un fervor ecuménico, una civilización se elaboran en Bagdad y de ahí irradian hasta tierras lejanas.

En consecuencia, se produce, incluso con anterioridad a los abbasidas, una importante conmoción en el reclutamiento de los funcionarios. En el año 700 el Califa Omeya, Abd al-Malik, mandó llamar al futuro monje Juan Damasceno (655-749), que entonces era su consejero; le dio a entender que había decidido suprimir desde aquel mismo día la lengua griega de todos los actos de la administración pública. "Lo que causó profundo pesar a Sargún» (es decir, Sergius, que era otro nombre de Juan Damasceno)—añade el historiador árabe Baladhori—, quien después de abandonar la audiencia califal, al encontrarse con unos funcionarios griegos, les dijo: "Tenéis que encontrar otra profesión remunerada, porque ésta, la que hasta ahora ejercíais, acaba de ser suprimida por Dios".

Todo ello ponía punto final a un *modus vivendi*, a una larga fase de recíproca tolerancia entre cristianos y musulmanes; se iniciaba una era totalmente nueva.

Con la unidad lingüística se había creado el vehículo indispensable para los intercambios intelectuales, para los negocios, para el gobierno y para la administración. Las cartas de los mercaderes judíos, de las que hemos hablado en el capítulo V, están redactadas en árabe, aunque con algunos caracteres hebraicos.

La cultura se benefició grandemente de este instrumento lingüístico. El hijo del célebre Harún al-Rashid, Ma'mún (913-833), mandó traducir al árabe un considerable número de obras extranjeras, sobre todo griegas. La difusión de estos conocimientos fue tanto más rápida cuanto que el Islam conoció muy pronto el papel, que resultaba mucho menos costoso que el pergamino. En Córdoba, el Califa Al-Hakan II (961-976) parece ser que poseía una biblioteca de 400.000 manuscritos (con 44 volúmenes de catálogos), y aunque puede que estas cifras sean exageradas, hay que tener en cuenta que la biblioteca de Carlos V de Francia (el hijo de Juan el Bueno) sólo contaba con 900 volúmenes.

En el curso de estos siglos fundamentales, se opera una transformación interna. La religión de Mahoma se complica con exégesis a la bizantina, se incrementa con una mística en la que los especialistas quieren ver un resurgir del neoplatonismo. Hasta el formidable empuje del cisma *chiíta* parece provenir de profundidades en parte ajenas al primer Islam árabe. Los chiitas se pronuncian por el piadoso Califa Ali, asesinado por los omeyas. Se oponen a los sunnitas, que representan a la mayoría y a la tradición del Islam. Uno de sus lugares de peregrinación, Kerbela, en Irak, reúne todavía en la actualidad a millares de fieles. "Ali aparece entonces como

un segundo Cristo, siendo equiparable su madre Fátima a la Virgen. Se relata apasionadamente la muerte de Ali y de sus hijos" (E. F. Gautier).

De esta manera, el Islam, hasta en su alma religiosa, se vuelve a fabricar con los empréstitos contraídos con las viejas civilizaciones orientales y mediterráneas rejuvenecidas, que entonces se incorporan a una tarea común, tanto en lo espiritual como en lo temporal y que hablan una misma lengua; Arabia no ha sido más que un episodio; la civilización musulmana, desde un cierto punto de vista, sólo empieza con las conversiones masivas al islamismo de los pueblos no árabes, a partir también de la generalización de las escuelas a través de la «Ummâ», la comunidad de fieles, extendida desde el Atlántico al Pamir. Una vez más, un vino viejo vuelve a llenar odres nuevas.

II. LA EDAD DE ORO DEL ISLAM: SIGLOS VIII AL XII

Durante cuatro o cinco siglos, el Islam fue la civilización más brillante de todo el Viejo Mundo. A grandes rasgos, esta edad de oro va desde el reinado del hijo de Harun al-Rashid Ma'mûn (813-833, creador de la *Casa de la Ciencia*, de Bagdad, que es al mismo tiempo biblioteca, centro de traducciones y observatorio astronómico) hasta la muerte de Averroes, el último de los grandes filósofos musulmanes, que tuvo lugar en Marruecos en 1198, cuando tenía poco más de setenta y dos años. Pero la historia de las ideas y de las artes no puede explicar por sí sola este auge del Islam.

1. En primer lugar, el contexto de la historia general se afirma como decisivo.

Un historiador de la filosofía musulmana, Leon Gautier, sostiene que los períodos favorables al pensamiento del Islam han sido "*los momentos de paz y de prosperidad general*, que se vieron favorecidos por la protección de un Califa ilustrado todopoderoso: como, por ejemplo, en Oriente, en el siglo VIII y IX los Califas abasidas, que desde Al-Mansur hasta Al-Mutawakkil, apoyaron sin interrupción, durante cerca de un siglo, la difusión por el mundo musulmán de la ciencia y de la filosofía griegas, gracias a la enorme cantidad de traducciones hechas por los cristianos nestorianos...; o también como en Occidente, en el siglo XII, las Califas almohades, que acostumbraban a sostener largas conversaciones especulativas a solas con su médico o filósofo favoritos. Pero también son momentos favorables aquellos en los que, por el contrario, la *decadencia del Imperio* facilita a los pensadores audaces la elección, entre los pequeños potentados, de un bienhechor, como en la primera mitad del siglo IX el emir de Alepo, Sayf al-Dawla, protector de Al-Farabi"...

Como se ve, León Gautier plantea el problema en términos de historia política. La civilización habría dependido de los príncipes y de los «despotas ilustrados». La rápida decadencia del califato de Bagdad, puesta de relieve por tantos accidentes, y que tuvo como consecuencia una increíble desintegración del espacio político, no fue nociva, sino más bien al contrario, al desarrollo del pensamiento. Vino a favorecer una cierta libertad intelectual, aunque sólo fuera porque concedía a los letrados la suficiente movilidad

para huir de un estado o de una protección principesca hacia otro Estado vecino o hacia una nueva protección. Esto se practicará con frecuencia en la Italia del Renacimiento o en la Europa de los siglos XVII y XVIII. El Islam contó muchas veces con el mismo privilegio.

Pero estos privilegios del espíritu nunca son suficientes por sí solos. Poderosos privilegios materiales vienen a sostenerlos, a explicarlos.

Hacia el año 750, el Islam alcanzó sus fronteras exteriores fundamentales; desde entonces su expansión se encuentra bloqueada por las réplicas extranjeras (Constantinopla, sitiada en el año 718, fue salvada por el valor de León Isauriano y por el fuego griego; las Galias y el Occidente fueron preservados por la victoria de Poitiers, en el año 732 ó 733, y la sublevación coetánea del Mogreb). De esta manera se mantiene un período de calma en el exterior (aunque relativo es real) y, en contrapartida, a través de todo el imperio se asienta una economía de gran radio de acción, con sus ritmos de crecimiento y su prosperidad.

Este auge acelera la formación de una *economía de mercado*, de una *economía monetaria*, de una "comercialización" progresiva de los productos agrícolas; éstos eran consumidos, en parte, en su lugar de origen, pero los excedentes se convierten en mercancías que van a alimentar a las ciudades y a determinar su crecimiento. El comercio de los dátiles pone en movimiento cada año más de 100.000 camellos de albarda. Los mercados de las ciudades se llaman *casas de los melones*, y los melones de Merv, en Transoxiana, son especialmente reputados. Una vez secos, son expedidos al por mayor a países lejanos, hacia el Oeste; los melones frescos son enviados a Bagdad, por correo especial, metidos en unas fajas de cuero rodeadas de hielo. El cultivo de la caña de azúcar fomenta el desarrollo de una industria.

Es de destacar en este mismo apartado de los productos alimenticios el desarrollo de la molinería, gracias a los molinos de agua, como los que están cerca de Bagdad, o de los molinos de viento que se encuentran ya en el año 947 en el Seistan, mientras que en Basora se utiliza la corriente del Tigris para mover las ruedas de los molinos flotantes.

Esta dinámica economía explica el auge de múltiples industrias, como la del hierro, la de la madera, la industria textil (lino, seda, algodón, lana) y un enorme desarrollo en Oriente del cultivo del algodón. Los tapices de Bujara, de Armenia y de Persia son ya célebres. Basora importa quermes e índigo en grandes cantidades para teñir las telas de rojo o de azul. El índigo hindú, que viene por la ruta que atraviesa Kabul, es reputado como más fino que el del Alto Egipto.

Todos estos movimientos tienen innumerables consecuencias. La economía monetaria hace temblar las bases en las que se asienta una sociedad ante todo señorial y campesina: los ricos se convierten en más ricos e insolentes; los pobres, en miserables. Si se añade a todo esto que la extensión de las técnicas de irrigación exige y refuerza la esclavitud de los campesinos, que la riqueza del Islam le permite comprar, aproximadamente, cinco o seis veces más caro que a los demás, a todos los esclavos que le son necesarios, es fácil imaginar las tensiones sociales consiguientes.

Aunque esta prosperidad económica no lo determine todo, explica muchas cosas, y concretamente, el clima revolucionario, la cadena ininterrumpida de sublevaciones campesinas y urbanas, muchas veces relacionadas con los movimientos nacionalistas, cuya existencia es irrefutable en el Irán. La literatura de la época evoca términos demasiado modernos: nacionalismo, capitalismo, lucha de clases. Sirva de ejemplo el panfleto que Al-Ifriki escribió hacia el año mil: "No, me nie-

go a rezar a Dios mientras continúe siendo pobre. El rezar le corresponde al Cheik, al general de los ejércitos, que tiene la bodega y la despensa llenas hasta decir basta. ¿En razón de qué tengo yo que rezar? ¿Acaso soy poderoso? ¿Acaso tengo un palacio, unos caballos, ricas vestimentas, un cinturón de oro? Rezar cuando no poseo ni el más mínimo pedazo de tierra sería pura hipocresía."

Como todo está relacionado, las herejías islámicas que pululan en estos siglos de gran actividad tienen todas ellas, como las herejías de la Europa medieval, sus raíces sociales y políticas. Un grupo heterodoxo nace, se desarrolla y después se deforma, según las persecuciones y las connivencias. La historia del pensamiento musulmán está continuamente determinada por estos grupos explosivos.

2. El historiador A. Mez ha empleado, para caracterizar la Edad de Oro del Islam, un término ambiguo: Renacimiento.

Ello equivale a decir que, por su esplendor, sólo puede ser comparado al maravilloso Renacimiento italiano. La comparación tiene la ventaja, en todo caso, de insistir sobre esta mezcla de riqueza material y de riqueza intelectual que han concedido, tanto a la civilización islámica como a la italiana del siglo xv, días de esplendor.

Ambos «renamientos» se apoyan en sociedades urbanas beneficiadas por el comercio y la riqueza; tanto el uno como el otro se elaboraron en círculos brillantes y muy reducidos de espíritus excepcionales, que al mismo tiempo que se nutren de la civilización antigua a la que reverencian, a la que rinden nuevos honores, viven con varios siglos de adelanto sobre su propia época. Mientras que en ambos casos la amenaza apenas disimulada de los bárbaros viene del exterior.

En lo que se refiere a la Italia de finales del siglo xv, estos bárbaros son los hombres de la montaña de los cantones suizos, o los alemanes del Norte del Brenner, o los franceses, o lo españoles calzados con alpargatas, o los turcos (toma de Otranto en 1480). Para el Islam de Avicena o de Averroes los bárbaros son los turcos seldjúcidas, los bereberes, los saharianos o los cruzados de Occidente. Con frecuencia se recurre a los bárbaros, como ocurrió en Italia. Desde los primeros tiempos del Califato de Bagdad se recurrió, como ya dijimos, a los esclavos y a los mercenarios turcos. Estos esclavos les son propuestos a los compradores por sus propios parientes, "que están preocupados por su porvenir". En España, durante mucho tiempo, bastaron algunas piezas de oro para librarse de los cristianos invasores y rechazarlos hacia el Norte. Pero un buen día se estabilizó una situación de guerra. El Rey de Sevilla, Al-Motamid, se vio entonces obligado, para protegerse de los bárbaros cristianos, a llamar en su ayuda a otros bárbaros, los almorávides de Africa del Norte.

3. Entre las fechas que hemos señalado (913-1198) la civilización islámica, considerada en su conjunto, se presenta—cosa que sólo en apariencia es contradictoria—como universal y al mismo tiempo regional, es decir, unitaria y diferenciada.

Unitaria: por todas partes se construyen mezquitas, «medersas», que nos hablan de un arte uniforme y voluntariamente «abstracto». Presentan un modelo regular (con patio central, arquerías, fuente para las abluciones, *mihrab*, nicho, indicando la dirección de la plegaria; *alminbar*, púlpito, desde donde se predica en la nave hipóstila de los fieles, alminar); utilizan los mis-

mos elementos arquitectónicos: columnas con capiteles, arcos (de formas diversas: apuntado, de herradura, trilobular, multilobular, en forma de quilla de barco, de mocárabes), cúpulas sobre nervios, mosaicos, cerámica, y, finalmente, la insinuante decoración caligráfica de los arabescos.

Unitaria: en todos los sitios en donde se hace oír encontramos una poesía fiel a los mismos procedimientos y a los mismos lugares comunes. Canta a Dios («la rosa sin defectos es Dios»), a la naturaleza, al amor, al valor, a la nobleza, al caballo, al camello («tan macizo como una montaña... la tierra tiene un cinturón de la huella de sus pasos»), a la ciencia, al vino prohibido y a las flores, a todas las flores. Los mismos cuentos, nacidos en la India, los que podemos leer en la recopilación de *Las mil y una noches*, redactada tardíamente en el siglo XIV después de un largo período de gestación, recorren también el mundo islámico.

Unitaria: por todas partes, la filosofía (*falsafa*) ha sido recogida en el pensamiento griego de Aristóteles y de los *peripatéticos*, y es un mismo esfuerzo para situar a Dios en un *cosmos* al que siguiendo a los griegos se declara eterno y fuera, por tanto, de todo acto de creación.

Unitaria: también se dan por doquier las mismas técnicas, las mismas industrias y, como nos revelan las excavaciones (como la de Medina Azahara, cerca de Córdoba), los mismos mobiliarios y los mismos objetos industriales. Igualmente, se dan por doquier las mismas modas, difundidas desde Bagdad, que es la ciudad que las impone. A través de España, que es el país en el que termina el mundo islámico, se puede seguir la llegada de estos bienes culturales, la moda de los apodos tomados de los poetas célebres de Oriente, la invasión y generalización de los albornoces desde la llegada de los almorávides, los temas literarios de moda o las recetas médicas...

Para terminar con algunas instantáneas significativas, señalemos desde Persia a Andalucía las peregrinaciones de los juglares, generalmente egipcios, o de las cantantes y bailarinas formadas en Medina o en Bagdad, vestidas de amarillo en Oriente y de rojo en Occidente, de las que hablan todos los poetas. Por todas partes se encuentran también jugadores de ajedrez y de *kurag*, juego que estaba muy de moda y que utiliza figuras talladas en madera, caballos con faldas. Es un juego absorbente: «Un destacamento de soldados enemigos sorprendió al capitán de Al Mutamid, Ibn Martin, en su casa, mientras jugaba al *kurag*.»

Dos ejemplos más: el de aquel visir, regente de Jorassan, a principios del siglo X, «enviando emisarios a todo el país para pedir copias de las costumbres de todas las Cortes y de todos los ministerios en el Imperio Griego, el Turkestán, China, el Irak, Siria, Egipto, el país de los Zenj, el país de los Zabul y de los Kabul... Las estudió escrupulosamente para retener aquellas costumbres que consideró mejores» e imponerlas en la Corte y en la administración de Bujara. O sin salir, esta vez, de los límites estrictos del mundo musulmán, el retrato de aquel califa de Córdoba, Al-Hakam II, que desde el momento mismo de la aparición de los libros compostos en Persia o en Siria o en otros lugares los mandaba comprar y que

«envió mil dinares de oro puro a Abulfaradj al-Isfahani para tener el primer ejemplar de su célebre antología» (Renan).

No obstante, esta unidad cultural fue incapaz de destruir particularismos evidentes y actuantes.

Con el gran fraccionamiento que deshizo al imperio en el siglo x, todas las regiones recobraron, en cierta manera, su libertad de movimiento y de actuación y, por lo mismo, respiraron a su manera, revitalizando su genio particular que, a pesar de lo mucho que había sacrificado al conjunto y tomado a su vez de éste, había sido conservado celosamente. Se perfila entonces una geografía diferencial.

La *España musulmana*, tras múltiples adaptaciones, elaboraciones y contaminaciones, tiende a convertirse ella también en una España más, dentro de la sucesión de las diferentes Españas de la historia.

El Irán afirma sus particularidades vitales y actuantes con más fuerza todavía. Con el Califato de Bagdad ha recobrado su empuje, su propia respiración: Bagdad es una ciudad del Irán. En la época de los Abbasidas, Persia lanza con éxito la tierra cocida esmaltada y la porcelana con reflejos metálicos que es otra de sus joyas. Los *iwáns*, inmensos porches, recuerdan a los palacios de Cosroes. El árabe conserva su posición lingüística dominante, pero el persa, por lo demás escrito en caracteres árabes, se convierte en otra gran lengua literaria, que desde entonces se extenderá hasta tierras lejanas, concretamente hasta la India (y mucho más tarde a través de todo el imperio otomano). Tiene la ventaja de ser una lengua casi popular que cuenta con un público numeroso; se beneficia también de la anulación casi total de la lengua griega. El poeta Firdawsi escribe a finales del siglo x *El libro de los reyes*, cantando las glorias de los antiguos persas. La vulgarización científica en lengua persa es considerable desde el siglo xi.

Indudablemente, Persia se presenta como una civilización nacional, como un individuo poderoso, pero, de ahora en adelante, *en el interior* de la extensa civilización islámica. La magnífica exposición celebrada en París, en octubre de 1961, sobre arte persa, es, a este respecto, significativa: destaca claramente los dos períodos del arte del Irán, antes y después del Islam. Con un corte claro entre ellos, una profunda transformación, pero también algunas continuidades.

Esta oposición —universalidad y regionalismo— es sensible a través de todo el Islam: basta pensar en esos casos extremos que fueron la India musulmana, la Indonesia musulmana, el Africa negra, formada por el Islam y que, sin embargo, se mantuvo prodigiosamente en su propia tradición.

En la India, la contaminación entre las dos civilizaciones dio lugar a un verdadero arte indo-islámico, cuyos años de esplendor sólo empezaron en los siglos xii y xiii. Concretamente, en Delhi han quedado asombrosos vestigios cuya originalidad es comprensible si se sabe, por ejemplo, que la primera mezquita de la ciudad, construida en 1193, fue trazada por los musulmanes y ejecutada por albañiles y escultores hindúes que mezclaron las volutas florales hindúes con los adornos caligráficos árabes. Se desarrolló, a partir de entonces, un arte particular en el que predominó sucesivamente, según

los siglos y los lugares, la influencia hindú o la influencia árabe, pero siempre contaminadas la una por la otra hasta el punto que, hacia el siglo XVIII, acabó por ser absolutamente imposible el diferenciarlas.

En sus niveles más altos, la civilización musulmana en sus siglos de oro es a la vez un inmenso logro científico y una segunda y excepcional expansión de la filosofía antigua.

Estos éxitos culturales no son los únicos (basta pensar en la literatura), pero eclipsaron a todos los demás.

III. CIENCIA Y FILOSOFÍA

1. La primacía de la ciencia: aquí es donde los "Sarracenos" (como se llama a veces a los musulmanes de los siglos excepcionales) han aportado más novedades.

Nada menos que han aportado, y eso que nos limitamos a lo fundamental, la trigonometría y el álgebra (de nombre característico). En trigonometría inventaron el seno y la tangente; es sabido que los griegos sólo medían el ángulo a partir de la cuerda del círculo inscrito: el seno es la mitad de esta cuerda... El Cosraniano (apodo de Muhammad ibn Musa) publicó en el año 820 un tratado de álgebra que llega a las ecuaciones de segundo grado; traducido al latín en el siglo XVI, se convertirá en el libro de iniciación de Occidente. Más tarde, los musulmanes especialistas en álgebra resolverán las ecuaciones bicuadradas...

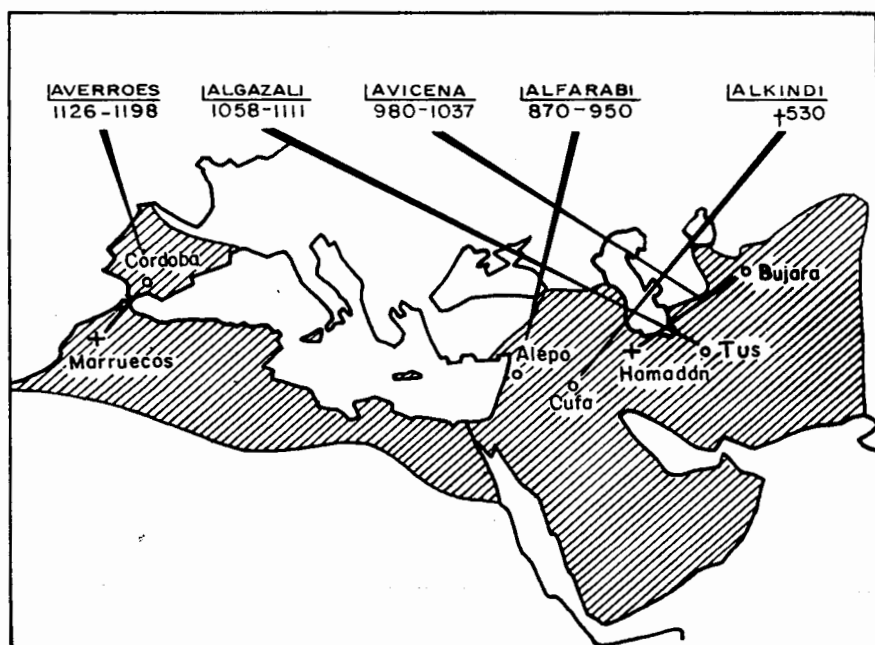
De la misma manera se puede hacer el elogio de los geógrafos matemáticos, de los observatorios astronómicos y de sus instrumentos (sobre todo, el astrolabio), de las medidas, aunque no totalmente perfectas sí excelentes, que obtuvieron para las longitudes y las latitudes, corrigiendo los flagrantes errores de Ptolomeo. Podemos ponerles muy buenas notas—aunque más que alumnos son maestros—en óptica, en química (destilación del alcohol, fabricación de elixires, del ácido sulfúrico), en farmacia (más de la mitad de los remedios que utilizó Occidente provienen del Islam: sen, ruibarbo, tamarindo, nuez vómica, quermes, alcanfor, jarabes, julepes, emplastos, pomadas, ungüentos, agua destilada...); no se les puede negar que su medicina es excelente. Tres siglos antes que Miguel Servet, el egipcio Ibn al-Nafis descubrió, aunque este descubrimiento permaneció en el olvido, la circulación pulmonar...

2. En el terreno filosófico hay que hablar más bien de reconquistas, de una recopilación en lo fundamental de los temas de la filosofía peripatética.

No obstante, el alcance de esta reconquista no se limita a recoger y a retransmitir—lo que por sí sólo sería ya un mérito bastante grande: mejor que recopilación podemos decir prolongación, iluminación, creación.

La filosofía de Aristóteles, transplantada al medio musulmán, se pre-

LOS FILOSOFOS MUSULMANES



senta forzosamente como una peligrosa explicación del hombre y del mundo frente a una religión revelada, el islamismo, que es, ella también, una explicación general del mundo y de un extremo rigor. Y, sin embargo, Aristóteles obsesiona y tiene subyugados a todos los «falasifat» (adeptos a la falsafa, es decir, a la filosofía griega). Desde este punto de vista, también tiene sentido la comparación de A. Mez con el Renacimiento: ha habido un *humanismo* musulmán, sinuoso, rebuscado, del que, por falta de espacio, no podemos dar más que una visión de conjunto.

Se trata de una larga corriente de pensamiento que hay que situar tanto en el tiempo como en el espacio. La reduciremos a cinco nombres fundamentales: Al-Kindi, Al-Farabi, Avicena, Al-Gazali, Averroes. Avicena y Averroes son los más célebres, siendo este último el más importante por las inmensas repercusiones de lo que en Europa se llamara el *averroísmo*.

Al-Kindi, del que sólo conocemos la fecha de su muerte (873), nació en Mesopotamia, donde su padre era gobernador en Cufa. Por su lugar de nacimiento se le llama «el filósofo de los árabes». De origen turco, nacido en 870, Al-Farabi pertenece al siglo siguiente: vivió en Alepo y murió en Damasco, a donde había ido acompañando a su protector, Sayf al-Dawla, cuando la conquista de la ciudad (en 950). Es el «segundo maestro» (el primero sería Aristóteles). Avicena, cuyo

verdadero nombre era Ibn Sinna, nació en Afshena, cerca de Bujara, en el año 980. murió en Hamadan en el 1037.

Al-Gazali, nacido cerca de Tus en 1058, muere en 1111 en Tus. Al final de su vida se convierte más bien en el antifilósofo, en el abogado apasionado de la religión tradicional. En cuanto a *Averroes*, cuyo verdadero nombre era Ibn Rushd, nació en Córdoba en 1126 y murió en Marruecos el 10 de noviembre de 1198.

Estas precisiones topográficas y cronológicas prueban que se trata de una carrera a través del tiempo y del espacio del mundo musulmán, considerado en su conjunto, sobre todo porque alrededor de cada uno de estos grandes actores han actuado y pensado otros filósofos, auditores y lectores apasionados.

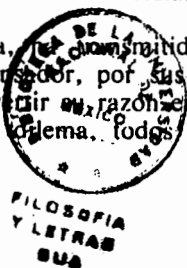
Finalmente, estas precisiones señalan que la última llama filosófica musulmana lució en España, la última, aunque no la más alta, como ya hemos dicho, pero será la que dé a conocer a Occidente a los filósofos árabes y al propio Aristóteles.

En esta larga perspectiva, el verdadero problema es el que plantea, casi brutalmente, Louis Gardet (al que él mismo da una respuesta negativa): «¿Ha existido o no una filosofía musulmana propiamente dicha?» Lo que quiere decir tres cosas: 1.º ¿Ha habido, de Al-Kindi a Averroes, una filosofía continua, *unitaria*?; 2.º ¿Se explica esta filosofía por el propio clima del Islam?, y 3.º ¿Es esta filosofía original? Como tantas otras veces, se impone casi el dar una contestación circunspecta y ambigua (sí y no).

Esta filosofía sí que es *unitaria*: desesperantemente encuadrada por el pensamiento griego por un lado y la revelación coránica por el otro, se tropieza con estas murallas y vuelve sin cesar hacia su punto de partida. A Grecia y a la inclinación islámica por la ciencia debe sus tendencias racionalistas evidentes pero no exclusivas. Todos los filósofos son lo que nosotros llamaríamos sabios, interesados tanto por la astronomía como por la química y las matemáticas y siempre por la medicina. Gracias a la medicina han conseguido muchas veces el favor de los príncipes y se han asegurado el sustento. Avicena escribió una enciclopedia de medicina (el Canon). Averroes también escribirá una, y durante mucho tiempo la medicina musulmana será en Europa la última palabra de la ciencia, hasta, e incluso ellos están afectados por la influencia musulmana, «los médicos de Molière».

La influencia griega da unidad y cohesión interna a la filosofía musulmana: «El autor de este libro, escribe Averroes en el prefacio a la *Física*, es Aristóteles, hijo de Nicómaco, el más sabio de todos los griegos. Fundó y consumó la lógica, la física y la metafísica. Digo que las ha fundado porque todas las obras... escritas antes de él sobre estas ciencias no valen la pena de que se hable de ellas... Y, por otra parte, ninguno de los que le han continuado hasta nuestros días, es decir, durante cerca de mil quinientos años, ha podido añadir algo a sus escritos ni encontrar un error de alguna importancia.» Admiradores de Aristóteles, los filósofos árabes se ven limitados a un eterno diálogo entre una revelación *profética* como la del Corán y una explicación filosófica humana como la griega, exigiendo continuamente la revelación y la explicación en una angustiosa controversia, mutuas concesiones entre la Razón y la Fe.

La fe, revelada por la mediación de Mahoma, transmitida a los hombres un mensaje divino: ¿acaso puede un pensador, por sus propios medios, descubrir la verdad sobre el mundo y convertir en el único juez del valor de los dogmas? Frente a este dilema, todos nuestros



filósofos hacen alarde de una dialéctica hábil, quizá demasiado hábil. Avicena, dice Maxime Rodinson, «que no en vano era un genio, encontró una solución». Y en términos aproximados esta es su solución, que no le pertenece del todo: los profetas han revelado las verdades superiores «bajo forma de mitos, de fábulas, de símbolos, de alegorías, de representaciones de imágenes». Esta es su manera de expresarse para facilitar la comprensión a la masa y para asegurar su felicidad. Pero, en lo que respecta al filósofo, tiene derecho a ir más allá de estas formas de expresión. Se reserva así una gran libertad de elección, incluso cuando de una expresión a la otra, la contradicción es formal e irreductible.

Por ejemplo, al igual que los griegos, los filósofos árabes creen, generalmente, en la eternidad del mundo. Ahora bien, de haber existido éste desde siempre, ¿cómo puede comprenderse que la creación haya sido fijada en el tiempo por la revelación? Llevando también su lógica hasta sus últimos extremos, Al-Farabi afirmará también que Dios no puede conocer a los objetos o a los seres particulares, sino simplemente a los conceptos, a los «universales», mientras que el Dios del Corán, como el del Antiguo Testamento, «sabe todo lo que hay sobre la tierra firme y en el mar. Ninguna hoja cae sin que él lo sepa. No existe semilla en las tinieblas de la tierra, ni hierba verde, ni hierba seca que no conste explícitamente en un escrito» (El Corán). Otras contradicciones: seguramente, Al-Farabi no cree en la inmortalidad del alma. Avicena sí, pero, por el contrario, no cree en la resurrección del cuerpo, asegurada por el Corán. El alma, después de la muerte, vuelve a su universo: el de los seres incorpóreos. Entonces, lógicamente, no hay ni castigo ni recompensas particulares: por lo tanto, no hay ni Infierno ni Paraíso... Dios, los seres incorpóreos, las almas, constituyen el mundo ideal, frente al cual la materia resulta incorruptible y eterna—eterna «porque el movimiento no ha precedido al reposo ni el reposo al movimiento... Todo movimiento tiene su causa en el movimiento precedente... Dios no tiene razón alguna de ser nuevo».

Estas citas que tomamos de Renan bastan para encender nuestra curiosidad pero no para satisfacerla. Haría falta mucha atención y mucho trabajo para entender la trabazón, siempre discutible, de estos sistemas de explicación.

Los filósofos que desde Renan se han preocupado por estos problemas retrospectivos, no los resuelven ellos mismos fácilmente. De sus tendencias racionalistas o idealistas dependerá su propia interpretación, o lo que es lo mismo, su predilección secreta por uno u otro filósofo: Al-Kindi navega sobre aguas religiosas que todavía no agita ninguna tempestad: Avicena es indudablemente idealista; Averroes es un filósofo del fin del mundo; Al-Gazali, defensor de la fe y de la tradición, readaptó la escolástica obstinada de los primeros teólogos musulmanes; intentó ignorar a la filosofía peripatética, destruirla incluso, porque su pensamiento le lleva hacia un camino muy diferente, el de la mística. Abandona entonces el mundo para cubrirse con el manto de lana blanca (sûf) que llevan los *sûfi*, los partidarios de una fe más mística que racional, esos «locos de Dios», como se les ha llamado alguna vez.

Averroes, el doctor de Córdoba, se convirtió en el comentarista y editor fiel de las obras de Aristóteles. Su mérito estriba en citar *in extenso* la traducción árabe del texto griego y en añadir sus discusiones bajo la forma de observaciones o de digresiones. El texto y los comentarios se traducirán del árabe al latín en To-

ledo y llegarán así a Europa, desencadenando la enorme revolución del siglo XIII. Por lo tanto, la filosofía musulmana no murió, como se ha dicho algunas veces, bajo los golpes violentos y desesperados que le asestó Al-Gazali. No obstante, morirá al igual que la ciencia musulmana antes de que el siglo XII se acabe. Entonces Occidente recogerá la antorcha.

IV. ESTANCAMIENTO O RETROCESO: SIGLOS XII AL XVIII

1. En el siglo XII la civilización "sarracena", después de pasar por estos fastos extraordinarios, se interrumpe bruscamente. Incluso en España el progreso científico y filosófico, el auge de vida material, no llegan más allá de los últimos decenios del siglo.

Este estancamiento *brusco* se plantea como un problema de conjunto:

1.º Hace tiempo se ha sugerido que pudo presentarse como consecuencia de los ataques apasionados (que habrían sido demasiado eficaces) de Al-Gazali contra la filosofía y el libre pensamiento. Nadie puede sostener esta tesis con seriedad. Al-Gazali fue un producto de su tiempo: es una consecuencia al mismo tiempo que una causa. Por otra parte, una reacción contra la «filosofía» ha existido siempre desde sus primeros pasos, como lo prueban a través de los tiempos las innumerables condenas de libros a la hoguera, inconcebibles de no existir una hostilidad popular violenta; como lo prueba también el que tantos filósofos cayeran espectacularmente en desgracia y fueran condenados al exilio, lo que no quita que volviesen de él en cuanto las circunstancias cambiaban; como lo prueban los períodos en los que predominó la ciencia coránica del derecho, el *fiq* que redujo a la filosofía al silencio. Y, además, posteriormente a Al-Gazali, aún floreció la *falsafa*, y no sólo con Averroes.

2.º La tesis reciente del historiador S. D. Gothein afirma que *la culpa la tuvieron los bárbaros*. Es decir, que los bárbaros que salvaron militarmente al Islam cuando estaba amenazado por todas partes por Occidente y por Asia terminaron con él por una acción interna.

Estos salvadores peligrosos fueron, en España, los almorávides y más tarde los almohades, estos últimos bereberes de Africa del Norte, aquéllos, sudaneses, saharianos, bereberes. En el Oriente Medio fueron los turcos seldjúcidas, nómadas originarios de la «estepa» fría del Asia central o antiguos esclavos venidos de los países caucásicos.

La decadencia se iniciaría en el mismo momento en que estos recién llegados se hacen con el poder, «when power was taken over by barbarian soldiers slaves in almost all of the Muslim States». Porque entonces «se rompió la unidad del mundo mediterráneo», unidad de la que se había valido el Islam y que ignoran «estos pueblos bárbaros que no han tenido participación alguna en las tradiciones del Mediterráneo».

Cabe oponer a esta tesis que estos bárbaros, tanto los del Oeste como los del Este, no eran más «bárbaros» que la gran mayoría de los árabes que llevaron a cabo las primeras conquistas, y que lo mismo que ellos se civilizaron más o menos de prisa al entrar en contacto con los viejos países del

Islam. Los califas almohades fueron los protectores de Averroes. En la historia tradicional de las Cruzadas, Saladino, el gran sultán de origen curdo, el adversario de Ricardo Corazón de León, aparece como una figura bastante noble, por lo menos a los ojos de los bárbaros cristianos. Por último, el Islam, gracias a Egipto, restableció su autonomía al aplastar a los mongoles en Aín Yalut, en Siria, el 3 de septiembre de 1260, y al apoderarse de San Juan de Acre, la última fortaleza cristiana de Tierra Santa, en 1291.

3.º *La tercera tesis sostiene que la culpa la tuvo el Mediterráneo.* A finales del siglo XI, Europa empezó la reconquista del Mar Interior. Al verse el Islam privado de este mar, creador de riquezas, la célebre teoría de Henri Pirenne entra en acción, pero esta vez en sentido contrario. H. Pirenne estimaba que al verse Occidente privado de la libre circulación en el Mediterráneo, con motivo de las conquistas musulmanas, se había replegado sobre sí mismo entre los siglos VIII y IX. Ahora bien, en el siglo XI la situación se invierte, el Mediterráneo se cierra para el Islam y éste se ve irremediablemente obstaculizado en su auge y respiración cotidiana.

Resulta chocante que E. F. Gautier, que fue el primero en poner de relieve el brusco estancamiento de la civilización sarracena, no haya aprovechado entonces (1930) la explicación de Henri Pirenne, que, por la misma época, causaba sensación. En el estado actual de nuestros conocimientos es probablemente la mejor explicación de conjunto del repentino retroceso del Islam.

2. La civilización islámica sobrevivió a este retroceso. Subsistió, aunque no con el florecimiento y con la fertilidad de antaño.

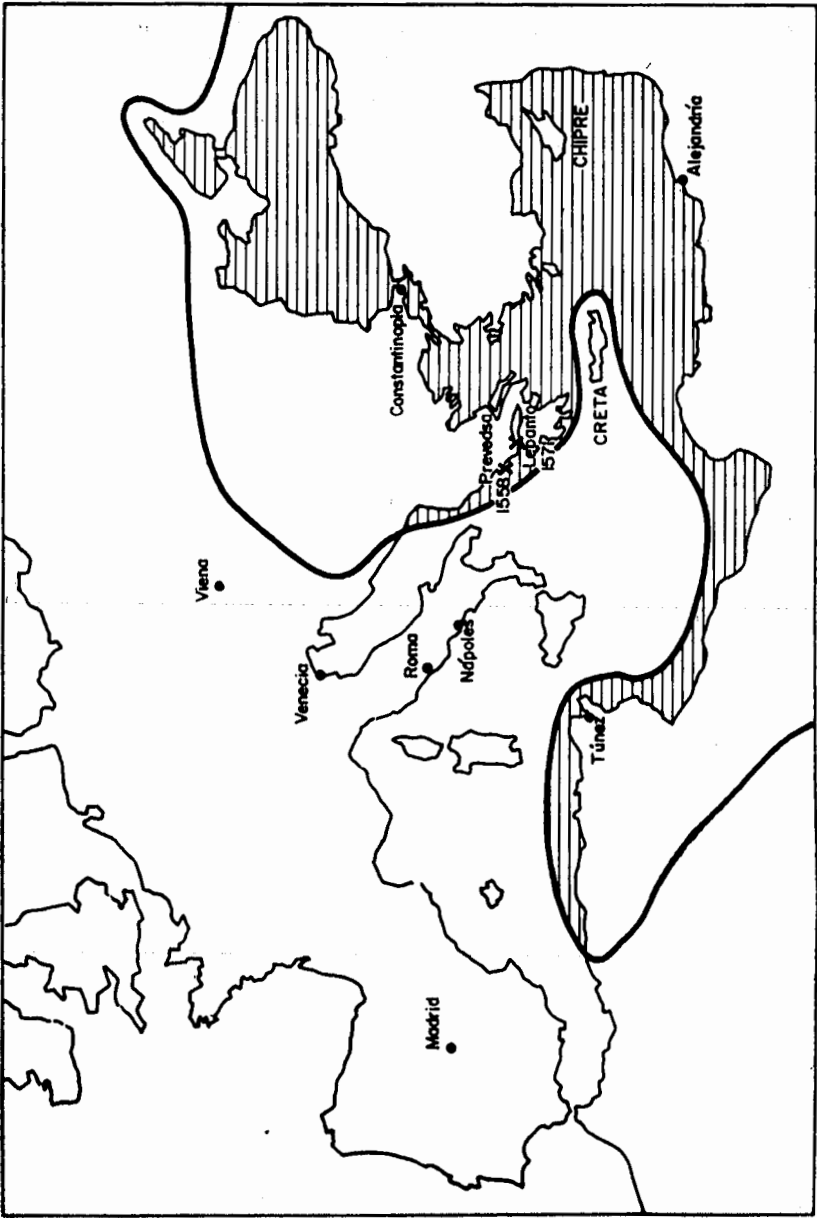
Seguramente dramatizaba Paul Valéry cuando exclamaba en 1922: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos que somos mortales.» Según las estaciones de la historia, sólo son mortales las flores y los frutos, porque el árbol permanece. O, por lo menos, es mucho más difícil matarle.

Después del siglo XII, el Islam pasará por momentos aciagos: *frente a Occidente* atravesó las difíciles y largas experiencias de las Cruzadas (1095-1270), de las que saldrá, como hemos dicho, con una semi-ventaja al reconquistar San Juan de Acre en 1291. Pero el haber recobrado el continente no compensa de la pérdida del mar; *frente a Asia* tiene que soportar las crueles, salvajes y largas invasiones mongoles (1202-1405), que le hunden a medias: el Turkestán, Irán y Asia Menor son aniquilados y nunca se recobrarán plenamente. La toma de Bagdad en 1258 es el símbolo de estas amarguras del Islam. Sus heridas nunca cicatrizarán del todo.

Por otra parte, en estos tristes siglos, el XIII, XIV y XV, a las dificultades particulares del Islam vienen a añadirse dificultades económicas, pero éstas tienen un alcance *mundial*. Se abre entonces una crisis de larga duración sobre el conjunto del Viejo Mundo, desde China a la India y a Europa. La decadencia es general y dura varios siglos.

En Europa, la crisis aparece más tardíamente (a partir de 1350 ó 1375) y será más corta (se acaba entre 1450 y 1510), pero así y todo es evidente que existió: su símbolo es la guerra llamada de los Cien Años (1337-1453),

EL MEDITERRANEO TURCO (SIGLO XVI)



prolongada secuencia de guerras extranjeras, civiles, sociales, de desolación y miseria.

En los desastres del Islam hay, pues, que distinguir entre lo que es de alcance «mundial» y lo que es únicamente musulmán.

En todo caso, es en este contexto general de desgracia y de negro pesimismo en el que se tiene en verdad que entender el pensamiento altivo de Ibn Jaldún, en quien cabe ver, y no faltan razones para ello, al último gigante del pensamiento musulmán. Historiador (y lo que hoy llamaríamos «sociólogo») de origen andaluz, pero nacido en Túnez en 1332, llevó una vida muy movida de diplomático y de hombre de Estado, en Granada, Tlemecén, Bugía, Fez, Siria, para, finalmente, morir siendo *cadi* en El Cairo, en 1406, un año después de Tamerlán, a cuya Corte había sido enviado como embajador.

En la amplia compilación histórica que ha dejado, el *Kitab El-Ibar* se ocupa de manera original de la historia de los Bereberes. Va precedida de una introducción que ha sido traducida al francés en el siglo XIX, bajo el título de *Prolegómenos*; por sí sola es una obra maestra, un ensayo de metodología y de *sociología* de la historia musulmana, considerada en su conjunto.

3. Con la vuelta del buen tiempo secular, que reanima toda la economía mundial, a grandes rasgos con el siglo XVI, el Islam saca nuevamente provecho de su situación intermediaria entre el Oeste y el Este. El esplendor turco durará hasta «la época de los tulipanes», hasta el siglo XVIII.

Políticamente, este retorno de salud se manifiesta en las rápidas y fulminantes conquistas de los turcos osmanlíes, que empezaron desde antes de la toma de Constantinopla en 1453. Pero esta resonante victoria anuncia simbólicamente las que van a seguir y que harán de Turquía una de las grandes potencias del Mediterráneo en el siglo XVI.

Todo el Islam logra una nueva cohesión —o poco falta para ello— alrededor de los nuevos dueños de Bizancio, comprendidos los Santos Lugares de Arabia. Después de 1517, el sultán osmanlí, «el Gran Señor», se convierte en el *califa* de los creyentes. Sólo se libran de los turcos el lejano Turkestán, el Marruecos de más allá de la «regencia» de Argel y la Persia chiíta, más nacionalista, si cabe, que nunca con el auge de la dinastía de los sefévidas. Sin embargo, mercenarios musulmanes, mongoles y turcos —conducidos por Baber— un lejano descendiente de Tamerlán, se apoderaron del imperio de Delhi y fundaron, en 1526, el imperio del Gran Mogol, que va a imponerse a la mayor parte de la India.

Por estos mismos años (1526), mientras que los turcos, por su cuenta, terminan con la Hungría cristiana (batalla de Mohacs), está claro que tiene lugar *una resurrección general del Islam, en la forma turca y sunnita*, que acarrea por todas partes la victoria, sin réplica posible, de la religión tradicional y de la ortodoxia. Se trata de un inmenso empuje de poder, de una puesta en marcha estricta de los espíritus: se instala un régimen de hierro.

El dominio turco coincide en los Balcanes y en el Cercano Oriente con una prosperidad material evidente y una importante expansión demográfica, con un asentamiento de ciudades industriales. Constantinopla, en 1453, apenas cuenta con 80.000 habitantes. En el siglo XVI, convertida en Estambul,

cuenta con 700.000 almas entre la ciudad propiamente dicha, el barrio griego de Pera, más allá del Cuerno de Oro y Scutari de Asia, más allá del Bósforo. Esta capital, en la que coexisten, como en todas las grandes ciudades, un gran lujo con una espantosa miseria, suministró los modelos envidiados de una civilización imperial que irradiaba hasta muy lejos bajo los osmanlíes, exportando el plano de sus inmensas mezquitas, entre las que se cuenta la Suleymanyeh, la mezquita mandada construir por Solimán el Magnífico.

Poco a poco esta grandeza turca real, posteriormente denigrada, va tomando cuerpo ante nuestros ojos gracias a las investigaciones de los historiadores: empiezan a ser utilizados por los estudiosos los archivos turcos, riquísimos y por fin clasificados, que van dando a conocer, uno a uno, los resortes de una burocracia múltiple, precisa, autoritaria, capaz de hacer censos detallados, de concebir una política interior coherente, de amontonar enormes reservas de oro y de plata, de colonizar sistemáticamente (al sedentarizar a los nómadas), a los Balcanes, escudo del Imperio frente a Europa. Un sistema de trabajos forzados, un ejército asombroso con durísimos aprendizajes... De hecho, chocantes modernidades.

A la larga, la máquina se descompone, pero *no antes de finales del siglo XVII*. El último sobresalto será el sitio de Viena, en 1687... El Imperio turco pudo morir de asfixia marítima al no tener salida sobre los grandes espacios marítimo libres, ni sobre el Atlántico del que le separa Marruecos, ni sobre el Océano Indico, sobre el que tiene mala salida por el Mar Rojo, y el Golfo Pérsico, en donde tropieza con la oposición violenta de los persas y, peor aún, de los europeos recién llegados, con una flota superior y al amparo de unas sólidas compañías comerciales.

También pudo morir por no saberse adaptar a tiempo a las técnicas nuevas. Y también, lo cual es más evidente aún, porque se alzó ante él, en el siglo XVIII y, sobre todo, en el XIX, la imponente masa de la Rusia moderna. Porque las victorias de la caballería austríaca, en la época de las campañas del Príncipe Eugenio (sobre todo, de 1716 a 1718) sólo habían puesto en peligro a las fronteras de la Turquía europea. Pero con la intervención rusa se alza un coloso joven frente a un coloso moribundo o, por lo menos, cansado.

Cualquiera que sea la razón de su decadencia, el Imperio turco no es, desde un principio, ese «hombre enfermo» al que iba a maltratar sin piedad la diplomacia de las grandes potencias en el siglo XIX. Por mucho tiempo, el Islam turco fue un protagonista grande, brillante y temible de la vida mundial. Lo mismo que la Persia de los Sefévidas, que tanto admira, aun en el siglo XVII, un viajero francés y buen observador como es Tavernier. Lo mismo que el Gran Mogol, a principios del siglo XVIII, y a pesar de que le vigilan franceses e ingleses, se apoderará, por el Sur, de la totalidad del Decán.

Hay que ser cautelosos con los juicios demasiado precipitados sobre la muy precoz decadencia del Islam. No debemos anticipar.

El siglo XVIII es en Estambul «la época de los tulipanes», verdaderos y estilizados, reconocibles entre mil: sobre la porcelana, sobre las miniaturas, los bordados, el mismo motivo vuelve incansablemente. La época de los tulipanes es un bello nombre para una época que no ha carecido ni de atractivo ni de fuerza.

CAPITULO VII

EL RENACIMIENTO ACTUAL DEL ISLAM

El Islam ha entrado marcha atrás en este infierno o en este purgatorio de los seres vivos que, por pudor, llamamos Tercer Mundo. Decimos marcha atrás porque antaño ha conocido, sin dejar lugar a dudas, una situación relativamente mejor.

Este retroceso, sensible, aunque más o menos tardío, le valió en el siglo XIX tener que soportar toda clase de humillaciones, de amarguras y de sufrimientos, para terminar bajo la dominación extranjera generalizada. Los hechos son conocidos. Sólo Turquía se libró de esta suerte común, lo que le permitió una reacción brutal y brillante, en vísperas de la hecatombe, con Mustafá Kemal Pachá (1920-1938). Reacción ejemplar que sirvió de modelo a las victorias nacionales que le sucedieron. En la actualidad, el Islam se encuentra casi completamente liberado.

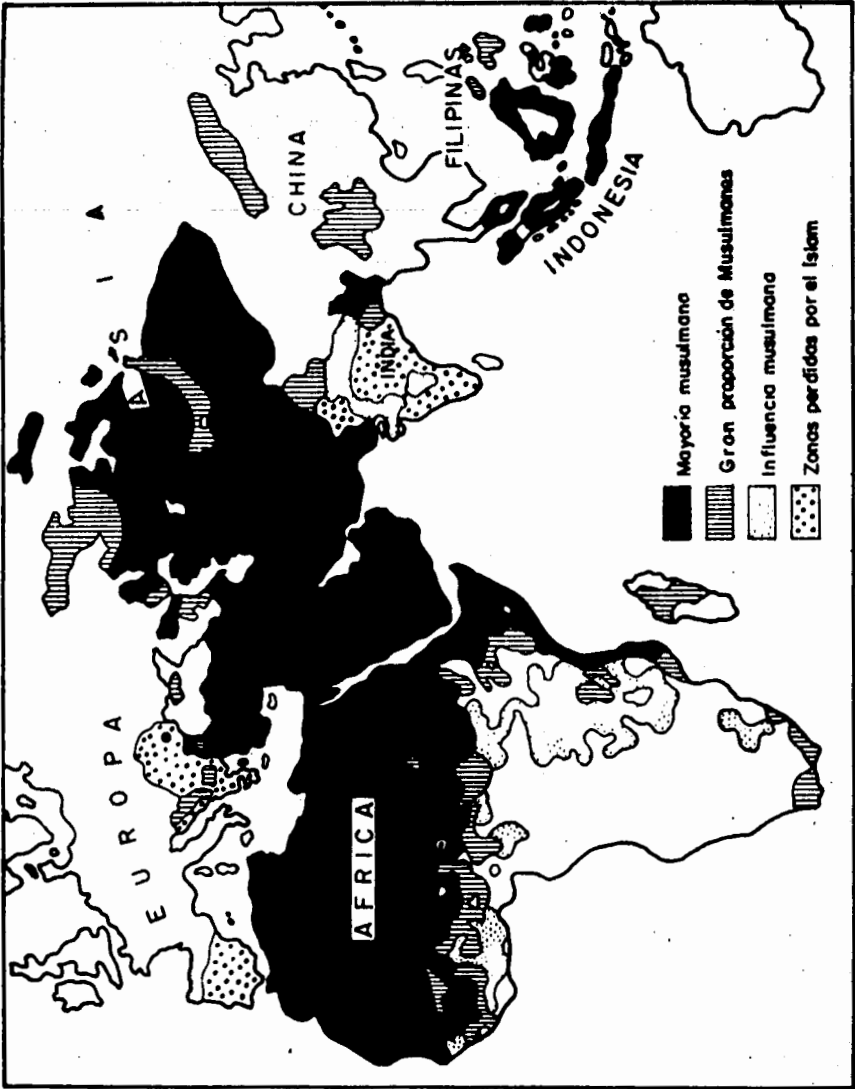
Pero asegurar la independencia sobre bases firmes plantea problemas; y mayores problemas ofrece aún progresar al "ritmo mundial" y mirar abiertamente hacia el futuro.

I. FIN DEL COLONIALISMO Y JUVENTUD DE LOS NACIONALISMOS

Nada más fácil que señalar, en la actualidad, las etapas cronológicas de la colonización y de la «descolonización» de las diferentes tierras del Islam, que han ido alcanzando, una por una (salvo las Repúblicas musulmanas soviéticas), una plena independencia política.

1. ¿Puede hablarse de colonialismo soviético? Generalmente, en este capítulo clásico, se habla sólo de los colonialismos inglés, francés, belga, alemán y holandés. Es indudable que estos colonialismos han desempeñado un papel importantísimo. Pero también ha existido un colonialismo ruso, y más tarde soviético, del que se habla menos; aparentemente, no ha renunciado a su dominio sobre, por lo menos, 30 millones de musulmanes, es decir, más de la población total del Magreb actual.

LOS MUSULMANES EN EL MUNDO ACTUAL



Pero, ¿puede hablarse, en realidad, de colonialismo? Desde la Revolución rusa de 1917 se ha hecho un enorme esfuerzo de emancipación y de descentralización. Se han hecho concesiones a las autonomías locales y se han conseguido enormes progresos materiales. «En la actualidad, todas las naciones musulmanas de la U. R. S. S., en particular los turkestaneses y los caucasianos, tienen sus propios cuadros científicos, administrativos y políticos, su propia *intelligentsia*. Se han puesto a la altura de los tártaros y ya no necesitan recurrir a los servicios de los intelectuales del Kazán», el antiguo centro, antaño exclusivo, de la cultura musulmana en Rusia.

En contrapartida, se han debilitado las solidaridades naturales entre las diversas repúblicas musulmanas y ha sido absolutamente desechado y olvidado el proyecto de un amplio Estado «turánico». En el actual sistema federativo soviético, la cultura es «nacional en su forma, pero proletaria y socialista, en su contenido». De ahí, que se haya producido una evidente laicización a expensas de los valores religiosos del Islam y, prácticamente, un nacionalismo limitado, de ahora en adelante, a horizontes provincianos, sin recurso alguno a la *Umma* de los hermanos en el Islam, y que se expresa, por lo general, mediante las reivindicaciones a corto plazo, «que tienden a conseguir la reglamentación de las instituciones» o «las exigencias de cuadros alógenos».

En pocas palabras, los problemas musulmanes de la U. R. S. S. parecen y están, por el momento, al margen de las reivindicaciones ordinarias del Islam que se expresan en alta voz en el plano internacional. Las repúblicas musulmanas soviéticas son independientes, pero están íntimamente relacionadas con el conjunto soviético (política exterior común, dependencia en lo relativo a la defensa nacional, la hacienda, la instrucción pública, los ferrocarriles).

Estamos muy lejos, en suma, de la experiencia y de los sueños del Sultán Galiev, un alto dignatario comunista (1917-1923) y más tarde agitador contrarrevolucionario hasta que fue condenado a muerte (1929). Como musulmán, había soñado con reunir en un solo Estado a todos los musulmanes de los países soviéticos, y con transmitir enérgicamente, mediante su proyección hacia el Este, la conmoción ideológica y revolucionaria hasta el corazón de Asia, la tierra prometida de los cataclismas políticos, al contrario que la Europa industrial y obrera, que, según él, era «un foco revolucionario apagado». No sabremos nunca si el Islam hubiera podido ser para Asia esta antorcha encendida.

2. El panarabismo está de moda en un Islam dividido: en lo referente a los asuntos internacionales, el panarabismo sustituye, en la actualidad, al islamismo. Sólo se le ve y se le oye a él.

El mundo puramente árabe es el corazón indudable y exigente del Islam, su encrucijada. De ahí a identificar al Oriente Medio (y su prolongación por el Mogreb) con el conjunto del Islam, a no prestar atención más que a esta región y a este personaje privilegiado, no hay más que un paso, paso que la actualidad franquea sin plantearse mayores problemas. Pero esto equivale a confundir la parte con el todo.

Sin embargo, el rasgo esencial, insistente del Islam actual, es precisa-

mente la división insidiosa y la fragmentación de su espacio y de su unidad. En unos sitios, debido a la política, siempre actuante, y en otros, a la geografía que coloca a ciertos sectores del Islam bajo la influencia exclusiva de otras civilizaciones o de economías particulares.

En Insulindia, los 80 millones de musulmanes que viven superpuestos o confundidos con capas profundas del hinduismo o del animismo, integrados, por otra parte, en una estructura económica muy particular, pueden compararse a hijos medio perdidos del Islam. En la India, el Pakistán está formado por dos enormes pedazos separados por la extensión y la multitud (amenazadora por su solo número) de la India. En China, los 10 millones de musulmanes son una categoría aparte: comparables a hijos irremediablemente perdidos. En África negra, un Islam conquistador se deja conquistar y deformar por un animismo dinámico y multiforme.

El islamismo sirve con frecuencia a estas poblaciones como argumento nacionalista y medio de resistencia. Pero, para el Islam, considerado en su conjunto, continúan siendo, sin embargo, los hijos perdidos o en trance de perderse, ya que no miran tan rigurosamente como antaño hacia la Meca, que no participan de manera premiosa en las peregrinaciones comunes o en la idea política de un panislamismo efectivo y unitario. La lejanía, la política, los progresos del ateísmo, la irreligión contribuyen a ello. Desde 1917, tan sólo habrán pasado por la Meca, todo lo más, unos centenares de peregrinos soviéticos.

3. ¿Puede ser "la época de Garibaldi" la fórmula actual del Islam? En el corazón de los países musulmanes, en el Cercano Oriente, el panislamismo tropieza con los nacionalismos locales, agudos, exacerbados.

El reciente episodio de la disolución, en septiembre de 1961, de la R. A. U. (República Árabe Unida, constituida entonces por Egipto y por Siria), resulta muy significativo. Pakistán, Afganistán, Irán, Turquía, el Líbano, Siria, el Irak, Jordania, la Arabia Saudí, Túnez, Marruecos, Mauritania y el Yemen son otras tantas unidades aferradas a sus prerrogativas particulares, con frecuencia en hostilidad más o menos disimulada las unas con las otras, aunque, de hecho, den prueba a veces de una momentánea solidaridad frente al mundo y a sus peligros.

Estos nacionalismos exacerbados que empujan a los hombres y a una juventud apasionada—capitaneada por los estudiantes—a acciones espectaculares y dramáticas, parecen muchas veces caducos *a los ojos injustos de un occidental*. Tenemos motivos más que suficientes para reprocharnos a nosotros mismos nuestros nacionalismos pasados que Europa ha pagado tan caro, como para considerar, en el momento del Mercado Común de Europa, este florecimiento de movimientos locales con muy poco entusiasmo y, repitámoslo, con una cierta injusticia, sobre todo si se tiene en cuenta que estos nacionalismos se alzan vehementemente contra Occidente.

Hemos hablado de injusticia. Y, en efecto, he aquí las bellas palabras de un intelectual afgán, Nadim-Oul-Dine Bammate (1959): "El Islam tiene que vivir hoy día, al mismo tiempo, una revolución religiosa comparable a la Reforma, una revolución intelectual y moral comparable a la del *Aufklärung* (es el término con el que se designa en Alemania a lo que en Francia y España se llama época de las *Luces* o *Despotismo ilustrado* del siglo XIX), una revolución económica y social, comparable

a la que conoció Europa en el siglo XIX (la revolución industrial), y, en la época de los grandes sistemas regionales (entiéndase de los dos bloques, Este y Oeste) le toca vivir todas sus pequeñas revoluciones nacionales. En la época en que se firman pactos planetarios, los países musulmanes están todavía esperando y buscando a sus Garibaldis."

Quede claro que no se trata de aprovechar la ocasión para desacreditar el brillante recuerdo de Garibaldi. Pero las guerras de unidad nacional, necesarias en el pasado, tuvieron para Europa las terribles consecuencias que todos conocemos.

El problema está en saber si la división de nacionalidades es, o será, más provechosa para el Islam en la actualidad. Y, en efecto, puede llevar a los Estados musulmanes a un estancamiento en un mundo económico que no permite semejantes fragmentaciones. Y además puede dar origen a peligrosos conflictos. Cada país independiente, por poco poderío militar de que disponga, interpreta a su manera y en el lenguaje escrito de sus propios intereses, tanto el *panislamismo* como el *panarabismo*. Todo el mundo sabe que en este sentido actúan tanto el Pakistán como Egipto y el Irak, y la puerta está abierta para todos los demás.

* * *

Ello no es obstáculo para que estos nacionalismos sean una etapa obligatoria, el rescate a pagar por el papel evidente que han desempeñado en el curso de una independencia difícil. Cada nacionalismo ha sido y sigue siendo un «contracolonialismo», un antídoto de la dominación extranjera. Una liberación en potencia.

No debe sorprendernos que todos los nacionalismos árabes estén de acuerdo en su hostilidad contra Israel, su tradicional enemigo. El Estado de Israel, creado después de la Segunda Guerra Mundial, se presenta como la obra misma de Occidente y del Occidente más odiado. Sus admirables éxitos técnicos—alimentados por capitales venidos del mundo entero—sus demostraciones de fuerza contra Egipto en 1948, su intervención con motivo del conflicto de Suez, con el avance victorioso de su pequeño ejército a través de la amplia península del monte Sinaí (1955), suscitan envidia, temor y animosidad que vienen a añadirse a un antagonismo ya tradicional. Jacques Berque escribe con razón: "Árabes y judíos son tanto los unos como los otros, si cabe decirlo así, pueblos de Dios. ¡Dos pueblos de Dios a la vez es demasiado para los diplomáticos y para los Estados mayores! El inexplicable conflicto reside precisamente en el parentesco de los adversarios, ambos nacidos de Abraham y ennoblecidos por el mismo monoteísmo... Han seguido caminos opuestos con relación a Occidente. Los unos, en la *diáspora*, al mismo tiempo que salvaguardaban su ideal comunitario, se adaptaban a las técnicas obstinadas de los Gentiles. Los otros que permanecieron en su tierra, aunque invadidos y disociados, tuvieron la suerte o la desgracia de conservarse poco más o menos iguales a sí mismos. De ahí la desigualdad actual de los medios en presencia, la divergencia en la manera de proceder y de hablar. Los ensayistas árabes más clarividentes han meditado amargamente sobre lo que llaman el "desastre" de 1948. Lo mismo que Taine o Renan, después de la guerra franco-alemana de 1870, aconsejan a sus compatriotas que adopten las medidas necesarias a fin de evitar el incurrir en aventuras de la misma índole."

4. El nacionalismo tendrá un papel que desempeñar en el futuro: Todos los países musulmanes, sean cuales fueren, van a tener que enfrentarse con programas obligatorios de rigidísima austeridad.

De hecho, con programas de solidaridad y de disciplina social; el nacionalismo tiene, pues, que ayudar a estos países jóvenes a enfrentarse con las graves dificultades económicas que les agobian. Les ayudará a aceptar las innovaciones necesarias aunque afecten a estructuras sociales, religiosas y familiares muy antiguas, todas ellas, costumbres seculares ancestrales, perpetuadas en el arcaísmo evidente del Islam y que pueden provocar reacciones violentas.

Pero, pase lo que pase, el Islam debe modernizarse, adoptar un buen número de técnicas de Occidente, que se han convertido hoy día en las bases de la vida mundial: el porvenir dependerá de la aceptación o del rechazo de esta civilización mundial. La tradición, poderosa, quiere rechazarla; el orgullo nacionalista, que puede llevar a los pueblos a aceptar lo que instintivamente rechazan, tiene que trabajar para que sea acogida y asimilada.

Con frecuencia se le ha negado al Islam la flexibilidad necesaria para esta asimilación violenta. Hasta el punto de que muchos observadores aseguran que, por motivos sentimentales y espirituales, y por su misma civilización «impermeable» e «intransigente», el Islam se verá imposibilitado para realizar cualquier esfuerzo de modernización. Pero esto no es tan seguro como se piensa.

De hecho, el Islam ha aceptado parte de este mundo moderno que le asalta, y puede, por tanto, asimilar más aún. En el pasado, tampoco el cristianismo se adaptó fácilmente y hubo roces y reticencias. Finalmente, no perdió nada de su originalidad al hacer estas concesiones necesarias.

Atribuir al Islam una intransigencia religiosa excepcional, una carencia absoluta de flexibilidad, es olvidar sus herejías innumerables, que por sí solas demuestran inquietudes y posibilidades de torsión. Por otra parte, el mismo Corán abre al reformismo la puerta nunca cerrada del *ijtihad*. "Se cree que el Profeta previó el caso de el que el Corán y la Sunna (tradición) permanecieran mudos; recomendó para este caso recurrir al razonamiento por analogía, *qiyas*; si éste es inaplicable se deberá ejercer sobre todas las bases precedentes el razonamiento, y el punto de vista personales, *ray*. Este esfuerzo personal de interpretación, el *ijtihad*, ocupará un lugar importante en la elaboración futura del pensamiento musulmán. En la actualidad, el reformismo quiere expresamente volver a abrir esta puerta" (Pierre Rondot). Porque toda religión tiene sus puertas de socorro. El islamismo puede ser un freno y un obstáculo; pero también es susceptible de ser esquivado o de dejarse esquivar.

Los economistas, que se tienen que enfrentar con las realidades cotidianas, están continuamente protestando contra estas explicaciones fáciles y «caricaturescas» que insisten en las constantes inmovibles de la vida musulmana.

De hecho, dicen, la dificultad estriba más bien en la enormidad del salto a dar. El Islam tiene, con relación a Occidente, dos siglos de retraso; los dos siglos que transformaron a Europa mucho más de lo que la habían

transformado todos los siglos que mediaron entre la Antigüedad y el siglo XVIII. Al Islam le resultaría difícil franquear de una sola vez esta enorme etapa, sacudir y dar nuevo rumbo a estas sociedades arcaicas, cuando no dispone más que de una agricultura pobre, precaria, de una industria enquistada, aislada, como parachutada en mitad de su economía, siendo esta última incapaz de sostener y de levantar masivamente a una población demasiado prolífica y pesada. Además, como cualquier otra sociedad, la musulmana tiene sus privilegiados, tanto más poderosos cuanto que son poco numerosos. Casi siempre las creencias y las tradiciones son sólo coartadas de estos privilegiados que tienen interés en que se mantengan unas estructuras sociales totalmente «medievales» como las del Yemen, feudales como las del Irán, o arcaicas como las de la Arabia Saudí, a pesar del petróleo o a causa de él.

Frente a estas dificultades, la obra de los reformadores ofrece un «test» irrecusable: la obra brutal y genial de Mustafá Kemal, en Turquía; la violenta en palabras de Kassem, en Irak; o, bajo el signo de la obstinación, la de Nasser en Egipto; bajo el signo de la habilidad y de una cierta sabiduría, la de Burguiba en Túnez. Su naturaleza y su orientación difieren, pero los obstáculos con los que tropiezan son casi siempre los mismos. De esta manera, todas estas reformas han barrido gran parte de los pretendidos *tabús* de la civilización musulmana. En este sentido, el ejemplo más significativo es el de la emancipación de la mujer, que está camino de afirmarse y más lentamente de realizarse. La desaparición de la poligamia, las limitaciones impuestas al repudio unilateral del marido, la supresión del velo, el acceso a la Universidad y a la cultura, a los empleos, al derecho de votar: todos estos detalles tienen un inmenso alcance.

Son testimonio de que el reformismo no es una causa perdida por anticipado, sino que exige abogados y promotores decididos. La lucha que se inicia será múltiple. El peligro más grave sería el dejarse desviar por los atractivos, las facilidades o las necesidades de una actualidad política dramatizada con cualquier motivo o sin él.

El ideal es llevar a cabo las reformas por turnos y, en cada caso, escoger lo fundamental. Pero la política no es una especulación cartesiana. El progreso económico exigiría, por sí solo, en Islam y fuera de él, una política de preferencia, por no decir exclusiva. Pero el mundo en el que hay que vivir obliga muchas veces a enfrentarse con las dificultades, tanto las viejas como las nuevas, en el orden en el que se presentan.

Todos estos Estados, celosos de su independencia, tienen por ello opiniones políticas exigentes, dramatizantes y a las que hay que satisfacer y desviar de ciertas preocupaciones sin remedio; tienen un orgullo al que hay que cuidar: el Islam tiene tanto orgullo como Europa, y no es poco decir. El Islam tiene sus jóvenes, sus estudiantes, impacientes por marcar el paso: se parecen a los estudiantes de Politécnica franceses de 1830; tiene sus militares capaces de actuar precipitadamente y de llevar a cabo golpes de Estado como los de América latina antes de 1939; tiene sus partidos políticos de dientes largos que se dejan arrastrar por el espejismo de su propia ima-

gen, por la misma violencia de sus discursos. Hay que levantar mucho la voz para hacerse oír en el mundo.

Evidentemente, hay que contar con la presencia de los países extranjeros: Francia, en África del Norte; Inglaterra, en Kuwait y en el Sur, medio desértico de Arabia; los Estados Unidos, por todas partes, imperturbables proveedores de consejos y de créditos; la U. R. S. S., según los casos, pródiga o reservada, pero siempre vigilante en este importante campo de batalla. Por todas partes, la revolución social aparece y plantea sus exigencias.

Tiene a su favor al viento de la historia: en Turquía, en donde el golpe de Estado militar del 27 de mayo de 1960 dio lugar a tantas esperanzas de reformas sociales, pero cuya realización está haciéndose esperar; en Irán, donde una revolución desde arriba, conservadora y progresista, está ganando puntos a pesar de que cuenta con la hostilidad de la juventud y de los partidarios del antiguo ministro Mosadeq y con la reticencia del partido comunista, el Tudeh; en Transjordania, en donde un rey animoso presenta batalla a todos los peligros que le rodean; en el Líbano, que aspira a ser, en sus horas de sabiduría, la Suiza del Cercano Oriente; en el Irak, donde la revolución es mucho más teórica que real, pero donde la sublevación curda es una llaga profunda; en Egipto, donde, después de la secesión de Siria, el Bikhachir se ha lanzado resueltamente por las vías de un comunismo social, medio realizado ya, y que puede extenderse como una mancha de aceite... Se puede completar la lista con las inquietudes del Pakistán, que tanto preocupan a la India, más belicosa de lo que en un principio se pensaba, y que quiere apoderarse de Cachemira; con Indonesia, que, animada por el éxito indio en Goa, quiere incorporar la Guinea holandesa—el Irian—bajo su protectorado; con toda el África del Norte, que, tras el desenlace de la tragedia argelina, espera saber a qué línea de acción atenerse...

Todas estas preocupaciones pesan sobre la política de los Estados islámicos, exponiéndolos a unos estallidos pasionales inesperados que son otros tantos golpes para ellos, no sin contragolpes para los demás. Es, en efecto, difícil calcular lo que el conflicto pasional de Bizerta (1961) ha supuesto para Francia y para Túnez, con la diferencia de que si aquella es rica, ésta es pobre. No es precisable hasta qué punto en esta crisis sólo entró en juego el destino de Bizerta o también los dos orgullos nacionales, heridos ambos, y que a sabiendas complicaron la cuestión. Francia está amargada porque considera que ha hecho mucho por el Islam (lo cual es totalmente evidente); el Islam ve con amargura que la independencia que se le ha concedido no es total y, en efecto, es verdad que un país no es realmente independiente mientras su economía le incorpore inmediatamente al Tercer Mundo.

Las antiguas metrópolis sólo son responsables en parte de esta dependencia económica. Esta inferioridad obedece a otras muchas razones particulares, al pasado del Islam, a su pobreza natural, a su demografía exuberante. Se trata de enfermedades terribles aunque no incurables.

II. LOS DIVERSOS ESTADOS MUSULMANES FRENTE AL MUNDO ACTUAL

1. Un crecimiento siempre difícil: el dilema del Islam es el mismo que tiene planteado todo el Tercer Mundo. Para integrarse a la vida económica del mundo tiene que llevar a cabo lo más rápidamente posible su revolución industrial.

Es una tarea muy fácil de formular, pero cuyo precio es muy alto; exige un trabajo muy duro, cuyos rendimientos no serán inmediatamente perceptibles, y no repercutirán en seguida sobre los niveles de vida. El intermedio supuesto por los años de colonización no ha preparado a los países islámicos para esta tarea, y esta es, sin duda, la responsabilidad más grave de los países colonizadores.

No se puede negar, si se tiene buena fe, que los países colonizadores han aportado mucho a los países colonizados. Países muy arcaicos cuya vida no había cambiado desde hacía siglos, han sido bruscamente asociados a civilizaciones muy evolucionadas, lo que les ha valido ciertas mejoras. En primer lugar, una medicina y una higiene modernas, que han disminuido en enorme proporción la mortalidad; una enseñanza, más o menos importante, según los casos (sobre este punto, poco se le puede reprochar a la colonización francesa); numerosas instalaciones materiales: puertos, carreteras, ferrocarriles; una organización agrícola moderna, con, en muchos casos, presas para la irrigación; a veces, un inteligente esbozo de la industrialización.

Se nos dirá que la aportación es considerable. Sí y no. Y, en efecto, aunque, por un lado, esta aportación ha destruido parcialmente las antiguas estructuras, por el otro las ha reconstruido muy imperfectamente. La reconstrucción no se ha llevado a cabo desde la perspectiva de una economía nacional, sino de una economía asociada, dependiendo de la metrópoli y de la vida del mundo. De ahí la irregularidad del desarrollo según los sectores y la necesidad en la que se ven, en la actualidad, los jóvenes Estados independientes de reforzar sus estructuras para responder al conjunto de las necesidades nacionales. Esta dificultad viene a añadirse a todas las demás que son muchas, y que son consecuencia de su propia civilización y de la pobreza de la mayor parte de su suelo.

Para estas tareas, los países musulmanes tienen que contar consigo mismos, pero también con los demás. Tienen, pues, que adaptarse a la política voluble, bastante tiránica del mundo de los privilegiados, adaptación de la que son admirablemente capaces y conscientes. No carecen de inteligencia y de astucia política. Más aún, hace falta que se adapten a sí mismos y que se aferren a la vida real del mundo. Aquí está lo más difícil de su tarea, su cuadratura del círculo.

2. Economía y petróleo: La solución no es ni fácil ni única. Ni siquiera la que ofrece el petróleo, que sólo, en apariencia, es un príncipe generoso.

El petróleo es una riqueza innegable y sus benéficos efectos son sensibles en el nivel económico de todos los Estados petrolíferos. Es cosa sabida que el Cercano Oriente es ampliamente depositario de esta riqueza.

En todo caso, son las grandes compañías internacionales las únicas que pueden asumir los gastos de prospección y de puesta en explotación, y, por tanto, las que sacan los mayores beneficios de ésta: se hacen cargo del petróleo en su mismo yacimiento, a cambio de *royalties*; lo refinan y lo dis-

tribuyen. Retenerlo en su yacimiento, como ha intentado el Irán durante un cierto tiempo (1951), como trata de hacerlo el Irak hoy en día (1961), es un esfuerzo perdido por anticipado: el petróleo sólo tiene valor si se vende. Y ya no hay escasez de petróleo en el mundo actual, más bien al contrario, y además en la era atómica su reino corre el riesgo de no ser de duración indefinida.

Apuntemos otro detalle suplementario: la odiosa explotación extranjera no es la única encausada. Las *royalties* dan origen, en los países musulmanes, a una serie de privilegios sociales. El dinero de las *royalties* no se distribuye equitativamente, sino que aumenta, con frecuencia, el lujo ficticio de una casta, y este lujo no sirve para animar la producción local: se malgasta en comprar en el extranjero unos bienes que, sobre el lugar, nunca serán productivos. Arabia Saudí debe al petróleo sus nuevas ciudades y carreteras, el ferrocarril, los aeropuertos, y este progreso es evidente. Le debe también el lujo anacrónico, desenfrenado de la familia real y de los principales jefes de tribu. Este espectáculo irrita a la juventud, exaltada por el ejemplo de la revolución egipcia, y a una burguesía que aspira a tomar parte en los asuntos públicos.

Para un buen observador, el petróleo del Cercano Oriente viene a equivaler a la plata de América del siglo XVI: atravesó España sin animar su economía, para salir al exterior y enriquecer a las economías pujantes de Europa.

En todo caso, el petróleo es y será la ocasión de numerosas contiendas en el Cercano Oriente. La más reciente es la que enfrentó, por una parte, al Irak y a su jefe, el general Kassen (el Za'im) y, por otra, a las ocho grandes compañías de petróleo (*The Majors*, como se las llama) y cuyo representante principal, en el lugar de extracción, es el I. P. C. (*Irak Petroleum Co*).

Las discusiones que se han llevado a cabo a lo largo de tres años acaban de suspenderse una vez más. Los territorios no explotados de las concesiones les han sido retirados a las compañías. Sin duda, la reconciliación continúa siendo posible, y el Irak conseguirá una serie de privilegios y un mayor porcentaje en el reparto tradicional de los beneficios a partes iguales (el *fifty-fifty*). Sin duda, se le ha ofrecido ya la posibilidad de introducir en la prospección del petróleo, y en particular, en las espectaculares empresas en aguas del Golfo Pérsico, a los "petroleiros" japoneses e italianos, que son más acomodaticios al ser los últimos que han entrado en lid. Pero, en este campo, los países musulmanes productores de petróleo, se arriesgan a sufrir serias decepciones, ya que, repetimos, el mercado del petróleo está sobrecargado en la oferta, al entrar en lid el petróleo soviético (cien millones de toneladas previstas para el año 1970) que refuerza todavía más la posición del comprador: éste está y estará en una posición de fuerza frente a los productores.

3. Gracias al esfuerzo conjunto de todos los Estados musulmanes se han llevado a cabo grandes realizaciones, siendo general el progreso de la producción. Sin embargo, el continuo aumento de la población resulta siempre comprometedor. Todo progresa, y, no obstante, mañana habrá que empezar de nuevo.

Un demógrafo, Alfred Sauvy, señalaba este hecho a propósito del Cercano Oriente, en un artículo publicado en *Le Monde* del 7 de agosto de

1956, que no ha perdido nada de su actualidad: «El mundo árabe, escribía Sauvy (lo mismo podría haber dicho el mundo musulmán, en su conjunto), se encuentra en plena erupción demográfica: el índice de natalidad es uno de los más altos del mundo, cerca de 50 por 1.000, es decir, 6 ó 7 niños por familia. Lejos de disminuir, se ha beneficiado de la regresión de la poligamia y de los progresos de la higiene. Frente a esta fuerte natalidad, la mortalidad está en franca disminución, debido a la regresión de las epidemias, de las hambres y de las guerras entre tribus. El índice de mortalidad actual no se puede fijar con seguridad, pero va disminuyendo, camino del 20 por 1.000. Un crecimiento de la población de 2,5 a 3 por 100 por año ya no constituye un caso excepcional. Es el de Argelia, el de Túnez y, sin duda, el de Egipto. Este ritmo de crecimiento (duplicación de la población por cada generación) es muy superior al que puso en ebullición a Europa en sus mejores días (a razón de 1 a 1,5 por año) y no cuenta con la válvula de escape de la emigración y del colonialismo. El mundo musulmán combina la mortalidad de Europa hacia 1880, con una natalidad que no fue alcanzada en los mejores momentos de la Edad Media. Esta mezcla resulta explosiva.»

En este estado de cosas, parece «bastante ingenuo pensar que estos países en expansión de número y, por tanto, de necesidades, y que se encuentran con que tienen en su propio territorio, el uno el petróleo, el otro la *pipe-line*, y el tercero, el Canal (de Suez), van a mantenerse en un estado de resignación pasiva ante esta afluencia de riquezas a través o fuera de sus territorios, sin reclamar una participación importante en los beneficios».

4. Las incidencias de la expansión demográfica afectan fundamentalmente el crecimiento, o, mejor dicho, el frecuente estancamiento de los niveles de vida en los países musulmanes, a pesar del aumento de la producción. Este fenómeno es frecuente en todos los países del Tercer Mundo.

Sin embargo, se han tomado por todas partes medidas positivas. El número de parados ha disminuido. Considerando simplemente el ejemplo de Túnez, sin inversiones demasiado cuantiosas, 200 a 300.000 parados o semiparados han empezado a trabajar, gracias a las construcciones de carreteras, a los trabajos contra la erosión del suelo, a la apertura de talleres urbanos, o simplemente a las plantaciones de árboles. De los cálculos recientes de un economista, se puede concluir también que la producción agrícola del Cercano Oriente ha progresado, *grosso modo*, al ritmo de la producción mundial entre los años 1952 y 1958. En cuanto a la industria, todas sus ramas también han progresado. Si se considera el caso de Egipto, el índice general para la producción manufacturera da (1953 = 100) los niveles siguientes: 1951, 95; 1952, 98; 1953, 100; 1954, 107; 1955, 117; 1956, 125; 1957, 132; 1958, 143... En Pakistán la producción industrial pasa de 100 en 1952 a 128 en 1954; a 215 en 1958...

Por lo tanto, hay progreso y aumento de la masa global de la renta nacional, y, por consiguiente, parece que las posibilidades de dedicar más dinero a inversiones y de mantener un ritmo de crecimiento, han aumentado.

Todo ello es verdad, pero existe la contrapartida de la expansión demográfica. La masa de los hombres aumenta a más velocidad todavía que la masa de bienes a distribuir, y la renta *per cápita* disminuye entonces como todo cociente en el que el denominador (la población) crece más rápidamente que el numerador. Es el caso del nadador que tiene a la marea en contra y que se empeña en avanzar y cuanto más trabajo le cuesta menos avanza. En el Islam todo progresa y, sin embargo, sus niveles de vida retroceden o se mantienen a duras penas.

Añadamos, en todo caso, que estos cálculos de la renta nacional *per cápita* no son de un rigor absoluto. El mismo número de habitantes es, con frecuencia, incierto (con márgenes de error de a veces 20 por 100). La masa de las rentas es más bien estimada que calculada, sobre todo, como es muchas veces el caso, cuando no existe una *contabilidad nacional* rigurosa. Además, es prácticamente imposible evaluar con exactitud las rentas de un artesanado disperso, la mayoría de las veces arcaico, y las de una agricultura que comprende extensas zonas de autoconsumo.

Por lo tanto, se trata siempre, en estos cálculos, de evaluaciones, de órdenes de magnitud y nada más. Pero esto ya es mucho.

5. Teniendo en cuenta la expansión demográfica, el solo hecho de mantener a un mismo nivel la renta "per cápita" demuestra la existencia de una vitalidad económica real, capaz de contrarrestar, de esta manera, el enorme aumento biológico.

En su conjunto, los países musulmanes dan prueba de esta vitalidad, y si de vez en cuando hay un retroceso, éste es moderado. En término medio, los hombres viven con menos de 2.600 calorías cotidianas (que es el límite marcado por los países acomodados); pero, en general, por encima del mínimo vital y, por todas partes (salvo en determinadas zonas saharianas), fuera de los implacables dominios del hambre; por lo tanto, por debajo del límite entre riqueza y pobreza y por encima del límite entre pobreza y miseria. Con esto ya se ha conseguido algo.

Entre estas dos fronteras, las situaciones varían según los países. Clasificados por la cifra de su renta nacional *per capita* (en dólares U. S. A.), la sucesión de abajo arriba se organiza de la manera siguiente: Libia, 36; Afganistán, 50; Nigeria, 64; Pakistán, 66; Indonesia, 88; Jordania, 100; Siria, 110; Irán, 115; Egipto, 122; Túnez, 132; Irak, 142; Marruecos, 159; Argelia, 210; Turquía, 219; Líbano, 247. Son cifras modestas. Toda comparación con cifras europeas (por encima de 1.000) o de los Estados Unidos (2.200) resulta aplastante. Sólo cobran valor cuando se las compara, por ejemplo, con las cifras bajas del continente negro.

Se constatará que los países asociados a Francia en tiempos pasados o en la actualidad (Líbano, Siria, Marruecos, Argelia, Túnez) ocupan casi los mejores puestos. Claro está que el mérito no corresponde a la colonización francesa en sí, aunque ésta, en el pasado, haya tenido sus méritos, fundamentalmente, a nuestro entender, en la formación de una cierta clase de intelectuales y de técnicos, en una asociación más íntima que en otras partes entre las civilizaciones y los hombres en presencia.

El Líbano debe su récord relativo a la importancia de su emigración comercial, capitalista y *cultural* a través de todo el Islam, del África Negra y de América Latina, y a su ambivalencia religiosa (cristiana y musulmana); Argelia, a las inversiones francesas e internacionales (importantes realizaciones agrícolas, embalses, carreteras, escuelas, servicios médicos, realizaciones petrolíferas del Sahara, emigración de trabajadores hacia Francia) que la guerra, empezada en 1954, no ha interrumpido.

En la lucha que se le impone, cada economía tiene sus posibilidades y una carta maestra que jugar: para el Irak, el Irán, Arabia Saudí y Argelia es el petróleo; para Egipto es el agua fertilizante del Nilo, el canal de Suez, un algodón de muy buena calidad, sus industrias textiles; para Turquía y Marruecos es una industrialización *muchas veces* inteligente; para Indonesia es el caucho, el petróleo, las minas de estaño; para el Pakistán, sus grandes recursos de trigo y de yute.

Estas bazas son excelentes, pero el juego continúa siendo difícil y aleatorio.

6. Los problemas que hay que resolver son arduos. Económicos y sociales a la vez, están tan intrincados los unos en los otros que parece imposible enfrentarse con ellos por separado. Y todos juntos exigirán una planificación temible.

En efecto, sería necesario:

a) *Ante todo, mejorar la agricultura.* Y, por consiguiente, arremeter violentamente contra las estructuras arcaicas de la propiedad; resolver los múltiples problemas que suponen la irrigación y la erosión devastadora de las tierras cultivables. Es decir, una técnica y una política agrarias.

b) *Crear unas empresas industriales* (ya sean ligeras o pesadas, privadas o del Estado), y, si es posible, relacionarlas con la economía global de cada país. Hace falta que se apoyen en la estructura global de esta economía y que la animen con su dinamismo.

c) *Reglamentar el problema de las inversiones*, problema crucial porque supone la ayuda exterior (capitales internacionales privados—a través de los bancos suizos—, ayudas gubernamentales soviéticas, americanas o francesas y, dentro de poco, capitales europeos del Mercado Común).

d) *Crear un mercado.* Aquí la dificultad es doble: la existencia de un mercado sólo es posible con un determinado nivel de vida (volviéndose así al problema que precisamente se quiere resolver), y, por otra parte, no hay mercado válido salvo cuando es de alcance muy superior al nacional. Por ello han surgido todas esas ideas lanzadas con más insistencia que éxito de mercado panárabe, de mercado mogrebí, de mercado africano. Juiciosos sueños de difícil realización.

e) *Educar y formar a la mano de obra*, tanto más cuanto que la automatización, posible en el marco de una industria que parte de cero, descuidaría la actual superabundancia de mano de obra, problema crucial y que hay que resolver antes que cualquier otro.

f) *Formar cuadros:* técnicos, ingenieros, profesores, administradores...

La enseñanza y la formación técnica están al orden del día. Pero se trata de una obra que exige mucho esfuerzo. Sólo el poderoso entusiasmo popular con respecto a la enseñanza permitirá vencer, en este capítulo, inmensas dificultades.

En suma, son necesarias enormes inversiones que, a veces, sólo rendirán a largo plazo. "Generaciones enteras de hombres son sacrificados por anticipado. Sólo algunos de ellos lo saben, y esto constituye un triste privilegio. Algunos jóvenes poetas sirio-libaneses invocan para explicarse a sí mismos semejante fenómeno el mito de Tranus, el dios oriental prometido a una muerte dolorosa, pero también a la resurrección. Así explican el trance permanente y la amargura de su pueblo" (J. Berque).

7. Hay que elegir: Ante la evidencia de los problemas, la dificultad y la urgencia de las soluciones, la amplitud de los sacrificios inevitables, se comprende que los dirigentes de los diferentes Estados vacilen respecto de la estrategia a seguir. El mundo les propone dos alternativas, por lo menos, y la elección determina y trasciende al destino global del Islam.

A grandes rasgos, se trata o de permanecer en el marco de un capitalismo a la occidental, medio liberal, medio intervencionista, bajo el signo de un cierto liberalismo político, o de marchar por la línea de las experiencias socialistas, que pueden ser de tipo soviético, yugoslavo o chino. Más simplemente, se trata de conservar a la sociedad y al gobierno tal como están, mejorándolos en lo que se pueda, o de derribar de un solo golpe todo el edificio para reconstruirlo sobre nuevas bases.

Esta decisión no es, por desgracia, únicamente de índole intelectual, ni siquiera empírico. Depende de mil factores, interiores los unos y exteriores los otros.

Por todas partes, o casi por todas partes, está saliendo a flote una burguesía, una pujante clase de intelectuales, con frecuencia de jóvenes intelectuales. Se resiente todavía de las grandes decepciones que ha supuesto para ella la imitación de Occidente. En el terreno político, por ejemplo: con las únicas excepciones del Afganistán y del Yemen, todos los Estados musulmanes tienen su Parlamento, pero la burguesía ha sacado muy poco en limpio de él. Esta burguesía, decepcionada e impaciente por participar en los asuntos públicos, «se vuelve hacia el comunismo porque ve en él una manera de asentar en un futuro próximo su hegemonía; el cuadro burocrático y el ideal de planificación del mundo soviético le parecen otras tantas garantías de estabilidad y de medios para resolver los problemas económicos casi inextricables... La joven *intelligentsia* musulmana está tentada por la apariencia modernista de la ciencia y del pensamiento marxistas; se trata de una reacción contra los cuadros medievales que paralizan aún al pensamiento islámico, pero su importancia aumenta si se piensa que sus promotores han buscado ya—sin éxito—en el pensamiento liberal y democrático de Occidente la manera de tener acceso a una cultura racional moderna. De ahora en adelante, el marxismo les parece el único camino posible» (A. Bennigsen).

A Occidente le conviene creer que las gestiones y los tratados de los Estados islámicos con la U. R. S. S. no encierran más que habilidad para procurarse a bajo precio máquinas, armamento y créditos. El problema, de hecho, es mucho más profundo. Las experiencias socialistas fascinan a la juventud de los países del Islam. Con frecuencia, Occidente sólo se apoya en aristocracias retrógradas, en una decoración social de teatro de pasta de cartón. Le falta en esto, como en otras cosas, una verdadera «política planetaria».

El problema no es, en efecto, convencer al Islam de que la solución occidental es en sí superior o preferible a otra. Tampoco consiste en ampliar los créditos. Se trata, en pocas palabras, de ofrecer a los países subdesarrollados un modelo válido de planificación *que les pueda ser adaptado* y les abra las puertas de la esperanza y del porvenir. De no ser así, lo más probable es que estos países se vuelvan hacia una evolución marxista que es considerada como natural en todos los países subdesarrollados.

III. LA CIVILIZACION MUSULMANA FRENTE AL SIGLO XX

¿Pone en peligro esta crisis profunda a la civilización del Islam propiamente dicho? El problema se plantea de varias maneras:

1) ¿Existe aún, dentro de la inmensa desintegración de las nacionalidades y de las rivalidades políticas, *una* civilización musulmana, que todavía pueda ser reconocida?

2) De existir todavía esta civilización, ¿no está acaso amenazada por la «adquisición de una misma indumentaria mundial de técnicas y de comportamientos», como dice Jacques Berque, es decir, por el acceso a la civilización industrial, fabricada por Occidente, y que se va extendiendo a todo el universo?

3) Finalmente, ¿corre la civilización musulmana un peligro mayor si, para alcanzar esta civilización industrial, el Islam se lanza por el camino de un marxismo capaz de destruir uno de sus mejores gérmenes de cohesión, a saber, su religión?

1. ¿Existe todavía una civilización musulmana? Las divisiones políticas del Islam parecen excluir, por mucho tiempo todavía, la consecución de los sueños de los panislamistas. No obstante, el panislamismo existe lo mismo hoy que ayer, como hecho y realidad de civilización.

En la vida cotidiana se pueden indudablemente encontrar síntomas de esta civilización, de un extremo a otro de su espacio. En una similitud de creencias, de costumbres, de relaciones familiares, de gustos, de placeres, de juegos, de comportamientos y hasta de cocina... Si un europeo va de una ciudad a otra del Islam mediterráneo, le chocarán más las similitudes que las diferencias. Al irse acercando al Pakistán y a Insulindia, las disparidades se van acentuando, y más aún del lado del Africa Negra musulma-

na; es que la civilización musulmana se tropieza allí con otras corrientes de civilización, muchas veces tan fuertes o más fuertes que ella misma.

En Africa Negra la relación es exclusivamente de orden religioso, y ¡quizá sea mucho decir! Las predicaciones (ya que Egipto ha emprendido en nombre del panarabismo una gran experiencia «misional») se lleva a cabo con frecuencia en los países francófonos, en *francés*. Lo que equivale a decir que los lazos de cultura son prácticamente inexistentes, o, por lo menos, frágiles e indirectos. Y, además, no es seguro que este lazo religioso resulte eficaz para la masa africana, que de hecho transforma poderosamente, *africaniza* la religión de Mahoma con la misma libertad que la de Cristo. En otras palabras, en Africa Negra, la influencia del panislamismo, cuando existe, es de tipo político y todo lo más social; no se trata plenamente de un hecho de civilización.

En lo que respecta al Pakistán, forma parte de una civilización a la que se ha llamado con razón indo-musulmana. El idioma nacional—el *urdu*—mezcla las palabras de origen iraní o árabe con palabras de origen sánscrito. Se escribe de derecha a izquierda como el árabe, pero no se parece nada a él.

Ahora bien, uno de los rasgos más seguros de los países a los que afecta verdaderamente la civilización continúa siendo la lengua. Esta lengua que en otros tiempos constituyó los cimientos del islamismo, el árabe «literal», ha sido preservada por el siglo xx; es la lengua *escrita* común, la que se emplea en los periódicos y en los libros. Las lenguas nacionales no son más que lenguas *habladas*.

Otro lazo común en estos países lo constituyen los problemas económicos y sociales que se plantean casi por todas partes en idénticos términos, en la medida en que nacen, esencialmente, del choque entre una civilización islámica arcaica, tradicional, conservada hasta nuestros días, con una civilización moderna que la cerca por todas partes. El que en unas regiones el problema apenas esté esbozado y en otras ya esté firmemente planteado, no quita que las soluciones que se imponen tengan forzosamente que parecerse, por la misma lógica de las cosas, a causa de la identidad de los puntos de partida, prefigurando los países avanzados en su reforma el porvenir de los demás.

Aquí también, el Islam exiliado—Africa Negra, India, Insulindia, China—se diferencia del conjunto al estar su destino vinculado al de otras civilizaciones.

2. El segundo problema que hemos planteado es saber si el Islam irá despojándose de su antigua civilización tradicional, como quien se deshace de un traje viejo, a medida que se vaya aproximando a la industrialización y a la técnica moderna.

Este problema no es privativo del destino del Islam. Equivale a preguntarse si la civilización moderna, la de la máquina y pronto la del cerebro electrónico, la de la automatización, la del átomo, va, para bien o para mal, a uniformar el mundo y a hacer desaparecer las civilizaciones particulares.

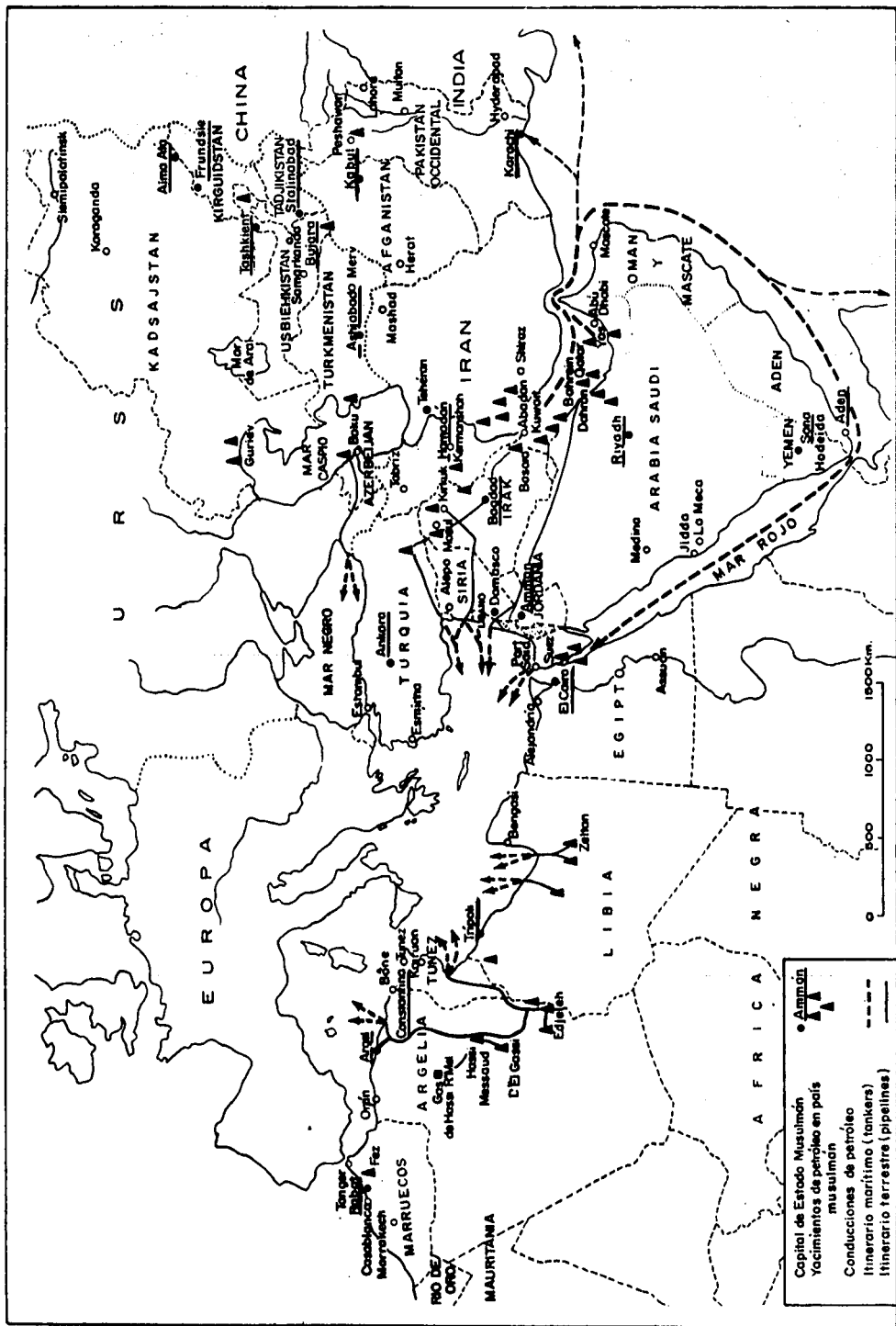
capítulo I. El maquinismo, con sus innumerables consecuencias, es, con toda seguridad, capaz de torcer, de destruir y de reconstruir muchas estructuras de una civilización. Pero no todas. Por sí solo, no constituye una *civilización*. Afirmarlo sería pretender que la Europa de la actualidad nació de nuevo con la revolución industrial, cuando la realidad es que para ella también supuso un choque terrible, pero sus raíces son mucho más profundas. Por lo demás, si se piensa en las naciones de Europa, se puede dudar del poder del maquinismo para unificar y dar uniformidad al universo. Al ser partícipes de una misma civilización de conjunto, la del Occidente cristiano y humanista; al haber sido lanzadas casi al mismo tiempo, hace ya más de un siglo, en la misma aventura de la industrialización y dotadas de la misma técnica, de la misma ciencia, de instituciones análogas, de todas las formas sociales del maquinismo, estas civilizaciones europeas de todas las formas sociales del maquinismo, estas civilizaciones europeas tendrían que haber perdido, hace tiempo, sus fuertes particularidades que permiten distinguir una civilización francesa, otra alemana, inglesa, mediterránea... Por el contrario, un francés no tiene más que atravesar la Mancha, un inglés llegar al continente, un alemán ir a Italia, para convencerse, sin dificultad, de que maquinismo no supone forzosamente uniformidad. La técnica incapaz de destruir los particularismos regionales no puede aspirar a anular las poderosas personalidades que constituyen las grandes civilizaciones, basadas en religiones, filosofías, valores humanos y morales totalmente diferentes.

Ahora bien, ¿puede plantearse el problema de manera diferente si la técnica se presenta en el Islam acompañada del marxismo, es decir, de valores opuestos a los valores tradicionales del Islam? Responder a esta pregunta, más precisa y tantas veces planteada, no es ni fácil ni totalmente posible, ya que no es seguro que se trate de un cambio sustancial de la pregunta que formulábamos.

Podemos aventurarnos a decir que el marxismo no es, por sí solo, una civilización de sustitución; es una orientación social, un humanismo voluntario, una racionalización. Si algún día se aplicara en el Islam daría lugar, sin duda, a una coexistencia, a una diferenciación, como en los países soviéticos entre civilización rusa y marxismo, como en China entre civilización china y marxismo. Aunque las ha influido y orientado poderosamente, el marxismo no ha terminado con ninguna de estas dos civilizaciones y su programa no consiste en esto.

Claro está que, como señala con razón Y. Moubarac, de darse este caso, «el Islam resistiría menos fácilmente que el cristianismo a un predominio marxista porque no ha hecho todavía la distinción entre lo espiritual y lo temporal. Lo espiritual corre el peligro de desaparecer más fácilmente con la materialización tecnocrática de una sociedad musulmana orientada hacia el comunismo». Y tiene razón, porque el cristianismo, por todas partes o casi por todas partes, cuenta con un precedente, y es que, *antes* del impacto de la revolución industrial, había ya soportado el choque de un empuje científico, racionalista y laico, al que se había adaptado en el curso de esta larga iniciación, aunque de manera recalcitrante, pero manteniendo su equi-

EL ISLAM ACTUAL



librio y abandonando lo que tenía que abandonar. Podía, pues, oponer una resistencia a la técnica, al racionalismo e incluso al marxismo.

En el Islam, cuya vida religiosa determina cada acto de la vida, la técnica (con marxismo o sin él) se presenta como un círculo de fuego que tiene que franquear de una sola vez, para dejar de ser una civilización demasiado vieja, y rejuvenecerse de acuerdo al tiempo presente.

El camino a escoger depende de él mismo y del mundo, del doble mundo que oscila, como una inmensa balanza, tan pronto de un lado como del otro. El Islam, como todo el Tercer Mundo, corre el peligro de orientarse no hacia donde él quiera, sino hacia donde le empuje el más pesado de los dos bloques.

EL ISLAM ENTRE 1962 Y 1965

Se podría escribir un voluminoso libro sólo con el relato de los acontecimientos del Islam de 1962 a 1965. Desde Insulindia a Marruecos continúa existiendo una cierta vehemencia, al ser el eje dominante de la política del mundo árabe un nacionalismo tanto más socializante cuanto que se alza, en lo que se refiere a las explotaciones petrolíferas y a todos los negocios importantes, contra el capitalismo internacional; el ejemplo de las nacionalizaciones egipcias de 1960 y 1961 aparece como el modelo a seguir. Este ha sido el caso tanto de las nacionalizaciones del Irak (14 de julio de 1964) como de la política hostil a las concesiones petrolíferas de Siria (2 de enero de 1964).

En estos últimos años, el papel de protagonista del mundo árabe ha correspondido a Argelia, independiente desde los acuerdos de Evian firmados con Francia el 19 de marzo de 1962 y el escrutinio de autodeterminación del 1 de julio de 1962.

La independencia se caracterizó en sus primeros momentos por la agitación y el desorden. Al ejército popular que durante la guerra de la independencia estaba acampado en Marruecos y en Túnez, frente a las fronteras de Argelia, le correspondía restablecer el orden. Ben Bella formó su primer ministerio el 15 de septiembre de 1962, y a lo largo de todo el año 1963 llevó a la práctica las medidas sociales del programa de Trípoli. La más importante fue la nacionalización de las tierras abandonadas por los colonos europeos, cuya explotación fue llevada a cabo por los llamados *comités de gestión*. A partir de entonces, el punto de apoyo del Gobierno ha sido y continúa siendo una democracia campesina.

No obstante, las dificultades continúan siendo incalculables por el hecho mismo de la generalización de las nacionalizaciones, del éxodo masivo de los europeos, de la falta crónica de capitales y de cuadros técnicos. Las dificultades políticas engendran incesantes desórdenes, rupturas, disidencias, actividad del maquis, procesos... En general, Ben Bella dominó esta difícil

situación (fue elegido Presidente de la República el 15 de septiembre de 1963 y secretario general del F. L. N. el 16-20 de abril de 1964). Pero quizá las tensiones sociales y económicas revistan mayor gravedad: descontento de una cierta burguesía cuyo representante parece ser Ferhat Abbas, depresión crónica, alza de los precios, extensión del paro obrero... Poco a poco se fue estableciendo un equilibrio entre las fuerzas más diversas y parecía que Ben Bella dominaba el ejército y el F. L. N... En política exterior, las relaciones con Francia son decisivas para la ayuda económica y cultural; por otra parte, el empleo de cerca de medio millón de obreros franceses atenúa las consecuencias del paro.

Argelia afirma su neutralismo, lo que no excluye en ella una gran pasión política, religiosa y socialista, sobre todo anticolonialista. Así lo demuestra su actitud frente a Portugal y a propósito del Congo ex belga.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Sobre el pasado y el presente del Islam no existe ningún libro de fácil manejo que ofrezca una amplia visión de conjunto. Por el contrario, abundan las monografías. El libro de más fácil lectura, el de Emile-Félix Gautier, *Moeurs et coutumes des Musulmans*, aunque no ha perdido nada de su valor, tiene ya más de treinta años (1928, con una reedición de 1960 que se debe al *Club du Meilleur livre*). El libro más elegante sobre el pasado del Islam, desde sus orígenes hasta el siglo XVI, incluyendo una serie de textos vigentes y significativos, es el de Gaston Wiet, *Grandeur de l'Islam*, La Table Ronde, 1961. Jean Sauvaget, con su *Introduction à l'histoire de l'Ouest Musulman*, Maisonneuve, 1961, 2.ª ed., se dirige especialmente a los jóvenes historiadores y a los estudiosos del arabismo. Los libros más apasionantes de Jacques Berque son: *Les Arabes d'hier et de demain*, Ed. du Seuil, 1960; *Le Maghreb entre les deux guerres*, ibíd., 1962. Sobre el caso dramático de Argelia, *L'évolution politique de l'Afrique du Nord musulmane* (1920-1961), Colin, 1962, de Roger Le Tourneau, es una buena obra de referencia. Dos libros emocionantes e imparciales son los de Germaine Tillion *L'Afrique bascule vers l'avenir*, 2.ª ed., 1960, y *Les ennemis complémentaires*, 1960, Ed. de Minuit.

Para el conjunto del Islam actual recomendamos el libro de Pierre Rondon, *Le monde musulman, de Dakar a Djakarta*, Edit. Orante, 1950; el libro apasionado de Malek Bennabi, *Vocation de l'Islam*. Ed. du Seuil, 1954; el muy notable ensayo de geografía religiosa de Xavier de Planhol *Le monde islamique*, Presses Universitaires, 1957; «Les Musulmans dans le Monde», *Documentation française*, 9 de agosto 1952, núm. 1642.

1. Algunos textos históricos antiguos.

A) *Descripción de un jinete turco* por Yahiz, «prosista» del siglo IX, muerto en 869, a la edad de noventa y seis años. Nacido en Basora, vivió mucho tiempo en Bagdad. (La traducción al francés es de J. Sauvaget, *Historiens Arabes*, 1946, págs. 7-10. También ha sido recogido este texto en la recopilación de G. Wiet, págs. 102 y ss.)

«... El Turco, desde la silla del caballo, alcanza (con sus flechas) a un animal, un pájaro, un blanco, un hombre, un animal tumbado, un mojón, un ave rapaz que se precipita sobre su presa. Reventará su montura a fuerza de avanzar y de retroceder, de girar hacia la derecha y hacia la izquierda, de subir y de bajar, lanzando diez flechas antes que el Jaridjita haya tenido tiempo de preparar un solo disparo... El Turco tiene dos pares de ojos: uno delante y otro detrás de la cabeza... El Turco cuando vuelve riendas es un veneno mortal, la muerte de su adversario está asegurada porque dispara su flecha hacia atrás con tanta puntería como hacia adelante... El caballo del Jaridjita no tiene la resistencia de la jaca del Turco; además, el Jaridjita sólo sabe cuidar a su caballo como jinete... Mientras que el Turco tiene más experiencia que un herrador veterinario, más habilidad que un domador en conseguir lo que quiere de su caballo. Porque ha presenciado su parto, porque le ha amestrado cuando no era más que un potro. El caballo acude a su llamada, corre detrás de él cuando galopa... Si llevaras la cuenta de la vida de un Turco, si la detallaras día por día, constatarías que pasa sobre su cabalgadura más tiempo que en el suelo...»

B) *La toma de Bagdad* (1258). El texto es del historiador cronista Vassaf, que describió los acontecimientos ocurridos entre 1254 y 1328. Está recogido por Henri Massé en *Anthologie Persane*, Payot, 1950, págs. 240-241.

(Las matanzas que siguieron a la «destrucción» de la ciudad fueron tales) «que de la sangre de las víctimas manó un río tan grande como el Nilo y tan rojo como el brasil (el brasil es una madera empleada, en otro tiempo, para teñir de rojo. Es su abundancia en la costa de América la que ha dado nombre al Brasil). Bagdad fue destruido y los diferentes países del universo se enriquecieron con sus tesoros y sus objetos de arte. Los Mongoles vendieron a precio de cobre y de plomo los utensilios y los recipientes que habían encontrado en las cocinas y en las bodegas del Califa; muchos de estos objetos llegaron por casualidad a Chiras, de manera que algunas personas que estaban en el colmo de la indigencia y de la miseria lograron gracias a ellos la opulencia y el bienestar. En especies, en cupones variados de seda, raso negro, telas estampadas y brocados importados de Bizancio, de Egipto y de China, caballos de Arabia, mulas de Siria, jóvenes originarios de Grecia, de los países de los Alanos y del Kiptchak, muchachas turcas, chinas y bereberes, los Mongoles consiguieron un botín tan enorme que su total no podría caber en los cómputos del espíritu.»

2. Sobre las Mil y una Noches.

A propósito de las controversias que plantean sus orígenes, sus temas, sus estilos y sus marcos, ver el bello libro de Nikita Elisseeff, *Thèmes et motifs des Mille et une Nuits* (Instituto Francés de Damasco, 1949). En francés, la primera traducción, más o menos correcta, de las *Mil y Una Noches* apareció en 1704.

3. Sobre una tesis histórica.

En su bello libro *Islamismo e la cultura europea*, 1956, págs. 33-34, Aldobrandino Malvezzi, islamista italiano, trata de poner de relieve, en los principios del Islam, una identidad de las aspiraciones religiosas de los cristianos (sobre todo de los cristianos disidentes) con las de los conquistadores musulmanes.

«... En diversos pasajes de los textos sagrados, más explícitamente en el versículo 19 del capítulo XXX del Deuteronomio, se encuentran afirmaciones claras a propósito del libre albedrío, pero acompañadas en otros textos de afirmaciones no menos expresivas relativas a la precencia divina, por ejemplo en el salmo CXXXIX, 4: «Pues aún no tenía la palabra en mi lengua y he aquí, oh Jehová, que tú ya la sabías toda»; 16 «Tus ojos ven la masa informe de mi cuerpo y en tu libro estaban escritas todas las cosas en el mismo momento en el que se formulaban, antes de que ninguna de ellas fuera.»

En el islamismo también se habla del «libro» celeste en el que están escritas todas las acciones de los hombres aun antes de ser ejecutadas; de ahí la palabra característica de los musulmanes para indicar una cosa predestinada, *mektub* (estaba escrito). Este mismo concepto del destino escrito en el cielo se encuentra en ciertas obras esotéricas cristianas que reflejan fielmente los sentimientos y las creencias arraigadas en el pueblo, entre el cual se difundían antaño con más celeridad que los mismos textos canónicos.

La descripción más sugestiva de la «escritura» celeste se encuentra en la *Apocalipsis de la Virgen María*, composición (anónima, debida seguramente a un monje) de una gran belleza y de una gran energía dramática: la Virgen cuenta el viaje que ha realizado, a través del Infierno y del Paraíso, en compañía de su divino hijo, que le va suministrando las explicaciones necesarias, como Virgilio al Dante: «(En el Infierno), cuenta la Virgen, vi una gran columna de oro cubierta de arriba abajo de inscripciones. Pregunté a mi hijo: «¿Qué es lo que veo inscrito sobre esta columna en caracteres tan minúsculos?» Me respondió: «Sobre esta columna están inscritos los nombres de los santos.» Le pregunté entonces: «¿Fueron escritos sus nombres en esta columna antes o después de su nacimiento?» Y me contestó: «Estaban escritos desde antes del nacimiento de sus padres, Adán y Eva.»

4. Sobre el Islam actual: alegatos en favor de su modernización.

A) Los alegatos pueden adoptar formas diversas: un historiador, Maurice Benchetrit (*Cahiers Pédagogiques*, 1 de junio de 1962), enumera los movimientos reformistas que, sin cesar, han afectado al Islam desde el siglo XVIII, si nos remontamos al uahabismo, y que abren camino, en el siglo XX, al positivismo y al racionalismo. Este último se afirma en Egipto, en 1925, con la publicación de la tesis del jeque Ali Abderrazak: *El Islam y las bases del poder*:

«Esta tesis, censurada en el momento de su publicación por Al Azhar, puede resumirse así: la misión de Mahoma sólo consistió en enseñar una teología, una moral y un culto; fundamentalmente, la Ley sólo concierne a la religión, y no existe ningún lazo necesario que la una con el poder político. Ni la religión musulmana ni la religión cristiana se preocupan de las formas y de las modalidades de gobierno, y el Corán no prevé en ningún momento la institución del Califato. No es posible invocar a la Sunna, porque el ejemplo de Mahoma y de los cuatro primeros califas (rashidûn) tan sólo tiene una significación histórica y no teológica: si el Profeta se vio obligado a constituir una rudimentaria organización civil, lo hizo absolutamente al margen de su misión profética, en tanto que era jefe de clan y no como «Enviado», y de la misma manera el gobierno de los cuatro primeros califas no tuvo ningún carácter específicamente religioso; son los Omeyas los que le imprimieron este carácter. Se trata, pues, de precedentes puramente históricos que no pueden dar lugar, sobre una base dogmática, a la confusión de lo religioso con lo político.

Por tanto, las instituciones califales, nacidas de una interpretación escolástica, son arbitrarias y susceptibles de revisión, aunque esta interpretación haya sido, en su momento, consagrada por el *ijma* (aprobación unánime de los doctores). El Islam, concluye Abderrazak, no es, pues, fundamentalmente, un Estado y una religión, sino, esencialmente, una religión.

Pero desde el año siguiente (1926) esta corriente se vio reforzada por la publicación del estudio del jeque Taha Hussein sobre la *Poesía preislámica*, deliberadamente basado en el método de la duda cartesiana. Demuestra, utilizando los más rigurosos métodos de la crítica histórica, que la historia tradicional de los orígenes musulmanes es tributaria de esta poesía preislámica y, por tanto, está cargada de documentos apócrifos, lo que pone de nuevo en tela de juicio ciertos rasgos (considerados como adquiridos y consagrados por la autoridad de la Sunna) de la figura del Profeta, o ciertos hechos generalmente admitidos (como la presencia en la Meca de Abraham y de Ismael y las relaciones de genealogía que habrían tenido con el pueblo árabe).»

B) *La modernización, hemos dicho, supone la emancipación de la mujer.* Pero es necesario conocer bien el estatuto de esta última. La nota inédita de Germaine Tillion concreta un aspecto de este problema polifacético: el de la *endogamia y del velo*.

«El velo, símbolo en Oriente de la alienación de la mitad de la huma-

nidad, nunca ha sido utilizado por las campesinas, ya sean sedentarias, ya sean nómadas. De hecho, una barrera mucho más rigurosa que un pedazo de tela, las esconde de la vista del extranjero.

En las ciudades musulmanas el llevar velo fue, para las mujeres, hasta estos últimos años, una regla que no admitía excepción; el hecho de que este uso sea aconsejado en el libro sagrado les basta a muchos espíritus curiosos extranjeros para considerarlo solidario de la religión. Veremos, sin embargo, que las órdenes muy severamente formuladas por el Corán son insistentemente violadas por poblaciones enteras que se consideran a sí mismas muy devotas; he aquí la razón por la que cabe preguntarse cuál es la naturaleza del sentimiento que dio origen y mantuvo la costumbre de que las mujeres se pusieran un velo en las ciudades con una mayoría de población musulmana.

Según nuestra hipótesis, la mujer del Sur del Mediterráneo sería la principal víctima de un deslizamiento social inevitable y continuo: el de las tribus nómadas hacia los poblados y ciudades. Este deslizamiento, este movimiento en un único sentido, se califica, hoy en día, con los términos de «sedentarización», de «urbanización», y se sigue llevando a cabo aún ante nuestros ojos. Todavía actual, pero al mismo tiempo muy antiguo—porque, sin lugar a dudas, comenzó hace miles de años—, este mecanismo va acompañado de una grave degradación de la condición de la mujer.

Esta lenta e irresistible evolución estaba muy avanzada en el momento en que se extendió la predicación del islamismo, por lo que, en el Corán, encontramos toda una serie de prescripciones que tienden a proteger a la mujer.

Ahora bien, estas numerosas prescripciones protegiendo a la mujer fueron poco observadas, mientras que, por el contrario, las escasas prescripciones que disminuían su libertad fueron generalizadas y agravadas; pero las razones de esta doble deformación del texto sagrado son comprensibles, cuando se observan las modificaciones de la condición femenina impuestas por el paso de un estado tribal al del bullicio de la ciudad.

En su origen, se encuentran los más íntimos sentimientos, las costumbres más esenciales de las tribus de África del Norte y de Asia Occidental.

Uno de los primeros sociólogos modernos, el historiador mogrebí Ibn Jaldún (siglo XIV), cuando habla de los nómadas más pobres se expresa como sigue: «...Su aislamiento es... una garantía segura contra la corrupción de la sangre, que es consecuencia de los enlaces contraídos con los extranjeros.» Y al hablar de otro grupo más privilegiado, dice: «Los árabes, establecidos en las altas mesetas, regiones de ricos pastos para los ganados, y que producen todo lo que puede hacer la vida más agradable, han corrompido la pureza de su sangre a causa de matrimonios con familias extranjeras.»

En otra parte, el autor rebate la afirmación de Averroes, según la cual la nobleza depende de la antigüedad de una familia y del número de personas ilustres que ha habido y hay en ella. «La nobleza y el honor, dice, sólo pueden provenir de la ausencia de mezcla.» Esto es lo que piensan los hombres del Sur del Mediterráneo, de los que Ibn Jaldún se hace intérprete.

En este sistema, el conjunto de preceptos de la sociedad converge hacia un fin único: mantener la integridad del grupo social, impedir que un hombre que no tenga con ella una relación de parentesco se case o se acerque a una mujer del clan y, por lo tanto, vivir sobre el terruño ancestral. Por otra parte, es imposible atravesar este territorio sin estar debidamente acompañado (y aislado) por la segura garantía de un pariente.

Se hace así totalmente innecesario poner un velo a las mujeres a fin de salvaguardar el patrimonio moral y material de la familia, pero hay que desheredarlas para no correr el riesgo de que la máquina se averíe.

En un sistema de parentesco patrilineal si, por casualidad, una hija de la tribu se casa con un extranjero, sus hijos (que entonces son considerados extranjeros) no tienen derecho al patrimonio de su abuelo materno—ya sean campos de labor o tierras de tránsito—; la tierra, toda la tierra poseída por el clan, queda para siempre en propiedad exclusiva de los hombres que llevan el nombre del antepasado epónimo y se toman todo tipo de precauciones para que este precepto no tenga ninguna excepción.

Las tribus campesinas no desheredan, pues, a sus hijas para subsanar la falta de velo; parece que la realidad es absolutamente lo contrario: el velo y el «harem» de las ciudades, lejos de ser el modelo en el que quiere inspirarse el hombre del campo, aparecen, por el contrario, como unos sucedáneos dulcificados, unos remedos llenos de esnobismo, a través de los cuales el burgués ciudadano intenta plagiar los grandes desiertos vacíos que protegen un ideal mítico: la orgullosa soledad del aduar beduino.

En las ciudades, el ideal endogámico no puede sobrevivir más que en el estado de un voto, y este voto se materializa en el velo y en el enclausamiento de las muchachas ciudadanas del Islam.

En su libro *L'Afrique bascule vers l'avenir* (1960), Germaine Tillion responde a las preguntas que se puedan formular sobre la intransigencia del Islam: «Cuando se oye hablar de «guerra santa» y de «fanatismo musulmán» no se debe evocar una especie de salvajismo intrínseco y, por naturaleza, incompatible con ese «cartesianismo», ese «racionalismo» del que hacemos una exhibición tan odiosa, sino que se debe coger un libro de historia y considerar a los contemporáneos de Montaigne e incluso a los de Descartes para ver que el odio religioso que enfrentó a los cristianos católicos y a los cristianos protestantes era mucho más furibundo, más sanguinario y fanático, más «intrínsecamente salvaje» que el que puede existir en la actualidad entre las comunidades musulmanas y cristianas de África. Y es que, en efecto, este fanatismo y esta ferocidad son hechos sociales que obedecen al nivel cultural de una población y no a la naturaleza de su religión. Puede haber musulmanes fanáticos (ya que, entre ellos, muchas gentes pobres no tienen ocasión de aprender la moderación o, simplemente, no tienen ocasión ni posibilidad de aprender), pero el fanatismo no es parte integrante del Islam, de la misma manera que la cruzada contra los albigenses o los procesos de brujas, no son, por esencia, constitutivos de la cristiandad: los musulmanes viven, en su casi totalidad, en uno de los sectores terrestres peor localizados en lo que respecta a la conmoción de

la civilización mecánica, y todas las tonterías y tópicos que se manejan sobre el Islam obedecen a esto.»

5. Un caso concreto de crecimiento: Túnez.

El ejemplo actual de Túnez está destinado a aclarar un caso concreto, el triple problema de producción-crecimiento-expansión demográfica, tal como se les plantea, en términos que sólo son superficialmente diferentes, a todos los países del Islam.

El observador tiene que captar, en cada caso, en «el movimiento que empuja a un país, a su gobierno, a su jefe de Estado, hacia la búsqueda de una mayor prosperidad o, mejor dicho, de una menor miseria», esta «especie de lógica de las cosas» que le determina. Túnez es uno de estos países que se han lanzado resueltamente por el camino de las reformas, a pesar de que cuenta, en el punto de partida, con el hándicap de su pobreza (ésta no es excepcional en el mundo islámico), pero tiene, por el contrario, la ventaja de ser un país de vieja civilización urbana y de burguesía competente: burguesía que ha sido capaz de sacar en limpio de la época colonial, hoy terminada, una verdadera cultura occidental. Además, este país cuenta con un campesinado, con frecuencia agrupado en grandes pueblos, lo que facilita el esfuerzo de sedentarización de los nómadas que vienen del Sur. Pero, en todo caso, es un país cuya población agrícola sobrepasa, como en todos los países del Islam, el 75 por 100 de la población activa. Lo que hace suponer, de antemano, que existe una inercia fundamental.

Por lo tanto, el primer problema con el que se tienen que enfrentar los gobernantes de este país es el de inculcar a esta nación joven, independiente desde 1956, un fuerte sentido de sus deberes, y, por encima de éste, una mística del progreso. Para ello, tienen que valerse de métodos sencillos: poner a trabajar en un oficio a los 150.000 ó 200.000 parados recuperables (sobre un efectivo probable de 350.000 hombres sin empleo, es decir, el 10 por 100 de la población total). Plantaciones de árboles, recorte de terrenos en cuesta mediante terrazas capaces de contener la erosión del suelo, empleo de monitores agrícolas... Todo ello, relativamente fácil, ha tenido más éxito que en otras partes, ya que la movilización de estas fuerzas no empleadas se ha realizado gracias a «los sectores secundarios».

Otra medida eficaz es la supresión de los bienes *habous*, poseídos por las fundaciones piadosas, inmenso patrimonio en manos muertas, en total la cuarta parte de las tierras cultivables, todas muy mal cuidadas y, a veces, arrendadas únicamente por una duración de un año.

Finalmente, en muchos de sus discursos, el Presidente Bourguiba ha intentado hacer comprender el sentido del esfuerzo que se debe realizar. El 26 de febrero de 1960, decía: «Si queremos que este pueblo progrese y se ponga al ritmo de los demás... hay que saber sacar partido de la inteligencia, que es privilegio humano. Este es el secreto del progreso. Mi constante preocupación es abrir el camino del progreso y poner en claro las

causas de nuestra debilidad y de nuestra decadencia. La responsabilidad incumbe no sólo a la insuficiencia de los armamentos, sino también al retraso intelectual.» Valientes palabras si se piensa que provienen de un jefe de Estado, porque a ningún pueblo le gusta que se le señalen sus insuficiencias personales, ni que se le aconseje, como remedio «trabajar más» y «trabajar mejor».

Igual valor hace falta para romper con las costumbres. Ya hemos hablado de la emancipación de las mujeres. Podríamos señalar, entre otros detalles, la prohibición hecha a los trabajadores tunecinos de ponerse el albornoz que entorpece sus movimientos, la orden de hacer desaparecer los setos de higueras de Berbería, demasiado exuberantes y prácticamente inútiles; sobre todo, la medida tan importante por la que se alivian las obligaciones draconianas del Ramadán para los niños y los trabajadores (y que no resulta más atentatoria contra la religión islámica de lo que lo fueron contra el catolicismo las mitigaciones progresivas de los preceptos de ayuno, pero que supone, sin lugar a dudas, una revolución moral); podríamos, finalmente, insistir sobre el ambicioso programa de escolarización, planteado como uno de los caminos necesarios para la industrialización.

Esta última se anuncia difícil y complicada. El retroceso de los fosfatos tunecinos (a causa de su débil tenor) en el mercado internacional, señala la progresiva disminución de un don de la naturaleza (en 1929 representaban la cuarta parte de la producción mundial; en 1953, sólo la décima parte). El sector propiamente industrial (fabricación de cementos, de conservas, industrias de construcción) sólo ocupa al 11 por 100 de la población activa, contra el 78 por 100 que forma el *sector primario* (bosques, agricultura, minas). La economía dispone así de un pequeño sector moderno, «vástago» en lo fundamental, de la economía francesa. Ahora bien, la unión aduanera con Francia y con Argelia permanece aleatoria, y, por otra parte, Túnez, con la creación del *dinar* se ha emancipado del área del franco; finalmente, los franceses, los italianos, los israelitas abandonan su país de adopción (de 180.000 franceses en 1956 se ha pasado a menos de 70.000 en 1962). Esto implica desventajas y pérdidas económicas, y Túnez necesitaría un crecimiento del 4 a 4,5 por 100 por año, que le permita emplear a los 400.000 trabajadores suplementarios que van a entrar progresivamente en acción.

Todo el inteligente esfuerzo de los dirigentes tropieza, pues, en fin de cuentas, con la implacable lógica de las cosas. Incluso una burguesía tan fina como la tunecina tiene horizontes limitados, intereses creados. Vacila en aceptar el riesgo que supone invertir en la industria. En países tan carentes de reservas y de organización capitalista es prácticamente imposible la industrialización en el cuadro de las empresas privadas. Hacen falta planes de conjunto, enérgicos, que combinen una disciplina interna estricta con la ayuda exterior de los países industrializados. En pocas palabras, hace falta salir de la etapa de «los sectores secundarios» para entrar en la de la técnica estricta, como, por ejemplo, el gran sistema hidráulico previsto para el valle del Medjerda.

Desgraciadamente, el problema *humano* sólo permite franquear este paso

decisivo a costa de inmensos esfuerzos. La población tunecina (natalidad, 45 por 1.000; mortalidad, 25 por 1.000) es objeto de un continuo crecimiento, sigue creciendo a más velocidad que el total de la renta nacional. La producción por habitante *disminuye*. Tomando como base 100 para la renta *per cápita* en 1925-29, se obtienen cifras de 88, en 1930-34; 90, en 1933-39; 74, en 1948-52 (es decir, lo entonces equivalente a 15.000 francos viejos).

Básicamente, Túnez se ve, pues, obligado a soportar las condiciones de su vida: tiene un 60 por 100 de suelos semiáridos. Por lo tanto, se impone que haga un inmenso esfuerzo. Cf. el libro optimista y simpático de Gabriel Ardant, *La Tunisie d'aujourd'hui et de demain*, Calmann-Lévy, 1961.

6. Salvar la escritura árabe.

«Había pensado por un momento, entre 1928 y 1931, ante el éxito de la reforma de Kemal Atatürk latinizando el alfabeto, que esta reforma podría generalizarse a toda Persia e incluso a Siria... Pero desde entonces he comprendido... que latinizar el alfabeto árabe equivaldría a destruir la estructura original de la gramática árabe, el *i'râh*, y supondría la anulación de la cultura árabe; que esta lengua semítica muy pura es una lengua de «testimonio», que se debe conservar, cueste lo que cueste, intacta, para orientar la formación verdaderamente ecuménica de la futura lengua internacional. Y que el abandono del alfabeto árabe arrastraría la decadencia de la caligrafía que es el *arte abstracto del Islam* que renace, en este momento, en Bagdad y en Alepo.»—LOUIS MASSIGNON.

7. Las ciudades musulmanas.

En las ruinas de *Samarra*, ciudad fundada en el 836, el arqueólogo descubre la planta cuadrada de un palacio de un kilómetro de lado; reconstruye un gigantesco «zigurat», que sirve de alminar, una mezquita de 44.000 metros cuadrados de superficie, mientras que la basílica de San Pedro, en Roma, tiene 15.160, y Santa Sofía, de Constantinopla, 890. Anormalmente desarrolladas, las ciudades musulmanas se presentan, generalmente, aisladas, es decir, sin toda esa serie de ciudades menores que rodean en Occidente a cualquier centro urbano de importancia. De ahí su tamaño. A partir del siglo X, Bagdad tenía seguramente más de un millón de habitantes; Estambul tenía 700.000 en el siglo XVI, cuando todas las ciudades de Europa estaban muy lejos de alcanzar esta cifra exorbitante. Enormes ciudades que, cuando se daba el caso, tenían que soportar enormes desastres. Como, por ejemplo, el aniquilamiento de Bagdad por los mongoles, en 1258, o en la India musulmana, los caprichos de los príncipes que, repetidas veces, condenaron a muerte a ciudades enteras. En Persia, Ispahan, durante mucho tiempo capital de los safévidas, fue invadida, en el siglo XVIII, por los afganes. Entonces fue abandonada a beneficio de Teherán; se cuenta que su población bajó de un millón de habitantes a 60.000. En 1829, un diplomático francés sólo encontró en ella a «algunos campesinos... establecidos en

las viviendas abandonadas..., que han encerrado sus tierras de labor con las murallas, en otro tiempo, cubiertas de esmaltes y de adornos. El resto ha sido abandonado a los chacales y a un buen número de perdices rojas que se ven por todas partes».

Los crecimientos de ciudades son, con frecuencia, tan bruscos como su decadencia. El Argel turco, a partir de 1516, el Argel de los corsarios, creció «a la americana»: 100.000 habitantes se apiñan sobre el emplazamiento de la actual Casbah y el ex barrio de la Marina; las casas, apretadas las unas contra las otras como los granos de una granada, llenan las viejas fortificaciones, las desbordan con las villas y los jardines de las colinas de Sahel. En las puertas de Bab Azun se instalan las caravanas de camellos que vienen del Sur. En el puerto, protegido del viento del Noroeste por el viejo islote del Peñón, están las embarcaciones de carrera (galeras, galeotes, bergantines, barcos todos ellos de remo en el siglo XVI, y de vela en el XVII), además de todos los barcos mercantes de la cristiandad. En los baños públicos, «los penales», se encierra durante la noche a los esclavos cristianos. Uno de ellos, de origen portugués, exclamaba hacia 1620: «¡No existe en el mundo una ciudad más hermosa que ésta!»

EL CONTINENTE NEGRO

CAPITULO VIII

EL CONTINENTE NEGRO Y SU PASADO

El Africa negra o, mejor dicho, las Africas negras se encuentran prácticamente encerradas entre dos Océanos y dos desiertos: el muy extenso desierto del Sahara, por el Norte; el importante desierto del Kalahari, por el Sur; el Océano Atlántico, por el Oeste, y el Océano Indico, por el Este. Se trata de cuatro barreras poderosas, sobre todo porque el Africa tabular desemboca mal sobre los espacios oceánicos vecinos: no cuenta con buenos puertos, ni con ríos fácilmente accesibles, a causa de los rápidos, de los saltos de agua y de las acumulaciones de arena que se forman en los estuarios.

Pero no por ello estas barreras son infranqueables. Muy pronto el Océano Indico se vio animado por los veleros que utilizaban el vaivén de los monzones; el Atlántico fue conquistado por los grandes descubrimientos europeos, a partir del siglo XV; el Kalahari sólo cierra a medias la salida del Sur; y con la llegada del dromedario a Africa del Norte, en los primeros siglos de nuestra era, se abrieron los tráficos saharianos: primero, el tráfico de la sal y, más tarde, el de los tejidos, que venían del Norte; el de los esclavos negros y el del polvo de oro provenientes del Sur.

En suma, el Africa negra se ha abierto mal y tardíamente al mundo exterior. Sería, sin embargo, un error imaginar que estas puertas y ventanas han permanecido cerradas a lo largo de siglos. La Naturaleza, que en Africa es un factor determinante imperativo, nunca es la única en dictar órdenes: muchas veces, la Historia tiene algo que decir.

I. LOS ESPACIOS

1. Que el determinismo geográfico no es el único factor imperante lo demuestra, desde un principio, el simple estudio de las fronteras, de las zonas marginales del continente negro, que no ocupan más que una parte de Africa.

a) *Hacia el Norte y el Noreste y el Este, el Sáhara, tabique estanco o no, se impone como un límite característico del mundo negro.*

El África negra, como dice el encargado de una Comisión del Mercado Común, es «el África al Sur del Sahara». Desde la costa mediterránea hasta el Sahel sudanés, la población de África es de raza blanca. Sin duda, hay que añadir Etiopía a esta África blanca. Etiopía posee elementos étnicos indiscutiblemente blancos, que se han fundido con una población mestiza, muy diferente, sin embargo, de la de los verdaderos melano-africanos. Más aún, por su civilización, su religión cristiana (desde el 350 después de J. C.), por la calidad de su agricultura, que conoce tanto la ganadería como el arado, el trigo, la vid, Etiopía es un mundo original y aparte que, en el pasado, ha opuesto resistencia, tanto a los ataques del Islam que había conseguido rodearla por todas partes, como, más recientemente, a las potencias europeas que han intentado aislarla del Mar Rojo y del Océano Índico.

Los prehistoriadores y los etnógrafos creen, incluso, que, en tiempos remotos, Etiopía fue un centro de difusión del arado y de los animales domésticos, cuyo gran centro inventivo sería la India. Sin su mediación, la ganadería, privilegio inesperado de tantos agricultores negros trabajando con azadón, no sería concebible.

De hecho, hay una extensa zona de África Oriental de la que Etiopía sería el corazón y que se extiende por el Norte hasta los países del Nilo (hasta la sexta catarata), por el Este hasta las diferentes Somalias desérticas y por el Sur hasta Kenia, e incluso hasta más allá de Kenia. África intermedia, que no es ni blanca ni negra sino las dos cosas a la vez, que posee, como el África blanca, una escritura (y, por lo tanto, una historia), una civilización ligada a los grandes centros de irradiación del Norte, indiscutiblemente incluida en esa inmensa aventura entre Asia, el Mediterráneo y Europa. Finalmente, se constatará que el Sahara se prolonga por el Este de Etiopía, por Eritrea y las Somalias, es decir, una larga zona árida y desolada que, ella también, señala un límite al Continente negro.

b) *Hacia el Sur, una serie de accidentes históricos paralizan y paralizarán por mucho tiempo todavía la expansión natural de África negra:* en el siglo XVII, los holandeses, deseosos de establecer una escala en la ruta de las Indias, se instalaron en la extremidad austral del continente, en un país prácticamente vacío; los ingleses, en 1815, se apoderaron de esta posición estratégica; entonces, los colonos holandeses, los boers (que quiere decir agricultores) emigraron hacia el Norte e instalaron en las mesetas herbáceas del *Veld* una próspera economía de ganaderos.

Por lo tanto, poco a poco, se fue constituyendo en el Sur del Continente, como en el Norte, una África blanca. Es próspera, enriquecida por las minas de oro y de diamantes, por sus industrias. Sobre todo, quiere defenderse de la marea negra (tres millones de blancos, diez millones de negros, 1,5 de sangre mezclada). La Unión Sudafricana se ha envarado en una política racial desesperada (el *Apartheid*, la segregación) que le ha llevado a la ruptura de relaciones con la Commonwealth (1960). Se puede dudar de si este

drama es sólo un episodio o, por el contrario, una ruptura definitiva. En todo caso no puede frenar por sí solo el curso de la Historia.

c) *La última excepción, también histórica, es la de la isla de Madagascar que hay que colocar fuera del Continente negro.* Como se sabe, su población está formada por dos elementos: los negros bantús, venidos del Continente próximo, y las tribus malayas venidas del Este, en sucesivas oleadas. Aunque estos elementos se han mezclado, existe un predominio de población bantú en la parte occidental de la isla, y de malayos en la oriental. De las investigaciones realizadas, todavía muy incompletas, parece deducirse que la mayoría de la población es mestiza. En esta fusión étnica, los indonesios y los africanos se encuentran en la proporción de una a dos, predominando el elemento africano.

Sin embargo, a la diversidad étnica se opone una fuerte unidad cultural, en la que lleva la mayor parte el elemento indonesio. La lengua malgache es indonesica, las técnicas agrícolas y artesanas son, indudablemente, indonesias: "roturación mediante el fuego, azada de mango largo, arrozales inundados, cultivo del taro, del ñame, del plátano, animales domésticos, tales como el perro, el cerdo negro, las aves de corral..., pesca del cachalote, de la tortuga, piragua de batangas, caza con lanzas, con cerbatanas, con frondas; trenzas de canastas y de esteras que constituyen lo más importante del mobiliario..." Estos navegantes vinieron, probablemente, por el Norte y no en línea recta. La prueba (prueba frágil, pero prueba, a pesar de todo), es que las islas Mascareñas, la Reunión, Mauricio, Rodrigo, permanecieron desiertas hasta el siglo XVII, cuando debían de haber sido las etapas naturales, por no decir obligatorias, de todo viajero que fuera en línea recta, por mar, de Insulindia a Madagascar.

Por lo tanto, son la historia y la civilización del *Océano Índico* las que han anexionado a la gran isla y las que la han arrancado del Continente africano. Pero la proximidad de éste contribuye en la actualidad a unir su destino con el de la joven República malgache.

2. Para la comprensión del mundo negro, la geografía tiene la primacía sobre la historia. Los marcos geográficos son los más significativos aunque no sean los únicos que cuentan.

a) *Arboles y hierbas.*

El clima explica la sucesión de las extensas zonas de árboles y de hierbas que implican géneros de vida necesariamente diferentes:

Hacia el Oeste, el agua de las lluvias ecuatoriales permanece donde ha caído y forma la inmensa masa de la selva virgen, análoga a la selva amazónica o indonesia, que se extienden por las mismas latitudes.

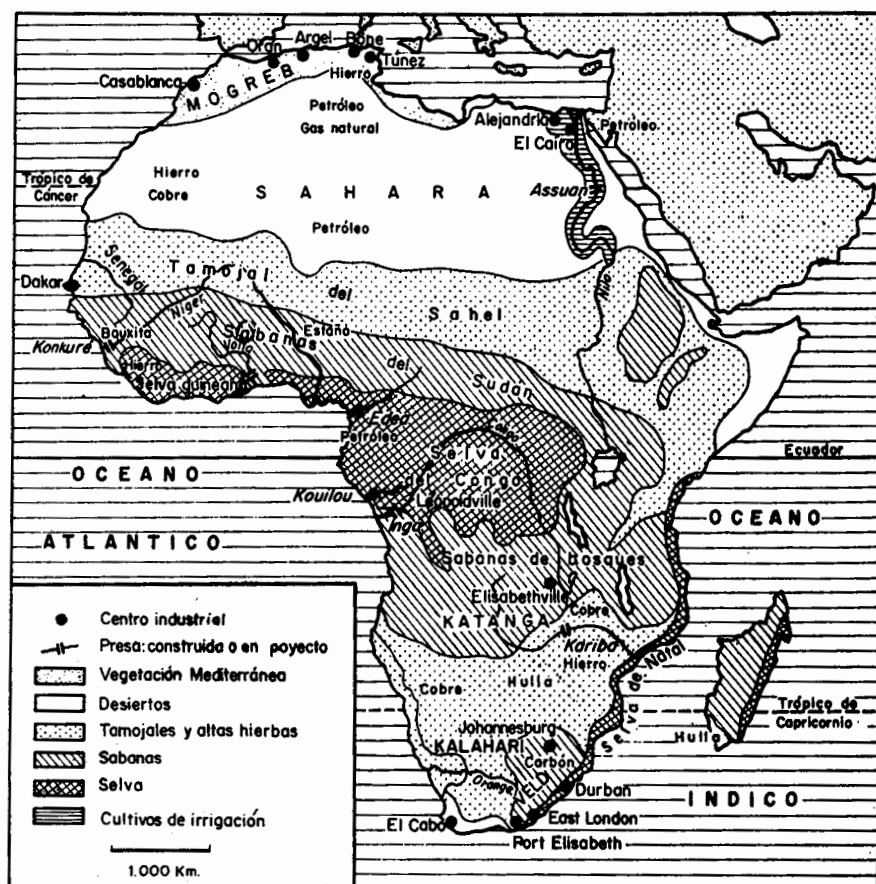
Es "la selva-esponja, saturada de agua, con los macizos espesos de árboles gigantes, con el monte bajo embrollado, oscuro y silencioso, resistente a cualquier intento de roturación, hostil al establecimiento humano e, incluso, a la circulación, salvo la que se hace por los ríos; región de vida precaria, aislada, basada en la pesca y en la caza". Es, por excelencia, la zona refugio en la que subsisten los pigmeos, supervivientes de aquellos negrillos que, probablemente, han constituido la primera población de África.

Esta selva es más amplia por el Norte que por el Sur del Ecuador y bordea al Golfo de Guinea en su fachada septentrional, de Liberia al Camerún.

Está interrumpida por las sabanas arbóreas y las plantaciones de palmeras del Dahomey meridional. Hacia el Este, la selva ecuatorial termina con la misma cuenca del Congo, en el límite de los altos relieves del Africa oriental.

Alrededor de la inmensa selva se extienden de manera concéntrica los bosques tropicales, cada vez más secos: las sabanas arbóreas (altas hierbas.

GEOGRAFIA DE AFRICA



bosquecillos de árboles), los bosques en terrazas a lo largo de los cursos de agua, las sabanas desnudas. Y, por último, las estepas.

Humanamente, se distinguen dos zonas: una y otra con períodos alter-

nados de lluvia y de sequedad, la primera zona de ganadería, la segunda sin ganadería (a causa de la mosca tsé-tsé).

En las zonas de ganadería, que son las más dinámicas del África negra, ésta se ha añadido en cierta manera a una cultura de azadón omnipresente. Y es que, en efecto, los animales no son utilizados como animales de tiro. Se cultivan, según los casos, el mijo, el sorgo, el ñame, el maíz, el arroz; y, destinados fundamentalmente a la exportación, se cultivan el algodón, el cacahuete, el cacao, sin olvidar la palmera aceitera, una de las riquezas fundamentales de Nigeria.

En todo caso, es evidente que la gran división se establece entre estos dos tipos de vida rural, con o sin animales domésticos. *Y que, hacia el Norte y el Este, la zona exterior, que practica la cría de ganado, es forzosamente la que, al ser más rica, más equilibrada, más abierta al exterior, desde hace mucho tiempo, ha sido el gran escenario de la historia.*

b) *Las grandes zonas étnicas.*

Los melano-africanos, de los que no se debe creer, ni por un solo instante, que constituyen una sola y única raza, se dividen, *grosso modo*, en cuatro grupos étnicos: los pigmeos, que son una reliquia muy atrasada y casi salvaje (su lenguaje apenas es articulado); en los límites del desierto del Kalahari, los pequeños grupos arcaicos de los Khoi-Khoi (Hotentotes) y de los San (Bosquimanos); los pueblos sudaneses de Dakar a Etiopía; los bantús, de Etiopía al África Austral.

Los dos grandes grupos son los sudaneses y los bantús, uno y otro unidades, ante todo, lingüísticas y culturales. Los bantús, sin duda originarios del África de los Grandes Lagos, han conservado una mayor cohesión que los sudaneses. Pero unos y otros admiten múltiples y profundas diferencias, debidas ya sea a los avatares de la historia, ya sea a las diferencias regionales. En lo que se refiere a los sudaneses, hay que tener también en cuenta los mestizajes con los pueblos islámico-semitas, dadas las infiltraciones de moros, de peúhls, bereberes islamizados, pastores que, por otra parte, se van sedentarizando cada vez más.

Un mapa étnico detallado del África negra termina con cualquier memoria que no posea una sólida experiencia sobre el terreno; señala conflictos sin fin, movimientos migratorios, avances de unos, retrocesos de otros. De ahí las mezclas y las tensiones que se pueden observar a través de todo el continente negro, ya que el poblamiento se hizo, antaño y más recientemente, por oleadas sucesivas que han sido recubiertas o rechazadas unas y otras. Por el momento, nada es aún absolutamente estable. Es evidente el interés que tienen todas estas corrientes migratorias, con sus fechas, sus direcciones y su velocidad. Y un investigador hábil no debe encontrar dificultades insuperables en su estudio, ya que es raro que «los habitantes de un pueblo desconozcan el pueblo de origen de los fundadores de su comunidad».

Quizá sea entre 12° y 15° de latitud Norte, en zona de poblamiento sudanés, donde se observe el máximo de estas tensiones. El ejemplo más típico es el de las poblaciones rechazadas que son conocidas con el nombre de paleo-negríticas

(en la suposición verosímil de que se trate de las poblaciones más antiguas, excluidos los pigmeos). Poblaciones de primitivos que viven de la caza y de la recolección; o de agricultores, empeñados en fertilizar unas tierras montañosas, con frecuencia muy pobres, que logran, gracias a un cultivo de huerta intensivo, mantener densidades de 50 habitantes por kilómetro cuadrado y aún más, y que ocupan, por lo general, posiciones fuertes, fáciles de defender. Es el caso de los dogones, los más septentrionales de estos pueblos fuertemente arraigados, y de todos los "pueblos desnudos" de Africa: "Coniaguis y Basaris, de Guinea; Bobos o Lobis, de la Costa de Marfil; Nankasas, del Ghana moderno; Kabrei y Sombas, de Togo; Dahomey, Fabis y Angus, de Nigeria." Se trata siempre de *pequeños grupos étnicos*, minúsculas manchas en un mapa étnico.

A escala de los amplios conjuntos entre el bosque ecuatorial y el Sahara, conviene citar los nombres de los Tocolores, Mandingas, Bambaras, Hausas, Yorubas, y de los Ibos, estos dos últimos, pueblos que forman las dos densas masas de población de la poderosa Nigeria, el país más rico y más poblado del Africa negra.

Todos estos pueblos tienen sus propias creencias, sus modos de vida, sus estructuras sociales, unas culturas que nunca son exactamente las mismas. *Esta diversidad* concede un inmenso interés a Africa, en donde las experiencias varían de un extremo al otro, continua y ampliamente, y en donde forzosamente los destinos de conjunto son muy difíciles de esbozar. «Con frecuencia, las zonas-refugio de indígenas que en su resistencia no quieren aceptar ninguna autoridad exterior, están situadas en la vecindad de las capitales de más alto grado de desarrollo.»

En conclusión, la diversidad de los colores de la piel, que va del negro más oscuro de los sudaneses, a la piel clara, tirando a amarilla de los hotentotes y de los bosquimanos, no es más que la expresión antropológica y fisiológica, de una diversidad mucho más esencial de los hombres, de las sociedades y de las *culturas*.

3. Este continente soporta y ha soportado numerosas penurias y graves debilidades de conjunto.

Sería imposible enumerarlas todas ni demostrar cómo su intensidad varió con las diferentes épocas. Hemos señalado que lo poco abierto que estaba el mundo negro sobre el exterior suponía un obstáculo serio porque todo progreso en la civilización se ve favorecido por las relaciones e interferencias entre civilizaciones. Este encerramiento relativo explica las lagunas importantes que no se colmaron (y quizá sea mucho decir) hasta la llegada de los europeos y la instalación de las grandes colonizaciones. Se constata, por ejemplo, el desconocimiento de la rueda, del arado, del animal de tiro, de la escritura (salvo en Etiopía, pero ésta no es decididamente parte integrante del Africa negra; salvo en los países muy pronto islamizados de la costa oriental y de los países sudaneses, pero entonces, la escritura era debida al Islam).

Estos ejemplos prueban que, con frecuencia, las influencias exteriores sólo se infiltraron, gota a gota, hacia la inmensidad de Africa al Sur del Sahara.

Así lo demuestra el problema tan discutido, y no por ello resuelto, de las influencias del Egipto faraónico sobre las sociedades negras. Se han encontrado per-

las de cristal, en el Gabón; una pequeña estatua de Osiris, en Malonga, en el Suroeste del ex Congo belga; otra, al Sur del Zambeze. Se trata de pruebas muy ténues, pero que, de todas maneras, abren perspectivas sobre la posibilidad de ciertas relaciones de poca intensidad, concretamente en el extenso campo del arte y de las técnicas del arte (como la fundición con cera).

Por el contrario, hay que admitir que la llegada de ciertas plantas exteriores, del arroz del Extremo Oriente, del maíz, de la caña de azúcar, de la mandioca, son, probablemente, aportaciones tardías. No conciernen al antiguo Continente negro, que, seguramente, no las conoció.

Otras inferioridades son: el escaso grosor (que, sin embargo, no lo explica todo) de las tierras cultivables lateríticas rojas (el rojo vivo señala, por el contrario, los suelos gruesos, pero escasos); la brevedad, a causa del clima, de los días válidos para los trabajos agrícolas; la insuficiencia regular de una alimentación de carne de la que la mayor parte de la población parece haber sido privada.

La mayoría de las tribus africanas sólo consume carne con motivo de las grandes fiestas. Las cabras y las ovejas que los agricultores kikayus de Kenia crían en algunos baldíos alrededor de sus campos de labor se reservan para los sacrificios y las ceremonias públicas. Sus vecinos nómadas, los pastores Masai viven del producto de sus rebaños, pero los animales les son demasiado necesarios como para poder matarlos. La carne, la carne que da fuerza y virilidad, es por doquier escasa, ambicionada y codiciada por todos como expresa crudamente esta canción de caza de los pigmeos:

*En el bosque por el que no pasa nadie, salvo tú,
cazador, alegra tu corazón, deslízate, corre, salta,
porque la carne está delante de tus ojos, la enorme y alegre carne,
la carne que se mueve como una colina,
la carne que alegra tu corazón,
la carne que vas a asar en tu hogar,
la carne en la que se hincan los dientes,
la hermosa carne roja, la sangre que se bebe caliente.*

Pero, a pesar de todo, no se deben cargar demasiado las tintas. En primer lugar, porque en el pasado de Africa se pueden constatar antiguas progresiones, a una velocidad que nada tiene que envidiar a los progresos de la vieja Europa. Evidentes consecuciones son también observables en el dominio del arte, y no solamente en lo que se refiere a los admirables bronces y marfiles de Benin (siglos XI-XV) o a los no menos admirables tejidos de diferentes fibras vegetales. Finalmente, y sobre todo, porque Africa conoce desde hace mucho la metalurgia. La del hierro, desde el año 3.000 a. de J. C. Sería absurdo y, sobre todo, inexacto, pretender que los negros sólo conocieron el hierro con la llegada de los portugueses al Cabo Bojador. Dispusieron de armas de hierro con mucha anterioridad. Los procedimientos metalúrgicos de los habitantes de Rodesia se perfeccionaron, seguramente, desde la Edad Media. El trabajo del estaño es conocido en la Alta Nigeria, probablemente, desde hace 2.000 años. Y, como detalle significativo, se debe insistir en que se ha observado con frecuencia en las sociedades negras la existencia de poderosas y temidas castas de herreros, relacionadas, con certeza, con tradiciones muy antiguas.

II. RECORRIDO A TRAVÉS DEL PASADO DEL CONTINENTE NEGRO

Se conoce mal el largo pasado de Africa negra al igual que el de todos los pueblos que han ignorado la escritura, y cuya historia sólo nos ha llegado a través de una tradición oral, de las investigaciones arqueológicas o de los relatos de testigos exteriores y circunstanciales.

De este pasado confuso sobresalen, sin embargo, tres series de hechos:

a) El auge de ciudades, de reinos y de imperios, todos ellos de civilizaciones y sangres mezcladas.

b) La trata de negros, que viene desde muy antiguo, pero que cobró proporciones diabólicas en el siglo XVI con la puesta en valor del continente americano, tarea demasiado pesada para que Europa pudiera, por sí sola, llevarla a cabo.

c) Finalmente, la instalación brutal de las potencias europeas, las cuales, en la Conferencia de Berlín (cuya acta final fue en 1855), terminaron de repartirse sobre un mapa lo que todavía quedaba sin dueño teórico, en el extenso continente, mitad desconocido, y desde entonces totalmente colonizado.

1. En Africa negra, la historia sólo favoreció la eclosión de formas políticas y culturales superiores, allí donde existían, por una parte, los recursos asociados de la agricultura y de la ganadería; y allí donde estaba asegurado, por otra parte, el contacto con el exterior, ya sea a lo largo de las franjas saharianas, ya sea a lo largo del océano Índico. Es allí donde se encuentran los antiguos imperios y las antiguas y prósperas ciudades.

De esta manera va diferenciándose una Africa particular, cuyo pasado es relativamente conocido, con sus sociedades y sus culturas organizadas en Estados, de otra Africa, «intersticial», que se nos escapa, históricamente hablando. Refiriéndose a los indígenas de las costas atlánticas del Sahara, un descubridor portugués del siglo XVI, decía con desprecio: «¡Ni siquiera tienen reyes!» Por lo tanto, hay una Africa con reyes, de la que la Historia tiene un conocimiento relativo, y una Africa sin reyes, perdida en la noche de los tiempos.

Africa negra se ha desarrollado, pues, sobre dos de sus más largos márgenes, aquellas en los que le ha sido posible entrar en contacto con el Islam. Este contacto no siempre ha sido pacífico y agradable. Muchas veces se ha tratado de colonización, pero por el hecho mismo de esta colonización, el Africa negra ha podido respirar sobre el exterior.

a) *Las ciudades musulmanas del Africa Oriental y el Monomotapa.*

Los primeros resplandores iluminan la costa oriental de Africa. Esta, desde varios siglos antes de la era cristiana, había entrado en contacto con Arabia y con la India peninsular. Sin embargo, sólo con la primera expansión musulmana del siglo VII se establecieron relaciones continuas entre Arabia y Persia, por una parte, y Africa Oriental, por la otra. A partir del

año 648, surgen una serie de establecimientos comerciales: Mogadiscio, Sofala, Melinda, Mombasa, Brava, Zanzíbar, este último fundado en 739 por los árabes del Sur de la Península, mientras que Kilwa sólo será fundada en el siglo x por habitantes de Chirasi, en Persia, los «Chirasi».

Estas ciudades conocieron una actividad bastante grande en razón del comercio de esclavos, del marfil y del oro, ya que éste abunda en una extensa región, detrás de Sofala, y del cual testimonian los geógrafos árabes, como Masudi (916) y Ibn al Wardi (975). La localización de los campos auríferos y de las minas parece ser la meseta del Matabelé, entre el Zambeze y el Limpopo, y, probablemente, aunque se haya sostenido lo contrario, la región actual del Transvaal. Se trata de oro en polvo o en lingotes. Todo este comercio está en relación, por los monzones, con la India, de donde vienen el hierro y el algodón.

Sustancialmente africanas, estas ciudades sólo tienen una pequeña minoría de colonos árabes o persas; por lo demás, tienen una mayor relación con la India peninsular que con Arabia. Su primacía alcanza su apogeo en el siglo xv, pero aún en esta época su economía sigue siendo premonetaria (economía de trueque), por lo menos en los tráficos con el interior del país africano. Lo que no quiere decir que éste no saque provecho de ello. En lo más profundo del continente africano se instalaron ciertas construcciones políticas, entre ellas el Reino de Monomotapa, en Rodesia del Sur (Monene Motapa: señor de las minas), sin duda más célebre que realmente conocido, y que parece ser que fue destruido en el siglo xviii por el Mambo (soberano) de los Rowzi.

En la actualidad se cree que el establecimiento de los portugueses en el océano Indico, después del viaje de Vasco de Gama (1498) no ha supuesto un golpe de muerte para las ciudades comerciales de la costa sudafricana. Esta civilización mixta, medio árabe, medio africana, siguió floreciendo tierra adentro, en el interior del continente que las ciudades costeras no intentaron sojuzgar. Las ruinas de la costa de Kenia y de Tanganika, que eran consideradas, hace tiempo, como ruinas de la Edad Media, parece que de hecho son de los siglos xvii, xviii e incluso xix. Recordemos de paso un detalle que caracteriza al conjunto de estas ciudades: el uso generalizado de la porcelana china, azul y blanca.

b) *Los Estados del recodo del Níger* nos llevan a otra frontera cultural con el Islam, agitada y fructífera.

Hemos dicho que el contacto con las costas y con el tráfico del Sahara fue aumentado a principios de la era cristiana, con la llegada del dromedario al África del Norte y sobre las pistas desérticas del Sahara. El aumento del comercio (de oro y de esclavos), la multiplicación de las caravanas dieron lugar a que el África blanca (de los camito-semitas) fuera ganando terreno sobre el país de los negros (el *Bled es Sudan* de los árabes).

Parece ser que el *primer imperio, Ghana*, fue creado hacia el año 800 (es, por tanto, contemporáneo de Carlomagno), y su capital, Ghana, proverbialmente considerada como rica, estaba situada en Kumbi Saleh, a 340 kilómetros al norte de Bamako, en la frontera del Sahara. Es posible que haya sido fundado por hombres de piel blanca, venidos del norte. En todo caso, Ghana pronto pasó a ser propiedad

de los pueblos negros que pertenecen a los soninka, rama de los pueblos mandes (estos últimos formando parte de los mandingos). Atacada por los musulmanes en 1077, la capital fue tomada y destruida.

Pero como se mantuvo el tráfico del oro (de los campos auríferos del Senegal, del Benué y del Alto Níger), pronto apareció otro imperio, ligeramente desplazado hacia el este, en beneficio de los mandingos y de la religión islámica: es el *imperio del Malí* (que se extiende hasta la desembocadura del Níger). Durante el reinado de Kankan Musa (1307-1332), que hizo la peregrinación a la Meca, llegan a las orillas del Níger numerosos mercaderes y letrados. Tombuctú se convierte entonces en una flamante capital, a la que acude regularmente el pueblo nómada de los tuaregs. Estos, al apoderarse más tarde de la ciudad, contribuirán a la decadencia del Imperio.

Un nuevo avance hacia el Este dará entonces origen a la prosperidad del Imperio Songhai (capitales Gao y Tombuctú). Se vio favorecido por sus relaciones con la Cirenaica y las hazañas de Sonni Ali (1464-1492), la personalidad más importante, sin ninguna duda, de todos estos fundadores de imperio. Sonni Ali no fue un musulmán muy ortodoxo, pero la derrota de su sucesor por el usurpador Mohammed Askia supone la victoria decisiva del Islam en este nuevo Imperio.

En todo caso, han pasado los años de gloria de los imperios nigerianos: la ruta marítima descubierta por los portugueses saca el oro de los países negros hacia el Atlántico y, sin terminar enteramente con los tráfico saharianos, los debilita considerablemente. Es en el ámbito de esta evidente regresión donde se sitúa la conquista de Tombuctú y la ruina del imperio Songhai, en 1591, por una expedición marroquí conducida por renegados de origen español. El sultán de Marruecos, Muley Ahmed, debió el éxito de esta expedición el sobrenombre de Al Mansur (el Victorioso) y de Al Dehbi (el Dorado). No obstante, la expedición constituyó una decepción tremenda para sus autores que la habían emprendido con la idea de ir hacia la conquista fabulosa de los países del oro. El sultán sólo mantendrá una soberanía formal y lejana sobre estos países pobres en los que se suceden, entre 1612 y 1750, nada menos que 120 pachás, simples juguetes en manos de las guarniciones moras que les elegían y, cuando les convenía, se libraban de ellos.

En el siglo XVIII, en los países nigerianos, se reparten el poder de hecho, los nómadas y los bambara de Segou y del Kaarta. Ha pasado la época de los grandes imperios: era el rico comercio transahariano el que había provocado y mantenido su brillante y precoz existencia. Su muerte fue consecuencia de la desaparición de este comercio.

c) *El caso de Benin.*

La existencia de estos grandes Estados no debe llamar a engaño: fueron una excepción. El Estado corriente del África negra rara vez ha conocido semejante amplitud. Así, por ejemplo, el de Benin, floreciente desde el siglo XI y que alcanzó, en el XV, una cierta perfección artística, tuvo una pobre extensión. Se trata, fundamentalmente, de una apertura, por lo demás mal organizada, en la densa masa de la selva ecuatorial, que los vientos lluviosos acumulan entre el Golfo de Guinea y las mesetas interiores. Se sitúa en país yoruba, del delta del Níger a la ciudad actual de Lagos, en una región muy pronto urbanizada.

Su reputación es mayor que su extensión. Tuvo la ventaja, y al mismo

tiempo la desventaja, de ponerse muy pronto en contacto con las rutas del Norte, con los ricos clientes de El Cairo y sus artistas y, más tarde, con los portugueses; tuvo la ventaja, también en razón de estas relaciones, de ser un centro artístico importante de escultores de marfil y de fundidores de bronce. Y no es la aburrida historia de los príncipes de Benin la que puede explicar este asombroso y extraordinario logro artístico. Según la explicación del africanista Paul Mercier, hay que tener en cuenta la gran densidad humana de los países yoruba en general, y del Benin en particular, su estructura urbana y, finalmente, el clima, que hace posible en esta región, cerca del Golfo de Guinea, la existencia de dos períodos de lluvia (el doble paso del sol por su cénit) y, por lo tanto, de dos cosechas anuales en vez de una.

2. La trata de negros: no cabe duda de que el hecho más importante que aparece en el siglo XV, y se desarrolla en el XVI, es la trata de negros que, a pesar de las prohibiciones oficiales, se perpetuó en el Atlántico Norte hasta 1865 aproximadamente, y en el Atlántico Sur hasta más tarde todavía, y que persistirá hasta el siglo XX en las rutas que conducen hacia el Este, al Mar Rojo.

La trata de negros no ha sido una diabólica invención de Europa. Fue el Islam, al haber entrado muy pronto en contacto con el Africa negra a través de los países, entre el Níger y Darfur, y a través de sus mercados con Africa oriental, el primero en practicarla al *por mayor*, por lo demás por las mismas razones que moverán más tarde a Europa: falta de hombres para múltiples y muy pesados trabajos. Pero el comercio de hombres ha sido un hecho general de todas las humanidades primitivas. Tampoco fue el Islam, civilización esclavista por excelencia, el que inventó la esclavitud ni el comercio de esclavos.

Quedan numerosísimos documentos de la trata de negros (en los Archivos comerciales de Europa, en los Archivos del Nuevo Mundo) de los que se pueden extraer estadísticas y series de precios. Esta historia de cifras, en sí misma desagradable, no constituye ciertamente toda la historia de la trata de negros; pero, en todo caso, es una dimensión necesaria.

En el siglo XVI, las llegadas anuales a América son del orden de 1.000 a 2.000; en el XVIII, de 10.000 a 20.000; los mayores efectivos fueron alcanzados en el siglo XIX, en los últimos años de trata tolerada y legal, llegándose a 50.000 por año. Estas cifras no son seguras y tampoco lo son los cálculos *globales* que se pueden hacer para evaluar la cifra total de negros transportados al Nuevo Mundo. Los más verosímiles son los de P. Rinchon, que oscilan alrededor de los catorce millones, cifra superior a la estimada en 1842, por Moreau de Jonnes (12 millones) e inferior a la del demógrafo Carl Saunders, que se inclina por la de veinte millones, probablemente poco verosímil. En efecto, daría una media anual de casi 60.000 esclavos, para los tres siglos y medio, de 1500 a 1850. Es una cifra que no concuerda con las posibilidades de los transportes.

Además, en estos cálculos hace falta saber si se trata de las salidas

de Africa o de las llegadas al Nuevo Mundo, ya que la captura y el transporte de los hombres, en unas condiciones de viaje extremadamente duras, provocaban una enorme cantidad de pérdidas. Por ello, los estragos resultantes, *únicamente de la trata europea*, sobrepasan con mucho, sin duda, a las cantidades que preceden. La trata ha supuesto un enorme desgaste humano para el continente negro.

Este desgaste es tanto más catastrófico cuanto que las sangrías hechas por el Islam no cesaron, sino que, por el contrario, aumentaron desde el final del siglo XVIII. Entonces se vio llegar a El Cairo caravanas procedentes de Darfur trayendo 18 a 20.000 esclavos *de una sola vez*. En 1830, tan sólo el sultán de Zanzíbar percibía los derechos anuales sobre 37.000 esclavos: en 1872, de 10 a 20.000 esclavos dejaban anualmente Suakim camino de Arabia. La trata islámica afecta, pues, a primera vista, a masas humanas más considerables aún que las afectadas por la trata europea, frenada forzosamente por lo largo de los viajes marítimos sobre el Atlántico, las dimensiones relativamente restringidas de los barcos, y más tarde por la abolición de la trata proclamada repetidas veces en el curso del siglo XIX, lo que prueba que el tráfico se seguía llevando a cabo a pesar de las prohibiciones, pero con las dificultades que implica todo contrabando.

V. L. Cameron (1877) calcula en 500.000 el efectivo *anual* de estas pérdidas debidas al Islam, por el Norte y el Este, y concluye: «Africa perdía sangre por todos sus poros.» Sólo se puede aceptar esta enorme cantidad a título de beneficio de inventario, pero el movimiento es indudablemente de una extremada amplitud, suponiendo una espantosa pérdida de población, catastrófica para el continente negro.

El problema que se plantea entonces es saber en qué medida este balance catastrófico ha sido, o no, compensado por el pueblo negro, por su expansión demográfica.

Hacia 1500, la población de Africa era del orden de 25 a 35 millones de habitantes, comprendida Africa blanca, *según los cálculos de los historiadores*; en 1850 es, por lo menos, de 100 millones. Es decir, que a pesar de que Africa sufrió la sangría de las tratas esclavistas, se produjo, no obstante, una progresión demográfica. Fue, pues, *una humanidad en crecimiento* la que soportó el horrible comercio de esclavos. Lo que explica la prolongación de éste hasta tiempos recientes. Claro está que esto es sólo una hipótesis.

Reconozcamos sin ambages que la trata europea terminó cuando América no tuvo ya necesidad urgente de ella. El emigrante europeo, que iba también miserablemente amontonado en las bodegas de los barcos, vino a sustituir al negro en el camino hacia el Nuevo Mundo en la primera mitad del siglo XIX hacia los Estados Unidos y en la segunda mitad del siglo hacia América del Sur.

En descarga de Europa, hay que decir que siempre hubo reacciones de piedad y de indignación respecto de la esclavitud de los negros. No eran protestas puramente formales, puesto que un buen día acabaron consiguiendo la abolición de la esclavitud y provocando el movimiento de Wilberforce en Inglaterra para la liberación de los negros.

Sin afirmar por ello que una de las tratas de negros (la que iba en dirección a América) ha sido más humana que la otra (la que iba en dirección al Islam), hay

que subrayar que hoy día existen en el Nuevo Mundo verdaderas Africas vivas. Importantes núcleos étnicos se han desarrollado y perpetuado hasta nuestros días en el Norte y en el Sur de América, mientras que ninguna de estas Africas exiladas ha sobrevivido en Asia o en tierra del Islam.

3. No se trata aquí de hacer el proceso, y menos aún el elogio, de la colonización europea de Africa, sino simplemente de señalar que esta colonización tiene, como casi todos los fenómenos que resultan de los choques entre civilizaciones, un activo y un pasivo culturales.

Admitir que el choque de la colonización ha resultado muchas veces decisivo y, en último término, beneficioso para las estructuras sociales, económicas y culturales de los pueblos negros colonizados, no equivale a tomar el partido de la colonización, de sus horrores, de sus atrocidades o de sus innegables bufonadas (compras de amplios territorios a cambio de algunos rollos de tela o de un poco de alcohol). De hecho, la última gran aventura de la expansión europea tuvo lugar como consecuencia del acta final del Congreso de Berlín de 1885. Y si este tutelaje tardío ha sido de corta duración (menos de un siglo), el encuentro se hizo a un ritmo muy rápido, cuando Europa y la economía mundial se encontraban en pleno auge.

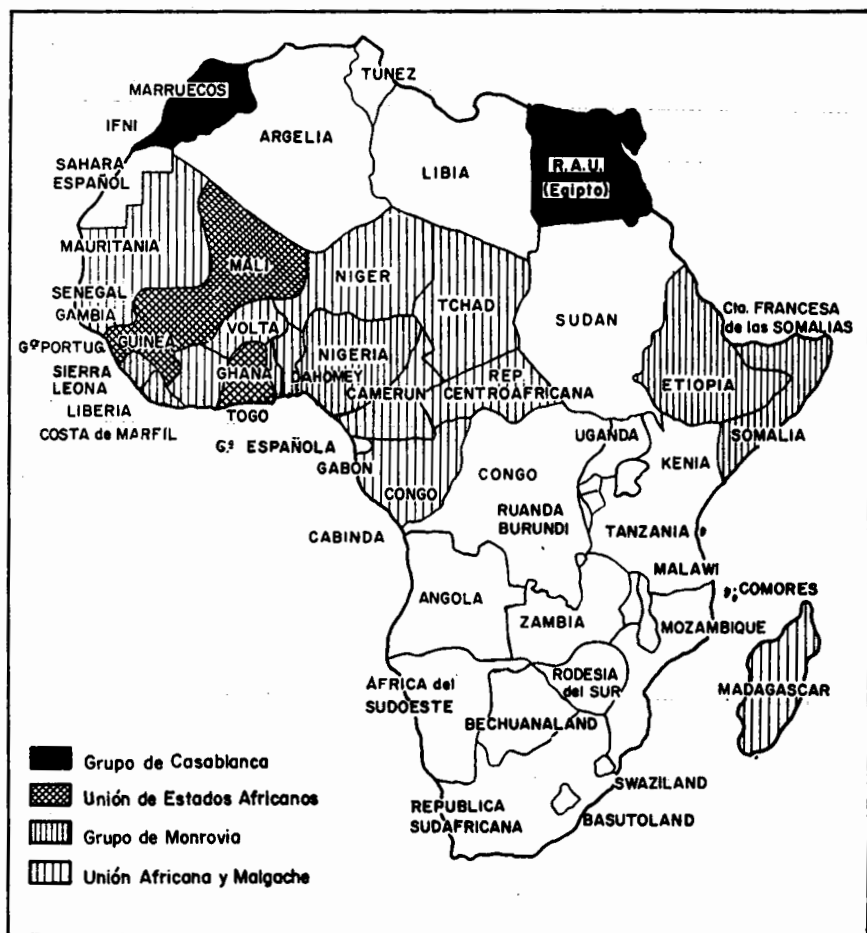
Es una sociedad industrial adulta, exigente, disponiendo de medios modernos de acción y de comunicación, la que se ha enfrentado y la que ha invertido sus capitales en el mundo negro. Y éste fue un receptor de mayor movilidad de la que le concedían los etnógrafos hasta hace poco, capaz de asimilar los objetos y las formas que Occidente le proponía, y, sobre todo, de *reinterpretarlos* y de cargarlos de un sentido nuevo, de relacionarlos siempre que era posible, con los imperativos de su *cultura tradicional*.

Incluso en Africa del Sur, en donde el mundo bantú ha sido sometido a un *aculturación*, tanto más acelerada cuanto que la industrialización y la urbanización han sido llevadas más lejos que en otras partes, el negro evolucionado, que vive a la manera occidental, sigue y quiere seguir ligado a los tabús heredados de su pasado, aunque sólo sea en lo que concierne al matrimonio, a la función de los hermanos, del hijo mayor o del hijo menor. Para no dar más que un ejemplo, el pago de la dote al padre de la novia se hace en la actualidad en dinero, pero el dinero se trueca por cabezas de ganado, de acuerdo con las antiguas costumbres.

Al hablar de un cierto haber activo de la colonización, no sólo pensamos en los bienes puramente materiales, carreteras, ferrocarriles, puertos, embalses, puestas en marcha de explotaciones del suelo y del subsuelo, que los colonizadores han instalado con fines altamente interesados. Este legado, por muy importante que parezca a veces, sería de poca utilidad y eminentemente perecedero, si los herederos no hubieran adquirido inmediatamente, en el curso de la penosa experiencia de la colonización, la posibilidad de una utilización racional en la actualidad. La enseñanza, un cierto nivel de la técnica, de la higiene, de la medicina, de la administración pública, son los mejores bienes legados por los colonizadores, la contrapartida positiva de las destrucciones realizadas por el contacto europeo en las viejas costumbres tribales, familiares y sociales, sobre las que reposan toda la

organización y toda la cultura. Nunca se podrá decir hasta qué punto han actuado en este sentido las consecuencias y la novedad del trabajo asalariado, de la economía monetaria, de la escritura, de la propiedad inmobiliaria individual. Sin duda, se trata de nuevos golpes contra el viejo régimen social. Pero estos golpes son necesarios para la evolución que está en curso.

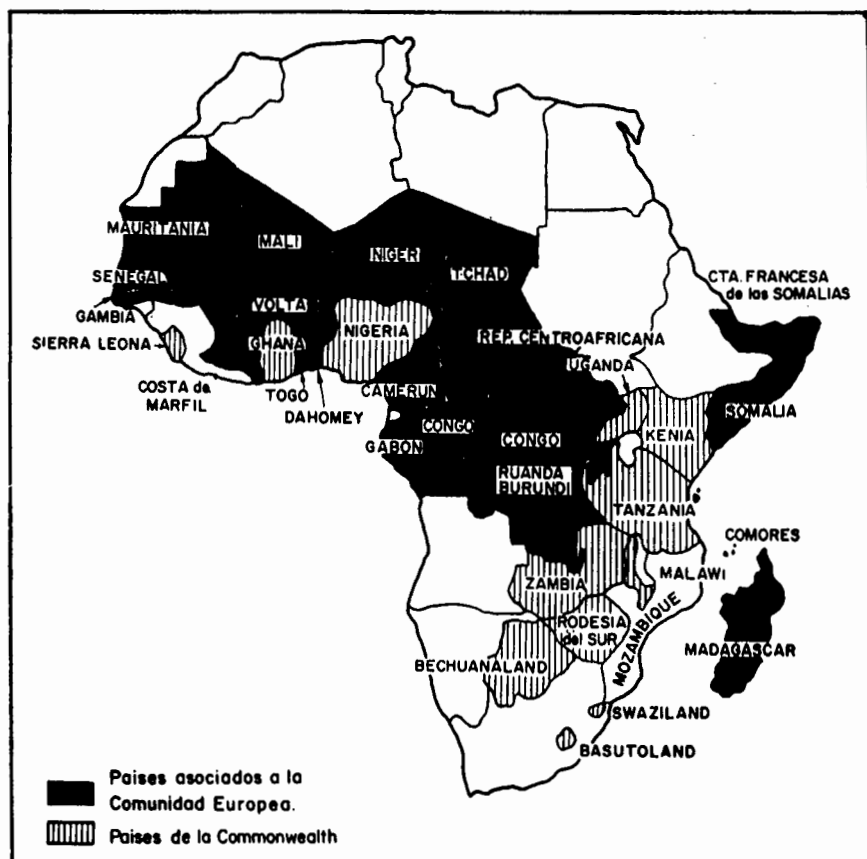
AFRICA Y SUS DIVERSIDADES INTERNAS



4. Por el contrario, la colonización ha tenido una importante consecuencia negativa al recortar a África en una serie de territorios, franceses, ingleses, alemanes, belgas o portugueses, cuyas divisiones se perpetúan hoy en una serie de Estados independientes, demasiado numerosos, una "balcanización" de África, como se ha dicho a veces.

¿Hay que considerar acaso a estas divisiones como un mal sin remedio, divisiones las unas artificiales, las otras obedeciendo a razones de orden geográfico y las menos a razones de tipo cultural? Cabe preguntarse si constituirán un obstáculo para ciertos sueños de unidad africana o, por lo menos, para la realización de un Mercado Común africano. Pero no es seguro que Africa esté madura para la unidad política o incluso cultural. No son sola-

AFRICA Y EL OCCIDENTE



mente las viejas fronteras administrativas coloniales las que determinan la fragmentación. Son también las diversidades internas étnicas, religiosas e incluso lingüísticas. El principal reproche que se puede hacer a las divisiones nacionales de hoy día es, sin duda, el no haber sido trazadas obedeciendo a estas diversidades culturales. Pero esto no era posible hace más de un siglo.

Otro reproche más grave aún: al suministrar a los pueblos negros el instrumento útil de una lengua común internacional y moderna la colonización le ha gastado una broma pesada a Africa al suministrarle, por lo menos, dos: el francés y el inglés. Es de temer que todo el contenido que una lengua trae consigo y vuelca en la enseñanza, las costumbres de pensamiento, tienda a separar a Africa, en su esfuerzo de reunificación, en dos masas, una francesa y otra inglesa. No parece posible que una de las dos consiga hundir a la otra, que la ventaja del número, por ejemplo, que posee el Africa inglesa sea suficiente para reducir a un Africa francesa culturalmente más fuerte, dotada desde hace mucho más tiempo de una enseñanza válida que le ha asegurado unos cuadros políticos y administrativos sólidos, en la actualidad su mejor garantía de éxito.

No por ello es menos lamentable, para el futuro de la *unidad africana*, que esta importante división venga a añadirse a todas las que la historia y la geografía, con excesiva generosidad, se han encargadô de dar a Africa.

CAPITULO IX

AFRICA NEGRA: SU PRESENTE Y SU FUTURO

Para un estudio de las civilizaciones, Africa negra se presenta como un caso privilegiado. Al alcanzar la independencia en estos últimos años la mayor parte de su territorio, al valorizarse su "negritud", este "humanismo naciente" que empieza a tomar conciencia de sus valores y de sus posibilidades, al buscarse apasionadamente una historia que tiene que construir y casi que inventar, Africa negra tiene la inmensa ventaja de presentarse como un mundo cultural en plena evolución. Ofrece a nuestra observación todas las formas, desde las más arcaicas hasta las formas urbanas más progresivas, y todos los estadios de la "aculturación".

I. EL DESPERTAR DE AFRICA

Todos los africanistas parecen estar de acuerdo sobre este punto: hay que confiar en la extrema maleabilidad del carácter del hombre negro, en sus inmensas posibilidades de adaptación, de asimilación y de paciencia. Estas posibilidades van a serle necesarias para recorrer, cada vez más solitariamente, el larguísimo camino que le queda desde una economía todavía rudimentaria a una economía francamente moderna, desde una vida encajada en el pasado y en unas tradiciones que aún conservan parte de su atractivo hasta las duras necesidades de la transformación actual; desde una sociedad en la que la organización tribal es aún sensible hasta los cuadros de una disciplina nacional imprescindible para la modernización y para la industrialización. Todo está por crear, hasta las mentalidades.

No olvidemos que Africa negra entra en esta experiencia de larga duración en un orden disperso, con pocas fuerzas y por caminos diferentes según las regiones y los pueblos.

1.º *En primer lugar, continúa siendo, en general, un continente demasiado poco poblado, al que le falta la superabundancia de mano de obra que agobia y anima a un tiempo a los demás países subdesarrollados. En la categoría de éstos ocupa el último lugar, que permite, sin ninguna duda, los progresos más espectaculares, pero implica los más largos caminos a recorrer.*

2.º *En el núcleo mismo de sus antiguas culturas Africa no forma una sola unidad, ya que su civilización tradicional, con sus múltiples creencias y*

actitudes, a la vez elementales y eficaces, ha acumulado aportaciones religiosas extranjeras: el islamismo sobre todo, con su prestigio social e intelectual, sus escuelas coránicas, que son, sin embargo, mediocres, pero que ha tenido que hacer enormes concesiones a las religiones primitivas (a las que penetra sin excluirlas); el cristianismo, que se ha desarrollado, generalmente, allí donde los intercambios económicos son más considerables, superponiéndose él también a toda una serie de creencias y de usos antiguos.

3.º *Queda por añadir a estas diferencias las que crea la economía, la prodigiosa oposición existente entre las regiones abiertas y las zonas cerradas, entre ciudades y países rurales.*

Los políticos e intelectuales negros se enfrentan con valentía y lucidez con esta masa un poco heterogénea, a la que se querría seguir en su acelerado tránsito hacia el futuro.

Indudablemente esta aventura es más esencial que la política y las tomas de posición de estos jóvenes países frente al mundo y frente a los problemas que plantea el propio continente africano, su posible unidad o sus encarnizadas oposiciones, que han sido reveladas por las Conferencias de Casablanca (enero de 1961), Monrovia (mayo de 1961) o Lagos (febrero de 1962).

Claro está que no se debe menospreciar la política, pero ésta no es más que un mero instrumento. Varía y puede variar con el mínimo soplo de viento, y, sobre todo, no determina por sí sola ese amplio destino que de hecho la arrastra.

1. Las culturas y las religiones primitivas representan un obstáculo: todo el pasado tradicional está frenando el empuje general, y complicando o, por lo menos, retrasando las adaptaciones necesarias.

La mayor parte de las poblaciones de África negra (sobre todo en los medios rurales, pero éstos constituyen la enorme mayoría de sus territorios) está aún encerrada en culturas y religiones primitivas, *en las que se basa todo el orden social.*

Esta religión tradicional toma formas diversas según las regiones y los grupos étnicos. Religión animista; se basa sobre todo en la creencia en los espíritus que habitan en todos los seres de la naturaleza y les sobreviven después de su muerte, que habitan también en todos los objetos (fetichismo). Otra constante que se encuentra un poco por todas partes es el culto a los antepasados. Los jefes o los héroes legendarios, venerados en un principio como antepasados, terminan por confundirse con los dioses superiores, a los que también vienen a añadirse con frecuencia el Gran Dios del Cielo, de la Tierra o de la Creación. Los espíritus de los antepasados o de los dioses africanos no sólo se aparecen a los vivos, sino que pueden volver a la tierra y posesionarse de los mortales: éste es el sentido de muchos bailes sagrados, como, por ejemplo, en el Dahomey, las danzas rituales en las que los dioses Vodun u Orishas «descienden sobre la cabeza» de ciertos ejecutantes que entran en trance en el mismo momento en que el dios les habita.

En todos estos cultos se tienen que recitar ante los altares de los dioses o de los antepasados «plegarias e invocaciones, se tienen que hacer ofrendas de alimentos o de aceite de palma, se tienen que sacrificar animales...». Se «alimenta» a los antepasados y a los dioses. Recíprocamente se espera de ellos intervenciones o protecciones diversas.

Esta organización religiosa es la garantía de la organización social, que en Africa siempre se basa en el concepto de parentesco, en la familia patriarcal, siguiendo una rígida jerarquía que concede autoridad absoluta al patriarca sobre toda la comunidad del linaje o del clan (la transmisión de esta autoridad se hace, generalmente, siguiendo la filiación patrilínea y, más raramente, matrilineal).

En las sociedades que en otro tiempo estuvieron sometidas a la influencia de los grandes imperios una jerarquía social concede a ciertos linajes una superioridad aristocrática sobre los otros, con diferenciación de «castas» según las profesiones artesanales. A cada grupo le corresponden una serie de dioses y de antepasados cuyo poder respectivo refleja estrictamente el de los mismos grupos sociales.

El lazo que une a religión y sociedad es tan fuerte que en las ciudades en las que este orden social ha sido perturbado por la vida moderna (sobre todo por la escolarización) el cristianismo o el islamismo, según los casos, tienen tendencia a reemplazar en grandes proporciones a este animismo en vías de extinción, que permanece como religión de los medios rurales.

2. Toda ciudad, toda región afectada por la escolarización, o la modernización de las organizaciones obreras o industriales, tiene, pues, que hacer frente a los arduos problemas de la «aculturación» (tránsito a otra civilización).

Daremos un ejemplo: la encuesta realizada recientemente (1958) en Porto Novo por un sociólogo, Claude Tardits. Claro está que no es válida para toda Africa, pero sirve para dar una idea del problema.

Porto Novo, actual capital del Dahomey, es una ciudad vieja, de difíciles accesos y comunicación con el mar, a la que Kotonou, de más fácil acceso, ha relegado a segundo lugar. Pero, a pesar de su decadencia, la ciudad conserva parte de su dinamismo en un país más escolarizado y más intelectual que sus vecinos. El Dahomey, decía Emmanuel Mounier, «es el barrio Latino del Africa negra».

Lo que no quiere decir que la *escolarización* asegure de una vez para siempre el porvenir de aquellos a los que en terminología del Dahomey, se llama «evolucionados», aquellos que van a la escuela y que, según la expresión de corriente uso, «han visto la luz» (en 1954, para todo el Dahomey, eran 43.419 niños, es decir el 15 por 100 de la población escolar posible, aunque esta cantidad, que es un récord para el resto de Africa, no deba llamar a engaño). Se puede hablar de grandes y de pequeños «evolucionados». En la cúspide de la pirámide social, para una población global de cerca de 1.500.000 personas (probablemente mayor) y una población urbana de 100.000 personas solamente la «élite» real sería, todo lo más, de un millar de per-

sonas llamadas a una verdadera cultura, tres veces el efectivo de una colonia blanca, que recientemente era de 300 personas. ¡Y han sido innumerables las dificultades con las que se ha tropezado para formar esta mínima e imperceptible capa de superficie!

En la misma ciudad de Porto Novo, lo que frena el desarrollo, como se puede imaginar de antemano, es la inercia de una sociedad tracional, diversa, por lo menos triple: los *Gun*, descendientes de los campesinos del Dahomey, que se trasladaron a la ciudad; los *Yoruba*, mercaderes originarios de la vecina Nigeria, y, por último, «los Brasileños» (negros vueltos del Brasil, casi siempre cristianos, y otras veces convertidos al islamismo después de extraordinarias aventuras). Cada uno de estos grupos tiene sus propias características, sus susceptibilidades y sus formas de resistencia. Todos ellos tienen sus «linajes». Ahora bien, pensemos que las casas se agrupan por linajes, que los matrimonios se hacían y se hacen aún por linajes, que por ellos se mantienen las reglas y las prácticas religiosas. Sobre el valor de aglutinante social que tiene la religión citaremos el testimonio de un misionero de Porto Novo: «Sólo diré una palabra del fetichismo, y esta palabra tendrá quizá un cierto valor al provenir de un misionero: es una bella institución que se extingue. Nótese bien—añadía—que digo institución y no una bella religión.»

La primera en revelarse contra la tiranía del linaje fue la mujer para conseguir un matrimonio de su elección (hoy en día lo consigue una vez de cada dos). Pero esta emancipación coexiste con una tradición poligámica y tremendamente conservadora. Como lo prueba este principio de confidencia femenina: «Cuando mi marido se casó con otras mujeres, me confió el dinero, puesto que yo era su primera mujer, así como el privilegio de repartírselo a mis coesposas. Fui yo quien escogí las otras dos mujeres con las que mi marido se casó algunos años después de nuestro matrimonio. Mis coesposas me saludan de rodillas y hacen todo lo que yo les pido.» Otra mujer declara: «Saludo de rodillas a mi suegro, a mi suegra, a los tíos, a las tías, a los hermanos y a las hermanas mayores de mi marido. No me arrodillo delante de sus hermanas y de sus hermanos menores, pero les debo respeto. Sirvo en lo que puedo a toda mi familia política. Soy yo quien hago las compras, quien me ocupo de la casa, la que voy a por agua para todos, la que voy al mercado, la que machaco la pimienta. Cuando preparo una comida, ofrezco cada cierto tiempo un poco de ella a un tío, a una tía, a un hermano de mi marido, a mi suegra y a mi suegro.»

Bastan estos testimonios para imaginar a un «evolucionado» en medio de un determinado linaje, permaneciendo en gran parte campesino aunque habite la ciudad. Se encontrará dividido entre sus nuevas costumbres culturales, a veces adquiridas en el extranjero, y esos ritos que no han perdido, necesariamente, todo sentido para él, entre el afecto familiar y la imposibilidad de la obediencia.

El trastorno, indudablemente, proviene del medio urbano: del trabajo, de las escuelas, incluso del espectáculo de las calles, mientras que lejos del casco urbano todo permanece obstinadamente en su sitio. Por ejemplo, el caso de una costurera, una «evolucionada» que ha aprendido su oficio con las monjas de Kotonou y que más tarde se ha casado con un funcionario. Lleva una vida feliz y colmada, con su taller, sus clientas. «Después de un año de matrimonio, mi marido, que es empleado administrativo, fue enviado al Norte, en donde yo ya no tuve trabajo porque las mujeres se visten con

hojas o van desnudas.» Por último, el marido trasladado de nuevo. «Vivo desde hace un año en Porto Novo... Mi marido me ha comprado otra máquina de coser.»

En la misma línea de esta encuesta, pensemos en las mujeres elegantes de las ciudades, en cualquier maniquí de Dakar, envuelta en un soberbio traje de paño blanco. Imagen del futuro, como los atrevimientos modernos de la ciudad, menos poéticos probablemente que las antiguas casas coloniales del islote de Gorea, que está enfrente, pero más de moda y más al día.

Entre la ciudad y el campo hay, pues, una relación dialéctica, relación tan vieja como el mundo: es la relación de las civilizaciones superiores con las culturas inferiores. Pero las ciudades no son todavía más que una pequeña fracción del mundo negro. Y la rapidez de su evolución estará, en último término, en función de su empuje o de su debilidad.

3. Los gobiernos independientes, de rápida instauración, han demostrado ser, con el tiempo, de una solidez inesperada.

Como el fenómeno es general, exige, por encima de los casos particulares, por muy interesantes que éstos sean, una explicación general. De hecho, frente a estos gobiernos, se da el caso de una paciencia sin límites de los gobernados. Paciencia que va mucho más lejos que la sumisión de los súbditos de Luis XIV para con el Rey Sol. En África negra gobernar equivale forzosamente a reinar. ¡Quién lo hubiera pensado: la práctica del poder no desgasta, sino que, por el contrario, rejuvenece y fortalece! El Presidente de Liberia, Tubman, que es Presidente desde 1944, lo sigue siendo en 1962, lo que dice ya mucho a su favor. Todo el mundo cree que el poder es aquí de una naturaleza particular, que le pone a salvo de las inestabilidades europeas, casi cabe decir de una naturaleza real.

En todo caso, sobre el zócalo de la estatua del Osagyefo (es decir, del "victorioso en todo") de Ghana, el Presidente N'Krumah, se lee esta frase sentenciosa: "Debes buscar en primer lugar el reino político a través del cual te será concedido todo lo demás." Lo que en menos palabras quiere decir: "Primero la política."

Por lo tanto, hacerse con el poder supone conservarlo. Al no dividirse ni controlarse el poder, la oposición no tiene ninguna razón de ser. Si aparece, su derrota es segura. Ghana, Sierra Leona, Guinea, son una cruda prueba de ello. Jóvenes intelectuales rebelados contra los gobiernos dictatoriales de estos países recorren ya Europa y las Universidades americanas, a no ser que se trate de embajadores en situación precaria que hayan considerado conveniente el exilarse. Situación que no conviene en absoluto a nuestros gustos de occidentales. Lo que explica esta frase del primer Ministro del Senegal, que responde a nuestra sensibilidad: «la ghanocracia no nos interesa». Prueba de que incluso en el terreno político África no es un continente uniforme.

En todo caso, reconozcamos que a la mayoría de los gobernantes les hace falta mucha prudencia y sabiduría para no dejarse arrastrar por lo que se impone casi por sí mismo. Si nosotros, europeos, no queremos ser demasiado injustos con estos gobiernos que nos desorientan un poco, tenemos que

fijarnos en lo escasa que es la clase dirigente. Alrededor de los gobernantes del Africa negra se mueven los mismos pocos hombres, mucho menos numerosos, que los que rodeaban antaño a un Renato de Anjou o a un Felipe «el Bueno». De hecho, Liberia es administrada por un 2 por 100 de afro-americanos, de los que no se puede asegurar que todos estén empleados a fondo. La masa de la población sigue inerte, al margen de lo que nosotros llamaríamos el «país legal», y ello no significa que estos pequeños grupos no estén divididos; lo están hasta límites increíbles, y las actitudes enérgicas e inesperadas de poder son excusables.

Por otra parte, si el gobernar plantea pocos problemas políticos, no se puede decir lo mismo de los problemas administrativos. Para lanzar a los hombres por la vía del modernismo hay que convencerles y enrolarlos. Al intentar esta difícil tarea ciertos gobiernos se han cogido los dedos en su propio juego, un juego demagógico.

Para conseguir una administración eficaz serían necesarios hombres, cuadros, abnegaciones que no flaqueen, una disciplina; para construir de nuevo harían falta capitales, inversiones cuidadosamente calculadas y también que predomine la razón, pero esto es lo más difícil de lograr en todos los países del mundo.

En Guinea, la primera de las antiguas posesiones francesas en haber escogido la libertad y la independencia, cuando esta elección les fue ofrecida por el general De Gaulle (1958), no es el plan trienal del gobierno socializante de Sekou Touré el que es pernicioso o falso en sí mismo, sino que el defecto estriba en que ha sido prefabricado a partir de normas económicas y de una serie de cifras sin tener en cuenta a la sociedad tradicional, que es siempre un elemento del problema que se debe tomar en consideración. Si «las diversas sociedades estatales encargadas de la importación de los productos extranjeros han fracasado, las unas después de las otras: Alimag, especializada en la alimentación general; Libraport, en la librería-papejería; Ematec, en el material técnico; Pharmaguinée, en los productos farmacéuticos, y todas las demás sociedades hermanas», no es solamente a causa de los escándalos internos (o externos), sino también porque la organización no ha sido calculada teniendo en cuenta el elemento humano guineano. Esta organización exigía no sólo hombres honrados y educados, sino también una jerarquía administrativa, cuadros, controles, etc. Toda socialización lograda implica estos cuadros particularmente competentes y numerosos. Y en Guinea hay que formarlos.

II. ECONOMIA Y SOCIEDAD: LO QUE ESTA EN JUEGO

1. El futuro de los Estados negros está aún poco claro: sobre el tablero africano y sobre el tablero mundial se juegan partidas con vivacidad y algunas ilusiones.

Entre estas partidas que se están jugando, y no forzosamente como ganadores, señalemos los imperialismos de corto alcance a expensas de los vecinos inmediatos. La manera—artificial, como ya hemos dicho—en que ha sido dividida Africa les favorece, aunque no les justifica.

Marruecos reclama toda Mauritania, Río de Oro, Ifni, una parte del Sahara argelino. La Guinea de Sekou Toure tiene la mirada puesta sobre la populosa Sierra Leona. Ghana, cuyo nombre se refiere, no sin intención, al gran Imperio desapare-

cido, tiene pretensiones históricas que le permitirían anexionarse Togo y la Costa de Marfil; Malí (de nombre igualmente significativo) quiere convertir en estados federales al Alto Volta, al Niger y anexionarse un pedazo del Sahara argelino. Entre otros juegos de mayor alcance, aunque no más sólidos, hay que tener en cuenta la reunión de los estados africanos en dos grupos, esbozados en el curso de las conferencias rivales de 1961. El grupo de Casablanca (Marruecos, Ghana, R. A. U.—Unión hoy en día desaparecida de Egipto y Siria—, Guinea, G. P. R. A., Malí) constituye evidentemente el grupo de los extremistas. El grupo de Monrovia—Túnez, Libia, Mauritania, Senegal, Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil, Alto-Volta, Nigeria, Niger, Tchad, Camerún, Centroáfrica, Gabón, Congo (capital Brazzaville), Etiopía, Somalia, Madagascar—está formado por los países moderados y prudentes.

Nada asegura que estas clasificaciones se mantengan. La reciente independencia de Argelia supondrá un elemento nuevo cuya incidencia no se puede prever. La partida sigue jugándose, incluida la de la unidad o la de la búsqueda de la unidad. En todo caso, se discutió en la tercera conferencia, la de Lagos, de principios de febrero de 1962, conferencia mal preparada por el Gobierno de Nigeria y que constituyó un fracaso: los "doce" de Brazzaville se tropezaron con la oposición del grupo de Casablanca, a quien la no invitación del G. P. R. A. suministró un excelente pretexto.

De hecho se trata de juegos siempre complicados. No hay nadie que no sea partidario del principio de una África enteramente libre, pero esta libertad puede entenderse de maneras muy diferentes. El Presidente N'Krumah quería que se terminara definitivamente con la ocupación europea o lo que queda de ella, el 31 de diciembre de 1962 a más tardar, pero al mismo tiempo desea sacar de esta política eventual de hombre fuerte una posición de *leadership* que los otros estados no están muy dispuestos a concederle. Incluso puede que haya sido esta posición de N'Krumah la que ha mantenido en el estadio de preliminares la unión esbozada entre Ghana y Guinea...

Por el momento no se puede prever qué territorio o qué grupo de territorios podría imponer a los otros una unidad global. Dominar constituye tanto un problema de sabiduría como de brutalidad, y más un problema de poder real que de fuerza política.

Por la riqueza en hombres, con lo que supone para el equilibrio de un continente subpoblado, es seguramente el África inglesa la que predomina, gracias a las fuertes densidades y a las ciudades de Ghana, de Sierra Leona, de Nigeria. El progreso está representado por las ciudades: las ciudades de Nigeria son las más grandes del África negra. Lagos tiene más de 300.000 habitantes e Ibadán más de 500.000.

El África negra ex francesa, salvo Guinea (el Malí acaba de firmar un tratado con el gobierno de París acerca del programa económico), se apoya en el poder del Mercado Común. Ahora bien, parece imposible que Ghana y Nigeria acepten esta asociación, aun en el caso de que la propia Inglaterra formara parte de la Comunidad Europea.

El África francesa dispone también, a pesar de su relativa debilidad demográfica, de valiosos cuadros culturales: la enseñanza es fomentada con ímpetu. Por último, en lo que respecta a las ciudades, los geógrafos dicen que sólo una ciudad es en potencia y por su posición geográfica ciudad imperial y mundial: Dakar. Desempeña el papel predominante en el Atlántico Sur y también en el eje aéreo transversal de África. Sin embargo, todo esto puede cambiar o, por el contrario, afirmarse al ritmo de las comunicaciones mundiales.

2. En todo caso, lo que realmente está en juego es una evolución que se plantea en términos de poder, de número y de progreso económico.

La economía del continente, que está muy atrasado, exporta productos minerales o alimenticios no transformados (a excepción de las refinerías de aceite del Senegal o de las fábricas de aluminio de Guinea) e importa productos industriales. Todo dependerá forzosamente de los compradores y proveedores. En las condiciones normales de las balanzas comerciales las posibilidades de desarrollo, de inversiones anuales, siguen siendo extremadamente pequeñas y el progreso muy lento. En cuanto se quiere ir más allá se cae en una política de créditos que, se quiera o no, da origen a dependencias inmediatas. Si la U. R. S. S. suministra los raíles del ferrocarril que va de Conakry a Kankan, que hay que mantener en buen estado o construir de nuevo, se plantea el problema de los técnicos que los han de colocar, el de los ferroviarios y sus sindicatos. Si el Senegal o el Dahomey ponen en marcha el proyecto de una gran Facultad (que sólo pueden concebir según la reglamentación francesa a la que están acostumbrados, es decir, con una gratuidad casi total de la enseñanza) tendrán necesidad de profesores y de créditos, provenientes de Francia, lo mismo que los técnicos y los profesores de segunda enseñanza que ya han solicitado. Por lo tanto, una cosa exige la otra.

Africa negra no puede, pues, dejar de solicitar la ayuda de los dos bloques de países industriales, sin olvidar al tercero, al bloque chino, que ofrece sus servicios con espíritu de cruzada, pero siempre acompañados de una invasión humana que se explica por su propia sobrecarga de hombres.

En todo caso hay que optar por una u otra de estas soluciones o por todas a la vez, porque sino se hace imposible el poner en práctica los grandes trabajos públicos, los planes económicos en perspectiva. Incluso sacrificios tan espectaculares como los que se han comprometido a hacer el Níger con ocasión de su fiesta nacional (19 de diciembre, aniversario de su independencia, conseguida en 1961): salarios reducidos para los miembros del gobierno, supresión de automóviles oficiales, supresión de horas suplementarias pagadas, aumento de impuestos, resultarían insuficientes. Hacen falta utilidades indispensables. Recientemente, Malí, después de su ruptura con el Senegal, ha sido salvado por los camiones que le ha vendido la República de Bonn y que han asegurado sus comunicaciones con Kankan, el ferrocarril de Conakry y, en último término, su relación con el océano.

Además, todo el material del mundo no significará nada, no servirá para nada sin los cuadros técnicos capaces de utilizarlo. Este problema fundamental depende de una evolución interna previa, de un esfuerzo consciente.

En Guinea, bajo el régimen socializante de Sekou Touré, un periodista suizo recoge una conversación con dos técnicos checos: "Verá usted—me dijo uno—, los franceses tenían una ventaja sobre nosotros. Tenían derecho a dar órdenes. Ayer tuve una vulgar avería de la batería del coche. No se me hizo caso en el garaje administrativo y el obrero negro se metió en seguida a tocar el carburador. Tienen la manía de meterse siempre con lo más delicado. El resultado es que ando a pie desde entonces y que esta situación corre el riesgo de prolongarse indefinidamente. Un

francés se habría enfadado y habría puesto el grito en el cielo. Nosotros no tenemos derecho a hacerlo. Y, sin embargo, sería útil y excusable bajo este cielo y esta humedad. Verdaderamente no comprendo cómo Francia e Inglaterra se han aferrado a algo tan miserable como es África. Yo he tenido con ella una relación de un año, y cuando me vaya lo haré encantado, sin haber formado a nadie, porque decididamente es imposible." Lo que supone un pequeño drama social, cuya moraleja es simplemente ésta: una educación sólo es útil cuando es aceptada con entusiasmo.

Entusiasmo del que no se carece, como lo prueba otro ejemplo: el de un joven profesor que marchó a la Costa de Marfil en 1961 y que descubrió con placer el extraordinario anhelo de aprender, la espontánea aplicación y la inteligencia de los alumnos de tercero y de cuarto curso. Ellos son conscientes de que serán el África de mañana.

III. ARTE Y LITERATURA

1. ¿Qué testimonios ofrecen el arte y la literatura sobre este mundo en movimiento y su disyunción entre el presente y el futuro?

Para cualquier observador *el arte autóctono que tanto ha complacido a Occidente—máscaras, bronce, marfiles, moderas esculpidas—decae y muere a la vista de todos*. Está ya muerto. ¿No será, como se ha aventurado tantas veces—y es verdad en parte—, que son los propios cuadros sociales y religiosos, creadores desde siempre de este arte, los que están en decadencia como consecuencia del choque violento y repetido de la civilización urbana e industrial?

En todo caso, es indiscutible que *una cierta África se aleja de nosotros, con sus cantos, sus bailes, sus concepciones artísticas, sus religiones, sus relatos cantados o salmodiados*, su concepto del tiempo perdido, del universo de los hombres, de las plantas, de los animales, de los dioses, en conjunto, de una civilización tradicional que, como sabemos por el ejemplo mismo de Occidente, será barrida cuando se acelere el deterioro en curso.

Sin embargo, Europa ha guardado de su pasado tradicional más de un vestigio reconocible con el que sigue estando encariñada, aunque a veces sin saberlo; ahora bien, ¿qué retendrá África de su civilización?

Mientras que el arte nos habla de una civilización desaparecida más antigua que la que tenemos a la vista, la literatura, *la joven literatura negra, occidentalizada en una parte importante* (aunque sólo sea en el empleo de las lenguas europeas: sólo existen algunos ensayos literarios en lenguas africanas, lenguas *orales* cuya transcripción ha sido tardía y difícil), esta literatura joven nos habla del otro extremo de la evolución negra, de lo que será más o menos cuando la mayoría de los africanos hayan «visto la luz». Estos relatos recios y vivos son, en efecto, la realidad africana vista por los «evolucionados», y ofrecen una visión extraordinaria de esta realidad en lo que tiene de más original y de más irreductible a los valores extraños.

Basta leer, por ejemplo, los *Nuevos Cuentos de Amadou Koumba* del escritor ya célebre Birago Diop. Su tema, claro está, pertenece al pasado, pero su forma, la manera lineal con la que están cernidos por un relato equilibrado según las reglas del arte literario, no pertenece ya, como escribe Jean Du-vignaud, al «paraíso perdido» de los cuentos populares. Su forma occidental,

por sí sola, es el símbolo de una literatura «arrancada a sus comunidades aunque siga hablando de ellas». Se puede comparar con los primeros escritores latinos de las Galias. En todos los lugares en donde aparece una literatura reciente de los negros (ya sea en Africa o en el Nuevo Mundo, en cualquiera de las lenguas de Occidente, desde el francés al inglés, al español, al portugués)—con Langston Hughes, Richard Wright, Aimé Césaire, Senghor (Presidente de la República del Senegal), Diop, Fanou, Glissant, Oyono, Diolé, Camara Laye—, en todos los lugares donde aparezca, no debemos hablar de tradición, sino, por el contrario, de apego apasionado, de distancia obligatoria, de etapa franqueada.

Dice con razón Jean Duvinnaud: "Han modificado las estructuras profundas de su personalidad en la misma medida en que una lengua es un ser, un modo de existencia particular. En esta transferencia han muerto para siempre jamás las mitologías inmediatas." Esto es verdad. Pero el idioma no es el único cambio de estructura sufrido por estos hombres. Es todo un engranaje, como lo cuenta *El niño negro*, de Camara Laye, esa autobiografía de un joven pueblerino, "hijo de la gran familia de herreros", que estudiará en París. Su madre asiste impotente a sus sucesivas partidas: "Sí, tenía que ser consciente de este engranaje que, desde el colegio de Kouroussa (escuela del pueblo), conducía a Conakry y terminaba en Francia. Y mientras, ella había luchado, había visto dar vueltas a este engranaje: primero, esta rueda; después, la otra, y una tercera y otras ruedas más, muchas otras ruedas que quizá nadie viera. Y nada se podía hacer para impedir que este engranaje diera vueltas. Sólo se podía mirarle, mirar cómo el destino daba vueltas. ¡Yo estaba destinado a partir!"

Una nueva civilización se abre paso, como puede, unas veces frágil, otras segura del porvenir, desde las viejas aguas de una *civilización tradicional, activa y siempre ocupada en la crianza de sus hijos*. Y esto es lo importante. Africa sale de una civilización milenaria, pero no por ello corre el riesgo de perder su civilización. Transformada, destrozada, permanecerá como una civilización original, profundamente afectada por una psicología particular, por los gustos y los recuerdos de todo lo que le viene de su terruño. Senghor dice incluso que ha sido transformada por una «fisiología» que determina una cierta «actitud emotiva» frente al mundo, que hace que «el mundo mágico sea para el negro africano más real que el mundo perceptible», en realidad, un medio de conocimiento particular. Los escritores negros, aparentemente mas occidentalizados por su cultura, son los que más insisten en el psiquismo particular de su raza.

Para demostrarlo recogemos otras líneas de *El niño negro*, que describen ciertos dones extraordinarios y casi mágicos de su madre: «Aquellos prodigios—porque verdaderamente se trataba de prodigios—pienso en ellos en la actualidad como en acontecimientos extraordinarios de un pasado muy lejano. Y, sin embargo, este pasado es muy reciente, como si dijéramos, ayer. Pero el mundo se mueve, el mundo evoluciona, y el mío más rápidamente quizá que cualquier otro, hasta el punto de que parece que dejamos de ser lo que éramos, que en realidad no somos ya los que éramos y que no éramos ya exactamente nosotros mismos en el momento en que estos proyectos se realizaban ante nuestros ojos. Es verdad que el mundo cambia, que el mundo evoluciona, hasta el punto de que mi propio *totem*—porque yo también tengo un *totem*—me es totalmente desconocido.»

No se puede describir mejor esta ruptura. Pero el autor añade: «Vacilo un poco en decir cuáles eran estos poderes (los de mi madre) y ni siquiera voy a describirlos todos: sé que se acogerá este relato con escepticismo. Yo mismo, cuando se me ocurre recordarlos, no sé ya cómo debo considerarlos: me parecen increíbles, ¡y son increíbles! Sin embargo, me basta recordar lo que he visto, lo que mis ojos han visto... Estas cosas increíbles las he visto; las vuelvo a ver como si las estuviera viendo en este instante. ¿Acaso no existen por doquier cosas que no se saben explicar? Entre nosotros hay una infinidad de cosas que no se explican y mi madre vivía en familiaridad con ellas.»

«Estas cosas que nadie explica» son quizá el secreto particular de cada civilización.

ÁFRICA NEGRA DE 1962 A 1965

Después de la independencia de Argelia (acuerdos de Evian, 19 de marzo de 1962) y de la admisión de Mauritania en la O. N. U. (27 de octubre de 1961) la tensión existente entre los grupos políticos ha disminuido. En consecuencia, se ha podido emprender una obra positiva en 1963, en la Conferencia de Addis Abeba (25 de mayo), en la que fue adoptada la carta de la O. U. A. (Organización de la Unión Africana), con reconocimiento de todas las fronteras políticas heredadas del pasado colonial y la adopción por votación de una serie de medidas contra Portugal. En la Conferencia de Dar-es-Salam de febrero de 1964, reunida como consecuencia de los motines de Tanganika, y en la Conferencia de El Cairo de julio de 1964, esta nueva organización de la O. U. A. parece capaz de integrar con éxito los antiguos grupos de Casablanca, Monrovia y de la Unión Africana y Malgache, salvo quizá en lo que se refiere al Congo ex belga. Este, cuya descolonización se llevó a cabo quizá demasiado de prisa, en 1960, ha llevado desde entonces una vida azarosa y dramática (intervención de la O. N. U., asesinato de Lumumba, disidencia de Katanga, entrada en escena de Tsombé, revueltas tribales...). Las empresas y los gobiernos capitalistas mueven los hilos de la vida política del Congo. Por el contrario, en Zanzíbar, en enero de 1964, se ha producido una revolución de tipo chino, prueba de que el problema de África es de alcance mundial.

En abril de 1964 Tanganika y Zanzíbar se han unido para formar un solo Estado que desde entonces (noviembre de 1964) se llama Tanzania y en el que las influencias soviética y china se disputan la primacía. Otro nuevo Estado independiente es el territorio de Nyasaland, convertido en Estado de Malawi.

Los movimientos que se apuntan actualmente (febrero de 1965) en la Conferencia de Nouakchott: ensayo de reagrupación de la antigua África francesa, lucha contra la infiltración china, apertura o cierre de África al capitalismo internacional, no parecen susceptibles de culminar en nada verdaderamente decisivo. No hacen sino subrayar el malestar latente.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Sobre el pasado y el presente de Africa falta un libro de conjunto. Las obras importantes que existen sólo se refieren a temas concretos: Georges Balandier, *Afrique ambiguë*, París, Plon, 1957; Henri Labouret, *Paysans d'Afrique Occidentale*, París, Gallimard, 1951. También se puede leer el corto ensayo de Denise Paulme, *Les civilisations africaines*, París, Presses Universitaires, «Que sais-je?», 1959, y su bosquejo histórico «L'Afrique Noire jusqu'au xiv siècles», *Cahiers d'Histoire mondiale*, 1956 y 1957. Para mantenerse al día: los *Cahiers d'études africaines*, revista bimestral, Mouton edit. París. Sobre el conjunto de los problemas actuales se puede consultar un número muy bueno de *Diogenes* (núms. 37, 1962), dedicado a ellos, cuyo primer artículo es uno de L. Senghor, sobre «la psicología del negro africano». Y también el muy interesante artículo de Gilles Sautter «Terroirs d'Afrique Occidentale», *Etudes rurales*, enero-marzo, 1962.

1. Sobre la "negritud".

Testimonio de uno poeta antillano, Aimé Césaire, en Albert Gerard, «Humanisme et négritude», *Diogenes*, número 37, páginas 126-127.

Los negros son:

los que no han inventado ni la pólvora ni la brújula;

los que nunca han sabido domar el vapor ni la electricidad;

los que no han explorado ni los mares ni el cielo;

pero aquellos sin los cuales la tierra no sería la tierra;

protuberancia tanto más beneficiosa que la tierra desierta para la misma
[tierra:

granero donde se conserva y madura lo que la tierra tiene más de tierra;

mi negritud no es una piedra, su sordera arremete como el clamor del día;

mi negritud no es una mancha de agua estancada sobre el ojo muerto de la
[tierra:

mi negritud no es ni una torre ni una catedral;

se clava en la carne roja del sol;

se clava en la carne ardiente del cielo;

agujerea la postración opaca de su paciencia tensa.

2. La economía monetaria atrasada del Alto-Ubangui (1960).

El impuesto es un elemento tradicional; antaño se pagaba al Sultán y hoy se paga a la administración. Las «dotes» se pagan hoy día en dinero. Pero las demás usos del dinero son aún objeto de consideraciones irónicas.

«El aumento del rendimiento no nos interesa—declara un campesino—. Nos decís que el campesinado puede doblar su renta, que es posible que un matrimonio alcance una renta anual de 40 a 50.000 francos como mínimo. No necesitamos tanto dinero. No somos blancos. Yo y mis cuatro mujeres hemos recibido en el mercado del algodón 25.000 francos. Esto nos basta

ampliamente. Yo no deseo comprar un camión. Tampoco quiero construir una casa de ladrillos cubierta con tejas. Quiero vivir en una casa de tierra como mi padre. El año pasado, con los 15.000 francos que yo y mis cuatro mujeres hemos ganado, me he comprado una bicicleta. Hela aquí. Este año, si la cosecha es buena, compraré una bicicleta a una de mis mujeres, si lo desea. No tengo necesidad de ganar más.»

Y ahora el testimonio de una mujer: «He recibido 3.000 francos, con lo que he comprado una tela y alimentos para mis hijos. No necesito una máquina de coser. Mis niños a veces caen enfermos, pero se curan sin que tenga necesidad de comprarles quinina.» (Tomado de Eric de Dampierre, «Coton noir, café blanc», *Cahiers d'Etudes africaines*, 1960, págs. 146-7.)

3. Cuentos populares.

Denise Paulme, *Littérature orale et comportements sociaux en Afrique Noire*, «L'Homme», I (1), páginas 38 y siguientes. (Cuentos recogidos en la Costa de Marfil en 1958.)

A) Cuento bété. «Las tres ahogadas».

Al atravesar un río, la piragua vuelca. En ella iban un hombre con su hermana, su mujer y su suegra. Ninguna de las tres sabe nadar. ¿A quién salvará el hombre?

El informador añade, a guisa de comentario: si salvas a tu hermana y dejas que tu mujer se ahogue, tendrás que pagar una nueva dote (para conseguir otra mujer). Si salvas a tu mujer y dejas ahogarse a tu hermana, tus padres se pasarán la vida reprochándotelo. Pero si eliges el salvar a tu suegra, eres un idiota.

B) Cuento dogón. (Sin título.)

Un hombre cultivaba sus tierras ayudado por su mujer y por su hermana. Llovía abundantemente. Tuvieron que pasar una corriente torrencial para volver al pueblo. Las dos mujeres perdieron pie, y mientras que el hombre salvaba a su hermana, se ahogó su mujer. Al año siguiente la hermana abandonó a su hermano para ir a vivir con su marido, y el hermano se quedó sólo en la casa. Estaba cultivando un campo de labor muy cercano al de su cuñado cuando unos extranjeros que pasaban por allí, viéndole solo, le propusieron que comprara una prisionera. El viudo no tenía dinero; llamó a su hermana y preguntó a los extranjeros si consentían en hacer el cambio entre las dos mujeres; aceptaron éstos, y dejando a la nueva mujer en manos del viudo, se fueron, llevándose a la hermana. Cuando se le contó al cuñado lo ocurrido, éste no pudo protestar, porque el viudo tenía necesidad de una mujer para las labores domésticas y no se había excedido en sus derechos al vender a su hermana. Pero más le hubiera valido salvar a su mujer cuando se estaba ahogando. «Un marido—termina diciendo el que cuenta la historia—debe preocuparse más de su mujer que de su hermana: la historia que he contado lo demuestra.»

C) *Cuento dogón. «El hogón engañado.»*

Un hogón sorprendió a su mujer en flagrante delito de adulterio. Mandó encerrar al culpable en un pellejo y tirar éste al agua. Para ello fue designado un hombre fuerte que fuera capaz de llevar el pellejo sobre los hombros. Por el camino, este hombre sintió una necesidad fisiológica acuciante. Depositó el saco en el suelo y, antes de alejarse, pidió a un peúhl que se encontraba por allí, guardando su ganado, que lo vigilara. Mientras estaba lejos, el prisionero se lamentó: «He comido tanta miel—dijo—, que me duele la barriga.» El peúhl, golosamente, abrió el saco y le pidió que le diera miel a él también. El otro, en cuanto se vio libre, encerró a su guardián en su lugar y después huyó. Cuando llegó el portador volvió a coger su saco y ahogó al peúhl sin prestar atención a sus gritos.

Mientras tanto, el amante se había apoderado del ganado que había quedado sin dueño. Seis días más tarde volvió al pueblo conduciendo al ganado. A las preguntas que le hicieron contestó que le habían dado los bueyes en el fondo de la charca. Cuando el hogón se enteró de esto, pidió que le llevaran a él también a la charca. Así se hizo, pero el hogón nunca volvió.

D) *Cuento bété. «El Araña y su suegra.»*

El Araña, su mujer, su hijo y su suegra se hallaban en un campamento en el bosque cuando llegó una época de hambre. El Araña se fue en busca de alimentos, pero todo fue en vano. Entonces se quejó: «Por mucho que el hombre busca, sólo encuentra piedras.» Una piedra, al oírle, le dijo: «Cógeme, que yo te alimentaré.» «¿Cómo podrás hacerlo?» «Ponme en una olla, pon agua en ella y colócala sobre el fuego.» El Araña obedece: milagrosamente, la cazuela aparece llena de arroz y todos pueden comer cuanto quieren. Sin embargo, la suegra, insaciable, araña el fondo del puchero para comerse los pocos granos de arroz que quedan pegados al fondo; en su glotonería, se come la piedra. Su yerno le pregunta: «¿Dónde está mi piedra?» «Me la he comido», confiesa la suegra. «Tienes que devolvérmela. Vas a tomar una purga.» La suegra toma una purga y devuelve la piedra. El Araña pone de nuevo la piedra en la olla y ésta, llena de agua, sobre el fuego; pero se ha roto el encanto y esta vez no aparece ni rastro de arroz. «Mañana—dice el Araña a su suegra—iremos donde están las piedras para pedirles con qué comer.» Los dos juntos emprenden la marcha. En el camino se encuentran a un hombre, *Mede*, que les pregunta: «¿Adónde vais?», y ofrece al yerno vino de palmera: «Encamínate por este sendero y encontrarás una palmera caída a la que he taladrado.» Sin hacerse rogar, el Araña deja todos sus bagajes con su suegra encerrada en ellos y se va en busca del vino de palmera. La suegra aprovecha su ausencia para hacerse liberar y explica lo que andan buscando. *Mede*, intrigado por el secreto de las piedras, reemplaza a la vieja y se esconde en los paquetes. La suegra desaparece. Mientras tanto, el yerno, que ha estado bebiendo el vino de palmera, vuelve, recoge su fardo y prosigue su camino sin enterarse de la substitución. Cuando llega cerca de un río le dice a su suegra: «Hoy terminan tus días.» Aterrorizado, *Mede* grita: «Soy yo, *Mede*, y no tu suegra.» Pero el yerno no le cree y tira su carga al agua; por lo tanto, *Mede* murió por nada.

4. Africa negra fuera de Africa.

Descripción de la ceremonia dominical en un templo, en una secta de Harlem: *Diogène*, número 37, páginas 133-134.

«Los oficios del domingo por la mañana empezaban cuando el Hermano Elisha se sentaba al piano y entonaba un cántico... De repente, Elisha teclaba, empezaba inmediatamente a cantar y todo el mundo se unía a él, batiendo palmas, alzando y golpeando los tamboriles... Los fieles cantaban con toda su alma y batían palmas con fuerza y alegría. John no recuerda un solo instante en el que no haya oído, con terror y admiración a la vez, esta alegría desencadenada a los creyentes. Los cánticos le obligaban a creer en la presencia del Señor; verdaderamente, ni siquiera se trataba de tener fe, puesto que convertían esta presencia en real... Algo transfiguraba estas caras y estas voces, estos cuerpos y el mismo aire que respiraban, como si el lugar en el que se encontraban se transformara en el Alto Lugar, como si el Espíritu Santo volara por los aires. La cara de su padre, siempre terrible, se volvía entonces todavía más terrorífica y su enfado cotidiano se transformaba en ira profética. Su madre, balanceándose, los ojos levantados hacia Dios, las manos juntas, materializaba para John, la paciencia, esta perseverancia, el largo sufrimiento del que se habla en la Biblia, y que le costaba tanto imaginar. El domingo por la mañana todas las mujeres parecían estar llenas de paciencia y todos los hombres de poder. Ante los ojos de John, el Poder Supremo caía entonces sobre una mujer o un hombre; daban un grito, un gran grito inarticulado, y los brazos extendidos como alas, empezaban a lanzar gritos de alegría. Alguien apartaba ligeramente una silla para dejarles sitio; el ritmo marcaba un tiempo de reposo, el canto se paraba y no se oía más que el golpear de los zapatos contra el suelo y los aplausos; después se elevaba otro grito y empezaba otro baile; los tamboriles empezaban a tocar y las voces se elevaban aún más mientras la música se imponía de nuevo irresistiblemente, parecida al Fuego del Cielo, al Diluvio, al Juicio Final.» James Baldwin, *Les élus du Seigneur*, París, 1957, páginas 14-16.)

5. Los alrededores de Stanley Pool, en el Congo, hace menos de un siglo (1879-1882).

Les voyages de Savorgnan de Brazza, Neuville et Bréard. Berger Levrault, 1884, páginas 122-123.

«Los alrededores de Stanley Pool están habitados por una población esencialmente guerrera; además, los Batekes son, según dicen, antropófagos, y sus costumbres están lejos de inspirar al viajero seguridad sobre este punto. El rostro y el pecho, pintados de rojo, de amarillo o de blanco; los pelos untados con una mezcla de aceite y de carbón, trenzados en forma de trompas de elefantes: el fusil, la azagaya y el gran cuchillo, del que no se separan nunca, todo contribuye a darles un aspecto al mismo tiempo repulsivo y terrible.

El país que habitan ha sido asolado por bandas de elefantes y de hipopótamos cuyas huellas se encuentran a cada paso; por ello los Batekes

desconocen casi siempre las labores agrícolas; sus únicas ocupaciones son la caza, la pesca y el comercio del marfil, que adquiere en este lugar una importancia considerable; solamente en el pueblo de Omfoa se venden diariamente de 80 a 100 defensas. Los indígenas de Stanley Pool compran el marfil a las caravanas que lo traen del interior, principalmente por vía fluvial, y después lo revenden sobre el lugar a otras caravanas. Stanley Pool es, pues, indiscutiblemente, uno de los mercados más importantes del interior, y no es de extrañar que después que Stanley pasara por primera vez por allí, este lugar haya atraído la atención de todo el comercio europeo establecido en la costa.»

EXTREMO ORIENTE

CAPITULO X

INTRODUCCION AL EXTREMO ORIENTE

Nuestro propósito es considerar exclusivamente los rasgos generales, las convergencias del Extremo Oriente, recorriendo sucesivamente a la geografía, a la historia y, después, al muy lejano origen de las civilizaciones aún vivas ante nuestros ojos. Este último rasgo es, sin duda alguna, el más importante de todos.

I. LO QUE ENSEÑA LA GEOGRAFIA

Ver el Extremo Oriente, situar este inmenso escenario, supone ya comprender más que a medias su destino y sus extrañas civilizaciones. Para esta primera toma de contacto, los mejores guías son los viajeros, los periodistas y los geógrafos. A condición de que no lo expliquen todo de manera autoritaria, a partir de un determinismo geográfico absoluto que no existe en Asia, lo mismo que no existe en Europa ni en ningún país donde durante mucho tiempo se haya desarrollado la historia y el esfuerzo de los hombres.

1. A grandes rasgos, el Extremo Oriente es un mundo tropical y subtropical.

Es la «caldera» de la India, con sus bosques y sus junglas; la China meridional, lluviosa y cálida; la Insulindia ecuatorial con sus bosques gigantescos y sus plantas de crecimiento ultrarrápido (ciertas lianas del Jardín Botánico de Buitenzorg, en Java, crecen a razón de un metro por día).

Sin embargo, la India es también el Indo, el curso medio del Ganges, el Decán central seco, al amparo de los Ghates occidentales, es decir, tierras áridas o semiáridas; China es también la China del Norte, con sus inmensas extensiones de suelos de loess y de aluviones recientes, con sus inviernos rigurosos, la Manchuria de los bosques, los desiertos helados del Norte.

Toda esta China septentrional, en cuya extremidad se encuentra la capital imperial, Pekín, está sometida a la flagelación del frío. El campesino se ve reducido en invierno a dormir sobre el horno. El proverbio dice: "Que cada uno barra la nieve delante de la puerta de su casa sin ocuparse de la helada blanca que hay sobre las tejas de las casas vecinas." "El invierno, en la época de heladas...escribe un letrado del siglo XVIII—, cuando los parientes y amigos pobres llaman a la puerta, tendremos primero que calentar un gran tazón de arroz que les pondremos entre

las manos y añadiremos un pequeño plato de jengibre adobado. Es la mejor manera de calentar a los viejos y de reconfortar a los menesterosos... Coceremos sopas espesas, que tomaremos apretando el tazón con las dos manos, metiendo la cabeza entre los hombros: cuando se toma este plato, en las mañanas de escarcha o de nieve, se tiene calor por todo el cuerpo."

Algunas veces estos fríos intensos y estas nevadas alcanzan el sur tropical. En 1189 nevaba en Hang-Tchéu, la capital de los Song del Sur, no lejos del Yang-Tsé-Kiang. "Las ramas de los bambúes se rompían haciendo un extraño ruido."

De esta manera, a primera vista, la geografía muestra la diversidad y la falta de unidad de estos países, de múltiples aspectos. Pero, quizá, nos llame a engaño y el problema no esté bien planteado en estos términos. No es el medio geográfico, en sí mismo muy vario, el que da origen a la unidad de Asia del Sudeste, sino más bien una civilización *material* bastante monótona, que se encuentra por doquier, y que viene a añadirse a los elementos geográficos, físicos y humanos. Esta civilización es demasiado antigua, está demasiado arraigada en la lejanía de los tiempos, es «el producto de demasiados procesos de psicología individual y colectiva como para que se la pueda considerar derivada únicamente del medio físico local» (P. Gorou). Existe por sí misma, como fuerza casi independiente y, a su vez, determinante.

2. Esta civilización se presenta, sin ambages, de manera monótona, en cualquier parte donde se realicen los sondeos, como una civilización exclusiva del vegetal.

Esta verdad ha sido consignada con regularidad por todos los viajeros occidentales, desde que entran en Asia, tanto en el curso de la historia como en la actualidad.

La única carne que comen los japoneses es la carne de caza, dice uno de los viajeros, un español, en 1609. Un médico alemán, en 1690, constataba que no conocen ni la leche ni la manteca. Se alimentan del "gokost", "los cinco alimentos que da la tierra" (lo mismo que en China, el número *cinco* es un número sagrado en Japón): de arroz "blanco como la nieve", del saké, aguardiente que se fabrica con el arroz; de cebada, en un principio destinada al ganado, pero con la que se fabrican la harina y algunos pasteles (según el mismo médico, las espigas de cebada en los campos son de "un color rojo asombroso"). Por último, de guisantes blancos parecidos a nuestras habas. A lo que hay que añadir el mijo, las legumbres, el pescado y siempre en muy pequeña cantidad la carne.

Veinte años antes, en la India, un médico francés, observando la enorme aglomeración de gente que formaba el cortejo del Gran Mogol Aureng Zeb, en su viaje desde Delhi a Cachemira, se extrañaba de la sobriedad de los soldados, "muy fáciles de contentar en lo que respecta a la comida... Ni la décima, ni siquiera la veinteava parte de este gran número de jinetes come carne en el curso del viaje. Les basta con sus *kicheris*, que es una mezcla de arroz con otras legumbres que recubren con un poco de manteca roja..."

Tampoco son exigentes los habitantes de Achem, en la isla de Sumatra. "El arroz constituye su único alimento—dice un viajero en 1620—; los más ricos toman, además, un poco de pescado y algunos hierbas. Sólo los muy grandes señores de Sumatra pueden tener una gallina asada o cocida... Por ello dicen que si hubiera 2.000 cristianos en la isla terminarían muy pronto con los bueyes y con las aves de corral."

Lo mismo ocurre con los chinos. "Si los chinos comieran tanta carne como nos-

otros en España—constata el P. de las Cortes en 1626—no les bastaría, ni mucho menos, con toda su fertilidad." Incluso los ricos se contentan con poco: "pican sobre la mesa para abrirse el apetito algunos pequeños pedazos de carne de cerdo, de pollo o de otras carnes que están preparadas"; es decir, a guisa de aperitivos, como diríamos en la actualidad. Lo mismo explica un viajero inglés del siglo XVIII. Incluso en Pekín, donde, sin embargo, llegan los animales de Tartaria, "el pueblo sólo come muy poca carne, que mezcla con los vegetales para darles algo de sabor... Los chinos apenas conocen la leche, la mantequilla, el queso". No se trata de que la carne les repugne, ni mucho menos. Por el contrario, cuando un animal muere, por accidente o por enfermedad, ya se trate de buey, de camello, de oveja o de burro, es inmediatamente comido. "Este pueblo no hace distinción entre la carne sana y la carne malsana", concluye el inglés al que nos referimos, no sin algo de repugnancia. En China se comen serpientes, ranas, ratas, perros, saltamontes...

Hay que añadir a estos testimonios las innumerables indicaciones que al respecto hace la misma literatura china, muy detallista sobre estos temas de la vida cotidiana. Un personaje de novela, una joven viuda remilgada, "un día quiere comer pato y al día siguiente pescado, otras veces legumbres frescas o sopas de retoños de bambú; cuando no tiene nada que hacer se le antojan naranjas, galletas, nenúfares. Bebe mucho vino (de arroz); todas las noches come gorriones fritos, quisquillas saladas; bebe tres litros de vino de cien flores". Naturalmente que todo ello forma parte de las intemperancias y caprichos de una persona rica...

Tcheng Pan K'ia, el letrado poeta, pintor y calígrafo (1693-1765), hombre muy generoso, desea que todas las personas de su casa participen en los banquetes. En una de sus *Cartas familiares* escribía: "Cada vez que hay pescado, arroz pasado por agua, frutas, pasteles, conviene hacer entre todos una distribución equitativa." Los alimentos a los que hace alusión en sus cartas son las tortas de alforfón, las sopas espesas de arroz caliente... Esta es la norma. Un cuento de la Edad Media nos describe a un usurero riquísimo, propietario del Monte de Piedad, terriblemente avaro, especializado en encontrar monedas "por el suelo", que toma por toda comida "un plato de arroz frío pasado por agua hirviendo".

De hecho, en la actualidad, nada ha cambiado. Refiriéndose a la sabia cocina china, un periodista escribe, en 1959: «Ya sé que la cocina china ha sido desde siempre el arte de condimentar naderías, que un pueblo demasiado numeroso a quien la cría del ganado vacuno—este fabuloso derroche de calorías—está vedada, se esfuerza en aprovechar todo lo que nosotros desperdiciáramos.»

Los chinos continúan siendo vegetarianos: el 98 por 100 de las calorías que toman provienen de los productos vegetales; ni mantequilla, ni queso, ni leche, muy poca carne y muy poco pescado. Los hidratos de carbono los consiguen con el trigo y el mijo, en el Norte; con el arroz que predomina en el Sur; las proteínas las sacan de la soja, de los granos de mostaza, de los diferentes aceites vegetales.

En este campo sólo se está transformando un país, al aumentar enormemente su consumo del pescado y, sobre todo, al adoptar la carne: se trata del Japón.

3. La presencia constante del arroz en el Sudeste y su exportación al Norte, son responsables de la generalización de este régimen vegetariano.

El Occidente, consumidor de trigo o de otros cereales sucedáneos del trigo, tuvo que adoptar, desde muy temprano, en razón de este consumo, el sistema de barbecho y de la rotación de cultivos, imprescindible para que

la tierra no se agote y no cese la continua producción de trigo. Por lo tanto, se ha abandonado, automáticamente, una parte de la tierra, para prados y pastos, con más razón si se piensa que el cultivo del trigo exige una ayuda animal considerable.

Por el contrario, *el arroz ocupa todos los años el mismo terreno, indefinidamente*. La mayor parte del trabajo se hace a mano. El búfalo sólo sirve para trabajos ligeros, en el fango de los arrozales. Por todas partes se hace también a mano un cultivo de huerta minucioso, cuidadoso. En estas condiciones, alimentarse de carne constituiría un derroche fantástico. Los animales tendrían que ser alimentados con cereales. El hombre prefiere comer él mismo estos cereales.

La primera consecuencia que se deduce de este régimen es que permite un mayor crecimiento demográfico que cualquier otro sistema basado en alimentos de origen animal. De seis a ocho campesinos pueden alimentarse sobre una sola hectárea de terreno, si tienen una alimentación exclusivamente vegetariana. En una superficie igual, el rendimiento humano del vegetal aparece como indiscutiblemente superior a los otros. Explica que pululen «las masas de Asia».

Probablemente, la formidable población de China, como la de la India, es un hecho relativamente reciente: el verdadero punto de partida se dio en el sur de China en los siglos XI y XII, al generalizarse el cultivo del arroz precoz que permitía *una doble cosecha anual*. Así, la población en el siglo XIII pudo alcanzar los cien millones de personas. A partir del final del siglo XVII, su progresión se hizo más rápida. Hoy día el fenómeno ha adquirido tales proporciones que su mismo número impediría a estas masas el escoger otro tipo de alimentación, aunque así lo quisieran. "Se ven obligadas por un verdadero *determinismo de civilización* a perseverar en el camino que ésta les ha trazado." Desde el siglo XVIII la India ha rebasado ella también los cien millones de habitantes.

4. La tesis de Wittfogel: la civilización del arroz implica un sistema de irrigación "artificial" que impone una serie de disciplinas cívicas, sociales y políticas.

Por el arroz, todos los pueblos del Extremo Oriente dependen del agua, de los *tanks* (reservas) de la India meridional; en la llanura indo-gangética, de los pozos y de los canales de irrigación nacidos de los cursos de agua: de la misma manera, en China la irrigación se hace de diversas maneras: está ligada, al mismo tiempo, a los tranquilos ríos del Sur (por lo tanto, a las inundaciones regulares de los lagos Poyang y Tung Tin, a orillas del Yang-Tsé), a los pozos, a los canales, de los cuales el canal Imperial es el tipo más acabado (siendo, a un tiempo, vía de comunicación y sistema de irrigación), a los ríos salvajes del Norte, como el Pei Ho o el Hoang Ho, a los que ha sido necesario poner diques y domar, y cuyas rebeldías brutales continúan siendo frecuentes. Por todas partes, lo mismo en las terrazas de Filipinas o de Java, que en la China cantonal o en el Japón, la irrigación que va frecuentemente acompañada de canales aéreos de bambúes, de aguatochas primitivas o modernas, implica una disciplina estricta de trabajo y de obediencia, a imagen y semejanza del antiguo Egipto, ejemplo clásico de la esclavitud que impone la irrigación.

El cultivo del arroz que, probablemente, empezó en el segundo milenio antes de Cristo, sobre las tierras bajas niveladas, se extendió, poco a poco, a todas las tierras de regadío, al mismo tiempo que iba mejorando, gracias a unos granos seleccionados que permitían crear unas especies prematuras. *Desde entonces, el cultivo del arroz ha determinado para estas poblaciones del Extremo Oriente, regímenes autoritarios, burocráticos, con cantidades inmensas de representantes del Estado, como lo ha señalado K. A. Wittfogel.*

Esta explicación que puede ser discutida sobre más de un punto, como lo han demostrado sus contradictores, aparece, sobre todo, como demasiado simplista y mecanicista. Si ha habido, y, evidentemente, sí que hay un determinismo del agua domesticada, del agua necesaria para el arroz, del mismo arroz, estas sujeciones sólo son elementos de un edificio mucho más complejo. Es una verdad que nunca hay que olvidar. Pero las sujeciones que supone el cultivo del arroz tampoco deben de ser menospreciadas: han supuesto mucho y lo siguen suponiendo.

5. Quedan en Extremo Oriente, en donde generalmente prosperan las actividades de llanura relacionadas con la irrigación, inmensas zonas primitivas o salvajes.

Bien es verdad que los arrozales inundados de las montañas son una realidad, pero sobre terrazas estrechas, en regiones superpobladas, en las que el inmenso trabajo de las terrazas a nivel del agua, ha sido posible (por ejemplo, en Java). Por lo regular y en la medida misma en que ha triunfado un sistema de cultivo intensivo, el hombre civilizado, en Extremo Oriente, no retiene más que una mínima parte del espacio. El resto, sobre todo las regiones altas, aisladas, ciertas islas, son lugares de refugio de poblaciones y de culturas primitivas.

El libro de Georges Condominas, *Nous avons mangé la forêt* (1957), nos transporta cerca de Saigón, detrás de Dalat, la estación estival, a una tribu primitiva, de cuya vida nos hace un relato diario. La tribu vive en un bosque, del cual se cultiva un pedazo cada año: los árboles son "abatidos", cortados o quemados. Una vez desmontada la tierra, "la plantación se realiza con bastones de cavar, se abre un agujero rápidamente, se ponen en él algunas simientes y se vuelve a echar la tierra con el pie". La cosecha fundamental es de arroz, *cultivado en seco*. Así esta tribu va comiendo una faja de bosque cada año. Al cabo de veinte años se vuelve al punto de partida si todo va bien, es decir, si el bosque "que ha permanecido en barbecho" se ha reconstituido en el intervalo.

Esta agricultura itinerante (que se llama *ladang* en malayo, que se encuentra casi por doquier con diversos nombres) es una agricultura primitiva, prácticamente sin animales domésticos. Es la base de vida de muchos pueblos muy atrasados. La época actual, naturalmente, no les favorece en absoluto, pero sobreviven en las regiones muy apartadas.

En cambio, en Occidente, los primitivos han sido rápidamente asimilados. Tampoco a Occidente le faltaron zonas aisladas y atrasadas, que se pueden reconocer todavía en la actualidad, pero ha conseguido anexionárselas, catequizarlas, llevarlas hasta las ciudades, captar su vigor.

No es éste el caso del Extremo Oriente. Esta inmensa diferencia explica la presencia, en China, de tantos pueblos todavía no asimilados; en la India, de tantas tribus al margen del sistema de las castas y de sus prohibiciones (lo que equivale a decir, al margen de la civilización india).

Nos explica también algunos detalles del presente y del pasado. En 1565, en el campo de batalla de Talikota, el reino "hindú" de Vidschayanagar, en el Decán, a pesar de contar con un millón de combatientes, recibe un golpe de muerte a cargo de la caballería y aún más de la artillería de los sultanes musulmanes. La enorme y admirable ciudad se queda entonces sin defensa, sus habitantes sin medios para huir, porque todos los carruajes, todos los bueyes de tiro se los había llevado el ejército. Pero no serán los vencedores los que la saqueen, porque se retrasaron persiguiendo a los vencidos y pasándolos a cuchillo, mientras que los pueblos primitivos de los alrededores de la ciudad, las hordas de brindscharis, de Lambadis, de kurumbas se lanzaron sobre ella y la saquearon...

Un médico alemán, camino de Siam, recoge las confidencias de un comerciante japonés, que algunos años antes, en 1682, había naufragado en una isla desierta cerca de la costa de Luzón. Eran diez naufragos que tenían que vivir de los abundantísimos huevos de los pájaros salvajes y de los mariscos que encontraban en compactos bancos en las costas. Después de ocho años de esta vida singular construyeron una barca de vela y, aunque extenuados, consiguieron alcanzar la isla de Hainan, en el golfo de Tonkín, para enterarse de que se habían librado milagrosamente de una muerte segura. La isla era mitad china, mitad primitiva. Habían tenido la suerte de llegar a la parte china, porque los salvajes les habrían combatido sin cuarte. De la misma manera, Formosa, conquistada por los chinos en 1683, ha estado y continúa estando dividida, en una parte china y una parte no china, como muchas otras islas y "compartimentos casi estancos del continente".

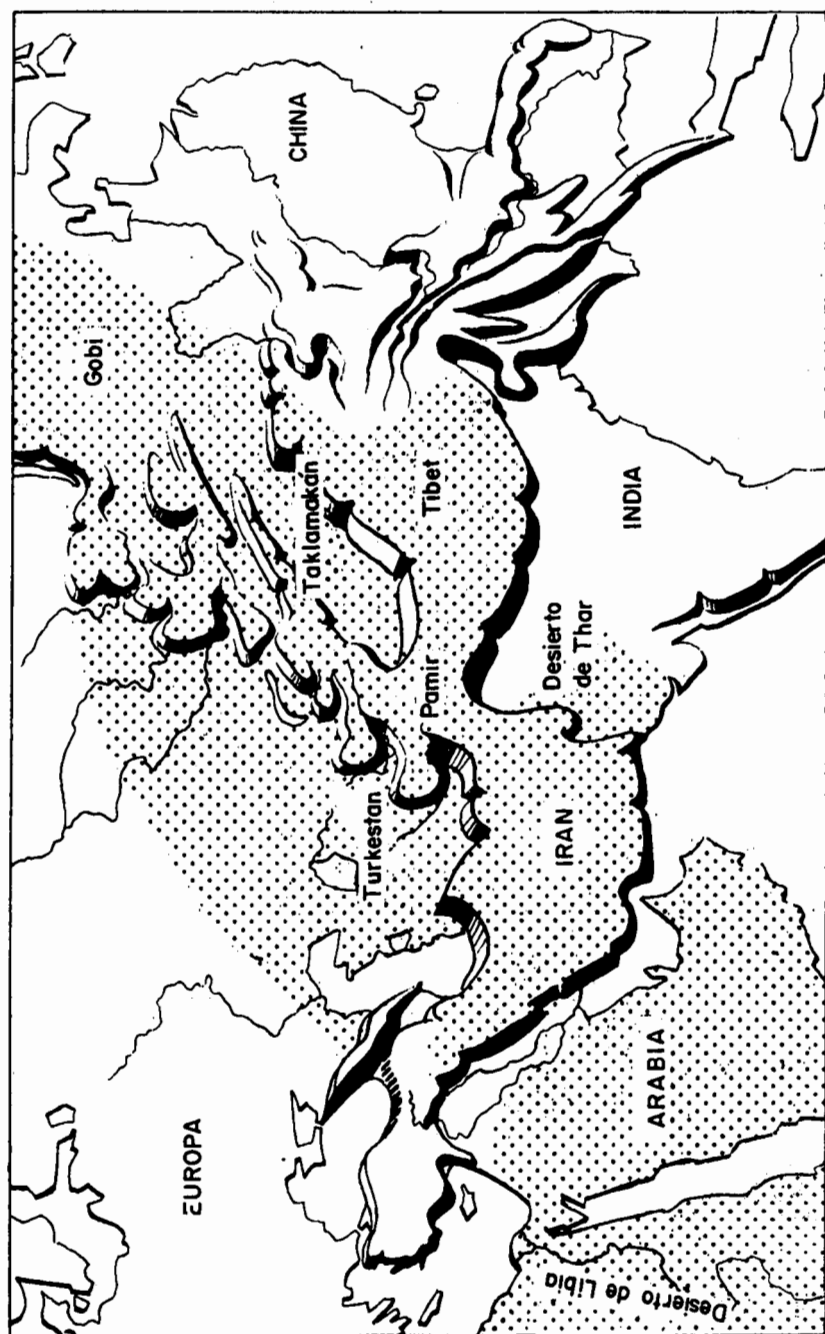
Las cifras *actuales*, en lo que se refiere a China y a sus poblaciones no asimiladas, no dejan de ser impresionantes. Si estos primitivos no representan más del 6 por 100 de la población total (es decir, aproximadamente, 36 millones de seres), 60 por 100 del territorio chino (claro está que, incluidas regiones como el Gobi, el Turkestán y el Tíbet) les pertenece. Por las dimensiones de su espacio, continúan siendo mayoritarios.

Son los Tchuang del Kuangsi, los Miaos, los Lis, los Thais, los Yis (estos cuatro pueblos ampliamente dispersos entre el Yunnan y el Kan-Su), los Hoyeis del Kan-Su, los Yaos. Para con todos ellos o casi, la China imperial, y recientemente la China de Tchang Kai-chek, han practicado una política de rígida segregación: "Se leía en las puertas de las ciudades Yis: "Se prohíbe a los Yis el reunirse o el andar en grupos de más de tres por las calles", "Se prohíbe a los Yis el pasar a caballo". Con el advenimiento del nuevo régimen en China ha mejorado su suerte y se les ha reconocido una cierta autonomía, pero no esa semiindependencia que los soviéticos han concedido a sus minorías étnicas. Por el contrario, todas estas sociedades retrasadas (los Yis de Lianghsan practicaban la esclavitud; los tibetanos, la servidumbre o *ula*) han sufrido una importante conmoción. Trabajos decisivos han sido emprendidos para dotar a los más atrasados de lenguas escritas. Por lo tanto, sólo la China actual se ha preocupado de sus poblaciones atrasadas (para su bien y probablemente contra su voluntad).

6. En medio de las zonas civilizadas, la tierra de los hombres salvajes es también el dominio de los animales salvajes.

Este último rasgo afecta a todo el Extremo Oriente, ya que pululan por todas partes los animales salvajes: leones, de la región del Pendjab; jaba-

DIFICULTADES DE ACCESO POR EL OESTE A CHINA Y A LA INDIA



líes, de las costas de Sumatra; cocodrilos, de los ríos de Filipinas, y, sobre todo, el rey de los animales crueles, el tigre, que atrapa y devora a los hombres.

Es una verdad actual, pero que se encuentra de manera más pintoresca en miles y miles de relatos de tiempos pasados. El padre de las Cortes, un jesuita español que naufragó en 1626 cerca de Cantón, ha hablado de los tigres muy numerosos en los campos chinos y que con frecuencia llegan hasta los pueblos para apoderarse de sus presas humanas.

Un médico francés, François Bernier, visitó el delta del Ganges hacia 1660. Bengala es con certeza y con mucho la región más rica y más poblada de la India, "un regalo del Ganges", de la misma manera que Egipto es un don del Nilo, una gran región productora de arroz y de azúcar. En medio de esta prosperidad, las islas están desiertas, en los brazos mismos del río, y son frecuentadas por los piratas. "Los únicos habitantes de estas islas—cuenta Bernier—son tigres, que a veces pasan a nado de una isla a otra, y también gacelas, o cerdos o aves que han vuelto a un estado de salvajismo. A causa de estos tigres, cuando se viaja, como es habitual, entre estas islas, con pequeños barcos de remo, en ciertos lugares es muy peligroso el echar pie a tierra. Y debe tenerse cuidado de que el barco que se ata por la noche a los árboles no esté demasiado cercano a la orilla, ya que siempre hay alguno que cae en las garras de los tigres. Y se dice que ha habido tigres tan osados que han llegado a entrar en los barcos y a llevarse a los hombres dormidos, incluso escogiendo, según cuentan los remeros del país, a los más gordos."

II. BARBARIE CONTRA CIVILIZACION: EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA

Las civilizaciones masivas del Extremo Oriente—y, ante todo, la India y China—habrían vivido apaciblemente de no haber tenido más motivo de conmoción que estas zonas internas de salvajismo, con sus pobres agricultores que van, poco a poco, comiéndose al bosque. Su verdadero tormento, bajo la forma de azotes bíblicos, lo han constituido los extensos desiertos y las estepas (del Oeste y del Norte de China, del Norte y del Oeste de la India) calentados por un tórrido sol de verano, y durante el invierno enterrados bajo enormes masas de nieve.

Estas tierras inhumanas están pobladas por pueblos pastores: turcos, turkmenes, khirgiz, mongoles... Verdaderas nubes de hombres a caballo. Desde el mismo momento en que aparecen en la historia, denotan ya sus características tradicionales: son violentos, saqueadores, crueles, con una valentía demencial, y así se conservarán hasta el final de su grandeza histórica, es decir, aproximadamente, hasta mediados del siglo XVII. Sólo entonces los pueblos sedentarios, gracias a la pólvora, conseguirán reducirlos. Los mantendrán a distancia; y, contenidos, reducidos a poca cosa, sólo les será posible sobrevivir y vegetar miserablemente hasta nuestros días. En la actualidad, en el tablero del mundo, ni las dos Mongolias (la interior y la exterior, la china y la soviética), ni el Turkestán (chino y soviético), son, pues, países fundamentales. Lo único importante de ellos son sus espacios y sus aeropuertos, que no les pertenecen.

1. Estos nómadas nos interesan, en el campo de la actualidad de las civilizaciones, porque sus pasados y fantásticos desbordamien-

tos han retardado indudablemente el desarrollo de las grandes civilizaciones vecinas.

Hermann Goetz, en su obra clásica *Las épocas de la civilización india*, 1929, lo señala a propósito de la India, pero su constatación es también válida para China, ya que la India sólo se abre verdaderamente sobre el mundo de los nómadas por el estrecho paso de Jaiber, a través de las montañas aghanis, mientras que China tiene la desventaja de estar situada a la vera del desierto, del Gobi, contra el cual la Muralla china, construida ya en el siglo III a. de J. C., es un obstáculo militar importante, pero, sin embargo, más simbólico que eficaz, y mil veces franqueado.

El sinólogo Owen Lattimore considera que estos nómadas son antiguos agricultores. Al ponerse en práctica una agricultura perfeccionada, los agricultores peor adaptados se han visto rechazados hacia las altas regiones de los «devoradores» de bosques, sobre todo hacia los márgenes de la estepa y del desierto. Estos agricultores expulsados de las regiones ricas sólo han contado desde entonces con esas inmensas y mediocres tierras de pastos. De esta manera, la civilización habría «engendrado» la barbarie, al convertir en pastores nómadas a antiguos agricultores. Sin embargo, los bárbaros abandonan continuamente estos refugios, como consecuencia de crisis internas, de revoluciones sociales, de expansiones demográficas explosivas, y se dirigen hacia los países sedentarios, y este eterno retorno rara vez es pacífico. Los bárbaros vuelven casi siempre en el papel de dominadores, de triunfadores, de saqueadores: entonces el nómada desprecia y se toma el desquite del sedentario conquistado... A este respecto escuchemos lo que dicen las Memorias de Baber, que, en 1526, se apoderó de la India del Norte:

“...A pesar de que el Indostán es, por naturaleza, un país lleno de encanto, sus habitantes carecen de gracia, y en el contacto con ellos no se encuentra ningún atractivo ni relación afable o continua. Desprovistos de capacidad, de inteligencia y de sociabilidad, carecen de generosidad y de sentimientos viriles. Tanto en sus concepciones como en sus obras les falta método, organización, reglas, principios. No tienen ni buenos caballos, ni carnes succulentas, ni racimos de uvas, ni melones, ni sabrosas frutas. También carecen de hielo y de agua fresca. En los mercados no es posible comprar manjares selectos ni pan de buena calidad. También desconocen los baños, las velas, las antorchas, los “medrekeh”, los candelabros...”

Dejando aparte los ríos y los riachuelos que corren por los valles, no tienen ni en sus jardines ni en sus palacios ningún tipo de agua corriente. Los campesinos y las gentes de baja condición van generalmente desnudos. Por todo traje llevan lo que ellos llaman *langota*, y que es simplemente un pedazo de tela que del ombligo para abajo les cae por ambos lados del cuerpo. Por debajo de este corto pedazo de tela llevan otro que va sujeto entre los muslos gracias a los cordones de la *langota*, por el que se le hace pasar y que sirve para atarlo por detrás. Las mujeres se ponen alrededor del cuerpo un *lang*, que les cuelga la mitad por encima de los riñones y la otra mitad sobre la cabeza.

La enorme ventaja que tiene el Indostán, aparte de la gran extensión de su territorio, es la mucha cantidad de oro que se encuentra en él, tanto en lingotes como en moneda”.

Claro está que este musulmán del Turkestan formula sus juicios sobre la antigua civilización de la India, su arte y su arquitectura, desde la posición privilegiada que le concede su victoria, a partir de su desierto y de su orgullo de nómada, desde lo

alto también de la grandeza islámica a la que pertenece. Su desdén, aunque no sea el "desdén de un occidental", es muy significativo.

2. Los grandes movimientos de conquista de los mongoles no nos interesan aquí en su acontecer detallado, sino en la medida en que afectaron a la India y a China, hiriéndolas, en todas las ocasiones, en el corazón. Así ocurrió con las últimas e inmensas oleadas de invasiones en los siglos XIII-XIV y XVI a XVII.

Estas expansiones, en su cronología y organización, se han dirigido tanto hacia el Oeste y la lejana Europa, como hacia el Este, con una variante hacia el Sur y la India, y siempre con golpes de rechazo hacia China. Sin duda, esto obedece a que China, desde principios del siglo xv, es «el hombre enfermo», el blanco de la codicia de los saqueadores. El año de su muerte, en 1405, Tamerlan preparaba un ataque contra China.

En todo caso, cada vez que estalla el mundo belicoso de los nómadas, China y la India se ven rudamente afectadas hasta en sus capitales. Cuatro fechas, que se repiten de dos en dos, lo demuestran por sí solas: 1215, año de la batalla de Bouvines, Gengis Khan toma Pekín; 1644, los habitantes de la Manchuria, reforzados por los mongoles, toman de nuevo Pekín; 1398, Tamerlan toma Delhi; 1526, Baber se apodera nuevamente de Delhi.

Estos acontecimientos constituyen catástrofes sin límite. En cada caso murieron millones de seres humanos. En Occidente no se dan, ni con mucho, hasta las guerras del siglo xx, unas carnicerías tan generalizadas. La India, en donde estas guerras se complican con la lucha entre dos civilizaciones (ya que los bárbaros que la invaden se han convertido al islamismo), tuvo una historia espantosa en el curso de estas incursiones múltiples, de las que triunfará tan sólo, en último término, al igual que China, en razón de su extraordinaria potencia de vida, y también porque nunca fue sometida totalmente, hasta la punta del cabo Comorín y porque la economía del Decán (y a veces su emigración) siempre se basó en las relaciones con los países del Océano Indico.

Tanto para la India como para China, estas marejadas supusieron una serie de destrucciones y de repetidos retrocesos. Si al final acabaron absorbiendo a sus invasores, tuvieron que pagar un alto precio por ello. El problema está en saber si el invasor bárbaro es el responsable, en gran parte, de su progresivo desfase con relación a Occidente. En saber si estas invasiones han constituido la clave esencial del destino de Extremo Oriente

En lo que respecta a la India, se puede sostener esta tesis con facilidad. En sus orígenes (segundo milenio antes de J. C.), los arios de Pendjab eran análogos a los antepasados de los griegos, de los celtas, de los itálicos, de los germanos. A la *Iliada* y a la *Odisea* corresponde la cultura caballeresca de las guerras para la conquista de la llanura superior del Ganges que relata el Mahabharata. En el siglo v antes de Jesucristo, en la época de Buda, la India del Norte está formada por repúblicas aristocráticas y por pequeños reinos análogos a los de la Hélade, con un esbozo de comercio, como en Grecia. En el siglo iii, Tshandragupta y Asoka fundan el primer Imperio, que reúne al Afganistán con el conjunto de la India, salvo la punta meridional del Decán, irreductible como siempre. Es la época en la que se construye el Imperio greco-macedonio de Alejandro. Con el nacimiento de Cristo

comienza por la puerta del Noroeste la invasión de los pueblos escitas, que culminará en la formación del extenso imperio de los Gupta, entre los siglos III y VIII, y que renueva la lucha, nunca terminada para la India, de los hombres de piel clara con los hombres de piel oscura. Muy pronto, como en la Edad Media occidental, aparecen masas de siervos campesinos, y desde el siglo X al XIII grandes estados feudales. Evidentemente, no queremos decir que existiera un paralelismo riguroso, sobre todo en lo referente a las formas de ambas sociedades; pero de una y otra parte, no existía una diferencia de nivel demasiado acusada hasta el siglo XIII y la gran tormenta mongol.

A partir de entonces el desfase va acentuándose progresivamente. Y el problema es el mismo para China: ¿en qué medida se ha visto China retrasada en su desarrollo por la conquista mongol, acabada en 1279, y la de los habitantes de Manchuria (1644-1683)? China, que llevaba la delantera en el plano técnico y científico hasta el siglo XIII por lo menos, se deja pasar y distanciar más tarde por el lejano Occidente.

En todo caso, es evidente que no se puede atribuir a los invasores de la estepa toda la responsabilidad del complejo destino del Extremo Oriente. Fue mucho lo que los invasores destruyeron. Sin embargo, todo fue reparado y todo se fue cicatrizando con el tiempo.

Incluso se puede decir que todo se cicatrizó demasiado bien. Las invasiones, que para Occidente significaron rupturas y nacimientos de nuevas civilizaciones, supusieron para la India y para China catástrofes materiales, pero en realidad no transformaron ni sus formas de pensamiento ni sus estructuras sociales. En ningún momento se produjo un salto cualitativo comparable al que llevó a la civilización antigua de Grecia a Roma y de ésta a la cristiandad; o comparable al paso del Cercano Oriente al Islam.

La extraordinaria fidelidad para consigo mismo del Extremo Oriente, su inmovilismo, tienen también razones internas. Explican, en parte, su retraso, que, por lo demás, es muy relativo. En realidad, el Extremo Oriente nunca ha retrocedido; durante siglos y siglos, ha permanecido donde estaba, mientras que el resto del mundo iba progresando, distanciándose de él cada día más.

III. ORIGENES LEJANOS: LAS RAZONES DE UN INMOVILISMO CULTURAL

Todo se decidió, sin duda, con anterioridad a la historia, en el mismo amanecer de las primeras civilizaciones. Las civilizaciones del Extremo Oriente se presentan como conjuntos que hubieran alcanzado, muy precozmente, una asombrosa madurez, pero en un marco tal que ha hecho inmutables algunas de sus estructuras fundamentales. De este hecho han sacado unas esenciales unidad y cohesión. Pero también una extremada dificultad en transformarse por sí mismas, en querer y en poder evolucionar, como si se hubieran negado sistemáticamente al cambio y al progreso.

1. Lo que hay que tratar de comprender, olvidando nuestras experiencias de Occidente, es que las dos grandes civilizaciones del Extremo Oriente son civilizaciones milenarias.

En el Extremo Oriente, donde los monumentos se deterioran y desaparecen muy deprisa, en la medida en que están, como en China y en Japón contruidos con materiales ligeros, el hombre, lo social y lo cultural parecen, por el contrario, irreductibles. No son recientes, sino productos de un pasado muy lejano. Baste imaginar, para comprenderlo, lo que sería un Egipto faraónico, milagrosamente conservado, más o menos adaptado a la vida moderna y que hubiera conservado sus creencias y algunas de sus costumbres.

El hinduismo, muy activo todavía, es la base, que ha permanecido prácticamente inmutable, de toda la civilización india desde hace más de mil años; además ha adaptado y transmitido algunas nociones religiosas que tienen algunos miles de años suplementarios.

En China, el culto de los antepasados y de los dioses de la naturaleza, que viene por lo menos del primer milenio antes de C., se ha perpetuado, a través del taoísmo, del confucianismo y del budismo, que no lo han suprimido. Aún está vigente.

Ahora bien, a estas formas religiosas antiguas y vivas, hay que añadir unas estructuras sociales de vida tan tenaz como ellas mismas: el sistema indio de las castas, la jerarquía familiar y social china. Parece, pues, tratarse en ambos casos de una perennidad religiosa, coexistente con una perennidad social y estrechamente relacionadas con ella. Este rango es característico de todas las culturas primitivas, en las que todas las formas de vida y de pensamiento están total y directamente ajustadas a lo sobrenatural. Pero esto resulta más desconcertante—y también más notable—en civilizaciones tan importantes, tan desarrolladas en todos los campos, como China y la India.

2. A la inversa que Occidente, que separa claramente lo humano de lo divino, el Extremo Oriente desconoce esta diferenciación.

Lo religioso se confunde con todas las formas de la vida humana: el Estado es religión, la filosofía es religión, la moral es religión, las relaciones sociales son religión. Todas estas formas participan plenamente de lo sagrado. Y probablemente toman de él su tendencia a la inmutabilidad y a la perpetuidad.

Por una contradicción comprensible, lo divino, mezclado a todos los actos de la vida, incluso a los más triviales, le produce con frecuencia al occidental, acostumbrado a colocar a la religión en la cumbre de lo espiritual, la impresión de una ausencia de sentimiento religioso, fácilmente reemplazado por un formalismo ritual. Y es que le resulta difícil a un occidental el captar la importancia y el sentido real de estos ritos.

Observarlos equivale a conformarse a un orden divino que rige todo lo humano. Es vivir religiosamente. Así, el hinduismo consiste, fundamentalmente, en el reconocimiento de los valores que representa la jerarquía de las castas mucho más que «en tener fe en seres espirituales y en el culto a los dioses, que no son más que una parte de éstos».

De la misma manera, los chinos se preocupan muy poco de hacer distinciones entre una infinidad de dioses. Lo que importa es el observar para

con ellos todas las obligaciones rituales, el conceder al culto de los antepasados todos los cuidados debidos y, por último, el cumplir en la vida familiar y social con todos los deberes que determina una jerarquía complicada.

Bien es verdad que el contexto espiritual es muy diferente en la India y en China, ya que las formas de la religión y las formas sociales ligadas a éstas, no se parecen en absoluto. Si se enfrenta en bloque el Occidente al Extremo Oriente se corre el peligro de que pasen inadvertidas las importantes oposiciones que dividen a este último. No es necesario decir que la India no es China. China, comparada con Europa, aparece bajo el signo de una vida religiosa absorbente, pero, por el contrario, en comparación con la India, se presenta como un país racionalista, afectado por la poderosa crisis intelectual de los Reinos combatientes (siglos V-III a. de J. C.), parecida, como se ha dicho, a la fundamental crisis filosófica que señaló en Grecia el nacimiento del espíritu científico. El confucianismo recogió, como veremos, la herencia de esta crisis agnóstica y racionalista, la adaptó a las necesidades políticas y le permitió atravesar la enorme crisis religiosa de los siglos III al X, para salir modelado de nuevo en lo que será el neoconfucianismo, victorioso desde el siglo XIII.

En China, por tanto, dos corrientes avanzan conjuntamente, y el inmovilismo de la sociedad obedece a ciertas estructuras políticas, económicas y sociales, tanto como religiosas, mientras que en la India predomina lo sobrenatural. ¿Cómo se puede reformar y replantear la sociedad de los hombres, cuando a su organización se le adjudica una naturaleza divina?

CAPITULO XI

LA CHINA CLASICA

La China clásica, en la que radica nuestro punto de partida, ya que está muy lejos de haber desaparecido totalmente, ha tardado mucho en adquirir y precisar sus rasgos originales. Su aspecto general es el de un conjunto compacto que escapa a los acostumbrados intentos de periodización. A través de tantos siglos, a través de una interminable sucesión de catástrofes y de conquistas, parece que su imagen permanece inmutable.

No obstante, por muy lenta que haya sido la evolución de esta enorme realidad, es indudable que ha existido. Como todas las civilizaciones, la civilización china acumula sus experiencias, va haciendo una selección, renovada continuamente entre sus propias riquezas y tendencias; por último, contrariamente a las apariencias, no está cerrada al mundo exterior. Aires extranjeros llegan hasta ella imponiéndole su presencia.

I. LAS DIMENSIONES RELIGIOSAS

Las primeras dimensiones, las más importantes, las más difíciles de captar son las de su vida religiosa. Esta vida religiosa no tiene contornos bien definidos. Admite varios sistemas, como la religión occidental, pero que no se excluyen los unos a los otros. La piedad de un fiel va de una forma a la otra, admite, al mismo tiempo, misticismo y racionalismo. Lo mismo que si un europeo oscilara sin encontrar ningún obstáculo, ni intelectual ni religioso, de la Reforma a la Iglesia católica y al ateísmo, tomando de cada uno lo que le conviene. «En el chino se encuentran reunidos el agnóstico más convencido con el mayor conformista, el anarquista con un místico en potencia... Los chinos son supersticiosos o positivistas, o más bien ambas cosas a la vez» (Marcel Granet). Es éste «a la vez» el que con frecuencia resulta incomprensible para un occidental.

Conviene recordar estas consideraciones que también son válidas para la China reciente, al iniciar una exposición histórica. Explican, de antemano, una verdad fundamental: al implantarse en tierra china, el confucianismo (se dice también, aunque más raramente, el confucionismo) y el taoísmo (aproximadamente por la misma época), y mucho más tarde el budismo,

no se han eliminado los unos a los otros a pesar de sus controversias y de sus luchas, ni se han distinguido siempre entre ellos. Se han ido añadiendo más bien a una vida religiosa muy anterior, primitiva y poderosa. Se dice que «los tres grandes» han navegado sobre aguas religiosas antiguas. En realidad, es más exacto decir que han naufragado en ellas.

1. La vida religiosa de China, en sus fundamentos, es muy anterior a las tres grandes corrientes de su vida espiritual. Una herencia multiforme, activa, se mantiene en la base de todas las prácticas religiosas.

Se trata de una vieja herencia, ya transmitida desde antes del primer milenio anterior a Cristo, en los orígenes de la primera China coherente, a la que ya nada transformará por entero.

Entonces la aparición del arado favoreció la instalación de poblaciones mucho más densas, agrupadas en pueblos, en señoríos. Esta primitiva China practica el doble culto de los antepasados y de las divinidades del suelo señorial, lo que nos permite compararla con entera libertad, ya sea a la Grecia arcaica, ya sea a los primeros tiempos de Roma, en el clima mismo de la *Ciudad Antigua*.

El culto de los antepasados concede una particular importancia a los grupos familiares *patrilineales* (en los que el nombre se transmite de padre a hijo). Por encima de estas familias, el grupo más amplio de la *gens* (en chino *sing*) reúne a los hombres descendientes de un mismo antepasado y que, por ello mismo, tienen un mismo gentilicio. Este es el caso de lo Ki, cuyo primer antepasado fue el soberano Millet, de la *gens* Sseu, cuyo primer antepasado fue Yu el Grande, héroe legendario que hizo correr las aguas del Diluvio.

Esta organización y el culto a los antepasados afectan, en un principio, tan sólo a las familias patricias. Más tarde, las familias plebeyas imitaron este antiguo modelo y rindieron a sus propios antepasados un culto de dioses.

Al lado de los antepasados están, en un plano apenas diferente, los dioses locales de la señoría, desde los dioses de la casa, de las colinas, de los ríos, de las diversas fuerzas de la naturaleza, localizadas en un determinado punto del territorio, hasta el dios del suelo de la señoría, *chö*, que reina sobre todos los demás.

“Un príncipe de Tch'en, vencido en el 549 (a. de C.), que se rendía en toda la línea, se presentó ante su vencedor con traje de duelo, llevando en brazos al Dios del Suelo y precedido de su general, que llevaba los jarrones del Templo de los Antepasados: de esta manera quería ofrecer a la misma Señoría.” (H. Maspero).

Al someter la unidad política a todas las Señorías, bajo el mando único de la autoridad monárquica, se impone a todos estos dioses locales un gran Dios del Suelo Real: el Soberano Tierra. Fue, con bastante naturalidad, el Dios de los Muertos: «les guardaba celosamente en sus Cárceles Oscuras, dentro de las Nueve Obscuridades, cerca de los Manantiales Amarillos». También se rindió culto a un Dios del Cielo (el Altísimo), a los Dioses de las Montañas, de los Cuatro Mares, de los Ríos (el Conde del Río es el

Dios del terrible Hoang-Ho)... De hecho, los dioses son tan numerosos como los millares de caracteres del chino clásico.

Este politeísmo proliferante cree en la supervivencia de las almas, ya sea en los Manantiales Amarillos, que es la morada infernal, ya sea en el mundo celeste del Dios del Cielo, o en la tierra, en el Templo de los Antepasados. Esta jerarquía de moradas del Más Allá reproduce muchas veces la jerarquía existente en la sociedad humana. A los príncipes, ministros y grandes de este mundo les correspondía la bienaventurada vida del cielo, en donde los más importantes de entre ellos eran asistidos por sus criados. El común de los mortales iba a los Manantiales Amarillos, a las Nueve Obscuridades, porque a ellos les correspondía el infierno. A los hombres de fortuna media les correspondía la vida en la Tumba de los Antepasados. Todo esto queda un poco en el aire, sobre todo porque cada hombre tiene varias almas, y porque sólo es posible la vida del más allá gracias a las ofrendas y a los sacrificios de los vivos, que tienen un sentido análogo al de los sacrificios y las ofrendas reservadas a los dioses. Los muertos y los dioses comen: "Llenamos de ofrendas las copas de madera y las copas de barro—dice el canto ritual que se hace en el momento del sacrificio de las víctimas. Cuando le llega el perfume al señor del cielo empieza a comer."

Entre los dioses y los vivos existe una relación comercial: los dioses responden a las ofrendas de los hombres con su protección. Dice un Dios: "Si me hacéis sacrificios os daré a cambio felicidad." Un príncipe declara: "Mis ofrendas son abundantes y puras. Seguramente los espíritus me sostendrán." Y otro se queja: "¡Qué crimen han cometido los hombres de hoy día para merecer del cielo duelos, desórdenes y escasez de pan y de legumbres! ¡No hay dioses a los que yo no haya honrado; nunca les he regateado víctimas!"

2. La crisis de los "Reinos Combatientes". Entre los siglos V y III a. de J. C., la China feudal se desintegra en el curso de un período tumultuoso, llamado de los "Reinos Combatientes".

Las Señorías desaparecen entonces a beneficio de los principados más o menos importantes, más o menos estables, en medio de guerras continuas. Más tarde se constituirá y se impondrá la paz unificadora del Imperio de los Han.

Esta crisis larga y violenta va acompañada de una inquietud moral muy viva que incita a los pensadores chinos, en el curso de sus controversias ideológicas, a reaccionar contra el formalismo de la religión de los primeros tiempos. El destino intelectual de China se ve dominado enteramente por este período que recuerda tanto a los griegos (siglos V y IV a. de C.), como al Renacimiento italiano, con sus dramas políticos y sociales, durante los cuales el gran problema que tenían los tiranos y sus súbditos era el vivir y el sobrevivir.

De la misma manera, la China de los siglos V a III tuvo sus políticos (sus *legistas*), preocupados de calcular la ocasión y la oportunidad (*che*) que ésta puede ofrecer al Príncipe o al Estado. Tuvo también sus retores, sus «sofistas», preocupados por el bien público. Estos sofistas pertenecían, con frecuencia, a la antigua escuela de Mo-Ti (o Mō-Tseu), o *Mohismo*.

Los discípulos de Mō-Tseu se pueden comparar, en cierta manera, a una orden de caballería al servicio de los oprimidos, o una especie de congregación de Hermanos Predicadores. En efecto, estas comparaciones revelan con cierta exactitud en qué consistía su actividad y su «compromiso». A

posteriori, los historiadores les han concedido el sobrenombre de «sofistas», que traduce también su pasión de discurrir, de convencer con la palabra, de argumentar sin fin, cada uno según su propia línea. Un pensamiento relativista y también racionalista, al margen de las estrictas prescripciones de la religión, surge en segundo término de estos fervorosos debates.

La época de los Han sólo retendrá una parte de estas innovaciones filosóficas, pero más o menos lo que había de ser el confucianismo, es decir, una tendencia claramente racionalista, en contraposición con la antigua religión; pero igualmente, en contraposición con los excesos retóricos de los sofistas, de la multiplicación de sus doctrinas y de los efectos políticos y sociales que pueden tener. El confucianismo es una ordenación al mismo tiempo intelectual, política y social.

No obstante, gracias a él, se conservó en China un pseudo-racionalismo, frente a los empujes religiosos del taoísmo y, sobre todo, del budismo, muy fuertes hasta el siglo X. En el siglo XIII se reconstituirá sólidamente con el neo-confucianismo.

3. El confucianismo no es solamente un intento de explicación racionalista del mundo, sino también una moral política y social; y además una verdadera religión, como ya se ha dicho, o, por lo menos, una actitud filosófica a la que se acoplan tanto una cierta religiosidad como el escepticismo, e incluso el agnosticismo más sincero.

Recibe su nombre de Confucio (551-479 a. de C., son sus fechas tradicionales). Aunque no dejó ningún escrito y su doctrina ha sido transmitida por sus discípulos, fue el fundador de este sistema que se iba a convertir en inherente de la clase a la que él mismo representaba, la *intelligentsia* china.

a) *El confucianismo es, en efecto, y ante todo, la expresión de una casta, la de los letrados, a los que se llama mandarines, representantes de un nuevo orden social y político que se organiza poco a poco, después de la desintegración feudal; en suma, los administradores y los «funcionarios» de la nueva China.*

Los funcionarios-letrados, que representan a la autoridad del Estado, se multiplican con los primeros grandes principados desde el momento en que la escritura se convierte en la condición del orden y de la autoridad. Muchas veces se habían visto confinados a puestos subalternos, al recaer los cargos importantes en las grandes familias aristocráticas, pero la formación del primer gran Imperio, el de los Han (206 a. de C., 220 d. de C.) asegura su triunfo.

El desarrollo del confucianismo está estrechamente relacionado con el de la enseñanza que reciben los letrados. La Gran Escuela, fundada en el 124 a. de C. por el Emperador Wau, enseña ya una doctrina complicada, basada en la lectura de los cinco libros clásicos (*Mutaciones, Odas, Documentos, Primavera y Otoños, Ritos*), cuya tradición se remontaba hasta Confucio, pero que de hecho son anteriores y posteriores a éste y cuyo texto ha sido verdaderamente restablecido y comentado de manera inteligible por los letrados de los siglos IV y III a. de C.

Cada maestro enseña un libro, siempre el mismo, y según una única interpretación. De ahí que existan en la Gran Escuela para cada libro tantas cátedras como interpretaciones posibles (quince en el primer siglo a. de C.). Cada maestro no se

dirige directamente más que a unos diez *asistentes*, que son los encargados de enseñar a los alumnos. En el año 130 de nuestra era, la Escuela tenía 1.800 estudiantes y 30.000 auditores. Estos estudios eran coronados con exámenes muy severos. Las preguntas que se hacían estaban inscritas en unas planchas, de manera que servían de blanco a los candidatos que les disparaban con una flecha: la flecha indicaba la pregunta a la que tenían que contestar.

En conjunto, este sistema duró casi hasta nuestros días, pero, como es natural, en el curso de los siglos se fueron haciendo reajustes, comentarios y redactando verdaderas "Sumas", lo que nosotros llamaríamos nuevos libros de texto. El más importante de estos reajustes se verificó en los siglos VIII y XII con los Cinco Maestros, fundadores de lo que se llama el *neoconfucianismo*. El más célebre de entre ellos, Tchu Hi (+ 1200), elaboró la doctrina que hasta la caída del imperio chino (1912) permaneció como guía invariable y doctrina oficial de la sabiduría china.

b) *Al ser una doctrina de espíritus refinados, el confucianismo es una tentativa de explicación del mundo que quiere eliminar las creencias populares primitivas al mismo tiempo que respeta el sentido general de la tradición.*

De ahí su desapego bastante altivo e incluso despectivo frente a la religión popular y su evidente escepticismo. Confucio no habla en ningún momento de dioses y, aunque respeta a los espíritus y a los antepasados, prefiere mantenerlos a distancia: «El que no sabe servir a los hombres, dice, ¿cómo es posible que sepa servir a los espíritus? El que no conoce a los vivos, ¿cómo es posible que conozca a los muertos?»

De las fuerzas de la naturaleza, de las relaciones de los hombres con el mundo sobrenatural, los confucianistas dan una explicación de conjunto en la que se puede ver un esbozo de teoría científica del Universo. No son los caprichos de los dioses, ni su ira o su buena voluntad los que determinan la vida del mundo, sino el juego de fuerzas impersonales cuya interacción es responsable de todos los fenómenos y mutaciones. Por lo tanto, no hablan del *Dios del Cielo*, sino del *Cielo*... No obstante, al formular estas nuevas explicaciones, los confucianistas han conservado, muchas veces, viejas palabras y viejos conceptos de origen popular, incluso campesino, a los que han cargado de un sentido filosófico nuevo. Por ejemplo, el *yin* y el *yang*.

En la terminología y en la literatura populares estas dos palabras evocaban concretamente "un conjunto de imágenes contrastadas". *Yin* calificaba a la sombra; *yang*, al sol; *yin*, al tiempo frío y lluvioso, al invierno; *yang*, al calor seco, al verano; *yin*, a lo que es femenino y pasivo; *yang*, a lo que es masculino y activo... Los confucianistas se han apoderado de estas dos palabras para hacer de ellas el símbolo "de dos aspectos concretos y complementarios del universo, que se oponen en el espacio y alternan en el tiempo", dos aspectos que, por su mismo antagonismo, suscitan todas las energías del universo. Estos dos tiempos alternan continuamente: "a un tiempo de reposo llamado *yin*, sucede otro de actividad llamado *yang*. No coexisten nunca y se suceden indefinidamente el uno al otro y su alternancia lo reglamenta todo". Y concretamente reglamenta las estaciones: el *yin*, otoño-invierno, sucede al *yang*, primavera-verano. Así se explica también la alternancia del día y de la noche, del frío y del calor. En el hombre esta "dualidad" se concreta en el amor y en el odio, en la alegría y en la cólera...

El ritmo que organiza estos movimientos alternados del *yin* y del *yang* es el *tao*, principio de la misma alternancia y, por lo tanto, de la unidad de todo ser y de

toda evolución. "Una vez *yin*, otra vez *yang*, y se engendra la unidad, el *tao*", dice el proverbio.

Desgraciadamente, aunque en la naturaleza todas las cosas sigan su *tao*, su camino recto; aunque el *yang* del cielo y el *yin* de la tierra alternen indefinidamente para regular todos los problemas de la naturaleza y de los hombres, el hombre es, en el Universo, un elemento particular, perturbador, el único que tiene libertad para no seguir a su *tao*, para apartarse del camino que tiene trazado. Entonces, a causa de sus malas acciones, el hombre destruye la armonía preestablecida.

Los confucianistas piensan que, al hacerlo, el hombre provoca todas las perturbaciones, tanto físicas (eclipses, terremotos, inundaciones...) como humanas (sublevaciones, calamidades públicas, hambres, etc.). Por el contrario, los neoconfucianistas reducen este poder perturbador del hombre al propio hombre. Por su falta de virtud, el hombre se condena a sí mismo a un rebajamiento. Es el principio, como veremos, del poder imperial: los soberanos son automáticamente instituidos como tales o depuestos, según que observen o no los preceptos del cielo.

c) *De ahí que el Confucianismo vaya a parar a una regla de vida, a una moral que tiende a mantener orden y jerarquía en la sociedad y en el Estado, y que reacciona vivamente contra la anarquía intelectual y social de los sofistas y legistas.*

Partiendo de prácticas religiosas antiguas, los confucianistas han concedido a una serie de ritos, de actitudes sociales y familiares, una función importante de equilibrio moral y de dominio de los sentimientos. Los ritos regulan la vida de cada uno, su categoría social, sus deberes y sus derechos. Seguir su propio camino, su *tao*, es, ante todo, para cada uno, permanecer en el lugar que le conviene o, mejor dicho, en el lugar que es el suyo, de una vez para siempre, en la jerarquía social. «Este es el sentido profundo de la célebre definición que hizo Confucio del buen gobierno: «¡Que el príncipe sea príncipe; el súbdito, súbdito; el padre, padre; el hijo, hijo!»

Naturalmente, la obediencia y el respeto que se deben tener para con el Príncipe o con el Mandarín están justificadas por su superioridad: «La virtud del Príncipe es como el viento; la del pueblo, como la hierba. Cuando el viento sopla, siempre se inclina la hierba.» La virtud cardinal de los súbditos es, pues, la obediencia absoluta, que condiciona la armonía y la comunidad. De ahí la importancia que el confucianismo sigue concediendo «al culto de los antepasados, desprovisto de toda religiosidad, pero exigido en tanto que es cimiento de la jerarquía» (E. Balazs), porque el culto de los antepasados mantiene dentro de la misma familia obediencia y jerarquía absolutas.

Es evidente que las "virtudes predicadas por los confucianistas: respeto, humildad, sumisión y subordinación a los superiores, en el rango y en la edad", refuerzan poderosamente la autoridad política y social de la casta de los Letrados, es decir, su propia clase. Esta moral tradicionalista y formalista resultó fundamental en la continuidad e inmovilismo social de China.

4. El taoísmo, contemporáneo del confucianismo y nacido como consecuencia de la misma crisis prolongada, consiste en una búsqueda mística, y en una religión individual de salvación. En su forma popular está relacionado con la existencia, tan importante en China, de las sociedades secretas.

Su origen está, teóricamente, relacionado con la enseñanza de Lao Tsé («el Maestro»), personaje mítico del siglo VII antes de nuestra era. Pero el libro que se le atribuye y que contiene su doctrina es del siglo IV a III a. de C.

1.º *El taoísmo es una búsqueda mística de lo absoluto y de la inmortalidad.*

Lo mismo que los confucianistas, los taoístas han reinterpretado con fines particulares, los conceptos generales de *yin*, de *yang* y de *tao*. Para ellos, el *tao* es un absoluto místico, el primer poder de la vida, «aquello por lo que todo llega a ser».

Es imposible definir este absoluto. Veamos lo que dice un texto antiguo atribuido a Lao Tsé: «El *Tao* que se intenta expresar no es el mismo *Tao*; el nombre que se le quiere dar no es el nombre adecuado. Sin nombre representa el origen del universo; con un nombre constituye la Madre de todos los seres. Captemos su secreto por el no-ser; tengamos acceso a él por el ser. No ser y ser, saliendo de un fondo único, no se diferencian más que por sus nombres. Este fondo se llama oscuridad. Obscurecer esta oscuridad: he aquí el camino de todas las maravillas.»

La perfección, la santidad que persiguen los taoístas es la unión mística con el *Tao* eterno; es «anularse estando vivo en esta presencia originaria y soberana que lo envuelve todo sin ser nunca envuelta», en el «sin forma que engendra todas las formas, en el *Tao* que posee una vida eterna». Es alcanzar al mismo tiempo la inmortalidad.

Se trata de una experiencia mística, difícil de captar en sí misma, y que sólo se alcanza por la ascesis y la meditación. «No debéis escuchar con el oído, sino con el Corazón (el Corazón, para un chino, equivale al Espíritu); no debéis escuchar con el Corazón, sino con el Soplo (la respiración)... Es el Soplo el que, cuando está vacío, capta la realidad. La unión con el *Tao* sólo se consigue a través del Vacío; este Vacío es el ayuno del Corazón.»

La finalidad perseguida es obtener, mediante largos años de meditación y de purificación, mediante la repetición de buenas acciones, lo que un privilegiado obtuvo, según se nos cuenta, en unos pocos días: «Al cabo de tres días, pudo separarse del mundo exterior; al cabo de siete días, pudo separarse de las cosas más próximas; al cabo de nueve días, consiguió separarse de su propia existencia. Después ...obtuvo la penetración clara, vio lo que es el Único; después de haber visto lo que es único, alcanzó el estado en el que no existen ni presente ni pasado; por último llegó al estado en que no hay ni vida ni muerte.»

De esta manera, el taoísmo se aproxima a todas las grandes experiencias místicas, ya sean cristianas, islámicas o budistas.

2.º *Pero la inmortalidad a la que aspiran los taoístas no es solamente la salvación del alma, sino también la inmortalidad del cuerpo, gracias a una serie de recetas para prolongar la vida, de purificaciones, de «aligeramientos» del cuerpo.*

Las técnicas recomendadas son, de hecho, innumerables: gimnasia respiratoria, que permite la libre circulación del aire y de la sangre y evita «las obstrucciones, coagulaciones o nudosidades»; cuidadoso régimen dietético que rechaza los alimentos comunes (sobre todo los cereales) y los reemplaza por drogas tanto vegetales como minerales; por último, prácticas de alquimia. En el capítulo de estas últimas figura la vajilla de oro que purifica todos los alimentos, el oro disuelto (licor de oro) y, sobre todo, el cinabrio (sulfuro de mercurio) cuando por nueve veces ha sido transformado de cinabrio en mercurio y de éste en cinabrio, para conseguir «la píldora roja de la inmortalidad». Cuando se han llevado a cabo estas diferentes prácticas, «los huesos se han hecho de oro, la carne de jade, y el cuerpo incorruptible»; ligero como una paja, está en condiciones de elevarse en una apoteosis que lleva, al adepto, convertido en inmortal, hacia la morada de los dioses. Para no conmocionar al mundo de los vivos, fingirá que muere como los demás, dejando para reemplazarle un bastón o un sable, al que previamente habrá dado la apariencia de un cadáver.

Estas investigaciones de alquimia, de elixir para alargar la vida, dan un sentido a la historia de Tchang-Tchuen (*Eterna Primavera*), aquel monje taoísta que tenía setenta y tres años (aunque se contaba que tenía doscientos) cuando Gengis Khan le obligó a dejar su monasterio para reunirse con él en Mongolia y llevarle la receta de la prolongación de la vida. Cuando el viejo monje llegó a su punto de destino, el 9 de diciembre de 1221, el emperador le preguntó: «¿Qué medicamento me has traído?» El chino contestó: «Ninguno. Para garantizar la vida sólo cuento con Tao.» El emperador y el monje murieron, con algunos días de intervalo, en 1227.

3.º Por último, hay una religión popular taoísta, ignorante, tanto de la santidad de los maestros como de las complicadas técnicas, para conseguir la prolongación de la vida. En la misma lengua china se diferencian «el pueblo taoísta», *tao-min*, de los verdaderos adeptos, *tao-che*.

La masa de los *tao-min* se contenta con participar en los numerosos oficios, con multiplicar sus ofrendas, con hacer actos de penitencia. Estos fieles no pueden aspirar a la inmortalidad, pero los que llevan una vida pura tienen asegurada una vida mejor en el otro mundo. No escapan a los Manantiales Amarillos, pero sirven de funcionarios al Dios Tierra, y reinan sobre la masa miserable de los muertos. Estos últimos detalles demuestran que el taoísmo, en su aspecto popular, ha tenido que acoplarse, en este punto como en tantos otros, a las viejas creencias.

Este taoísmo popular se ha organizado, repetidas veces, en iglesias muy jerarquizadas, y también en una serie de sectas más o menos secretas de tendencias anarquizantes y místicas. El taoísmo, en efecto, frente al confucianismo tradicionalista y partidario del orden social, siempre ha sido el símbolo del individualismo, de la libertad personal, de la rebeldía.

5. El budismo, cronológicamente el último de los «tres grandes», es una religión importada por los misioneros de la India y del Asia central. Pero él también recurrió a los fondos comunes del pensamiento chino y se transformó profundamente al entrar en contacto con ellos.

1.º *El budismo se formó en la India entre los siglos VI y V a. de C.;* tuvo un período de esplendor en la época del emperador Asoka (273-236 a. de C.). Rechazado progresivamente, asimilado por el hinduismo, se conserva durante cierto tiempo en el Norte y en el Noroeste de la India, bajo los monarcas de la dinastía griega, instalada a raíz de la conquista de Alejandro, y después llega al Asia Central, a la Bactriana, y a la cuenca del Tarim.

Es aquí donde le va a encontrar la conquista china, hacia el siglo II a. de C. Tardó tres siglos en comenzar a introducirse en el Imperio de los Han, en el siglo I de nuestra era, por las rutas de Asia Central, pero también por las del mar y los caminos del Yunnan. Sólo en el siglo III, y, por tanto, con un gran retraso, se extenderá realmente por el conjunto de la sociedad china, tanto en las minorías como en las masas populares. Ejerció sobre ella una influencia predominante hasta el siglo X.

El budismo enseña que los hombres, después de la muerte, renacen con otro cuerpo para una existencia más o menos feliz (según el valor de las acciones que se hayan realizado en las existencias anteriores), pero que en todo caso siempre implica dolor. La única solución contra este dolor es seguir el camino que predicó Buda y que permite alcanzar el Nirvana, es decir, confundirse con la vida eterna incondicionada, y librarse de la "rueda" de la reencarnación. Este camino es difícil de seguir, porque lo que hace renacer a los seres después de su muerte es su sed de vida. Esta sed es la que hay que apagar mediante el desapego y la renuncia. Para ello hay que comprender que ni el Yo ni lo que le rodea tienen existencia real: no son más que ilusorios. Esta comprensión no constituye un conocimiento razonado, sino una intuición, una iluminación que el sabio sólo puede aprehender por la contemplación y los ejercicios espirituales repetidos en una y con frecuencia en varias existencias.

2.º *El éxito inicial de esta religión, muy ajena al espíritu chino, se explica por un claro malentendido.* No se presentó a los chinos bajo su verdadero aspecto. Los primeros seguidores del budismo provenían todos ellos de los medios taoístas: confundieron el budismo con una variedad, apenas diferente, de su propia religión. En efecto, ambas son religiones de salvación, y, exteriormente, sus prácticas de contemplación se parecen, aunque las del budismo, físicamente menos penosas, hayan parecido más atractivas. Además, los textos sánscritos que habrían podido aclarar el debate, sólo se fueron conociendo muy lentamente. Al ser muy difíciles de traducir al chino, lo fueron, generalmente, gracias a la colaboración de los misioneros indios y de los primeros seguidores taoístas, y, por lo tanto, con el mismo vocabulario del taoísmo, lo que vino a favorecer aún más la confusión. De esta manera, la iluminación budista fue asimilada a la unión con el Tao, el Nirvana se tradujo por la palabra china que designaba a la morada de los inmortales, etcétera... Este budismo desfigurado se propagó rápidamente gracias a la extensa red de comunidades monásticas, tanto de hombres como de mujeres.

Como en el caso del taoísmo, una religión popular reúne a los fieles que se contentan con participar en las fiestas muy simples del culto, con recitar oraciones, con multiplicar las limosnas, con evitar los cinco pecados capitales, con participar en sesiones dramáticas en las que el bonzo tiene el en-

cargo de salvar, de librar a las almas de los antepasados de sus moradas infernales. Gracias a ello, los fieles pueden confiar en tener acceso después de su muerte al Cielo del Oeste mediante la intercesión de los santos, salvadores de las almas de los condenados.

3.º *Sólo se dispó el malentendido con la multiplicación de las traducciones de los textos sánscritos, es decir, posteriormente, no antes de los siglos VI y VII.*

En realidad, el taoísmo y el budismo son profundamente opuestos. El uno, aspira a conseguir la "droga de la inmortalidad", la no destrucción del cuerpo; el otro, considera al cuerpo como una cadena impuesta a los hombres a causa de su imperfección y que ni siquiera tiene una existencia real. El mismo Yo no existe para un budista: en el Nirvana desaparece todo atisbo de personalidad, mientras que en el Paraíso de los Inmortales, el Santo taoísta conserva la suya para siempre jamás.

Tan sólo a algunos grandes pensadores chinos les desconcertará el tardío descubrimiento de las contradicciones entre estos dos grandes sistemas de pensamiento y la imposibilidad de «valerse del sistema de Buda para alcanzar el sentido de Tao», como escribió uno de ellos en el siglo VII. Y es que el budismo se había vuelto «chino». Alternativamente favorecido y perseguido (soportó, por ejemplo, la dura represión del año 845, que clausuró todos sus monasterios), el budismo estableció y conservó «un cierto número de creencias debidamente seleccionadas que China había admitido, a efectos prácticos, como patrimonio propio, sin modificarlas» (Demiéville). Así, por ejemplo, la creencia en la transmigración de las almas se extendió a toda China, incluidos los medios taoístas. Y de la misma manera, la metafísica budista penetró en el neoconfucianismo a partir del siglo XIII...

Por lo tanto, no cabe decir que el budismo ha sido destruido por la civilización china. Más bien *se ha añadido a ella*, le ha dado una orientación indeleble (baste pensar en sus numerosísimas obras de arte) al mismo tiempo que era contaminado de manera irremediable. Pero todas las demás religiones corrieron en China la misma suerte.

6. Por lo tanto, ¿qué significa la religión para la mayoría de los chinos después de las grandes modificaciones neo-confucianistas del siglo XIII, e incluso en la actualidad?

En otras palabras, ¿qué representan para la mayoría de los chinos los templos de ladrillos pintados de colores vivos, que se alzan a mayor altura que las casas corrientes, marrones o grises, de paredes de madera o de barro? No representan a ninguna religión en particular, sino a todas a la vez.

Todos los fieles se dirigen con la misma naturalidad a los bonzos budistas que a los taoístas. Ambos offician en los mismos templos; en ellos están situados, unos junto a otros, la estatua de Buda, el altar del dios local o la estatua de Confucio casi deificado. Se les hacen sacrificios a unos y a otros. Durante la última guerra se rezó en común en un templo chino a un total de 687 divinidades..., entre las que se encontraba Cristo. Lo interesante es hacer resaltar que esta multitud de dioses vienen de muy lejos y que ninguna

de las antiguas controversias religiosas ha dado primacía a una forma de creencias sobre las demás.

En la época de Marco Polo, en la Corte del Gran Khan, que por entonces dominaba China y el Imperio mongol, pareció que una borrasca religiosa iba a barrer todo. El Mongol había apartado a los confucianistas (aunque les guardó a su servicio como funcionarios); había perseguido a muerte a los taoístas, favorecido a los chamanes mongoles (animistas) y más aún a los budistas, pero de rito tibetano, acogiendo en su corte a los *lamas* taumaturgos y practicantes de la magia. Una secta cristiana, los Nestorianos, se aprovechó también de esta coyuntura. Y poco después de la partida de Marco Polo, un monje de Occidente, Fray Giovanni de Montecorvino, conseguía levantar la primera iglesia católica en Cambaluc (Pekín), tan cerca de Palacio que era prácticamente imposible que el Emperador no oyera las campanas. "Y este hecho extraordinario se divulgó por todas partes, entre todos los pueblos", escribe el mismo Fray Giovanni. Pero ni sus esperanzas, ni más tarde las de los Jesuitas serán colmadas. Era imposible convertir a los chinos a una sola religión, sobre todo si se trataba de una religión extranjera.

II. LAS DIMENSIONES POLITICAS

Bajo este título tenemos que seguir los pasos de una evolución lenta y múltiple. Y no limitarnos a esbozar la multitud de costumbres y de ritos que supone la monumental institución imperial, sino explicar cómo su fuerza se ha basado en un curepo de funcionarios letrados, los Mandarines, hasta tiempos recientes una de las originalidades más importantes de la sociedad y de la civilización chinas; finalmente, hay que poner de relieve que estas instituciones se justifican por sus resultados: el equilibrio de una gran sociedad, el mantenimiento de una unidad a través de un enorme espacio político. Esta unidad ha sido la razón de ser de la Monarquía Imperial.

1. La Monarquía Imperial ilustra "la continuidad china".

De acuerdo con los cronistas y con los historiadores chinos, se puede atribuir a la Monarquía Imperial cuatro mil años de historia, con 22 dinastías sucesivas, que la cronología oficial ha reelaborado sin señalar entre ellas la más mínima interrupción. Pero este reajuste oficial no debe llamar a engaño. En primer lugar, esta cadena ha sido objeto de interrupciones, desórdenes e imposturas. En segundo lugar, la institución imperial sólo existe a partir de la unidad china que se debe al "Primer Emperador" de los Ts'in, Ts'in Che Huang-ti (221-206), continuada y estabilizada por la dinastía de los Han (206 a. de C.-220 d. de C.).

Si se acepta este razonable punto de partida, la institución imperial va desde el año 221 a. de C. hasta el año 1911-1912, en que cayó la dinastía de los manchús también llamada dinastía de los T'sing (1644-1911). Se trata, pues, de un rasgo de *larga duración*, de un eje alrededor del cual ha girado la historia de China durante siglos. Se comprende entonces la preocupación de los historiadores y de los filósofos chinos por subrayar la duración y la legitimidad de la institución monárquica, incluso a costa de tener que poner un orden artificial y retrospectivo allí donde la historia no había puesto el suficiente. Tanto más cuanto que este orden imperial no su-

ponía tan sólo, en China, un orden humano, sino también un orden religioso, basado en valores sobrenaturales.

Orden social, orden sobrenatural son el envés y el revés de un mismo paño: *lo que hace el Emperador participa tanto de lo temporal como de lo sagrado*; sus actos nunca tienen rotundamente un carácter laico. El Emperador vigila, de hecho, tanto el orden sobrenatural como el orden natural del mundo, mantiene una quietud en este doble mundo, consistiendo su papel tanto en nombrar a los funcionarios como en decidir la jerarquía de los templos, o conceder un nombre a un determinado «sabio divinizado», o presidir la apertura ritual de los trabajos agrícolas haciendo el primer surco con el arado con ocasión de la fiesta de la primavera...

Los estudiosos de la civilización china repiten con frecuencia que *esta Monarquía no se considera de origen divino*. Esto es rigurosamente cierto si se compara con la Monarquía occidental de la Edad Media o de los primeros años de la Edad Moderna. Pero entre la Monarquía Imperial china y la Monarquía Imperial tal como Roma la concibió, por ejemplo, encontramos más de un rasgo común. «La filosofía política china nunca enseñó nada parecido a la doctrina occidental del derecho divino de la Monarquía», pero esto resulta inútil cuando el Emperador «es verdaderamente el Hijo del Cielo», cuando gobierna en virtud de un *Mandato del Cielo*, de un contrato que, según la expresión de un filósofo chino, «sólo es recompensa a la virtud». Este papel desempeñado por la virtud es necesario para comprender las catástrofes, que no siempre consigue el Príncipe evitar para su Imperio o para su propia persona. Las inundaciones, las desastrosas sequías, la rebeldía frente al pago de los impuestos, las derrotas en las fronteras frente a los bárbaros, las sublevaciones campesinas, muy numerosas por cierto, son otros tantos desastres que provienen de la ruptura del contrato fundamental, de una falta de virtud por parte del Emperador, que deja entonces de ser el mandatario del cielo. Semejantes presagios no engañan: anuncian un cambio de dinastía, sin el cual generaciones enteras de hombres correrían el peligro de desaparecer junto con un Emperador indigno en el abismo bruscamente abierto. Las sublevaciones populares, por lo menos en la antigua China, son consideradas como el síntoma preliminar de una decadencia imperial. Existe un viejo dicho popular que viene a ser el equivalente de nuestro «Vox populi, vox Dei», que revela este sentimiento: «¡Los puntos de vista del Cielo coinciden con los del pueblo!»

De esta manera, el Mandato celeste se transmite legítimamente de una familia que no tiene ya méritos, a una nueva dinastía que los posee forzosamente, puesto que va a ser la depositaria del Mandato. «La expresión china *Koming*, que traduce nuestro término «revolución» y que ha sido adoptada por la China republicana, significa literalmente: retirada de mandato. Es imprescindible, en efecto, que el soberano que ha perdido esta protección indispensable, ceda su puesto a otro.» Por lo tanto, se hace necesario, para salvar la continuidad imperial y la unidad de China, ajustar exactamente en su cronología a las sucesivas dinastías, dejando al margen cuidadosamente a las «intercadas» (*jouen*), es decir, las ilegítimas o abusivas. Cuando una termina, otra recibe, necesariamente, el Mandato del Cielo. La dificultad para el historiador estriba en que durante un período de tumultos se le discuta el poder a alguien, o se reparta entre diferentes personas. Le resulta entonces problemático al historiador chino el dilucidar cuáles fueron

los verdaderos depositarios del Mandato, de la "continuidad" (el *tchang-t'ong*), o como diríamos en Occidente, de la legitimidad. A falta de mejor solución, el historiador chino opta por los que parece que fueron "más dignos" y concede entonces, a título retrospectivo, a estos personajes que han preferido a los otros, "toda la consideración debida al Hijo del Cielo".

Esta legitimidad, reconocida de derecho a quien ha tenido la fuerza de hacerse con el poder (ya que esta fuerza le ha sido concedida por el Cielo), explica la continuidad china a pesar de los dramáticos avatares políticos.

El aparato con el que se reviste esta inmutable Monarquía china es extraordinario, con todos sus esplendores—en la Corte, palacios habitados por ministros, letrados, eunucos, cortesanas, concubinas—, y el esplendor de las fiestas, magníficamente orquestadas. Por ejemplo, cuando el Emperador Song va al Sur de su capital, Hang-Tcheu, a hacer una sacrificio al cielo y a sus propios antepasados, en el templo del Sur, en las afueras, la gran avenida que lleva desde la ciudad al templo ha sido nivelada de antemano. Los soldados están alineados, elefantes con ricas monturas preceden al carro imperial, y cuando el cortejo se pone en marcha son apagadas a un tiempo todas las antorchas que se habían encendido a la caída de la noche, todo a lo largo de la carretera. Espectáculo grandioso y que se desarrolla en una atmósfera de emoción popular. Probablemente no hay un solo monarca en el mundo que no haya calculado el efecto de un ceremonial aparatoso y preciso, como testimonian, por ejemplo, las «entradas» de los Reyes de Francia en sus ciudades. El aparato de la Monarquía china obedece a razones igualmente profundas y su ceremonial tiene un carácter todavía más fastuoso y más auténticamente religioso. Para calibrar su importancia pensemos en lo que habría significado en Europa una serie de dinastías imperiales que hubieran conservado toda su fastuosidad y su significado desde Augusto hasta la primera guerra mundial.

2. La Monarquía china, esencialmente primitiva, coexiste con la "modernidad" de un cuerpo de "oficiales letrados", los Mandarines.

A Occidente le extrañó la presencia de estos Mandarines porque comprendía mal su verdadera situación, e intentaba en vano encontrar en la China de los Ming o de los Manchús un horizonte social que recordara más o menos al de Europa, con su distribución en Monarquía, Clero, Nobleza y Estado llano. A los ojos de los occidentales, los Mandarines, por la importancia que tenían en la sociedad china, podían más o menos ser equiparados a la Nobleza.

En realidad se trata de *altos* funcionarios, poco numerosos, reclutados mediante una serie de complicados concursos. Por su cultura y por sus funciones, pero no por su nacimiento, forman una casta muy exigua (como mucho, diez mil familias en el siglo XIII). Socialmente no es una casta cerrada, pero tampoco es fácil tener acceso a ella, puesto que está reservada únicamente a los intelectuales, a los hombres que por sus conocimientos, su lenguaje, sus preocupaciones, sus ideas, su manera de pensar, se encuentran unidos en una cierta complicidad y, al mismo tiempo, aislados del resto de los hombres.

Insistamos sobre el hecho de que no están en absoluto definidos como

nobles, señores o ricos propietarios (aunque también lo sean). Según Etienne Balazs, sólo admiten una comparación, y precisamente en el mundo actual, y es con los «tecnócratas» de nuestras sociedades industriales. Estos tecnócratas de la actualidad, representantes de un Estado fuerte, son monstruosamente intervencionistas, aspiran a la eficacia y a la productividad y son fieles a un racionalismo sin fracturas.

Los Mandarines tienen en común con ellos los puntos siguientes:

1.º Como en el caso de los tecnócratas, sus derechos sociales y su extraordinario prestigio provienen de sus títulos intelectuales.

2.º Como ellos, constituyen «una capa ínfima en lo que respecta al número, omnipotente en lo que respecta a la fuerza, influencia, posición y prestigio».

3.º Como ellos, «sólo tienen un oficio, que es el de gobernar y dirigir».

Su ideal está expresado en un célebre pasaje de Mencius († 314 a. de C.) sobre la diferencia entre los que piensan y los que trabajan: «Las ocupaciones de los hombres de calidad son diferentes de las de los hombres vulgares. Los unos se dedican al cultivo de la inteligencia; los otros, a trabajos corporales. Los que se dedican a los trabajos intelectuales, *gobiernan a los demás*; los que trabajan con la fuerza física son gobernados por los primeros. Los que son gobernados alimentan a los demás; los que gobiernan son alimentados por los otros.» El horror al trabajo manual es un título de gloria: la mano del letrado, con uñas que deja crecer desmesuradamente, no puede realizar más que un solo trabajo: el manejo del punzón que le permite trazar los caracteres.

Pero ¿qué significa gobernar en la antigua China? Aproximadamente, como en un Estado de hoy día, asumir todas las tareas de la administración y de la justicia. Los Mandarines fijan los impuestos, se ocupan de la justicia, de las labores policíacas; eventualmente dirigen las operaciones militares, determinan el calendario de los trabajos, construyen y se ocupan del mantenimiento de las carreteras, de los canales, de las presas, de los sistemas de irrigación. Su función consiste en «atenuar las crueldades de la naturaleza», previendo las sequías y las inundaciones, constituyendo las reservas de víveres... En resumen, aseguran el buen funcionamiento de una sociedad agrícola compleja y que exige (nos tropezamos de nuevo con las tesis de K. A. Wittfogel) una disciplina estricta, sobre todo para «vigilar el régimen de los ríos y el buen funcionamiento de la irrigación».

Los Mandarines constituyen la disciplina, la estabilidad de la sociedad, de la economía, del Estado, de la civilización. Representan el orden frente al desorden. Indudablemente este orden no siempre tuvo felices consecuencias. Pero «la homogeneidad, la duración, la vitalidad de la civilización china exigían tan alto precio». Sólo la mano de hierro de los Mandarines ha sido capaz de mantener la unidad de un inmenso Imperio, por una parte, frente al feudalismo; por otra parte, frente a una sociedad campesina que ha caído siempre en la anarquía todas las veces que ha sido abandonada a sí misma (y no se conoce ninguna excepción a esta regla). Y también frente al taoísmo, enemigo de toda coacción colectiva, partidario de una vuelta a la naturaleza, los letrados han preconizado las virtudes de la jerarquía, del orden público, de la moral confuciana.

En este sentido son altamente responsables del inmovilismo social de China: han salvaguardado un equilibrio entre los grandes propietarios, los landlords mantenidos en su lugar, y los campesinos miserables, pero que conservaban, no obstante, sus miserables tierras; han fiscalizado a los capitalistas circunstanciales, comerciantes, usureros, nuevos ricos. Y a éstos les ha contenido, tanto como esta fiscalización, el mismo prestigio de los Mandarines: regularmente, un día u otro los descendientes de los mercaderes enriquecidos se dejan tentar por la vida de las letras y por el atractivo del poder, por las célebres oposiciones... Así se explica, en parte por lo menos, que la sociedad china no haya evolucionado, a la manera occidental, hacia un sistema capitalista. Permaneció en la etapa del paternalismo y del tradicionalismo.

3. La unidad china o el Norte más el Sur. El espacio chino sólo se unifica verdaderamente en el siglo XIII, en el mismo momento en que una serie de calamidades se abaten sobre China.

La conquista mongol (1211-1279) se termina con la conquista de la China, de los Song del Sur y de su capital Hang-tcheu, que visitará Marco Polo después, pudiendo conocer todavía su esplendor y su belleza. Los nuevos amos de China no solamente han llevado lo más lejos posible los límites de la dominación china, sino que también han dado fuerza y vida a este conjunto de espacios diferentes. Con frecuencia éstos se habían unificado en tiempos de los Han, de los Tang y de los Song, pero fue entonces cuando culminó la evolución empezada mucho tiempo atrás y que va a consagrar la riqueza y la supremacía de la China meridional; esta riqueza se extiende entonces por todo el cuerpo de la China imperial.

Durante siglos, el Sur había sido un "Far West", "un Mezzogiorno medio bárbaro", poco poblado, y cuando lo estaba era por tribus autóctonas, que costaba mucho rechazar. El Sur, sin embargo, despierta de su sueño semicolonial a mediados del siglo XI, cuando se hace posible la maravilla de las dobles cosechas, gracias a la difusión de las especies precoces de arroz. Desde entonces, se convierte en el granero de China. Si los dos primeros milenios (anteriores al siglo XI) han sido dominados por los hombres del Río Amarillo, el tercer milenio (del siglo XI a nuestros días) lo será, prácticamente, por los hombres del Yang-Tsé-Kiang, y de más allá, hacia el Sur, hasta Cantón, aunque Hang-Tcheu y Nanking, las capitales del país del Río Azul, hayan sido suplantadas por Pekín, más al Norte, por razones geopolíticas: hay que enfrentarse y cortar el paso a los bárbaros y a los nómadas del Norte.

Rápidamente, la primacía del Sur se convierte en primacía de número: en el siglo XIII hay dos chinos meridionales por cada nórdico; primacía también, y hasta nuestros días, de la calidad, de la eficacia. La enorme mayoría de intelectuales de los tres últimos siglos es originaria de las provincias de Kiang-su y de Tchökiang; la mayoría de los líderes de la Revolución del siglo XX provienen de Hunan. Son consecuencia de este traslado (que ya tiene cerca de diez siglos) del centro de gravedad de China. Entre los siglos XI y XIII el inmenso reloj de arena se invirtió definitivamente a beneficio de la China del arroz y a expensas de la China del mijo y del trigo.

Pero esta China nueva continúa siendo la China antigua, la prolonga y la enriquece. El Sur viene a ser como la América de China (como lo será, cuando le llegue el turno, Manchuria, a partir del siglo xx).

III. LAS DIMENSIONES SOCIALES Y ECONOMICAS

Bajo la semiinmovilidad de la China clásica se percibe también la semiinmovilidad de sus estructuras económicas y sociales. Constituyen los cimientos de este enorme edificio.

1. Como toda sociedad global, la sociedad china se presenta como un complejo de sociedades, como una ensambladura de formas vetustas y progresivas cuyo devenir (cuando se da el caso de que haya devenir) depende de una lenta e imperceptible evolución.

En su origen, esta sociedad es mayoritariamente agrícola y proletaria, con una enorme masa de campesinos pobres y de ciudadanos miserables. Esta sociedad de pobres apenas conoce a sus amos: pocas veces tiene ocasión de ver al Emperador o a los príncipes de sangre real, muy ricos pero muy poco numerosos, o a los grandes propietarios, representados por administradores a los que se aborrece, ya que se les puede juzgar de cerca y por sus hechos, o también a los grandes funcionarios, a los que teme, y que gobiernan al país desde lejos, «con la caña de bambú», como dice el P. de las Cortes. Por el contrario, todo el mundo simpatiza con los pequeños burócratas; por último, y cotidianamente, todo el mundo maldice a los usureros y a los prestamistas.

En todo caso, en este sentido se manifiestan, desde la época de los Song, los cuentos populares.

Semejante sociedad puede ser calificada al mismo tiempo de patriarcal, esclavista, campesina, moderna; en todo caso muy diferente del «modelo» de las sociedades occidentales.

Es *patriarcal* en razón de sus poderosos linajes, del imperturbable culto que rinde a los antepasados. «La solidaridad familiar se extiende a los primos más lejanos y también a los amigos de infancia. No se trata ni de caridad ni de justicia: el privilegiado que logra hacer carrera explota las virtudes de la célula familiar, se atrae las bendiciones de los antepasados comunes; es justo que el hombre que agota al máximo las posibilidades de la familia haga partícipes a todos sus parientes de una prosperidad que les debe.»

Esta sociedad es también *esclavista* en el sentido que existe la esclavitud, aunque nunca se trate de una de sus articulaciones fundamentales. La esclavitud es la forma espontánea de una miseria sin solución y de una inexorable superpoblación. En los momentos difíciles los desgraciados se venden a sí mismos. Y al igual que en el resto del Extremo Oriente, los padres venden a sus hijos. Esta costumbre se practicó en China hasta la ordenanza de 1908, que casi al final de la dinastía manchú; suprimió la esclavitud y prohibió la venta de los hijos. Sin embargo, autorizaba a los padres, «en las

épocas de penuria a firmar contratos de trabajo a largo plazo que obligaban a los hijos hasta los veinticinco años».

La sociedad china, campesina en su mayor parte, no es *feudal* en el sentido que en Occidente se da a este término. No existen *feudos* con investidura, ni *tenencias* campesinas, ni *siervos* campesinos. Un gran número de agricultores son propietarios de un minúsculo pedazo de tierra. Sin embargo, por encima de ellos están «los notables rurales» (*chen che*), arrendando sus tierras, actuando ocasionalmente como usureros, exigiendo a los campesinos prestaciones personales y teniendo el monopolio del horno y del molino, por cuya utilización los campesinos tenían que pagar, casi siempre en especies, en cereales o en botes de grasa... Pero estos notables se relacionan con los letrados (a veces estos últimos son grandes propietarios), quienes, como ya hemos dicho, representan, ante todo, el interés del Estado, y quieren por esto mismo impedir una excesiva supremacía de una clase sobre otra, y sobre todo la supremacía de la clase de los señores feudales, capaces de hacer la competencia a la autoridad central.

Esta trama social múltiple mantiene el orden entre los cuatro grandes grupos de la jerarquía antigua: en primer lugar, los letrados (*che*); los campesinos (*nong*); los artesanos (*kong*); los mercaderes (*chang*). Estas dos últimas categorías, que podrían haber desempeñado un papel motor, ven limitadas sus actividades, al igual que las demás, por un gobierno vigilante. Por otra parte, su función sólo habría podido desarrollarse siguiendo a los impulsos económicos, y éstos fueron intermitentes.

2. Las economías chinas han evolucionado poco, e incluso podemos decir que se han retrasado en comparación con Occidente, por mucho que digan y piensen tantos especialistas e historiadores enamorados de China.

Claro está que nuestra intención no es, ni por un momento, diagnosticar una inferioridad *global* de China con relación a Europa. La inferioridad afecta a las estructuras, a los mercados comerciales, a los cuadros de un capitalismo mercantil, mucho menos consistentes en China que en el Islam o en Occidente. En primer lugar, no hay ciudades libres, y esto supone una inferioridad crucial. Tampoco existen clases de mercaderes movidos por ese afán desenfrenado de lucro que, reproable o no, supuso para Occidente un motivo de progreso. Desde el siglo XIII los comerciantes chinos están dispuestos a sacrificar todo tipo de ganancias al orgullo y a la vanidad —en esto se parecen a nuestros mercaderes—; pero, en mayor grado que éstos, son aficionados a las letras. Un hijo de mercader sabe componer poemas de todo tipo. «Todas las descripciones de la vida de los comerciantes (según los cuentos populares de la época de los Song) prueban que la finalidad que perseguían era el ganar suficiente dinero para poder llevar un alto tren de vida, cumplir con sus deberes morales y sociales y, sobre todo, corresponder debidamente a los favores recibidos de sus parientes y de toda su familia.» Los más ricos aspiraban también a ofrecer a algunos de sus familiares la posibilidad de entrar en la prestigiosa clase de los Mandarines.

Lo que quiere decir que sólo están integrados a medias en una mentalidad capitalista de tipo occidental. Más aún, nos encontramos continuamente en presencia de mercaderes y artesanos itinerantes, y este itinerar por sí solo revela la existencia de una economía todavía poco madura. Justamente en el siglo XIII es cuando Europa se libera en parte de un comercio itinerante que ha caracterizado a los primeros siglos de su Edad Media, cuando se multiplican las casas de comercio con sede fija. Tan sólo los comerciantes pobres acompañan a sus propias mercancías, aquellos que no tienen ni sucursales ni oficiales y a quienes les es imposible el concertar todas las transacciones por letras de cambio. Sólo los artesanos pobres llevan todo su material cargado a la espalda y parten, a través de las ciudades y del campo, en busca de trabajo. Mientras que en China, aún en el siglo XVIII, hay obreros fabricantes de azúcar que vienen a los dominios de los propietarios de campos de caña de azúcar con sus instrumentos, y que a fuerza de trabajo manual aplastan las cañas y fabrican el almíbar y el azúcar negro... De la misma manera, las concentraciones industriales son escasas: algunas minas de carbón (que todavía son artesanales) en el Norte; en el Sur, los célebres hornos de fabricantes de porcelanas.

Tampoco hay créditos. Para ello habrá que esperar al siglo XVIII, y en muchos casos hasta el XIX. De ahí la importancia social del usurero, introducido como una astilla en la piel de la vieja sociedad china, que por sí solo es testimonio de una economía atrasada y que respira mal.

Además, a pesar de los ríos, de los juncos, de los sampanes, de los trenes flotantes de madera, de las franquicias entre diferentes provincias, de los portadores, de las caravanas de camellos en el Norte, la China clásica tiene malas comunicaciones entre sus diferentes partes y está poco y mal abierta al mundo exterior. Por último, y sobre todo, está demasiado poblada.

3. Al estar mal relacionada con el exterior, China ha vivido por sus propios medios. De hecho sólo desemboca en el exterior por dos grandes vías: el mar y el desierto. Y además es necesario que las circunstancias le permitan utilizar estas comunicaciones y, por otra parte, que encuentre un "partenaire" apto para comerciar con ella.

En la época mongol (1215-1368), y por espacio de un siglo (1240-1340), ambas puertas se abrieron a la vez. Kubilai (1260-1294), el Emperador amigo y protector de los Polo, intentó crear una flota y, por lo tanto, liberarse de los barcos musulmanes y protegerse de la competencia y piratería de los japoneses. Al mismo tiempo mantuvo libre de todo tipo de obstáculos la gran ruta mongol que, después de atravesar el mar Caspio, alcanzar el mar Negro y las prósperas colonias de los genoveses y de los venecianos (Caffa, La Tana).

Esta *China abierta* estaba llamada a conocer una prosperidad indudable al ser abastecida en moneda de plata por los comerciantes de Occidente. E incluso, en cierto momento, conoció el desarrollo de papel moneda. Pero este esplendor durará poco.

La gran revolución nacional de los Ming, que rechaza a los mongoles hacia el desierto (1368) y purga al espacio chino de estos extranjeros no asimilados, coincidió con el cierre casi simultáneo de ambas rutas comerciales. Por el lado del desierto le resultará imposible a la nueva China el franquear este obstáculo. Por el lado del mar los Ming se esforzaron en vano en abrirse los caminos fundamentales. Entre 1405 y 1431-32 nada menos que siete expediciones marítimas sucesivas fueron llevadas a cabo bajo el mando del Almirante Tcheng Ho. Una de ellas estaba formada por 62 grandes juncos, con un total de 17.800 soldados.

Estas flotas partieron todas ellas de Nankín para restablecer el protectorado chino en las islas de la Sonda (que proveían a China de polvo de oro, pimienta y especias); en Ceilán dejaron una guarnición y se dirigieron al golfo Pérsico, al mar Rojo y la costa de Africa, de donde trajeron, para asombro de las poblaciones, maravillosas jirafas.

Este episodio ha sido considerado como extraño por los sinólogos y, por tanto, más digno de interés. Un poco más y las embarcaciones chinas habrían doblado el cabo de Buena Esperanza medio siglo antes que los portugueses, habrían descubierto Europa y quizá América. Sin embargo, en 1431-32 esta aventura se termina y ya no será reemplazada. Y es que, en efecto, la enorme China había tenido que reunir todas sus fuerzas frente al Norte, contra sus eternos enemigos. En 1421 es abandonada la capital, Nankín, para establecerla en Pekín.

Más tarde, los emperadores mandchús abrirían nuevamente la puerta del desierto en los siglos XVII y XVIII. Ocuparon entonces los amplios territorios que se extienden hasta el mar Caspio y el Tibet, se protegieron de los nómadas, rechazándoles hasta muy lejos, hacia el Oeste. Estas conquistas aseguran la paz en la China del Norte y le permiten la conquista, más allá de Manchuria, de Siberia hasta el Amur (tratado de Nertschinsk, 1689). Además, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se abrieron al Sur de Irkutsk las grandes ferias de Kiatka (pieles del Norte a cambio de algodón, sedas y té de China). Por último, los europeos tratarán de entreabrir la puerta del mar en los siglos XVI, XVII y XVIII; la derrumbaron en el siglo XIX, pero para provecho suyo.

4. Excesiva población: desde el siglo XIII hay en China 100 millones de hombres (90 en el Sur, 10 en el Norte).

Esta cifra disminuye con el fin del dominio de los mongoles y la Revolución nacional de los Ming (1368); en 1384 la población ha disminuido a 60 millones (cifra segura), pero con el advenimiento de una nueva paz, pronto se alcanza el antiguo nivel. La conquista mandchú supuso, probablemente, un nuevo retroceso (1644-1683), que se recuperó en el nuevo período de paz con la enorme expansión demográfica del siglo XVIII. La subida demográfica se convierte entonces en alucinante.

Esta excesiva riqueza de hombres tiene forzosamente una contrapartida. Probablemente impidió que se llevaran a cabo progresos técnicos posibles.

Al abundar el elemento humano, el empleo de las máquinas se vuelve inútil, al igual de lo que pasó con los esclavos en la antigüedad griega y romana.

Y es que, en efecto, el hombre es capaz de hacerlo todo. En 1793, un viajero inglés se queda admirado de que los hombres, con la única fuerza de sus brazos, hayan conseguido trasladar un barco de una acequia a otra, sin necesidad de esclusas. El Padre de las Cortes (1626) se asombraba ya de la fuerza de los cargadores chinos, capaces de levantar un inmenso tronco de árbol, hasta el punto de que dibujó esta escena. En suma, no existe ningún trabajo que el hombre no sea capaz de hacer. Sobre todo, considerando el poco valor que tiene en China el ser humano.

Esta superabundancia humana ha obstaculizado la vida china, la ha inmovilizado bajo el caparazón de hierro de una administración no progresista, y sobre todo ha bloqueado el auge de las técnicas. Existe, en efecto, una ciencia china, cuyas riquezas van siendo reveladas diariamente por los eruditos, así como su precocidad, ingenio e incluso modernidad. Joseph Needham, historiador de esta ciencia, ha señalado que su concepción «orgánica» del mundo es la misma hacia la que tiende la ciencia actual, en contraposición con la concepción mecanicista que, desde Newton y hasta finales del siglo XIX, ha constituido la base de la ciencia occidental. Pero, cosa chocante, en China la técnica no ha seguido los pasos de la ciencia. Sin duda, a causa de esta excesiva mano de obra, China no ha tenido necesidad de inventar máquinas para ahorrar trabajo a los hombres. Ha sido víctima de la miseria que provocaba esta superpoblación endémica.



FILOSOFIA
Y LETRAS
SUA

CAPITULO XII

CHINA DE AYER Y DE HOY

La China clásica no desapareció de un día para otro. Fue hundiéndose poco a poco, y no antes del siglo XIX. Entonces los acontecimientos se precipitaron. La China antigua fue abierta por la fuerza, y padeció más tarde una larga humillación. Tardó mucho tiempo en ser consciente de su decadencia. Y mucho más tiempo aún en encontrar los medios para remediarla. Hoy día está saliendo a flote a costa de un fabuloso esfuerzo, del que ningún precedente histórico puede ofrecer el equivalente.

I. LA CHINA HUMILLADA Y ENFERMA (1839-1949) DE LA EPOCA DE LOS TRATADOS DESIGUALES

China no fue ocupada, como ocurrió con la India, ni reducida al estado de país colonizado. Pero el edificio chino fue violentado, saqueado, repartido. Todas las grandes potencias tuvieron su parte. China sólo sale de este infierno al constituirse la China Popular, en 1949.

1. Ya en el siglo XVI el comercio europeo había alcanzado China. Pero este incidente, intrínsecamente importante, para China sólo tuvo consecuencias muy limitadas. Tan sólo algunos siglos más tarde le llegó la hora de los tratados desiguales.

En 1557, los portugueses se instalan en Macao, frente a Cantón, y van a desempeñar un papel considerable, sobre todo entre China y el Japón. En el siglo XVII, los holandeses y los ingleses se adjudican los primeros puestos. Finalmente, en la segunda mitad del siglo XVIII, se inicia la edad de oro de un comercio «con China», todavía restringido, sin embargo, al puerto de Cantón.

Comercio importante pero que no repercute en absoluto en la masa. Los comerciantes europeos, sobre todo los ingleses, están en relación con una compañía privilegiada de comerciantes chinos que tienen el monopolio de las compras y de las ventas (forman el *Co-hong*). Estos intercambios aumentan sin cesar en la medida en que son provechosos para ambas partes. Se comercia con oro (que en China es barato a causa de la escasez y del alto precio de la plata: en relación de 8 a 1 frente a la relación europea de 15 a 1 e incluso más), con el té, cuya demanda aumenta en Europa de manera vertiginosa; con el algodón y las telas de algodón importadas, sobre todo de la India, y, finalmente, con los créditos: los comerciantes europeos adelantan dinero a los comerciantes chinos, que lo reparten y lo pres-

tan a su vez, sacando así, en contrapartida, los productos de las provincias del Imperio, incluso de las lejanas, y creando con este fin redes financieras de carácter moderno. Es el procedimiento que se sigue habitualmente en Europa para las penetraciones comerciales: prestar a un comerciante local, en cada viaje, lo que le hace falta para reunir el cargamento del siguiente viaje, y tener prioridad para comprar en el mercado.

Seguramente el comercio con China deslumbra a Europa, ya que casi siempre le procura inmensos beneficios. De la misma manera, para China los beneficios también son reales, y, sobre todo, esta intrusión de los métodos y de las mercancías extranjeras no le afecta como una dificultad, ya que a escala de un país de tan grandes dimensiones, este impacto económico, que se ve limitado a un medio reducido, forzosamente continúa siendo proporcionado.

Pero todo cambia en el siglo XIX. Europa se ha vuelto mucho más fuerte y exigente. Se apoya, por otra parte, en la fuerza que le concede la reciente conquista de la India inglesa, que le sirve de eslabón. De ahí la brutalidad de las intervenciones occidentales y sus estragos.

La guerra del Opio (1840-1842) abre a los occidentales cinco puertos, entre los que se cuentan Cantón y Shanghai (Tratado de Nankín). El levantamiento de los Tai Pings da pie a una nueva intrusión de los occidentales, en 1860, y facilita la apertura de otros siete puertos suplementarios. Más tarde, los rusos consiguen la cesión de la provincia Marítima, en donde van a construir Vladivostok. Las tribulaciones chinas apenas están empezando. La primera guerra chino-japonesa (1849-1895) le priva de Corea, y las grandes potencias aprovechan una vez más la ocasión para "despedazar" a China. Los rusos se instalaron en Manchuria. El movimiento nacional de los boxers precipita la evolución (1900). La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 tiene como consecuencia el que los japoneses se apoderen de ciertas ventajas conseguidas por los rusos a expensas de China. Con la primera guerra mundial, Japón ocupa los lugares aventajados adquiridos por Alemania, en particular Shantung.

En 1919 China aparece, pues, desposeída de partes muy importantes de su territorio. En el interior mismo de sus fronteras, los occidentales y los japoneses disponen de libertades, de privilegios y de «concesiones», siendo la más importante de estas últimas la concesión internacional de Shanghai; controlan parte de la red de ferrocarriles y de las aduanas que sirven de garantía al pago de intereses por los empréstitos internacionales; han instalado en diferentes lugares sus oficinas de correo, sus jurisdicciones consulares, implantando sus bancos, sus empresas comerciales, industriales o mineras. Sus inversiones alcanzan, en 1914, 1.610 millones de dólares (de los cuales, 219 son japoneses).

Desde la expedición de las ocho potencias y la conquista de la capital imperial (1901), el barrio de las Delegaciones de Pekín está ocupado militarmente «y rodeado de una explanada en donde se prohíbe a los chinos construir». «El cuerpo diplomático de Pekín ejerce de hecho, aunque no de derecho, una rígida tutela sobre los asuntos chinos, o por lo menos sobre todo aquello que el Gobierno de Pekín controla efectivamente.»

En este país económicamente desmantelado se va a llevar a cabo también una importante invasión cultural y religiosa. En la época de los trata-

dos a los que los chinos, no sin razón, han calificado de «tratados desiguales». China es «dominada» tanto corporal como espiritualmente.

2. Para sacudir el yugo de los occidentales China tenía, primero, que “occidentalizarse” en cierta manera, modernizarse. Reformarse y liberarse a un tiempo eran dos tareas con frecuencia contradictorias, pero, sin embargo, ambas necesarias.

Estas dos tareas van a exigir mucho tiempo y mucho trabajo, van a provocar muchos sinsabores y vacilaciones antes de que se vea clara la dirección en la que se debe combatir. China no fue capaz de asimilar, de un día para otro, las enseñanzas de Occidente, como ocurrió con Japón, en el momento de la Revolución de Meiji. El doble aprendizaje chino fue difícil y lento.

La poderosa y compleja revolución—campesina y, por lo mismo, «clásica»—de los *Tai Pings* (1850-1864), que durante cierto tiempo instalará un gobierno separatista en Nankín, fue nacionalista y xenófoba; pero, al mismo tiempo, quiso terminar con las viejas tradiciones chinas, sociales y políticas. Mientras se mantuvieron en el poder, los *Tai Pings* abolieron la esclavitud, emanciparon a la mujer, suprimieron la poligamia y la costumbre de llevar los pies vendados, admitieron a las mujeres en los exámenes y en las funciones públicas. También pensaron en una modernización técnica e industrial, aunque muy superficial. Sin embargo, en lo fundamental, se trató de una revolución agraria, como todas las que se habían producido regularmente en la China clásica en vísperas de un cambio de dinastía. En este sentido, la revolución *Tai Ping* intentó terminar con los propietarios agrícolas al proceder a una colectivización de las tierras. Acabó fracasando, ante todo, por la ayuda prestada por Occidente a la dinastía manchú, a fin de salvaguardar sus ventajas económicas, y en parte porque sus proyectos de modernización eran difusos y porque China no había alcanzado el grado de madurez necesaria para llevarlos a buen fin.

En cuanto al *movimiento de los Boxers*, una sociedad secreta aficionada a ritos misteriosos y terroríficos, su único impulso fue la xenofobia, una xenofobia, en la que coincidía toda China, incluida la terrible Emperatriz Ts'eu-Hi, que al dar la señal de la lucha contra los extranjeros (probablemente de acuerdo con los *Boxers*) precipitó el aniquilamiento de éstos y de todo el país en 1901. Además, Ts'eu-Hi era enemiga implacable de todo progreso, y había hecho fracasar, con inteligencia y habilidad, la tentativa de reforma ilustrada de 1898, conocida con el nombre de los «Cien Días», y que, al menos sobre el papel, había puesto las bases de una verdadera revolución de las instituciones y de la economía chinas.

En resumen, a principios del siglo xx no había llegado aún la hora de los reformadores. Estaban obstaculizados «por la sordera orgánica de los mandarines, cuyos oídos eran más difíciles de abrir que los puertos chinos» (E. Balazs); por la indiferencia popular, que sólo intentaba «seguir el camino sin salida de la xenofobia». Lo único que se deseaba aprender de los extranjeros eran sus «artimañas», sus recetas para una mayor eficacia.

El problema tenía una difícil solución en su doble aspecto: se trataba de eliminar a los bárbaros de Occidente, pero para conseguirlo era primero necesario aprender las ciencias y la técnica de Occidente. Este aprendizaje, muy lento, lo llevaron a cabo algunos jóvenes intelectuales relacionados con la burguesía comercial que estaba en tratos con los occidentales, y que viajaban por el extranjero, y también una serie de estudiantes pobres cada vez más numerosos que frecuentaban las escuelas y las Universidades modernas creadas por el Gobierno en los últimos años de la dinastía manchú. Se forma entonces toda una serie de sociedades secretas, las unas decididamente republicanas, las otras todavía monárquicas, pero todas ellas deseosas de conseguir un «enderezamiento» de China y unas reformas radicales.

3. De esta manera se fraguó el primer movimiento verdaderamente revolucionario de China estrechamente relacionado con el nombre de Sun Yat-sen.

Sun Yat-sen (1866-1925), médico originario de un pueblo de Kuang Tung, que había vivido durante mucho tiempo fuera de China y había participado en diferentes movimientos revolucionarios, se convirtió en 1905, en Tokio, en el presidente de una liga republicana cuya importancia fue aumentando rápidamente por toda China, y que elaboró un programa muy sensato. Este movimiento estuvo directamente relacionado con la revolución que, en 1911, derrocó a la dinastía manchú y puso a Sun Yat-sen a la cabeza del primer gobierno republicano. Pero esta revolución abortó en seguida. Sun Yat-sen abandonó inmediatamente sus funciones presidenciales en beneficio del general Yuan Che-kai († 1916), que trató de restablecer en provecho propio el Antiguo Régimen.

Fue entonces abolida la Constitución liberal de 1912, y China cayó en la más total anarquía. Los gobernadores militares de las provincias, que en seguida serán llamados *señores de la guerra*, se aliaron con los terratenientes para conseguir en el desempeño de sus cargos un máximo de beneficios. Se convierten en los dueños despiadados de China. Sun Yat-sen, de nuevo exilado, funda un nuevo partido, el *Ko Min Tang* («Partido de la Revolución»), nombre que da a entender con un juego de palabras (*Ko-min* = revolución y *Kuo-min* = nación) que el *Kuo-min-tang*, el gran «partido de la nación», fundado en 1912, en la euforia de los primeros meses de la República, no ha cumplido su misión. Hay que volver a hacer la Revolución.

China sólo conseguirá hacerla después de una serie de accidentes y de repetidos y terribles dramas, de los que ya hemos hablado, y que sólo terminan claramente en 1949 con la victoria de los comunistas y la constitución de la China Popular. Las fechas resultan significativas: desde la guerra del Opio (1840-1842) al año 1949 ha transcurrido todo un siglo de esfuerzos y de sufrimientos, indispensable para que China recupere su independencia y su orgullo. «De ahora en adelante podremos sentirnos nuevamente orgullosos de ser chinos», declaró un profesor en 1951.

A lo largo de este siglo de espera y de esfuerzos, el Antiguo Régimen

se fue deteriorando en lo que tenía de más tradicional y estereotipado. En este siglo fueron llamados a desaparecer «la jerarquía de los mandarines de botón de nácar o de cristal, el ritual de las Memorias al trono imperial apostilladas con pincel bermejo por el Hijo del Cielo, las audiencias con traje de brocado» y también los exorbitantes privilegios de los occidentales y de los japoneses...

En resumen, después de una larga y penosa experiencia, China se encuentra en uno de esos escasos momentos en que una civilización se renueva, después de haber roto consigo misma y de haber sacrificado algunas de sus estructuras que hasta ahora le eran imprescindibles. Para China, la crisis es tanto más extraordinaria cuanto que las estructuras puestas en tela de juicio databan de varios miles de siglos. Pero su destrucción no será, porque no puede serlo, total, y, en su trabajo de reconstrucción, China permanecerá fiel a unas formas de pensamiento y de sensibilidad que le son propias. Sin duda serán necesarios varios decenios para que se abra paso definitivamente la nueva civilización china, hoy día en período de gestación.

Por el momento sólo nos es posible intentar discernir el sentido de las experiencias en curso. Apenas acaban de empezar.

II. LA NUEVA CHINA

No vamos a hacer aquí el panegírico—que es factible—ni el proceso—que también es factible—de la China Popular. Vamos a tratar de señalar lo que ha hecho o intentado hacer, y después vamos a ver o a tratar de ver qué ha sido de la civilización china, afectada por la más formidable y violenta experiencia humana que ha conocido en el curso de su muy larga historia. Esta experiencia es una múltiple puesta en orden social, económica, política, intelectual y moral.

Se ha querido someter a las cosas, a los hombres, a las clases y, cuando era posible, al mundo exterior a una situación nueva creada por la voluntad china. En ello ha desempeñado un papel decisivo el orgullo, un orgullo que es por lo menos una manera de enlazar con una China muy antigua, con la convicción de que es el centro y la médula del Universo.

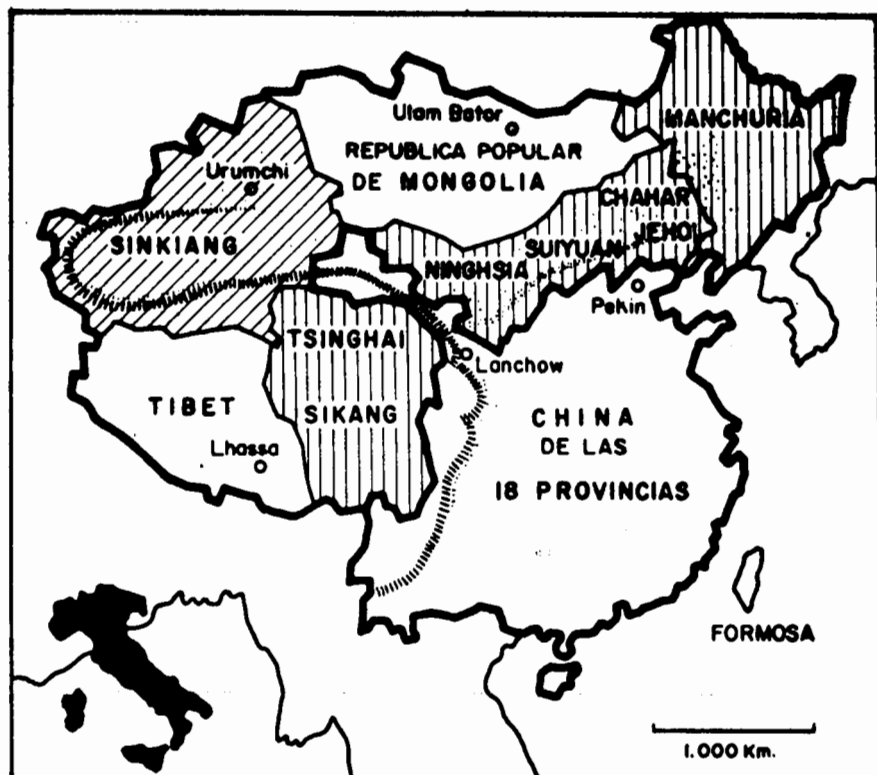
1. La China popular es una enorme masa de hombres y de riquezas, las unas reales y las otras virtuales; es decir, riquezas que deben de ser creadas. Tanto de las unas como de las otras depende su crecimiento económico.

Su población no deja de crecer: 1952, 572 millones de hombres; 1953, 582; 1954, 594; 1955, 605; 1956, 620; 1957, 635; 1958, 650; 1959, 665; 1960, 680; 1961, 695. No se trata, en todo caso, de censos exactos (salvo el de 1953, sobre el que se deben hacer reservas explícitas), sino más bien de evaluaciones, por lo demás, probables. Como en todos los países subdesarrollados (y China en 1949 era el mayor de ellos), el crecimiento de la población, a causa de un índice de natalidad muy alto (del orden de 40 por 1.000)

y de una mortalidad que va disminuyendo, plantea terribles problemas. Este crecimiento de hombres limita y amenaza muy seriamente el crecimiento efectivo del nivel de vida.

Sin embargo, el crecimiento económico entre 1949 y 1962 ha sido prodigioso, sin equivalentes históricos ni actuales. Ni siquiera el primer plan quinquenal ruso tuvo más éxito que el primer plan quinquenal chino (1953-1957). El ritmo es el de una economía que, *grosso modo*, parte de cero. Es privilegio de los rezagados el conseguir bocados dobles. Siendo pobres, en un

LAS REGIONES POLITICAS DE CHINA



principio, logran doblar su haber sin por ello volverse ricos. Nada asegura que al llegar a un cierto nivel de desarrollo, la ley de rendimientos decrecientes, a la que no escapa el mundo capitalista, no afecte igualmente a los países socialistas.

Hay que tener en cuenta también, para valorar su extraordinario desarrollo, que se ha conseguido gracias a una inflexible voluntad, al esfuerzo de la

mayor masa de hombres agrupados que existe en el mundo. Y también que la economía *planificadora* es una ciencia a la que la experiencia antigua de los Soviets e incluso del capitalismo contemporáneo han puesto, en cierta manera, a punto.

No vamos a hacer aquí un balance detallado. Según las cifras *oficiales* y refiriéndonos únicamente a la renta nacional global calculada a partir de 1952, sin intentar pasar por una criba una documentación difícil de controlar, la progresión sería la siguiente: 1952, 100; 1953, 114; 1954, 128; 1955, 128; 1956, 145; 1957, 153; 1958, 206; 1959, 249. Los porcentajes de crecimiento en 1958 y 1959 son, pues, respectivamente, de 34 por 100 y 22 por 100, lo que es, sencillamente, fabuloso. Con todas las reservas (sobre todo respecto a la dificultad de calcular una renta global para un conjunto tan amplio y tan diferenciado), los economistas no pueden regatear ni su asombro ni su admiración. Se ha realizado un prodigioso salto adelante.

El que no es economista se dará más fácilmente cuenta de este progreso con datos concretos. Producción del acero en millones de toneladas: 1949, 0,16; 1952, 1,3; 1960, 18,4. Carbón: 1949, 32; 1960, 425. Fundición: 1949, 0,25; 1960, 27,5. Electricidad, en millares de kilovatios-hora: 1949, 4,2; 1960, 58. Algodón (en millones de metros): 1949, 1,9; 1960, 7.600. Cereales, boniatos y patatas contados por el cuarto de su peso (Tns.): 1957, 185 millones; 1958, 250; 1959, 270. Otros testimonios: la red de ferrocarriles se ha triplicado: los que existían antes de 1949, los que han sido construidos antes de 1960, los que están construyéndose actualmente; también se ha triplicado el número de centrales hidroeléctricas (antiguas, nuevas, en vías de construcción) o de centrales térmicas, o también los formidables trabajos previstos para dominar al Yang-tsé-kiang, a la salida de la cuenca del Seu Tchuen, en la zona de los rápidos y de las gargantas de Hsi Ling. Estos atrevidos trabajos permitirán contar con una enorme reserva de energía, con extensas irrigaciones en dirección del Norte, regularizarán el curso del río Azul, abriendo miles de kilómetros a las embarcaciones marítimas; favorecerán la instalación de fábricas ultramodernas en las mismas gargantas del río.

2. Estos resultados han sido conseguidos gracias a un esfuerzo sobrehumano y a la puesta en marcha de la enorme sociedad china, a la que se empuja al entusiasmo político y a un trabajo tenaz, pero a la que se intenta también modelar de nuevo.

Esta tarea no es concebida tan sólo como un medio de una excepcional eficacia, sino también como una finalidad y una apuesta. El régimen tiene interés en jugarse su existencia en esta empresa que se lleva a cabo sin descanso. Y aunque la realice con dureza, goza entre la población china de un prejuicio favorable por el solo hecho de que ha terminado con la espantosa corrupción del régimen anterior, en los últimos años del Gobierno de Chang Kai-Chek.

Se han tomado las riendas de toda la sociedad: campesinos, obreros, intelectuales, miembros del Partido. *En cuanto a la burguesía*, la más en-

copetada—la burguesía «compradora», la de los intermediarios entre comerciantes chinos y europeos—, se marchó en 1949, con Chang Kai-Chek; la burguesía industrial ha sido reabsorbida con la transformación de las empresas mixtas (privadas y públicas), en 1956; no subsiste más que una pequeña burguesía de negocios, y sólo en una parte del sector comercial en el que su situación es evidentemente precaria.

En el mundo campesino la reforma ha sido rápida y progresiva. Se esbozó con la ley agraria de 30 de junio de 1950, que eliminó brutalmente a los propietarios y a los campesinos ricos. Se mantuvieron los campesinos medianamente ricos, pero perdiendo parte de sus bienes; por último, se adjudicó a cada campesino un minúsculo pedazo de tierra (15 áreas), que indica por sí sólo la enorme cantidad de la masa campesina (sobre 600 millones de chinos, más de 500 son agricultores). Este pequeño pedazo de tierra significaba simplemente el advenimiento momentáneo de una micro-propiedad igualitaria.

En efecto, en octubre de 1956, comenzó la colectivización y la instalación de las *granjas colectivas*. En 1958 se da un paso más con la creación de *comunidades rurales*, que reúnen hasta 20.000 agricultores a la vez, mientras que la granja colectiva sólo reunía a algunos centenares. Se trata de una original organización, quizá demasiado atrevida, política, agrícola, industrial y militar. El campesino es también un soldado y ciertos agricultores están armados, lo que proporciona al régimen la garantía suplementaria de disponer de una fuerza armada siempre dispuesta a intervenir. Pero el 20 de noviembre de 1960 parece que se desprovino a las comunas de sus prerrogativas y de sus obligaciones, a beneficio de las *brigadas de producción*, de las que, por ser demasiado reciente su creación, no se puede decir si han logrado sus objetivos o si han fracasado. Lo único que está claro es que el régimen vacila, evidentemente, no sobre la finalidad a conseguir, sino sobre los medios, dado que el crecimiento agrícola es el único que marca la pauta.

Se ha verificado un *encuadramiento semejante de los obreros*, cuyo número aumenta continuamente y que están controlados por los sindicatos, con la colaboración del Partido. Lo mismo que a los campesinos, el gobierno les ha pedido un esfuerzo sobrehumano. Después del segundo plan quinquenal se ha llevado a cabo una propaganda activa para conseguir nuevos adelantos no previstos por el plan. De ahí que hayan aparecido emulaciones y slogans: «Más, mejor, más de prisa y más económicamente»; «Un día vale veinte años y un año un milenio»; «1958 será el primero de los tres años de penosa lucha para un milenio»...

Sería fácil citar miles de ejemplos de heroica abnegación. Todo ello, a pesar de las malas condiciones de trabajo, de los bajos salarios, de una alimentación insuficiente, de la falta de viviendas. Sirva de ejemplo el caso de la obrera modelo—que por este título goza de más ventajas, pero también debe suministrar más trabajo suplementario—, que, en la fábrica, para mantener despierta trabajando de noche se moja la cara con agua fría.

En cuanto a los intelectuales, a los estudiantes, a los miembros del Partido, no está claro si es que están menos familiarizados con el heroísmo o

es que el programa que se les propone es más confuso. Es seguro que su puesta en marcha parece más compleja y más trágica.

Los miembros del Partido nunca se ven libres de las depuraciones o de autocríticas. En este sentido se ha llevado a cabo la campaña de los tres y después la de los cinco «anti». La primera, en enero y febrero de 1952, contra «la corrupción, el derroche y la burocratización» de los funcionarios, ha dado a conocer una serie de escándalos, cuya importancia se aumentó después voluntariamente y que supusieron que hombres del campo, convertidos en las ciudades en «cuadros del Partido», se encontraran con la desagradable sorpresa de perder una situación a la que se habían adaptado tan fácilmente. Ese mismo año, la campaña de los cinco «anti» (corrupción, evasión fiscal, fraude, venta de bienes del Estado, robo de sus secretos económicos) dio lugar a prodigiosas conmociones, suicidios, condenas múltiples y severas. Es posible que se den en el futuro más depuraciones, más autocríticas y más suicidios.

En cuanto a los estudiantes, cuyo número no cesa de aumentar, son continuamente mantenidos en la humildad y en la disciplina, al mismo tiempo que se les obliga a hacer duros trabajos en el campo o en las fábricas.

Por parte de los intelectuales y de los profesores, se han dado casos de novatadas. Por un momento se les concedió el derecho a la protesta y a la crítica, después de los acontecimientos de Hungría. Fue el período conocido con el nombre de época de «Las cien flores»: al igual que las flores, el pensamiento puede abrirse de cien formas distintas. Los intelectuales fueron convencidos para que se explicaran sobre sus propias ideas y vacilaron en hacerlo porque se encontraban entonces en una situación extraña, al recoger la Prensa inmediatamente sus declaraciones. «El marxismo-leninismo—dijo uno de ellos—es una vieja teoría pasada de moda, poco adecuada para China. Hay que someterlo a una revisión.» Otro profesor rechazó la oferta de expresarse con estas palabras: «Tengo miedo a la actual libertad. Toda presión me resulta penosa. Relajémonos por el momento. Ya veremos más tarde lo que pasa.» Otro profesor constataba: «El pueblo no consigue abastecerse y, sin embargo, hay algunos que dicen que el nivel de vida ha aumentado.» Se pueden considerar estas críticas como una pequeña bronca; una corta recreación para viejos intelectuales que habían asimilado mal los cursos de reeducación marxista. Por el contrario, todo esto era muy serio. «Las cien flores» no duraron el espacio de una primavera: florecieron violentamente durante el corto espacio de un mes, del 8 de mayo al 8 de junio de 1957. Fueron seguidas de represiones. Muchos imprudentes, después de sus declaraciones, perdieron su cátedra.

Pero es que en China no se trata de encauzar un debate abierto sino de triunfar en la lucha por la vida. Se quiere dar nuevas formas a una sociedad, a un alma colectiva, se quieren desenquistar del cuerpo chino sus errores, sus herencias y sus posibles nostalgias. Se intenta emborrachar a China de orgullo, de trabajo, de satisfacción de sí misma, y, sobre todo, se intenta reducir el espíritu a la obediencia.

“Si se consigue que 650 millones de chinos piensen correctamente, se conseguirá al mismo tiempo que actúen correctamente, de acuerdo con las normas que el partido comunista chino estima indispensables para la edificación de una China socialista.” De ahí que se lleve a cabo a través de la radio, de la prensa y de los discursos, una propaganda incesante de la que ninguna otra experiencia “socialista” o “totalitaria” ha ofrecido un equivalente. El arma de esta propaganda es la crítica, organizada cotidianamente en todos los lugares de trabajo, en el curso de discusiones obligatorias. Es la mejor manera de determinar, en el grupo, aquellos que tienen una actitud correcta, aquellos que van por buen camino, y los irrecuperables. Contra estos últimos, todo el mundo lucha. “El ataque oral” (Tu-cheng) es “una mezcla humillante de críticas violentas, sarcasmos, insultos y—muy rara vez—de violencias menores”.

Esta acción ideológica está concebida como una operación «de largo alcance, compleja y gigantesca» (Mao Tse-tung), más o menos insistente según los medios sociales, bastante floja en lo que afecta a los campesinos; por el contrario, se presiona en los grupos definidos, fábricas, despachos, universidades, escuelas, unidades del Ejército. El adoctrinamiento va acompañado de resistencias y de sanciones. Aunque éstas ya no son sangrientas como en los primeros tiempos de la Revolución, continúan siendo severas.

Por ejemplo, en los dominios de la literatura y del arte, existe un comisario «cultural» del Partido, encargado de mantener la disciplina y de luchar contra las infiltraciones burguesas y reaccionarias, que pueden, insidiosamente, escoger este camino. Todo escritor tiene que ser ejemplar y no sólo con sus palabras. Se cita el caso de un escritor residente en el campo, que por las mañanas escribe en el sentido de una «literatura colectiva», cultiva boniatos y cría cerdos... Los escritores convictos de «desviacionismo de derechas» se exponen a sanciones, como la célebre novelista Ting Ling, que ha sido enviada para «una reeducación por el trabajo», a una región aislada del Norte de Manchuria, en donde tiene que permanecer por espacio de dos años.

Estas sanciones son, evidentemente, anodinas al lado de las terribles ejecuciones sumarias de los primeros meses de la revolución campesina. También es evidente que las resistencias y los sabotajes que señalan los mismos documentos oficiales no son mayoría. Las adhesiones sinceras y entusiastas son mucho más numerosas, y otras nuevas se expresan en términos emocionantes.

En efecto, incorporarse a la ideología triunfante supone incorporarse a una patria, a una nación, supone también creer en el porvenir y tener confianza en China.

3. La experiencia agrícola es el único verdadero fracaso de la China comunista. Hasta 1958 se han podido disimular sus verdaderos resultados gracias a las cosechas récord, a haber ingenuamente forzado los datos de las estadísticas y al optimismo oficial. En Occidente, libros y artículos entusiastas han colaborado a la propagación de estas ilusiones. Pero las cosechas de 1959, 1960 y 1961 han supuesto un golpe terrible e injusto para este optimismo y estas ilusiones.

Hemos dicho injusto: y es que, en primer lugar, estos rendimientos catastróficos se deben, ante todo, a causas de orden natural. Desde siempre, China está sometida a la alternancia o la simultaneidad de calamidades contradictorias, sequías o inundaciones, sobre todo en las grandes provincias del Norte. En 1961 más de la mitad de las cosechas fueron destruidas por estas causas. Los ciclones y las inundaciones han causado millones de víctimas, mientras que en este mismo año, entre marzo y junio, se ha podido atravesar el Hoang-ho a pie, más allá de Jouan, ya que se había reducido a un ridículo riachuelo. Los tradicionales enemigos de la agricultura china: sequías, monstruosos tifones, inundaciones, insectos nocivos, no han depuesto las armas ante la nueva China.

Además, se puede decir que la nueva China, como lo han hecho todos los países socialistas, está pagando, en la agricultura, sus éxitos industriales. Quizá haya apostado demasiado en la industrialización, descuidando la agricultura. La Prensa oficial, al mismo tiempo que se escuda «en las calamidades naturales, las mayores desde hace un siglo», hace también responsables a los hombres y habla de sabotajes. «Una parte de los cuadros y de los trabajadores que fueron enviados, en agosto de 1960, a las comunas populares para colaborar en el salvamento de las cosechas, han faltado a su deber y han traicionado las órdenes del gobierno y del Partido», casi siempre en convivencia «con los elementos retrógrados de la población». No debemos hacer demasiado caso de estas explicaciones «por el chivo expiatorio». Es más probable que, aquí como en otras partes, la colectivización no haya sido bien comprendida por un campesinado generalmente más tradicionalista que el resto de la población, e incluso, ciertas medidas recientemente adoptadas parecen anunciar algunas concesiones (así, por ejemplo, la insistencia actual en las *pequeñas* brigadas de producción y no en las *grandes*, como hasta hace poco se venía haciendo).

Por el momento, estos rendimientos catastróficos tienen consecuencias evidentes. Frenan el crecimiento y obligan a la China Popular a disminuir sus exportaciones alimenticias a Rusia, que servían de contrapartida a los productos y a los servicios rusos. Incluso le obligan a solicitar de los países capitalistas la venta de cereales: de 9 a 10 millones de toneladas han sido solicitadas del Canadá, de Australia, de los Estados Unidos, de Francia, de Birmania, e, incluso, de Formosa. En Londres, en donde se organizan los transportes marítimos de esta inmensa transferencia, se estima que China tendrá que pagar 80.000.000 de libras esterlinas anuales en los tres próximos años. Probablemente, serán pagados en mercurio, en metales preciosos, oro y plata.

Sin duda, es un golpe muy duro para una economía en vías de desarrollo. Permite poner un punto de interrogación al porvenir de China. Pero, en todo caso, no es más que la porción de sombra de una serie de realidades evidente, enérgicas y espectaculares.

III. LA CIVILIZACION CHINA FRENTE AL MUNDO ACTUAL

Este inmenso progreso hubiera sido imposible sin el asentimiento, de lo que desempeña, en el extenso mundo chino, el papel de un nacionalismo muy particular, para el cual se ha propuesto la inaceptable palabra de *culturalismo*; en suma, un orgullo que no es nacional, sino cultural, si se quiere, un nacionalismo de civilización, realidad antigua y vigente y que hay que tratar de explicar. Porque la China actual, que a primera vista parece tan nueva, está relacionada con un largo pasado de orgullo, herido por el siglo de humillaciones (1840-1949) que ha precedido a la experiencia comunista.

1. China se considera gran potencia y gran civilización; siempre ha tenido fe en su superioridad sobre el resto del universo, en la primacía de su civilización, fuera de la cual no había, a su modo de entender, más que barbarie.

Antaño tuvo un orgullo muy parecido al del Occidente de tiempos recientes.

El siglo de los tratados desiguales le resultó, pues, doblemente cruel. Soportó una primera humillación al verse convertida en una nación más entre tantas otras, y su segunda humillación fue el verse reducida a ser una nación ocupada por los bárbaros, por su ciencia y por sus armas. El nacionalismo actual, virulento, exacerbado es, ante todo, una revancha, una firme decisión de convertirse en una gran nación, la gran nación, por muchos sacrificios que esto le cueste. De ahí su empeño en mantener vigente la Revolución, en no concederle ni un momento de respiro, en precipitarse sobre nuevas aportaciones, el marxismo-leninismo y los manuales rusos traducidos, lo mismo que ayer se lanzaba sobre los textos sagrados del budismo o manifestaba el deseo de trabar conocimiento con el Señor De (democracia) o la Señorita Sai (ciencia), y que, en la actualidad, se orienta hacia la historia, la sociología y la etnografía...

No cabe duda de que la China de Mao Tse-tung siente la vocación de dirigir la lucha de los países proletarios contra los pueblos demasiado ricos indicándoles los medios para proceder a una rápida revolución cuyas recetas ofrece, además de una generosa ayuda. Pensemos que China, a pesar de sus dificultades personales, nunca ha renunciado a exportar víveres y capitales. En lo referente a los capitales, entre 1953 y 1959, China ha repartido 1.191 millones de dólares entre Albania, Birmania, Camboya, Ceilán, Cuba, Egipto, Guinea, Hungría, Indonesia, Corea del Norte, Mongolia, Nepal, Vietnam del Norte, el Yemen... Y en esta lista no se alude ni a la ayuda aportada a la rebelión argelina, ni al reciente acuerdo con Ghana (1961). Estos detalles y otros (como, por ejemplo, que el 40 por 100 de estos créditos sean concedidos a países no comunistas) prueban que la China Popular quiere desempeñar un papel internacional, quizá excesivo para sus fuerzas actuales, pero en todo caso muy por debajo de sus ambiciones.

Ocupación del Tíbet en 1950, y desde entonces conflicto latente con la India; reivindicación de la isla de Formosa, donde está instalado el ejército

de Chang Kai-Chek; deseo de reanudar relaciones normales con el Japón, con Occidente, cuya economía respondería mucho mejor a sus necesidades que la economía soviética (casi clandestinamente se introduce en China, maquinaria, a través de Macao y de Hong Kong); finalmente, deseo de entrar en la O. N. U., en donde el lugar que corresponde a China está paradójica e increíblemente ocupado por los nacionalistas de Formosa; todo ello demuestra su voluntad de poder y de irradiación. En el mismo sentido debe entenderse la semirruptura entre el marxismo chino y el marxismo soviético, en el Congreso de Moscú de 1961. China aspira, sueña con conseguir un papel preponderante. En 1945 era «incapaz de fabricar una motocicleta», en 1962 está a punto de fabricar la bomba atómica. En esta sorprendente revolución ha reencontrado el orgullo de sus orígenes, su dignidad de gran civilización.

2. Es lo que subraya un estudioso de la civilización china muy conocido, Etienne Balazs, cuya opinión sobre la actual revolución, entendida dentro de la larga perspectiva cultural de China, está resumida en las líneas siguientes.

Si la experiencia china logra sus objetivos de manera convincente, todos los países subdesarrollados pueden tomarla por modelo. Es este hecho de inmenso alcance el que concede su carácter angustioso (angustioso, tanto para los amigos como para los enemigos de China), a la pregunta siguiente: ¿Va a tener éxito la experiencia china? O, por el contrario, ¿camina hacia el fracaso?

Digamos rotundamente que para contestar a esta pregunta, no sirve para nada el analizar los datos de las estadísticas chinas, en primer lugar porque por necesidades de la causa se han forzado un poco las cifras, y en segundo lugar, y sobre todo, porque los mismos estadísticos chinos se encuentran un poco perdidos en pleno empirismo. Por lo tanto, no es de extrañar que sus estadísticas no sean muy seguras, pero sí lo suficiente como para permitir a la planificación el avanzar sin demasiados errores, el cifrar los resultados de las experiencias en curso, a fin de distinguir su movimiento. Este movimiento, desde un punto de vista global, es positivo.

Es evidente que se puede mostrar cierta sorna respecto de algunos fracasos de los planes quinquenales: altos hornos de poca capacidad, producción de cereales, comunas populares... Pero los factores fundamentales y estables de la experiencia china incitan más a la reflexión que a la risa o a la crítica, por lo cuidadosamente que han sido calculados:

a) industrialización muy consciente y cuyos porcentajes de progresión superan con mucho (y superarán, sin duda, durante mucho tiempo) los porcentajes de crecimiento, tanto de la U. R. S. S. como de las democracias populares y de los países retrasados (su media es de 20 por 100 contra 7 a 10 por 100);

b) voluntad lúcida de «andar sobre los dos pies», tanto tiempo como sea necesario; es decir, de reservar las rentas de la industria a las inversiones, para conservar su ritmo de crecimiento y seguir desenvolviéndose en

los otros sectores con los medios secundarios, con un artesanado rural dirigido, que provea a la masa de campesinos de lo fundamental de sus artículos de consumo y de su utillaje agrícola:

c) austeridad general y no restringida a la masa popular, lo que hace posible el que se le puedan exigir a esta masa pesados sacrificios;

d) asombrosa elasticidad de los dirigentes que son capaces de reconocer sus faltas y de rectificar inmediatamente sus tiros.

Todo ello se apoya en algunas realidades fundamentales de la vida y de la civilización chinas, sin las cuales nada sería posible.

1.º En primer lugar, sobre el número. La dureza de la experiencia, aunque, por desgracia, sacrifique a algunos hombres e incluso a muchos de ellos, no puede comprometer el éxito de la experiencia misma. Porque hay demasiados hombres y siempre habrá demasiados hombres en China.

2.º Pero, sobre todo, en el encuadramiento sin precedentes de una masa de 600 millones de hombres a cargo de *diez millones* de organizadores, miembros disciplinados y adictos al Partido, a la cabeza del cual se encuentra (salvo contadas excepciones) la vieja guardia, los jefes formados en la dura escuela de treinta años de persecuciones, de guerras civiles, de resistencia armada contra el Japón, de adelantos y retrocesos soportados con paciencia en la estrategia militar y en la táctica política, con una experiencia hasta ahora inigualada de la administración de las cosas y de los hombres.

No se puede evitar el pensar que son los herederos de la gran tradición burocrática del Imperio milenario, los funcionarios-letrados acostumbrados al gobierno con mano firme de un gran Estado. Una nueva *intelligentsia*, actuante y audaz, ha eliminado a la antigua, libresca y estereotipada; le ha llegado el turno de tener entre sus fuertes manos el futuro de China. Y la masa china, que siempre ha sido disciplinada, sigue a estos nuevos conductores con obediencia. Esta eficaz organización, sin desfallecimientos ni solución de continuidad, que permite un trabajo arduo de todo el mundo sin excepción, es, quizá, la clave de esta experiencia única en su género: en poco tiempo, la más antigua de todas las civilizaciones existentes se ha convertido en la fuerza más joven y más progresiva de todos los países subdesarrollados. Pero se debe, quizá, a que ha tenido que apoyarse en una de las más antiguas y sólidas originalidades de su antigua civilización: su organización burocrática.

3. Otro problema que plantea el porvenir de China: el conflicto chino-soviético.

¿Dejan las demostraciones del XXII Congreso (1961) y los ataques amortiguados de *Pravda* o del *Diario del Pueblo*, periódicos oficiales ruso y chino, respectivamente, translucir la existencia de un conflicto real? ¿O se trata de simples apariencias sobre las que la solidaridad socialista acabará siempre por tener la última palabra?

A decir verdad, el divorcio es casi imposible, ya que supondría consecuencias mundiales muy arriesgadas para ambos países. Pero la hostilidad

parece profunda y la explicación de este hecho también es lícito buscarla en la historia de las civilizaciones que se enfrentan.

Sin duda, el conflicto tiene motivos muy actuales. Las fuerzas en presencia son dos grandes pueblos que han llevado a cabo la experiencia comunista para modernizarse. Ahora bien, mientras que uno de ellos ha alcanzado, por fin, cierta soltura, después de cuarenta años de penuria y de sufrimientos, el otro se agota en un esfuerzo sobrehumano y en una austeridad miserable. Mientras que el nuevo rico se sienta ruidosamente en las mesas de conferencias internacionales, el pariente pobre no tiene voz en los conciliábulos, ve cómo se le prohíbe el acceso al ruedo internacional como si se tratara de un apestado. El uno está condenado a avanzar, cueste lo que cueste, para no correr el riesgo de retroceder, mientras que el otro se ha vuelto más prudente. Esto da lugar a numerosos roces.

Pero, profundizando más, es posible que el choque obedezca al nacionalismo receloso de China, a su deseo de tomarse la revancha sobre Occidente: Rusia, por muy socialista que sea, sigue siendo Occidente, y, por tanto, participando de la barbarie. China aspira nada menos, para borrar su pasado, a convertirse en la capital del Tercer Mundo. Entonces, nuevamente, será en el Universo, el «Imperio del Medio».

CHINA DE 1962 A 1965

Desde 1962, el conflicto chino-soviético se ha agravado, hasta tal punto que ni siquiera la caída de Kruschchev ha podido solventarlo. Los dos acontecimientos más importantes de la historia china desde 1962 son:

1. Explosión de la bomba atómica china (16 de octubre de 1964), prueba de que se ha producido un progreso técnico increíble, que se había venido considerando como imposible para un plazo tan breve, si se tiene en cuenta la interrupción de la ayuda nuclear soviética en 1959. Gracias a la bomba atómica, China considera que ha encontrado el medio de «inutilizar cualquier tentativa de chantaje atómico», por parte de los Estados Unidos.

2. Apertura de las relaciones diplomáticas entre Francia y China (27 de enero de 1964), que equivale a un reconocimiento de China comunista. Se trata de una maniobra política por ambas partes, más aún que de una consecuencia de motivos económicos: el comercio con Inglaterra (que había reconocido a China desde el 6 de enero de 1950), o con Alemania Federal, son más importantes que el comercio con Francia. Los chinos consideran que el mundo no comunista se divide en tres zonas: el Tercer Mundo, los países capitalistas no americanos y los Estados Unidos. Los países capitalistas no americanos, en desacuerdo con los Estados Unidos sobre ciertos puntos (según los chinos constituyen «la segunda zona intermediaria, ya que la primera estaría ocupada por el Tercer Mundo»), son, ante todo, Europa y el Japón, que aparecen como posibles campos de acción.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Entre las guías existentes está la muy digna de consideración de Pierre Gourou, *L'Asie*, Hachette, 1953; de René Grousset (con la colaboración de Deniker), *La Face de l'Asie*, Payot, 1955; también de René Grousset, *L'Empire des Steppes, Attila, Gengis Khan, Tamerlan*, Payot, 1941; de Fernand Grenard, *Grandeur et décadence de l'Asie*, Colin, 1939; de André Angladette, *Le riz*, «Que sais-je?», P. U. F., 1959. No resisto a la tentación de señalar la bella edición de *La description du monde par Marco Polo*, por Louis Hambis, primera edición en francés moderno, en París, 1955, y el libro erudito de Leonardo Olschki, *L'Asia di Marco Polo*, Venecia, 1957.

Toda una serie de excelentes libros sirven de introducción a un buen conocimiento de conjunto de los problemas chinos: Georges Maspéro, *La Chine*, dos tomos. Delagrave, 1925; *Les religions de la Chine*. Los libros de Marcel Granet, *La civilisation chinoise*, Albin Michel, 1929, y *La pensée chinoise*, ibid., 1934, son de difícil lectura. Se sacarán muchas ventajas y gran placer de la lectura de los tres volúmenes colectivos, *Aspects de la Chine*, P. U. F., 1959-1962, que reúnen conferencias pronunciadas por radio. Otro buen libro sobre la China antigua es el de Jacques Gernet, *La vie quotidienne à la veille de l'invasion mongole (1250-1276)*, Hachette, 1927. Sobre problemas particulares de la civilización china se sacará gran provecho de la lectura de *Le mouvement ouvrier chinois de 1919 à 1927*, Mouton, 1962, de Jean Chesneaux. O de los artículos de un excepcional interés, como los de J.-P. Dieny, «Les "lettres familiales" de Scheng Pan-K'iao»... *Bn. de l'Institut des Hautes Etudes Chinoises*, París, XIV, 1960, páginas 15-67, y de Jacques Gernet, «L'âge de fer en Chine», *L'Homme*, 1961; de Etienne Balazs, *La perennité de la société bureaucratique de Chine*, «International Symposium on History of Eastern and Western Cultural Contacts», noviembre 1959.

1. Sobre la moneda en China.

Tomado del P. du Halde, en su *Description géographique, historique chronologique, politique et physique de l'Empire de Chine*, tomo II, 1735, página 163.

«...El oro no tiene más circulación que la de las piedras preciosas en Europa: se compra lo mismo que las otras mercancías, y los europeos que trafican con él sacan de este comercio un considerable beneficio.

En lo que respecta a la plata, no existen monedas como en Europa: se corta en diferentes pedazos, grandes o pequeños, según la necesidad que se tenga, y su valor obedece a su peso y no a la marca acuñada legalmente. Para pesarlo, los chinos disponen de unos pequeños pesos portátiles, que guardan en un estuche barnizado. Esta especie de peso se parece bastante a la balanza romana: se compone de un pequeño plato, de un brazo de marfil o de ébano y de un peso corriente. Este brazo, que está dividido en partes muy pequeñas sobre tres caras diferentes, está sujeto por hilos de seda a

uno de los extremos, en tres diferentes puntos, a fin de poder pesar con más facilidad toda clase de pesos. Son balanzas de gran precisión. Pueden pesar desde 15 y 20 tael hasta un sueldo, e incluso más, y con tanta precisión que la balanza es sensible a la milésima parte de un escudo.»

Es de señalar que los pagos realizados con lingotes de plata fraccionados eran muy anteriores al siglo XVIII. El P. de las Cortes se refiere a ellos en 1626, como a una costumbre establecida desde antiguo.

2. Miseria china (1735).

Está tomado de la misma fuente, páginas 73-74.

«Sin embargo, por muy sobrio y hacendoso que sea el pueblo chino, su gran cantidad de habitantes provoca una extrema miseria. Se ven chinos tan pobres que al carecer de los elementos necesarios para alimentar a sus hijos, los ponen en exposición por las calles, sobre todo cuando las madres están enfermas o no tienen suficiente leche para amamantarlos. Estos pequeños seres inocentes se ven así condenados en cierta manera a la muerte, en el amanecer de su vida: esto llama la atención en las grandes capitales como Pekín y Cantón. Porque en las otras ciudades, apenas si se entera la gente de ello.

Este hecho ha llevado a los misioneros a instituir en estos lugares muy poblados un cierto número de catequistas, que se reparten todos los barrios y los recorren por la mañana para llevar la gracia del bautismo a una multitud de niños moribundos.

Con la misma pretensión, se ha convencido a veces a comadronas infieles para que se dejen acompañar por jóvenes cristianas a las diferentes casas donde son llamadas, porque ocurre a veces que los chinos, al no estar en condiciones de mantener a una familia numerosa, contratan a estas comadronas para que ahoguen en barreños llenos de agua a las niñas recién nacidas; estas jóvenes cristianas se ocupan de bautizarlas, y así estas pobres víctimas de la indigencia de sus padres encuentran la vida eterna en las mismas aguas que les quitan una vida corta y perecedera.»

3. Hacia el Tíbet.

En vísperas de abandonar China con dirección al Tíbet (1844). Es el viaje que emprendieron y lograron terminar el P. Huc (1813-1860) y el padre Gabet. Este viaje extraordinario, descrito por el P. Huc, en 1850, ha sido recogido parcialmente en *Voyage au Tibet*, por el R. P. Huc, Plon, 1926, páginas 8-9. Los viajeros acaban de hacer un alto en el camino, en Tang-Keu-Eul, última ciudad china importante.

«Nuestra mayor preocupación, entonces, fue el recoger todas las informaciones posibles sobre esta famosa ruta del Tíbet. Nos dijeron de ella cosas terribles: durante cuatro meses había que viajar a través de un país absolutamente desierto, y, por consiguiente, hacer acopio de provisiones, antes de emprender la marcha. En la estación invernal el frío era terrible, y los viajeros se helaban casi siempre o eran enterrados bajo las avalanchas

de nieve. Durante el verano se ahogaban un gran número de viajeros, porque había que atravesar unos grandes ríos, sin puentes y sin barcas, sin más ayuda que la de unos animales que casi nunca sabían nadar. A todo esto se sumaban las hordas de bandidos que, en ciertas épocas del año, recorrían el desierto, robaban a los viajeros y los abandonaban, sin trajes y sin alimentos, en medio de estas horribles regiones; en suma, se contaban cosas que ponían los pelos de punta. En estos relatos, aparentemente fabulosos, o, por lo menos, muy exagerados, coincidía todo el mundo, y lo que se contaba era siempre de una aterradora uniformidad. Además, se podían ver e interrogar, en las calles de Tang-Keu-Eul, a algunos tártaros mongoles, que eran pruebas fehacientes de estos largos relatos de trágicas aventuras; eran los restos de una gran caravana que, el año anterior, había sido asaltada por un grupo de bandidos. Habían logrado escapar, pero todos sus compañeros habían sido abandonados, a merced de los Kolo (bandidos). Todas estas informaciones no pudieron con nuestra firme resolución de partir, pero motivaron el que no precipitéramos nuestra marcha y esperáramos una buena ocasión.

Nos encontrábamos en Tang-Keu-Eul desde hacía seis días, cuando llegó a nuestra casa de reposo una pequeña caravana de tártaros-khaljas. Venía de las fronteras de Rusia y se dirigía a Lhasa para rendir homenaje a un niño muy pequeño al que consideraban el famoso *Guison Tamba*, nuevamente transmigrado. Cuando estos tártaros supieron que estábamos esperando una ocasión favorable para encaminarnos hacia el Tíbet, se alegraron mucho porque comprendieron que su pequeño grupo iba a ser inesperadamente aumentado con tres peregrinos que, en caso de guerra contra los Kolo, supondrían tres hombres más para luchar. Estimaron que nuestro valor debía ser grande, a juzgar por nuestras barbas y nuestros bigotes, e inmediatamente nos concedieron el calificativo de *Baturu* (valientes). Todo ello era muy honorable y muy prometedor. Sin embargo, antes de decidirnos a partir quisimos, primero, reflexionar seria y tranquilamente. La caravana que ocupaba el patio de la casa de reposo sólo estaba formada por ocho hombres. El resto no eran más que camellos, caballos, tiendas de campaña, bagajes e instrumentos de cocina; bien es verdad que estos ocho hombres, a juzgar por sus conversaciones, eran todos ellos duchos en el arte de la guerra. Por lo menos iban armados hasta los dientes; hacían demostraciones ante nosotros de sus fusiles de mecha, de sus lanzas, de sus flechas, y, sobre todo, de una pieza de artillería que llevaban con ellos, un pequeño cañón no más grueso que un brazo; no tenía afuste pero iba sólidamente atado a las dos jorobas de un camello; debía de producir un efecto maravilloso. Todo este aparato guerrero no era el más apropiado para tranquilizarnos; por otra parte, no creíamos que se mantuviera el efecto moral producido por nuestras barbas. Sin embargo, hay que tomar una determinación; los tártaros-khaljas insistían en que les acompañáramos y aseguraban el éxito de la expedición. Entre las personas que no tenían ni arte ni parte en este asunto, las unas nos decían que la ocasión era excelente, y que había que aprovecharla; otros aseguraban que era una imprudencia, que una partida tan reducida de hombres sería, sin duda alguna, comida

por los Kolo; que más valía, puesto que no teníamos prisa, que esperaríamos a la gran embajada tibetana.»

4. El testamento de Sun Yat-sen (11 de marzo de 1925; murió al día siguiente).

Tomado de Jean Chesneaux, *Sun Yat-sen*, Club Français du Livre, 1959, página 222.

«Durante cuarenta años me he consagrado a la causa de la revolución de nuestro pueblo, y mi único objetivo ha sido el conseguir para China una posición de libertad y de igualdad entre las naciones. Mis experiencias durante estos cuarenta años me han convencido firmemente que para alcanzar este fin tenemos que despertar a nuestro pueblo y aliarnos con los otros países del mundo que nos tratan en pie de igualdad, así como luchar de acuerdo con ellos.

La obra de la revolución no ha sido todavía realizada. Que nuestros camaradas actúen de acuerdo con mis *Planes para la reconstrucción nacional*, mis *Fundamentos de la reconstrucción nacional*, los *Tres principios del pueblo* y el *Manifiesto* publicado por el Primer Congreso Nacional de nuestro partido, y hagan esfuerzos sin límite para ponerlos en práctica. Además, nuestras recientes declaraciones en favor de convocar una Convención nacional deben, asimismo, tener éxito, y los Tratados desiguales deben ser abolidos en el plazo más breve posible. Estas son mis últimas voluntades.»

5. Confucio.

1. *Su indumentaria.*—Durante los momentos calurosos del verano, bajo una túnica de cáñamo poco tupido, llevaba otra. En invierno llevaba una túnica negra sobre otra forrada de piel de cordero negro, o bien una túnica blanca sobre una forrada de piel de ciervo blanco, o bien una amarilla sobre otra forrada de piel de zorro amarillo. La túnica forrada de pieles que llevaba, habitualmente, era larga, pero la manga derecha era más corta que la izquierda...

Cuando no iba de luto llevaba siempre diferentes objetos colgados de la cintura... Nunca se ponía su túnica de piel de cordero ni su gorro negro para ir a llorar a los muertos. Al día siguiente de la luna nueva, siempre se ponía sus trajes de corte e iba a saludar al príncipe.

Entretiens de Confucius et de ses disciples.
Les Belles Lettres édit.

2. *Su alimentación.*—A Confucio le gustaba que su cocido fuera siempre de arroz muy puro, y su plato de carne, picada muy fina. Nunca comía alimentos enmohecidos o pasados, ni el pescado o la carne que empezaban a pudrirse. Rechazaba los manjares que hubieran perdido su color o su

olor ordinarios. Tampoco comía nada que no estuviera convenientemente cocido, ni ninguna fruta que no estuviera totalmente madura. No comía lo que no había sido cortado de manera regular ni lo que no había sido aderezado con la salsa conveniente.

Incluso cuando la carne abundaba, no tomaba más carne que alimentos vegetales. La cantidad de bebida fermentada que tomaba era indeterminada; pero nunca llegaba a alterarle mentalmente... Siempre había jengibre en su mesa y nunca comía con exceso...

Ibid.

3. *Su cortesía.*—Confucio, en el pueblo donde vivía su familia, se comportaba de manera muy simple; casi parecía que no sabía hablar. En el templo de los antepasados y en la Corte del príncipe se expresaba claramente pero con una atención respetuosa.

En el palacio del príncipe hablaba a los inferiores con firmeza y sin rodeos; a los superiores, con afabilidad y franqueza. En presencia del príncipe mostraba una gravedad noble, un temor respetuoso.

Al entrar por la puerta de palacio se inclinaba como si la puerta fuera demasiado baja para dejarle paso. No se paraba en el medio de la puerta; al andar evitaba poner el pie en el umbral. Al pasar delante del asiento (desocupado) del príncipe, parecía como que se alteraba el aspecto de su rostro, que su andar se volvía más tímido y que su lengua se trababa. Subía a la sala, recogiendo los faldones de su túnica, con el cuerpo inclinado hacia delante y reteniendo el aliento como si no pudiera respirar. Al salir, una vez bajada la primera escalera, su rostro adquiría de nuevo su aspecto acostumbrado; parecía afable y alegre. Al llegar al final de las escaleras aceleraba el paso como un pájaro que abre sus alas.

Ibid.

4. *Su sabiduría.*—El sabio determina su conducta según la condición en la que se encuentra; no desea nada que esté fuera de esta condición. Cuando posee riqueza y honores, actúa como conviene a un hombre rico y honorable; cuando se encuentra en la pobreza y en la abyección, actúa como conviene que lo haga un hombre pobre y despreciado. Cuando se encuentra en medio de los bárbaros de Occidente y del Norte, actúa como es conveniente que lo haga el que se encuentra en medio de los bárbaros. Cuando está sumido en la desgracia y en el sufrimiento, actúa como conviene que lo haga el que se encuentra sumido en la desgracia y en el sufrimiento. Por todas partes y en todo momento al sabio le basta lo que tiene.

Cuando es de una clase alta, no humilla a sus inferiores; cuando es de una clase baja, no mendiga el favor de los superiores. Se hace perfecto a sí mismo y no pide nada a nadie; por lo mismo, nunca se queja. No se queja del Cielo, ni acusa a los hombres. El sabio no abandona el camino recto; espera tranquilamente las disposiciones de la Providencia. El que no es virtuoso se dedica a buscar fortuna a través de toda clase de peripecias.

*L'invariable milieu,
Les Belles Lettres, édit.*

5. *La piedad filial.*—Confucio dice: «¡Qué grande era el respeto filial de Ou Wang y de Tcheu kung! Sabían, admirablemente, perseguir los objetivos y continuar las obras de sus padres. En la primavera y en el otoño preparaban y limpiaban la sala de los antepasados; exponían, puestos en orden, los objetos y los trajes de los que sus padres se habían servido; les ofrecían alimentos y frutas del tiempo...»

Ocupar los mismos lugares que los antepasados, celebrar las mismas ceremonias, cantar los mismos cantos, respetar a los que ellos habían honrado, amar a los que ellos habían amado, servirles después de su muerte lo mismo que cuando estaban en vida; esta es la perfección de la piedad filial.

Ibid.

6. *Las leyes del buen gobierno.*—Todo el que gobierna el imperio debe observar nueve leyes; a saber: debe perfeccionarse a sí mismo, respetar a los hombres sabios, amar a su prójimo, honrar a los grandes oficiales, permanecer unido sentimentalmente con los oficiales inferiores, ayudar paternalmente a sus súbditos inferiores, atraer toda clase de obreros, acoger bondadosamente a los extranjeros, amar a los príncipes feudatarios.

Ibid.

7. *Consejos a los príncipes.*—Amar lo que otros no aman, no amar lo que ellos aman, es oponerse a la naturaleza humana. Es atraer indudablemente desgracias sobre la propia persona. Existe para los príncipes una regla excelente de conducta, que es amar lo que ama el pueblo, y odiar lo que éste odia. Cuando son buenos y sinceros, observan esta regla de conducta; cuando son orgullosos y amigos de la fastuosidad, la violan.

Existe un medio excelente para procurar recursos al Estado. Cuando los que los procuran son un gran número, y los que los consumen un pequeño número, cuando los que los obtienen actúan con rapidez y los que los emplean con lentitud, estos recursos serán siempre más que suficientes.

*Le Grande Etude,
Les Belles Lettres, édit.*

CAPITULO XIII

LA INDIA DE AYER Y HOY

La India se presenta como una yuxtaposición de espacios y también de pasados heterogéneos que tienden todos a concordarse entre sí, sin nunca conseguirlo. Es demasiado extensa (4 millones de kilómetros cuadrados con el Pakistán, es decir, entre tres y cuatro veces la pequeña Europa de los Seis), está demasiado poblada (más de 438 millones de seres en la actualidad, sin el Pakistán). De una gran variedad, nunca ha tenido un pasado tranquilo, entre un Decán, al Sur, conservador de pueblos y de civilizaciones, zona de resistencia obstinada, y un Noroeste que une los países áridos del Indo con el Irán y, por detrás del paso del Jaiber, con el Turkeistán y con toda la tumultuosa Asia central; abierta a las invasiones, es la región peligrosa y patética de la India.

Por último (salvo en los tiempos recientes de la colonización inglesa), ningún dominio político ha extendido su autoridad al conjunto del subcontinente, ni antaño ni en la actualidad, ya que ha sido violenta y sangrientamente dividido, en 1947, en la India y el Pakistán.

I. LAS INDIAS CLASICAS (HASTA LA COLONIZACION INGLESA)

Sin remontarnos hasta la misteriosa civilización del Indo (3.000 a 1.400 a. de C.), tres Indias clásicas se han formado lentamente, y después sucedido sin prisas, prolongándose la una en la otra:

- a) una civilización indo-aria, llamada védica, de 1.400 a. de C. al siglo VII después de Cristo;
- b) una civilización medieval hindú (el hinduismo) que desarrolla a la anterior, hasta el siglo XIII;
- c) una civilización islamo-hindú impuesta por el conquistador musulmán, como una camisa de fuerza (siglos XIII a XVIII), de cuya colonización exuberante y prolongada tomará el relevo, a partir del siglo XVIII, el colonialismo inglés.

Repitamos que ninguna de estas civilizaciones, ninguno de los grandes Imperios «universales» que se apoyan, sucesivamente, en ellas, se han extendido al conjunto del subcontinente. Hasta el siglo XVIII, el espacio hindú

no se vio reducido a un orden único, ni conoció esas unificaciones que caracterizan al pasado de China y lo simplifican en alto grado.

1. La India védica se formó en tres o cuatro grandes etapas, de 1400 a. de C. al siglo VII d. de C. Estos dos milenios están dominados por la invasión y la instalación de los pueblos arios venidos del Turkeistán y que, habiendo llegado a la India por el Noroeste, se infiltraron lentamente por las llanuras del Indo medio, y después, en el curso medio del Ganges. Su civilización afecta sólo a una parte de la llanura indo-gangética, pero se trata de la parte medular de la India.

Formada, al mismo tiempo, por las aportaciones de los recién llegados y por los empréstitos múltiples y «actuantes» hechos a los pueblos ya instalados en la India, esta primera civilización, a la que se llama védica (*de Veda, el conocimiento sagrado*), se desarrolló con una extrema lentitud. Tropezó con los pueblos indígenas, ya instalados allí, hombres de piel morena o de piel negra, de orígenes diversos: Pigmeos, llegados muy pronto de Africa; proto-mediterráneos, llegados más tarde, sin duda, de Mesopotamia, y cuyo tipo se ha conservado en los Dravidianos del Sur; poblaciones originarias de Asia Central, de carácter mongoloide (sobre todo en Bengala).

Estos pre-arios son ya, en su mayoría, pueblos asentados, agricultores, ganaderos *sedentarios*, agrupados en aldeas e incluso en ciudades a orillas del Indo, que es el centro de una civilización ya antigua de ciudadanos y de mercaderes. Estos pre-arios son numerosos y continuarán siendo en lo sucesivo, hasta hoy día, el elemento humano mayoritario de la India.

Pastores, nómadas, hombres (casi siempre, pero no siempre) de piel clara y de pelo rubio, los Indo-Arios están emparentados con los numerosos pueblos que han invadido, en el segundo milenio, las llanuras del Irán y del Asia Menor y los lejanos países europeos. Estos invasores de la India son hermanos de los Helenos, de los Italiotas, de los Celtas, de los Germanos, de los Eslavos.

a) *Primera etapa anterior al año 1000: la invasión.*

La primera invasión aria se llevó a cabo desde el Turkeistán hacia el Irán y la India. Se interna así, desde Mesopotamia al Indo, en una civilización ya homogénea, brillante, con sus ciudades, sus casas altas, sus campesinos arraigados. Esta civilización antigua se encuentra quizá en decadencia cuando la invasión alcanza los países del Indo, que, sin embargo, defenderán durante mucho tiempo su independencia contra los recién llegados, y retrasarán su avance hacia el Este.

Los textos sagrados de los arios, escritos en *sánscrito*, relatan estas luchas interminables, que mezclan a los hombres, a los dioses y a los antidioses (los *Asura*, divinidades protectoras de los adversarios) y que se desarrollan antes del año 1000 en la región del Punjab y en el río Kabul.

Esta larga etapa se refleja en el más antiguo de los libros sagrados, el *Rig-Veda* (el *Veda* de las Estrofas, o, como se dice también, de los Himnos) que da a conocer la mitología y las creencias de una *primitiva* religión védica.

Había por lo menos treinta y tres dioses, entre dioses terrestres, dioses del "espacio intermedio" (atmósfera) y dioses del cielo. Entre estos dioses "un poco pápidos" destacan Varuna, mantenedor "de las leyes cósmicas y morales, que espía a los culpables, a los que ata con cuerdas"; Indra, más importante todavía, héroe de los cabellos claros, victorioso en mil combates; vencedor del demonio, Vitrá liberó las aguas del cielo, que desde entonces inundan la tierra y la fertilizan. Todos estos dioses se mezclan con los hombres, al igual que las divinidades del Olimpo con los guerreros que se enfrentaban bajo las murallas de Troya. Todos ellos exigen que se les hagan sacrificios: leche, trigo, carne de animal y una fuerte bebida fermentada (soma) que se obtiene de una planta misteriosa.

En resumen, se trata de una religión pluralista, formal, reducida a ritos. El nomadismo de los Arios no ha sido todavía reemplazado por una vida sedentaria, que engendra el orden hasta en el terreno religioso.

b) *Segunda etapa, de 1000 a 600 antes de nuestra era: conquista y sedentarización.*

La sedentarización de los invasores se realiza, poco a poco, entre 1000 y 600 a. de C., en una región ligeramente desplazada o prolongada hacia el Este, y cuyos caminos se cruzan en la actual Delhi. Esta conquista hacia el Este se extenderá hasta la actual Benarés, después de gigantescos combates, o por lo menos así los describe la tradición. Hacia el año 800 se alcanza Bengala y, quizá, la India Central.

Las transformaciones geográficas, sociales, económicas y políticas provocadas por esta evolución, explican las inmensas innovaciones religiosas recogidas por los nuevos libros sagrados, y, más tarde, por los *Comentarios* —(Brahmanas) y los Upanishads—, ese «tratado de las Aproximaciones» que abre las puertas secretas de las especulaciones religiosas. Aunque conserva su fondo primitivo, la religión se va complicando poco a poco. Se van acusando tendencias monoteístas, al mismo tiempo que, con motivo de las fusiones sociales y de la cohabitación de vencedores y vencidos, una enorme cantidad de creencias no arias se va extendiendo a través de todos los sistemas religiosos; así, por ejemplo, el yoga («dominio de uno mismo»), cuyas prácticas ocupan un lugar importante en la religión védica, al lado de los sacrificios rituales.

Se van ensombreciendo cada vez más las creencias y las actitudes religiosas. Muy pronto se cree que las almas se reencarnan continuamente para empezar nuevas existencias terrestres, todas ellas dolorosas. Simultáneamente, se van constituyendo las primeras divisiones sociales (*varna*), en una sociedad que es, al mismo tiempo, «mágica», «pseudo-feudal», «colonial», sin duda, compleja, en la que no todo puede explicarse (como se ha creído hasta hace poco), únicamente por las relaciones del pueblo conquistador con los pueblos vencidos. En primer lugar están los *Brahmanes*, sacerdotes, señores de lo espiritual; después vienen los guerreros, los reyes, los príncipes, los grandes señores (*Shatris*); la tercera categoría la forman los pequeños agricultores, los artesanos, los ganaderos, los mercaderes (*Vaisias*). En la cuarta, y última categoría, están los *Sudras*, que, en su origen por lo menos, son los indígenas sometidos.

Más tarde, esta sociedad se irá precisando lentamente con sus tabús, sus exclusivismos, sus múltiples prohibiciones de matrimonio entre las castas, sus divisiones estrictas entre *puros* e *impuros*.

La distinción entre lo temporal y lo espiritual se verifica entre las dos clases superiores. Muy pronto se desposeyó a la monarquía primitiva de todo monopolio religioso, en contraste con lo preceptivo en otras partes del mundo (tanto en China como en el primitivo Egipto y en otras civilizaciones). "La relación de los dos principios, principio espiritual y principio político del *imperium*, está plenamente señalada en una singular institución... En efecto, no es suficiente que el Rey, modelo o esencia de la categoría de los *Shatras*, emplee a los *Brahmanes* para el ritual público. Es necesario que tenga, además, una relación personal permanente con un Brahmán, que se convierte así en su *purohita* (literalmente quiere decir "adelantado"). Traducimos por "capellán", pero hay que tener presente la idea de una delegación o vanguardia espiritual, de un *major ego*. Los dioses no aceptan las ofrendas de un rey sin *purohita*, pero además los reyes dependen de éste para llevar a buen término sus actos vitales, porque éstos no pueden alcanzar el éxito sin la asesoría del *purohita*. El *purohita* es al rey lo que el pensamiento a la voluntad, en una relación tan íntima como el matrimonio. En pocas palabras, como dice ya el Rig-Veda: "El rey que se deja guiar por su Brahmán, habita y prospera en su domicilio, la tierra le prodiga todos sus favores, el pueblo le obedece de *motu proprio*" (Louis Dumont). En todo caso, en este sentido se pronuncian repetidas veces los textos brahmánicos.

Para Louis Dumont, esta primacía religiosa, que se asocia al poder sin confundirse con él, es la razón primordial de esta sociedad fragmentada: al estar asociada la una a la otra, las dos primeras clases se oponen a todo el resto de la masa social, y de la misma manera, las tres primeras clases forman un frente unido contra la masa de los Sudras.

Los Brahmanes han basado su preeminencia en los desenfundados temores que inspiraban. Un ritual complicado les convierte en los organizadores insustituibles de los sacrificios; basta que se omita un solo detalle para que el dios solicitado se niegue a conceder sus favores, y que, en cambio, el terrible Varuna desencadene venganzas despiadadas. Al ser depositarios de los secretos del rito, los sacerdotes pueden actuar con entera libertad, atacar al antropomorfismo ingenuo de los antiguos arios, desvalorizar a Indra y a todos los dioses héroes de los antiguos himnos. Fabrican, para su propio uso, un dios supremo, Brahma, que preside sus sacrificios. Bien es verdad que este dios nunca fue muy popular.

Por el contrario, son otros dioses dominadores los que suscitan el entusiasmo de los fieles: en las poblaciones agrícolas, Siva Rudra; en los círculos aristocráticos, Vishnú, identificado con el héroe Krishna Vasudeva. Además, los «guerreros» y los «campesinos» (que pertenecen a la segunda y a la tercera «clases») acogen favorablemente al yoga, que los Brahmanes aceptarán a su vez, y otros cultos y prácticas indígenas. También se muestran favorables a una especulación filosófica libre, que, en los siglos VI y V, da origen a dos nuevas religiones: el jainismo y el budismo.

c) *Tercera etapa: los primeros esplendores del jainismo y del budismo, en los siglos VI y V.*

En el curso de un lento proceso han ido emergiendo de los principados minúsculas monarquías y, más tarde, ciudades aristocráticas, relacionadas con el comercio. Estas ciudades, en seguida populosas, aprovechan el lujo de sus cortes principescas y de sus ricas burguesías. Los banqueros y los comerciantes logran sacar grandes beneficios del tráfico caravanero y marítimo; entonces aparece el lujo de las finas telas de algodón, de lino o de

seda. Desde el año 600 a. de C., la industria del hierro está atestiguada por las armas encontradas en las tumbas. La lejana ciudad de Aden es el gran mercado que reexpide el hierro hindú hacia el Mediterráneo.

En este medio activo, comparable en cierto modo a la Grecia contemporánea de los siglos VI y V, se desarrollan las dos grandes religiones de salvación: el *jainismo* y el *budismo*—ésta última más conocida y más importante que aquella—tendrán una repercusión en el exterior. En el plano puramente hindú, por el contrario, el jainismo y budismo están igualados. Ambas son religiones fuera de serie, «seculares», adoptadas por las clases dominantes, aparte de los Brahmanes, y propagadas por los comerciantes; ambas originaron la fundación de conventos y establecieron unas normas para conseguir la salvación individual: como ya hemos dicho, el budismo, a través de una negación del deseo de vivir y del sentido de la vida, trata de romper el círculo maldito de las reencarnaciones, a fin de alcanzar el Nirvana; por el contrario, el jainismo considera que la búsqueda del sufrimiento personal es un camino eficaz para la salvación individual. Estas dos religiones han sido fundadas, tanto la una como la otra, por dos grandes señores: Siddharta Gautama, quizá hijo de un Rey (563 ?-483 ?), también llamado Sakia Muni (el Sabio de Sakias) o el Buda (el Iluminado), y Vardhamana Mahavira (540 ?-468), el «Vencedor» del mundo (Jina).

Buda, originario del Nepal, tuvo su «revelación» hacia el año 525, y desde entonces dedicó el resto de sus días a predicar a través del valle del Ganges. Su religión, que estaba llamada a modificarse incluso antes de muerto Buda, está basada en sus palabras, tales como las recogieron sus discípulos. No hace ninguna afirmación referente a Dios, silencio que no equivale a una negación de su existencia, pero que indudablemente es uno de los rasgos fundamentales de su doctrina, al igual que la recusación de todo «monismo» divino. De acuerdo con las ideas dominantes en su tiempo (las de los Upanishads), niega la realidad del mundo y del Ser Universal. Según él, sólo la conciencia es real. «Has vuelto a mí como un pájaro vigía, que desde un barco hubiera emprendido el vuelo en dirección a todos los puntos cardinales, a fin de encontrar tierra y no la has encontrado en ninguna parte. Porque los elementos (tierra, fuego, agua, aire) tienen su punto de apoyo en la conciencia. Lo pierden dentro de una conciencia insensible. Cuando la conciencia ha dejado de ser, todos los elementos del universo son totalmente anulados.»

En realidad, Buda es un «renunciante» (*sanniasi*). El «renunciante» es un hombre que abandona la sociedad y se dedica a vagar, viviendo de limosnas, en busca de un absoluto espiritual, capaz de liberarle. Le preocupa, no el reformar una sociedad de la que se ha apartado, sino asegurar su salvación personal. El budismo es, pues, una religión para el individuo, para el hombre «desocializado», por lo que se relaciona con las numerosas herejías que irán apareciendo, con cierta regularidad, en la India, y que son otras tantas maneras de sustraerse, por el ascetismo personal y el absoluto de santidad, a la religión de los brahmanes, estrechamente relacionada con todas las coacciones de la sociedad. El renunciante budista, en contraposición con el cristiano (que quiere escapar a la muerte) se esfuerza por escapar a la vida, al ciclo de las reencarnaciones: «He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre la supresión del dolor: es la sed de la existencia la que lleva de un renacimiento a otro, la sed del placer... He aquí, oh monjes, la verdad santa sobre la supresión del dolor: la extinción de esta sed mediante el aniquilamiento del deseo, proscribiendo el placer, renunciando a él, no permitiéndole que se manifieste.» Sólo a costa de ello, se romperá el círculo de las reencarnaciones y se alcanzará el Nirvana.

Para lograrlo, el justo tiene que seguir «el camino de las ocho ramificaciones»

(cuya ciencia preserva de toda vanidad); observar las cinco prohibiciones (homicidio, robo, adulterio, embriaguez, mentira), abstenerse de los Diez Pecados (entre los cuales están los insultos, las conversaciones inútiles, la envidia, el odio, el error dogmático...); practicar las Seis Virtudes transcendentales: amor al prójimo, paciencia, pureza moral, energía, caridad, bondad. Pero alcanzar la perfección es ir más lejos aún. Es convertirse en Bodhisattva (nosotros diríamos en santo) y, más tarde, en Buda (es decir, recibir la iluminación divina). Sólo los Budas se disuelven en el Nirvana.

d) *Durante la llamada época de los Imperios, del 321 a. de C. al 535 d. de C., el jainismo y el budismo conocen una gran difusión, dominan las artes y el pensamiento, sin suplantarlo por ello a las prácticas corrientes, nacidas o no del vedismo.*

Los Brahmanes, para defender sus posiciones, se apoyan y se amparan cada vez más en los cultos populares. Este lento proceso culminará en la formación del hinduismo, sincretismo de una considerable amplitud, y al que tendremos que referirnos de nuevo.

Entonces, la sociedad jerarquizada se afirma y se completa, en particular mediante este sistema de las «castas», tan peculiar de la India, y que perfila sus líneas fundamentales entre los años 300 a. de C. y 700 d. de C. Se trata, pues, de una formación relativamente tardía, que no hay que confundir con las antiguas *varnas*, ya que estas últimas reúnen más bien a las clases sociales del Irán pre-islámico. Las castas, que continúan siendo una realidad en la India contemporánea, han tardado cerca de mil años en formarse, al azar de las fusiones étnicas y culturales y también como consecuencia de la progresiva diferenciación de los oficios. Como resultado, surgen millares de castas (cerca de 2.400 en la época actual). En el nivel más bajo, más allá de todos los entredichos, están los *parias* y los *intocables*.

Esta civilización compleja aprovecha la creación de los Imperios universales (dinastía de los Mauriya, 321-181 a. de C., y, aún más, a la dinastía de los Gupta, 320 a 525 d. de C.), para sobrepasar los rígidos límites de la India del Norte, hacia el Nepal, el Himalaya, el Tíbet, Siam, Indonesia (sobre todo después de la decadencia de los Gupta), para infiltrarse en la isla de Ceilán, a la que «coloniza», y también en el reducto dravidiano del Decán, e imponer el sánscrito «clásico y sofisticado» que se convertirá en toda la India, en el vehículo de una civilización principesca opuesta a la cultura de las masas.

El budismo triunfó durante el Imperio mauriya y el prestigioso reinado de Asoka (264-226 a. de C.). Pero cuando, algunos siglos más tarde, se afirma una nueva India clásica, se encuentra dominada sobre todo por el hinduismo, o, como se dice comúnmente, por el «renacimiento» del hinduismo, ya que entra en su gran época artística. Entonces, la India asimila todo lo que ha tomado de otras civilizaciones (concretamente el arte griego, al que tuvo acceso por las conquistas de Alejandro el Grande en los países del Indo, 327-325 a. de C.), afirma su pureza y su fuerza, inventa, si cabe decirlo así, el templo hindú (el *shjara*, exactamente la flecha que le domina), tan característicos en los siglos futuros como las catedrales en Occidente. El templo, levantado en una amplia plataforma rodeada de anchas escalinatas que permiten su acceso, está rodeado de capillas o de un deambulato-

rio. La misma masa del santuario representa al Monte Meru, ese Olimpo mítico en el que se cree que viven los dioses.

Esta época es también un gran período literario. Los poetas y los pensadores más brillantes residieron en la Corte de Chandragupta II (386-414), esos poetas a los que se llamó «las nueve piedras preciosas», y allí mismo fue escrito el *Schakintala*, el drama que traducido al inglés en 1786 y al alemán en 1791, impresionará vivamente a Herder y a Goethe.

2. Al ser el hinduismo heredero de tradiciones muy antiguas, no es posible fijar sus comienzos exactos en el fin de la dinastía Gupta o en la disolución del Imperio, a fin de cuentas efímero, de Harsha (606-647). Pero lo que es cierto es que se consolidará en su conjunto a lo largo de esta Edad Media hindú, que, "grosso modo", va desde la muerte de Harsha a la fundación del Sultanato de Delhi, en 1206. El hinduismo es más que una religión o un orden social, es el fundamento de la civilización hindú, y sus realidades, de raíces muy antiguas, permanecen vivas en la India del Pandit Nehru.

En la explicación de su desarrollo, todos los conceptos que utilizamos habitualmente en la historia de Europa, como Edad Media, fragmentación feudal, etcétera, resultan cómodos pero, al mismo tiempo, peligrosos. Los emplearemos, pero sin tomarlos al pie de la letra, ya que si el hinduismo en la India medieval es un factor tan importante como el cristianismo en nuestra Edad Media occidental, la India, por su parte, no se parece en absoluto a la Europa merovingia, carolingia, e incluso, feudal.

a) El contexto histórico.

Probablemente hay una regresión en los intercambios económicos desde antes de terminar la dinastía de los Gupta. Esta disminución afecta a los comerciantes, «supporters» del jainismo y del budismo. Estas dos religiones van a tener que soportar, en seguida, una serie de persecuciones: fieles martirizados, empalados, monasterios destruidos.

Por otra parte, cada vez que en la historia de la India las regiones más ricas, desde el Ganges al Gujerat, y al Mar de Omán no están animadas y vivificadas por un comercio importante, los grandes Imperios unificadores se derrumban, sin que, prácticamente, esto perturbe a la masa hindú: el Rey y los que gobiernan pertenecen casi siempre a otra casta que la mayoría de los súbditos. Por lo tanto, resulta natural que la India se desintegre entonces en Estados independientes y que cada uno de éstos se fraccione a su vez en una serie de principados y de señoríos belicosos. La «Edad Media» hindú, época del triunfo de los «Guerreros» y de las historias regionales, se divide en centenares de crónicas locales, en cuyo estudio es fácil que naufraguen hasta los eruditos especialistas.

Lo que importa no es seguir la historia de estos países, uno por uno, ni retener este florecimiento de particularismos dinámicos, como el de Bengala, o el del Gujerat, o el del Decán (la «Bizancio india» como ha sido calificada por algunos historiadores conscientes de su destino particular, de

su capacidad de resistencia, de su irradiación marítima en la época del Imperio Chola: 888-1267).

Más importante es el florecimiento de literaturas locales, en bengalí (Bengala); en gujara, en la región del golfo de Camboya y de la Península de Kathavari; en lenguas dravidianas (la palabra dravidiano es un barbarismo que se debe a Caldwell, en 1856, pero de la que es imposible desahacerse, y que se refiere a las lenguas y no a las razas del Decán: entre estas lenguas la más importante es el tamil).

La Edad Media, con su vida económica disminuida, ha devuelto fuerza (en el caso de que se hubiera perdido) y vigor a la diversidad geográfica y humana de la India. Esta diversidad fructifica, lo mismo que la «vegetación tropical»; es uno de los rasgos profundos del hinduismo que dejará en herencia a la India moderna esta profusión de lenguas que le suponen un obstáculo muy serio. Pero también, por encima de estas diversidades, se precisa una unidad religiosa y cultural evidente.

b) *El sincretismo de los Brahmanes.*

En los países del Norte, el hinduismo es esta suma de religiones realizada por los Brahmanes a partir de elementos védicos y post-védicos, de elementos no arios asimilados siglos atrás, y, por último, de la multitud de cultos locales particulares recogidos por una religión que ha intentado anexionárselo todo.

¿Cuál es la función del Sur en esta lenta formación? Poco a poco va tomando el relevo del Norte en la política, en el arte y, también, en la elaboración del pensamiento religioso. El Decán ofrece, entre los siglos VII y XII, las consecuciones más valiosas y más brillantes en el terreno del arte (arte Pallava de Mamalapuram, clásico y sutil; arte Ellora, violento y soberano; arte de Konarak, lírico y sensual). Ahora bien, hay que señalar que, con anterioridad a estos éxitos artísticos, el Sur fue la patria de los últimos grandes filósofos de la India, Sankara y Ramanuja.

Lo que el hinduismo va a popularizar, bajo miles de nombres diferentes, es a un dios de misericordia, accesible, caritativo, que de buena gana se deja adorar. Las representaciones difieren, pero el fondo permanece igual. La religiosidad tradicional se toma la revancha contra el budismo y el jainismo, aunque no sin antes haber asimilado y adoptado los preceptos de pureza, ausencia de violencia, e incluso *el vegetarianismo de ambas sectas*. Pero es un viejo fondo popular el que va, ante todo, a reinterpretar el nuevo lenguaje.

De esta manera, el hinduismo culmina en la coexistencia de los tres grandes dioses en «la cumbre»: Brahma (que es objeto, sobre todo, de «homenajes literarios») es aceptado como creador del mundo; Vishnú es el conservador y Siva el destructor. Separables e inseparables, son la expresión, cada uno por su cuenta, del Ser supremo, cuya función consiste en representar a la providencia entre los hombres. Así se explican los «descendimientos» a la tierra, los *avatars* de Vishnú, que se deben entender como múltiples reencarnaciones al servicio de la paz del mundo. Tomará cuerpo, bajo la forma de un pez, de una tortuga, de un enorme jabalí, de un hom-

bre-león, y también—es la novena *avatara*— bajo la forma de Buda, cuya obra se encuentra así integrada en todo un sistema religioso. Siva, el destructor, se identifica «a la muerte, al tiempo; es Hara, el que se lleva las cosas». Al igual que Vishnú, delega con frecuencia sus poderes en diosas. En el Sur de la India tiene por esposa a Minashki, la hija de un rey («la de los ojos de pez»).

Nos es imposible profundizar en esta mitología de una riqueza exuberante y de la que da una idea un libro inteligente y de agradable lectura, el de H. Zimmer, *Mitos y símbolos en el arte y la civilización de la India* (1951). Tampoco podemos entretenernos en el minucioso ritual de las plegarias y de los sacrificios, en el culto a los muertos, en el rito de la incineración, que continúa siendo practicado por la mayoría de los hinduistas (sólo se entierra a los ascetas y a los niños), en las largas y complicadas ceremonias de las bodas. La India ha sido y continúa siendo terriblemente conservadora en lo referente a los ritos.

Para el fiel, el problema fundamental continúa siendo su liberación. Si es juzgado favorablemente tiene acceso al Paraíso «a través de los rayos de sol», y si, por el contrario, es condenado, va al Infierno, pero en ambos casos, el porvenir no sostendrá esta decisión, ya sea sanción o recompensa. En efecto, el alma está fatalmente destinada a reencarnarse. Pero, gracias a las oraciones, a los ritos, a las peregrinaciones, e incluso gracias a los talismanes, el hombre puede escapar, a veces, al *kharman*, al acto que tiene consecuencias inevitables, y, concretamente, a las reencarnaciones. Entonces conseguirá «liberarse». Se trata, pues, de una liberación negativa, muy diferente del proceso búdico hacia una liberación espiritual que implica la purificación y el ascetismo individuales, la renuncia de la santidad.

El budismo (lo mismo que el jainismo) ha sido sumergido bajo las espesas aguas del hinduismo—las mismas aguas de la civilización de la India—, pero al mismo tiempo ha sido asimilado en algunas de sus formas, rechazado en su espíritu, incluso en Bengala, en donde había arraigado profundamente. Pero el Budismo dejó un vacío que nada ha conseguido llenar. Y, en la India, la ascetismo, la santidad, la «renuncia» siempre seguirán teniendo partidarios y seguidores. La religión dominante, que se resiente del peso de una sociedad compacta e inexorable, no permite la libertad individual más que en el despojo y en el «no-acto», lo que da lugar a que las «sectas» pululen por sí mismas. Son gestos de liberación intelectual y moral.

Quizá sea este vacío dejado por el budismo el que explique las conversiones en masa al islamismo, incluso en la misma Bengala, después de las últimas persecuciones contra el budismo, en el siglo XII. De la misma manera, en los Balcanes, los cristianos heréticos bogomilas de Bosnia, tantas veces perseguidos, se convirtieron al islamismo con la llegada de los turcos en el siglo XV.

3. La India musulmana (1206-1757). Anunciada desde el siglo VII por la fundación de colonias mercantiles en la costa del Malabar, materializada desde los años 711-12 por una invasión cuyo punto de par-

tida fue el Sind, y la implantación de diferentes colonias continentales, la India musulmana fue creciendo lentamente a través de los países que conducen al Indo y al Ganges. Más tarde, intentó, en vano, la conquista global del continente.

a) *El Sultanato de Delhi.*

Durante mucho tiempo les fue discutida a los musulmanes la posesión de las tierras semidesérticas del Norte. Todavía, a principios del siglo XI, en 1030, sólo el Punjab estaba bajo su jurisdicción. El Sultanato de Delhi (1206), que se extendió por toda la India del Norte, posición clave que lo da todo o casi todo, tardó todavía dos siglos en fundarse.

Esta conquista, cien veces reemprendida, terminó con una extensa ocupación militar. Los musulmanes, poco numerosos, instalados tan sólo en las ciudades importantes, únicamente conseguirán reinar sobre el país a costa de una política de terror. La crueldad era una realidad cotidiana: incendios, ejecuciones sumarísimas, condenas a la crucifixión o al palo, caprichos sanguinarios... Son destruidos los templos hindúes y sustituidos por mezquitas. En algunos casos, las conversiones eran impuestas por la fuerza. Por último, en cuanto se produce una sublevación, viene una represión inmediata, salvaje: casas incendiadas, países asolados, hombres asesinados, mujeres convertidas a la esclavitud.

Por lo general, la parte llana del país es abandonada a la administración de los príncipes indígenas o de las comunidades de los pueblos, haciéndose responsables a estas autoridades intermediarias del pago de los gravosos impuestos, a veces como contrapartida de una cierta autonomía: éste fue el caso de las tierras de los *rajahs* de Radiputana.

La India sólo sobrevivió gracias a su paciencia, a su poder sobrehumano, a su inmensidad. Como los tributos eran muy pesados, bastaba que hubiera una cosecha catastrófica para que se desencadenaran períodos de hambre y epidemias, que acababan en muy poco tiempo con millones de seres humanos. La constante contrapartida de los lujos de los vencedores, de los esplendores de los palacios y de las fiestas de Delhi, donde los Sultanes tenían instalada su capital, causa del asombro de los viajeros musulmanes, como el famoso Ibn Batuta, fue una atroz miseria.

Los Sultanes de Delhi tuvieron la suerte de escapar prácticamente a las invasiones mongolas de Gengis Khan y de sus sucesores inmediatos en el siglo XIII. Consiguieron incluso aprovechar estas conmociones para incrementar sus conquistas en el Sur, que hasta entonces había opuesto una tenaz resistencia a la instalaciones de sultanatos musulmanes. Por el contrario, Tamerlán someterá a este territorio, y, en 1398, llevará a cabo una expedición militar victoriosa hasta Delhi, que fue sometida a un saqueo sin piedad. Pero el vencedor se retiró inmediatamente después de su victoria, llevando consigo el botín y a las hijas de los cautivos, por lo que, mal que bien, el viejo dominio musulmán consiguió restablecerse en la India, sin recuperar, sin embargo, su pasado esplendor.

b) *La India del Gran Moghol (o Mogol).*

Ciento treinta años más tarde es un Imperio enfermo, fraccionado, de hecho, entre diferentes soberanos, y, al fin, derribado en 1526 en el campo de batalla de Panipat por un ejército de aventureros al mando de Baber, descendiente (o por lo menos así se consideraba él) de Gengis Khan. Era un ejército minúsculo, pero que traía consigo arcabuces, cañones (cuyas ruedas de afustes eran atadas con cadenas en el campo de batalla, para resistir las eventuales cargas de los jinetes), y que además se incrementó después de su victoria con mercenarios venidos del Irán, de Cachemira, de los países del Islam y, desde muy pronto, de Occidente.

Baber era musulmán (del rito sunnita). La victoria de estos recién llegados fue, pues, la del Islam ortodoxo, la de los hombres de piel blanca y poseedores de la pólvora del cañón. Con ello se constituyó el Imperio del Gran Mogol, que, *en principio*, duró más de tres siglos, hasta 1857, fecha en que fue tardíamente suprimido por los ingleses, con motivo de la revuelta de los Cipayos. De hecho, su auge terminó con la muerte del último de sus grandes monarcas, Aureng Zeb (1658-1707), mucho antes de que los ingleses ocuparan Bengala (1757).

Desde 1526 hasta la muerte de Aureng Zeb la India musulmana conoció un nuevo esplendor, que recuerda los grandes años de los Sultanes de Delhi, con las mismas violencias, la misma coexistencia forzada, las mismas implantaciones y los mismos éxitos.

Las mismas violencias: El reinado del Islam se basa en el temor, y su lujo, en la miseria general de la India (y es que, en efecto, no podían actuar de otra manera). Por un lado, las fabulosas riquezas admiradas por los viajeros de Occidente; por el otro, una serie de épocas de hambre, de mortalidades fabulosas, de innumerables niños abandonados o vendidos por sus familias.

La misma coexistencia forzada, nacida de lazos cada vez más numerosos a medida que el tiempo pasa. Okbar (1555-1606), el más grande de los monarcas mongoles, intentará incluso crear una administración menos arbitraria y una religión nueva llamada a confundir en un mismo sistema religioso (el Din Ilahi = la religión divina) al Islam y al hinduismo. Esta religión casi no tuvo seguidores fuera de los pequeños círculos que rodeaban al Emperador y no sobrevivió a su muerte. Pero esta tentativa es significativa.

En realidad, el conquistador no podía prescindir de sus súbditos hindúes. Inmensas regiones de la India permanecían semiindependientes, pagando o no el impuesto. François Bernier, un médico francés que sirvió al Gran Mogol, lo constata en 1670: "...en esta misma extensión del país, hay cantidades de naciones a las que el Mogol no domina, y que conservan, casi todas, sus jefes y soberanos particulares, que no le obedecen y que sólo pagan el tributo cuando se ven obligados a ello, pagando algunos muy poco y otros nada."

Las necesidades creadas por las guerras y las luchas continuas contribuían a limitar una autoridad en principio absoluta. La Corte del Gran Mogol no es más que un gran ejército (de 50 a 200.000 hombres) reunido en Delhi: hombres a caballo, mosqueteros, artilleros, cañones ligeros (se dice, generalmente, artillería de estribo), grandes piezas, reservas de caba-

llos y de elefantes; en total, una gran masa de soldados, de palafreneros, de servidores. Los jefes, los «omerahs», gozan de pensiones y de beneficios (tierras que les han sido concedidas a título vitalicio); son aventureros, muchas veces de origen modesto, lo que no les impide lucirse por las calles, «soberbiamente cubiertos, cabalgando a veces sobre un elefante, otras sobre un caballo y a veces sentados en un «paleky» (silla portátil), seguidos, generalmente, por un gran número de jinetes, de los que hacen guardia en sus domicilios, con cantidad de escuderos que marchan delante y a su lado para abrirles paso, quitarles las moscas y el polvo con colas de pavo real, llevar el mondadientes y la escupidera y agua para que beban»... Ahora bien, «por cada mahometano hay cien gentiles», dice también Bernier. Todo el ejército no puede reclutarse entre los susodichos mogoles de piel clara (y que, además, por miedo a perder este privilegio para sus hijos, se casan preferentemente con mujeres blancas de Cachemira), y hay que recurrir a los gentiles y a los hombres de piel oscura.

Siempre hubo en Delhi soldados *radjputas* (originarios de Radjputana), con frecuencia a las órdenes de sus propios rajás. Algunos de estos últimos podían formar, si se les pedía, grandes ejércitos de soldados indígenas. A veces había que luchar contra los mismos mercenarios musulmanes, contra los persas chiitas, que eran unos vecinos peligrosos, o contra los patanes, musulmanes de Bengala, o también contra los príncipes hindúes o musulmanes del Decán, tradicionalmente hostiles.

Todo ello se pagaba con el inmenso tesoro del Gran Mogol, más alimentado por el comercio de sus vastísimos estados que por la renta de sus tierras. En realidad, este tesoro es un centro de confluencia y de dispersión de riquezas. Cada vez que una moneda de plata entra en el tesoro se le hace un agujero estrecho: ocurría así que las monedas eran varias veces agujereadas.

Una parte considerable de la India no musulmana participa así en estas distribuciones, se encuentra en el circuito, como diríamos en la actualidad. A la larga se ha impuesto la coexistencia con sus mezclas, sus tolerancias recíprocas y relativas. Hemos hablado ya de este arte mestizo, a la vez islámico e hindú, que florece en Delhi y en las otras capitales mogoles. Hay un hecho cierto: este arte es mixto, tan hindú como musulmán.

Sin embargo, en el plano cultural y religioso la India permanece igual a sí misma. A pesar de todo, el Islam le afectó poco. Así, por ejemplo, Tulsidas, el mejor poeta de lengua hindú, de origen brahmánico, vivió entre 1532 y 1623.

La dominación autoritaria del Islam, a pesar de sus innumerables consecuencias, ha afectado menos a las estructuras de la sociedad y de la economía hindúes que a los contactos con Occidente, que empezaron a finales del siglo xv, se multiplicaron en el xvi y en el xvii y se precipitaron todavía más con el auge general del siglo xviii. Dejando aparte la superioridad de la posesión de la pólvora del cañón (que explica no sólo la victoria musulmana de 1526, sino también la terrible caída de Vidschayanagar en 1565), el Islam no cuenta con ningún otro factor de superioridad sobre los pueblos sometidos.

Después de la muerte de Aureng Zeb (1707), como ya hemos dicho, el Imperio vacila frente a los peligros del Oeste y del Sur; en 1738 los afganis se apoderan de Delhi. Ya en 1659 empezaba a ser sensible el poderoso empuje del pueblo hindú de los mahratas, que, momentáneamente, pudo contener Aureng Zeb, pero que iba a pasar por su época de oro en el siglo XVIII.

Una vez dicho esto no debemos hacer una acusación en regla al Islam hindú. Sería injusto no considerar esta experiencia de colonización particularmente violenta y prolongada dentro del contexto de las otras innumerables experiencias del mismo género en el mundo de entonces. En todo caso, esta colonización secular ha implantado una enorme masa de creyentes musulmanes en el hormiguero de la India, un 24 por 100 de la población total según el censo de 1931 (77 millones de musulmanes frente a 239 hinduistas); es decir, un musulmán por cada tres hinduistas, aproximadamente. En la actualidad, al ser muy imperfecta la división política de 1947 (se estiman en 44 millones sobre 438 los musulmanes que viven en la India propiamente dicha; en 85 la población del Pakistán, que comprende, sin embargo, un buen número de no-musulmanes), la relación debe ser de un 20 a 25 por 100, más cerca de este número que del primero. La India musulmana ha sobrevivido, pues, maravillosamente ella también, y es difícilmente diferenciable de la común civilización indo-musulmana.

II. LA INDIA INGLESA (1757-1947): UNA ECONOMIA VIEJA FRENTE AL MUNDO MODERNO

En el siglo XVI los portugueses ocuparon en el Extremo Oriente una serie de factorías. Pero el esplendor de la India portuguesa (Vasco de Gama llegó a Calicut el 17 de mayo de 1498; Goa fue ocupada en 1510) ni siquiera duró un siglo. El siglo XVII es ya el siglo de las factorías inglesas, holandesas y francesas.

La India inglesa, desde antes de la eliminación de los franceses (1763), había sido fundada por la victoria de Robert Clive en Plassey (Palassi, cerca de la actual Calcuta) el 23 de junio de 1757; duró casi dos siglos, hasta la independencia india, conseguida en 1947, casi tanto tiempo como el Imperio del Gran Mogol. Como éste, se fue agrandando progresivamente, hasta el punto de que la conquista sólo terminó a mediados del siglo XIX (conquista del Punjab, en 1849), y lo mismo que en el caso del Imperio del Gran Mogol, quedaron fuera de su dominio directo una serie de estados autónomos, los *Natives States and Agencies*. Pero bajo la dominación inglesa esta autonomía es mucho más teórica que real. De hecho, todo el continente fue objeto de este dominio poderoso, que se basaba en una inmensa superioridad económica. Hasta la Primera Guerra Mundial se puede decir que, a grandes rasgos, Inglaterra fue la mayor potencia industrial, comercial y bancaria del mundo. Su dominio afectó profundamente a todas las estructuras de la India.

1. La India se convirtió en un mercado productor de materias primas. La explotación, que se fue extendiendo progresivamente a medida que avanzaba la conquista, dirigida por la Compañía de las Indias (que no será disuelta hasta 1858), tomó desde los tiempos corrompidos de Lord Clive (éste, al ser muy duramente atacado en la Cámara de los Comunes, se suicidó en 1774) la triple forma de explotación de los potentados locales, de los comerciantes, de los campesinos.

Fueron explotadas sin escrúpulos las ricas provincias, pronto ocupadas, de Bengala, Bihar y Orissa. Sólo se instaló un poco de orden y de justicia por el lado inglés a partir de 1784, fecha en la que se organiza un régimen más honrado.

En los primeros años de la colonización, los saqueos y las malversaciones habían acarreado ya desastres sin límite. Lord Cornwallis, gobernador general de la India, escribía el 18 de septiembre de 1789: "Puedo afirmar sin vacilación que una tercera parte de los territorios de la Compañía en el Indostán se han convertido, en la actualidad, en una jungla solamente habitada por animales salvajes." Al hablar así, apenas exageraba.

No cabe duda de que los nuevos dueños, aunque responsables en parte de este estado de cosas, fueron también los juguetes y las víctimas de procesos que escapaban a su control. Una economía monetaria en proceso de crecimiento de la que la India, a pesar de su tradicional apertura sobre los tráficós del mundo, no había conocido equivalente alguno fue por sí sola responsable de muchos estragos. El derecho inglés, los conceptos occidentales que se aplicaron a la propiedad del suelo fueron otras tantas causas de catástrofes involuntarias.

En todo caso, se encontraba en peligro un equilibrio conseguido desde hacía tiempo a muy alto precio, nacido del más profundo pasado de la India.

En este final del siglo XVIII la India es un mundo rural con innumerables pueblos, con frecuencia miserables, grupos de chozas parecidos a los que todavía hoy (1962) se pueden ver cerca de Madras o en otros lugares: «sus paredes son de barro seco, su techo de hojas de palmera trenzadas, y por toda apertura tienen una puerta muy baja... El humo del fuego, encendido con boñiga seca de vaca, sale como puede por las ranuras del techo». Pero estos pueblos forman unas comunidades apretadas, equilibradas, que vivían por sí mismas, gobernadas por un jefe o por un consejo de ancianos, teniendo incluso, en ciertas regiones, una distribución regular de las tierras. Los artesanos adscritos al pueblo, herreros, carpinteros, orfebres, que ejercían estos oficios de padre a hijo desde hacía siglos, recibían en compensación de sus servicios una parte de la cosecha del pueblo. Algunas de estas aldeas poseían también, al servicio de los campesinos acomodados, esclavos, a quienes sus dueños aseguraban alimentación, alojamiento y ropa. La comunidad era colectivamente responsable de los impuestos y de las prestaciones que reclamaba el Estado o el señor más próximo. Una parte de sus cosechas y de su trabajo eran de esta manera cedidas a otras personas, a la India minoritaria de las lejanas ciudades gubernamentales, de la que no recibían nada en reciprocidad. El impuesto era el único lazo que unía a la ciudad con los pueblos, que no tenían posibilidad ma-

terial para comprarle ninguna de las mercancías que la ciudad fabricaba o importaba. Las industrias urbanas continuaban siendo un lujo reservado a círculos restringidos de ciudadanos o a la exportación.

Cuando la explotación de estos privilegiados era demasiado pesada e intolerable para los campesinos, el pueblo podía cambiar de emplazamiento, buscar otras tierras o una suerte mejor. Este fue durante mucho tiempo el sistema de la economía aldeana tradicional de subsistencia, casi cerrada en sí misma, uniendo agricultura y artesanado; por lo tanto, independiente del exterior salvo en lo referente a la sal y al hierro... La organización social de las castas mantenía a cada uno en su lugar, desde el brahmán, maestro, sacerdote y astrólogo, hasta los ancianos o los campesinos acomodados que pertenecían a las castas más altas. La última categoría la constituían los intocables, que trabajaban la tierra y que formaban el grueso de la población de la aldea.

Todo este sistema va desmantelándose a medida que avanzan los siglos XVIII y XIX. Para la percepción de los impuestos los ingleses recurrieron a los antiguos recaudadores, pero les concedieron un derecho de propiedad sobre los pueblos con el que hasta entonces no habían contado. De esta manera surgieron (en Bengala en primer lugar) los *zaminders*, falsos «landlords». Ellos eran los encargados de suministrar a las autoridades británicas el montante del impuesto, aunque podían exigir más a los campesinos. Muy pronto estos «landlords» dejan de residir en las tierras y recorren, a su vez, a sus propios agentes. De esta manera el desventurado campesinado de Bengala es aplastado por una impresionante «panoplia» de intermediarios y de parásitos, que viven a su costa.

En las regiones donde los ingleses no habían instalado el sistema de los *zamindars*, se ocupan ellos directamente del cobro de los impuestos, que se tenían que pagar en dinero. Entonces, el campesino que carece de numerario se ve obligado a recurrir al prestamista. Este alcanza por todo el territorio de la India una singular prosperidad. Antaño estaba neutralizado por la resistencia y el enojo campesinos; ahora tiene a la ley y a los jueces de su parte; cuando no se le paga la deuda tiene derecho a posesionarse del arriendo del ganado y, posteriormente, de la tierra del campesino. ¡Miserable campesino, miserable *ryot*! Como el precio de las tierras no deja de aumentar, el usurero tiene todas las probabilidades de convertirse en propietario; además, esta especulación a la alza atrae las colocaciones de dinero que garantizan la «renta» del suelo. De ahí que surja una nube cada vez mayor de grandes propietarios, por lo general poco preocupados de abonar sus tierras, contentándose con vivir de esta «renta» del suelo. De un total de 100 millones de campesinos puede ser que, a finales del siglo XIX, hubiera un tercio de pequeños propietarios, y la superficie media de esta propiedad campesina era inferior a los 10 acres, indispensables para asegurar un mínimo vital. En el curso de esta evolución, y nueve veces de cada diez, los consejos de ancianos que se quiere resucitar en la actualidad han desaparecido.

Además, otros dos hechos vinieron a agravar la situación:

- 1.º La ruina de los artesanos de los pueblos, que no pudieron sopor-

tar la competencia de la industria inglesa, e incluso de la india, rechazados entonces hacia la agricultura, en donde la presión era ya tan grande.

2.º La doble política sistemática de los capitalistas ingleses, que consideraron a la India: *a)* como un mercado al que dirigir sus productos industriales (se apresuraron a dar un golpe de muerte a la industria tradicional algodónera india, que había conocido un auge importante en el siglo XVIII, al ponerse de moda en Europa las «indianas» de colores o estampadas); *b)* como un mercado en donde comprar ciertos productos en bruto, yute de Bengala, algodón de los suelos de *regur*, frente a Bombay, destinados a alimentar la industria inglesa del Lancashire.

Las materias primas destinadas a la exportación son conducidas a los puertos en los ferrocarriles, construidos en seguida, y que supusieron en la segunda mitad del siglo XIX una verdadera revolución en el interior de las tierras. Se fundaron ciudades que no tenían más misión que recoger y preparar la exportación de estas mercancías. Por lo tanto, el campesino indio va cultivando cada vez más productos que no están destinados al mantenimiento de su familia o de su pueblo. El cultivo industrial empieza a predominar (salvo en el Punjab, tierra de cereales, pero que exporta su trigo) sobre el cultivo de subsistencia. Como resultado de esta política agraria, que coincide con la expansión demográfica, tienen lugar una serie de hambres catastróficas en los últimos treinta años del siglo XIX y una disminución de las raciones alimenticias, constatables en nuestras imperfectas estadísticas.

La crisis mundial de 1929, el derrumbamiento de la cotización de las materias primas precipitaron el movimiento de concentración de las propiedades en manos de los «landlords» o de los usureros y la disminución de las dimensiones de la explotación campesina libre, lo que da lugar a que los que las explotaban se vayan endeudando hasta un punto que sobrepasa las posibilidades razonables. Agobiados por sus deudas, los campesinos se encuentran, respecto de sus acreedores, en una posición peor que la del siervo de antaño respecto de su dueño. El *ryot* cada vez es menos libre económicamente, aunque cada vez sea más «libre» legalmente.

2. Los primeros ensayos de una industria moderna aparecen tardíamente, alrededor de los años 1920, coincidiendo con la aparición de las primeras tarifas proteccionistas. El nacimiento de una industria local se ve favorecido por la existencia de una mano de obra numerosa, a bajo precio, por el auge de las ciudades modernas, en donde se forman proletariados muy abundantes, por la presencia de materias primas al alcance de la mano y, por último, por la intervención de capitalistas hindúes.

Estos capitalistas hindúes son *parsis*, descendientes de seguidores de Zoroastro que habían huido de Persia hacía más de mil años y que se habían asentado, sobre todo, en la región de Bombay; o *marwaris*, pertenecientes a una casta alta del interior del Radjputana y por mucho tiempo al

amparo de la concurrencia inglesa en razón del retraso de su región; o bien, para terminar, *jains*, del Gujarat.

Tres ciudades industriales dirigen el movimiento: Calcuta, de la que dependen (instaladas como están a 150 millas hacia el Este) las industrias metalúrgicas del grupo Tata (una familia de Parsis) y la fabricación al por mayor de telas de yute; Bombay, centro de la industria algodonera y del montaje de automóviles; Ahmadabad, a 500 kilómetros al Norte, centro exclusivamente algodonero. Estas industrias y otras, sobre todo alimenticias, tuvieron en el curso de la Segunda Guerra Mundial un desarrollo caótico, en particular después de 1942, con la penuria de víveres y de tejidos, que provocó un alza de precios tan fantástica en el mercado negro que se temió por un instante (en el momento de la amenaza japonesa) que se produjera una subversión total en la India.

En 1944, los industriales se decidieron a favor del Plan de Bombay (oficioso y demasiado optimista) que preveía grandes inversiones, gracias al reembolso de las deudas contraídas con la India por Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial. El proyecto favoreció los acuerdos con los capitalistas y las sociedades inglesas (así, por ejemplo, el acuerdo Birla Nuffield para la industria automovilística). Por lo demás, todavía en la actualidad y a pesar de la independencia, los capitales ingleses permanecen invertidos en múltiples negocios que controlan los Bancos de la *Clivert Street*, en Calcuta...

Este auge no ha hecho más que precipitar el éxodo campesino hacia las ciudades. "Cuando te arruines, dice un proverbio tamul, vete corriendo a la ciudad." Los campesinos son contratados en los talleres y en las fábricas, o como criados (a los que se paga en dinero "casi nada"). Se establecen relaciones inesperadas entre ciertas castas de la Península de Kathavai y el reclutamiento de cocineros de una casa de Bombay, o entre las clases bajas de la costa Sudoeste del Decán y los artesanos que llan los cigarrillos a mano en las fábricas de Bombay. Todo ello viene a añadirse al tumulto general de la sociedad hindú y aumenta su movilidad social.

La India tuvo, pues, desde antes de la independencia ciudades modernas, populosas, con sus sórdidos suburbios, los *bustees* de Calcuta, los demasiado célebres *chawls* de Bombay o los *cheris* de Madras, con sus paredes de barro parecidas a las de los pueblos.

3. Inglaterra reconsideró su política en la India como consecuencia de la violenta rebelión de los cipayos, sus soldados indígenas, en 1857-1858.

Tuvo entonces ocasión de revisar el conjunto de su actitud y de poner término al reino de la East India Company (1 de septiembre de 1858) para reemplazarla en Londres por el importante y poderoso Ministerio de la *India Office*, mientras que en Calcuta un Virrey substituía al antiguo Gobernador general de la Compañía.

Se consideró entonces que se habían anexionado demasiado de prisa los territorios de los principados de la India. Se prometió respetar desde entonces las autonomías, y en 1881 el Sultanato de Mysore, anteriormente anexionado, recobró la independencia como símbolo de la nueva orientación. Puesto que se renunciaba a un dominio directo, lo más conveniente en este universo abigarrado que era la India era mantener cuidadosamente las di-

visiones existentes, utilizarlas especialmente en la conjunción de las dos grandes masas humanas, la hindú y la musulmana. Y mantener, en primer lugar, las divisiones del ejército. A este respecto, Lord Elphinstone, en 1858, utilizaba una metáfora significativa. La salvaguardia del poderío inglés—afirmaba—son sus *steamers*, cuya seguridad se debe a la rígida división en compartimentos del casco, gracias a los tabiques estancos. «Yo querría garantizar la seguridad de nuestro Imperio formando nuestro ejército de la India, según el mismo principio», el de los compartimentos estancos, de manera que los hindúes, los musulmanes y los sikhs del Himalaya no sirvan nunca en las mismas unidades.

Estos cálculos se vieron rápidamente desbordados por los acontecimientos. Desde el decenio 1870 la larga crisis económica, entonces mundial, alcanzó a la India, provocando hambres, epidemias y sublevaciones campesinas. Los hombres conscientes piensan entonces que hay que liberalizar el régimen, fomentar la participación de determinados hindúes en la administración y también en el gobierno. En todo caso, en 1885 se forma, con «la bendición del Virrey», el Partido del Congreso Nacional, que será, en términos actuales, el altavoz del nacionalismo, aunque éste no represente todavía más que una limitadísima y actuante minoría.

Minoría reclutada cada vez más entre una activa clase media, que surge en las ciudades y en las Universidades. No se trata de la clase aristocrática y principesca, o de la clase de los «landlords», profundamente afeerrada al pasado tradicional y cuyo conservadurismo social lo tenía todo para agradar a los dueños de la India, sino de la clase media, de orígenes dispares, que ha surgido al amparo de la nueva vida: capitalistas, como los parsis, los marwais, los jains, y también los musulmanes ismaelitas, u hombres de casta con vocación política, como los pandits de Cachemira, relacionados con los brahmanes y que habían suministrado numerosos hombres políticos de los tiempos de los mogoles (de entre ellos ha salido Jawaharlal Nehru, que actualmente dirige la India)... Gandhi también pertenecía a una familia que durante generaciones y generaciones había suministrado ministros a los pequeños príncipes de la península de Kathaviar, en el Gujarat.

Estos hombres, atraídos por la civilización occidental, han comprendido lo que ésta tenía de positivo, después de considerar sus ventajas y sus peligros. El pensamiento de Gandhi, por ejemplo, participa de las tradiciones de no violencia de la India, del pacifismo vehemente de Tolstoi y del Sermón de la Montaña de Jesús... Esta *intelligentsia* de la India navega en aguas mezcladas, sueña con un sincretismo religioso, nacido de la depuración del hinduismo. Conscientes de ello o no, muchas inteligencias encuentran sus fuentes en las innumerables herejías de la India. Se pueden citar de diez a veinte nombres, desde Dayanand Sarasvati (1824-1883), que fundó una secta nueva del hinduismo y rechazó tanto el islamismo como el cristianismo, pero reconoció la atracción que sobre él ejercía Occidente y se esforzó en demostrar que en los Vedas existía una modernidad científica, que en ellos se tenía conocimiento tanto de la electricidad como de la máquina de vapor—hasta uno de los modelos de Gandhi, Gopal Krishna Gokhale (1866-1915), o Rabindranath Tagore (1861-1941) (de nombre britanizado), conocido en el mundo entero por sus poesías (fue premio Nobel en 1913), y cuyo poema «Jana Gana Mana» es en la actualidad el himno nacional de la India independiente.

Después de una larga agitación y de interminables tramitaciones se llegará, finalmente, a la independencia y a la partición, el 15 de agosto de 1947. Con las exigencias de los unos, la prudencia, las tergiversaciones y la hipocresía de los otros, el diálogo de esta descolonización ejemplar no ha tenido nada de edificante (¡y, sin embargo, es superior a todas las demás!); la razón de hoy convirtiéndose en la sinrazón de mañana; las concesiones llegadas siempre demasiado tarde. Además, lo que agrada a los musulmanes (división de Bengala en dos provincias, la del Este uniéndose al Asam para formar un conjunto étnico en 1905) irrita a los hindúes, y recíprocamente, los musulmanes se irritan a su vez cuando se aplaza la decisión, en 1911. Una de las dificultades sin solución con que tropiezan los nacionalistas es unir a los hindúes y a los musulmanes (estos últimos se han agrupado en 1906 en la Liga Musulmana).

Otra dificultad mayor: llegar a las masas, cosa que sólo conseguirá la extraordinaria intervención de Gandhi (1869-1948). Estudiante de Derecho en Bombay y en Londres, Gandhi fue abogado en Natal (1893-1914) para defender a sus compatriotas emigrados a Africa del Sur. Cuando volvió a la India en 1914 se impuso muy pronto a los nacionalistas, les dominó, les impulsó. Su acción consistía en «una utilización religiosa de las fuerzas políticas». Fue el *mahatma* (el noble, el reverendísimo). Enseñaba que las únicas fuerzas de las que es lícito valerse para forzar la voluntad de los demás son la verdad, la no-violencia, respecto de todo ser humano, la pureza. El acento religioso impuesto a su acción multiplicó por cien su eficacia. Gandhi levantó a las masas. Así lo comprende el mundo con motivo del primer boicot (20 de septiembre de 1920) de la Constitución de 1919 que Inglaterra acababa de conceder, y más tarde, en diciembre de 1921, cuando decretó la campaña de desobediencia. Pero en el momento en que, yendo más allá de las poderosas manifestaciones silenciosas, estallan los primeros disturbios graves y se cometen asesinatos, Gandhi, fiel a sí mismo, paró el movimiento. La segunda campaña se produjo ocho años más tarde, el 26 de enero de 1930. Culminará con el boicot de la sal (vendida por el gobierno) y más tarde con una serie de acuerdos, con una nueva campaña de protestas, esta vez muy larga (1932-1934), y, por último, con la nueva Constitución de la India (*India Act*, 1937).

4. La independencia de la India está, pues, madura antes de que estalle la Segunda Guerra Mundial. Pero se precipitó como resultado de la conflagración.

El 8 de agosto de 1942 el Congreso apoya la petición de Gandhi: «¡Que los ingleses abandonen la India!» En 1942 y 1943, con la invasión japonesa de Birmania y las amenazas contra Assam y Bengala, la situación se agrava: estaciones y edificios públicos son destruidos.

Con el advenimiento de la paz aumenta la tensión. El 11 de junio de 1947 el Parlamento inglés concede, por fin, la independencia a la India. Se han roto los puentes. Pero esta India libre tiene destrozado su propio cuerpo: el 15 de agosto se separa en dos *dominions*, la Unión hindú, por

una parte, el Pakistán por la otra (que a su vez está dividido en dos partes). La distribución está mal hecha: deja a la Unión hindú una minoría de 44 millones de musulmanes; la frontera política por el Este abandona zonas productoras de yute al Pakistán, y las manufacturas de tejidos, a lo largo del Oughly, a la India... Se producen éxodos de hombres en ambos sentidos, abominables, acompañados de matanzas innumerables... Gandhi trata, en vano, de llegar a un acuerdo con el Islam. El 30 de enero de 1948 un hindú fanático, considerando que actuar como lo está haciendo Gandhi es traicionar a la causa del hinduismo, asesina al *mahatma*. La separación se lleva, pues, a cabo en una atmósfera de guerra civil y de increíbles violencias, que causaron dos o tres millones de muertos.

Se dice generalmente que la política inglesa ha sido la responsable de esta separación. Esto no es del todo justo. Es conceder demasiada importancia a los gestos políticos y a artimañas cosidas con hilo blanco. El pasado de la India se ha impuesto una vez más al presente y se ha vengado de él. El es el gran responsable. El 4 de febrero de 1948 Ceilán, que con su civilización original es un mundo aparte y que nunca había estado unida a la India inglesa, se convertía a su vez en un *dominion* independiente.

En cuanto alcanzó la libertad, la India se rompió, pues, en dos pedazos. Tres incluso, si se tiene en cuenta la independencia y la secesión de Birmania (1947).

III. ¿ES NECESARIO QUE LA INDIA REALICE UNA REVOLUCION DE TIPO CHINO?

Desde 1947 la India ha realizado progresos industriales considerables, más importantes que los conseguidos durante los ciento cincuenta años anteriores. Se ha acoplado mejor que el Pakistán al reparto de 1947. Ha puesto orden dentro de sus fronteras (acuerdo con Francia por el que ésta renunciaba a sus factorías, ocupación y liquidación de los Estados de los príncipes y de los maharadjas, concretamente del Haiderabad, en septiembre de 1948, y ocupación de Goa, arrancada por la fuerza a los portugueses en 1962). Ha establecido y reservado sus derechos sobre Cachemira, resistido a las pretensiones chinas a lo largo de la frontera imprecisa del Himalaya. Sin duda, la brutalidad con que fue llevada a cabo la ocupación de Goa desilusionó en todo el mundo a los que consideraban que la India era uno de los pocos países del mundo capaces de prudencia política. Sin embargo, el prestigio del Pandit Nehru continúa siendo grande, y él continúa siendo el abogado más eminente del Tercer Mundo.

Añadamos a esto que el régimen parlamentario funciona con cierta regularidad, como lo demuestran las elecciones de 1962 para el Parlamento Central (Lok Sabha) y para las 14 asambleas del Estado, que se puede poner en el activo del régimen la *razonable* división del país en 14 Estados lingüísticos, y habremos enumerado así una serie de grandes realizaciones.

1. Sin embargo, no estriba en esto la originalidad de la India respecto del mundo y del universo humano que representa por sí sola.

Esta originalidad está constituida por el paciente esfuerzo de su gobierno, que aumenta con la puesta en marcha del tercer plan quinquenal de 1961-1965 para triunfar de las terribles dificultades que plantea esta humanidad, camino de los 500 millones de seres humanos. Todo ello ha sido conseguido sin violencias, sin declaraciones escandalosas, dejando actuar a la naturaleza, a los hombres y a las cosas, sin forzar el curso de los acontecimientos salvo cuando es posible y el éxito probable.

El Presidente Nehru explicaba muy claramente esta actitud a un periodista francés el 18 de abril de 1962: «No somos doctrinarios socialistas. Queremos, simplemente, conseguir a largo plazo la prosperidad de este país, y a corto, aumentar el nivel de vida y disminuir las diferencias sociales. Actuamos en el terreno de la economía, pero dejando libertad de acción a la empresa privada: una parte de la industria pesada y el total de la pequeña y media, así como toda la agricultura, no pertenecen al sector público. En el campo apoyamos el desarrollo de las cooperativas, pero no tenemos la más mínima intención de instalar un colectivismo agrario. Una vez más, no somos doctrinarios socialistas. Avanzamos paso a paso, esforzándonos en resolver pacíficamente los problemas. No olvide que, por ejemplo, aunque hemos destronado a los maharadjas, no les hemos quitado sus palacios, ni sus inmunidades, ni sus privilegios, y les hemos dotado, hasta su muerte, de una lista civil casi siempre importante. Verá usted: lo que intentamos en todo momento es seguir la vía democrática.»

Pero más que democrática es *liberal*, con los méritos, los azares y equívocos que presenta palabra. En todo caso, el problema está claramente planteado: el universo hindú ha adoptado los métodos y los puntos de vista del llamado «mundo libre». Debe y quiere hacer una revolución. ¿Lo conseguirá sin hacer una revolución de tipo chino?

2. Se trata de poner fin o, por lo menos, de conseguir aliviar una evidente y terrible miseria. Esta constituye el rasgo dominante, sin duda desagradable, pero no por ello menos real; el punto de partida conveniente.

La India, a diferencia de tantos otros Estados, tiene el mérito de no intentar ocultar sus úlceras ni a sí misma ni a los demás.

Su miseria es una realidad tradicional. Conocemos su existencia desde los primeros testimonios que han señalado, con anterioridad a la era cristiana, sus hambres apocalípticas. Esta miseria está a la vista de todos, todavía en 1962. Las grandes ciudades, la monstruosa Calcuta, la enorme Bombay y también New Delhi, la capital, aparte de unos cuantos barrios lujosos, ofrecen espectáculos dignos de la Corte de los Milagros: miseria en los trajes, en los cuerpos, en las casas, en los alimentos.

El síntoma manifiesto de esta miseria es la terrible abundancia de mano de obra. En la época del Gran Moghol había tal cantidad de niños vendidos como esclavos por sus padres, que comprarlos equivalía a obrar caritativamente. André

Chevrillon constataba en 1923: "La división del trabajo en la India es infinita. Hace falta un cochero para conducir, un portero para abrir la puerta, un *peón* para proteger al hombre rico. El europeo tiene que aceptar todo este aparato. Sería, en efecto, monstruoso que fuera a pie o que llevara sus paquetes él mismo; un oficial inglés no puede trasladarse sin llevar con él todo un séquito de hombres y de equipajes. El año pasado, en Londres, un simple caporal contaba, estando yo presente, que en la India llamaba a un criado para recoger un pañuelo... Ocurría lo mismo que en Roma, donde un patricio tenía todo un ejército de criados, de clientes y de manumitidos."

Esto es una realidad de ayer, y ciertos detalles ya tienen muchos años. Pero también es una verdad de hoy. Hay casas burguesas, modestas, con 10 ó 12 criados. Hay hombres, mujeres y niños miserables, a la orilla del río, en Calcuta (1962), "que se están materialmente pudriendo... atosigados por las moscas y demasiado indiferentes como para ahuyentarlas e incluso para alargar la mano al que pasa". Según el mismo informador, las reparaciones de carreteras recuerdan al infierno: "hombres desnudos, mujeres en saris y niños cubiertos de harapos, que aplastan casi con la mano el alquitrán que se calienta en enormes cazuelas sobre las hogueras de leña". Si se modernizara el instrumental de reparación de carreteras aumentaría inmediatamente el número de trabajadores en paro. En Bengales, en el Decán, una fábrica ultramoderna elabora vagones de ferrocarriles, "pero verdaderos hormigueros de hombres reaparecen al final de la fabricación, ya que una multitud de obreros se ocupan en pintar los vagones".

Estas tristes evocaciones son los primeros documentos que hay que incluir en los expedientes de la India de la actualidad, aunque sean una herencia del pasado. Algunos datos concretos las resumen: 438 millones de habitantes, un índice de mortalidad muy alto, del orden del 25 al 30 por 1.000, frente a una natalidad «natural» del orden de 45 por 1.000 y, por lo tanto, un crecimiento del orden de 20 por 1.000; es decir, aproximadamente, un aumento anual de 8 millones de personas. Estas cifras son desalentadoras. Retrasan de antemano cualquier aumento de la renta *per capita*, incluso cuando crece la renta nacional global, que de hecho crece sensiblemente. Pero esta renta *per capita* se establece hoy día en 280 rupias al año (una rupia equivale a un franco); es decir, menos de 100 francos viejos por día. Además, en las reparaciones de carreteras el salario es de una rupia por día.

¿Cómo frenar este crecimiento demográfico? Sólo un alza del bienestar podría con él; pero esto es suponer el problema resuelto. La propagación de los métodos anticonceptivos, de los que se hace propaganda pública, la esterilización (1.500.000 esterilizados voluntarios), no pueden terminar con esta oleada humana. La India no es el disciplinado Japón, en el que esta lucha, aunque mucho más eficaz, tampoco resulta fácil.

Pero estos problemas no son los únicos.

3. No es necesario ser economista para comprender las dimensiones del tercer plan quinquenal (1961-1965).

Se refiere, como los planes precedentes, a los puntos accesibles: abonos destinados a la agricultura, transportes, industrias pesadas, industrias mecánicas..., todo lo que es relativamente fácil de modificar con rapidez, con la esperanza, nunca decepcionada, de que estos cambios tendrán repercusiones. Las intervenciones se llevarán a cabo por todas las vías posibles, desentendiéndose así el gobierno de las recomendaciones que en abril de

1959 le hizo un grupo de especialistas de la Fundación Ford, proponiéndole concentrar todo el esfuerzo del nuevo plan, que entonces se encontraba en preparación, únicamente sobre la agricultura, a fin de que la producción cerealística de la India (estimada en 1959 en 73 millones de toneladas) alcanzara los 100 millones de toneladas, y, de ser posible, los 110. El problema está en saber si ha sido prudente, como lo creen otros expertos y como lo decidió el gobierno de la India, no renunciar al esfuerzo industrial y a las inversiones que supone y creer que la situación alimenticia no corre el riesgo de convertirse en catastrófica en 1965. Seguramente esta situación será difícil en el curso de los años venideros, pero la India ya tiene la experiencia de estas dificultades.

Una vez decididos estos esfuerzos se presentan las acostumbradas contradicciones previas, que casi siempre son las mismas: reservar una parte considerable de la renta nacional para las inversiones necesarias: 5 % para el primer plan, 11 % para el segundo, 14 % para el actual, el tercero. Este enorme descuento previo desequilibra la balanza de pagos, que ya es deficitaria por sí misma, tanto más cuanto que las compras masivas al exterior son imprescindibles y generalmente se llevan a cabo en malas condiciones. Se impone, por lo tanto, recurrir a la ayuda extranjera, en algunos casos de carácter privado y en modo alguno gratuita, y en otros concedida a título de dádiva o de semigratuidad, y una vez más de la lucha espectacular entre América y la U. R. S. S. (cada una de ellas representa un 5 % de la ayuda exterior prevista en el tercer plan, pero la U. R. S. S. ha concentrado su ayuda en las realizaciones espectaculares como la gran fábrica de acero de Bhilai). En cambio, los Estados Unidos, que en el pasado han dado veinte veces más que sus rivales, han dedicado su dinero a realizaciones dispersas. Pero poco importa la lucha monótona de los dos «grandes», poco importa también la enumeración detallada de las implantaciones industriales, ya se trate de fábricas de acero o de la creación de una fábrica de películas cinematográficas realizada por una firma francesa y que asegura a la India, en el kilometraje de los films, un segundo puesto en la producción mundial después de Estados Unidos.

Lo que importa es que el despegue de la India sea real, y que este país se afirme después del Japón y muy cerca de China como una de las grandes potencias industriales de Asia. No es erróneo el pensar que ha tenido la ventaja relativa, industrialmente hablando, de despegar muy pronto, desde 1920 por lo menos. Por lo tanto, se ha beneficiado de la delantera conseguida. En la actualidad, la competición entre la expansión demográfica y el crecimiento económico puede, por fin, inclinarse a favor de este último. No es inconcebible creer que en 1970 la renta *per capita* podrá ser duplicada, lo que no quiere decir que la India haya conseguido entonces llegar a la Tierra Prometida; pero, no obstante, se estará encaminando hacia ella.

4. En este camino laborioso se le presentan otros muchos obstáculos, unos de índole política, otros sociales y culturales.

Dificultades políticas: la dictadura moral del Pandit Nehru plantea terribles problemas de sucesión, puesto que se trata ya de un hombre de setenta y dos años. La primacía del Partido en el Congreso no crea por sí misma un sistema institucional y deja poco sitio al juego de una oposición fecunda, razonable, constructiva. Así, se da el caso de que el único argumento de la derecha reaccionaria sea acusar a la izquierda comunista o filocomunista de comer carne de buey. Esta izquierda filocomunista sólo consiguió en las elecciones de 1962 un 10 % de los votos, pero en el gobierno local de Kerala, antes de ser desposeída de manera arbitraria, demostró unas asombrosas cualidades de probidad y de eficacia. En cuanto a los socialistas, acusan al Presidente Nehru de defender un «régimen podrido». Pero estas oposiciones continúan siendo marginales y nadie las escucha.

Dificultades sociales: es más fácil hablar de un reparto equitativo de las riquezas que llevarlo a cabo. En el capítulo fundamental de la propiedad agraria, las leyes agrarias que se han multiplicado en el cuadro de los diversos estados son prácticamente ineficaces. Legalmente desposeídos, los grandes propietarios, una vez más, se han recobrado a expensas de los agricultores pobres. Estos son libres, lo que ya representa un inmenso progreso, pero miserables y mal equipados. Una parte del suelo cultivable permanece en baldío. Hasta los amplísimos sistemas de irrigación vienen a favorecer a los grandes propietarios, que se reservan el agua en los tramos de soldaduras o en los extremos de las cañerías. El campesino no tiene participación alguna en estos beneficios. Para colmo de males, el gran propietario continúa siendo poco progresivo; no le interesan las mejoras técnicas. Se puede, en efecto, calificar a esta situación de «podrida», de prerevolucionaria.

Por último, la civilización hindú sigue manteniendo a la masa de la población dentro de sus redes múltiples y rígidas.

Para liberarse de las castas y tener acceso a la revolución social constituida por la vida moderna, el hindú tiene que penetrar necesariamente en un universo que no es el suyo. Es un hecho establecido que el hinduismo constituye el obstáculo principal y la dificultad fundamental para cualquier tipo de evolución o de modernización serias. Se puede aprehender el poder que conserva el hinduismo en la cantidad increíble de ofrendas de víveres que una población subalimentada y siempre en las fronteras de la miseria fisiológica consigue reunir en los templos, en ciertas circunstancias especiales, por ejemplo en 1962, cuando las conjunciones de los astros hicieron creer en la India que el fin del mundo era inminente. Los rebaños de vacas errantes, consiguiendo aquí y allá su escasa alimentación; la multitud de cuervos picoteando por todas partes el grano; los insectos, a los que no se combate, aunque echen a perder las cosechas, son otras tantas consecuencias del hinduismo: las vacas son sagradas y todos los seres vivos deben de ser respetados en su vida.

El aspecto más nocivo del hinduismo continúa siendo seguramente el sistema de las castas que encierra a la población en compartimientos múltiples y estancos. Ciertamente, la inmovilidad social no es absoluta, y todo

indica que a largo plazo este régimen está condenado a extinguirse. Pero de momento subsiste. Los intocables—los haridjans, cincuenta millones de seres, calculando por lo bajo—, de los que Ghandi se había erigido en defensor, se han convertido, a efectos legales, en hombres como otros cualesquiera. La Constitución de la India ha abolido toda diferencia legal entre los ciudadanos. Y además es laica. Pero de la teoría a la práctica sigue habiendo un abismo. La evolución en este aspecto, casi siempre imperceptible, no afecta más que a la minoría intelectual, y aun así resulta revelador que muchas de las luchas políticas tengan carácter tanto de rivalidades personales como de asuntos entre castas. Sin duda, se está formando una clase media que tiene acceso al desahogo social y económico gracias a las 46 universidades actuales (por lo menos esto se puede aplicar a una parte de los estudiantes, pero no a todos: existe un *educated unemployment*). De ella se nutren los cuadros administrativos, de ella salen los abogados, los médicos, los hombres políticos.

Esta clase heterogénea está aparentemente abierta a todas las castas y públicamente adopta, por su manera de vestir y su comportamiento, modos de vida ingleses. Sin embargo, para estos mismos hombres la vida familiar resulta un refugio donde vuelven a encontrar, al mismo tiempo que las costumbres y los alimentos tradicionales, una parte importante de su mentalidad. Ahora bien, todos los gestos de la vida moderna representan una ruptura con esta tradición religiosa. Es una ruptura, por ejemplo, considerar pura el agua de las canalizaciones urbanas, creer que no está mancillada aunque en su transcurso haya sido tocada por tantas manos «impuras»; también es una ruptura con la tradición religiosa, aceptar, a pesar de la prohibición del pescado, el aceite de hígado de bacalao recetado por el médico, o también consentir que se celebre un matrimonio entre castas o poner una solicitud de matrimonio en el periódico, haciendo constar «casta indiferente»; o alojar en una misma casa a ingenieros, cuadros administrativos y obreros, cerca de una fábrica nueva, sin preocuparse de las vecindades prohibidas, impuestas tanto a los unos como a los otros.

Estos pequeños detalles señalan que se han realizado progresos en el sentido de una reforma del hinduismo, que su formalismo contra el que siempre han luchado—concretamente desde Buda—, las corrientes más dinámicas del pensamiento religioso hindú está en vías de desaparecer. Desde 1800, el fundador de una secta nueva (el Brahmo Samaj), Ram Mohan Roy, se esforzaba en caminar por esta vía y también por la del monoteísmo. Después de él hubo otros reformadores. En el futuro, otros tomarán el relevo.

Porque de ahora en adelante, la India es consciente del obstáculo que supone para ella su tradición cultural. Esta toma de conciencia se ha operado en los tiempos de Gandhi que fue, sin duda alguna, el gran «revelador» de la India actual, tanto por los entusiasmos como por las resistencias que suscitó. Gandhi se apoyó, en efecto, en todas las tradiciones espirituales de la India para impulsarla hacia el progreso tal como él lo concebía, y hacia el orgullo nacional, y fue así como, con un instinto seguro, consiguió poner en movimiento a las masas hindúes y fabricar una pasión popular. Pero, al mismo tiempo, esta tradición, a la que intentaba dar nueva vida, suponía,

en muchos puntos, la prohibición para la India de alcanzar un cierto modernismo.

Este es el sentido del conflicto significativo que acabó oponiendo en el seno de una acción común a Gandhi y al socialista Nehru. Se puede resumir en estas palabras de Nehru: "Un abismo separa a aquellos cuya psicología está vuelta hacia el porvenir y a aquellos que se vuelven hacia el pasado." Gandhi se veía fatalmente alejado de toda revolución social por sus mismos principios. La revolución para él tenía que hacerse en los corazones. No se trataba de trastocar el orden existente, sino de conseguir de los hombres, fuera cual fuera su riqueza y su influencia, que se dediquen al servicio de sus semejantes, que acepten, según las mismas palabras de Gandhi, "penetrarse del arte y de la belleza, de la abnegación y de la pobreza voluntarias; consagrarse a estas actividades que son el fundamento de una nación hilando y tejiendo con sus manos...: suprimir de su corazón todo prejuicio de casta en todas sus formas, haciendo campaña para la abstinencia total de las bebidas y de las drogas..., y de manera general cultivar la pureza del ser. Estas son maneras de servir que permiten vivir a la escala del pobre", preferentemente en el cuadro tradicional de la vida rural.

En resumen, concluye Nehru, al discutir la posición de Gandhi en su libro *Mi vida y mis prisiones*, «para él, los que deseaban ponerse al servicio de las masas populares no tenían que preocuparse de la elevación del nivel de vida, sino de rebajarse a sí mismos, de ponerse al nivel, si cabe decirlo así, de las masas y de mezclarse con ellas en un plan de igualdad. Esto era lo que Gandhi entendía por verdadera democracia.» Por mucha admiración que Nehru y sus amigos hayan tenido por algunos aspectos de esta moral individual y por el mismo Gandhi, les parecía que el convertirla en el ideal colectivo era contrario a los principios lógicos de «todo demócrata, de todo socialista e incluso de todo capitalista modernos», que era volver a un espíritu trasnochado de paternalismo, inconscientemente reaccionario; sobre todo, que equivalía a evitar el enfrentarse con la ruptura de la India con ciertos aspectos de su pasado, indispensable si quería triunfar del subdesarrollo y de la miseria de las masas.

Está claro que la India actual se inclina más por Nehru que por Gandhi, y así lo demuestra el fracaso de un discípulo de Gandhi, Vinoba Bhave, que fundó en 1947, antes de la muerte del *bapu* (el "padre"), el movimiento del Bhoodan. Su finalidad era resolver el angustioso problema agrario mediante concesiones de tierras voluntariamente hechas por sus propietarios. Las tierras concedidas serían distribuidas entre los pobres a título individual o colectivo.

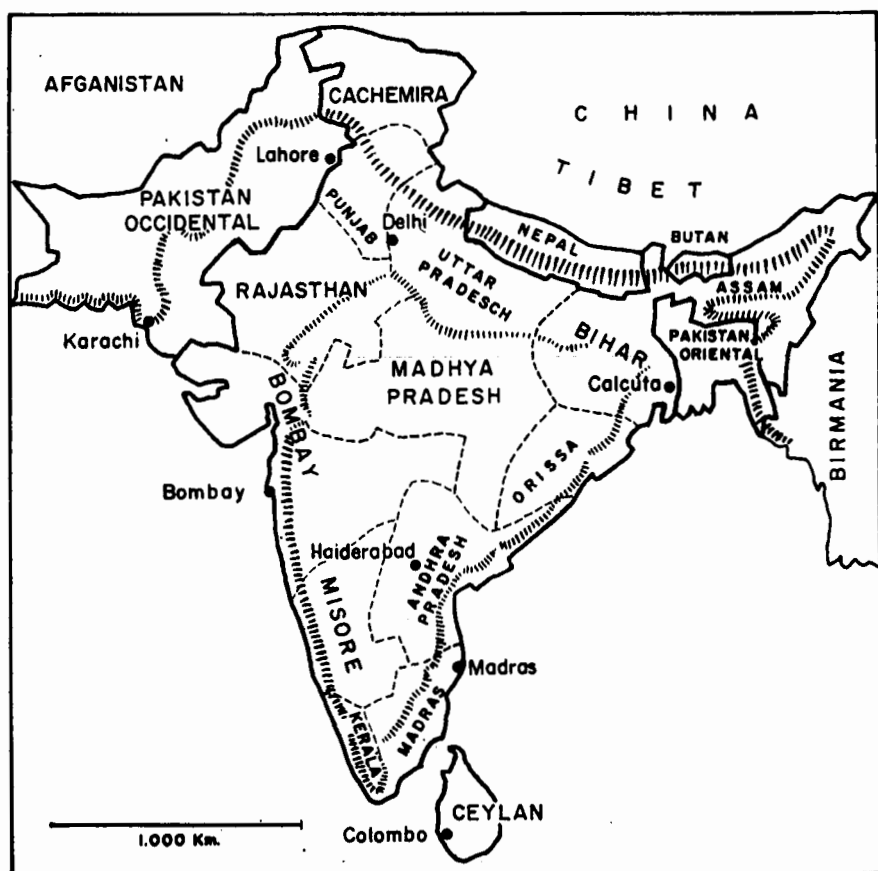
Para comprender el sentido de esta cruzada hay que saber que Vinoba Bhave, que era de buena familia, cultivado y un excelente matemático, había quemado en 1916 todos sus diplomas en presencia de su madre para emprender el camino de los "renunciantes", de los ascetas hindúes. Había participado, y en lugar preferente, es decir, yendo muchas veces a la cárcel, en todas las campañas de Gandhi. Al emprender la campaña del Bhoodan había calculado que serían necesarios 25 millones de hectáreas de tierra cultivable para resolver el problema agrario. Sólo logró reunir diez años más tarde dos millones. En el campo de los números su fracaso fue, pues, evidente.

El Santo llevó a cabo su campaña, a pie, yendo de pueblo en pueblo, recorriendo miles de kilómetros, comiendo apenas, tejiendo algodón todos los días de acuerdo con los preceptos de Gandhi. Pero lo que era posible en la época de Gandhi, porque se trataba de Gandhi y porque era una época muy diferente, resultaba totalmente anacrónico en la época actual. Vinoba Bhave suscitó algunos entusiasmos,

pero las broncas de que fue objeto en algunos pueblos de pequeños campesinos del Gujerat son el signo inequívoco de una época nueva, de una toma de conciencia evidente. Este fracaso del Santo, a pesar de lo que puede tener de desagradable en una historia en estampas de Epinal, equivale quizá al despertar de la India en busca de verdaderas soluciones, razonables y modernas, contra un antiguo régimen apollado.

«Hoy día—concluye Nehru—, la antigua cultura de la India se sobrevive a sí misma. Silenciosa y desesperadamente, lucha contra un adversario

LOS ESTADOS MODERNOS DE LA INDIA



nuevo y todopoderoso: la civilización del Occidente capitalista. Es seguro que sucumbirá porque el Oeste aporta su ciencia, y *la ciencia supone el pan para millones de hambrientos*. Pero el Oeste aporta también un antídoto contra los venenos de una civilización caracterizada, en cierta manera, por

la violencia y el caos, y este antídoto son los principios del socialismo, la idea de la cooperación al servicio de la comunidad y para el bien de todos. Idea que no está muy lejos del antiguo ideal brahmánico de «servicio»; pero que significa también la «brahmanización» (claro está, que en un sentido laico) de todas las clases, de todos los grupos, y la abolición de la distinción de clases. Y quizá la India, cuando cambie de traje, lo cual es inevitable, porque su traje viejo está hecho harapos, mandará cortar el nuevo sobre este mismo patrón, de manera que convenga tanto a las condiciones actuales como a su pensamiento antiguo. Los principios a los que se incorpore tendrán que estar relacionados con las raíces de su suelo.»

LA INDIA DE 1962 A 1965

Con la muerte del Pandit Nehru, la India ha perdido una luz y una esperanza (27 de mayo 1964). Cada vez son mayores las dificultades con las que tropieza el *neutralismo* de la India; dificultades de tipo *político*: el nuevo presidente, Shastri, tiene que enfrentarse con la usura y con la deterioración del partido del Congreso, sobre el que reposa el equilibrio parlamentario; de tipo *económico*: estas dificultades son tradicionales, una progresión demográfica que devora y contrarresta los inmensos progresos materiales; de tipo *diplomático*: continúan existiendo los conflictos exteriores respecto de las fronteras chino-indias; los dificultosos acuerdos con el Pakistán, a propósito de la cuestión de Cachemira, y de las minorías hindúes del Pakistán oriental no conducen a nada; la angostura del camino para mantener el equilibrio de la balanza, de hecho o en apariencia, entre la ayuda americana y la ayuda soviética, pone en difícil situación al país. Si la India tiene que armarse (y la bomba nuclear china le plantea un problema evidente), los gastos militares pesarán peligrosamente sobre su necesario desarrollo económico.

NOTAS Y DOCUMENTOS

1. En el Imperio del Gran Mogol.

Las explicaciones que hemos consagrado a la India tienen en cuenta los consejos, las consideraciones y las informaciones que nos han sido suministrados por dos colegas hinduistas, los profesores Louis Dumont y Daniel Thorner. Los libros cuya lectura se recomienda son: Henri Zimmer, *Mythes et symboles dans l'art et la civilisation de l'Inde*, Payot, 1951; Tibor Mende, *L'Inde devant l'orage*, Ed. du Seuil, 4.^a edic., 1950; Hermann Goetz, *Inde, cinq millénaires d'art*, Albin Michel, 1960; resultarán de agradable lectura, Jeannine Auboyer, *Le vie quotidienne dans l'Inde ancienne*, Hachette, 1962; el libro de Jean Filliozat, *Inde: nation et tradition*, Horizons de France,

1961; el de Louis Renou, *La civilisation de l'Inde ancienne*, Flammarion, 1950.

Convendría leer enteros los *Voyages de François Bernier*, el médico francés (1621-1688), contemporáneo de Colbert. Fueron publicados por primera vez en 1699. Su autor vivió doce años en la India. El texto que citamos está tomado de los *Voyages*, en la edición de 1830, págs. 291-295.

«No hay que creer que los omerahs, o señores de la Corte del Mogol, son hijos de familia como en Francia. Al ser todas las tierras del reino de entera propiedad del Mogol, no existen ni ducados, ni marquesados, ni ninguna familia rica en tierras y que viva de sus rentas y patrimonios: ni siquiera son, generalmente, hijos de omerahs, porque el rey es heredero de todos los bienes y, por tanto, las casas no pueden mantener, por mucho tiempo, su esplendor; por el contrario, casi siempre se derrumban de un golpe, hasta el punto de que los hijos o, por lo menos, los nietos de un poderoso omerah, se ven reducidos poco menos que a la mendicidad y obligados a tomar partido por otro omerah, como simples caballeros. Bien es verdad que el Mogol concede, por lo general, una pequeña pensión a la viuda, y con frecuencia a los hijos, y cuando el padre vive mucho tiempo esta pensión se adelanta, como favor especial, principalmente si están bien hechos, si son blancos y tienen pocos rasgos hindúes, pudiendo así hacerse pasar por verdaderos mogoles, aunque este adelanto de favor va siempre muy lentamente, siendo una costumbre casi generalizada que haya que pasar de las pequeñas pagas, y de los cargos poco importantes a los altos. Estos omerahs, no son, pues, por lo general, más que aventureros y extranjeros de todas las nacionalidades, que van viniendo a la Corte, atraídos los unos por los otros, gentes surgidas de la nada, algunos de ellos esclavos, que carecen de instrucción, y a los que el Mogol eleva a las dignidades con la misma arbitrariedad con la que les hace caer de ellas.

Entre los omerahs los unos son hazary; los otros, duhazary; los otros, penge, hecht y deh-hazary, e incluso, como lo fue el hijo mayor del rey, duazdeh-hazarys, que quiere decir señor de los mil, dos mil, cinco mil, siete, diez o doce mil caballos, aumentando su sueldo a medida que aumenta el número de caballos; digo caballos, porque no se les paga en razón del número de caballeros sino del de caballos. Los omerahs están capacitados para mantener jinetes de dos caballos a fin de asegurarles una mayor resistencia en los países cálidos, en los que se dice, comúnmente, que un jinete que no tiene más que un caballo, va a pie más de la mitad de las veces. Sin embargo, no hay que creer que están obligados a mantenerlos ni que el rey paga efectivamente tantos caballos como tienen los duazdeh o hecht-hazary, es decir, doce u ocho mil caballos; son nombres especiales, para salvar las apariencias o para atraer extranjeros; el rey determina el número de caballos efectivos que están obligados a mantener; les paga en razón de este número, y además les paga unos cuantos caballos más, a los que no están obligados a mantener; y esto es lo que constituye, generalmente, la parte fundamental de sus pensiones, sin contar lo que sisan sobre la paga de cada caballero y sobre el número de caballos, lo que aumenta considerablemente las pensiones, sobre todo cuando pueden obtener buenos jah-ghirs, o buenas

tierras afectadas por sus pensiones; y, en efecto, yo contaba que el señor, bajo cuyo mando estaba, y que era penge-hazary, o de cinco mil caballos, pero que sólo estaba obligado a mantener quinientos efectivos, tenía toda su caballería pagada, cerca de cinco mil escudos por mes de pensión, aunque fuera nagdy, es decir, pagado con plata del Tesoro, como todos aquellos que no tienen jah-ghirs; no obstante, a pesar de todas estas grandes pensiones, sólo unos cuantos son ricos, y la mayoría están ahogados económicamente y endeudados; no es que se arruinen en alimentación, como ocurre con los grandes señores en otras partes, porque ésta es muy barata y asequible: pero lo que les agobia son los grandes regalos que están obligados a hacer al rey, con motivo de ciertas fiestas anuales, cada uno en proporción a su paga, y el gran gasto que supone mantener a sus mujeres, a sus criados, a sus camellos y a varios caballos particulares que tienen en sus cuadras y que son de muy alto precio. El número de omerahs, tanto los que están en el campo, en las provincias y en los ejércitos, como los que están en la Corte, es muy grande; nunca lo he sabido con precisión, ya que no está determinado; pero nunca he visto en la Corte menos de veinticinco a treinta mil, que tienen, como ya he dicho, grandes pensiones, según el número de caballos que tengan que mantener, desde doce mil a mil.»

2. Las castas.

Nota inédita de Louis Dumont, hinduista y sociólogo, redactada para este trabajo.

«No se debe considerar a las castas como pequeñas sociedades totalmente diferentes las unas de las otras. Es verdad que se nace en una casta determinada, de la que no se puede salir para casarse, que no se puede renunciar a la actividad tradicional de la casta más que dentro de ciertos límites, y que, todavía recientemente, cada casta tenía con frecuencia una asamblea para hacer justicia. Pero por su modo de vida y por sus costumbres, cada casta se parece mucho a sus inmediatas. No puede ser de otra manera si se piensa que un pueblo de 500 personas tiene hasta diez castas conviviendo las unas con las otras, que un pueblo de 2.000 habitantes puede llegar a tener tres docenas de castas, y que hay pueblos que tienen 5.000 habitantes e incluso más. Esta organización es un poco diferente en las regiones más alejadas y menos pobladas, en donde las castas (a excepción de los criados) tienden a segregarse territorialmente, y también en las «tribus» de los bosques y de las montañas, más o menos aisladas e independientes del sistema de castas.

En todo caso, las castas se distinguen desde el punto de vista jerárquico: en primer lugar, los que están en contacto, por su oficio, con las fuentes primarias de impurezas son impuros, en diferentes grados. En esta situación se encuentran los criados especializados, indispensables desde el punto de vista religioso, como los lavaderos o los barberos cuando son, al mismo tiempo, sacerdotes funerarios (en el Sur). En segundo lugar, el concepto de impureza está elaborado en función de las creencias: al ser el ganado y en particular la vaca, objeto, no de culto sino de una verdadera veneración.

los que descuartizan a los animales, curten las pieles, tocan la piel de los tambores son doblemente impuros, son intocables. El mismo hecho de comer carne, aunque sea en cantidades mínimas, determina una impureza relativa con relación a los vegetarianos. Las costumbres de los sacerdotes brahmanes se tiñen de pureza, y las costumbres opuestas son causa de una cierta inferioridad, como, por ejemplo, el que las viudas se vuelvan a casar. En conclusión, no faltan criterios que permiten distinguir entre superiores e inferiores, y se comprende que por muy coaccionante que sea la idea de jerarquía, resulta difícil clasificar en un orden lineal a las diferentes castas de una región determinada. Además, esta clasificación no es esencial.

El sistema engloba y expresa una división del trabajo de la que no rinde cuentas en la medida en que se trata de especialidades sin un tinte religioso determinado. Es curioso, por ejemplo, que la mayor parte de la mano de obra agrícola pertenezca a la casta de los intocables. Existe un sistema de prestaciones que hace un uso mínimo del dinero y que establece, por ejemplo, la interdependencia del barbero y de todos sus patronos en el pueblo. Esto es constatable en la era de trillar después de la cosecha. Para tener de ello una visión de conjunto, transportémonos al pasado. El arroz trillado está amontonado en la era. El cultivador concede primero al representante del rey la parte acostumbrada o convenida (un sexto y quizá un tercio). Si algún otro, y no el mismo agricultor, goza de un derecho superior sobre la tierra, puede servirse a continuación. Después les llega el turno a los criados y a los auxiliares, que tienen derecho cada uno a un cierto número de medidas (brahmán, lavandero y barbero, lo mismo que el herrero y el carretero, etcétera) y a los trabajadores propiamente dichos, que están adscriptos permanentemente a la explotación, como el agricultor intocable, y los que están empleados por un cierto tiempo, o, incluso, aunque tan sólo hayan trabajado en la recolección (en este caso puede que hayan recibido sus gavillas antes de la trilla).

Vemos cómo se manifiesta la interdependencia, confundiendo todos los papeles y funciones. En general, existen en cada pueblo una o varias castas, que tienen un derecho superior sobre la tierra y que reproducen, en cierta manera, la función real a esta escala. Las llamamos castas dominantes. El resto, los colonos y aparceros, especializados y trabajadores no libres, gravita en torno de ellas, a excepción, quizá, de los mercaderes y de los artesanos, a los que se paga, a veces, en dinero, lo mismo que a los orfebres. Puede darse el caso de que el brahmán sea un criado famélico, y, sin embargo, estas castas le respetan en el plano jerárquico y se sienten honradas al mantenerle y al dotarle.»

3. Inmovilidad del hinduismo.

Los hinduistas difieren mucho los unos de los otros en los puntos de vista, en los juicios y en las explicaciones, considerados con sus interferencias, del largo pasado y del presente múltiple de la India. Se reconocen fácilmente en medio de estas diferentes descripciones. El que no es especialista vacila cuando tiene que exponer su juicio. Así, por ejemplo, ¿se atre-

verá a afirmar que el hinduismo es la expresión misma del inmovilismo? Debe entonces, leer la advertencia categórica del profesor W. N. Brown (apuntes de clase dactilografiados): «El hinduismo confunde creencias y prácticas diferentes, admitiendo, sin decirlo explícitamente que las capacidades humanas son estrictamente relativas. Considera que los hombres no son, intelectual y espiritualmente, iguales. Por esta razón no es realista esperar que todos los seres humanos crean lo mismo, persigan los mismos fines, tengan una conducta idéntica. La verdad tiene un determinado aspecto para una persona; otro, para una segunda, y otro más, para una tercera. Sólo seres de excepción alcanzan la verdad absoluta, el conocimiento de la última realidad. Todos los demás sólo tienen conocimiento de una parte de la verdad. Por el contrario, lo que cada hombre ve, dentro de sus límites, constituye su propia verdad. De ahí que, en el conjunto de la humanidad, todas las concepciones de la divinidad difieran y ninguna sea enteramente justa. De la misma manera, el comportamiento de los hombres está determinado por una serie de reglas que varían según su capacidad intelectual y espiritual. Lo que es lícito para el uno puede ser ilícito para el otro. El lavadero que pertenece a una casta baja puede permitirse tomar alcohol; al brahmán le está prohibido. La sanción para al sistema social de las castas se encuentra en esta visión relativa de la vida. Cada hombre ha nacido en el status social correspondiente al nivel alcanzado con sus actos en una existencia anterior. Debe cumplir las funciones que son las propias de este status; no debe intentar cumplir las de otro status, dice imperativamente el Bhagavad Gita, aunque pudiera cumplirlas mejor incluso que las que le corresponden. Y, por último, el código de conducta personal conforme al cual vive, que es el de su casta, es el que conviene tanto a su status como a él mismo.

El sistema hindú es altamente tolerante y flexible, es capaz de una adaptación relativamente fácil a los cambios de las condiciones de vida. Las reglas de las castas pueden variar con rapidez. Ya no es obligatorio el matrimonio muy precoz de las jóvenes. De la misma manera, ha sido superada la costumbre de la reclusión de mujeres, que se ha practicado durante siglos. En la actualidad, se admite de mejor gana que las viudas se vuelvan a casar, hecho que en el pasado estaba totalmente prohibido. Pero aunque ciertos detalles del hinduismo hayan variado en el curso del siglo xx, no se puede afirmar, en consecuencia, que el hinduismo, como sistema, esté en trance de desaparecer. Ha sido lo suficientemente fuerte en el pasado como para persistir, a pesar de las numerosas modificaciones provocadas por las presiones intelectuales o sociales, ya sean internas o impuestas desde el exterior. Al ir asimilando lentamente las doctrinas extendidas por las sectas rivales, e incluso al aceptar en su panteón a los dioses de estas sectas, como, por ejemplo, al Buda, a quien los hindúes ortodoxos consideran ahora como una encarnación (avatara) de Vishnú, el hinduismo ha conservado su primacía. En la historia conocida del hinduismo, no hay ningún período que no haya experimentado su alteración en algún aspecto fundamental. Los movimientos reformadores modernos son tan sólo la ilustración, en el siglo xx, de un fenómeno tradicional y repetido.»

CAPITULO XIV

UN EXTREMO ORIENTE MARITIMO: INDOCHINA, INDONESIA, FILIPINAS, COREA, JAPON

En una primera aproximación puede parecer arbitrario el colocar en un mismo plano a Indochina, Indonesia, las Filipinas, Corea y Japón. Pero estas regiones, muy distantes las unas de las otras, se encuentran todas ellas "históricamente" próximas "a los dos océanos humanos, China y la India", que han irradiado continuamente al exterior de sus propios espacios. Y esta vecindad las ha afectado plenamente a causa de los fáciles accesos que abren las rutas marítimas. Los mares del Este y del Sudeste asiático —el mar del Japón, el mar Amarillo, el mar de la China oriental, los mares de Banda y de Joló—no son con frecuencia más que pequeñas parcelas de agua, "mares costeros", encajonados entre los continentes cercanos. A medida que nos vamos alejando de las Filipinas o del Japón es necesario, para alcanzar grandes profundidades marítimas, rebasar hacia el Este o hacia el Sur los festones de islas volcánicas que separan estos mares estrechos del Océano Indico o del Pacífico. Son, pues, "Mediterráneos", espacios marítimos en medio de tierras, sembrados de islas: están humanizados de antemano.

Tienen otro carácter común: los vientos periódicos que soplan sobre ellos, los "monzones", que azotan brutalmente a todos estos países al principio del verano y del invierno. Surgen por todas partes tifones y monstruosas tempestades. Pero estos períodos trágicos son cortos. Por lo general, la navegación es apacible entre las islas, a lo largo de las costas, con viento seguro. Navegar consiste en ir de isla en isla, permanecer al amparo de los golpes de viento, sin perder de vista el litoral. Cuando el mar está amenazador, se echa inmediatamente el ancla, que se engancha en el fondo, por lo general muy poco profundo. Así, anclados al fondo del mar, el barco árabe, el junco chino o el velero de carga holandés pueden soportar, y así lo describen miles de relatos, las tormentas marítimas. Después, reemprenden el viaje.

Estas son las ventajas y las posibilidades que ofrecen

estos mares interiores y familiares. Abundan en ellos los navegantes, que comercian y viajan con gran desenvoltura, ya que estas ocupaciones les resultan rutinarias. Cuando es necesario, los navegantes salen de ellos: son famosas las aventuras de los navegantes malayos (hasta Madagascar), de los polinesios, que embarcados en sus piraguas de batangas alcanzaron Hawai, la isla de Pascua y Nueva-Zelanda. Pero lo más frecuente es que la intimidad de los mares familiares retenga a los navegantes, y éste es el caso de los japoneses y también de los chinos. "Los chinos—decía el P. de las Cortes (1626)—no practican la navegación de altura", esa navegación de alta mar que permitirá a los árabes alcanzar islas lejanas al igual que, más tarde, a los portugueses, los holandeses y los ingleses.

Desde épocas muy lejanas el tráfico ha humanizado estos espacios marítimos, ha puesto en relación a sus litorales, ha aproximado civilizaciones e historias. En estos medios hay que tener siempre presentes los milagros realizados por el mar, que provoca intercambios y crea semejanzas aunque cada edificio conserve sus peculiaridades indelebles.

I. INDOCHINA

Indochina no es el ejemplo más significativo de estos destinos determinados por el mar. Constituye el Asia masiva del Sudeste, a quien el geógrafo danés Malte-Brun concedió el nombre de Indochina, más tarde aceptado universalmente. Esta península maciza, recorrida por altas montañas, está, sin embargo, atravesada por valles muy anchos, que van, *grosso modo*, de Norte a Sur, y que recuerdan, empleando una metáfora, los dedos abiertos de la mano; hacia el Sur, la península se estrecha con la frágil y prolongada península malaya; por el Este y el Oeste está rodeada por el mar. Incluso, en su parte ancha continental, ha sido, desde la prehistoria, zona de tránsito continuos. Hasta tal punto, que todas las razas señaladas por los prehistoriadores: australianas, melanesias y mongoloides (estas últimas, originarias de la China *proto-histórica*), han dejado su huella. Estas razas forman el fondo de la población actual (el tipo melanesio se perpetúa en los pueblos montañosos todavía primitivos).

En tiempos históricos, Indochina fue afectada por cuatro amplios movimientos: el uno, venido de China, caracterizado por la fuerza; el otro, pacífico, originario de la India, que se lleva a cabo por los caminos marítimos; por último, dos empujes también marítimos: el islámico, que afecta y ocupa a toda la península malaya, y el europeo (franco-inglés), progresivamente acentuado en el siglo XIX, que lo sumerge todo, y, en la actualidad, está en trance de desaparecer, después de trágicas descolonizaciones.

1. La antigua civilización de Indochina se sitúa fundamentalmente entre dos áreas monstruosas, China y la India, y se explica por ellas.

La *civilización china* se presentó en Tonkín y en Annam (Vietnam del Norte y del Centro), bajo el signo de la fuerza. Se manifestó, hace aproximadamente diez siglos, en la forma de una conquista, de un colonialismo al que, posteriormente, no le fue regateado el tiempo. Este avance, que era al mismo tiempo, militar, administrativo y religioso (confucianismo, taoís-

LOS MEDITERRANEOS EXTREMO-ORIENTALES



mo, budismo) se ejerció en la margen meridional de la extensa ocupación de la China del Sur, acontecimiento fundamental de la historia china. Las poblaciones autóctonas fueron unas veces rechazadas y otras sometidas. Así se creó esta subcivilización dinámica de poblaciones *annamitas* que más tarde rebasó su propio alcance hacia el Sur de Indochina.

La *influencia hindú* procede de los comerciantes, fundadores de escalas y de factorías, desde las que traficaban aliándose con frecuencia a

los «jefes» locales. Estas alianzas hicieron prosperar a algunos de estos «jefes» y a sus circunscripciones, que, valiéndose de sus superioridades técnicas y culturales, lograron florecer e imponerse y más tarde crear reinos que engendraron una serie de civilizaciones «hinduizadas», considerablemente mestizas y, no obstante, originales. De esta manera se constituyó el Reino de Champa, en la costa del Vietnam Central, o el Reino de los Mons, en el extremo occidental del Asia del Sudeste, y, también, en el delta del Mekong, el Reino de Funan, más tarde absorbido por el Tchel-la, del que nació el Imperio Khmer, potencia dominante de todo el Sudeste desde el siglo IX a XIV, y cuya magnificencia se puede comprobar en las ruinas de Angkor.

Una serie de reinos constituidos como consecuencia de las invasiones y de las conquistas de los pueblos birmanos o thai (los pueblos libres), más indígenas, si cabe decirlo así, van surgiendo a expensas de los Khmers y de los Mons, entre los siglos XI y XIV; engendraron el futuro estado birmano de Lan-Xang, del que subsiste en la actualidad la parte oriental, con el nombre de Laos, y al compacto Siam o Tailandia (o país de los hombres libres).

2. Los europeos, que llegaron relativamente tarde, en el siglo XIX, y que en la actualidad han abandonado estos países, sólo los ocuparon a título provisional.

Sin embargo, el Sudeste ha sufrido el impacto profundo de esta poderosa colonización, inglesa en el Oeste y francesa en el Este, permitiendo ambos imperialismos que subsistiera entre ellos el Siam, como estado independiente, una especie de estado tope, al que se reconoció como tal en 1896. Los franceses agruparon en la llamada Unión Indochina (1887) al Tonkín, al Annam, la Cochinchina, Camboya y Laos. Los ingleses anexionaron Birmania a su Imperio de las Indias. En la extremidad de la península de Malaca impusieron su dominio a los Estados malayos y convirtieron a Singapur en uno de los puertos más importantes del Extremo Oriente.

La Segunda Guerra Mundial que, por un instante, vio cómo se generalizaba el dominio japonés a través de todo el Sudeste, terminó, de un solo golpe, con las construcciones coloniales de la víspera. Mientras que los Estados malayos, Singapur y Birmania obtuvieron, gracias a la sabiduría política inglesa, su independencia, sin tener que luchar por ella, una larga guerra enfrentó a los vietnamitas y a los franceses. Los Estados de Indochina Oriental sólo obtuvieron una independencia total el 21 de julio de 1954, por el Tratado de Ginebra.

La Indochina ex-francesa se encuentra desde entonces dividida en cuatro territorios. El Tratado de Ginebra dividió al Annam en dos Estados, a uno y otro lado del paralelo 17° Norte, el Norte con Tonkín, formando la *República Democrática del Vietnam*, el Sur con la Cochinchina, la *República del Vietnam*. En 1949, Francia reconoció al reino independiente de Laos (19 de julio). Y más tarde, al de Camboya (8 de noviembre). A grandes rasgos, Laos y Camboya mantienen su neutralidad entre los dos

bloques (Estados Unidos-U. R. S. S.), que se disputan el mundo. El Vietnam del Norte que se ha incorporado al mundo comunista está estrechamente influido por China, y relacionado con la U. R. S. S. y la industriosa y lejana Checoslovaquia. El Vietnam del Sur está controlado por los Estados Unidos.

Recién obtenida una independencia mitigada, estos Estados tienen que hacer frente a terribles problemas, los mismos que tienen planteados todos los países subdesarrollados: hay que darse prisa en modernizar la industria y la agricultura, en equilibrar la balanza de pagos, tienen que apresurarse para conseguir neutralizar y, si es posible, superar una expansión demográfica omnipresente. No se puede asegurar por el momento que los métodos socialistas, puestos en práctica en el Vietnam del Norte, vayan a tener más éxito que los métodos liberales practicados en todos los demás países. La política y los conflictos eventuales impiden hacer una libre elección y comparaciones honradas. No se pueden sacar consecuencias, por ejemplo, del hecho de que el Vietnam del Norte disponga de un armamento—el armamento clásico ruso—o de que las fábricas de montaje de Camboya exporten los Citroën 2 HP.

La situación de todos estos jóvenes Estados es compleja. El pequeño Vietnam del Norte, que por el momento es la única experiencia, por lo demás muy importante, intentada por el comunismo en el Asia del Sudeste, saca ciertas ventajas de esta posición excepcional, pero también le preocupa el poder de absorción de una China demasiado cercana. El gobierno de Vietnam del Sur se aprovecha de la alianza con los Estados Unidos, pero a cambio se ve obligado a llevar a cabo una guerra sin cuartel contra las tropas comunistas del Vietcong, apoyadas por el pueblo: el mantenimiento de un colonialismo occidental a la americana se tropieza, naturalmente, con la hostilidad de la población vietnamita.

El equilibrio actual es, pues, precario, comprendida la neutralidad de Laos e incluso de Camboya... Los intereses en presencia son tan numerosos, tan contradictorios, que nadie puede prever razonablemente cuál será la evolución de los conflictos en curso.

3. Por debajo de estos problemas urgentes siguen planteándose los antiguos problemas culturales.

La excesiva población de las llanuras continúa oponiéndose a las zonas montañosas medio vacías. Se enfrentan dos edades históricas: las llanuras, con el cultivo del arroz, han dado origen a las fuertes densidades humanas de los deltas del Río Rojo, del Mekong, del Menang, del Irrawady... Las civilizaciones predominantes se apoyan sobre estas agriculturas y sobre estas masas de hombres. Los annamitas, descendientes de la civilización china, ocupan desde siempre, las tierras bajas del delta del Río Rojo; en el siglo XVII arruinaron el reino de tipo hindú de Champa, y en el siglo XVIII conquistaron el delta del Mekong a expensas de los habitantes de Camboya, hechos, en suma, relativamente recientes. Hacia el Este, estas civilizaciones compactas de llanura, Camboya, Siam y Birmania, han sido fuertemente influidas por el hinduismo, y, todavía hoy, es sensible la huella del budismo.

Sin embargo, en la parte alta de todos estos países, en las montañas, las poblaciones primitivas, semiindependientes, animistas, poco numerosas, cultivan la tierra quemando precisamente el bosque. En realidad, no hacen sino asegurar su supervivencia.

En esta Indochina tan variada, los misioneros cristianos han conseguido éxitos importantes, casi siempre fuera de los países budistas e islámicos (repetimos que la zona de influencia islámica está constituida por la Península malaya). Después de 1954 ha habido un éxodo de campesinos cristianos del Vietnam del Norte hacia el Sur (300.000 personas), y los católicos son los que, en la actualidad, tienen el poder en Saigón. Como es lógico, la propaganda cristiana logró sus triunfos más importantes en las poblaciones animistas. Así, por ejemplo, en la Unión birmana, la conversión de una gran parte de los Karens al protestantismo ha reforzado la unidad de su grupo y les ha sublevado contra el poder central, en manos, fundamentalmente, de birmanos budistas.

Estos detalles no dominan el destino múltiple y oscuro del Sudeste, pero lo aclaran, al igual que la implantación, todavía en la actualidad, de escuelas francesas e inglesas. El Sudeste continúa siendo una región de tránsito; recibe todas las influencias, las conserva o las rechaza, pero de manera diferente, según los grupos étnicos y culturales que lo integran.

II. INDONESIA

Pasada la Península malaya, «Asia se ahoga en el Pacífico», Indonesia la prolonga hacia el Este con sus millares de islas, ya que es «el archipiélago más grande del mundo». Desde siempre ha sido y sigue siendo un cruce de caminos multicolor. Esta diversidad no impide una cierta unidad, realidad del pasado y del presente, a la que siempre hay que salvaguardar y con frecuencia restablecer.

1. El archipiélago indonesio ha vivido en el centro de una inmensa rosa de los vientos; continuamente ha sido afectado, de rechazo, por acontecimientos muy lejanos.

Esto ocurría ya en su prehistoria.

Los navegantes y los mercaderes de la India que llegaron en los primeros siglos de nuestra era a Indonesia y fundaron colonias, lo mismo que en Birmania, en Siam o en Camboya, importaron también el hinduismo y el budismo, que florecerán juntos, se aclimatarán a las «culturas» insulares y servirán de soporte a los nuevos Reinos.

Los primeros reinos se establecieron en Sumatra, pero los más importantes y los más fuertes prosperarán en Java. Su influencia es más o menos limitada, lo mismo que la de la civilización importada. Java tiene altas montañas, selvas vírgenes inmensas, una cultura campesina organizada en los pueblos y fuertes tradiciones que se bastan a sí mismas. Por consiguiente, la civilización indojavanesa sólo se superimpuso a medias, lo mismo en lo referente a la escritura, derivada de la escritura palhí de la India que en sus poesías, en sus cuentos tomados de los modelos hin-

dúes, en sus panteones y en sus templos (estos últimos forman un conjunto arquitectónico que cubre la colina de Borobudur (siglo VIII), "representación de un mundo según el budismo del Mahayana (Gran Vehículo)").

Entre los "reyes" de los *Kraton* se llevan a cabo continuas guerras, de donde finalmente emerge, en el siglo XIII, un imperio hinduista "universal", el imperio de los Madja-pahit, que desde Java se va asegurando la sumisión de las otras islas gracias a una extensa red de vasallajes y sumisiones en la medida en que dispone de una flota activa. Domina Singapur, "la ciudad de los leones", en la isla de Malaca; llega por el este a Nueva Guinea; por el norte, a las Filipinas. En 1293, desarma a una expedición marítima lanzada contra él por la China Mongol.

Pero este esplendor es efímero. En 1420, los musulmanes conquistan Malaca. A partir de 1450, su irrupción victoriosa culmina en la dislocación del Imperio, o de lo que queda de él. Política y guerra santa se confabulan para demoler irremediabilmente la extensa construcción, de la que no quedan más que ruinas y recuerdos cuando llegan los portugueses, a principios del siglo XVI. Sólo la isla de Bali había conservado, mezclada con sus propias tradiciones, la herencia brahmánica de su historia antigua.

Los portugueses ocupan Malaca en 1511; las Molucas, adonde les lleva el deseo de encontrar clavo y especia, en 1512; la enorme Sumatra, en 1521. Esta invasión se ve facilitada por las querellas políticas intestinas que desgarran al archipiélago. Por otra parte, la ocupación portuguesa es sumaria, más bien esbozada que sólidamente implantada. No destruye la vida anterior del archipiélago y sus múltiples corrientes; tanto el comercio de los barcos árabes en Achem, en la punta Oeste de la isla de Sumatra, en donde se cargan con dirección al Mar Rojo, las especias y el polvo de oro, como los viajes regulares de los juncos, desde los puertos de la China meridional, juncos que, desde la época de Marco Polo y seguramente desde antes (desde el siglo VII, en lo que respecta al Nordeste de Borneo), frecuentan las islas indonesias, trayendo baratijas, porcelana, seda y sus pesadas monedas (de cobre y de plomo), y, llevándose, a cambio, las maderas preciosas, la pimienta, las especias y el polvo de oro de Borneo y de las islas Célebes.

La intrusión portuguesa es una explotación forzosa de estos antiguos intercambios, que repercuten de Java a Macao, cerca de Cantón, y más allá, hasta el Japón. En el siglo XVII se produce una nueva intrusión mucho más grave: la de los holandeses. Llegan a Amboina, en las Molucas, en 1605; a las Célebes, en 1607; fundan Batavia en 1619 y se adueñan de Java, donde han conseguido, con la finalidad de apoderarse del reino, enemistar entre sí a los Sultanes de la isla, príncipes medievales, cuyos *Kraton* subsisten en las partes altas, que son, al mismo tiempo, cortes principescas y castillos fortificados. Los recién llegados se apoderaron de todo el Archipiélago después de desalojar a los portugueses de Malaca (1641).

A partir de entonces dirigen el tráfico de las dos grandes rutas marítimas: la del estrecho de Malaca entre Sumatra y la costa malaya, hacia el Oeste; el Siam y la India; la del estrecho de la Sonda, entre Java y Sumatra, por donde entran los grandes veleros que vienen derechos del cabo de Buena Esperanza sin hacer escala en las Indias o que vuelven a Europa por esta ruta de navegación de altura con sus ricos cargamentos. Una explotación mercante ha tomado el relevo de otra explotación mercante, controlándolo todo a partir de entonces, a pesar de una com-

petencia inglesa precoz, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602 y que durante mucho tiempo fue la obra maestra del capitalismo occidental (hasta el tardío fiasco de 1798, debido a sus supercherías y errores y también a circunstancias políticas excepcionales). Las Indias neerlandesas, ocupadas por un cierto tiempo por los ingleses, les serán devueltas a los holandeses en 1816. Holanda se instaló de nuevo en ellas metódica y confortablemente hasta el desembarco japonés del 28 de febrero de 1942.

Entonces se derrumbó esta construcción modelo. Después de la derrota del Japón en 1945, los nacionalistas indonesios, que al mismo tiempo que colaboraban con el invasor habían luchado ferozmente contra él, proclamaban, con el Presidente Sukarno, la independencia de Indonesia en medio de un entusiasmo popular delirante, el 17 de agosto de 1945. «Cuando un mes más tarde, el 28 de septiembre, el general Christison, comandante en jefe aliado, desembarcó en Batavia con las tropas inglesas e indias, se encontró con que las paredes de la ciudad estaban cubiertas de inscripciones anti-holandesas.»

La reacción obstinada del gobierno holandés, sus esfuerzos para restablecer el antiguo orden de cosas, o por lo menos para salvar lo que podía ser salvado, iban a desencadenar un drama clásico de descolonización, del que la historia francesa reciente ofrece ejemplos paralelos. Los colonialistas obtuvieron éxitos fáciles en las islas poco pobladas, en las Célebes, en Borneo; en suma, en la Indonesia vacía. Pero en Sumatra, y aún más en Java, tropezaron con una enconada resistencia. El antiguo ejército colonial había tomado el partido de los insurrectos. Una guerra de guerrillas inmovilizó en seguida a las tropas holandesas y anuló todos sus éxitos alrededor de las grandes ciudades. Una vastísima operación policíaca, comenzada el 21 de julio de 1947, dio origen a dificultades insuperables. Más eficaz fue el bloqueo de las regiones insurrectas de Java, que provocó miserias indecibles. La intervención de la India, de Australia, de los Estados Unidos, de la O. N. U., permitió la firma de un acuerdo imperfecto el 17 de febrero de 1948, al que siguió una segunda «operación policíaca» tan inútil como la primera. El 27 de diciembre de 1949, en La Haya, la Reina de Holanda renunciaba, salvo para la parte «holandesa» de Nueva Guinea, a su soberanía sobre las antiguas Indias holandesas. La bandera roja y blanca de Indonesia reemplazó en Batavia, convertida en Yakarta, a la bandera holandesa.

Estos detalles no son más que un pobre resumen de un conflicto largo, dramático, complicado, pero son indispensables para la comprensión de la Indonesia actual, que no ha superado todavía esta lucha reciente, y sigue sintiendo un odio hacia Holanda, que le sirve con frecuencia de excusa para disimular sus propias dificultades. Este odio es uno de los cimientos de los que la nueva República está necesitada. El conflicto surgido en torno al «Irian» (la Nueva Guinea holandesa) es una de sus consecuencias.

Es difícil pronunciarse sobre si este último pedazo de Indonesia es arbitrariamente retenido por sus antiguos dueños. Se trata de una isla salvaje, que indudablemente no carece de recursos, pero aprovecharlos está por encima de las posibilidades de Holanda y de Indonesia. Sus habitantes son primitivos—los papuasianos—y no tienen nada en común ni con los indonesios ni con los holandeses. Pero nadie se preocupa por ello.

2. Las razas, las religiones, los niveles de vida, los aspectos geográficos, las culturas se yuxtaponen en una civilización extraordinariamente mezclada.

Todas las islas, incluyendo a Java, tienen poblaciones primitivas que con frecuencia están todavía en la edad de piedra, y también razas diferentes. En Java hay que distinguir los tres grupos étnicos malayos: Sudaneses, Maduranos y Javaneses propiamente dichos. En Sumatra, los Malayos, un grupo muy notable, los Minang-kabaus, los Bataks, los Achinos. Sin contar, en todas las ciudades, con los mercaderes chinos, odiados, pero indispensables, distribuidores de mercancías, prestamistas y usureros, revendedores parásitos de los que nadie puede prescindir, y que, desde 1948, se apoyan en la poderosa China comunista...

Tantos pueblos suponen otras tantas lenguas o idiomas. Pero entre estos mundos separados se hace necesaria una lengua común, una «lingua franca»: desde el siglo XVI (y probablemente desde antes) este papel lo ha desempeñado la lengua malayo-polinesia, o, si se prefiere, simplemente el malayo. Este ha dado origen a la lengua indonesia, la *Bahasa Indonesia*, que se convirtió en la lengua de los nacionalistas incluso antes de ser proclamada lengua oficial de la nueva República. Pero se hizo necesario adaptarla a todo tipo de tareas, y concretamente a las científicas, hasta el punto de que una comisión de terminología tuvo que incorporarle de una vez 27.795 términos nuevos.

Por lo que se puede decir que se ha fabricado una lengua nueva. Es imposible comparar su papel al desempeñado por el hindú en la India. Tanto más cuanto que el hindú es una lengua común, pero que coexiste con el inglés, que ha permanecido vigente. Mientras que el neerlandés no ha desempeñado un papel importante en Indonesia por muchas razones, y, sobre todo, porque los holandeses en el pasado no han fomentado (dejando a un lado algunas débiles y tardías realizaciones) la enseñanza de las técnicas modernas ni la de su propio idioma. Un economista asegura que deseaban «establecer su superioridad sobre la base de la ignorancia indígena. El empleo del idioma holandés habría reducido la profundidad del foso abierto entre el inferior y el superior, y había que evitar esto a toda costa».

Diversidad de lenguas, diversidad también y hasta confusión de los bienes culturales. En el archipiélago, las grandes religiones han tenido una vida azarosa. Su triunfo nunca fue solitario: siempre coexistieron con las creencias populares, que les rodeaban o cubrían, y, en ocasiones, coexistieron con alguna otra religión rival.

Unos campesinos, a 25 kilómetros de Yokyqarta, que por algún tiempo fue capital de Java cuando los holandeses recuperaron Batavia, entablan conversación con un viajero europeo. «En Java todos somos musulmanes», declara sin vacilar un campesino, Karyodikromo. «Entonces, ¿por qué habláis de vuestros dioses? Los musulmanes no creen más que en un solo dios.» Esta pregunta confundió a Kardjodikromo, y fue su padre el que contestó: «Es difícil—dijo con voz reposada—. No podemos descuidar a los restantes dioses. Ellos pueden ayudarnos o sernos nocivos. Nuestro arroz depende de Devi Chri, la mujer de Vichnú.» (Tibor Mende.)

Por otra parte, en el país no existe ni una sola mezquita. Los campesinos mu-

sulmanes ofrecen frutas y alimentos en los altares de Devi Chri, y para alejar a los malos espíritus levantan en los campos unas flautas de bambú que el viento hace silbar. En este mismo sentido se procura cortar sin hacer ruido los tallos del arroz, con el *ani-ani*, "una pequeña hoja de cuchillo que el segador lleva en el hueco de la mano". Rápida y silenciosamente para que no se alejen los buenos espíritus.

Se pueden hacer consideraciones análogas de Bali, la isla maravillosa, que ha conservado—pero quién sabe por cuánto tiempo todavía—la herencia del gran Imperio indo-javanés y sus creencias hindúes. En Bali se incinera a los muertos a fin de que sus almas alcancen la luz. Pero se mantienen asimismo toda una serie de creencias animistas y de prácticas ligadas al culto, que continúa vigente, de los antepasados.

3. El mantener a estos pueblos unidos no es una tarea fácil.

No todo se puede conseguir por el simple hecho de aborrecer a los holandeses. No es fácil lograr la unidad cuando el problema radica en hacer progresar a una economía primitiva y miserable, o, por lo menos, en infundir paciencia a una población compuesta en su mayoría de campesinos, cuyo trabajo es tan duro. El mayor favor que le ha podido hacer la colonización holandesa al nuevo gobierno es el haber explotado a este pueblo rural con tal precisión, que, en la época de la colonización, sólo los pequeños y mediocres propietarios fueron tolerados. La joven República no tiene, pues, que enfrentarse con el problema de la redistribución de grandes dominios agrarios, ni debe temer una explosión campesina. Todo el campesinado está igualado en su miseria.

Los campesinos son pobres, de hecho prisioneros, la mayor parte del tiempo, de una economía de subsistencia. Dentro de ésta, el arroz, predomina; después vienen el maíz, el taro, el sagú... El arroz es la base de la alimentación, y la ganadería del búfalo sólo sirve para la labranza y el transporte. Prácticamente se desconoce el consumo de la carne; el del pescado continúa siendo muy limitado. En resumen, esta economía queda al margen de toda actividad mercantil. Se vende en la ciudad un poco de arroz, alguna tela, algún juguete de fabricación casera, que proporcionan el dinero necesario para realizar algunas compras, incluidos unos cigarrillos baratos «aromatizados con especias y que tienen forma de pequeños conos alargados».

La industria se encuentra todavía en período de gestación, salvo las instalaciones petrolíferas, las plantaciones de caucho y las fabricaciones de productos brutos, las minas de carbón y de estaño, ambas en Sumatra (también hay minas de estaño en Banca y en Bilatung), bajo la dependencia de compañías anglo-americanas que Sukarno ha nacionalizado recientemente, según dicen. Pero ya sean europeas, chinas o nacionales, las actividades industriales de estas islas no tienen la categoría necesaria para acelerar el crecimiento económico de Indonesia. Al mismo tiempo, los grandes productos de exportación, caucho, café, tabaco, copra, azúcar, desarrollados por los holandeses a expensas de los antiguos cultivos de subsistencia, han visto cómo se reducían sus mercados desde la ruptura de relaciones con Holanda.

No obstante, en la actualidad, son todavía las materias primas, caucho,

petróleo, estaño, las que forman el 75 por 100 de las exportaciones del Archipiélago.

Aunque haya alcanzado la independencia, éste permanece, por lo tanto, en una situación económica típicamente colonial, a merced, con todo el peligro que esto acarrea, de las variaciones del mercado internacional. Así, por ejemplo, el final de la guerra de Corea, con el alza de las materias primas, en 1951, resultó catastrófico para el presupuesto de Indonesia.

La situación no cesa de empeorar, puesto que una inflación monetaria galopante va acompañada de un aumento de la población al ritmo de un millón de seres por año. Java sucumbiría si no fuera por las importaciones masivas de arroz extranjero. A lo que viene a añadirse, a falta de cuadros calificados, la incapacidad de la administración, la inseguridad endémica del país, el crecimiento desordenado del ejército. Puede que haya que sacar en conclusión, lo mismo que lo ha hecho un hombre político de la oposición indonesia, que el gobierno sólo se ocupa de los «slogans», de los movimientos de opinión, de las campañas espectaculares, como la del Irian, sin llevar a cabo ningún plan sistemático.

Ahora bien, estos planes son de una extremada urgencia. Es indudable que la libertad recién conquistada y la consiguiente felicidad predispone a la población a realizar los mayores esfuerzos y aceptar todo tipo de sacrificios; pero hay que emprenderlos. La misma unidad de Indonesia debe ser construida. No hay unidad marítima sin marina nacional, sin aviación nacional.

La excepcional importancia humana de Java coloca a la isla como en el centro de un sistema solar: Java tenía 5 millones de habitantes en 1815; 50 millones, en 1945; cerca de 60, en 1962, y reúne así los dos tercios de los habitantes y los tres cuartos de los recursos del conjunto. Pero ha alcanzado una densidad kilométrica (400) en el límite de lo posible. No se trata ya de conseguir tierras nuevas de un bosque reducido al mínimo. Ir más lejos sería «rebasar el cupo de alerta». De ahora en adelante, la isla de la esperanza es Sumatra (30 h. por kilómetro cuadrado), con sus recursos mineros y sus abundantes tierras de labor. En todo caso, éstas, menos ricas que las de Java, necesitarían unos medios de cultivo que una expansión agrícola ordinaria no posee.

El centralismo «javanés» exaspera, alimenta muchos y fuertes separatismos, muchos movimientos en favor de la federación efectiva. En los últimos años se han multiplicado las explosiones separatistas (República de las Molucas, en Amboina; Dar ul Islam, en el Oeste de Sumatra; Pansudan, en Java, Movimiento del doctor Hatte, en la región de Padang, en Sumatra; secesión de los «coroneles», en las Célebes). El último de estos coroneles, Simbolon, se rindió el 27 de julio de 1961.

Otras dificultades: ha habido que poner término a la libertad de partidos: comunista, socialista y musulmán liberal. El «sukarnismo» se presenta, pues, como un partido único, cuyo programa es una «democracia dirigida».

Al haber puesto coto a la libertad, al haber suprimido estos hombres (les ha eliminado de la escena política, aunque luego les haya perdonado),

el «hombre fuerte»—«Bang (hermano) Karno»—se ve obligado a llevar a cabo una política espectacular. Esto ocurrió recientemente, en la gran Conferencia de los neutralistas del Tercer Mundo, reunidos, por iniciativa suya, en Bandung (1955). He aquí el motivo por el que se empeña en la actualidad en obtener la Guinea holandesa (el Irian). Esta satisfacción nacionalista serviría de sostén a un gobierno que tiene que enfrentarse, en todos los campos y en los próximos años, con tareas pesadas verdaderamente ingratas.

III. LAS FILIPINAS

El caso de las Filipinas no constituye una excepción a las reglas de conjunto del Asia del Suroeste. En ellas también se han dado cita pueblos y razas.

Hay hombres desde el neolítico; se conoce la industria del hierro desde varios siglos antes de nuestra era. Desde el siglo V a. de C., el archipiélago filipino se encuentra incluido en la red de la civilización indomalaya, que se extiende desde Java; es integrado coincidiendo con los esplendores del Imperio de Madja-pahit. Por otra parte, el archipiélago pronto es alcanzado por el comercio chino. Lo que da lugar a que se desarrolle una clase de mercaderes y de navegantes que va imponiéndose por doquier y pone bajo su autoridad a los campesinos insulares, siervos adscritos a la gleba.

En el siglo XV el Islam hace su aparición en la isla de Mindanao. En el XVI, los españoles, al mando de Magallanes, que morirá allí (1521), descubren el archipiélago y se instalan en Luzón, la gran isla del Norte, en 1565. De esta manera emprende la Cristiandad en Extremo Oriente su tradicional lucha contra los infieles, contra los moros.

Las islas se rebelan con frecuencia contra el gobierno español establecido en Manila, pero, sin embargo, permanecen bajo su autoridad hasta 1898; se produce entonces, al mismo tiempo, una insurrección interior y la intervención de la armada de los Estados Unidos. No obstante, las islas no alcanzaron inmediatamente la independencia, sino que desde el final de la guerra hispano-americana fueron colocadas bajo la autoridad de los Estados Unidos (Tratado de París, 10 de diciembre de 1898), para mayor indignación de los nacionalistas filipinos. El Presidente americano Mac Kinley tranquilizó su mala conciencia afirmando que se iba a emprender la tarea de «instruir, de civilizar a los filipinos, como hombres por quienes Cristo murió en la cruz...».

Las islas sólo alcanzaron la independencia en 1946, por lo menos teóricamente.

En la actualidad, después de un pasado tan agitado, las Filipinas tienen una población muy numerosa (25 millones de habitantes; crecimiento anual de 700.000; superficie: 300.000 kilómetros cuadrados, es decir, un poco más de la mitad de la superficie de Francia). Se trata de una población mezclada: los elementos malayos muy mestizados representan el 95 por 100 de la población; hay que añadir 400 a 500.000 primitivos difíciles de clasificar, 200.000 chinos inmigrados, más un pequeño número de Negritos (70.000 individuos).

A grandes rasgos, las Filipinas tienen cerca de 20 millones de católicos (es el único bloque compacto de Cristiandad en Extremo Oriente), 2 millones de disidentes católicos (aglypayanos, ya que el nombre les viene del fundador de la secta, un antiguo sacerdote, Aglypya, artífice de la Revolución de 1898), 500.000 protestantes, 2 millones de musulmanes, 500.000 paganos... Añadamos que desde 1898 el idioma inglés ha desalojado bruscamente al español, que permanece únicamente como lengua de las viejas familias. Además, el *tagalo*, dialecto malayo, ha recobrado su perdida importancia. Por último, subsisten múltiples dialectos en una población que comprende por lo menos 50 por 100 de analfabetos.

El país es pobre, incluso miserable, esencialmente rural. Ahora bien, la gran propiedad no deja de aumentar a expensas del pequeño campesino. Una estructura

"parásito-feudal" (estos calificativos se los ha dado un observador americano) hace inútiles las reformas o la ayuda exterior. El dinero sólo circula, de hecho, en Manila. El resto del país sigue practicando una economía de trueque. La miseria del campesinado explica la vastísima insurrección comunista de los *huks*, que fue la que salvó a las Filipinas en la época de la dominación japonesa, salvajemente reprimida por las autoridades filipinas después de la liberación. Pero por debajo de las cenizas, el fuego sigue encendido: el ejemplo chino y la revolución cubana de Fidel Castro obsesiona a las mentes. Pese a la ayuda americana (y a su control), el país no progresa en absoluto. Tanto más cuanto que el aumento demográfico destruye de antemano las escasas mejoras conseguidas.

IV. COREA

Durante algún tiempo, entre 1950 y 1953, Corea ha desempeñado un papel dramático, del que ha sido y continúa siendo la víctima. La guerra de Corea fue, sobre todo, la guerra entre las grandes potencias, el choque sangriento del Este con el Oeste.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en Yalta, en febrero de 1945, y en Moscú, en diciembre de este mismo año, la independencia de Corea parecía cosa hecha. Corea había sido liberada por el Norte por las tropas soviéticas, y por el Sur, por las tropas americanas que venían del Japón, estando ambas ocupaciones únicamente separadas por la línea convencional del paralelo 38° N. A pesar de la intervención de las Naciones Unidas, Corea permaneció dividida por esta línea arbitraria; en el Sur se organizó una República independiente de Corea el 15 de agosto de 1948; en el Norte, una República Democrática de ascendencia comunista. En 1950 el ejército comunista de Corea del Norte invadió Corea del Sur, lo que motivó una intervención armada de los Estados Unidos y de sus aliados. La intervención de voluntarios chinos que vinieron a sumarse a los comunistas coreanos equilibró, en cierto modo, las fuerzas en litigio. El armisticio de julio de 1953 restableció la línea de separación a lo largo del paralelo 38° N. Esta división, esta demarcación en sí misma absurda, no ha facilitado la vida ni del Norte ni del Sur.

1. El determinismo geográfico.

Corea ha sido víctima de su singular posición estratégica, entre el Archipiélago japonés, Manchuria, Siberia y China. Es el vivo ejemplo de los peligros que amenazan a los pequeños Estados cuando son vecinos de Estados grandes que, tanto en el pasado como en la actualidad, se creen con todos los derechos sobre ellos. Corea es una extensa Península (220.000 kilómetros cuadrados), orientada a grandes rasgos de Norte a Sur, y sólo separada de Manchuria por los estrechos valles del Yalu y del Tumen, que corren paralelamente a las altas Montañas Blancas, barrera que ha protegido a Corea, por no decir que ha hecho posible su independencia. Entre los paralelos 43° y 43°, Corea es un dique de 800 a 900 kilómetros de largo, a primera vista muy parecido a la Península italiana.

Se ha resentido como Italia de ser una ruta natural. China la considera como una de sus puertas; estima que hay que vigilarla al mismo título que al Turkestán o al Vietnam del Norte; el Japón se encuentra perdido en sus mares si no dispone, por las buenas o por las malas, de un acceso a este dique, al que sus islas están geográficamente unidas, aunque, por lo demás, bastante lejanas. Por lo mismo, basta que el Japón se sienta fuerte, o, por el contrario, que se sienta amenazado, o ambas cosas a la vez, para

que Corea se vea afectada de rechazo. Corea ha tenido que soportar repetidos ataques del Japón, desde las expediciones—que resultaron inútiles—que dirigió Hideyoshi, entre 1592 y 1598, para apoderarse de la Península, hasta la incursión victoriosa que permitió la ocupación japonesa de Corea, entre 1910 y 1945.

Para colmo de males, Corea es también «la válvula de escape soviética cuando Vladivostok se encuentra ocupado por los hielos». Ahora bien, el Mar del Japón se hiela hacia el Sur, hasta el paralelo 38°. Ya desde principios de siglo, la Rusia de los Zares aspiraba a controlar esta ruta decisiva. Cuando los japoneses amenazaban al Emperador Rey de Corea, éste se refugiaba en la embajada rusa.

Corea es un país pobre, de clima frío, a pesar de la presencia, hasta más allá de Seúl, de arrozales y de bambúes, cubierto hacia el Norte por extensos bosques de coníferas, y que sólo cuenta con costas animadas y con llanuras extensas por el Oeste y por el Sur. Estas llanuras alimentan mal a una población densa de 31 millones de habitantes (es decir, más de 140 por kilómetro cuadrado). La parte Sur de la Península se adentra profundamente en el mar y se prolonga por una serie de islas; la más célebre, la isla de Tsushima, divide en dos partes al estrecho de Corea: entre la península y el Japón la distancia en línea recta es un poco superior a los 100 kilómetros. Y la distancia que media entre Corea y la desembocadura del Yan-Tse-Kiang es de 500 kilómetros.

Por lo tanto, Corea vive profundamente sumida en el mar; no se trata solamente de un pueblo de agricultores, viviendo de sus cultivos, de sus bosques, de sus minas, sino también de un pueblo de pescadores, de marinos, de comerciantes. Desde muy pronto estableció una red de provechosas relaciones entre la China y el Japón y, concretamente, puso en relación, desde la Edad Media, a la China meridional, afectada por el comercio árabe y persa, con las regiones del Norte. Es un lugar de paso, y, por consiguiente, un país de inmigrantes y de mercaderes.

2. Corea es casi una isla que de buena gana se repliega sobre sí misma, pero que, al mismo tiempo, está abierta, por las buenas o por las malas, al mundo exterior, del que se ha nutrido culturalmente.

Así, por ejemplo, la historia lejana de los Tres Reinos (siglo I a. de C.-VII d. de C.) es la historia de la conquista de la Península por la difusión de la civilización china. Estos tres reinos aparecen, uno tras otro, en menos de cincuenta años: el Reino de Silla, en el 57 a. de C.; el Reino de Kokuryo, en el 37; el frágil Reino de Paekche, apoyado por el Japón, en el 18. A grandes rasgos son, pues, contemporáneos los unos de los otros, pero la civilización china les irá afectando sucesivamente: el budismo se estableció, en primer lugar, en Kokuryo, después en Paekche, en el 384, y, por último, en Silla, en el 527.

El Reino de Silla, el más viejo de los tres, somete a los otros dos y unifica a Corea bajo su autoridad, entre los años 668 y 935. Este Reino agrandado gozará de una gran prosperidad comercial, mientras se mantuvo vigen-

te en China el esplendor del Imperio chino de los T'ang (618-907); vivió sobre todo, gracias al esplendor de los T'ang.

Al dislocarse el gran Reino de Silla, se reconstruye la unidad a beneficio de un nuevo Estado unitario, el Koryo (913-1392), que ha dado su nombre a Corea. La civilización coreana conoce entonces un asombroso auge, mantenido por el desarrollo de la imprenta (inventada en China en el siglo IX, pero fueron los coreanos los que, en 1234, descubrieron los caracteres metálicos). Se verifica la difusión del budismo, tanto entre los letrados como en las masas populares, en la forma simplificada del Segn (en chino *Tch'an*; en japonés *Zen*). Al mismo tiempo, y todavía con más fuerza, se instala y prospera el confucianismo; aparecen las esculturas de fundición de hierro, más tarde las estatuas de laca y una cerámica deslumbrante, «prueba del tradicional gusto coreano del orfebre».

Sin duda, este auge está relacionado con una expansión general de todo el Extremo Oriente. Además, Corea tuvo la suerte de estar protegida contra el torbellino de los bárbaros, que dominan China, y durante mucho tiempo sólo la rozan. Pero, finalmente, la China de los Mongoles, que ha tratado de abrirse todas las puertas del Imperio del Medio, y que ha fracasado frente al Japón, acaba consiguiendo sus objetivos frente a Corea, a la que somete, entre 1259 y 1368, durante más de un siglo.

Al recobrar la independencia, Corea pasa a ser gobernada por su última dinastía, la de los Yi, que durará hasta la ocupación japonesa de 1910. Con la sola excepción de algunos años alborotados, entre 1592 y 1635, en que Corea es presa, tanto de la China de los Mings como del agresivo Japón, la época de los Yi transcurre bajo el doble signo positivo de la paz y de la independencia.

La característica más importante de estos siglos es, indudablemente, el nacimiento de una clase media y, en consecuencia, el auge de una civilización que, en parte, se inspira en la inagotable imaginación popular. El cambio de escritura viene a favorecer a esta especie de incorporación de una «cultura» popular. «Hasta entonces, la escritura china sólo permitía a los letrados el pensar y el escribir la lengua hablada. Las crónicas, hasta entonces redactadas en chino, empezaron a serlo en coreano, y una nueva capa de la sociedad tuvo participación en la cultura. Este enriquecimiento se tradujo en el siglo XVIII en una efervescencia parecida a la de nuestro Siglo Ilustrado» (Vadime Elisseeff).

No obstante, en el nivel más alto de la sociedad coreana, se mantenía una civilización aristocrática. Se caracteriza por el triunfo de un neo-confucianismo, bajo el signo de un racionalismo evidente y de un cierto estoicismo. Es entonces cuando arraigan definitivamente los cultos familiares y la moral que constituyen la base del neo-confucianismo, y de los cuales, todavía en la actualidad, y en medio de sus desgracias, los coreanos continúan siendo, sin duda, «los más fieles representantes».

3. La actualidad.

En lo que respecta al presente, nada razonable puede decirse. De un país que la naturaleza predispone a la unidad y que la historia ha mantenido sólidamente unido en el curso de los siglos, la actualidad ha hecho dos países, dos hermanos enemigos. La antigua capital, Han-Yang, a la que comúnmente se llama Seúl (es decir, la capital), que corresponde a Corea del Sur, no posee ya la libre disposición de la fundamental arteria transversal, Seúl-Gen-san. Imaginemos una Italia cortada en dos, y Roma privada de la carretera que la une con Ancona. El Norte cuenta con la industria, con el acero, con la fundición y con la electricidad; el Sur, con el arroz, con las grandes propiedades y el mar libre.

Se trata de dos marionetas inmóviles, un poco olvidadas por otra parte, puesto que, desde 1953, se ha dejado, si no de sostenerlas, sí de tirar de sus hilos.

INSULINDIA E INDOCHINA DE 1962 A 1965

En el curso de estos últimos años, Insulinda ha estado en el primer plano de la actualidad mundial. Los Países Bajos, presionados por los Estados Unidos, se han visto forzados a ceder, ante las reivindicaciones indonesias, la Nueva Guinea Occidental, el Irian, que, hasta entonces, habían intentado defender por la fuerza de las armas y en el campo del Derecho internacional. En efecto, en 1960, se rompieron las relaciones diplomáticas entre Indonesia y los Países Bajos. Pero tres años más tarde, el 30 de abril de 1963, el territorio en litigio fue cedido a la joven República.

Los Estados Unidos creyeron ganarse así a un país neutralista, al que habían ayudado considerablemente a través de la O. N. U. y de sus propios programas de ayuda. Pero este esfuerzo fracasó como consecuencia de la constitución, bajo la égida británica, del nuevo Estado de Malaysia (Federación del Malasia, del Norte de Borneo, de Sarawak y de Singapur), el 8 de julio de 1963. Los intentos de entendimiento amistoso (Conferencia de Manila, 30 de julio-5 de agosto de 1963) fracasan. Desde el 16 de septiembre del mismo año, con las manifestaciones antibritánicas de Yakarta, comienza la «política de confrontación» con Malaysia, proclamada por el Presidente Sukarno. La visita de Mikoyan (22 de junio-2 de julio de 1964), la participación en el gobierno del partido comunista pro-chino desde el 5 de agosto de 1964, indican grandes cambios en la política de Indonesia. Por último, Indonesia amenaza con abandonar la O. N. U., abandonándola, efectivamente, poco después. Junto con China y con Corea del Norte, amenaza con constituir una «O. N. U. revolucionaria», al mismo tiempo que se transforma a sí misma en «democracia nacional».

Todos estos hechos constituyen acontecimientos de peso en las casillas, tan sensibles en estas regiones, del tablero mundial. De la misma manera.

en Vietnam del Sur y en Laos, los desórdenes y las tensiones interiores, cuyo relato cronológico es difícil de hacer, vienen a integrarse en las que-
rellas latentes y abiertas del mundo; la sucesión ininterrumpida de golpes
de Estado en Vietnam del Sur refleja estas incertidumbres internas cuya
solución es todavía difícil de prever.

CAPITULO XV

EL JAPON

El Japón está en el extremo del país de los hombres. Con la isla de Yeso se hunde en las frías soledades del Norte. Hacia el Este, donde están situados sus mejores puertos, desemboca sobre el fantástico vacío del Pacífico. Hacia el Oeste y hacia el Sur, una serie de mares, sólo a medias acogedores, con frecuencia cubiertos de nieblas, se estrechan, momentáneamente, a la altura de Corea y de la isla meridional de Kiu-Siu.

Al ser el Japón un archipiélago, ha sido comparado, con frecuencia, a las Islas Británicas, pero estas últimas están literalmente soldadas al continente europeo. El Japón, en cambio, está mucho más aislado, encerrado en sí mismo, abandonado a su propia suerte. Para romper este aislamiento ha sido necesario que lo deseara, muchas veces, expresamente. En él, lo interior, lo endémico, tiene por naturaleza la primacía sobre lo exótico. No obstante, un historiador japonés declara: "todo lo que parece fundamentalmente japonés en nuestra civilización, proviene del extranjero."

De hecho, desde muy pronto, a partir del siglo VI, hubo un Japón chino. Desde 1868, existe un Japón occidental que se está afirmando como un éxito muy importante. Pero cada una de estas experiencias fundamentales se ha disuelto en un Japón "japonés", cuya originalidad insular no es discutible. En el país de los jardines en miniatura, de las ceremonias del té, de los cerezos en flor, incluso la misma religión budista, transmitida a través de la escala china, ha sido objeto de una refabricación a la japonesa. Y esta versión nipona del budismo está, indudablemente, mucho más alejada todavía de sus orígenes que la versión china.

El Japón, aparentemente tan maleable, ha fabricado una civilización muy particularizada, con el material representado por los múltiples bienes que ha tomado a préstamo. Es fiel a todas sus tradiciones que coexisten con una occidentalización muy avanzada, admitida, hace ya más de un siglo, sin reticencias, con apresuramiento, como un

instrumento de poder. Esta extraña dualidad explica la siguiente frase de un periodista (1961): "Lo más extraordinario que el Japón tiene para enseñar a los turistas son los propios japoneses."

I. EL JAPON PRIMITIVO ANTERIOR A LA CIVILIZACION CHINA

Desde sus remotos orígenes (a partir del v milenio a. de C.) hasta el siglo vi de nuestra era (cuando llega la primera aportación considerable de la civilización china), el Japón tiene una «cultura» desgastada, pero poderosa, que se elabora lentamente. Se conoce tan mal la historia de este Japón primitivo que los especialistas admiten de buena gana que no hay historia del Japón antes de la llegada del budismo, en el 552 d. de C. De hecho parece que su destino tiene ya un cariz parecido al del futuro: al ser objeto de invasiones y de innovaciones extranjeras, el Japón se ha creado y recreado siempre a imagen y semejanza de los demás.

1. Desde el estilo Yomon a la calle Yayoi y al arroz: Desde el V milenio hasta los principios de la era cristiana sólo existe una región privilegiada, la llanura media, ocupada, hacia el Norte, por la actual ciudad de Kyoto y que los antiguos documentos llaman región de Kinki, o, hacia el Sudeste, el Yamoto.

Esta región está relacionada con las islas meridionales de Shikoku y de Kiu-siu por el corazón de la gran isla de Hondo, no lejos de ese estrecho y maravilloso Mediterráneo japonés que es el Seto no Uchi.

En este escenario privilegiado tienen lugar, sucesivamente, tres grandes cambios:

a) Es prácticamente seguro que los primeros habitantes del Archipiélago han sido los Ainos primitivos, cuyas huellas se pueden rastrear en las islas de Riu-Kiu, y que hoy día están localizados en las islas de Yezo y de Sajalin. Pero la primera cultura que señalan los arqueólogos pone en juego a elementos (concretamente una cerámica primitiva, decorada con dibujos de cuerda, impresos sobre una pasta todavía blanca, de ahí el nombre de cultura *Yomon*, que quiere decir, exactamente, dibujo de cuerda), venidos de Corea, de Manchuria, del lejano lago Baikal, en Siberia. En consecuencia, se puede admitir una llegada muy precoz de hombres del continente, y los comienzos de la lucha que durante tanto tiempo se llevará a cabo en el Japón contra los Ainos.

b) Es evidente que hacia los siglos III y II antes de Cristo, tuvo lugar una nueva invasión desde China (sobre todo la meridional) y desde Indonesia. Surgen entonces una gran cantidad de bienes y de objetos nuevos: el torno del alfarero, el bronce, los espejos de bronce, las campanas, el hierro, las monedas de la China de los Hans, y, por último, el arroz y la casa meridional, abierta y ventilada... Es la civilización, que se conoce con el nombre de civilización de la calle Yayoi, desde que unas excavaciones ar-

se mantiene vigente a lo largo de toda la historia del Japón, haya sido importado, en este momento, por los proto-malayos, venidos del Sur.

c) En los siglos II y III de nuestra era, en la época caracterizada por las tumbas señoriales, conservadas hasta nuestros días, se van perfilando una serie de clanes, con sus jefes caballeros, sus artesanos, sus campesinos, unos y otros semilibres, y una masa, ya importante, de siervos. Los señores se consideran hijos de las divinidades locales. A las comunidades de artesanos, por influencia coreana, se les va a dar el nombre de *be* (grupo, sección), que va precedido del nombre de su ocupación (los escribas son los *fuma-be*; los tejedores son los *ori-be*; los jaeceros, los *kuratsukuri-be*; los narradores, los *katari-be*... Estos últimos transmiten el relato de las leyendas heroicas).

Se asienta un sistema político y religioso, en particular una religión primitiva que deifica a las fuerzas múltiples de la naturaleza, sistema del que el Japón, terriblemente conservador, ya no se separará, y al que se llamará, mucho más tarde, en el siglo XIX, el *Shinto* (la vía de los Dioses). Con frecuencia, en Occidente, hablamos de *Sintoísmo*.

2. Entonces se organiza frente al país de los Ainos y desde la antigua región de Yamoto el primer esbozo del Imperio del Japón.

Este imperio está relacionado con los orígenes legendarios de la dinastía imperial japonesa, nacida de la divinidad solar Amaterasu, siguiendo una tradición religiosa que los templos sintoístas celebraron hasta la derrota de 1945. El actual Emperador del Japón reconoció entonces oficialmente, presionado por el ocupante americano, que no era de origen divino.

El establecimiento de este Imperio será lento. Todavía en el siglo VIII, cuando se redactaron las primeras crónicas japonesas, el Japón no estaba totalmente unificado. En efecto, el proceso que anexiona la dinastía imperial a los clanes (*uji*) vecinos, teniendo cada uno de ellos sus jefes, sus tierras, sus labradores, sus artesanos, como la propia dinastía imperial, es muy lento. Sobre todo porque estos señores son casi siempre de origen extranjero (coreano o chino). Sin embargo, parece que fueron asociados y reducidos al orden, gracias a las necesidades de la lucha común contra los Ainos, los Bárbaros, «de más allá de la frontera del Este».

Esta monarquía, flanqueada de una feudalidad activa, adquiere una fisonomía determinada cuando los coreanos introducen al mismo tiempo, en el siglo VI, los caracteres chinos, el confucianismo y el budismo. La influencia de las ideas confucianistas es evidente en la redacción de las ordenanzas del príncipe Shotokú (604), que proclaman los derechos de una autoridad central sin límites: «el país no tiene dos señores, no tiene dos dueños».

Comienza entonces el Japón histórico, con su jerarquía, sus escribas, sus crónicas, sus embajadas a los Emperadores de China (la primera fue en el 607). Alrededor del Príncipe, distribuidor de tierras, de «beneficios» (*shoen*), que todo el mundo intenta transformar en «feudos», como diríamos en Occidente, se forma una nobleza cortesana.

Pronto se desarrolla el Japón Imperial bajo una nueva luz: la de la influencia progresiva y, más tarde, todopoderosa de la civilización china. Será

China la que conceda su nombre al Archipiélago, al bautizarlo «País del Sol Naciente», que en chino se dice «Je-pen» (de donde viene nuestro término de Japón); en japonés se dice Nipón, siguiendo la pronunciación japonesa de los mismos ideogramas.

II. EL JAPON FORMADO EN LA ESCUELA DE LA CIVILIZACION CHINA

Durante siglos, la civilización china irradia sobre el Archipiélago japonés. En él florecerá de manera imprevista, una veces deformando una determinada aportación hasta convertirla en irreconocible (este es el caso del Budismo, que bajo la forma del *Zen* se convertirá, por una curiosa circunstancia, en la doctrina de los «sangrientos samurais», a partir del siglo XII); otras veces, por el contrario, conservando otra determinada aportación en sus formas arcaicas ya olvidadas en la misma China (así, por ejemplo, una determinada música, desaparecida en China, se conserva en el Japón); pero siempre realizando una transformación de conjunto, bajo la influencia de una humanidad, de una sociedad, de una tradición muy diferentes de las del modelo chino. Tanto más cuanto que éste último se presenta con frecuencia en el Japón en su forma coreana, que no siempre reproduce fielmente al original.

1. La primera civilización nipo-china constituye la edad de oro del Japón antiguo. En el curso de esta larga "aculturación" todo es objeto de transferencia: los clásicos chinos, la caligrafía, la pintura, la arquitectura, las instituciones, el derecho (el de los T'ang).

De esta manera, y siguiendo el ejemplo chino, Japón es dividido en provincias aunque, evidentemente, éstas no tuvieron las amplísimas proporciones de las provincias chinas. Cuando en el año 710 se construye la capital de Nara («la capital», en coreano), se dispondrá, según el modelo chino de la ciudad de Lo Yang, en Corea, en forma de tablero de ajedrez, con el Palacio imperial en el extremo Norte. Al ser trasladada la capital, en 994, a Heiankyo («capital de la paz») o Kyoto (en japonés equivale a la capital), se empleará de nuevo el mismo modelo. Además, a partir de este momento, dejará de trasladarse como ocurría en el pasado cuando cada Emperador construía su propia capital. Desde la época de Nara, la Corte y los órganos de la administración se habían convertido en demasiado aparatosos y complejos como para que fuera posible trasladarlos con tanta frecuencia, a cada reinado. En Kyoto, la capital se inmovilizó durante varios siglos.

Por todas partes es sensible la influencia china y las crónicas de los escribas que relatan esta historia están escritas siguiendo el modelo de los mandarines (y, por otra parte, utilizando ideogramas chinos para transcribir el japonés). En todo caso, no debemos dejarnos engañar por estos innumerables empréstitos. Tan sólo el reducido círculo de la Corte de Kyoto se impregna de cultura china y la transmite, por lo demás bastante mal, a

través del resto del país. Hay un violento foco de luz rodeado todavía de muchas sombras.

En escenario tan reducido, estas elaboraciones culminan en una edad de oro precoz, poco más o menos del final del siglo X al siglo XII. Pero por detrás de este evidente esplendor ¿acaso se ha producido una progresión de la vida material, como parece probable? Parece ser que sí, y el retroceso económico que se produce después explica que esta edad de oro haya sido efímera: sombríos siglos van a sucederla.

La gran época de Kyoto cobra vida en una literatura brillante, poética, preciosista, en los *monogatari*, relatos poéticos, medio cuentos, medio novelas (*el ochikubo monogatari* "el Dicho de la cueva", viene a ser como nuestro cuento de la Cenicienta); todavía más en los *nikki*, diarios poéticos que las damas de la corte escribían en japonés, mientras que los hombres escribían los suyos en chino. Esta literatura femenina, muy expresiva, nos da a conocer las fiestas de la corte—conciertos, bailes, concursos de poesía, excursiones imperiales al campo de los alrededores, "placeres sometidos a una estrictísima disciplina que convertía a la vida en palacio en una perpetua representación, reglamentada como un ballet"; da a conocer asimismo, como es fácilmente imaginable, una serie de intrigas políticas o sentimentales, con "la inevitable promiscuidad que hace estragos en estas residencias de paredes demasiado finas".

Se trata de un mundo frívolo, ocioso, "podrido de literatura". Una dama de la Corte de la que sólo conocemos su seudónimo, Sei Shonagon, y que debió vivir hacia el año 1000, ha dejado unos escritos "a vuela pluma", muchas veces feroces, pero siempre divertidos. Para dar a conocer el tono en que están escritos recogemos estas distinciones de la autora entre cosas agradables y cosas desagradables, siendo, claro está, estas últimas mucho más numerosas que las primeras. Las cosas desagradables son: "un pelo en el escritorio; o también un grano de arena en la plumilla con tinta que raspa cuando se escribe...; un personaje insignificante que habla mucho riéndose muy fuerte... En el mismo momento en que se intenta escuchar algo, el que llora un recién nacido... El perro que al sentir al hombre que viene a veros por la noche en secreto se pone a ladrar... El hombre al que, mal que bien, habéis podido esconder y que empieza a roncar. O también aquel que viene a veros a escondidas, que se ha puesto un sombrero alto muy visible y que en el momento de marcharse se cuida mucho de no ser visto pero tropieza con algún objeto, que se derrumba estrepitosamente..." (según R. Sieffert).

Mientras se divierten y viven de esta suerte los privilegiados, el budismo va conquistando lentamente al Japón, al mismo tiempo que se acaba de democratizar. Un clero con una nueva inspiración entra en contacto con las «clases medias», los artesanos y los pequeños propietarios. La devoción, muy simplificada, se mueve únicamente en torno al Buda salvador, al Buda Amida que garantiza al creyente el acceso al Cielo del Oeste. Siguiendo una evolución semejante a la de China, sólo un número muy reducido de teólogos y de hombres de la «élite» consigue el privilegio de un conocimiento exacto de las ideas y de las creencias del verdadero budismo, mientras que el budismo popular lo va asimilando todo, incluidas las antiguas creencias del Shinto, hasta el punto de formar una verdadera religión común. Es el *Shingon*, para el cual los dioses locales se convierten en las manifestaciones particulares y temporales de las divinidades budistas.

Esta nueva secta, llamada *Sintoísmo dualista*, pasa entonces a controlar los santuarios sintoístas. Con la aparición de Amida, se desarrolla una nueva iconografía budista. En los magníficos «rollos» de esta época aparecen

igualmente el paisaje japonés, las imágenes y los gestos de las diferentes clases sociales, en escenas con frecuencia llenas de humor.

Otra difusión es la de la escritura, que se va a extender ampliamente bajo la forma de un alfabeto simplificado (solamente de 47 sílabas).

2. Desde el siglo XII naufraga el orden imperial, que desde hacía tiempo presentaba síntomas de debilidad. Aunque ha copiado las instituciones de la China brillante de los T'ang, no ha sabido o no ha podido crear una clase de letrados al servicio del Estado que le hubiera asegurado el triunfo sobre las fuerzas y las ambiciones de la vieja aristocracia. Cede el sitio al régimen de Shogunato, a lo largo de una interminable Edad Media (1191-1868).

Desde el final del siglo VIII y hasta 1186, durante más de cuatro siglos, los clanes feudales limitan el poder imperial. Los emperadores reinan pero no gobiernan. Son prisioneros y juguetes del todopoderoso clan de los Fujiwara. Estos, desde los puestos de mando, procuran mujeres y concubinas al emperador, escogidas únicamente dentro de su gran familia; deponen a los soberanos y escogen a sus sucesores. Un historiador occidental ha dicho con razón: «El poder del Mikado es una caja vacía cuya llave guardan celosamente los Fujiwara.»

Al finalizar este largo reino de los Fujiwara, se abre el interminable período que se conoce con el nombre de período del Shogunato. Esta experiencia inesperada oficializa, en cierta manera, en la persona del Shogún, la sumisión del emperador a esos clanes señoriales, a las grandes familias, con frecuencia nacidas de los numerosos hijos del emperador, que constituyen una clase con patrimonio. El Shogunato es su reino permanente, a lo largo del cual los diferentes clanes se hostigan y se reemplazan los unos a los otros, pero, en general, se entienden. Por lo menos, en lo que respecta al aplastamiento del resto de la población dividida en castas: los señores, los campesinos, los artesanos y los mercaderes. Sólo los primeros viven con desahogo. En lo más bajo de la escala social, están los más miserables, en particular los curtidores, a los que se llama intocables, pero cuyo número es mucho más reducido que en la India.

a) *Un régimen militar.*

Al producirse una regresión de la vida económica, el Shogunato aparece, en sus orígenes, como una reacción feudal y militar, condicionada por un retroceso material general. Condicionada también por una aristocracia belicosa que, lejos de la Corte, se ha adjudicado dominios muy extensos en los países nuevos y «coloniales», de precaria pacificación, desde el Norte al Este de Hondo, «más allá de la barrera», practicando a gran escala la cría caballar. Frente a Kyoto (se dice más bien Heian), frente a sus cortesanos afeminados, que siempre están zascandileando y que son objeto del aborrecimiento general, el nuevo régimen pretende ser un gobierno igualitario de soldados, (el *bakofu*: el gobierno de la tienda de campaña). A su cabeza está un jefe militar, el Shogún. Se le ha comparado al mayordomo de pala-

cio de la decadencia merovingia, con la única diferencia de que en el Japón nunca se suprimirá a los reyes holgazanes. El Mikado sigue reinando aunque no gobierna, al lado del Shogún, al que inviste, en virtud de su carácter divino, lo mismo que el Papa a los emperadores.

Los primeros Shogunes se instalaron en la extremidad de Tokaido (el camino que va de Kyoto a Yedo), en Kamakura. Esta será la capital efectiva hasta 1332 y después se trasladará de nuevo a un barrio de Kyoto, en Muromachi, desde 1393 a 1576, para terminar localizándose en Yedo, que hasta entonces era un simple puerto de pesca (1958), y permaneciendo allí hasta 1868. Con frecuencia, los historiadores se refieren a las épocas de Kamakura, de Muromachi, de Yedo: puestas una detrás de otra llenan, poco más o menos, toda la inmensa duración del Shogunato (1192-1868).

Sea cual sea la época considerada, el primer plano lo ocupan siempre los guerreros, los caballeros, los *bushi*. Al ser la casta predominante, no encuentran dificultad en imponer sus puntos de vista, sus gustos, su brutalidad, y también es sensible, por lo menos en un principio, que imponen una cierta simplicidad en el gobierno, en la indumentaria y en la disposición de las casas. Los trajes aparatosos, como el *noshi* o el *sokutai*, exigidos por la vieja etiqueta, son reemplazados por otros más simples, como el *suikan* y el *hitatara*. De la misma manera, la caza, los torneos, las carreras de caballo, sustituyen a las afectadas diversiones de antaño.

Estas costumbres generalmente violentas sólo se calmarán, y aun así, con motivo de la larga estancia de los shogunes en Kyoto (1393-1575), recobrando entonces la vieja ciudad sus derechos y su función, lo que hizo posible que la edad de oro clásica no se perdiera totalmente en el siglo de los soldados y de los caballeros.

b) *El clan de los Tokugawa y la gran fractura de 1639.*

Los últimos años del siglo XVI y los primeros del siglo XVII dividen violentamente en dos el largo período del Shogunato. La revolución de los Tokugawa, en efecto, aisló al Japón durante más de dos siglos del resto del mundo e intensificó las instituciones y costumbres feudales.

Después de la dictadura de hecho de un hijo de labradores, Hideyoshi, que a pesar de que no tenía el título de Shogún consiguió restablecer el orden en el archipiélago y emprendió contra Corea una larga guerra, por otra parte poco razonable (1592-1598), sólo interrumpida por su muerte, un clan, el de los Tokugawa, se había hecho con el poder gracias al genial y paciente Hideyori. Hideyori fue nombrado Shogún por el emperador y decidió establecerse en Yedo, pensando, no sin razón, que el Japón podía y tenía que ser gobernado desde aquellas tierras turbulentas, y no desde Kyoto. Al abdicar en su hijo, Hideyori logró convertir al Shogunato en hereditario a favor de su familia, que «reinó» de esta manera hasta 1868.

La gran decisión de este gobierno de Yedo (la actual Tokio) fue, en 1639, la de cerrar el Japón a los extranjeros. A partir de entonces no penetraron más que los barcos que previamente hubieran sido autorizados, de China y de Holanda, y estos últimos no tenían derecho a importar más que municiones, armas, lentes y tabaco. El resto, el Japón tenía que obtenerlo y de hecho lo obtuvo de sus propios recursos. La prohibición afectaba a los

barcos japoneses tanto como a los extranjeros. Incluso se empezó por ellos (1633). ¿Qué explicación tiene esta decisión rica en consecuencias?

Parece que los amos del Japón habían tomado miedo a los occidentales. Los portugueses habían sido los primeros en llegar al Japón, a Kiu-Siu, en 1543. Los cañones, los arcabuces, las enormes embarcaciones asustaron a los insulares, y más aún el gran número de conversiones al cristianismo, obtenidas casi inmediatamente por los recién llegados, favorecería esta nueva religión las sublevaciones de los grandes señores y de los campesinos, como puede decirse que ocurrió en 1638.

Por otra parte, es exacto que a mediados del siglo XVII se produce una regresión económica de una extraordinaria amplitud, un poco por todas partes, tanto en China, donde era claramente advertible, como en la India (menos sensible en ésta por estar más alejada, pero no menos real). Puede que el Japón estuviera comprendido en este retroceso general, y por lo tanto se viera obligado a protegerse y a poner coto sobre todo a la salida de metales preciosos. Desde los tiempos heroicos de Hideyoshi, la agresividad contra Corea, contra China, las innumerables piraterías marítimas contra esta última, indican un repliegue del Japón sobre sí mismo (hasta el punto de que el esplendor de la China de los Ming no alcanza al archipiélago). Por último, es evidente que se quería inmovilizar a una sociedad dispuesta a entrar en movimiento, a unos campesinos ansiosos de libertad y casi siempre reducidos a la desesperación. Y, en efecto, con este cierre a la influencia exterior se consiguió lo que se quería, es decir, «petrificar» las instituciones, que permanecerán inamovibles hasta la llegada, en 1853, de los «barcos negros» del almirante Perry.

Hasta entonces, el Japón va a vivir encerrado en sí mismo, va a salvaguardar sus clanes, su nobleza arcaica y a subordinarlo todo a esta clase fundamental, como prueba, a su manera, el prolongado éxito del *dhyana*, del *zen*, que es una curiosa versión del budismo.

A pesar de todo, el Japón, cerrado sobre sí mismo con triple vuelta de llave, ha sido quizá menos desgraciado y estuvo menos desprovisto de lo que puede pensarse a primera vista. Se ha visto condenado a explotar sus riquezas, tanto las materiales como las demás. No cabe duda que la aparición, desde el siglo XVI, de una literatura en lengua vulgar, y más tarde su afirmación en el llamado «siglo de Osaka», 1650-1750, constituye una riqueza evidente, un síntoma de salud. Esta larga Edad Media creó, al lado del teatro tradicional de los No, un teatro vivo, medio cantado y medio bailado, los *kabuki*. No todo fue negativo en la época del Shogunato.

c) *Disciplina feudal y policía de Estado.*

Los grandes señores, los jefes de los clanes y de los distritos, los *daimyos* (todavía son unos 270), tienen una gran cantidad de «fieles», los *samurais*, que les sirven a cambio de dinero o de prestaciones en especie, pero nunca, como en Occidente, a cambio de tierras concedidas a perpetuidad que les hubieran asegurado una cierta independencia. El *ronin*, es decir, el samurai que ha perdido o abandonado, en el caso de que esto sea posible, a su señor, se ve condenado a morir de hambre o a dedicarse al pillaje.

Todo coincide en decir, en repetir y en proclamar que el samurai se entrega en cuerpo y alma, como lo exige su religión de honor, el código oral del *Bushido*. Es famosa la historia de los 47 «ronin», cuyo dueño se suicidó haciendo *harakiri*, y que después de vengar su muerte se suicidaron a su vez sobre la tumba de su amo, en el curso del invierno de 1703. Este brutal código del honor ha sido elaborado en la despiadada escuela de las guerras civiles en cadena.

Y es que, en efecto, los japoneses luchan sobre todo entre ellos y contra ellos mismos. Ya no se habla de los Ainos. En cuanto a China, sus amos, los mongoles, han intentado por dos veces, en 1274 y en 1281, lanzar una armada contra el Japón, pero en ambos casos «el viento divino» (Kamize), ha desencadenado una tempestad y destruido al invasor. Contra Corea, la guerra japonesa, como ya hemos dicho, no duró más que seis años. Por lo tanto, los japoneses se ven reducidos a utilizar el sable o la lanza contra ellos mismos. Esta situación de guerra permanente les ha formado, les ha imbuido el respeto por una jerarquía determinada de una vez para siempre. Hasta tal punto que en la lengua japonesa, y todavía en 1868, las palabras y los verbos «concretan la posición del sujeto y del objeto». Por ejemplo, el empleo del auxiliar *ageru* indica «que la acción expresada por el verbo principal está realizada por un inferior a beneficio de un superior».

Como resultado se obtiene un Japón extremadamente disciplinado, dividido en castas, sujeto con mano rígida, al mismo tiempo fastuoso y miserable. Esta doble realidad, esplendor de los unos y miseria absoluta de los demás, está extraordinariamente expresada en el libro que relata el viaje de un médico de Westfalia, Kämpfer, al servicio de la Compañía holandesa de las Indias, libro que es un maravilloso ejemplo de espíritu de observación (1690). No es posible borrar de la mente, cuando se ha leído este libro, las descripciones de los viajes llenos de dificultades, de los ríos que sólo es posible atravesar cuando se va protegido del agua, a lo largo del vado profundo, por las filas de hombres que, dándose la mano, rompen el curso de la corriente y facilitan la peligrosa travesía; y también la descripción de los pueblos de casas miserables; de los campesinos que se arrodillan en las tierras de labor, en los caminos cuando pasan los cortejos fastuosos de los grandes señores. Los caminos que van a Kyoto a Yedo, en donde reside el Shogún, cobran vida con las comitivas de los *daimyos*, que tienen la obligación de visitar con regularidad al Shogún. Sus séquito constituyen verdaderos ejércitos de alabarderos, arcabuceros y criados que acompañan a su señor en su viaje hacia la capital.

Estos ricos señores feudales tienen que residir por espacio de seis meses en sus palacio de Yedo. Y las casas principescas, con riquísimos escudos en sus fachadas, que ya admiraba Rodrigo Vivero en 1609, forman un grupo aparte en torno al palacio del príncipe. Después de todo, y por muy bonitas que sean, no son más que cárceles. En efecto, los grandes señores son sometidos a una estrecha vigilancia, y cada vez que se marchan tienen que dejar a sus familias como rehenes. No están libres, porque nadie lo está, de la multitud de jueces, observadores y fiscalizadores, que se encuentran a lo largo de los caminos, en las hospederías, en las ciudades. En estas últimas, cada calle constituye, como en China, una unidad, en cuyas extremidades hay dos puertas que se cierran en el mismo momento en que se produce un incidente, ya sea robo, hurto o crimen. La justicia se apodera inmediatamente del culpable o del presunto culpable y el castigo no se hace esperar, siendo, por lo general, la pena de muerte.

Esta misma fiscalización, severa y minuciosa, se ejerce sobre los escasos tráfico admitidos con limitaciones después de 1639: el de los chinos, el de los holandeses (que colaboraron sin escrúpulos con sus barcos y con

sus cañones en el aplastamiento de los levantamientos de los japoneses cristianos en 1638). Todas las veces que llegan los barcos de la Compañía holandesa de las Indias se pone en cuarentena a la isla de Deshima, en el interior mismo del puerto de Nagasaki: las mercancías, los marinos, los comerciantes, los agentes, todas las cosas y todos los empleados de la Compañía son sometidos a un estrecho control. Los testimonios con que contamos dan la sensación de un régimen receloso, al acecho, de un país erizado de fortificaciones, sobrecargado de soldados. Más que en Occidente, donde, sin embargo, la justicia es rigidísima, el viajero se tropieza continuamente en el Japón con el espectáculo de los patíbulos, de los cuerpos martirizados. Cerca de Kyoto hay una colina que se conoce con el nombre de monte «de las orejas cortadas».

d) *El Zen y el Japón feudal.*

En el Japón, como en Corea o en China, el budismo ha tenido diferentes versiones (así, por ejemplo, la versión fanática del Loto de la Buena Fe, que aseguraba que el Japón era el único país del verdadero Buda, o la versión del Zen). El éxito del Zen, que también proviene de China, se debe, a partir del siglo XII, a los samurais. Mientras que el neo-confucianismo racionalista se presenta como la doctrina utilitaria y cómoda del Shogunato, el budismo, en esta forma particular, se convierte en una religión de soldados muy desviada, por lo tanto, de su primitivo sentido de religión, de amor y de no violencia. Pero esta transformación es reveladora de una época y de una sociedad determinadas.

Los consejos que da el Zen se expresan en relatos muy cortos, los *koans*, de inesperadas moralejas, voluntariamente absurdas. Esta enseñanza quiere liberar a toda costa al ser inconsciente, instintivo, por lo general medio adormecido. "No escuches a tu inteligencia y conviértete en una pelota en un torrente de montaña." ¡El liberar a los propios instintos, el despertarlos, para confiarse entonces a su impulso es, sin duda, un chocante esfuerzo sobre uno mismo! Estos consejos recuerdan retrospectivamente a los de un verdadero tratamiento psicoanalítico. Parece que lo que se propone es un "¡Fuera los 'complejos'!". "Cuando andas, anda sin vacilación, pero cuando estés sentado, estate sentado. Sobre todo, no dudes." El consejo más repetido es éste, el de no vacilar ante nada pase lo que pase, consejo que, evidentemente, es adecuado para un soldado: "Quita todos los obstáculos de tu camino. Si, en tu camino, te encuentras al Buda, mata al Buda. Si te encuentras a tu antepasado, mata a tu antepasado. Si te encuentras a tu padre y a tu madre, mata a tu padre y a tu madre. Si te encuentras a un pariente, mata a tu pariente. Sólo así te verás libre de cadenas."

Claro está que sólo es una manera de hablar y que no se debe tomar al pie de la letra. El Buda, el antepasado, los padres no son más que el símbolo de todas las sujeciones impuestas por una sociedad de obsesionante etiqueta en la que desde la más tierna infancia se pone a todas las niñas y niños la camisa de fuerza de una educación sin concesiones. Se les doma, en el sentido literal de la palabra, para observar un código que reglamenta su manera de comer, de hablar y de sentarse, e incluso su manera de dormir, manteniéndose inmóviles con la cabeza apoyada sobre una pequeña tabla de madera. Se trata de «no perder jamás el control del propio espíritu y del propio cuerpo, gracias a un condicionamiento que intenta vencer los re-

flejos más naturales, como el jardín en miniatura condiciona el crecimiento natural de las plantas y los árboles. Parece como que toda la enseñanza del Zen, reservada a los soldados, esté dirigida contra estas inhibiciones y contra las sujeciones impuestas por lo que se conoce como «código de buena educación» japonés. Como ocurre en todas las sociedades, la vida ablanda y atenúa las contradicciones. El Japón es al mismo tiempo rigor y «elasticidad». El Zen se presenta como una revancha necesaria y vital.

III. EL JAPON MODERNO

La ruptura del Japón con el mundo exterior ha durado más de dos siglos, hasta la revolución con la que se inicia la era Meiji (1868), tras la cual se realiza una industrialización intensa del país. Esta industrialización se presenta como un fenómeno aparte, como un milagro; ilumina vivamente a la civilización japonesa. Ya que su brusquedad y, sobre todo, su extraordinario éxito no pueden explicarse tan solo por las acostumbradas consideraciones de los economistas, que aunque no son ni mucho menos inútiles, sí que son insuficientes.

1. Lo que se debe a los siglos de reclusión: Desde 1639 hasta 1868 el Japón, a pesar de estar casi totalmente cerrado al mundo exterior, hizo considerables progresos.

Progresos que son sensibles desde el siglo XVIII. Tiene lugar entonces un aumento de la población, así como un crecimiento en la producción de arroz y una adaptación de nuevos cultivos... Las ciudades crecen. En el siglo XVIII, Yedo tiene, por lo menos, un millón de habitantes. Esta aceleración general de la economía hubiera sido imposible sin un excedente en la producción agrícola, concretamente en la del arroz, que se lanza al mercado de las ciudades, sin la facilidad con la que se conserva y se transporta el grano, sin la posibilidad de poner a disposición de las ciudades un combustible, el carbón vegetal, en cantidades suficientes.

La misma sociedad favorece la evolución. Los daimyos que el gobierno receloso desarraiga y obliga a vivir en Yedo se arruinan sistemáticamente a causa de unos desplazamientos continuos y muy onerosos. Al instalarse definitivamente una economía monetaria en el siglo XVII, con una circulación más intensa que en la enorme China, el lujo urbano exige e implica gastos en dinero; obliga a los grandes señores a comercializar una parte de sus inmensas cosechas de arroz, a pedir préstamos, con tanta más facilidad cuanto que los instrumentos de crédito, ya conocidos desde hacía mucho, se generalizan (billetes de diferentes tipos, letras de cambio). Los grandes señores, lo mismo que los samurais, no pueden comerciar. Necesitan, pues, hombres de paja. Entonces se instala y prospera una clase de comerciantes que presta dinero a los daimyos, que se introduce entre las personas que les rodean y que en un país, en donde todavía más que en otras partes el traje hace al monje, se viste siguiendo la moda de los daimyos, coloca a sus

hijos e hijas en las grandes familias, se infiltra en ellas gracias a matrimonios y adopciones. Sin embargo, habiendo aprendido la lección de algunas ejecuciones espectaculares que sirvieron de pretexto al gobierno para llevar a cabo confiscaciones de bienes valiosos, estos comerciantes llevan, por lo general, una vida oscura.

Su importancia es particularmente considerable en Osaka, centro económico del Japón de entonces, ciudad en la que se dan cita todos los acomodados, señores y negociantes, en el «Barrio de las Flores», lugar de placer en el interior mismo de la ciudad, donde las cortesanas, «educadas sin reparar en gastos», las *geishas*, «desempeñan el papel que había sido el de las damas de la nobleza en la Corte de Eian (Kyoto)». La crónica del Barrio de las Flores, sus escándalos, suicidios y asesinatos dan origen a una literatura cáustica, para mayor placer del público poco culto, ya que los verdaderos letrados prefieren «las delicias de la escolástica confucianista» a estos juegos literarios vulgares.

Todo ello es síntoma, antes de 1868, de un dinamismo real de la vida japonesa, de un resurgir económico que ha engendrado, desde el siglo XVIII, un precapitalismo activo, dispuesto a florecer. Con el siglo XIX, el movimiento se precipita todavía más: la era de Meiji sería incomprensible sin estas transferencias y estos cimientos instalados tiempo atrás, sin esta acumulación previa de medios económicos y de capitales, sin las mil tensiones sociales que motivaron.

Se arruinaron demasiados daimyos por culpa de la política o del lujo. El Japón se va llenando poco a poco de samurais sin dueños, de *ronin*, de caballeros sin bienes: es un poco la Alemania del siglo XV y el «derecho de los puños». En todo caso, fueron los desclasados los artífices del éxito inmediato de la revolución. La llegada de la flota americana en 1853 fue la chispa que encendió la mecha. Y cuando el emperador Mutsu Hito se apodera del gobierno, en 1868, no encuentra dificultades para terminar con el antiguo régimen feudal y sus castas tradicionales. De hecho, no termina más que con un decorado.

2. Una industrialización nunca se limita a un fenómeno económico, sino que siempre supone una transformación social cuyo proceso frena o favorece al proceso económico. En el caso concreto del Japón el proceso no ha sido frenado por la sociedad.

Este hecho es más digno de consideración si se tiene en cuenta que, por lo general, el proceso de industrialización conmueve las estructuras sociales vigentes. En Occidente, según el proceso estudiado por Marx, la proletarianización de las masas ha supuesto la aparición de la lucha de clases y de la revolución obrera socialista.

El Japón es un caso particular. De manera incomprensible, en una primera aproximación, ha realizado su revolución industrial y la transformación que ésta implica de las actividades económicas sin que las estructuras sociales fueran objeto al mismo tiempo de cambios revolucionarios. «Esta inmensa transformación... se ha incorporado a una cultura en marcha y ha

seguido un camino que, si se profundiza en el análisis, podría ser considerado como enteramente nuevo.»

Este hecho puede obedecer a las siguientes razones: se trataba de una sociedad disciplinada y que, en la experiencia nueva que le fue impuesta después de 1868, conservó su tradicional disciplina. Esta sociedad obediente, respetuosa de la jerarquía, había aceptado desde siempre, sin protestar, como cosa establecida, que el lujo estuviera reservado a una minoría; de la misma manera, aceptó, sin ser siempre consciente de ello, que el capitalismo moderno se edificase en medio de relaciones todavía feudales. Pensemos en aquellos industriales rusos del siglo XVIII, instalados en el Ural, en medio de sus siervos... *Mutatis mutandis*, se puede comparar a la imagen que ofrecen las grandes organizaciones industriales japonesas que, en el siglo XIX, aseguraron el éxito de la operación y lograron beneficios, sin provocar, por ello, una reacción de las masas obreras.

Tan sólo quince familias representan, antes de la guerra de 1942, el 80 por 100 de los capitales del Japón. En «argot», se les designa en la actualidad con el término convertido en clásico de *Zaibatsu*: se trata de las famosas casas de los Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo, Yasuda, siendo la casa imperial, según los expertos, la más rica, con mucho, de estas riquísimas familias. En el terreno de la jerarquía social, los negociantes dedicados a esta *big business* son el equivalente de los daimyos de antaño y de sus clanes. Los obreros son equiparables a los siervos y los contra maestres y los ingenieros a los samurais. Las empresas continúan siendo familiares, mezclando paternalismo y feudalismo, en este medio en donde «tanto la libre empresa como el comunismo son considerados como unas ideas extrañas y extranjeras, capaces de destruir el *Kodo*, es decir, la vía imperial del Japón». Este pueblo dócil, habilidoso, de una sufrida frugalidad, que acepta cobrar salarios muy bajos, es una presa fácil para sus dirigentes, que han hecho con él, tanto en el pasado como en la actualidad, lo que han querido.

Así puede explicarse el milagro, el viraje de 1868. Entonces el Shogún cede el sitio al emperador, en principio a la fuerza más tradicional del país (es como si, a escala occidental, el Soberano Pontífice tomara las riendas del gobierno laico de los hombres y de los bienes de Occidente). Ahora bien, esta fuerza tradicional decide lanzarse por el camino de la revolución, abolir los cuadros feudales, decretar la implantación de la industria, obtener las inversiones necesarias y fundar, por sí misma, las fábricas. Después de lo cual, concede con frecuencia a las personas privadas que escoge según su voluntad, las empresas así creadas, un poco como si lo que concediera fueran amplios feudos de un tipo inédito. Al mismo tiempo, impone al nacionalismo japonés un inmenso programa de trabajo. Programa que será ejecutado. El hijo del Sol, venerado en los templos por su origen divino, ha dado la orden de que se industrialice el país. Para lograrlo, el Japón no tuvo necesidad ni de una ideología ni de una mística determinadas, puesto que esta última ya existía. A causa de ella, se pudo maniobrar al Japón como si se tratara de un solo hombre.

No debe, pues, extrañarnos, en estas condiciones, la dualidad de un Japón que es, al mismo tiempo, muy moderno y muy tradicional. «El carác-

ter místico de la autoridad del emperador ha servido tanto para mantener el *statu quo* como para realizar la revolución industrial», es decir, mantener la inmovilidad social y hacer la revolución económica.

No debe verse en todo ello una explicación abusiva, como lo prueba el que, en el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, se volviera *conscientemente* a las antiguas creencias nacionales que se organizan como sistema con el nombre de *Shinto*. El *Shinto* es la vía de Dios (*kami*), pero el sentido de *kami* equivaldría más bien al de *mana*, que en el lejano Mar del Sur designa a ese poder sobrenatural e impersonal que se incorpora a las cosas y a los seres. El *kami* supremo pertenece a Ameratsu, la diosa del Sol, y después de ella se ha transmitido a toda la descendencia de sus hijos.

3. El Japón después del desastre de 1945: la rendición del Japón después de las bombas de Hiroshima (5 de agosto de 1945) y de Nagasaki (8 de agosto) tuvo como consecuencia un derrumbamiento sin precedentes. El Sudeste asiático, recién conquistado, se le escapaba. Peor aún, se derrumbaba toda la obra de construcción emprendida desde el principio de la era de Meiji (1868) y que había convertido al Japón en esta extraordinaria anomalía en el Extremo Oriente del principio del siglo XX.

Desde 1945, el milagro japonés (el segundo milagro) es, al igual que Alemania, Italia y Francia, el haber reconstruido las bases de su prosperidad y alcanzado en su impulso un nivel de desarrollo hasta entonces no igualado. Se trata de un éxito vertiginoso. El Japón ya no es la potencia militar de antes de 1942. Pero es una gran potencia económica.

a) Expresión del milagro en las cifras de producción.

El plan perspectivo de 1961-1970 prevé para el último año una duplicación de la renta nacional con crecimientos espectaculares. Si se toma como índice de 1955, 100, la producción industrial y minera para el «año que marca el objetivo» será de 648; en esta misma escala, la industria siderúrgica alcanzará 296; la industria de maquinaria 448, las industrias químicas 344... Claro está, que estas previsiones no están aseguradas, pero no son excesivas: el pasado reciente ha suministrado motivos suficientes como para que se pueda creer en ellas.

Desde el final del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, el Japón había tenido un porcentaje de crecimiento medio de un 4 por 100 anual; desde 1946 a 1956 este porcentaje se ha elevado a 10,6 por 100 (en Francia es de 4,3 por 100); de 1957 a 1959 ha sido de 9,2 por 100; de 1959 a 1962 el porcentaje, aunque todavía no ha sido calculado, es seguro que continúa siendo muy elevado. Son cifras récord que sólo pueden compararse, y quizá sea mucho decir, a las de Alemania del Oeste y la U. R. S. S. El plan para 1961-1970 calcula una progresión media del 8,3 por 100.

Las razones de esta progresión no son misteriosas. La más eficaz es, probablemente, la autorización dada por las autoridades americanas de ocupación para que se reconstruyan los trusts que en un principio parecían con-

denados. No han reaparecido todos los antiguos *Zaibatsu* patriarcales, disueltos a raíz de la ocupación americana, a pesar de algunas resurrecciones notables, pero se han constituido grandes empresas que figuran entre las más importantes del mundo. El capitalismo japonés que triunfa y determina esta progresión nunca vista hasta ahora es, como en Estados Unidos, un capitalismo de enormes «unidades», ya que éstas consiguen utilizar mejor la mano de obra y los capitales que las pequeñas empresas artesanales, todavía vigentes, y que se mantienen a duras penas gracias al trabajo familiar o a una mano de obra muy barata.

Por otra parte, al no autofinanciarse las empresas, como ocurría antes de 1941, el éxito industrial implica la puesta en práctica, con la protección del Banco del Japón, de todo un sistema de grandes empresas bancarias y de sociedades de inversiones, con mucha mayor libertad de movimiento que en Francia. Estas, en efecto, consiguen el dinero del pequeño ahorro por todos los medios de una publicidad y de una propaganda a la americana. Por otra parte, se ha producido en consecuencia un verdadero frenesí de compras de acciones, incluso en los medios campesinos, prudentes por naturaleza, todo ello facilitado por los beneficios fabulosos de la Bolsa de Tokio, en diferentes *booms* (ha realizado 400 veces más negocios que antes de la guerra). Sin embargo, a partir de junio de 1961 una caída en la Bolsa ha atemperado este desencadenamiento de compra de acciones y ha devuelto el dinero ahorrado a los depósitos bancarios y a las Cajas de Ahorro.

Semejante sistema explica la enorme cantidad de inversiones (más del 20 por 100 del gasto nacional en 1962) y el interés con que mira a las empresas japonesas el capitalismo extranjero, capitaneado por el americano, interés, por lo demás, bastante platónico hasta ahora, ya que el Japón todavía no ha «liberalizado» enteramente sus intercambios, de manera que los beneficios de los capitales invertidos no se repatrian fácilmente. No obstante, un periódico suizo, considerando la eventualidad de una liberalización completa, escribía (12 de junio de 1961): «Pensándolo bien, preferimos el Japón a África del Sur, en donde vegetan todavía numerosos capitales europeos. No cabe ninguna duda de que este país... se encuentra en una fase de expansión, que su abundante mano de obra es de una habilidad que está muy por encima del término medio y que sus dirigentes tienen no solamente una fe inquebrantable en el éxito, sino también, y sobre todo, una capacidad asombrosa.» Si el capitalismo extranjero interviene seriamente, se anuncian días felices para el ritmo de crecimiento japonés.

b) Elementos motores.

El balance de una economía en movimiento siempre es difícil de hacer. Las cifras envejecen en seguida y engañan al observador. Es cierto, sin embargo, que la mano de obra superabundante (hasta estos últimos meses) resulta una ayuda poderosa. El plan estima en 94 millones la población del archipiélago en 1961; en 104 la población de dentro de diez años, de 1970, es decir, con un aumento anual medio de un millón.

El aumento de la población no frena el crecimiento económico, puesto que, como hemos dicho, se prevé una duplicación de la renta nacional en

1970 y, por otra parte, el *birth control* limita la progresión exagerada de la población. Además, en 1962, con la llegada al mercado del trabajo de las clases arruinadas de la última guerra, hay más oferta de empleo (sobre todo para la mano de obra especializada) que demandas, lo que ha provocado la reciente subida de salarios de los ingenieros y de los profesores.

Sin duda, los salarios y el nivel de vida continúan siendo muy inferiores a los de Occidente y de los Estados Unidos. En todo caso, y teniendo en cuenta las diferencias de costumbres y de necesidades, la situación está lejos de ser catastrófica. Siguen existiendo suburbios miserables alrededor de Osaka y Tokio (en esta última ciudad la población aumenta en 400.000 unidades por año, de las cuales 300.000 son inmigrantes). Pero la ración media por habitantes es de 2.100 calorías, la renta en dólares de 200 a 300, es decir, cuatro veces la de la India. El enorme desarrollo de la pesca, que coloca al Japón a la cabeza de todos los demás pases (6 millones de toneladas de pescado por año, desde el Atlántico al Caribe), las mejoras introducidas en el rendimiento de la agricultura, en la que, por decisión americana, ha sido suprimida y vendida toda propiedad que pasara de 2,5 ha. (mientras que el cultivo en invernadero permite una cosecha suplementaria y un adelanto en el crecimiento del arroz cuando amenazan los tifones de verano), los comienzos, bien es verdad que lentos, de la puesta en explotación de la gran isla de clima frío, Yesso; todo contribuye hoy a asegurar prácticamente el equilibrio económico.

Por lo mismo, es el mercado interior el que sostiene al empuje industrial. El aumento de nivel de vida se manifiesta en una serie de adquisiciones nuevas: máquinas de lavar, transistores, aparatos de televisión, máquinas fotográficas (las gigantescas fábricas japonesas inundan en primer lugar el mercado interior). Van formándose nuevos gustos, que aparecen claramente en las estadísticas de consumo, para la carne, para el pescado, para la pastelería de tipo occidental; los productos alimenticios de conservas, los remedios farmacéuticos (sobre todo los tranquilizantes); el alcohol obtenido del arroz es reemplazado poco a poco por la cerveza y el té verde (77.000 toneladas de producción anual), por el té del tipo de Ceilán. Los trajes, los interiores de las casas se inspiran cada vez más en el estilo europeo. Pero como dice un periodista, Robert Guillain, el japonés es un «bi-civilizado», capaz de vestirse a la occidental en la calle y, al volver a su casa, de recobrar las costumbres y los trajes japoneses. Sin embargo, es evidente que cada vez se ve más afectado y atraído por las modas occidentales, a las que va cediendo progresivamente.

c) *Los obstáculos.*

Claro está que no todo es idóneo en la economía japonesa; esta economía es el milagro debido al esfuerzo, al trabajo paciente e inteligente. Tiene sus límites, sus puntos débiles y sus peligros. No hay que olvidar tampoco que la reforma agraria ha creado una multitud de micro-propietarios sometidos los más pobres a los menos desfavorecidos, y todos ellos incapaces de aunar sus esfuerzos y de crear una agricultura verdaderamente moderna y científica. «Sólo un sistema socialista lo conseguiría, ha dicho un periodista.»

Y aun así, puesto que las experiencias socialistas encuentran sus puntos débiles precisamente en la agricultura. Por otra parte, todos los ensayos de reforma agraria, en todos los tiempos y en todos los lugares, cuando se ha querido que fueran rápidos y radicales han causado muchos disgustos: en efecto, las estructuras agrícolas son unas de las más resistentes.

Además, el Japón, que tiene una población de cerca del doble de la población francesa, en un territorio que es, aproximadamente, la mitad del territorio francés (300.000 kilómetros cuadrados frente a 550.000 kilómetros cuadrados) y en donde la tierra cultivable representa el 15 por 100 de la superficie total, frente al 84 por 100 en Francia, cuenta con miserables recursos naturales. La industria japonesa sólo trabaja con lana, algodón, carbón, mineral de hierro y petróleo importados. Ahora bien, la progresión es tan grande que exige también importantes compras de máquinas y de equipos extranjeros. De ahí que desde septiembre de 1961 se noten síntomas preocupantes de desequilibrio en la balanza de pagos, a pesar del optimismo que manifiesta el gobierno Ikeda. Si se hace un cálculo razonable, se deduce incluso que esta balanza no estaría equilibrada sin los oportunos gastos realizados por el ejército americano de ocupación. Es, pues, evidente la fragilidad de este triunfo...

Por lo tanto, para el Japón, interesado en su prosperidad industrial, el problema está no sólo en producir sino también en vender. Desde este último punto de vista, la situación es precaria, ya que sólo puede contar con el comercio del llamado «mundo libre», con la prosperidad y la buena voluntad de este último, que no es tan notoria y evidente. Occidente (y sobre todo Francia, muy prudente en este terreno) no puede olvidar que el Japón practicaba, antes de 1939, un *dumping* comercial sin consideraciones de ningún tipo y, por otra parte, es consciente de la realidad actual de un Japón industrialmente favorecido en la competición de los precios por sus salarios bajos; de ahí que la actitud de Occidente sea de reserva, como lo revela la lentitud de acuerdos comerciales imperfectos, continuamente sometidos a revisión.

Todo ello es lo suficientemente inquietante como para que el Japón se vea tentado por un «neutralismo a la Nehru», que le permitiría lanzarse a fondo en la economía de China y del Asia del Sudeste. Por otro lado, los socialistas y los comunistas japoneses se ven obligados a pensar que si algún día cesa la presencia americana pueden ser puestas en tela de juicio ciertas conquistas sociales, en particular la Constitución parlamentaria de 1951 y, más aún, las organizaciones sindicales de lenta gestación en un país tan dócil y que el gran capitalismo tolera de muy mala gana. Estas preocupaciones contradictorias explican las elecciones de 1961, que sólo dieron «una victoria rutinaria» a los «liberales moderados», en realidad a la *big business*, que, según observadores muy enterados, gastó más de 5.000 millones de yen (100 yen equivalen poco más o menos a 1 franco) en «asegurarse esta última oportunidad» y cerrar el camino a los socialistas.

Pero no es posible eludir el problema, sobre todo porque una prosperidad tan grande supone una tensión continua e impone unos esfuerzos sobrehumanos. Tokio (10 millones de habitantes), la ciudad más populosa

del mundo, crece demasiado en un radio de extensión insuficiente, por lo que está ahogada, y sueña, para construir sus nuevos barrios, con llenar en parte su bahía. Cosa que Osaka ha emprendido ya a fin de alojar a sus industrias pesadas que vienen a instalarse cerca de su inmensa reserva de mano de obra. Estos detalles son representativos de cómo se codean en la experiencia japonesa lo precario y lo grandioso.

d) *Las incertidumbres.*

Las incertidumbres más evidentes aparecen en el terreno de la política, y para utilizar un término más amplio, de la civilización. El Japón no se ha convertido de un día para otro, por decreto americano, en una democracia parlamentaria, como lo prueban pequeños detalles significativos, como todo lo hacía temer de antemano. El paternalismo de los ricos industriales está siempre presente, al acecho. Están lejos de haberse apagado las agresividades nacionalistas de un pasado tan reciente. El Japón tiene sus partidos políticos, sus fanáticas violencias de la derecha, basadas en el tradicionalismo siempre vigente del país. Así, por ejemplo, el emperador que se ha humillado ante el vencedor continúa siendo el emperador: todo el que se levanta contra él o contra su familia se arriesga a ser condenado a muerte. El Japón de ayer y de siempre se defiende.

El 12 de noviembre de 1960 el líder socialista Inegiro Asanuma, el «Mirabeau japonés», habla ante las cámaras de la televisión. Está denunciando «la felonía del pacto de seguridad nipo-americano, que no es más que un instrumento de agresión del imperialismo yanqui». Millones de auditores pueden oírle y verle en la pequeña pantalla. Entonces verán surgir a un estudiante de menos de diecisiete años que le apuñala, cruzando las manos sobre la daga, como lo recomienda el *judoka*, a fin de que no se desvíe la trayectoria del golpe. Veinte días más tarde se suicida en su celda. El crimen y el suicidio han suscitado una inmensa emoción. El Japón no puede regatear su admiración a aquel que sabe morir por sus ideas, incluso cuando le indigne o le subleve el crimen. No debemos pensar que esta actitud y otras de la misma índole son resultado de las creencias religiosas. El Japón, a escala de nuestras habituales dimensiones, es poco religioso, está poco preocupado por el más allá, en los antípodas de la India. El factor predominante en el Japón es un cierto código de la sociedad, de la educación, del honor y, por qué no decirlo, su propia civilización.

JAPON DE 1962 A 1965

Japón da, cada vez más, la impresión de una fuerza reencontrada, inteligente e inmensa. Pero todo éxito implica una tensión. Japón sólo puede mantener su expansión si se asegura unas salidas políticas y económicas. Cada vez está más fascinado por el enorme mercado chino, tan cercano, y por las posibilidades de entendimiento con la Unión Soviética, simbolizadas por la restitución de algunas islas del archipiélago de las Kuriles. El

problema está en saber si puede asegurarse, sin nuclearización, su seguridad frente a China y a la Unión Soviética. El Japón se declara contrario a todas las explosiones nucleares y sólo quiere tolerar los submarinos atómicos americanos bajo ciertas condiciones, en el marco mismo del tratado chino-americano. La amplia experiencia política y social que se está desarrollando es muy autoritaria, pero no totalitaria. Desde el retiro, por razones de salud, del presidente Ikeda (25 de octubre de 1964), esta política permanece a cargo del presidente Sato (9 de noviembre de 1964) y del partido liberal.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Existe una extensa y rica bibliografía sobre el pasado y el presente del Japón. Para el resumen histórico, véase el capítulo consagrado al Japón por Marcello Macchioli, en el primer volumen aparecido bajo la dirección de Giuseppe Tucci de *La Civiltà dell'Oriente*, Roma, 1956. Hay numerosas historias del Japón: se sacará provecho de la lectura y de la consulta de la de La Mazelière, *Le Japon, histoire et civilisation*, Plon, 1938, 8 vols. En lo que respecta a la actualidad, resultan insustituibles los grandes reportajes de los periódicos, de los cuales los más importantes han sido los de R. Guillaín en *Le Monde*. Para un conocimiento preciso del teatro, de la poesía y de la lengua japonesa, puede consultarse el pequeño libro de René Sieffert, *La littérature japonaise*, Colin, 1961. Igualmente, se puede recurrir a Yétime, en el *Japon*, núm. 21 de la Collection Petit Planète, Editorial du Seuil, 1959; y a Jean Stoetzel, con su *Jeunesse sans chrysanthème et sans sabre*, Plon, 1954.

I. Comitivas feudales en los caminos del Japón (1691).

Engelbert Kämpfer, médico de la Compañía de las Indias, realizó, con los embajadores de dicha compañía encargados de llevar un regalo al emperador del Japón, el viaje de Nagasaki a Tokio (que entonces se llamaba Yedo o Jedo). El texto que reproducimos es ya de la vuelta del viaje (Engelbert Kämpfer, *Histoire Naturelle, civile et ecclésiastique de l'Empire du Japon*, traducción del alemán al francés de 1729, tomo II, páginas 245-46):

«El 5 de abril (de 1691) emprendimos la marcha al amanecer. Por la mañana nos encontramos con la vanguardia o los aposentadores del príncipe Kijnokuni, con la mayor parte del equipaje que llevaba el escudo de las armas del emperador bordadas en oro. A mediodía nos cruzamos con el propio príncipe, al que acompañaba un cortejo magnífico y numeroso que iba en el orden siguiente: veinte hombres con mosquetes cubiertos marchaban en fila, veinte con grandes arcos y flechas, veinte con grandes pértigas de madera, todos en fila; algunos iban de dos en dos llevando las picas, otros con cajas barnizadas llenas de armas y de sables. Después venían los caballos: el último llevaba una enorme silla negra adornada con

dos plumas como las que se ponen en lo alto de las picas. Los caballos, las monturas y los paramentos eran negros. Delante y detrás de estos caballos iban algunos hidalgos a caballo, otros a pie, llevando picas y tres o cuatro estandartes de plumas blancas y negras. Seguían el Norimon [especie de palanquín] del príncipe precedido de doce escuderos. Nos paramos a veinte pasos del Norimon y, en señal de respeto, desmontamos y nos descubrimos. Como su carruaje iba despacio, enviamos a nuestro primer intérprete para complimentarle... Detrás del Norimon venían algunos criados y jinetes con picas. Detrás, venía el intendente de su casa y algunos primeros oficiales de su Corte, con sus lanceros o piqueros, criados y gran número de acompañantes. Toda la comitiva comprendería cerca de mil hombres, que acompañaban todos a su príncipe y señor silenciosa y tranquilamente, cosa que resultaba asombrosa dado su gran número.»

II. De Buda al Zen japonés.

En el libro de Daisetz T. Susuki, *Zen and japanese culture*, Londres, 1959, se encuentra una explicación de la extraña desviación que impuso el Zen al budismo: «Por lo general, se asocia el sable a la idea de matar, y la mayoría de nosotros se pregunta cómo puede haber una relación entre el sable y el Zen, que es una escuela budista que predica un evangelio de amor y de perdón. El hecho es que el arte de la lucha con el sable distingue entre el arma que mata y el arma que da la vida. La que emplea un técnico sólo puede ser utilizada para matar, ya que el técnico sólo hace uso de su arma cuando tiene intención de matar. El caso es muy diferente cuando se trata de alguien que se ve obligado a coger un sable en la mano. Porque de hecho, no es él, sino el sable, el que mata. El no tiene intención de hacer daño a nadie; pero surge el enemigo y es el propio enemigo el que se transforma en víctima. Es como si el arma realizara automáticamente una función de justicia, que es una función de perdón. Se nos puede decir que es como la espada que Cristo nos trajo... Cuando el sable tiene que desempeñar semejante papel en la vida del hombre ha dejado de ser tanto un instrumento de defensa como un instrumento para dar muerte; el hombre con un sable se convierte en un artista a punto de producir una obra verdaderamente original...»

III. La hija del Samurai y su preceptor.

Del libro de la señora Sugimoto, *Una hija de samurai*, Londres, 1933: «Durante las dos horas que duraba la clase, mi preceptor no hacía el más mínimo movimiento salvo para mover los labios o las manos. Yo estaba frente a él, sobre la estera, en una posición igualmente correcta e inmóvil. Un buen día hice un gesto en medio de la clase. Por no sé qué razón, estaba agitada y mi cuerpo se inclinó ligeramente, de manera que una de mis rodillas dobladas dejó de formar el ángulo conveniente. Una expresión de sorpresa, que atenuó y disimuló lo mejor que pudo, pasó por el rostro de mi

preceptor, que cerró con dulzura el libro y dijo, sin levantar la voz pero con tono severo: «Señorita, es evidente que hoy vuestra actitud mental no está predispuesta para el estudio. Debéis retiraros a vuestro cuarto a meditar.» A poco más, muero de vergüenza. Pero como no podía hacer nada, me incliné humildemente delante del retrato de Confucio y, después, delante de mi profesor, y retrocediendo respetuosamente me dirigía, con pasos lentos, a ver a mi padre para rendirle cuentas, como hacía todos los días en cuanto terminaba la lección. Mi padre se sorprendió, ya que no era todavía hora de que me presentara ante él y la constatación que hizo espontáneamente: «¡Qué pronto has terminado hoy!», me dejó paralizada. Todavía hoy recuerdo este momento con horror, como si me hubieran dado un golpe terrible.»

LAS CIVILIZACIONES EUROPEAS

En el estudio de la civilización europea se impone hacer, sin discusión posible, tres apartados: Europa propiamente dicha (Occidente); las Europas extraeuropeas, de ultramar; y, por último, la Europa oriental, es decir, la que ayer era Europa ortodoxa y hoy es Europa soviética, con sus prolongaciones.

Pero antes conviene recordar algunas ideas generales aunque, a primera vista, parezcan evidentes:

1.º *Europa es una península asiática*, «un pequeño cabo de Asia» y, por consiguiente, tiene una doble vocación: a) su relación hacia el Este, con un espacio continental cada vez más amplio, relación que antaño era difícil, y que primero se vio facilitada por el desarrollo del ferrocarril y en la actualidad por la circulación aérea; b) su relación en todas las direcciones con los *siete mares del mundo*. Europa está constituida en una proporción importante por los barcos, las expediciones, las consecuciones obtenidas a expensas de la inmensidad de las aguas saladas. Pedro el Grande no se equivocaba cuando, con ocasión de su primer viaje a Europa, en 1697, decidió trabajar en los astilleros del milagroso pueblo de Saardam, cerca de Amsterdam. Desde el final del siglo xvi, la explosión de la Europa occidental a través de los mares del mundo, con los grandes descubrimientos, consagró esta doble vocación.

2.º *Hay una oposición entre el Este y el Oeste, entre el Norte y el Sur*, entre el Mediterráneo de clima cálido, el *Mare Internum*, el mar interior del Sur y los «Mediterráneos» fríos del Norte: la Mancha, el mar del Norte, el Báltico. Estas diferencias son de todo tipo: afectan a los hombres, a los alimentos, a los apetitos, y también a la ancianidad variable de la civilización asentada. Unos «istmos» de circulación privilegiada ponen en relación el Norte con el Sur (istmo ruso, istmo alemán, istmo francés), cada vez más estrechos a medida que nos acercamos a la Europa del Oeste, que se adelgaza hasta tal punto que un geógrafo la ha comparado a la extremidad de un embudo que se ensancharía ampliamente hacia el Este.

3.º *Estos contrastes de Este-Oeste y Norte-Sur obedecen tanto a la geografía como a causas históricas.*

El Oeste mira hacia Roma; el Este, hacia Constantinopla (Tsarigrad). El síntoma más significativo de separación fue, en el siglo ix de nuestra era, el éxito decisivo de las evangelizaciones de San Método y de San Cirilo, que de antemano modelaron el porvenir oriental, el del mundo ortodoxo.

Más tarde se irá precisando otra separación, esta vez entre Norte y Sur, con el nacimiento del protestantismo, que, cosa chocante, «destrozará» a la Cristiandad, siguiendo poco más o menos la línea del antiguo *limes romano*.

CAPITULO XVI

ESPACIO Y LIBERTADES

El destino de Europa ha estado determinado desde siempre por el desarrollo obstinado de las libertades particulares, de las "franquicias", que son otros tantos privilegios reservados a ciertos "grupos": los unos, bastante reducidos; los otros, más amplios. Estas libertades se oponen con frecuencia, se excluyen las unas a las otras.

Claro está que estas libertades sólo han podido plantearse al constituirse Europa como un espacio homogéneo y protegido. Mientras no se puede defender un espacio no es posible que se desarrollen las libertades. Ambos problemas no forman más que uno.

I. EL ESPACIO EUROPEO SE DEFINIO ENTRE LOS SIGLOS V A XIII

Los mapas que acompañan a nuestro texto permiten precipitar el ritmo de nuestras explicaciones y nos evitan el tener que hacer una aburrida enumeración de las catástrofes y de los accidentes, a través de los cuales la extremidad occidental de la península europea se fue constituyendo en un todo coherente o, por lo menos, bastante coherente.

1. El espacio europeo se fue delimitando en el curso de una serie de guerras y de invasiones. Todo comenzó con la ruptura en dos partes del Imperio romano, ruptura consagrada, pero no creada, por el reparto de Teodosio en el 395.

Casi desde el principio de los tiempos históricos ha habido un Oriente mediterráneo poblado, depositario de una civilización muy antigua, con el dinamismo que le conferían sus numerosas industrias, y, desde el mismo principio de la conquista romana, un Occidente, si se quiere un *Far West*, más tosco pero no más inculto, en donde Roma, al fundar ciudades, ha instalado, a veces, una civilización, la suya, o, al menos, una versión deformada de la suya.

Al efectuarse el reparto, en el año 395, la *Pars Occidentis* está llamada a conocer una serie de cataclismos por las tres fronteras que la rodean: primero, por el Nordeste, a lo largo del Rin y del Danubio; segundo, por el Sur, en el Mediterráneo; tercero, por sus largas fronteras «oceánicas», durante mucho tiempo tranquilas, desde Dinamarca a Gibraltar. Estos pe-



LOS IMPERIOS MEDITERRÁNEOS

ligros, con las consiguientes reacciones que provocaron, delimitaron y crearon el espacio europeo.

1.º *Por el Nordeste*, el doble límite del Rin y del Danubio, no resistió las presiones de los bárbaros, que huían de los hunos: en el año 405, el gran avance, llamado de Radagaiso, alcanzaba Italia y terminaba en plena Toscana. Pocos meses más tarde, el 31 de diciembre del 406, una masa de pueblos bárbaros atravesaba el Rin helado, cerca de Maguncia, y sometía a la provincia de las Galias.

Esta puerta abierta sólo se volvió a cerrar tras el fracaso de los hunos en los Campos Cataláunicos, en el año 451. Después, la reinstalación fue relativamente rápida. La Galla merovingia reconstruyó la frontera del Rin, que muy pronto se trasladó hacia el Este; los carolingios la mantuvieron lejos del río, sometiendo bajo su autoridad a toda Germania, llegando incluso hasta la «Hungría» de los Avaros.

La conversión al cristianismo, cuyo gran artífice fue San Bonifacio, consolida este enorme avance hacia el Este. De esta manera el Occidente triunfa allí donde había fracasado la prudencia de Augusto y de Tiberio.

A partir de entonces, y frente al Este asiático, es la Germania la que protege al mundo occidental. Consiguió contener a los jinetes húngaros en Merseburgo (933) y aplastarles en Augsburgo (955). De este hecho sacará el Sacro Imperio Romano Germánico su razón de ser cuando, en el año 962, sustituya al Imperio Carolingio (establecido por Carlomagno en Navidad del año 800).

La frontera del Este, al no estar ya amenazada, se expande, avanza todavía más hacia el Este con la aparición de otros Estados cristianos (Polonia, Hungría, Bohemia), con el empuje de la colonización germánica en los siglos XI-XIII. Por este lado, todo permanecerá relativamente en calma hasta el inmenso avance mongol (hacia 1240), milagrosamente contenido a orillas del Adriático y de Polonia. La única víctima de la invasión fue la Rusia del Principado de Kiev.

2.º *Por el Sur* se va precisando una frontera peligrosa, desde los primeros éxitos de la conquista musulmana, sobre todo, porque se ha producido en el Mediterráneo la sucesiva «traición» de África del Norte, hasta entonces cristiana, más tarde, de la compacta Península Ibérica, y, finalmente, de Sicilia. Por el Oeste, el Mediterráneo se ha convertido en un «lago musulmán». Contra ello, la primera reacción eficaz fue la creación de una caballería pesada, que venció a los musulmanes en Poitiers, con Carlos Martel, en el 732. Esta victoria tiene como consecuencia el inmenso, aunque efímero, auge de los Carolingios, cuyos efectos fueron percibidos más allá del Rhin, en Sajonia y Hungría.

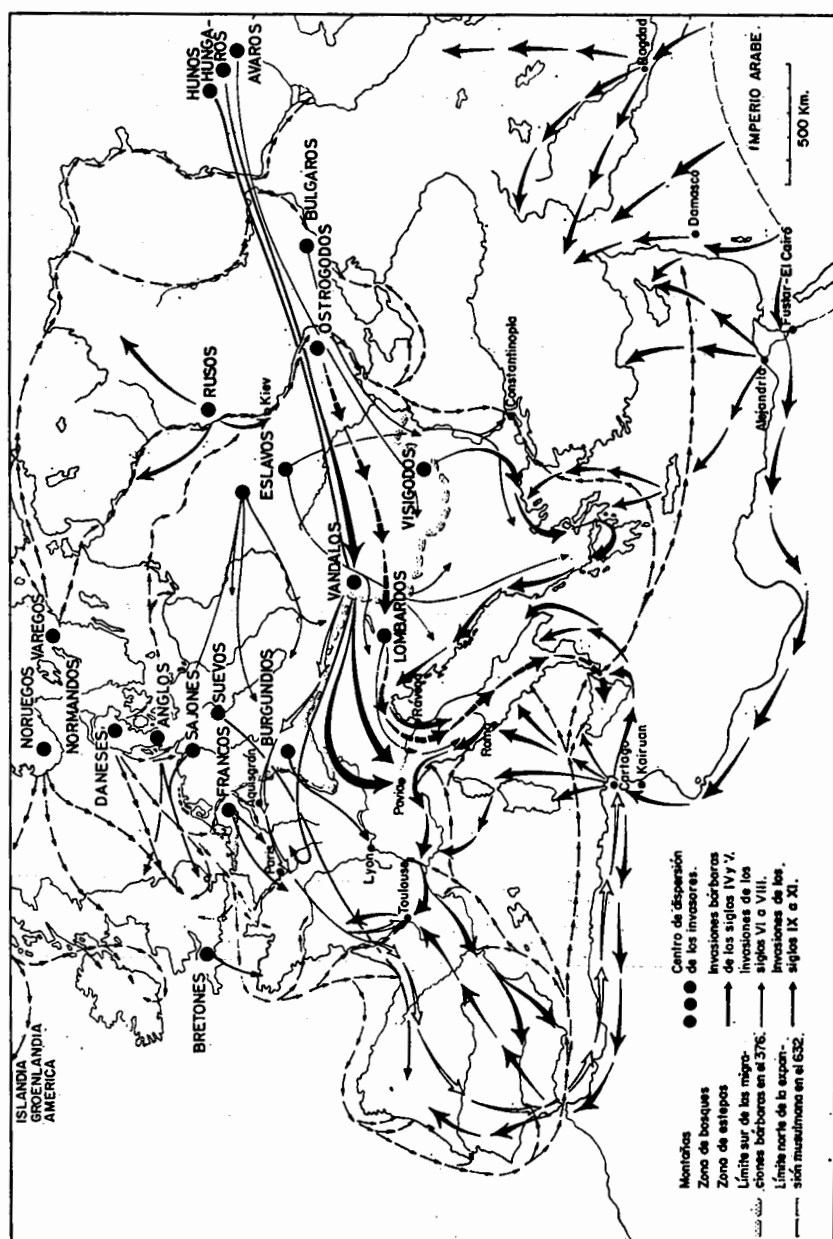
Pero contra el Islam, vecino peligroso y superior, la Cristiandad tiene que llevar a cabo un combate difícil y dramático e inventar la eficaz teoría de la Guerra Santa, de la *Cruzada*. Estas luchas son interminables: la primera Cruzada—que, evidentemente, no es la primera lucha que se lleva a cabo contra el Islam, pero sí la primera que es colectiva, consciente y brillante—tuvo lugar en 1095; la última, que tampoco señala el final de la lucha, es la expedición de San Luis de Francia a Túnez, en 1270.

La reconquista de San Juan de Acre, por los egipcios, en 1291, pone término a estas grandes aventuras orientales. Pero la idea de Cruzada continúa siendo en Occidente el tormento de los espíritus y de los corazones, con resurgires inesperados en los siglos XV y XVI... Todavía en el siglo XVII hubo «solitarios de la Cruzada», como los llama un historiador, Alphonse Dupront, que ha seguido el rastro, hasta el siglo XIX, de esta mística obsesiva, reconocible hasta en las recientes aventuras coloniales.

Nadie puede afirmar con seguridad que las Cruzadas, entre 1095 y 1291, costaran al Occidente poco poblado de entonces (apenas 50 millones de seres) los 4 ó 5 millones de hombres que calculan unas estadísticas recientes muy aventuradas. En todo caso, constituyeron el drama de la Europa en trance de nacimiento, su primer triunfo, por lo menos doble: una reconquista precaria y provisional del Santo Sepulcro y la reconquista definitiva del Mediterráneo, creador de riquezas. Fijaron definitivamente el espacio occidental en sus márgenes meridionales, durante mucho tiempo las fronteras más importantes de Europa, hasta los grandes descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI.

3.º *En las fronteras del Oeste y del Noroeste*, e incluso en el Mediterráneo, Europa, cuya vocación marítima fue tardía (salvo en los Países Bajos, en Irlanda y en Italia), se verá sorprendida en los siglos VIII, IX y X por las invasiones normandas, sorprendida y también impotente y, por lo tanto, atormentada por ellas. Pero, en último término y a largo plazo, sólo sacó ventajas de estas invasiones.

LAS INVASIONES EN EUROPA



No tratamos de hacer el elogio de estos piratas despiadados. Saquearon brutalmente a Europa. Sin embargo, es imposible no admirar sus hazañas: por ejemplo, sus incursiones a través de toda la plataforma rusa, su descubrimiento de América, inmediatamente desperdiciado, porque como ha escrito Henri Pirenne, "Europa todavía no tenía necesidad de él". Los historiadores de la economía todavía son más indulgentes respecto de los *vikings*: sostienen que sus saqueos de tesoros (sobre todo de los tesoros eclesiásticos) volvieron a poner en circulación una parte de los metales preciosos, inmovilizados y como adormecidos, desde el repliegue económico de Occidente que siguió a la caída de Roma. Los vikingos fueron, por sus mismos robos, proveedores de moneda, de esta moneda que revitalizó a la economía occidental.

2. Para comprender la primera civilización europea hay que recapitular sobre estas catástrofes, imaginar las atroces "noches" que fueron los siglos IX y X y la pobreza primitiva de una Europa que ha tenido que luchar día a día para sobrevivir.

De hecho, esta Europa miserable, privada de importantes mercados, reducida a una economía de subsistencia, «ciudadela sitiada o, mejor dicho, invadida» (Marc Bloch), no puede soportar el peso de sus extensos Estados. Estos, apenas formados, se derrumban o se desintegran. El Imperio de Carlomagno, de rápida construcción, se derrumbó poco después de la muerte del gran emperador (814). En poco tiempo, el Sacro Imperio Germánico se convirtió en un gran edificio, pero destartado. Entonces Europa occidental se desintegra en una multitud de minúsculos señoríos. El régimen feudal (feudal viene del latín *feodum* = feudo) mantiene unidades más teóricas que reales en el interior de los diferentes reinos de Occidente, de los cuales unos se modernizaron, aunque muy lentamente, como Francia, y otros permanecieron, por el contrario, muy «arcaizantes», como el *Reich*.

Sin embargo, este mundo atormentado, maltratado por dentro y presionado desde fuera, constituye ya una civilización, una homogeneidad evidente. Por encima de su diversidad se puede hablar de una «civilización feudal» (Lucien Febvre) a la que se le plantean por todas partes los mismos grandes problemas, en condiciones y con soluciones con frecuencia análogas. Esta civilización es el resultado de multitud de fusiones étnicas y económicas, de repetidas luchas, de creencias comunes y, sobre todo, «de las mismas conmociones», contra las cuales tuvo que encontrar un remedio.

3. El feudalismo construye a Europa. Esta Europa alcanza entre los siglos XI y XII su adolescencia, una primera fortaleza, bajo el signo de un feudalismo vivo, es decir, de un orden político, social y económico particular, profundamente original, de una civilización que está en su segunda o tercera fermentación.

El problema estriba en la manera de definir esta civilización multiforme.

No es posible el feudalismo, ni en Europa ni en otras partes, sin la descomposición previa de un extenso cuerpo político. En el caso que nos ocupa, este cuerpo político es el vastísimo Imperio Carolingio, esta primitiva «Europa», cuyo mismo nombre se afirmó entonces (*Europa, vel Regnum Caroli*),

para desaparecer casi al mismo tiempo que el gran emperador a quien un poeta de su corte calificaba de *pater Europae*.

El feudalismo fue la consecuencia natural de este desastre. Un oficial francés, después del desastre de 1940, soñaba con que cada unidad de base pudiera recuperar milagrosamente y por un instante su autonomía, el derecho de actuar por su cuenta, haciendo caso omiso de las órdenes de los generales que la ponían en contacto con una autoridad cada vez menos eficaz, y que, sin proponérselo, llevaba a cada grupo al repliegue y a la derrota. Cabe decir que el régimen feudal nació de una reacción análoga, con, entre otras, esta diferencia fundamental, a saber: que no fue el fruto de un desastre fulminante como el de 1940. Empleó varios siglos para establecerse. No obstante, por naturaleza, es, al mismo tiempo, una reacción de *defensa* y una reacción *local*. El castillo, situado en una *altura* y rodeado de uno o varios pueblos a los que protege, no es un sistema gratuito o un lujo, sino un instrumento de defensa.

Sin embargo, el feudalismo es también otra cosa: es una sociedad fundada en un determinado tipo de relaciones entre los hombres, en una cadena de dependencias; una economía en la que la tierra no es el único, pero sí el más frecuente medio de recompensar los servicios prestados. El señor recibe del rey, su soberano, o de un señor de categoría más alta que la suya, su feudo (*feodum*), un señorío, a cambio de una serie de servicios, entre los que se encuentran *prestaciones de cuatro tipos distintos*: 1. tiene que contribuir para el rescate del señor; 2. tiene también que pagar cuando un hijo del señor es hecho caballero; 3. cuando se casa la hija mayor del señor; 4. cuando el señor se marcha a la cruzada. A su vez, el señor ha cedido pedazos o partes de su señorío a otros señores más modestos o a campesinos. Ha dado a estos últimos una tierra de labor (tenencia o censo) que cada campesino puede cultivar a cambio de pagar al señor una renta en dinero (canon del censo), una parte de las cosechas (diezmo, en trigo y centeno) y prestaciones laborales. En contrapartida, el señor tiene que protegerles y defenderles.

El Occidente debe a esta pirámide social, con sus obligaciones, sus reglas, sus fidelidades, a esta movilización de fuerzas, el haber sobrevivido, el haber salvaguardado la vieja herencia cristiana y romana, que se va a mezclar con ideas, virtudes e ideologías del régimen señorial (su propia civilización).

Europa, que entonces va a olvidar hasta su propio nombre de Europa, se constituyó como un mundo dividido en compartimentos estancos, en donde lo único que contaba era la pequeña región, la pequeña patria.

Seguramente tuvo muchas ventajas, en estos principios de la vida europea, el que cada región poseyera la posibilidad de desarrollarse por cuenta propia, como una planta libre. Cada región se constituyó así en una entidad, en una persona *robusta*, en una unidad *consciente*, dispuesta a defender su territorio y su independencia.

Lo interesante es que se estableciera, a pesar de la división política en compartimentos, una convergencia evidente de civilización y de cultura. El viajero que se desplaza para hacer una peregrinación (la de Santiago de

Compostela, por ejemplo) o porque lo exigen sus negocios, se siente a gusto tanto en Lübeck como en París, en Londres o en Brujas, en Colonia o en Burgos, Milán o Venecia. Los valores morales, religiosos y culturales, las reglas de la guerra, del amor, de la vida y de la muerte, son los mismos en un feudo que en otro, a pesar de sus querellas, de sus sublevaciones y de sus conflictos. Por eso se puede hablar de una Cristiandad única (Marc Bloch) y de *una civilización de la caballería*, del trovador y del juglar, del *amour courtois*.

Las Cruzadas son sintomáticas de esta unidad, puesto que se presentan como movimientos de conjunto, aventuras y pasiones colectivas, comunes a esta multitud de pequeñas patrias.

II. LA LIBERTAD, O MEJOR DICHO, LAS LIBERTADES (SIGLOS XI-XVIII)

Supongamos que sea posible formar un conjunto con todos nuestros conocimientos de historia europea desde el siglo V hasta la época actual, o mejor hasta el siglo XVIII, después grabarlos (de ser concebible semejante grabación) en una memoria electrónica y que, por último, preguntemos a esta memoria polivalente cuál es *el* problema que surge con más frecuencia, tanto en el tiempo como en el espacio, en el curso de esta historia interminable. No hay ninguna duda de que este problema sería el de *la* o, mejor dicho, *las* libertades europeas. *La palabra clave es la de libertad.*

En todo caso, el que el mundo occidental, en la actualidad, para las necesidades de su lucha ideológica y con unas intenciones que están lejos de ser muy puras, se haya autotitulado "mundo libre", implica una buena, una excelente posición bélica a la luz de la historia europea considerada en su movimiento multi-secular.

1. Al decir libertad nos referimos a todas las formas de libertad, incluidas las abusivas.

De hecho, estas libertades no dejan de amenazarse las unas a las otras. Una libertad determinada limita o suprime otra, pero sucumbirá, a su vez, ante un nuevo adversario. Esta sucesión, que nunca fue pacífica, ha constituido uno de los secretos del progreso de Europa.

Pero hay que precisar lo que se entiende por «libertad». No tanto la libertad individual, habitual medida del llamado «mundo libre» de hoy día, como la libertad de los grupos. Es significativo que en la Edad Media se emplee mucho más el plural, *libertates*, que el singular, *libertas*. En plural, el concepto de libertad se diferencia poco de *privilegia* o de *jura*. De hecho, las libertades son un conjunto de *franquicias*, de privilegios, al amparo de los cuales se sitúa una determinada colectividad de personas o de intereses, para, valiéndose de esta protección, atacar a los otros, con frecuencia sin el más mínimo escrúpulo.

Estas libertades colectivas, que tardan en afirmarse en su plenitud, tardan también, posteriormente, en volver a sus justos límites o en ser destruidas. Por lo general, tienen una vida larga.



2. La liberación de los campesinos fue una de las primeras en apuntar y, seguramente, la última en realizarse—incluso cabe sostener que todavía hoy no se ha realizado totalmente.

A nuestro entender, sólo es posible la libertad campesina cuando entre el labrador y la tierra no se interpone ya ninguna propiedad extraña, señorial, urbana o capitalista; cuando no pesa sobre la persona del campesino ninguna servidumbre; por último, cuando la actividad del labrador es lo suficientemente productiva como para asegurarle la manutención y un excedente, y que éste, en el caso en que llegue a un mercado cercano, no sirve únicamente para beneficiar al intermediario en la transferencia, sino que sirve, por lo menos, para que el campesino pueda comprar lo necesario.

Se necesitan, pues, muchas condiciones. Si se puede afirmar que el campesino europeo ha poseído, en el curso de la historia, ventajas e incluso ciertas libertades, sólo es en relación con los demás campesinos, víctimas, sin duda alguna, de una sujeción mucho más dura que la que pesaba sobre él. *Grosso modo*, puede decirse que el campesino europeo se ha beneficiado de todos y cada uno de los auges económicos.

Así, por ejemplo, con motivo del resurgir económico de Europa en el siglo X, o desde antes. En esta época, en efecto, la producción agrícola experimenta un incremento general tanto en los países «nuevos» del Norte, donde se extiende, a partir de las tierras germánicas y de Polonia, un sistema de cultivos de *rotación trienal*, como en las regiones del Sur (Italia, Francia meridional), donde se sigue practicando la *rotación bienal* (un año de cultivos de cereales y un año de barbecho).

Esta expansión agrícola está relacionada con la expansión demográfica y con el crecimiento de las ciudades. Este último fue una condición esencial, pero, a su vez, se benefició de rechazo.

Desde el siglo XI, y mientras dura la expansión económica, la suerte del campesino, adscrito hasta entonces a la gleba como siervo, se modifica a un ritmo muy rápido. "Después de haber pertenecido al hombre de espada y posteriormente al hombre de iglesia, la tierra de labor cae en manos del hombre del arado... [Hubo] un abandono general de la tierra a todos los labradores que la quisieran a cambio de un interés anual muy bajo, que tenían que pagar a sus antiguos propietarios..." Esta *toma en censo* ocurría "en una época en que la tierra era abundante y escasos los hombres, de manera que el trabajo humano era mucho más apreciado que la tierra" (D'Avenel). No hay duda de que se produjo entonces en vastísimas regiones (aunque no en todas) una cierta liberación campesina. Pensando en los campesinos de Occidente desde el siglo XII, el historiador Henri Pirenne acostumbraba decir: "Eramos libres".

Esta liberación, sin embargo, no fue completa ni general, ni fue, sobre todo, definitiva. Bien es verdad que se dio un cierto equilibrio, bastante extendido, y que este equilibrio hizo que, *de hecho*, la tierra perteneciera al campesino; que éste fuese el amo, o, por decirlo así, «el amo de su casa», como también es verdad que este campesino podía ceder o vender su tierra. Y la circunstancia de que el canon del censo tuviera que pagarse en *dinero* acabará, a largo plazo, beneficiando al campesino, ya que, con el tiempo, la moneda se irá devaluando continuamente, y los réditos en dinero, fijados

en una determinada cantidad de una vez para siempre, se convertirán, a la larga, en irrisorios.

Sin embargo, no se trata de ventajas aseguradas legalmente. El señor continúa teniendo sobre la tierra un derecho superior, susceptible, según las circunstancias y el lugar, de recuperar su poder opresor. Prueba de ello son los levantamientos y sublevaciones campesinas: las *Jacqueries* en Francia, en 1358; la sublevación de los trabajadores y de los campesinos ingleses en 1381, el inmenso y brusco levantamiento de los campesinos alemanes (1524-5) o, de nuevo en Francia, los movimientos en cadena de la primera mitad del siglo XVII. Estas sublevaciones, estas «huelgas generales», si cabe decirlo así, son siempre dominadas y aplastadas. Pero su amenaza, siempre latente, permitió a los campesinos salvaguardar una parte de las libertades y de las prerrogativas conseguidas.

Estas, en efecto, les fueron discutidas nuevamente por toda Europa con la *expansión económica y capitalista del mundo moderno. Desde el siglo XVI, y más aún en el siglo XVII, el capitalismo, que con la regresión económica no encuentra facilidades para emplearse en otros sectores, se desvía hacia la tierra.* Como mancha de aceite, una importante reacción «señorial», burguesa al tiempo que señorial, tiene lugar alrededor de las ciudades, grandes y pequeñas, desbordándose sobre la campiña en torno. Propiedades de un tipo nuevo (*fincas, granjas, alquerías*: las palabras varían según las regiones y no siempre tienen el sentido actual) se constituyen en dominios, generalmente de un solo terrateniente, y a expensas, sobre todo, de la clase campesina. Un verdadero espíritu capitalista alienta a estos propietarios, preocupados por el rendimiento y los beneficios que pueden sacar. Al hacerse prestamistas, los campesinos contraen deudas con ellos, hasta verse un día ejecutados y desposeídos de sus tierras o conservarlas grabadas en beneficio del rico con una de esas innumerables *rentas* constituidas, cuyos contratos se acumulan en los protocolos notariales. Entonces todo se pone en contra del labrador (incluso los contratos de arrendamiento, estipulados muchas veces en productos de la tierra, en trigo y no siempre en dinero).

Aunque comprobable en toda Europa, esta reacción es particularmente trágica en la Europa central y oriental, en Alemania, más allá del Elba (Ostelbien), en Polonia, en Bohemia, en Austria e incluso en los Balcanes y en Moscovia. Hacia finales del siglo XVI se instala por doquier, en estas regiones de las cuales todavía hay «algunas que son salvajes», lo que los historiadores llaman cada vez más una *segunda servidumbre*. El campesino se ve nuevamente cogido en las redes de un régimen señorial peor que el de antaño. El señor es el jefe de la explotación, el empresario, el que comercia con el trigo. Para responder a una demanda cada vez mayor de cereales, obliga a sus labradores a multiplicar las prestaciones personales (cinco días por semana en Bohemia, en donde el campesino sólo cultivaba su tierra el sábado, mientras que en Eslovenia, las prestaciones, limitadas a diez días por año en el siglo XV, aumentan hasta seis meses por año al final del siglo XVI) para cultivar la tierra que el señor posee directamente (el dominio próximo o la reserva). Este régimen, que duró en el Este hasta el

siglo XIX, es, sin duda, ampliamente responsable de los retrasos suplementarios de estas regiones con relación a las del Oeste.

En Occidente, en efecto, en un régimen comparativamente liberal, se había iniciado desde el *siglo XVIII* un repliegue favorable al campesinado. En Francia, por ejemplo, con el sistema Law, que lo precipitó todo (hasta el alcoholismo rural). Esta evolución culmina con la Revolución francesa, que liberó a la tierra campesina de los derechos feudales que la gravaban, ejemplo que se propagará por toda Europa en el curso de las guerras revolucionarias y napoleónicas.

3. Las libertades urbanas. Las ciudades son motores siempre en movimiento. Por sí solas se encargaron del primer auge europeo. En consecuencia, se beneficiaron con la consecución de sus "libertades".

a) *El Renacimiento urbano (siglos XI y XII).*

La larga regresión de todo el Occidente había provocado en el *siglo X* una regresión terrible de las ciudades: apenas si existían.

Cuando el movimiento económico cambia de sentido con la expansión material de los siglos *XI* a *XIII*, parece como si, a raíz de esta nueva puesta en marcha, las ciudades prosperasen más de prisa que los pesados Estados territoriales. Estos no adquieren caracteres *modernos* o casi modernos hasta el *siglo XV*. Las ciudades, por el contrario, hacen saltar los cuadros de los Estados feudales, en los que empiezan a crecer, desde los siglos *XI* y *XII*. Ciudades modernas, demasiado adelantadas para su época, anuncian ya el futuro o son ya este futuro.

b) *La independencia de las ciudades.*

Evidentemente las ciudades no siempre son, y desde el primer momento, estrictamente independientes. No obstante, una serie de grandes ciudades libres aparecen desde muy pronto en Italia, el país que entonces era el más avanzado de Occidente. Lo mismo ocurre en los Países Bajos, a los que se ha calificado de «segunda Italia». Venecia, Génova, Florencia, Milán, Gante, Brujas, son ya ciudades «modernas» en la época en que la monarquía de San Luis es todavía típicamente «medieval».

Detrás de estas grandes ciudades, gobernadas por los duques, los dogos o los cónsules, están las innumerables ciudades de una categoría inferior, pero todas ellas consiguen, aunque no sin tener que luchar para ello (en virtud de sus *cartas* otorgadas), su autoadministración, una hacienda, una justicia y un derecho a las tierras que poseen.

En general, la plena libertad es la recompensa de una prosperidad material que por sí sola permite a algunas ciudades el lujo de asegurarse, al mismo tiempo que la vida económica, la defensa exterior. Son las llamadas ciudades-estado. Tan sólo unas pocas alcanzaron este nivel, pero todas sacaron del comercio y de la actividad de sus gremios, el principio de una cierta independencia, de un derecho a sus libertades particulares.

Los gremios trabajan al mismo tiempo para el mercado local y para un *comercio lejano*. No cabe duda de que la *economía urbana* sólo pudo prosperar, como de he-

cho prosperó, al desbordar ampliamente a la economía local. En el siglo xv, la ciudad de Lübeck, la más importante de la extensa asociación comercial conocida con el nombre de La Hansa, conjunto de ciudades comerciales diseminadas desde el Báltico hasta el Rhin, mantenía relaciones con todo el conjunto del mundo entonces conocido. Lo mismo se puede decir de Venecia, de Génova, de Florencia o de Barcelona.

En estos centros privilegiados *triunfa un primer capitalismo gracias al "comercio internacional"*. Es el principio del reinado de los *comerciantes empresarios*, que abastecen al mercado de materias primas y de trabajo y aseguran la venta de los productos manufacturados, convirtiéndose cada vez más los maestros de los gremios en asalariados, lo mismo que sus "compañeros", en el *Verlagsystem* (concepto utilizado por los historiadores alemanes, prácticamente intraducible y que designa al trabajo de simple manipulación o elaboración). Los comerciantes son los grandes personajes del *popolo grasso*. El pueblo pobre, el pueblo "endeble", se sublevará repetidas veces, pero bastante inútilmente, en Gante, por ejemplo, o en Florencia, en donde estalla, en 1381, la violenta revolución de los *Ciompi*...

De hecho, estas luchas intestinas (estas *taquehans*, que es el término que emplea Beaumanoir refiriéndose a los artesanos de Flandes, que hacen lo que hoy llamamos huelgas para obtener una subida de salarios) son significativas de las tensiones sociales, de la lucha de clases, existentes en estas ciudades industriales. Sobre todo porque se va marcando progresivamente la oposición entre los maestros de los gremios y los oficiales. Estos, mantenidos al margen por la dificultad que representan las costosas "obras de arte", que son las únicas que les permiten el ascenso, formaron agrupaciones y asociaciones, "logias", de una ciudad a otra. Han constituido el primer proletariado obrero.

En todo caso, este proletario, *cuando es un "ciudadano"*, y por el solo hecho de serlo, es un privilegiado, por lo menos mientras dura la gran época de las ciudades independientes o semiindependientes.

c) ¿Una tipología de las ciudades?

¿Puede hablarse, como piensa Max Weber, de una *tipología* especial de las ciudades de la Edad Media europea, esas «ciudades cerradas», como él mismo las define?

En efecto, estas ciudades son exclusivistas y se niegan a tener consideraciones con todo lo que se encuentre más allá de sus murallas. No hay nada ni nadie que tenga sobre ellas derechos parecidos al despotismo eficaz de un mandarín chino, representante del Estado. Muchas veces ejercen pleno dominio sobre la campiña que las rodea: el agricultor, que nunca es un ciudadano, se ve obligado a vender el grano que produce en el mercado de la ciudad exclusivamente, y, con frecuencia, le está prohibido practicar en su casa un oficio, a menos que, por el contrario, la ciudad se vea necesitada de su actividad en este terreno. Este régimen es seguramente muy diferente al de la ciudad antigua, políticamente *abierta* sobre su "tierra llana": el campesino ateniense, en la época clásica, es un ciudadano con el mismo título y con los mismos derechos que el habitante de la ciudad.

No debe, pues, chocar, que los derechos de ciudadanía sólo se concedan con verdadera parsimonia, salvo cuando le urge a la ciudad aumentar su población. Así, por ejemplo, en 1345, después de la peste negra, Venecia acepta, sin poner condiciones, como ciudadanos a todos aquellos que quieran instalarse en la ciudad... En circunstancias ordinarias, la Señoría es menos generosa. Tiene dos tipos de ciudadanía, una llamada *de intus*, que sólo permite ser *cittadino* de segunda categoría; la otra es la ciudadanía plena, llamada *de intus et de extra*, celosamente controlada por una aristocracia deseosa de salvaguardar sus privilegios. Hacen falta quince años de residencia en Venecia para tener derecho a ser ciudadano *de intus* y veinte para serlo *de intus et de extra*. Además, se distingue entre "viejos" y nuevos ciudadanos. Un decreto de 1386 precisa que sólo los "viejos" venecianos tienen derecho a negociar con los comerciantes alemanes instalados en la ciudad.

La ciudad egoísta, vigilante, feroz, está dispuesta a defender sus libertades frente al mundo, casi siempre con gran valentía y sin tener en cuenta las libertades de los demás. Las luchas urbanas, con su atrocidad, se asemejan, a escala reducida, a las luchas nacionales de los siglos venideros.

d) *Ciudades y Estados.*

La libertad de las ciudades, sin embargo, se ve muy pronto amenazada desde el momento en que los Estados modernos, más lentos en su crecimiento, se van formando en el siglo XV.

Entonces, con frecuencia, estas ciudades se tienen que adaptar al ritmo del Estado, que distribuye, según los casos, sanciones o privilegios. De ahí que se presenten crisis graves: las Comunidades de Castilla, en 1521; el sometimiento de Gante a Carlos V, en 1540... Y muchos otros compromisos inevitables.

Porque la Monarquía moderna sólo ha sido posible gracias a la colaboración de las ciudades. Hace falta que éstas se sometan, renuncien a algunos de sus privilegios, para poder salvaguardar otros. En compensación a la pérdida de sus libertades se les abre el nuevo campo del Estado moderno; consiguen así un comercio de mayor radio de acción, empréstitos provechosos, y en ciertos países, en particular en Francia, la compra de los oficios públicos (venalidad de los cargos). Se afirma una *economía territorial* que viene a sustituir a la economía urbana, que constituía un estadio precedente. Pero la economía territorial continúa siendo de dirección urbana. Las ciudades, junto con el Estado, siguen dirigiendo el juego.

4. La hora de los Estados llamados territoriales (de hecho, de los Estados modernos) es relativamente reciente. La antigua monarquía, basada en los lazos de sangre, en las relaciones del soberano con el vasallo, ha tardado mucho tiempo en desaparecer o, por lo menos, en transformarse.

El viraje se produce en el siglo XV, y en primer término, casi exclusivamente, allí donde la revolución urbana no había tenido mucha intensidad. Ni Italia, ni los Países Bajos, ni siquiera Alemania, sede de tantas ciudades libres, prósperas y ricas, fueron el terreno de elección del nuevo tipo de gobierno. La Monarquía moderna se desarrolla, ante todo, en España, en Francia y en Inglaterra, con soberanos de un tipo nuevo: Juan II de Aragón (el padre de Fernando el Católico), Luis XI, Enrique VII Lancaster.

Al servicio de los Estados territoriales se ponen los "funcionarios" o, mejor dicho, para no ser anacrónicos, los "oficiales", servidores del Estado; así, por ejemplo, los hombres de leyes, formados en el estudio del derecho romano y también los "ministros"...

Otro factor que favorece la formación de los Estados es la veneración de las masas populares que ven en el monarca el protector natural contra la explotación de los nobles y de la Iglesia. En Francia, hasta el siglo XVIII, la monarquía ha podido apoyarse en la devoción popular, en una "religión de amor" (Michelet).

Este Estado moderno nace de las necesidades nuevas e imperiosas de la guerra: la artillería, las armadas, los efectivos en alza, hacen que la gue-

rra sea cada vez más onerosa. La guerra, madre de todas las cosas, *bellum omnium mater*, ha engendrado también la modernidad.

a) *La razón de Estado.*

El Estado moderno se niega en seguida a reconocer a ninguna autoridad superior: ni la del emperador del Sacro Imperio Germánico, a la que los príncipes del mismo Imperio no tienen ya muy en cuenta, ni la del Papado, antaño inmensa autoridad tanto moral como política. Cada Estado quiere ser todopoderoso sin controles ni fiscalizaciones, *libre*: la *razón de Estado* (la expresión aparece por primera vez en el texto de la arenga del cardenal Della Casa a Carlos V, a propósito del pequeño e indigno incidente, en 1552, de la toma de Mantua) se convierte en la *ultima ratio*. Se presenta como un rasgo revelador de esta evolución que hace pasar a las formas políticas occidentales de la *realeza* tradicional paternalista y mística a la *monarquía* moderna de los juristas.

Desde muy pronto, algunos espíritus clarividentes anunciaron este advenimiento de los Estados, *superiorem non recognoscentes*, según la fórmula del jurista Bartolo de Sassoferrato (s. XIV). Pero se anticipaban a la actualidad política.

En Francia, la teoría de la soberanía sin límites del Estado sólo será defendida por Jean Bodin en su *Tratado de la República*, en 1557 (por República se debe entender, en el sentido latino, la cosa pública). El Estado soberano está por encima de las leyes civiles, sometido únicamente a las leyes naturales y divinas; no hay nada en el reino de los hombres que esté por encima de él. "Y lo mismo que el Papa nunca se ata las manos, como dicen los canonistas, el príncipe soberano tampoco puede atarse las manos aunque lo desee. Por eso, los edictos y las ordenanzas terminan con estas palabras: Porque éste es nuestro deseo, para dar a entender que las leyes del príncipe soberano, aunque estén fundadas en buenas razones, no dependen en todo caso más que de su única y franca voluntad."

Esta voluntad del soberano invade al Estado. "Das Ich wird der Staat", el Yo se convierte en el Estado, como escribe un historiador alemán. Es la célebre frase de "El Estado soy Yo" que en general se pone en boca de Luis XIV, pero que en todo caso es atribuida, por lo menos en una ocasión, a Isabel de Inglaterra. El hecho de que los soberanos españoles, aunque se llamen *Reyes Católicos*, o de que los franceses, que son los *Reyes Cristianísimos*, defiendan ocasionalmente contra el Papado las libertades de la Iglesia galicana o los intereses temporales y espirituales de los reinos de España, es sintomático de tiempos nuevos, porque aunque semejantes actitudes han tenido precedentes en la historia, se convierten desde entonces en sistemáticas y naturales.

b) *Civilizaciones nacionales y libertades.*

A medida que el Estado moderno va imponiendo su dominio, la civilización europea, que hasta entonces es un producto urbano y ha alcanzado la madurez en estas pequeñas ciudades privilegiadas y originales, se va a convertir en «territorial», en nacional. El *Siglo de Oro español* (sus límites amplios son 1492-1660), el *Grand Siècle* francés, se extienden ambos a un Estado entero.

En el corazón de estas civilizaciones en expansión se afirma el papel desempeñado por las *capitales*, sostenidas por la misma presencia y por los gastos del Estado, seguras de alcanzar una categoría hasta entonces no igualada: la de superciudades. París y Madrid afirman su inmensa reputación. Londres se convierte en Inglaterra. El peso y la vida de todo el Estado em-

piezan a girar en torno a estos monstruos urbanos, que no tienen rivales, instrumentos de lujo, máquinas para la fabricación de la civilización y también de la miseria de los hombres.

Es fácilmente imaginable el inmenso movimiento de hombres, de capitales, de riquezas, que han determinado los grandes Estados, y, al mismo tiempo, el amplísimo desplazamiento que se opera en la geografía de las libertades, las unas destruidas o todo lo más toleradas, las otras favorecidas o construidas por entero. Se instauran ciudades con privilegios, Marsella, por ejemplo, que, de hecho acapará todo el comercio del Levante; Lorient, que, creada en 1666, se apoderará muy pronto del monopolio del comercio de las Indias, pequeño privilegio en comparación al enorme conseguido por Sevilla en 1503 (y que perderá en 1685 a beneficio de Cádiz): el comercio exclusivo con América, "las Indias de Castilla".

También hay libertades arrancadas por la fuerza al Estado que no puede hacerlo o retenerlo todo: así, por ejemplo, en Francia, el Estado absolutista, desde la muerte de Colbert hasta la Revolución (1683-1789), pierde progresivamente su eficacia y la burguesía que compra los "oficios" se apodera de una parte considerable de la autoridad política. Las libertades provinciales se alzan contra el rey. Los privilegios sociales (Nobleza, Clero y Estado Llano) están como incrustados en la estructura del Estado francés, que no consigue deshacerse de ellos, lo que determinará el fracaso de las reformas ilustradas del siglo XVIII.

Hasta los países que tienen, entonces, acceso a una libertad política, ponen entre las manos de un grupo poderoso de privilegiados las responsabilidades del Estado: es el caso de las Provincias Unidas y de su burguesía negociante; el caso de Inglaterra después de la Revolución de 1688. Su Parlamento representa a una doble aristocracia, *whig* y *tory*, burguesía y nobleza, pero en ningún momento al conjunto del país.

5. ¿Entre todas estas "libertades" privilegiadas cuál es la suerte que corre la libertad individual?

Claro está que la pregunta no tiene ningún sentido si se entiende *libertad del individuo* en su sentido actual: libertad de todo hombre en tanto que hombre, por el solo hecho de que es hombre. El concepto mismo de esta libertad determinada tardó mucho en definirse. Por lo menos, cabe preguntarse si la libertad del individuo, *de hecho*, es o no un progreso. A este respecto, la respuesta sólo puede ser contradictoria y pesimista.

El movimiento intelectual del Renacimiento, y también el de la Reforma (en la medida en que plantea el *principio* de una libertad de interpretación individual de la revelación), han puesto las bases de una libertad de conciencia. El Renacimiento y el humanismo afirman el respeto y la grandeza del hombre como individuo, exaltan su inteligencia, su poder personales. En el *Quattrocento*, la *virtù* no equivale a la virtud, sino a la gloria, a la eficacia y al poder. Intelectualmente, el ideal es el *uomo universale* de Alberti. En el siglo XVII, con Descartes, todo el sistema filosófico parte del *Cogito*, del *individuo* que piensa.

La importancia filosófica concedida al individuo coincide con una *ruptura de los valores tradicionales*. Así lo exige, cada día más, la instalación, en los siglos XVI y XVII, de una *economía de mercado* eficaz, acelerada por la llegada de los metales preciosos de América y la extensión de los instrumentos de crédito. El dinero atropella y da flexibilidad a las viejas reglamentaciones de los grupos económicos y sociales (gremios, comunidades urbanas,

corporaciones de mercaderes, etc.); éstas pierden, al mismo tiempo que una parte de su utilidad, su tradicional rigidez. El individuo recupera, pues, en el plano de la vida cotidiana, una cierta libertad de elección. Pero se establece al mismo tiempo, y a causa de las estructuras modernas del Estado, un nuevo orden que fija unos límites rígidos: los deberes del individuo con la sociedad, el respeto de los privilegiados y de los privilegios.

Una carta de Descartes plantea claramente este problema. La princesa Isabel le había preguntado cómo puede vivir la sociedad y cuáles han de ser sus reglas si se admite que todo individuo es teóricamente libre y constituye por sí solo una unidad. Y el filósofo contesta (15 de septiembre de 1645): "Aunque cada uno de nosotros sea una persona separada de los demás y cuyos intereses, por consiguiente, son en cierta manera distintos de los del resto del mundo, se debe siempre pensar que es imposible subsistir individualmente, ya que, en efecto, cada uno somos una de las partes del universo y, más concretamente todavía, una de las partes de esta tierra, una de las partes de este Estado, de esta sociedad determinada, de esta familia con la que se comparte el domicilio y a la que se está unido por promesa y por nacimiento. Por lo tanto, siempre hay que preferir los intereses del todo del que se es parte a los intereses particulares."

En nombre de estos «intereses del todo», el siglo XVII emprende un severo «acondicionamiento» no solamente de los pobres, sino también de todos los elementos «inútiles» de la sociedad, de todos aquellos *que no trabajan*. Bien es verdad que el aumento inquietante del número de los pobres (junto con la expansión demográfica que tiene lugar a lo largo del siglo XVI y la crisis económica que comienza a finales de este mismo siglo y se agrava en el siglo XVII), este aumento de los pobres que se traduce en la mendicidad, el gran número de vagabundos y de ladrones, ha obligado a poner en práctica una represión necesaria. En 1532, el Parlamento de París manda detener a los mendigos de la gran ciudad «para obligarles a trabajar en las alcantarillas... atados con cadenas, de dos en dos». También es significativo el texto (que incluimos al final de los capítulos dedicados a Europa) sobre la manera en que la ciudad de Troyes trataba a los pobres en 1573.

Pero estas medidas son circunstanciales. A lo largo de la Edad Media, el misero, el vagabundo, el loco, se veían protegidos por el derecho a la hospitalidad y a la parte del pobre que se le reconocía en nombre de Dios, porque Cristo había santificado la miseria al adoptar el estado del pobre y porque el pobre siempre puede ser un enviado de Dios. Todo el movimiento espiritual que personifica San Francisco ha exaltado el valor místico de la Dama Pobreza, de la santa pobreza. En todo caso, los desgraciados, los locos, los malditos de la sociedad deambulan de ciudad en ciudad, se apresuran, la mayoría de las veces, a volverlos a poner en circulación antes que conservarlos dentro de sus murallas.

De aquí que se dé una cierta forma de libertad, *la libertad física por lo menos*, la del campesino que huye de un señor para encontrar otro, menos temible; o para trasladarse a la ciudad; la del mercenario, en busca de alguien que le reclute; la del emigrante, en busca de mejores salarios, o que parte hacia el Nuevo Mundo con la ilusión de una vida mejor; y también la libertad de los trabajadores en paro, de los vagabundos incorregibles,

mendigos, pobres de espíritu, ladrones, que consiguen vivir gracias a la caridad y al robo, al margen de un trabajo regular.

Toda esta gente que hasta entonces estaba protegida por la sombra de Dios se convierte, en el siglo xvii, en el enemigo de la sociedad urbana, ya capitalista, enamorada del orden y del rendimiento, y que edifica el Estado con este espíritu y para este efecto. *En toda Europa* (lo mismo en la protestante que en la católica), *los pobres, los enfermos, los trabajadores en paro, los locos* (a veces con su familia), *son encerrados despiadadamente junto con los delincuentes comunes*. Es lo que Michel Foucault (que ha estudiado el fenómeno de la locura en la época clásica) califica de "gran encierro" de los pobres, un secuestro legal, organizado por una administración minuciosa, que por otra parte da lugar a que se encierre, a demanda de las familias, tanto al hijo disoluto, al hijo pródigo o al padre "disipado" como por una denuncia real al adversario político.

Con este fin se crean un gran número de establecimientos legales: hospitales, talleres de caridad, *workhouses*, *Zuchhäuser*. Aunque tengan nombres diferentes, se trata en todos los casos de una especie de cuarteles de disciplina muy rígida y de talleres de trabajo forzoso. En Francia, el decreto de 1656 creó el *Hospital General*, y al mismo tiempo organizó esta política social de manera que en la ciudad de París se encontrará encerrada una persona de cada cien o poco menos. La dureza de esta represión sólo se atenúa en el siglo xviii.

En un mundo en el que la libertad no era ya más que un nuevo privilegio de los privilegiados, el siglo xvii contribuyó, pues, a restringir esta libertad elemental que es la de la huida o la de poder ir de un lado para otro, única libertad con la que hasta entonces contaban los pobres. Se produce, al mismo tiempo, como hemos dicho, una regresión de las libertades campesinas. Al empezar el siglo de la Ilustración, Europa alcanza el fondo de su miseria.

Contra este pesimismo sólo hay un correctivo: esta libertad de la que carecen la mayoría de los hombres continúa siendo el *ideal* hacia el cual el pensamiento, y también la historia, se dirigen lentamente. Es una de las tendencias más importantes de la historia de Europa, cuyo sentido general lo suministran las numerosas sublevaciones campesinas del siglo xvii, y los no menos frecuentes levantamientos populares (París, 1633; Rouen, 1634-1639; Lyon, 1623, 1629, 1633, 1642) y las tendencias políticas y filosóficas del siglo xviii.

Ni siquiera la Revolución francesa consiguió establecer totalmente esta libertad de cuya plena posesión tampoco podemos vanagloriarnos en la actualidad. La Revolución suprimió los derechos feudales en la noche del 4 de agosto, pero la verdad es que el acreedor y el propietario siguieron oprimiendo al campesino; suprimió las corporaciones (1791, Ley Le Chapelier) y al mismo tiempo dejó al obrero a merced del patrono. En Francia todavía tardarán un siglo en ser permitidos los sindicatos obreros (1884). Lo que no impide que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789, permanezca como una fecha fundamental en la historia de la libertad y en el génesis de la civilización europea.

¿Libertad o búsqueda de igualdad? Napoleón pensaba que lo que el francés deseaba no era la libertad sino la igualdad, es decir, la igualdad frente a la ley, la supresión de los derechos feudales, en suma, el fin de las libertades particulares y de los privilegios.

«De las libertades a la libertad» es la fórmula que ilumina toda la historia de Europa en uno de sus derroteros fundamentales.

6. El concepto de libertad, todavía “abstracto”, teórico, que se elabora desde el Renacimiento y la Reforma hasta la Revolución, adquiere un nuevo poder al formularse en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Toma cuerpo de doctrina con el liberalismo.

Desde entonces, el concepto de libertad—entendida en singular—se convierte en toma de conciencia del mundo y del movimiento de la historia. En ella se apoyan—legítima o abusivamente—casi todas las ideologías y reivindicaciones del siglo XIX, movimientos muy diversos reunidos todos bajo el nombre común de liberalismo, término equívoco porque su sentido es demasiado rico.

*El liberalismo designa al mismo tiempo que una doctrina política (aumentar los poderes legislativo y judicial y limitar el poder ejecutivo, y en este sentido se opone a autoritarismo) una doctrina económica, bajo el signo victorioso del *laissez faire, laissez passer* que excluye al Estado de toda intervención en el juego económico entre individuos, clases y naciones; una doctrina filosófica que reclama la libertad de pensamiento y sostiene que la unidad religiosa no es una condición *sine qua non* de la unidad social, ni tampoco de la unidad nacional, lo que implica forzosamente una idea de tolerancia, de respeto de los demás y de la persona humana, según la fórmula de la antigüedad clásica: «*Homo homini res sacra*».*

Por lo tanto, el liberalismo es más que «la doctrina de un partido... un clima de opinión». Frente a las múltiples circunstancias del siglo XIX emprendió innumerables tareas; afrontó innumerables obstáculos. En Alemania y en Italia, el liberalismo se mezcló con el nacionalismo: la libertad que importaba conseguir era, en primer lugar, la libertad misma de la nación. En España y en Portugal se tropezó con las fuerzas todavía monstruosas de un Antiguo Régimen sólido, apoyado en la Iglesia. En Inglaterra y en Francia, por el contrario, llegó casi hasta las últimas consecuencias de sus reivindicaciones políticas. Lenta e imperfectamente, el Estado liberal constitucional se organiza con sus libertades fundamentales (libertad de opinión, de prensa y parlamentaria; libertad individual; extensión del derecho de voto).

7. En todo caso, el liberalismo, durante la primera mitad del siglo XIX, sirve de parapeto al advenimiento político de una burguesía y de una aristocracia mercantil, de una clase poderosa y dirigente.

«Fuera de este círculo restringido, el individuo, cuyos derechos defiende con tanto celo el liberalismo, ha sido siempre una abstracción a quien le era imposible beneficiarse plenamente de estas ventajas.» Esto es una realidad, tanto en la Inglaterra de los conservadores y de los liberales, de los antiguos y de los nuevos ricos, como en la Francia de la Restauración y de la Monarquía de julio. La clase dirigente, que se califica a sí misma de li-

beral, se pone inmediatamente en contra del sufragio universal, es decir, en contra del pueblo.

Ahora bien, ¿cómo es posible sostener semejante política de egoísmo frente a la sociedad industrial, cuyas terribles realidades se precisan en seguida?

El liberalismo económico, que supone, en principio, una lucha igual entre individuos, no es más que una mentira piadosa. Cuanto más corre el tiempo, más va notándose la enormidad de esta mentira.

De hecho, *este primer liberalismo «burgués» fue, sobre todo, una lucha de retaguardia, y, en ningún momento, desinteresada contra el Antiguo Régimen aristocrático*, «un reto lanzado a unos derechos adquiridos, casi convertidos, por unas tradiciones viejas de más de medio milenio, en sagrados». De esta manera se inserta entre el Antiguo Régimen y su sociedad aristocrática a los que ha derrocado, y la sociedad industrial en la que el proletariado obrero reclama sus derechos. En pocas palabras, esta pretendida búsqueda de la libertad se puede comparar, a pesar de las apariencias, con las tradicionales luchas de grupos para conseguir *sus libertades*, que son otros tantos privilegios.

Las Revoluciones de 1848 (en Francia se establece entonces el sufragio universal) van a señalar una fecha crucial para el liberalismo. (En Inglaterra esta fecha crucial está determinada por la reforma electoral de 1832.) Desde entonces sólo podrá sobrevivir, sincera o engañosamente, bajo la forma de un liberalismo democrático extendido en principio a todas las clases. Alexis de Tocqueville y Herbert Spencer anuncian, cada uno a su manera, el advenimiento necesario de ese liberalismo y el triunfo de las masas, a las que temen. Pero, en esta nueva forma, el liberalismo tropieza en seguida con la poderosa y sincera corriente del socialismo, a quien está prometido el porvenir, al mismo tiempo que tropieza con los precursores del autoritarismo (los hay que ya dicen «fascismo») como son Carlyle y Napoleón III.

El liberalismo tuvo que vivir, que cambiar gobiernos y actos de prudencia y de egoísmo burgués, entre la nueva revolución que se anunciaba—el socialismo, cuyas mutaciones serán numerosas—y una contrarrevolución que todavía no tiene nombre ni sabe hasta dónde puede llegar; el liberalismo sólo recuperó un poco de empuje en Francia, en su lucha contra la Iglesia. Desde entonces, los liberales son conscientes de sus insuficiencias, y también de que su lucha y su éxito son dudosos. En 1902 y en 1903 aparecen en la razonable *Revue de Métaphysique et de Morale* una serie de artículos sobre «La crisis del liberalismo», a propósito, sobre todo, del monopolio de la enseñanza. Pero la verdadera crisis, la última, tiene lugar un poco más tarde entre las dos guerras mundiales.

Nadie, sin embargo, se atrevería a asegurar que el liberalismo, excluido de la política y de la acción, intelectualmente desposeído, esté en la actualidad definitivamente muerto. Ha sido algo más que una edad política, algo más que la habilidad y el parapeto de una clase determinada. Ha sido un ideal de la civilización occidental, y por mucho que se le haya traicionado quedan huellas suyas en nuestras herencias, en nuestra terminología y en

nuestros reflejos. Cualquier menoscabo de las libertades individuales nos sigue afectando. E incluso políticamente, frente al Estado autoritario y tecnócrata, frente a la sociedad que sigue imponiendo una eterna sujeción, un cierto liberalismo, anárquico y libertario, prosigue, en nombre del individuo y de sus derechos, su carrera occidental y mundial.

CAPITULO XVII

CRISTIANISMO, HUMANISMO Y PENSAMIENTO CIENTIFICO

En la vida espiritual e intelectual de Europa siempre ha predominado el movimiento. Se ha caracterizado por las rupturas, por las discontinuidades y por las tormentas, en una búsqueda sin fin de un mundo mejor.

En todo caso, estas discontinuidades espectaculares no deben llamar a engaño y hacer olvidar las constantes tenaces de su pensamiento y de su civilización, sensibles a través de todas las experiencias sucesivas del pensamiento europeo, desde la "Summa", de Santo Tomás de Aquino, al "Discurso del Método", de Descartes, a través del Renacimiento, de la Reforma y de la misma Revolución francesa. Y la revolución industrial, corte fundamental, no ha afectado a todos los sectores de la vida y del pensamiento europeos.

I. EL CRISTIANISMO

Todas las regiones evolucionan. No obstante, constituyen, cada una a su manera, unos universos particulares con sus constantes, sus permanencias, sus coordenadas originales.

El cristianismo occidental ha sido, y continúa siendo, el componente más importante del pensamiento europeo, comprendido el pensamiento racionalista que se constituyó contra él, pero también a partir de él. A través de toda la historia de Occidente permanece en el centro de una civilización, a la que da vida incluso cuando se deja vencer o deformar por ella, y a la que engloba incluso cuando ésta se esfuerza en librarse de él. Y es que, en efecto, pensar en contra de alguien supone permanecer en su órbita. Un europeo ateo continúa siendo prisionero de una ética, de un comportamiento psíquico, poderosamente arraigados en una tradición cristiana.

Cabe decir que es «de sangre cristiana», lo mismo que Montherlant, refiriéndose a sí mismo, aseguraba que era de «sangre católica», aunque, sin embargo, había perdido la fe.

1. El cristianismo, que se había extendido ampliamente por el Imperio romano, se convirtió en su religión oficial, por el edicto de Constantino del año 313, tres siglos después del nacimiento de Cristo.

El Imperio romano (es decir, todos los países mediterráneos, y por el lado europeo, algunos países al margen de la zona del olivo y de la vid) fue el espacio al que correspondió en un principio la joven religión victoriosa, «la era cristiana» como ha dicho Paul Valéry, queriendo subrayar, gracias al doble sentido de la palabra «era», los lazos que unen al cristianismo con la tierra, con el pan, con el vino, con el trigo y la vid, e incluso con el aceite sagrado; con las bases geográficas mediterráneas que la confesión cristiana iba, posteriormente, a desbordar.

De esta manera, con anterioridad a las conmociones provocadas por las invasiones bárbaras del siglo V y a las catástrofes que acarrearón las victorias del Islam en los siglos VII al IX, el cristianismo tuvo tiempo, en cierta manera, de adaptarse al mundo romano, de constituir en él su jerarquía, de aprender a distinguir con claridad lo temporal—lo «que es del César»—de lo espiritual, de vencer en luchas dogmáticas muy duras debidas, sobre todo, a las argucias y a la agilidad idiomática y espiritual griegas, pero también a la necesidad de concretar sus fundamentos teológicos, de fijar sus aspectos y de sacar las debidas consecuencias.

Los primeros concilios (Nicea, 325; Constantinopla, 381; Efeso, 431; Calcedonia, 451, etc...) colaboraron en este lento y difícil trabajo, así como los Padres de la Iglesia, los *apologistas*, que antes que Constantino habían luchado contra el paganismo, y más tarde los *dogmáticos*, que definieron la doctrina cristiana frente a las sectas disidentes. San Agustín no es el último de esta trayectoria (de la que ciertos exégetas piensan que se prolongó hasta el siglo VIII e incluso hasta el XII), pero es con mucho el más importante de sus representantes en Occidente. Bereber, nacido en el 354 en Tagasta (en la actualidad Suk-Ahras), en África, murió siendo obispo de Hippona (hoy Bône) en el 430, cuando los vándalos sitiaban la ciudad. La importancia excepcional de su obra, (*La ciudad de Dios*, *Las Confesiones*), sus mismas contradicciones, su deseo de asociar la fe a la inteligencia, es decir, *grosso modo*, la civilización antigua a la civilización cristiana, el vino viejo al nuevo, sus tentativas conscientes hacen de él, desde un cierto punto de vista, un racionalista. No obstante, lo que predomina en él es la fe. Pero también dice *credo ut intelligam*, es decir, creo para comprender. Y también: *Si fallor, sum*—si me confundo, existo—, *Si dubitat, vivit*—si duda, vive—. Sería excesivo el ver en estas afirmaciones, con tanto adelanto, una forma del *Cogito, ergo sum* de Descartes; no obstante, es evidente que lo evocan. Sin ninguna duda, el futuro ha demostrado más interés por el San Agustín teólogo y por sus afirmaciones sobre la predestinación que por su relativo racionalismo. Lo que no impide que el agustinismo diera forma y posibilidades de movimiento y de discusión al cristianismo occidental, aunque sólo fuera porque insistió en la fuerte necesidad de no comprometerse en la fe más que con conocimiento de causa, después de una profunda reflexión personal, y con el firme propósito de actuar en consecuencia.

Por lo tanto, las catástrofes apocalípticas de las invasiones no sorprenden a la Iglesia en un período de inmadurez y de vacilación sobre el camino a elegir. En el momento de los desastres del siglo V, la Iglesia se afirma como el Imperio mismo, como la civilización misma del Mundo Antiguo a la que ha asumido y a la que, en cierta manera, salvará, al salvarse a sí misma.

2. La Iglesia se salva de un mundo en peligro, pero a costa de un buen número de proezas.

Convertir a los recién llegados; convertir a los campesinos todavía mal cristianizados o que se desentienden con excesiva facilidad de la enseñanza de la Iglesia; convertir a los habitantes de las nuevas regiones en las que se instala el Occidente; mantener una jerarquía vinculada a Roma y al obispo de Roma, al Papa, al mismo tiempo que el feudalismo desintegra el espacio occidental en minúsculos distritos y en múltiples obispados; llevar a cabo difíciles combates, de los cuales el más célebre, que enfrentó al Sacerdocio con el Imperio, encontró una solución provisional pero no una conclusión definitiva en el Concordato de Worms sobre las Investiduras (1122)... Fue, pues, una inmensa labor la que tuvo que realizar la Iglesia, una enseñanza repetida, fastidiosa, interrumpida por numerosos fracasos, siempre reemprendida, porque todo, sin excepción, era continuamente puesto en tela de juicio. El desarrollo de la vida monástica (Benedictinos, Cistercienses) culmina en una colonización material y espiritual de los medios rurales (siglos XI y XII) y después con los Dominicos y los Franciscanos, en una evangelización vehemente de las ciudades (siglo XIII).

Cada siglo tuvo su tarea, su combate: el siglo XIII, la lucha contra los cátaros; el violento siglo XV, el gran debate entre los Concilios y el Papado (Concilios de Constanza y de Basilea); el XVI, el estallido de la Reforma, la puesta en marcha, al mismo tiempo, de la Contrarreforma (a cargo de los Jesuitas), de la evangelización del Nuevo Mundo, de las definiciones autoritarias del Concilio de Trento (1545-1563); en el siglo XVII aparece la alarma jansenista; en el XVIII, la lucha se agrava porque el nuevo adversario lo constituyen los mantenedores de un cierto ateísmo, menos discretos que los «libertinos» del siglo anterior: esta lucha rebasa las fronteras del siglo; apenas acaba de empezar, cuando estalla la Revolución francesa.

Por último, dejando a un lado esta hostilidad de los adversarios que se apoyaban en ideologías racionalistas, la Iglesia tuvo que enfrentarse constantemente con la descristianización regular, monótona que con frecuencia se reducía a una mera descivilización. En todas las regiones donde era difícil la circulación fuera de los grandes ejes (así, por ejemplo, en los Alpes o en los márgenes de Europa, en el Mecklemburgo, todavía en el siglo XIII; en Lituania, en Córcega, en este caso, en plenos siglos XV y XVI), los viejos cultos paganos surgen con cualquier motivo: en unos sitios reaparece el culto de la serpiente; en otros, el de los muertos o el de los astros, y toda una serie de supersticiones, aferradas a un folklore tenaz, a las que la Iglesia frecuentemente se ha contentado con cubrir «con un ligero velo» al carecer de medios más eficaces.

En su lucha, la Iglesia ha utilizado todas sus armas: la enseñanza, la predicación, su poder temporal, su arte, su teatro religioso, sus milagros. El culto popular a los santos, a veces tan agobiante que los mismos servidores de la Iglesia se alarmaron y reaccionaron contra él.

En 1633, en Lisboa, dos capuchinos no pueden evitar el decir que «San Antonio de Padua parece el Dios de Lisboa... Los mendigos sólo piden limosna en su nombre y... es a él a quien invocan cuando están en peligro. Para ellos, su San Antonio lo es todo, es su norte y, como dice el predicador, el santo de las agujas: si una mujer pierde una aguja y la encuentra considerará que se lo debe

agradecer a San Antonio". Esta moda de San Antonio ha atravesado el mar, porque un viajero francés se hace eco, un siglo más tarde, en Brasil, de esta "prodigiosa devoción."

De hecho, la superstición popular es siempre capaz de arruinar, de comprometer intestinamente la vida religiosa, deformando hasta las mismas bases de la fe. Entonces era necesario empezar de nuevo.

Cuando San Juan de la Cruz se instaló con sus dos compañeros en Durvelo, en Castilla, en donde Santa Teresa había fundado el primer monasterio de monjes del Carmelo Reformado, decidió llevar la más ascética de las vidas monásticas, pero no una vida enclaustrada; a pesar de las nieves del invierno: "muchas veces se iban descalzos por unos caminos horribles a predicar el Evangelio a los campesinos como si fueran salvajes"... Lo cual es testimonio de que en pleno país cristiano había a menudo que reemprender la evangelización.

La obra del cristianismo se llevó, pues, a cabo en dos planos diferentes: el de una vida intelectual, en donde defendía sus posiciones frente a adversarios, con frecuencia bien intencionados, pero que, en todo caso, nunca faltaron; y, por otra parte, el de una acción sobre las masas a quienes su vida penosa y aislamiento alejaban demasiado fácilmente del sentimiento religioso y de la más elemental ortodoxia.

3. Esta doble obra ha sido objeto de amplias fluctuaciones, de éxitos, de retrocesos, de largos estancamientos, difíciles de percibir desde fuera en la medida en que la vida religiosa cotidiana, su realidad media, se nos escapan con demasiada frecuencia. Sin embargo, es imposible equivocarse sobre su movimiento general.

Desde el siglo X al XIII se observa, por doquier, una importante expansión del cristianismo. De ella testimonian, con su presencia, las Iglesias y los monasterios: toda la Iglesia se ve arrastrada por este poderoso movimiento que tiene el mismo sentido que la expansión económica y social de una Europa activa, llena de vida y en vías de una rápida progresión. Pero después viene la peste negra y, con ella, un repliegue catastrófico y brutal. Entonces todo retrocederá, incluso los mismos progresos del cristianismo, en el curso de esta prolongada serie de conmociones y de luchas que los historiadores conocen con el nombre de *Guerra de los Cien Años* (1337-1453), y cuyas sacudidas se extendieron, mucho más allá de los grandes países beligerantes, Francia e Inglaterra, de hecho a todo el Occidente.

En la segunda mitad del siglo XV se observa una nueva subida de la marea religiosa, que afecta al conjunto de una Europa de nuevo en paz, pero que se enfrenta al mismo tiempo con fuertes inquietudes. Desde 1450 a 1500 transcurren los «*tiempos inquietos*» (Lucien Febvre) a los que los historiadores han llamado, sin más, e incurriendo en un error, Pre-reforma, porque la confusión de los espíritus, que entonces era general, no lleva obligatoriamente a la actitud «protestante» y airada de la Reforma. En los países que permanecen fieles a Roma esta inquietud religiosa culmina, de hecho, en otra «Reforma», esta vez católica, que los historiadores llaman, por lo general, Contrarreforma. Una vez más, el término está lejos de ser idóneo.

En todo caso, los siglos XVI y XVII, van a vivir bajo el signo de pasiones

religiosas, de controversias espirituales extremas cuya intensidad no debe sorprendernos; así, por ejemplo, la terrible querrela entre el rigorismo de los jansenistas, y la moral más simple, más laxa y más humana de los jesuitas, en la época de Saint-Cyran, de «*ces messieurs de Port Royal*», de madame de Sévigné, de Racine y de Pascal.

Con el siglo XVIII se inicia un importante repliegue. Esta vez el empuje material no sirve a la causa de la Iglesia. Acompaña, por el contrario, a un movimiento científico y filosófico que se rebela contra ella, en nombre del progreso y de la razón.

II. EL HUMANISMO Y LOS HUMANISTAS

El pensamiento europeo sólo es concebible en el marco de un diálogo con el cristianismo, incluso cuando este diálogo es mordaz y la discusión violenta. Esta perspectiva es esencial para la comprensión del *humanismo*, aspecto fundamental en el pensamiento de Occidente.

1. Consideremos previamente el problema planteado por el mismo término de humanismo. En efecto, se trata de un concepto ambiguo, peligroso, de no precisarse inmediatamente sus usos y su identidad.

Humanismo es un cultismo forjado en el siglo XIX por los historiadores alemanes (su arranque exacto data de 1808). Pierre de Nolhac, autor de *Pétrarque et l'Humanisme*, "ha reivindicado el honor de haberlo introducido en la lengua oficial de la Universidad Francesa, en 1886, en un curso que dio en la Escuela de Altos Estudios". Es, pues, una palabra de empleo *tardío* y que por lo mismo se presta a diferentes interpretaciones personales, lícitas o abusivas. Hasta entonces, sólo se hablaba de los *humanistas*, y el término se aplicaba a un grupo determinado de hombres que, en los siglos XV y XVI se calificaron a sí mismos de tales.

Pero el término de humanismo no ha permanecido relacionado únicamente con los «humanistas» y con «el espíritu del Renacimiento italiano y europeo». Ha designado esto y mucho más, hasta el punto de que ha llegado a la terminología *actual* con una riqueza de sentido tan grande que una encuesta, realizada en 1930, recoge las expresiones de humanismo *nuevo*, humanismo *cristiano*, humanismo *puro*, y hasta *técnico* y *científico*... Si en la actualidad se realizara un sondeo se llegaría a resultados similares, buena prueba de que este término, que en el pasado era un cultismo, tiende a convertirse en popular, de que se va cargando de sentido, y, por lo tanto, de que responde a problemas y orientaciones actuales.

En el terreno de la historia se habla tanto del humanismo del siglo XII (sobreentendiéndose la escolástica) como del humanismo del Renacimiento o de la Reforma, del de la Revolución francesa, cuya riqueza y originalidad explicaremos más adelante o según la expresión de un historiador actual del "humanismo de Carlos Marx o de Máximo Gorki"... Lo único que une a esta serie de "humanismos" es la necesidad y el interés evidentes de agruparlos todos en un solo haz de problemas.

Quizá sea conveniente tomar de Augustin Renaudet, historiador del humanismo toscano y europeo, una definición amplia que parece adecuada para este sentido

general: "Se puede designar bajo el nombre de humanismo una ética de la nobleza humana. Orientada, al mismo tiempo, hacia el estudio y hacia la acción, esta ética reconoce y exalta la grandeza del genio humano, el poder de sus creaciones, oponiendo su fuerza a la fuerza bruta de la naturaleza inanimada. Lo esencial continúa siendo el esfuerzo del individuo para desarrollar en sí mismo, mediante una disciplina estricta y metódica, todas las potencias humanas, para que no se pierda nada que pueda dar grandeza a lo humano y magnificarlo. "Tender con un esfuerzo ininterrumpido, dice Goethe, en el principio del *Segundo Fausto*, hacia la más alta forma de la existencia." En este mismo sentido, Stendhal aconsejaba a Delacroix (31 de enero de 1850): "No descuidéis nada de aquello que pueda contribuir a engrandeceros." Esta ética de la nobleza humana impone a la sociedad un esfuerzo constante para realizar en ella misma la más alta perfección de las relaciones humanas; una inmensa conquista, una inmensa labor de cultura, una ciencia progresivamente ampliada del hombre y del mundo. El humanismo funda una moral individual y colectiva; funda un derecho y una economía; desemboca en una política; de él se nutre un arte y una literatura".

Definición maravillosa que podría bastarnos. Pero, sin embargo, no subraya con la necesaria intensidad el sentido profundo del proceso, exagerado, por el contrario, en la brutal afirmación de Etienne Gilson: el humanismo del Renacimiento, viene a decir este autor, es la Edad Media, «no: *más* el hombre, sino: *menos* Dios». La fórmula es injusta y excesiva, pero indica la inclinación natural, consciente o inconsciente, de todo humanismo: engrandecer al hombre, liberarlo, disminuyendo la parte de Dios, incluso si no prescinde de él por completo.

En cierta manera, también el humanismo está siempre en *contra* de algo: *contra* la sumisión exclusiva a Dios; *en contra* de una concepción exclusivamente materialista del mundo; *en contra* de toda doctrina que descuide o parezca descuidar al hombre; *en contra* de todo sistema que reduzca la responsabilidad del hombre... Es una reivindicación perpetua. Un producto del orgullo.

Calvino no se engañaba cuando decía: "Cuando se nos enseña a andar con el solo apoyo de nuestra fuerza y virtud, ¿qué otra cosa se hace que elevarnos al extremo de una caña, incapaz de sostenernos, que se rompe en seguida y nos hace caer?" Calvino no era de los que creían, ante todo, en el hombre.

El caso del humanista es el contrario. Su fe, cuando la tiene, debe adaptarse a esta confianza suya en el hombre. Y sólo en el sentido de esta tradición inveterada podría entenderse, en cierta manera, la frase del sociólogo Edgar Morin, cuando abandonó el partido comunista: "El marxismo, amigo mío, ha estudiado la economía y las clases sociales; es maravilloso, pero se ha olvidado de estudiar el hombre."

2. El humanismo es un impulso, un bélico avance hacia la emancipación progresiva, un interés constante por las posibilidades que tiene el hombre de mejorar o de modificar su destino.

Su historia es múltiple, entrecortada, con estancamientos, con retrocesos, con contradicciones evidentes que han cubierto todo el pasado de Europa.

Parece como si Europa hubiera vivido siempre a la búsqueda de una solución *diferente* de las actuales, para sus problemas y sus dificultades. De ahí un deseo casi enfermizo de caminar siempre hacia la novedad, hacia lo

difícil, incluso hacia lo prohibido, y muchas veces hacia el escándalo del que Europa puede ofrecer un copiosísimo material de información.

Por falta de espacio reduciremos nuestro estudio a tres casos excepcionales y significativos: *el humanismo del Renacimiento, el humanismo de la Reforma*, que es contemporáneo suyo o casi, y muy posterior a ellos, en el siglo XVIII, *el humanismo vehemente de la Revolución francesa*.

3. El humanismo del Renacimiento se presenta como el diálogo de Roma con Roma, de la Roma pagana con la Roma de Cristo, de la civilización antigua con la civilización cristiana.

Se trata, sin duda alguna, de uno de los diálogos más ricos—y nunca interrumpido—que haya conocido el Occidente.

1) *Vivir y volver a vivir con los Antiguos.*

Se ha citado repetidas veces la breve frase decisiva con que termina Dell'arte della guerra, de Maquiavelo: «este país (se trata, claro está, de Italia), parece haber nacido para resucitar las cosas muertas.» Pero cuando se llama de nuevo a la vida tan apasionadamente a estas *cose morte*, es que la vida tiene necesidad de ellas, que están al alcance de la mano y que no están muertas del todo.

En realidad, la Roma pagana nunca murió del todo en Occidente. En un libro de una extremada precisión técnica, Ernst Curtius, ha demostrado esta extraordinaria supervivencia de la civilización del Bajo Imperio, de la que se ha nutrido Occidente hasta un punto incalculable, sacando de ella sus temas literarios, sus formas de pensamiento y hasta sus lugares comunes y sus metáforas.

El hecho de que Europa se adaptara a esta vecindad cotidiana con la Roma clásica es tanto más natural cuanto que no había alternativa, que no había otra civilización que pudiera rivalizar con la romana; y también es natural el hecho de que el cristianismo aceptara de buen grado la *coexistencia* aun desde antes de la caída del mundo romano. Ya en el siglo II decía San Justino: todo pensamiento noble, «venga de donde venga, es aprovechable para los cristianos». Y San Ambrosio aseguraba que «toda verdad, cualesquiera que sea su intérprete, procede del Espíritu Santo». Y sólo Tertuliano, sin encontrar eco, exclamaba: «¡Nada tienen en común Atenas y Jerusalén!»

En todo caso, aunque la herencia de la Antigüedad hubiera entrado en la vida, en el pensamiento y en el lenguaje de la Edad Media occidental, la literatura de la Antigüedad, con sus poetas, sus filósofos y sus historiadores había dejado, muchas veces, de apasionar o de interesar a los intelectuales. Aunque el latín continuaba siendo una lengua viva, el griego era prácticamente desconocido. En las bibliotecas más ricas, los manuscritos de obras clásicas permanecían cubiertos de polvo. Los humanistas rebuscaban por doquier estos viejos textos para releerlos, editarlos, comentarlos con vehemencia; para rendir nuevos honores a las obras y a la lengua de los Antiguos—tanto griegos como latinos—con los cuales van a vivir, en el sentido literal de la palabra.

Quizá nadie lo haya expresado con más claridad que Maquiavelo, durante su segundo exilio (1513), en el ocaso de su vida. Se encuentra entonces retirado entre leñadores y campesinos... «Anochece y regreso a casa. Entro en la biblioteca,

y desde el umbral me quito la ropa de a diario, cubierta de lodo y de barro, para ponerme el traje de la corte real... Tan honorablemente vestido penetro en la vieja corte de los Antiguos: allí, éstos me reciben con afabilidad y me satura del alimento que, por excelencia, es el mío y para el que he nacido; no me da ningún pudor el hablar con ellos, el interrogarles sobre los móviles de sus actos. Y ellos me contestan en virtud de su misma humanidad."

El humanismo del Renacimiento está, pues, dominado por las lecturas y las continuas conversaciones con los clásicos; en este sentido se puede decir que son humanistas Rabelais y Montaigne; así lo demuestran sus libros con la constante acumulación de los recuerdos de sus lecturas... Junto a cada humanista se puede reconocer, sonriendo con complicidad o malevolencia, al clásico que le lleva de la mano y de esta manera le explica o le desenmascara. Erasmo de Rotterdam, que será llamado el Príncipe de los Humanistas, es Luciano, según dicen sus enemigos. También Rabelais y Buenaventura de Périers son «Luciánicos», mientras que Maquiavelo es Polibio...

2) Límites en el tiempo y en el espacio.

Nuestro término artificial de Humanismo y el no menos artificial de Renacimiento, creado por Jules Michelet y por Jacob Burckhardt, vienen a significar lo mismo. Ambos movimientos se confunden, tanto en el tiempo como en el espacio.

Fue, sin duda alguna, Avión quien lanzó al humanismo y, junto con él, al Renacimiento. Avión cobró nueva vida con la vuelta de Petrarca (1337), y por mucho tiempo, gracias a la estancia de los Papas, fue la ciudad más «europea» y más lujosa de Occidente (incluso después del retorno del Papado a Roma, en 1376, conservó a sus anti-Papas y su lujo y esplendor). Sin embargo, es en Florencia donde el Renacimiento, en su plenitud, implantará más tarde su «hegemonía cultural», hasta la muerte de Lorenzo el Magnífico, en 1492, e incluso hasta la toma de Florencia por los Imperiales, y por Cosme de Médicis, en 1530.

Estos límites cronológicos, 1337 y 1530, son indudablemente válidos para el conjunto del movimiento que no afectó tan sólo a Italia, sino al *conjunto de Occidente*: el último príncipe del humanismo, Erasmo, nacido en Rotterdam, en 1467, murió en Basilea en 1536.

Pero estos dos siglos largos de historia sólo cobran un sentido pleno cuando se les abre ampliamente hacia el pasado, antes de 1337 (fecha poco segura) y hacia el futuro, después de 1530 (fecha evidentemente convencional).

Hacia el pasado, porque no hubo ruptura casi total, como se creía hasta hace poco, entre Edad Media y Renacimiento. Este no es la contrapartida de la filosofía medieval por muy reticentes que se mostraran los humanistas con la escolástica. "Hace cincuenta años, escribe un historiador (en 1942), se veía entre la Edad Media y el Renacimiento la misma oposición que entre lo negro y lo blanco, que entre la noche y el día, es decir, una disparidad cegadora. Pero luego, por el contrario, los confines entre las dos edades se han vuelto tan confusos que para distinguirlos se tendría necesidad de una brújula."

Hacia el futuro, porque no está demostrado que con la muerte de Erasmo (1536), el hombre al que admiran retrospectivamente todos los espíritus liberales de hoy, muriera una civilización, la del libre Renacimiento, bajo el soplo helado de

las guerras religiosas que ocuparán, a partir de entonces, un siglo entero e incluso más.

No cabe duda que se interrumpió por estas fechas el movimiento triunfante del Renacimiento. Pero cuando se trata de realidades de civilización, lo que ha durado más de dos siglos no puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. A largo plazo, los humanistas han ganado una baza. La han ganado en la enseñanza, en la que la Antigüedad ha continuado siendo, hasta nuestros días, el pan cotidiano. Hoy, apenas estamos empezando a separarnos de ella. Y, sobre todo, los humanistas han dado a Europa una confianza en la grandeza y en la inteligencia humanas cuyas glorias habían cantado y que seguirá siendo la gran incitación para pensar y para vivir en Occidente.

El Humanismo, aunque ha sido obra de minorías (latinistas apasionados, helenistas menos numerosos pero no menos apasionados, hebraizantes, como Tomás Platter, el cordelero, Pico de la Mirándola o Postel), obra de algunos «espíritus de excepción» no se ha limitado en ningún momento a unas cuantas ciudades o cortes de príncipes, como la brillante corte de Francisco I. Estos espíritus de excepción se desparramaron por toda Europa y entraron en asidua relación epistolar (la maravillosa correspondencia de Erasmo, naturalmene en latín, comprende doce tomos in-8.º, en la edición de Allen). Europa entera fue afectada por este movimiento de los espíritus: Italia en primer lugar, pero también Francia, Alemania (sin olvidar el importante papel desempeñado por Bohemia), Hungría, Polonia, los Países Bajos, Inglaterra... Se podrían citar listas de nombres, y, en Francia, la creación de los «lectores reales», en realidad profesores no encuadrados, a los que Francisco I encargó la enseñanza de las materias proscritas en la Universidad, y que formarían más tarde el Colegio de Francia.

3) *¿Es o no es el Humanismo del Renacimiento una lucha contra el cristianismo? ¿Acaso no se debe ver en este movimiento más que un impulso hacia el ateísmo y la irreligión? ¿O por lo menos, debe verse en Maquiavelo, en Rabelais o en Montaigne, los precursores auténticos del libre pensamiento?*

El afirmarlo quizá sería juzgar al Renacimiento desde nuestra perspectiva actual con los errores que esto comporta. No cabe duda que el Renacimiento se desvió de la enseñanza tradicional de la escolástica y de la teología. Tampoco cabe duda de que era aficionado a una literatura clásica totalmente pagana, y que la dirección de su pensamiento fue la exaltación del hombre, pero no por ello se debe deducir forzosamente que se alzó contra Dios y contra la Iglesia.

La conclusión que se saca del estudio minucioso y conciso realizado por Lucien Febvre, sobre la obra de Rabelais, es que era *imposible*, o por lo menos terriblemente difícil todavía, en la época de Rabelais, el tener acceso a un ateísmo *filosófico* seguro de sí mismo; el utillaje mental de la época no lo permitía; no ofrece ni las palabras-clave, ni los razonamientos con la suficiente percusión, ni, sobre todo, el indispensable apoyo científico. Es evidente que la investigación científica no fue menospreciada por el Renacimiento, pero, no obstante, no constituyó el centro de sus preocupaciones.

En realidad, no se puede llegar a ninguna conclusión válida mientras no se haya medido con exactitud la intensidad de los sentimientos y de los es-

píritus, mientras no se haya reconstruido el clima de esta vida lejana, mientras no se hayan revisado, uno por uno, los procesos por ateísmo incoados con excesiva precipitación por las polémicas de los contemporáneos o la vehemencia de los historiadores. Prácticamente, en cada caso, el juez tendrá que reconocer los errores y ambigüedades insolubles.

El diálogo de Lorenzo Valla, *De Voluptate*, 1431, que provocó un escándalo en la época de su aparición, escrito en latín ciceroniano, describe una disputa entre los *epicúreos* y los *estoicos*. Estos últimos habían estado de moda hasta entonces (en Petrarca, en Salutati, en Poggio) y, por lo tanto, Valla opta por prestar una pequeña ayuda a aquéllos, a los epicúreos. Se trata de un mero debate literario, al término del cual, por lo demás, reaparece el autor para afirmar el orden sobrenatural del cristianismo.

Puede pensarse que simplemente es hipocresía. Pero será entonces rehacer la historia sin esfuerzo, negarse a considerar que el ateísmo sólo se forjó más tarde, cuando pudo apoyarse en una ciencia materialista. En el siglo XVI, *la regla general* es que la negación de Dios no forma parte ni de las preocupaciones, ni de los deseos, por no decir de las necesidades, de los hombres.

Tampoco cabe precipitarse en llamar a Maquiavelo pagano sólo porque criticó al clero y a la Iglesia "que han hecho de nosotros seres irreligiosos y malvados", o porque reprochó al cristianismo "el haber santificado a los humildes y a los contemplativos, el haber colocado el bien supremo en la humildad..., mientras que la religión antigua lo colocaba en la grandeza de alma". Con más razón se le puede reprochar el haber cedido a la lección que le dieron los sucesos de su terrible época y colocado a la política al margen de la moral, donde ha permanecido desde entonces...

De la misma manera, conviene situar en el lugar que le corresponde a la Academia fundada por Lorenzo de Médicis. Al ser neoplatónica, se apoya en la filosofía idealista de Platón, toma posición en contra del aristotelismo, y quizá intentara buscar una especie de *compromiso* entre la Antigüedad y el cristianismo. Pero el hecho de que Pico de la Mirándola, que la frecuentaba, escribiera para ella un discurso sobre la dignidad del hombre—*De dignitate hominis*—no le impide en absoluto el soñar con el término de su demasiado breve vida ni el irse a predicar el Evangelio "con el crucifijo en la mano, descalzo, por las ciudades, el campo y los pueblos", ni el hacerse enterrar con el hábito de la Tercera Orden dominica. Es un ejemplo, entre otros, de lo que se ha calificado de *humanismo religioso*. Es el mismo caso del Paduano Pomponazzi, al que algunos creen ateo hasta la evidencia, mientras que otros le consideran un caso dudoso. El caso de Buenaventura de Périers, personaje singular y autor de un extraño *Cymbalum Mundi* (1537-1538), ha sido estudiado en el extraordinario libro de Lucien Febvre (1942). Su conclusión es la siguiente: si, como parece evidente, el Mercurio de estos diálogos es Cristo, se trata en este caso de un ataque directo contra Cristo y de una muestra de ateísmo. Pero lo mismo que no debemos callar, tampoco debemos exagerar el alcance de este libro, que constituye una excepción en la literatura de la época.

Philippe Monnier, apasionado historiador del *Quattrocento* florentino, pretende que el humanista, fascinado por el prestigio de los antiguos, "les copia, les imita, les repite, adopta sus modelos, sus ejemplos y sus dioses, su espíritu y su lengua" y que "semejante movimiento, llevado hasta sus últimos extremos lógicos, tendería nada menos que a suprimir el fenómeno cristiano". Quizá fuera así dentro de *nuestra* lógica. Pero quizá no según la lógica de los siglos XV y XVI. "No tiene sentido, escribe con vehemencia el sociólogo Alexander Rüstow, buscar semejante antagonismo cuando se da el caso de que la victoria de la Antigüedad sobre la Iglesia... está realizándose en el interior mismo de la Iglesia. De hecho, Roma se desarrolló como un foco de esplendor del Renacimiento y los mismos papas fueron los que iniciaron este movimiento. Fue Alejandro VI el que terminó con el ene-

migo de los humanistas en Florencia, Savonarola, quemado el 20 de mayo de 1498. Más aún, la Antigüedad que reaparece en los espíritus es tolerante. Los filósofos griegos asistían, con fe o sin ella, a las fiestas y a los cultos de los dioses. ¿En razón de qué, sus discípulos atacarían a una Iglesia que no les mira con hostilidad? La frase de Erasmo es: «¡San Sócrates, reza por nosotros!»

4) *El Renacimiento se aparta del cristianismo de la Edad Media, mucho menos en el campo de las ideas que en el de la vida misma.*

Si se quiere es una traición cultural y no filosófica. Su atmósfera ha sido la de una gran alegría, múltiple, la de los ojos, la del espíritu, la del cuerpo, como si Occidente saliera de una cuaresma multisecular.

El Renacimiento restablece una sociología y una psicología de la alegría. Rara vez se da en la historia otra época en la que los hombres hayan tenido hasta tal punto un sentimiento tan intenso de vivir en una época feliz. «Al *Memento mori* de la Edad Media sucede el *Memento vivere*.» La contemplación de la muerte, las danzas macabras del final del siglo xv, desaparecen como por encanto, como si Occidente se hubiera dividido (en el sentido que Michel Foucault da a esta palabra), es decir, separado espiritualmente de la meditación sobre la muerte. Puede seguirse esta transformación en los numerosos y sucesivos *Artes moriendi* (tratados para una buena muerte): la muerte deja, poco a poco, de ser la muerte celeste, el tránsito tranquilo a una vida mejor, a la verdadera vida; se convierte en una muerte *terrestre*, con todos los horribles estigmas de los cuerpos que se pudren, en una muerte humana, la suprema experiencia con que el hombre se tiene que enfrentar. Ya nadie cree, como San Agustín, que «en la tierra no somos más que viajeros que ansiamos que llegue el momento de la muerte»; pero al mismo tiempo nadie piensa ya que «esta vida es más bien una muerte que una vida; (que) es una especie de Infierno». La vida ha recuperado todo su valor y su importancia.

Es en la tierra donde el hombre tiene que organizar su reino, y esta nueva convicción determina la puesta en marcha de todas «las fuerzas positivas de la cultura moderna: libertad de pensamiento, desprecio de las autoridades, triunfo de la formación intelectual sobre el privilegio del nacimiento (es decir, con términos del *Quattrocento*, triunfo del concepto de *humanitas* sobre el de *nobilitas*), entusiasmo por la ciencia, liberación del individuo...» (Nietzsche).

Los humanistas son muy conscientes de esta nueva fermentación. «Sin ningún género de duda, ésta es la edad de oro», afirma Marsilio Ficino (1433-1499). En 1517, Erasmo dice aproximadamente lo mismo: «Hay que desearle buena suerte al siglo: será la edad de oro.» En su célebre carta del 28 de octubre de 1518, dirigida al humanista de Nuremberg, Willibrodus Pirckheimer, Ulrich von Hutten exclama: «¡Qué siglo! ¡Qué literatura! ¡Qué agradable es vivir!» Por lo archiconocido que es el ejemplo, no nos atrevemos a invocar aquí la Abadía de Thélème que imagina Rabelais...

Nadie puede discutir que esta aguda toma de conciencia de las posibilidades múltiples del hombre ha preparado, de antemano, todas las revoluciones del mundo y hasta al ateísmo. Pero los humanistas estaban demasia-

do ocupados en la organización de su propio reino como para discutirle el suyo a Dios.

Desde el primer tercio del siglo XVI, el movimiento y la alegría del Renacimiento son frenados y atenuados. «Los hombres tristes» van a ir llenando poco a poco el escenario de Occidente. Como ocurre en todas las épocas de alegría, en todas aquellas en las que brilla el sol, en los grandes momentos felices o que se creían felices: el siglo que conoció el esplendor de la ciudad de Alejandría, el siglo de Augusto, el siglo de la Ilustración, el Renacimiento duró poco en su perfección.

4. El humanismo protestante: La inmensa corriente de la Reforma nace entre los siglos XV y XVI. Se consolida con el escrito conteniendo las 95 proposiciones de Lutero colocado en las puertas de la Schlosskirche, en Wittenberg.

Esta corriente transcurre a través de todos los horribles excesos de las guerras de religión. En realidad, éstas empezaron en Alemania, en 1546, el mismo año de la muerte de Lutero, y no terminaron hasta un siglo más tarde, en 1648. En el intervalo se extendieron a otros países, y por todas partes causaron terribles ruinas. Se firmaron compromisos tardíos y *más o menos duraderos*: Paz de Augsburgo, en 1555; Edicto de Nantes, en 1598; Carta de Majestad, en Bohemia, en 1609. Sin embargo, dado que la Reforma, al contrario que el Humanismo del Renacimiento, llegó en seguida a las masas, millares de hombres y de mujeres tuvieron que afrontar, para defender su fe, la guerra civil, la represión violenta (como en los Países Bajos, en la época de Felipe II; o en Francia, con motivo de la revocación del Edicto de Nantes (1658) y de la insurrección de Cévennes) o el exilio, unas veces hacia el Nuevo Mundo, otras, hacia un país que les ofreciera la posibilidad de expresar libremente su fe, de acuerdo con el principio *Cujus regio, ejus religio*.

Esta vehemencia se apacigua en el siglo XVIII y a veces antes. El protestantismo ha sobrevivido y ha llegado hasta nuestros días, tiñendo hoy día, con su humanismo particular, a una extensa parte del mundo occidental, en especial a los países anglosajones y germánicos. Sin embargo, no es fácil precisar el color exacto de este humanismo, ya que no hay *una* Iglesia protestante, sino *varias* Iglesias que corresponden a una pluralidad de humanismos protestantes, a diferentes tipos de hombres. Estos, no por ello dejan de pertenecer a una misma familia, sobre todo cuando se les enfrenta con su vecino, el Occidente católico.

1) En principio, hay dos protestantismos.

Nos interesa esta herencia recibida por la Europa moderna y no la *Reforma en sí*. Por lo tanto, no vamos a entretenernos en la historia clásica de la Reforma y del protestantismo. Para conocerla se puede recurrir al libro de Emile Léonard.

Con veinte años de distancia se suceden dos "ondas" largas, la primera dominada por la fogosa actividad de Martín Lutero (1483-1546), la segunda por la ac-

tividad reflexiva y autoritaria de Calvino (1509-1564). Se trata de dos personalidades totalmente diferentes. Lutero es un campesino de los márgenes fronterizos del Estado germánico. Hay algo directo, fuerte y natural en su rebelión intelectual de campesino, siendo su mentalidad rural, *Bauerstand des Geistes*, como dice Nietzsche. La posición de Lutero consiste en denunciar los abusos, las cosas absurdas y las complicaciones de la Iglesia, en salir de estas incertidumbres apostándolo todo en la redención por la fe ("el justo se salvará por su fe"), en contentarse con las tomas de posición emocionales e instantáneas, sin preocuparse de someterlas posteriormente a un ordenamiento metódico. Esta posición del joven Lutero es, pues, clara, simple, una posición romántica y revolucionaria. "Dios ya no puede soportarlo más...—exclama—. ¡Ya no estamos en un mundo como el de antaño, en el que se cazaba y se guiaba a las personas!" Bien es verdad que Lutero no podrá mantener esta actitud de oposición a los poderosos y a los ricos. En 1525, el reformador desautoriza a los campesinos sublevados, en parte por su culpa, entre el Elba, el Rin y los Alpes. Las necesidades de acción le impondrán muchos compromisos.

Lo cual no quita que continúe siendo opuesto a Calvino, ciudadano frío, intelectual, organizador, jurista que siempre siente la necesidad de ir hasta las últimas consecuencias de sus propias deducciones. Lutero descubre la predestinación como una revelación; Calvino hace un sistema de ecuaciones con ella, lo resuelve y saca sus consecuencias. Los elegidos han sido escogidos desde siempre: por lo tanto, a ellos les corresponde el gobernar a los demás. Y esto es lo que hace Calvino en Ginebra, con mano firme, aunque invocando siempre un espíritu de humildad (1536-1538; 1541-1564); lo mismo que hará Cromwell en la dura Inglaterra de los puritanos.

Estos son los dos protestantismos fundamentales. Su áreas de extensión son diferentes, pero a pesar de todo sus puntos comunes son numerosos: ruptura con Roma y con el culto de los santos; supresión del clero regular; reducción de los sacramentos de siete a dos: Eucaristía y Bautismo; e incluso no siempre se está de acuerdo en lo referente a la Eucaristía.

Es necesario prestar atención también a lo que se puede llamar, tras un proceso de simplificación (ya que la lista completa sería demasiado larga), protestantismos desviados o marginales; así, por ejemplo, casi desde el principio, un protestantismo humanista (el de Zuinglio, en Zurich; Oecolampade, en Basilea; Enrique VIII, en Inglaterra) y un protestantismo «pietista», el de los anabaptistas, cruelmente perseguido.

2) El área protestante y la católica.

El problema está en saber si la frontera entre el mundo católico y el mundo protestante—que todavía en la actualidad constituye una articulación importante de la civilización occidental—se debe únicamente al azar de las guerras.

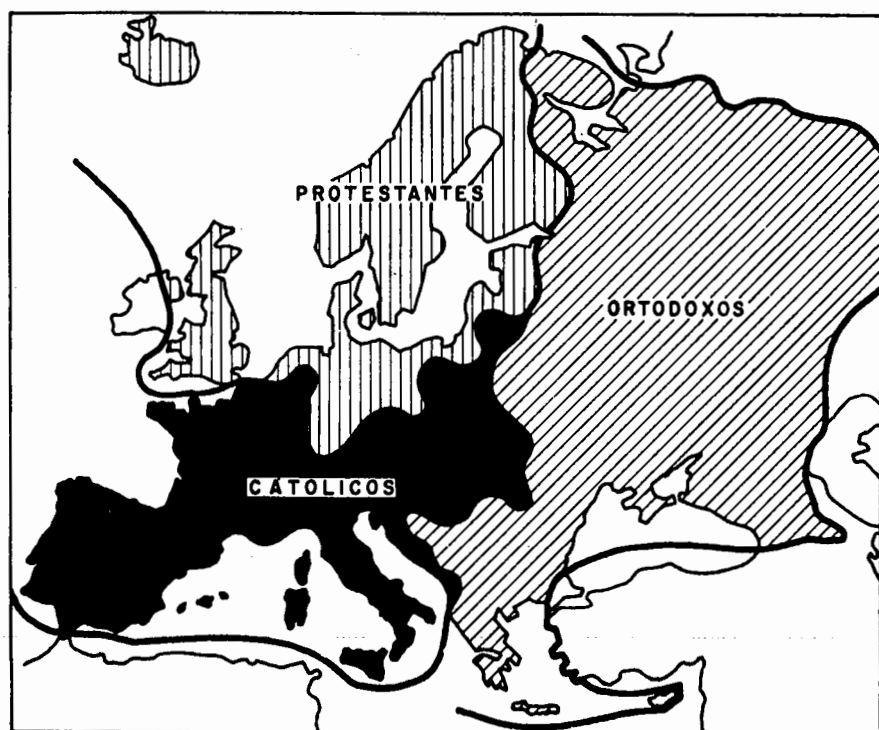
Europa, como los troncos de los árboles, se ha formado por capas sucesivas de diferentes edades. La madera más vieja de Occidente, el corazón del árbol, es lo que antaño conquistó—y civilizó—el Imperio romano, en su expansión hacia el Oeste y hacia el Norte, hasta el doble engranaje del Rin y del Danubio, por un lado, y por el otro, hasta las islas Británicas, de las que sólo poseyó, y no sin dificultades, una parte (a grandes rasgos, la cuenca de Londres).

Más allá de estas fronteras, la civilización europea se extendió tardíamente, después de la caída del Imperio romano, y esta nueva etapa constituye las nuevas y superficiales capas del árbol. El Occidente medieval colonizó, en el buen sentido de la palabra, el mundo que estaba a su alrededor,

instalando en él sus iglesias y sus misioneros. Las abadías, los obispados y los arzobispados de la lejana Roma fueron otras tantas y poderosas bases de asentamiento.

No fue puramente casual el que fuera precisamente esta antigua frontera del Imperio romano, que separaba a la vieja Europa de la Europa recientemente «colonizada», la frontera llamada a dividir al mundo católico del mundo protestante. Sin duda, la Reforma tuvo razones puramente religiosas: la subida de las aguas espirituales, sensible en toda Europa y que dio lugar a que el fiel se preocupara de los abusos y de los desórdenes de la Iglesia, de las insuficiencias de una devoción demasiado atenta a las cosas

LAS CRISTIANDADES EN EUROPA



de la tierra, hecha más de gestos que de verdadero fervor. Este sentimiento lo ha experimentado toda Europa. Sin embargo, la vieja Europa, sin duda más arraigada en sus tradiciones religiosas que la relacionaban estrechamente con Roma, mantuvo los lazos, mientras que la nueva Europa, más mezclada y más joven, y también menos interesada en mantener la jerarquía religiosa, consumó la ruptura. En segundo plano se adivina ya una reacción nacional.

El destino posterior de ambos mundos alimentó, con frecuencia, lo que se podría llamar un orgullo sectario. Se ha atribuido a las virtudes del protestantismo el auge del capitalismo y el del pensamiento científico, lo que equivale a decir del mundo moderno. Las posiciones respectivas del protestantismo y del catolicismo se explican más razonablemente en un contexto de historia económica y general.

Para definir esta aportación hay que distinguir entre el primer protestantismo militante del siglo XVI y el protestantismo victorioso instalado en el siglo XVIII.

3) *De la Reforma al protestantismo moderno.*

La Reforma que empezó caracterizándose por la libertad y por la rebeldía, se hunde, en seguida, en la misma intransigencia que reprochaba a su adversario.

Crea un edificio tan rígido como el del catolicismo medieval, «en donde todo está subordinado a la escala de los valores sobrenaturales de la revelación: el Estado, la sociedad, la enseñanza, la ciencia, la economía, el Derecho». En la cima del edificio, el «Libro», la Biblia, y como intérpretes del Libro, el Estado y la Iglesia protestante. Al Estado (Príncipe o ciudad) le corresponde el antiguo *jus episcopale*.

No es necesario insistir en que este régimen no crea la libertad religiosa en nombre de la cual se había emprendido en un principio la lucha. Orden, severidad, mano de hierro, así son las iglesias protestantes primitivas, tanto en Basilea como en Zurich, en donde los reformadores, por muy erasmistas que fueran, no vacilaban en ahogar a los "horribles" anabaptistas. En los Países Bajos se llevan a cabo matanzas similares. El hecho de que estos desgraciados que niegan la Santa Trinidad, la divinidad del Hijo, y que se sublevaron al mismo tiempo contra la Iglesia, contra el Estado y contra los ricos, hayan sido perseguidos, ahorcados, degollados y ahogados por los "papistas" concuerda con la lógica aunque no con la caridad. ¿Pero en nombre de qué les infligió la Reforma un tratamiento parecido? Es famosa la llamada *tragoedia serveta*: Miguel Servet, médico español protestante, fue arrestado un día en Ginebra, a la salida de un sermón, acusado de antitrinitarismo y de panteísmo, condenado al suplicio y quemado vivo por expreso deseo de Calvino, que hacía tiempo que esperaba esta ocasión. Sebastián Castellion (1515-1563), el humanista "de Saboya", apóstol de la Reforma liberal, se indigna contra este hecho, en el emocionante panfleto de 1554 dirigido contra el amo de Ginebra, a quien en el pasado había servido y amado; se lamenta de que nadie más que él sea consciente de los errores y de los crímenes de la Reforma victoriosa. "Casi no existe una sola secta, escribe, que no considere a las otras heréticas, de manera que si en determinada ciudad o en determinada región se considera que estás en una línea de pensamiento correcta, en otra cualquiera se te considerará herético. Hasta el punto de que si alguien en la actualidad quiere *vivir*, tiene que tener tantas *fes* y tantas *religiones* como ciudades y *sectas* hay: lo mismo que el que va de un país a otro tiene necesidad de cambiar diariamente su dinero porque la moneda que es buena en determinado país no tiene curso en los demás." Por lo que a él se refiere, quiere permanecer fiel a la libertad de interpretación. "En cuanto a los anabaptistas, dice, tan sólo a ellos les incumbe lo que hacen en el referente a su espíritu, a lo que piensan y a lo que escriben de la palabra de Dios."

Pero esta voz cae en el vacío, y es la de un solitario que muere en la miseria, rodeado tan sólo de algunos cuantos discípulos apasionados. Sin embargo, en el siglo XVII, en la época de las querellas entre calvinistas de estricta obediencia y disidentes arminianos o socinianos, sus obras serían nuevamente publicadas en Amsterdam, una de ellas con el significativo título de *La antorcha de Saboya*. Y es

que, en efecto, en el futuro, Castellion de Saboya será una de las luces que anuncian la nueva vía por la que, por fin, va a encaminarse el protestantismo.

4) *El nuevo protestantismo favoreció la libertad de conciencia. El rigor dogmático va apaciguándose progresivamente, sobre todo en el siglo XVIII, quizá en la medida en que se relajó la activa presión del catolicismo y de la enérgica Contrarreforma.*

Pero también obedeció a una evolución intestina del protestantismo hacia una cierta libertad de conciencia, acorde con la orientación del Siglo de las Luces, y principalmente bajo la influencia de la evolución científica. Como siempre, es difícil discernir las causas y los efectos, y dilucidar si fue el protestantismo el que encauzó a Europa hacia una independencia espiritual, o si, por el contrario, su misma evolución obedece a esta evolución general del pensamiento filosófico y científico de Europa. Ambas hipótesis pueden ser correctas en el juego de las influencias recíprocas.

No se puede negar que, al contrario que su adversario católico, el protestantismo se integró en el movimiento del gran siglo liberal. Pero tampoco se puede negar que países de formación y de tradición católicas, como, por ejemplo, Francia, se encuentran a la cabeza de este mismo movimiento.

En todo caso, *el protestantismo se orienta entonces hacia el derecho del libre examen, de la crítica histórica de los textos sagrados, hacia un racionalismo deísta.* De ahí que se reconcilie consigo mismo, y esto es lo más importante: todas las sectas marginales a las que hasta entonces se mantenía apartadas por considerarlas sospechosas, los puritanos de Inglaterra, los anabaptistas de Alemania y de los Países Bajos, prosperan y hasta son exportadas. Los anabaptistas con el nombre de menonistas prosperan en Inglaterra y después pasan a América, donde fundan una colonia en Providence, y se convierten en una de las más importantes confesiones protestantes de los Estados Unidos. A finales del siglo XVII reaparecen los que se llaman los "amigos"—sucesores de los "inspirados" del siglo XVI—, y que el mundo va a conocer por el nombre de *quakers* (los cuáqueros, los que tiemblan). Con ellos, William Pen, en 1681, pone los cimientos de la colonia de Pensilvania. Una renovación paralela tiene lugar en Alemania en beneficio del *pietismo*, fundado por un pastor, Felipe Jacobo Spener, protegido por el elector de Brandeburgo, el que más tarde se convertirá, en 1701, en el primer rey de Prusia, Federico I. Spener participa también en la fundación de la poderosa Universidad de Halle (1681). Sus discípulos, a mediados del siglo XVIII, consiguieron sublevar a toda la Alemania luterana. No obstante, el movimiento más importante fue el *metodismo* inglés de Wesley y Whitefield.

La enumeración de las sectas victoriosas sólo nos interesa en la medida en que sirve para subrayar el libre florecimiento del pensamiento protestante en un sentimiento religioso que *no determina ya ninguna teología estricta.* "La teología ya no se identifica con la religión—escribía un universitario protestante, Ferdinand Buisson, en 1914—; es necesario que la una pase para que la otra perdure."

En un análisis profundo ésta es la diferencia actual entre sociedades católicas y sociedades protestantes. El protestante siempre está a solas con Dios. Por así decirlo, puede elaborar su propia religión, vivirla y estar en paz con el mundo religioso, seguir *conforme*. Más aún, puede encontrar entre las numerosas sectas, una que resuelva, sin dolor, su problema personal. Casi puede decirse que a las diferentes disidencias corresponden también, con frecuencia, diferentes categorías sociales.

Por lo mismo, la sociedad protestante ignora esta escisión entre lo laico

y lo religioso, que es un factor determinante en las sociedades católicas modernas, donde todo hombre tiene que escoger entre una cierta sumisión del espíritu o una ruptura con la Iglesia, que es una *comunidad*: se pertenece o no se pertenece a ella. Todos los conflictos espirituales son *abiertos* y hay que tomar obligatoriamente posición. Por el contrario, la sociedad protestante está *cerrada* sobre sus conflictos espirituales internos, lo que no quiere decir que no existan. De ahí, esa serie de diferencias en los comportamientos y en las actitudes que señalan entre los anglosajones y la Europa católica una imperceptible pero irreductible frontera.

5. El humanismo de inspiración revolucionaria: Europa ha sido y continúa siendo revolucionaria. Toda su historia lo demuestra. Pero de la misma manera ha sido y continúa siendo contrarrevolucionaria.

Una vez más lo que importa no son tanto los movimientos revolucionarios en sí, como su prolongación hacia el futuro, lo que nosotros llamamos *humanismo de inspiración revolucionaria*, fórmula poco usada con la que designamos el contenido humano y el «legado» ideal de la Revolución. En este sentido, otros hablan de «mística revolucionaria» o de «espíritu revolucionario».

Claro está que vamos a tratar aquí de la Revolución francesa, la única que haya tenido un *sentido europeo y mundial*, antes de la Revolución rusa de 1917.

1) *Los movimientos revolucionarios y la Revolución.*

Hasta la Revolución rusa de 1917, cuando se hace referencia a la Revolución francesa de 1789, se dice «la Revolución», por antonomasia, la primera, la única.

Sin embargo, había estado precedida por numerosos movimientos revolucionarios en esta Europa en tensión, siempre exigente y nunca resignada a lo peor. Pero la historia no es partidaria de concederles el nombre de «revoluciones».

Por ejemplo, no se da el nombre de revoluciones a los numerosos levantamientos campesinos de que ya hemos hablado, que tienen lugar en toda Europa entre los siglos XIV y XVII. Y muchas veces sólo se emplea el término de revoluciones con muchas reservas, para ciertas liberaciones nacionales: la de los cantones suizos (liberación definitiva en el 1412), la de las Provincias Unidas (victoria definitiva en 1648), la de las colonias inglesas de América, los futuros Estados Unidos (1774-1782), la de América Hispánica entre 1810 y 1824 o también las emancipaciones brutales o amistosas de los países escandinavos, Suecia, Noruega o Dinamarca... Son otros tantos movimientos que se presentan, sin ningún género de dudas, como reacciones contra el Estado moderno, pero más aún contra el *extranjero*, y este detalle tiene su importancia.

Una «verdadera» revolución se hace siempre contra un Estado moderno (detalle esencial) y desde dentro, con una finalidad de autorreforma. En Europa, antes de 1789, sólo han merecido este nombre (si no se tienen en cuenta los fracasos de la Liga y de la Fronda), las dos revoluciones inglesas: la primera, violenta y sangrienta (1640-1658); la segunda, tranquila y pacífica, la de 1688. Pero la Revolución francesa, que conmovió desde dentro uno de los Estados más sólidos de Occidente, tuvo una resonancia muy diferente en la medida en que se extendió a todo el escenario europeo, entre 1789 y 1815, y en la medida en que su recuerdo

ha cobrado, en el mundo entero, el valor de un inmenso símbolo, capaz, en cada nueva generación, de rejuvenecerse y de alimentar nuevas pasiones.

El poder de actualidad de este símbolo se puede comprobar todavía hoy. Un historiador francés que realizó un viaje por la U. R. S. S. en 1958 constata que cuando sus colegas soviéticos dicen "la Revolución" es a la Revolución francesa a la que se refieren. Este mismo historiador, en un curso que dio en 1935 en la Universidad de São-Paulo, en Brasil, explicaba, siguiendo a Albert Mathiez, que se podía reducir a dimensiones humanas e incluso comunes a la mayoría de los "gigantes de la Convención". Los estudiantes brasileños vieron en esta afirmación un sacrilegio y uno de ellos declaró: "Nosotros estamos esperando nuestra Revolución francesa..."

Por lo tanto, la Revolución de 1789 se sobrevive a sí misma a través del mundo, incluso cuando el mito de la Revolución rusa de 1917 ha venido a tomar el relevo. En Francia este último tiende en la actualidad a dominar por entero el pensamiento sindical y revolucionario en la medida en que se refiere a las realidades prácticas de la hora actual. Pero todo el apasionamiento que todavía hace poco rodeaba al año 1789 ha sido puesto de manifiesto por los escándalos monstruos y los entusiasmos provocados por los cursos de Alphonse Aulard († 1928) o por el interés que suscitaban las clases de Albert Mathiez († 1932) o de Georges Lefebvre († 1960). Esta presencia de la Revolución en el pensamiento político y en la ética de los europeos ha orientado sus razonamientos y sus actitudes, *incluso cuando la actitud es de franca hostilidad.*

2) *Ha habido dos, tres, o cuatro Revoluciones francesas. La Revolución francesa, como los actuales cohetes espaciales, pasó por diferentes explosiones, por diferentes lanzamientos sucesivos.*

En sus principios, esta Revolución se presenta como una «revolución liberal» moderada, con algunos episodios dramáticos (toma de la Bastilla, el Gran Miedo). En su fase primera, se desarrolla a un ritmo muy rápido, en cuatro tiempos sucesivos: una sublevación nobiliaria (Asamblea de los Notables, 1788), una sublevación burguesa, de «juristas», como se ha dicho a veces (Reunión de los Estados Generales), después una Revolución urbana y una Revolución campesina, ambas decisivas.

Con la declaración de la guerra, el 20 de abril de 1792, se inicia la fase segunda—brutal—de la Revolución. «Fue la guerra de 1792 la que determinó la desviación de la Revolución francesa», ha escrito Alphonse Aulard. Y está en lo cierto; la ocupación de los Países Bajos, después de Jemmapes, hizo que el conflicto se convirtiera en inevitable. Reconozcamos también que la Revolución, al convertir a Francia en una nación moderna (desde antes de la mascarada de las Federaciones, que no fue más que una espectacular representación) se consolidó, reveló su fuerza y preparó la explosión. Esta segunda fase fue tan violenta en el interior como en el exterior de Francia, y se terminó con la caída de Robespierre, el 27-28 de julio de 1794 (9-10 Thermidor, año II).

La fase tercera de la Revolución (¿pero, acaso puede hablarse todavía de Revolución?) transcurre entre el Thermidor y el Brumario (28 de julio de 1794-18-19 de noviembre de 1799), ocupando así los últimos meses de la Convención y toda la duración del Directorio. La fase cuarta de la Revolución engloba al Consulado, al Imperio y a los Cien Días (1799-1815).

No cabe duda que Napoleón continuó la Revolución, estabilizándola y dominándola, añadiendo a las incertidumbres de su destino global, la incertidumbre dramática de su propio destino, la fragilidad de un régimen ile-

gítimo, que tenía que justificarse a todo trance por una cadena de éxitos ininterrumpidos.

Después de Austerlitz, el emperador Francisco II, aplaudido por sus súbditos a su vuelta a Viena, decía al embajador francés: "¿Pensáis, señor embajador, que si vuestro jefe hubiera perdido una batalla como la que yo he perdido podría volver a París como yo he vuelto a Viena?"

Esta impertinencia tiene el mismo sentido que la exclamación de un monarca francés a quien fascinaba la gloria de Napoleón: "¡Qué desgracia que Napoleón no sea un Borbón!"

3) *Si se hubiera mantenido fiel a sus primeras intenciones, la Revolución francesa tendría que haber sido una solución del tipo del «Despotismo Ilustrado».*

Se ha sostenido con frecuencia que si la Revolución, en la primavera de 1792, no hubiera seguido el camino del terror, se podría haber llevado a cabo la revolución pacífica, con vistas a una solución de tipo inglés, dentro de la moderación, con la que habían soñado tantos espíritus franceses, como, por ejemplo, Montesquieu, que escribía en las *Cartas Persas* de 1721: "Sólo cabe enmendar las leyes existentes con mano vacilante"; o Rousseau que pensaba que es imposible que un pueblo viejo sobreviva a conmociones revolucionarias: "en cuanto se rompen las cadenas, el pueblo se derrumba y deja de existir".

En esta historia agitada sólo la fase segunda fue una época de verdadera violencia dramática y se presenta, con relación al conjunto, como una desviación inesperada.

Los principios de la Revolución concuerdan con este espíritu más de reforma que de revolución. Un rey que hubiera reinado con mano firme hubiera podido mantener al país en el camino de las reformas. Pero ni los consejos de Mirabeau ni los de Barnave consiguieron apartar a Luis XVI de los privilegiados que le rodeaban y que hacían de él un prisionero de su propia Corte.

No era la primera vez que se desechaban las soluciones de buen sentido político. En Francia, desde el principio del reino de Luis XVI, el programa de los reformadores "ilustrados" había sido siempre paralizado; en este sentido debe entenderse la destitución de Turgot en 1776. Y por todas partes había tenido lugar tantos hombres inteligentes habían creído que bastaba con el apoyo del príncipe esta misma reacción poderosa en la Europa del *Despotismo Ilustrado*, en la que o del rey, con que fueran "filósofos", para iniciar e imponer las reformas necesarias. Ahora bien, los soberanos del *Siglo de las Luces* siempre fueron partidarios de las soluciones intermedias. Incluso cuando Federico II trató con mano firme a su nobleza, lo hizo con tanta moderación y prudencia, que después de su muerte, en 1787, el Estado prusiano fue escenario de una extensa reacción señorial.

Lo que no consiguió hacer Federico II, era descabellado esperar de un Luis XVI. Cuando éste decidió solicitar la ayuda extranjera desencadenó las fuerzas vivas de la Contrarrevolución y de la reacción extranjeras. Obligada, pues, a acelerar su ritmo, la Revolución se precipitó por un camino inesperado incluso para sus mismos promotores.

Ellos mismos lo han reconocido así: "No se es revolucionario de nacimiento; se vuelve uno revolucionario", decía Carnot; "la fuerza de las cosas nos lleva quizá a resultados con los que no habíamos contado" (Saint-Just). La Revolución sólo se mantendrá en esta vía inédita, tan cruel para consigo misma como para

con los demás, durante unos cuantos meses, hasta la caída de Robespierre, que abre las puertas a la reacción y al placer de vivir. "París volvió a ser una ciudad alegre—cuenta Michelet—. Pocos días después de Thermidor, un hombre que todavía vive, y que entonces tenía diez años, recuerda cómo a la salida del teatro donde había ido con sus padres vio, por primera vez en su vida y con verdadera admiración, una larga fila de elegantes carruajes. Hombres con levita y con sombrero bajo preguntaban a los espectadores que salían del teatro: "¿Un coche, mi señor?" El niño no comprendía totalmente esta nueva terminología. Cuando preguntó a qué se debía, le dijeron tan sólo que se había producido un gran cambio después de la caída de Robespierre."

De todas maneras, en pura lógica, Michelet no está en lo cierto al terminar su *Historia de la Revolución francesa* (1853), en el 10 de Thermidor: en efecto, una vez terminada la reacción thermidoriana, la Revolución va a volver a su fase primera, moderada, cuyos logros fundamentales serán mantenidos, primero, por el Directorio, y, más tarde, por el Consulado. Y se rechazó lo que había aportado la fase violenta de la Convención.

En todo caso, en el extranjero nadie cree que la Revolución haya terminado. Todavía el 12 de septiembre de 1797 escribía (en francés) el embajador ruso en Inglaterra a su gobierno: "Lo que se preveía... ha ocurrido en París: el Triunvirato dictatorial ha arrestado a dos directores y a sesenta y cuatro miembros de los dos Consejos, sin ningún procedimiento legal. Van a ser desterrados a Madagascar. ¡Estos son los ejemplos que da la Constitución y la tan celebrada libertad francesa! Por lo que a mí respecta, preferiría vivir en Marruecos mejor que en este país de pretendidas libertad e igualdad." ¿A qué viene este odio? En efecto, en el extranjero no siempre se habla con ironía de la "tan celebrada libertad francesa". Napoleón irá de éxito en éxito en nombre de la Revolución, y en todos los países en los que se instaló el régimen napoleónico, las leyes, las costumbres y los corazones conservarán sus huellas a pesar de los rencores y de los odios suscitados por la ocupación. Goethe y Hegel fueron partidarios de Napoleón, en quien reconocen, frente a una Europa reaccionaria, con un retraso inmenso en relación con la evolución política y social de Francia, "el alma del mundo a caballo"; esta expresión es de Hegel.

Las guerras del Imperio proyectaron a dimensiones europeas la "guerra civil" francesa. Durante un cuarto de siglo, y para cada país europeo amenazado por la conquista napoleónica, la Revolución ha sido una realidad en potencia. El mensaje de la Revolución, admirado o proscrito, fue vivido en espíritu como una posibilidad inmediata y se propagó por todo el Occidente, dividiendo los corazones y orientando las pasiones.

4) *El mensaje de la Revolución francesa.*

A lo largo de todo el siglo XIX, la Revolución, drama de colores violentos, con sus santos, sus mártires, sus lecciones, sus esperanzas, a veces convertidas en desilusiones, pero siempre en un continuo resurgir, se ofrece al mundo como un evangelio.

Claro está que, después de 1815, la Revolución fue momentáneamente reducida al silencio. No obstante se mantuvo en los corazones y en las conciencias, subsistiendo sus adquisiciones esenciales.

La Restauración no restableció los privilegios sociales abolidos (derechos feudales, en particular). No se restituyeron a sus antiguos propietarios los bienes nacionales, e incluso si la distribución no había sido justa (muchas veces los bienes habían ido a parar a manos de los ricos), la adquisición revolucionaria fue salvaguardada en este campo, lo mismo que lo había sido el

principio de los derechos del individuo, garantizados por la Carta otorgada de 1814. Al intentar el gobierno de Carlos X una nueva reacción, se producirá un levantamiento inmediato, con el advenimiento de la Monarquía de Julio, y nuevamente de la bandera tricolor. De esta manera surgen, en gran parte, la ideología y el lenguaje revolucionarios.

Ya en 1828 un compañero de Gracchus Babeuf, Buonarotti, había contado en su *Historia de la conspiración por la Igualdad, llamada conspiración de Babeuf*, la conspiración de los "Iguales", los proyectos de una especie de "Vendée plebeya" su fracaso y su ejecución (para librarse de la condena a muerte, Babeuf se apuñaló el 26 de marzo de 1797). Se trataba de un movimiento "comunista", comunitario más bien, fiel a esta frase de Rousseau: "Estáis perdidos si olvidáis que el producto de la tierra es para todos, pero la tierra para nadie." El éxito del libro y del ejemplo fue inmenso. Fue una de las lecturas preferidas de Auguste Blanqui, aquel revolucionario impenitente, al que nadie retrospectivamente puede regatear simpatía.

Este ejemplo nos permite comprender cómo ha podido la Revolución mantenerse viva hasta nuestros días, pero en las diferentes versiones que cada generación le ha dado. Después del eclipse aparente del Segundo Imperio, a partir de 1875, sus símbolos se convertirán en la base ideológica de la III República francesa y de todo el movimiento socialista, en el soporte de la revolución en marcha.

Por lo tanto, el humanismo revolucionario evoca fundamentalmente la legitimidad de la violencia al servicio del derecho, de la igualdad y de la justicia social, de una patria a la que se quiere celosamente, una violencia de la que el revolucionario es o el actor o la víctima, porque «lanzarse a la calle» puede significar, tanto el caer bajo los golpes de la autoridad gubernativa, con un último grito de protesta, como el vencer. El valor que exige la violencia—valor para morir o para matar—es aceptable cuando no existe otro medio de orientar al destino, de convertirlo en más humano y más fraternal. En resumen, la Revolución es la violencia al servicio de un ideal. La Contrarrevolución surge de una apuesta análoga. Pero su error, con respecto a la historia, está en que mira hacia atrás e intenta volver atrás. Ahora bien, volver al pasado sólo es posible bajo la forma de asimiento excepcional y momentáneo. *A largo plazo*, una acción sólo puede tener peso histórico y ser duradera cuando va en el sentido de la historia, cuando añade su propia velocidad a la de la historia, sin intentar inútilmente frenarla.

En todo caso, es lícito extrañarse de que el 89 haya servido de antorcha y de ejemplo a los grandes movimientos de masas obreras hasta el siglo xx. En primer lugar, porque tanto en sus primitivas intenciones como en sus resultados, la Revolución del 98 se mantuvo en los límites de una Revolución moderada. En segundo lugar, porque su leyenda histórica, llena de milagros de semidioses, de "gigantes", se ha borrado en parte, progresivamente anulada por la desmitificación de una historia objetiva. Por cierto que son los historiadores de izquierda los que más han contribuido a esta desmitificación, en su deseo de apoyar su fervor revolucionario en el testimonio aportado por los documentos. Así fue como la Revolución perdió a muchos de sus santos. Pero, al mismo tiempo, su mensaje fue abriéndose paso con mayor claridad.

En efecto, esta revisión ha rehabilitado el período rojo del Terror, aclarado el sentido de sus sufrimientos (tanto de los que soportó como de los que provocó), disminuido lo trágico de las situaciones. Desde entonces sus-

citan mayor admiración el Incorruptible y Gracchus Babeuf (héroe tardío de la Revolución), que Carnot, «el organizador de la victoria», o Danton. Y lo que llega a nosotros de la Revolución es precisamente lo que ellos decían, con tanta más intensidad cuanto que era dicho «antes de la fecha». El sufragio universal, la separación de la Iglesia y del Estado, el decreto del *Ventôse*, que preveía incluso una cierta redistribución de los bienes, todas estas realizaciones efímeras de la Revolución en su fase segunda, de las que se renegó, después de Thermidor, fueron indudablemente prematuras, puesto que a veces ha sido necesario mucho tiempo antes de que fueran definitivamente aceptadas.

En todo caso, gracias a estos logros prematuros, está aún vigente en la actualidad el Humanismo revolucionario de 1789. Las vacilaciones y reservas del socialismo europeo frente al comunismo (que ha creado otra forma de revolución), como, por ejemplo, las críticas hechas por Jean Jaurès a las ideas marxistas, después de la firma, en 1905, de un pacto con Jules Guesde, que creó la unidad socialista «bajo los auspicios del Manifiesto comunista», son otras tantas pruebas de que una cierta ideología que se autoconsideraba de «izquierda», alimentada de sus recuerdos y también de palabras, ha rechazado la identificación de su Revolución con la revolución de Marx y, más tarde, con la Revolución de los soviets. Por ejemplo, al principio de su *Historia socialista de la Revolución francesa*, Jaurès pone de manifiesto que tendrá que ser, «al mismo tiempo, materialista con Marx, y mística con Michelet», es decir, fiel a la «mística revolucionaria» de Michelet y a la herencia viva de la Revolución francesa. Sólo tardía e incompletamente se desprende la civilización occidental, en Francia y fuera de Francia, de la herencia y del ideal de 1789.

III. EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO ANTES DEL SIGLO XIX

El auge del pensamiento científico en Europa antes del siglo XIX pone en tela de juicio la infancia de la ciencia moderna; en realidad, se trata de una pre-ciencia, lo mismo que antes de la Revolución industrial se puede hablar de una pre-industria.

No vamos aquí a resumir esta evolución, ni siquiera vamos a discernir la frontera que separa la pre-ciencia de la ciencia moderna. El problema está en saber no la manera, sino el por qué de este desarrollo científico en el marco exclusivo de la civilización occidental. Como ha dicho sin ambigüedades Joseph Needham, químico y sinólogo, «Europa no ha creado una determinada ciencia, sino la ciencia mundial». Y prácticamente, la ha creado por sus propios medios.

Entonces, ¿por qué esta creación no se ha llevado a cabo en el marco de civilizaciones mucho más precoces, por ejemplo en China, o a partir del Islam?

1. Toda empresa científica está encuadrada, regularmente, en una explicación general del mundo. No hay progreso, no hay razonamiento o hipótesis productiva si no existe un sistema general de referencias con relación al cual pueda situarse y, más tarde, orientarse. La sucesión de sistemas de explicación del mundo suministra la mejor trama de la evolución científica.

La historia de las ciencias (y de la ciencia), considerada desde una cierta altura, se presenta como una transición muy lenta de una explicación general racional a *otra* explicación general, afirmándose cada una de ellas como una *teoría* que reúne el conjunto de las explicaciones científicas del momento, hasta el día en que se rompe esta envoltura al ser contradicha violentamente por los nuevos conocimientos. Entonces hay que construir una nueva envoltura, cueste lo que cueste, y que constituirá un nuevo punto de partida.

Desde el siglo XIII hasta nuestros días, la ciencia occidental sólo ha manejado tres explicaciones generales, *tres sistemas del mundo*: el de Aristóteles, que se introduce en las interpretaciones y las especulaciones de Occidente en el siglo XIII, y que es una herencia lejana; el de Descartes y el de Newton, que funda la ciencia clásica y se presenta (con la excepción de decisivos préstamos tomados del pensamiento de Arquímedes) como una construcción original de Occidente; por último, la teoría relativista de Einstein, anunciada desde 1905, que inaugura la ciencia contemporánea.

Es evidente que, aunque estos tres sistemas dominan la evolución histórica de la ciencia, en ningún momento la resumen por entero. Su puesta en marcha plantea problemas complejos y lo mismo ocurre con su ruina. El verdadero progreso se sitúa, por lo general, en el momento en que estos sistemas ya no están acordes con los hechos, momentos decisivos para la historia general de las ciencias.

1) *El sistema de Aristóteles es una herencia.*

Es un legado muy antiguo, el de la Escuela Peripatética (siglo IV a. de C.). En su parte esencial, su mensaje llegó a Europa tardíamente, a través de la Escuela de Traductores de Toledo y de los comentarios de Averroes.

En París se produjo entonces una verdadera revolución; en 1215, los programas de la Universidad fueron enteramente modificados: el estudio de la lógica formal viene a sustituir al de la literatura latina, en particular al de la poesía latina. "La filosofía penetra en todo, termina con todo", se multiplican las traducciones de Aristóteles, que suscitan una inmensa cantidad de comentarios. Lo que provoca una polémica muy viva entre los antiguos y los modernos. En un poema de la época, de 1250, el filósofo dice al poeta: "Yo me dedico al saber, mientras que tú prefieres las cosas pueriles, las prosas, los ritmos, los metros. ¿Para qué te sirven?... Sabes gramática, pero desconoces la Ciencia y la Lógica. ¿De qué presumes, pues, si no eres más que un ignorante?"

El sistema del mundo desarrollado por Aristóteles reinó sobre Europa hasta el siglo XVII, e incluso hasta el XVIII, ya que no sucumbirá inmediatamente ante los ataques de Copérnico, de Kepler y de Galileo.

"La cosmo-física de Aristóteles está, como es natural, totalmente superada. No obstante, se trata de una física, es decir, de una teoría sabia, aunque no matemáticamente elaborada. No es ni una prolongación simple y verbal del sentido común ni una fantasía infantil, sino una teoría, es decir, una doctrina, que parte, claro está, de los datos del sentido común, pero los somete a una elaboración sistemática, extremadamente coherente y severa" (Alexandre Koyré). Sin duda, Aristóteles plantea como un *axioma* que existe una unidad del mundo, un "cosmos". Pero ¿acaso Einstein actuó de otro modo? Cuando Paul Valéry le pregunta: "Pero ¿qué es lo que prueba que hay una unidad en la Naturaleza?", Einstein contesta: "Es un acto de fe" (Paul Valéry, *l'Idée fixe*, página 141). Y en otra ocasión dice: "Yo no puedo creer que Dios juegue a los dados con el cosmos."

Esta unidad aristotélica del mundo es un "orden": cada cuerpo tiene una *localización natural* y tendría que permanecer, por lo tanto, en un reposo perpetuo. Y esto es lo que mantiene a la Tierra en reposo en el centro del cosmos, y lo mismo ocurre con sus esferas sucesivas. Sin embargo, una serie de movimientos agitan al cosmos: movimientos *naturales* (como el de un cuerpo que cae al suelo, el de un cuerpo ligero, llama o humo, que llega al cielo; como el movimiento circular de los astros, o, mejor dicho, de las esferas celestes); movimientos *violentos*, anormales, es decir, los que se imprimen a un cuerpo, ya sea empujándolo o tirándolo, y que se interrumpen en cuanto deja de existir el esfuerzo motor. Estas leyes generales sólo tienen una excepción, bien es verdad que muy importante: el cuerpo lanzado, el proyectil, cuyo movimiento no es *natural*, pero tampoco es *violento*, puesto que no está provocado por ningún motor (no es ni empujado ni arrastrado). Este proyectil sería propulsado por el medio turbulento del aire que atraviesa. Esta respuesta salva y asegura el sistema, pero todos los ataques se van a dirigir contra este punto débil.

Todos los ataques se referirán, en efecto, a la eterna pregunta discutida: *¿a quo moveantur projecta?* Pregunta que, de hecho, suscita una serie de problemas (inercia o aceleración de la caída de los *gravidos*) y que plantean ya los "nominalistas" parisienses del siglo xvi, Occam, Buridan y Oresme. Este último, que era un genio matemático, reconoce el principio de la ley de la inercia, la proporcionalidad de la velocidad al tiempo que tardan los cuerpos en caer... Pero su pensamiento no será inmediatamente escuchado.

2) El sistema de Newton.

Sería una larga, pero admirable historia, la de las luchas y tanteos tras de los cuales la física y la ciencia clásicas consiguieron destronar al sistema aristotélico.

Este prodigioso "salto adelante" se debió a inteligencias excepcionales, relacionadas las unas con las otras; a partir de entonces la ciencia adquiere internacionalidad, desborda los límites y las fronteras políticas o lingüísticas y llena *todo* el espacio de Occidente. Sin duda alguna, los progresos científicos se vieron favorecidos por el auge económico del siglo xvi y también por la difusión en esta época de las obras de la ciencia griega gracias a la imprenta. De esta manera fueron conocidos muy tardíamente, durante los últimos años del siglo xvi, los trabajos de Arquímedes. Ahora bien, este pensamiento es maravilloso; sobre la base del cálculo infinitesimal propone (pensemos en el cálculo de π) el concepto fecundo de *límite*.

Los progresos fueron lentos. Para las matemáticas, los cinco progresos mayores, tal como los enumera un historiador de la ciencia, se sucedieron después de largos intervalos: geometría analítica de Fermat (1629) y de Descartes (1637); aritmética superior de Fermat (hacia 1630-1665); análisis combinatorio (1654); dinámica de Galileo (1591-1612) y de Newton (1666-1684); gravitación universal de Newton (1666 y 1684-1687).

Ahora bien, las matemáticas no son las únicas en progresar. En el vastísimo campo de la astronomía se irá imponiendo, aunque lentamente, el sistema de Copérnico (1473-1543) y de Kepler (1571-1630), a pesar de la resistencia opuesta por el sistema geocéntrico de Ptolomeo (sin embargo, los griegos tuvieron, momentáneamente, la idea de un sistema heliocéntrico).

Por encima de estos tanteos, el gran acontecimiento fue la constitución de un nuevo sistema del mundo: *el universo abstracto y geometrizado* de Descartes y, más aún, de Newton, que se puede resumir en una línea, la de la gravitación universal: los cuerpos se atraen en razón directa de su masa, en razón inversa del cuadrado de sus distancias (1687).

Este mundo imaginado tendrá él también una vida larga y atravesará todas las revoluciones científicas del siglo xix, hasta el reciente acontecimiento de la relati-

vidad de Einstein, nueva explicación del mundo. Toda persona que haya realizado sus estudios antes de 1939 se habrá movido todavía, en espíritu, en los cuadros simples del universo de Newton.

2. Descartes, "un hombre libre".

Este universo geometrizado o mecanizado no pertenece en propiedad a ninguno de los sabios que hemos citado, o que podríamos haber citado. Sin dejarnos arrastrar por un nacionalismo desenfrenado, debemos, sin embargo, conceder a René Descartes (1596-1650) el lugar que le corresponde.

Abramos para él un paréntesis. Su personalidad humana escapa a los biógrafos por su discreción, por su voluntaria timidez, su sensibilidad contenida. Después de 1628, salvo en algunos viajes, vive lejos de Francia, en Holanda sobre todo. Muere en Estocolmo, siendo huésped de la reina Cristina de Suecia. En Amsterdam, donde vivió durante mucho tiempo, se alegraba de encontrarse perdido en la masa, "sin que nunca nadie le reconociera".

Reconstruir su pensamiento, aprehender su movimiento es tan difícil como reconstruir su vida privada.

A primera vista, en efecto, el *Discurso del Método* (1637) ha venido a simplificarlo todo. Después de él no se han querido ver más que sus reglas perentorias, cuando en realidad el *Discurso* no es más que el prefacio de tres obras: La *Dioptrica*, los *Meteoros* y la muy famosa *Geometría*: es necesario estudiar el *Discurso* desde esta perspectiva. Además, el *Discurso* es, en cierta manera, una versión reducida y simplificada de las *Regulae*, que no fueron publicadas hasta después de la muerte del autor. Las *Regulae*, quizá fueron escritas hacia 1629 y recogidas con vistas a una simplificación, en 1637, en el *Discurso del Método*. O, por lo contrario, puede ser que los cuatro preceptos del *Método* fueran escritos, como lo dice literalmente el *Discurso*, en el famoso invierno de 1619-1620, en cuyo caso, las *Regulae* serían una versión posterior más extensa y más complicada. En cualquiera de los dos casos, el hecho es que de un libro a otro varía el estilo de pensamiento. De la misma manera que son diferentes la severa y estricta *Geometría*, y esa otra matemática más rica y más inventiva que nos ofrece la *Correspondencia*, de Descartes, en donde aparece como estimulado por las «dificultades que le presentan sus adversarios».

De ahí que se planteen una serie de dudas que, sin embargo, no pueden, como es natural, cambiar el significado del conjunto. Nos encontramos en presencia de la primera crítica sistemática y moderna del conocimiento, de una lucha heroica contra cualquier engaño intelectual o metafísico, contra cualquier error «de una intuición poética».

En el plano científico, unas cuantas palabras explicativas serían insuficientes, incluso si nos limitáramos en su obra a lo que mira hacia el porvenir y llega hasta nosotros, incluso si omitiéramos la exposición de su física y de su óptica que, con toda evidencia, no fueron revolucionarias, para no estudiar más que su geometría, la obra en la que—así lo admite él mismo—aplicó su método con mayor rigor.

Aunque no sin dificultades, Descartes se desembaraza del «realismo geométrico» de los griegos. Su matemática insta la pura abstracción. «Entonces, la extensión, en vez de ser impuesta al pensamiento de una manera realista, está constituida por un tejido de relaciones.» Por lo mismo, yendo más allá que sus predecesores, y concretamente que Viète, al que conoce, y que Cavalieri, al que hace mal en ignorar, hace progresar «a pasos de gigante la teoría de las ecuaciones. Después de él habrá que esperar hasta Galois».

El hecho de que la matemática cartesiana no sobrepase la capacidad de comprensión de un estudiante actual de matemáticas, cuando empieza sus estudios, no debe llamar a engaño sobre la inmensidad del «salto adelante» realizado por Descartes. Así, por ejemplo, cuando evoca, junto con las raíces «verdaderas» (las positivas) de una ecuación, y con las «falsas» (las negativas), a las raíces «tan sólo imaginarias», o cuando su demostración implica, aunque sin fijarlas con claridad, los ejes de coordenadas (ortogonales o no), o cuando descompone, o mejor dicho compone, por adelantado, una función en un cierto número de binomios, bajo la forma de una ecuación de primer grado, multiplicándose las unas a las otras: es decir, $(x - 1)$, $(x + 4)$, $(x - 7)$, etcétera.

Tiene razón el historiador Lucien Febvre cuando imagina a Descartes viviendo su razón de la misma manera que vive su fe, enfrentándose contra todo lo que el siglo XVI había arrastrado consigo de fábulas, de aproximaciones, de pensamiento prelógico, de física cualitativa, enfrentándose con todos esos «racionalistas» del Renacimiento que no veían «en la naturaleza más que una fábrica de milagros o una incitación al ensueño».

3. Los años clave del viraje, 1780-1820, plantean un último problema: en ellos se franqueó el umbral que conduce a la ciencia verdaderamente moderna.

Por muy admirable y productivo que haya sido el siglo XVIII todavía no se encuentra plenamente integrado en la ciencia moderna, dueña de sus actitudes, de su terminología y de sus métodos.

Es lo que demuestra uno de los mejores libros de Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, 1935, en donde se ha esforzado en hacer el repertorio de los sufrimientos y de las torpezas de una ciencia en trance de liberarse, aunque a costa de muchos esfuerzos, del conocimiento común y de una cierta mentalidad prelógica, cuya pesadez resulta chocante. Este psicoanálisis del espíritu científico, a lo largo del *Siglo de las Luces*, no repara, como es evidente, más que en los aspectos sombríos, en los errores, en las desviaciones, en las torpezas. Pero lo más probable es que estas torpezas estén llamadas a ser las eternas compañeras de un espíritu científico en marcha. Quizá la ciencia actual también tenga sus propias torpezas, por lo menos respecto de la ciencia del futuro.

En todo caso, los textos que recogemos al final de estos capítulos dedicados a Europa, sobre la electricidad y la medicación purgativa, y esta página tardía de Michel Chevalier sobre la pila de Volta, no son solamente historias divertidas o interesantes. Son el testimonio de las dificultades que tuvo que vencer la primera ciencia moderna.

El mayor obstáculo con el que tropezó el siglo XVIII fue la división de

la ciencia en compartimentos estancos, en sectores independientes los unos de los otros, algunos de ellos objeto de una dinámica evolución: es el caso de las matemáticas, la química, la termodinámica, la geología, la economía (pero, ¿se trata verdaderamente de una ciencia?); otros, más rezagados, a veces estancados; es el caso de la medicina y de las ciencias biológicas... Las diversas ciencias carecen de conexión entre sí, se adaptan difícilmente a la terminología matemática; otra laguna menos grave es que su relación con la técnica sólo tiene carácter episódico.

Estas dificultades se resolverán poco a poco. En Francia, la tierra prometida sólo se alcanzará realmente, hacia 1820-1826, en la época en que la Academia de Ciencias es «la más brillante reunión de sabios que jamás haya existido: Ampère, Laplace, Legendre, Biot, Poinsot, Cauchy...» (Luis de Broglie). Esta hora es la misma para toda Europa.

Precisamente, ¿a qué se debió que fuera entonces cuando se franqueara el umbral y se asegurara, por consiguiente, el destino científico de una civilización que entonces, *pero sólo entonces*, se deja arrastrar por su impulso?

Es evidente que sólo es posible una explicación materialista. El auge económico, sin precedentes, del siglo XVIII, había levantado al mundo entero, y toda Europa se había convertido en su corazón imperioso. La vida material y la técnica multiplican sus demandas y sus sujeciones. Poco a poco se va precisando una respuesta, una colaboración. La industrialización, de la que hablaremos en el próximo capítulo, será también el elemento decisivo, el *motor*. Lo que equivale a explicar un evidente carácter específico occidental—la ciencia—por un no menos evidente carácter específico de Occidente—la industrialización—. Estas dos originalidades se hacen eco la una a la otra; en todo caso, se acompañan con una interacción evidente. Es lo que dice Joseph Needham, cuyo testimonio citamos. China poseyó, mucho antes que Occidente, una ciencia, un esbozo de ciencia, bastante fina y adelantada. Pero para dar el paso decisivo no pudo contar con el auge económico que confirió dinamismo a Europa, con la tensión capitalista, que, en la mitad de la carrera o en su término, le permitió franquear el obstáculo, y cuya incitación se hizo sentir de antemano, desde la expansión de las grandes ciudades comerciales de la Edad Media y, sobre todo, a partir del siglo XVI.

Todas las fuerzas de Europa, las materiales y las espirituales, han colaborado en la gestación de la ciencia moderna, producto de una civilización en su máximo esplendor y con una total conciencia de su responsabilidad.

CAPITULO XVIII

LA INDUSTRIALIZACION DE EUROPA

Una de las mayores responsabilidades de Europa es la de haber realizado la Revolución industrial, que ha recorrido y continúa recorriendo todo el universo. Esta formidable expansión técnica es obra suya, una obra reciente a escala de la historia de las civilizaciones, puesto que apenas tiene dos siglos de existencia.

Hasta entonces la brillante Europa sólo aparece, "en el plano material", como un país subdesarrollado, no con relación al mundo que le rodea, sino con relación a aquello en lo que ella misma se iba a convertir.

Entonces, ¿cómo ha sido posible que Europa diera el paso decisivo hacia la industrialización? ¿Cuál ha sido la reacción de su civilización ante las consecuencias de su propia creación?

Estas son las preguntas que debemos plantearnos para empezar.

Su interés es actual:

a) Exigen explicaciones previas sobre el estado de Europa antes de la industrialización. Ahora bien, este antiguo régimen económico es todavía el de muchas regiones del mundo que están intentando superarlo.

b) La Revolución industrial es un fenómeno complejo: en ningún lugar del mundo se ha llevado a cabo de una sola vez. Hay sectores que quedaron rezagados durante mucho tiempo, como la industria de la lana del Yorkshire o la quin-callería cerca de Birmingham hasta mediados del siglo XIX, por no dar más ejemplos que los del país pionero de la industrialización que fue Inglaterra. Estos desfases, que todavía hoy son sensibles en América del Sur por ejemplo, son corrientes en todo país en vías de industrializarse.

c) El ejemplo de Europa demuestra que la industrialización plantea desde sus orígenes hasta su realización graves problemas sociales. Todo país que pretenda industrializarse tiene que enfrentarse, al mismo tiempo, con la revisión de sus estructuras sociales, o hará inevitable una larga gestación ideológica y revolucionaria como la que ha conocido Europa.

1. EN LOS ORIGENES DE LA PRIMERA REVOLUCION INDUSTRIAL

Cuatro revoluciones industriales clásicas, la de la máquina de vapor, la de la electricidad, la del motor de explosión, la de la energía nuclear, se han sucedido y añadido las unas a las otras.

A nosotros nos toca ver, y si es posible, con bastante detalle, cómo se puso en marcha el convoy de la revolución industrial, lo que equivale a estudiar el caso privilegiado de Inglaterra, entre 1780 a 1890. ¿Por qué fue Inglaterra la primera en industrializarse? ¿Cuál era en 1780 la situación general de Europa en el plano industrial?

1. El concepto de industria, antes del siglo XVIII, o mejor dicho antes del siglo XIX, puede llamar a engaño. En todo caso, se debe hablar de preindustria y no de industria propiamente dicha.

De hecho, desde el siglo XII, a lo largo del cual se produjo la primera «revolución industrial», es decir, la generalización en el espacio europeo de los molinos de agua y de los molinos de viento, no se había introducido en Europa ninguna otra innovación técnica importante. Todavía en el siglo XVIII la preindustria no cuenta más que con las fuentes y con los medios energéticos de antaño; por lo general, la potencia de un molino de agua es de, aproximadamente, 5 HP.; la de un molino de viento, en las regiones más ventiladas, como Holanda, excede a veces los 10 HP., pero su trabajo es intermitente. A falta de recursos energéticos abundantes y de máquinas poderosas, la vida industrial, a pesar de la multitud de pequeños y con frecuencia muy ingeniosos progresos técnicos, se vio reducida a una semi-inmovilidad. Alrededor de ella se perpetúa una vida económica arcaica, que la esclaviza (ridículos rendimientos agrícolas, medios de transporte imperfectos y costosos, mercados insuficientes; por el contrario, la mano de obra es demasiado abundante).

No existe una industria en el sentido en que entendemos hoy este término. El artesanado local, con un corto radio de acción, es con frecuencia suficiente para las necesidades fundamentales de la población. En ciertos sectores, sin embargo, se distinguen empresas que trabajan para mercados más extensos o que se especializan en la fabricación de productos de lujo. Este es el caso de ciertas manufacturas «reales» de la Francia del siglo XVII. Estas proezas son bastantes frecuentes en el terreno progresivo de las industrias textiles, punto de partida, como veremos, de la revolución industrial inglesa.

En efecto, la industria textil favorece más que cualquier otra las concentraciones en el seno de un artesanado todavía tradicional. En los siglos XVI y XVII, e incluso desde el XVIII, en las ciudades italianas y flamencas, bajo el impulso de los ricos mercaderes *qui faciunt laborare*, se van perfilando en ellas amplias organizaciones, algunos grandes talleres, tiendas, «maestros» trabajando a domicilio (con frecuencia, estos «maestros de gremios» no son más que simples asalariados, ayudados por dos o tres oficiales), y más frecuentemente, fuera de la ciudad y relacionados con la misma producción, los campesinos y las campesinas trabajan ellos también a domicilio.

Un documento del siglo XVI describe a los comerciantes de Segovia enriquecidos con la fabricación de los paños, como «verdaderos padres de familia que, en sus casas y fuera de ellas mantienen a una gran cantidad de personas, cuyo número alcanza incluso los 200 y 300 fabricando así con el trabajo de los demás una gran variedad de paños de los más finos».

En Laval, hacia 1700, la dinámica industria textil ocupa, en la ciudad y en sus alrededores, a unos 5.000 obreros (es decir, con sus familias 20.000 personas), "los más ricos de los cuales no tienen el equivalente de 100 libras de haber". Al frente de ellos están 500 maestros tejedores que compran el hilo a los maestros que trabajan la estopa, "a los que se llama *cánceres* porque comen y chupan la sangre a los maestros tejedores pobres"; por encima de todos ellos están 30 comerciantes al por mayor, verdaderos organizadores de esta industria, que lavan los paños y los envían a los mercados lejanos.

Estos comerciantes-empresarios representan lo que una historia *tipológica* llama *capitalismo comercial o mercante*; suministran la materia prima, fijan y pagan la cuantía de los salarios, almacenan la producción, la venden, la exportan y, generalmente, compran a cambio otros productos ventajosos.

A causa de la lentitud de los viajes, cada uno de los circuitos comerciales tardaba mucho en cerrarse. En el siglo xv la lana lavada en España y exportada desde allí era trabajada en Florencia y vendida, en forma de buenos y bellos paños, en Alejandría, en Egipto, a cambio de una serie de productos de Oriente que eran revendidos en Florencia o en otras partes de Europa; el ciclo de venta de la lana tardaba, pues, tres años, y algunas veces más, en cerrarse. Se trata, por lo tanto, de una operación por lo general beneficiosa, pero de larga duración. Inmovilizaba durante mucho tiempo un importante capital, con todos los riesgos que esto supone. El comerciante-empresario, al ser el único que, gracias a su capital, podía llevar a cabo la operación (además se asociaba, por lo general, con otros comerciantes a fin de dividir los riesgos), dominaba la situación. Tenía la exclusiva de los riesgos y de los beneficios.

2. La manufactura: Este término, durante mucho tiempo inseguro, designa retrospectivamente con bastante precisión la concentración de obreros en un mismo edificio (o en edificios cercanos los unos a los otros), bajo la vigilancia de los contraamaestres.

El movimiento se extiende en el siglo xviii. Entonces se opera en estos talleres o fábricas una cierta división del trabajo. Un artículo de la *Enciclopedia* (1761) atribuye la superioridad de las industrias de la seda de Lyon al hecho de que las manufacturas emplearan un personal numeroso (en total, 30.000 obreros de la seda en la dicha ciudad), de manera que «un determinado obrero no hace y no hará en su vida más que una única y sola cosa, mientras que otro obrero hace otra cosa diferente; por consiguiente, ambos trabajos son ejecutados con propiedad y celeridad».

En todo caso, esta organización es excepcional. En vísperas de los primeros signos de la Revolución industrial lo corriente continúa siendo la dispersión artesanal.

3. La Europa preindustrial no carece, pues, ni de empresarios ni de capitales; no desconoce la importancia del mercado e incluso del mercado internacional; a veces cuenta con una mano de obra semi-concentrada, a la que pueden recurrir los empresarios.

En contrapartida, se resiente, como todos los países subdesarrollados de hoy día, de una economía mal articulada. El sector agrícola en particular impide a cualquier expansión económica el llegar al final de su impulso y alcanzar su plenitud. El mercado es insuficiente y la competencia muy fuerte y dura; la menor crisis termina con todo. Las quiebras «industriales» y comerciales son frecuentes. Un guía comercial de mediados del siglo XVIII subraya los peligros que supone «la moda» de las manufacturas: «En nuestras provincias encontramos restos de manufacturas destruidas, y todos los años se derrumba una de ellas mientras que se siguen construyendo otras que poco después se vendrán abajo.»

De hecho, la preindustria sólo se puede sostener en la medida en que sus salarios son muy bajos. Cuando las condiciones de vida de la clase obrera mejoran en una determinada región en la que la prosperidad ha permitido por fin un alza de salario, las consecuencias no se hacen esperar: la industria se apaga, o por lo menos decae, al no poder resistir la competencia extranjera; es el caso de Venecia en el siglo XVII, de Holanda en el XVIII.

En 1777, el intendente de Picardía constata: los obreros necesitan hoy el doble de dinero para subsistir, y, sin embargo, ganan lo mismo que hace cincuenta años, cuando los víveres costaban la mitad; no tienen, pues, más que la mitad de lo que necesitan.

4. Esta situación sólo puede cambiar (y de hecho cambió) gracias a los adelantos técnicos. No obstante, admitamos desde un principio que estos adelantos no pueden ser los únicos factores decisivos. Así lo prueba el caso privilegiado de Inglaterra.

En Inglaterra las innovaciones técnicas afectan a las dos industrias claves: la textil (ésta sobre todo) y la minera. Pero las repercusiones de estas innovaciones alcanzan con relativa rapidez a los otros sectores de la economía.

a) *Las minas inglesas*, concretamente las minas de estaño de Cornualles, explotadas desde hacía mucho y cada vez con más profundidad, están expuestas a calamidades continuas: las infiltraciones de agua. Es el problema clásico, planteado ya en *De Re metallica* por Georg Agrícola en el siglo XVI. El problema está en que las grandes ruedas hidráulicas, utilizadas a este efecto, sirvan a bombas relativamente poderosas, para decirlo así, a cadenas de bombas. Cada una de ellas, haciendo el vacío, utiliza la presión del aire y no puede exceder las fuerzas de ésta (a cada vez levanta, todo lo más, una columna de agua teórica de aproximadamente diez metros de altura).

La búsqueda de bombas potentes suscitó por fin las grandes, pesadas y muy costosas máquinas de vapor de Newcomen a partir de 1712-1718. Cuando estaba reparando una de ellas, el escocés John Watt, «preparador», como diríamos en la actualidad, en la Universidad de Edimburgo, descubrió su propia máquina de vapor, más simple y más eficaz (concebida en 1776)... Es decir, que la utilización del vapor es anterior a Watt; desde principios del siglo XVIII era utilizado en máquinas que han prestado ser-

vicios mucho más importantes de lo que hasta ahora se creía (como lo han venido a demostrar estudios recientes). Algunas de estas máquinas de vapor funcionaron en Francia hacia 1750, en las minas de carbón de Anzin. Las realizaciones espectaculares (el primer automóvil, el primer barco de vapor de Beugnot y de Jouffroy) se sitúan en 1770.

b) *La industria textil* era y continuará siendo hasta mediados del siglo XIX (hasta la aparición del ferrocarril) la industria motora: al ser, al mismo tiempo, una industria de primera necesidad y una industria de lujo, arrastra a las demás.

Según Max Weber, sus ritmos dominan todo el pasado material de Occidente: éste ha pasado, sucesivamente, por una edad del lino (Carlomagno iba vestido de lino); una edad de la lana; después, una edad de algodón—o mejor dicho, de la fiebre del algodón, en el siglo XVIII—. Ahora bien, es en esta edad del algodón cuando se crean las primeras fábricas en el sentido estricto de la palabra. Al estar relacionada con el comercio de las Indias, de Africa y de América a consecuencia del tráfico de los esclavos negros, la industria algodonera se instaló en los grandes puertos coloniales o en sus alrededores (Liverpool, Glasgow). Se benefició de su empuje económico, de su acumulación de capitales. No debe, pues, extrañar que estas industrias tan solicitadas sean objeto y causa de los perfeccionamientos técnicos.

Surgen entonces máquinas nuevas, recibiendo todas ellas un nombre: *la naveta volante* de John Kay (1733), el *spinning jenny* de Hargreaves, la *waterframe* de Harkwright (1769), la *mule-jenny* de Campton (1799); sin duda alguna, esta evolución culmina, en Francia, con el telar de Jacquard (1801).

De esta manera se esboza una primera explicación: el impulso económico favorece a un determinado y privilegiado sector industrial; un progreso técnico acompaña a esta demanda. Todo se organiza, pues, de manera empírica y espontánea.

5. Solicitado a su vez por el progreso técnico, se produce un progreso científico, igualmente natural. El "homo sapiens" se pone a la altura del "homo faber", y desde entonces avanzarán a un mismo paso.

La ciencia había realizado evidentes progresos en el siglo XVIII. Sin embargo, se trataba en conjunto de una ciencia más bien generalizante, teórica, poco habituada a colaborar con una técnica artesanal que hasta entonces prácticamente no le había planteado problemas.

Pero a finales del siglo XVIII todo cambia. Desde entonces algunos requerimientos industriales se dirigen, por encima de la técnica, a esa ciencia de la habilidad manual y del oficio, a la misma ciencia.

Así, por ejemplo, el admirable John Watt (1736-1819) no es un simple artesano ni un mero autodidacta: es un espíritu científicamente orientado que tiene conocimientos de ingeniero y de químico. John Black (nacido en Burdeos en 1728, de padres escoceses, muerto en Edimburgo en 1799), profesor de la Universidad de Edimburgo y verdadero científico (como químico realizó importantes trabajos sobre los alcaloides), suministró a Watt el principio del *calor latente*, en el que éste se

basó para la invención de su máquina: el vapor no cesa, gracias al "tirador" del cilindro en el que actúa y al que enfría.

La ciencia suministrará cientos de apoyos de este tipo a la *industria naciente*. Por ejemplo, en el hecho importante del *lavado de las telas*. El procedimiento antiguo (los paños eran tendidos sobre la hierba y después regados y metidos en diferentes soluciones, primero alcalinas y luego ligeramente ácidas) exigía gran espacio y mucho tiempo, a veces hasta seis meses. Para una industria en trance de expansión, esto suponía un "estrangulamiento", sobre todo porque el ácido muy débil que se empleaba, el *vitriolo* (la operación recibe el nombre de *souring*), no es de producción industrial. Se utiliza entonces el ácido sulfúrico diluido. Hubo que producirlo al por mayor, lo que hizo que interviniera un verdadero sabio, John White, médico, antiguo alumno de la Universidad de Leyde. El descubrimiento del cloro en 1774, gracias al sueco Carl Scheele; su empleo por el francés Berthelot para el lavado de las telas, la puesta a punto en Inglaterra de un procedimiento práctico, son los eslabones en el camino de la perfección de este procedimiento, gracias, como se ve, a la intervención *internacional* de la ciencia.

El ejemplo más significativo de esta colaboración entre la ciencia y la técnica es la personalidad misma de *Matthew Boulton* (1728-1809). De origen modesto (un *innovador*), este industrial de espíritu práctico y creador, que financió los trabajos de John Watt, era al mismo tiempo un sabio, apasionado por la química. Se reúnen en torno a él tanto John Watt como un matemático y médico, William Small; un poeta y médico, Erasmus Darwin, el abuelo del gran Darwin, y muchos otros. La Inglaterra industrial se convierte en la Inglaterra científica, teniendo por capitales Birmingham y Manchester. Londres, la reina del capitalismo comercial, permanece durante mucho tiempo al margen de estas novedades, y sólo volverá a ocupar un lugar importante en la vida científica inglesa hacia 1820. Este hecho, por sí solo, es significativo. Es el auge industrial el que ha puesto a la ciencia en condiciones de actuar.

¿Pero es esta explicación suficiente? ¿Cómo explicar entonces que en Francia, en donde la ciencia aplicada (pensemos en científicos de mucha envergadura, como P. J. Macquer (1718-1784) o Luis Berthollet (1748-1822) está, sin duda, más adelantada que en Inglaterra, el progreso de la industria haya sido mucho menos rápido? Se debe, evidentemente, a que la Revolución industrial ha tenido otras causas, unas económicas (las más importantes) y otras sociales.

6. La mejor y más completa explicación es, probablemente, la explicación general: económica y social.

a) *Gracias a su revolución «burguesa» de 1688 Inglaterra ha alcanzado, por anticipado, un equilibrio político; dispone de una sociedad abierta al capitalismo (creación del Banco de Inglaterra en 1694), su economía se ha beneficiado de una serie de inversiones de interés general (carreteras, canales; en el siglo XVIII fue presa de la «fiebre de los canales»).*

b) *El arranque de la Revolución industrial inglesa se debe a un auge económico general, el del siglo XVIII, que afectó al mundo entero.*

c) *La Revolución industrial hubiera sido imposible sin la fuerte expansión demográfica del siglo XVIII (del orden del 64 por 100). Esta expansión demográfica es también de orden mundial; se presenta tanto en China como en Europa, pero según los países ha tenido más o menos intensidad, siendo más débil en Francia (del orden del 35 por 100) que en In-*

glaterra. Esta última dispuso, por consiguiente, en el siglo XIX, de una mano de obra superabundante a bajo precio.

d) *El papel inmenso desempeñado por las transformaciones de la agricultura inglesa* (cercados, métodos científicos), que permitieron terminar con la tradicional insuficiencia de la producción alimenticia.

e) La Revolución inglesa se hizo en dos etapas: *primero la del algodón, entre 1780 y 1830; después, la metalúrgica*. El segundo tiempo, el de la industria pesada, fue determinado por la construcción de los ferrocarriles. Esta segunda revolución fue posible gracias al dinero ahorrado en la primera, la textil, y será de una potencia inédita. Pero es la primera etapa la que le ha dado vida y abierto el camino. *Es al algodón al que hay que volver si se quiere juzgar desde el primer auge*.

La moda de la tela de algodón afecta por aquel entonces a toda Europa, comprendida Inglaterra. Esta se ha visto obligada, durante mucho tiempo, a importar para ella y para sus mercados europeos y extraeuropeos las cotonadas de sus factorías de Indias, las *indianas*. Estimulada por los perfeccionamientos técnicos, la industria algodonera entra en una fase de continuo crecimiento, en primer lugar, a causa de la enorme demanda de las costas de Africa (allí se llama a los esclavos «piezas», «uma peça d'India», según la vieja expresión portuguesa; es decir, la pieza de cotonada a cambio de la cual se obtiene un esclavo); en segundo lugar, a causa de las demandas del mercado brasileño, abierto y monopolizado por los ingleses (1808), que repitieron luego la operación, dos años más tarde, en toda la América española. Posteriormente, la industria textil inglesa llegará incluso a hacer la competencia en su propio terreno a los paños indios, a los que acaba por destruir totalmente. Invadirá también el Mediterráneo. Entre 1820 y 1860 la venta de los tejidos británicos en el mundo es objeto de un aumento continuo. ¡El consumo del algodón en bruto para las fábricas inglesas pasa de 2 millones de libras en 1760 a 366 millones en 1850!

Este éxito inmenso tiene consecuencias múltiples. Al amparo del prodigioso auge del algodón, Inglaterra inunda el mercado mundial con las mercancías más dispares. Excluye a los demás de este mercado mundial. Un gobierno agresivo, belicoso cuando es necesario, reserva a la industria inglesa este extenso dominio, en el que la expansión parece no tener límites.

f) *Fue imposible disputarle este mercado mundial a Inglaterra en la medida en que esta subida de la producción estuvo acompañada, como será preceptivo más tarde, de una disminución fabulosa de los precios de coste* (entre 1800 y 1850 el precio de las cotonadas cae de 550 a 100, mientras que el trigo, por ejemplo, y la mayoría de los demás artículos apenas disminuyen de un tercio).

Los salarios permanecen prácticamente estables, pero la incidencia que tenían antaño sobre los precios de coste es muy débil, ya que la técnica redujo considerablemente la parte del trabajo del hombre. ¿Deben extrañarnos las felices consecuencias de esta producción de masas—la primera—en la vida popular? Sobre el caso concreto de Francia, hemos incluido, al final de estos capítulos dedicados a Europa, lo que dice Michelet respecto de la crisis de la industria del algodón en 1842.

g) *La expansión de la industria metalúrgica es de fecha mucho más tardía.* En este terreno la producción había dependido, hasta el siglo XIX, exclusivamente de la guerra. «En el siglo XVIII las fundiciones de hierro se identificaban con las fundiciones de cañones», escribía un inglés en 1831; pero los ingleses sólo tenían cañones en los barcos, porque la guerra en tierra firme no era asunto suyo. En el siglo XVIII Inglaterra produce menos hierro que Francia o que Rusia, y con frecuencia lo importa de Suecia o de Rusia. El descubrimiento técnico decisivo de la fundición del cok, adquisición del siglo XVII, todavía no era verdaderamente utilizado. La fundición con carbón de madera seguirá empleándose todavía durante mucho tiempo.

La instalación de los ferrocarriles (1830-1840), grandes consumidores de hierro, de fundición, de acero, da un nuevo cariz al asunto. Inglaterra se dedica a construir vías férreas, tanto en su propio país como en sus territorios de ultramar. Además, la revolución de los barcos de casco metálico, movidos a vapor, transformará a la construcción naval inglesa en una formidable industria pesada. Entonces el algodón deja de ser el sector clave de la vida económica de Gran Bretaña.

II. LA DIFUSION DEL FENOMENO INDUSTRIAL EN EUROPA Y FUERA DE ELLA

En los demás países europeos y no europeos el fenómeno industrial no se presenta ni en la misma época ni totalmente en el mismo contexto. Pero a grandes rasgos, en cada caso concreto la historia parece repetirse, aunque no afecte ni a las mismas sociedades, ni a las mismas economías, ni a las mismas civilizaciones. Pero cada caso concreto de revolución industrial, reducida a su realidad económica, sigue poco más o menos un mismo «modelo», como dicen los economistas, uniforme y bastante simple.

1. Este mismo patrón tiene tres etapas: Esta es la tesis (formulada en 1952) de un economista americano, Walt W. Rostow. Aunque se presta a la discusión, no cabe duda de que simplifica el debate.

a) El «take off».

En el punto de partida, momento esencial, se sitúa el *take off*, que se puede traducir literalmente por el «despegue». Lo mismo que un avión corre sobre la pista y después la deja para emprender el vuelo, una economía en auge se separa bastante bruscamente de este antiguo régimen industrial que la mantenía pegada al suelo. Este «despegue» tiene lugar, por lo general, en un único sector o, todo lo más, en dos: en Gran Bretaña y en Nueva Inglaterra (caso particular del auge «americano»), en el sector del algodón; en el sector de los ferrocarriles en los casos de Francia, de Alemania, de Canadá, de Rusia, de los Estados Unidos; en Suecia, en los sectores de la madera de construcción y de las minas de hierro... Este sector *se dispara* siempre como una flecha y se moderniza rápidamente, siendo precisamente su crecimiento y la modernidad de su técnica las dos

características que le diferencian de los auges industriales anteriores, que nunca han conocido una fuerza explosiva semejante ni un movimiento de largo alcance. Este alza industrial determinada se pone de manifiesto en un aumento de la producción, en un mejoramiento de la técnica, en una organización del mercado, y más tarde fomenta, a su vez, el crecimiento de los otros sectores de la economía.

Después de este primer movimiento la industria-clave, el motor inicial, se estabiliza: ha alcanzado, en efecto, la cumbre. Ha permitido acumular unas reservas destinadas a ser invertidas en otros sectores de la economía que, a su vez, emprenden el vuelo, se modernizan y alcanzan su perfección.

b) *Al extenderse este proceso de sector en sector, la economía, en su conjunto, alcanza la madurez industrial.*

En Europa occidental, después del *take off* de los ferrocarriles (es decir, del hierro, del carbón, de la industria pesada), toman el relevo el acero, las construcciones navales modernas, la química, la electricidad, la maquinaria. Rusia pasó, aunque más tarde, por esta misma evolución. En Suecia, la pasta de papel, la madera y el hierro desempeñaron los papeles fundamentales. A grandes rasgos, fue en los primeros años del siglo xx cuando el conjunto del mundo occidental llegó al umbral de esta madurez. Inglaterra, que lo había franqueado desde 1850, se encontró entonces en un plano de igualdad relativa con los demás países.

Entonces, para estas economías que tienen en su haber un desarrollo, que están relativamente equilibradas, que han asegurado sus rentas, que han conseguido una cierta abundancia, la expansión industrial no se plantea ya como la finalidad primordial. El problema está en saber en qué dirección orientarán en lo sucesivo su poder y sus posibles inversiones. Confinadas a esta elección, ya que desde entonces es posible elegir, no todas las sociedades industriales van a responder de la misma manera. Su respuesta determina el sentido de su historia presente y de su futuro. Ahora bien, y como era de prever, estas sociedades industriales, consciente o inconscientemente, sacaron los motivos de su elección de su misma civilización.

c) *El momento de la elección. Se trata, de hecho, de escoger un estilo de vida válido para toda una sociedad.*

Se puede dirigir el esfuerzo hacia una cuidadosa legislación social, persiguiendo la seguridad y el bienestar de todos, o considerar que este bienestar sólo puede lograrse mediante la extensión de la capacidad de consumo de las masas (la gran mayoría de la nación debe entonces tener acceso a los bienes y los productos de lujo), o, por último, se puede utilizar el poder agrandado de la sociedad o de la nación en el terreno, con frecuencia inútil, pero siempre peligroso, de la política mundial y de poder.

Hacia 1900, los Estados Unidos alcanzan la madurez: acababan de hacer un alarde breve, pero significativo, de poder (guerra de Cuba y de Filipinas contra España en 1898), alarde consciente si se piensa que Teodoro Roosevelt escribía entonces que los Estados Unidos "tenían necesidad de una guerra" o que había que darles "algo en qué pensar que no fuera la ganancia material". Años más tarde se llevan a cabo algunas tímidas y efímeras tentativas de política social progresiva. Pero, con la iniciación de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos se lanzan totalmente por el camino de la solución del consumo de masas, y se pro-

duce entonces el *boom* de los automóviles, de la construcción, los *gadgets* para el confort de las casas.

En Europa occidental, el momento de la elección se vio retrasado por las dos guerras mundiales y las reconstrucciones que impusieron. *Grosso modo*, el consumo de masas aparece en 1950, pero con las restricciones y las enmiendas impuestas por las políticas de los diferentes gobiernos y la presión de una poderosa tradición socialista; en Francia, por ejemplo, se promulgan una serie de leyes sociales que van desde la enseñanza gratuita a la organización médica de la seguridad social. Y también, con el retraso de sectores enteros, fruto de circunstancias o de la resistencia a abandonar las costumbres tradicionales. Por ejemplo, la revolución agrícola a la americana tropezó en el continente europeo con múltiples obstáculos. A este respecto son conocidas las repetidas dificultades que ha atravesado la Unión Soviética; la situación también es compleja en Italia y en Francia, que todavía se encuentran a medio camino en la modernización agrícola.

Por último, *no todas las regiones se han incorporado por igual al movimiento*. De la misma manera que el Sur de los Estados Unidos, desde antes de 1900, se había quedado retrasado con relación al Norte, toda una parte de Europa queda rezagada: el Suroeste y el Oeste franceses, el Mezzogiorno italiano, toda la Península Ibérica, salvo los centros industriales de Barcelona y de Bilbao; el conjunto de las Repúblicas socialistas (salvo la Unión Soviética, Checoslovaquia y la República democrática alemana), el resto de la península de los Balcanes, Turquía...

En resumen, *siguen existiendo esas dos Europas*, la del caballo de vapor y la del caballo de tiro, como dijo un periodista en 1929.

Evoquemos un ejemplo escogido entre otros mil: el de una carretera cercana a Cracovia, en la que los estrechos carros de cuatro ruedas con sus cargamentos de madera, los rebaños de ocas con las mujeres que los cuidan (estampa que podría ser del siglo XV), son más numerosos que los automóviles. Pero de repente se levantan las formidables instalaciones de Nova Huta, la ciudad metalúrgica creada desde sus mismos cimientos por la Polonia socialista. Este contraste forma parte integrante todavía hoy de la vida europea.

2. Crédito, capitalismo financiero y capitalismo de Estado: Al mismo tiempo que la Revolución industrial se produjo una revolución del crédito, que se benefició del impulso de aquella.

El capitalismo, un cierto tipo de capitalismo, existe desde siempre; por decirlo así, desde la antigua Babilonia, que ya tenía banqueros, comerciantes dedicados a negocios con países muy alejados, y todos los instrumentos del crédito: la letra de cambio, el cheque... En este sentido cabe decir que la historia del capitalismo va «de Hammurabi a Rockefeller».

Pero el crédito en Europa es todavía muy modesto en los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII se desarrolló ampliamente con la aparición, aunque sólo fuera en lo referente al comercio con las Indias (y de sus compañías) y al comercio «de China» (cuya consecuencia fue, entre otras, el desarrollo de Cantón), de un capitalismo internacional, muy extendido en las diferentes ciudades comerciales de Europa. Sin embargo, todavía en esta época los verdaderos *financieros* no se ocupan en absoluto ni del comercio ni de la industria: manejan el dinero público y actúan al servicio del Estado.

Con el éxito de la industrialización, la banca y la vida financiera son objeto de un mismo e inmenso auge. Hasta tal punto, que al mismo tiempo que el capitalismo industrial aparece un *capitalismo financiero* llamado a controlar, más tarde o más temprano, todas las palancas de la vida económica.

En Francia y en Inglaterra esta primacía se va apuntando hacia el decenio 1860. Los bancos antiguos o de reciente creación multiplican entonces sus redes y se es-

pecializan (bancos de depósitos, de crédito y de negocios). Para comprender esta modernización bancaria sería conveniente estudiar en Francia la evolución histórica del Crédit Lyonnais, fundado en 1863; en los Estados Unidos, la del Banco Pierpont Morgan, al que volveremos a referirnos más adelante, o la red internacional de los Bancos Rotschild. Por todas partes la banca consigue formar una extensa clientela, hacerse con "todo el público que ahorra", perseguir y alcanzar "todos los depósitos "inactivos", "estériles", por muy pequeños que éstos sean. Y así se inicia la fiebre de las "acciones". Las industrias, los ferrocarriles, las compañías de navegación se van dejando poco a poco coger por esta múltiple red bancaria. El juego del capitalismo financiero pronto alcanza un radio de acción internacional. Los bancos franceses se dejarán tentar cada vez más por las facilidades que ofrecen los préstamos extranjeros. De esta manera, el ahorro en Francia estuvo a punto de ser dedicado a los empréstitos rusos, lo que a la larga hubiera podido resultar peligroso... Pero, de todas formas, estos empréstitos al extranjero constituyeron una importante fuente de beneficios para la economía francesa, al equilibrar una *balanza de pagos* favorable con una *balanza comercial* deficitaria. También permitieron industrializar a una gran parte de Europa, después de 1850, y el mundo de ultramar.

Actualmente parece que ha pasado la hora del capitalismo financiero en Europa, a pesar de algunas excepciones que confirman la regla y a pesar de las discusiones teóricas, siempre posibles a este respecto. Claro está que un banco de negocios como la *Banca de París y de los Países Bajos* representa una potencia actual de primera magnitud y que Londres, París, Frankfurt, Amsterdam, Bruselas, Zurich, Milán continúan siendo importantísimas capitales del dinero. Pero se va precisando la hora de un *capitalismo de Estado*.

Con los sectores «nacionalizados» de una economía cada vez más «dirigida», el Estado se ha vuelto industrial y, en el mismo grado, banquero. Una fiscalización prolifera y también los cheques postales, las cajas de ahorro, los bonos del tesoro, ponen a la disposición del Estado enormes cantidades de dinero. El Estado es el amo de las *inversiones en bienes de producción*. Ahora bien, de éstos depende toda política de crecimiento, toda política social eficaz, lo que equivale a decir que de ellos depende el futuro.

Cada año, para asegurar una progresión incluso tan aparentemente mesurada como la francesa, hay que dedicar a la inversión una parte importante de la renta nacional. La inversión, al dar vida a un serie de transacciones económicas, multiplica su masa inicial. Es comprensible el que cada vez más se imponga a los Estados una *economía planificada*, gracias a la cual pueden definir de antemano un desarrollo y prever las consecuencias de una acción concertada. Los planes quinquenales de la Rusia soviética han sido imitados por todo el mundo. ¡El mismo Presidente Kennedy anunciaba, en enero de 1962, un plan de cinco años para la política comercial americana! El plan francés de cuatro años (1961) ha provocado recientemente animadas polémicas. A su manera, es un examen de conciencia nacional, al mismo tiempo que un balance económico. Su finalidad favorece el «despegue» de las regiones francesas insuficientemente desarrolladas, por lo que califica de «política de arrastre».

3. En todo ello, retrospectivamente, no se puede ni omitir ni exagerar la función motora del colonialismo. No fue él el que colocó a Europa en el primer lugar del mundo, pero quizá fuera el que la mantuvo allí.

Debe entenderse por colonialismo—concepto que también habría que estudiar con detenimiento—toda expansión europea, por lo menos desde 1492.

Indudablemente, esta expansión ha favorecido a Europa. Ha puesto a su disposición nuevos espacios donde enviar a sus excedentes de hombres y ha puesto al alcance de su mano a civilizaciones ricas susceptibles de ser explotadas y a las que, de hecho, ha explotado. Los acontecimientos principales de esta explotación fueron, cronológicamente: en el siglo XVI, la llegada de los «tesoros» de América (los lingotes de oro y de plata); la apertura brutal de la India después de la victoria de Plassey (23 de junio de 1757) por la que los ingleses se apoderaron de Bengala; el forzamiento del mercado chino después de la guerra del Opio (1840-1842); el reparto de Africa, en Berlín, en 1885.

Como resultado se dieron en Europa extensas concentraciones comerciales a beneficio de los ibéricos, de los holandeses y, finalmente, de los ingleses, y, en suma, un refuerzo evidente de estas redes capitalistas que han colaborado en la puesta en marcha de la industrialización. Europa ha sacado de estas tierras lejanas un excedente importante.

Este excedente ha desempeñado su papel. Ha hecho posible que Inglaterra, victoriosa en ultramar, fuera la beneficiaria del primer *take off*. Queda por determinar si a continuación, como nosotros opinamos, la Revolución industrial, al reforzar la primacía europea y su prestigio, no ha consolidado también la amplitud del hecho colonial a beneficio de Europa. En todo caso, es imposible que el auge industrial de Francia, por ejemplo, estuviera determinado por su presencia en el Senegal o por su establecimiento en Argelia (1830), en Cochinchina (1858-1867), en Tonkin o en Annam (1883).

Otro asunto sería el abogar en favor del colonialismo en sí mismo, en el plano humano o moral. Equivaldría a poner en tela de juicio una gran cantidad de elementos complejos en donde las responsabilidades y las culpabilidades están divididas. El colonialismo de ayer ha tenido, por ambos lados, sus aspectos positivos y negativos. Lo único seguro es que la historia de un cierto colonialismo es ya cosa del pasado, una página a la que se ha dado la vuelta.

III. EL SOCIALISMO FRENTE A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

El mérito de Occidente ha consistido en haber buscado con vehemencia una réplica social, humana, lo bastante eficaz y válida, para las múltiples durezas de la industrialización. Podríamos decir que ha fabricado un humanismo social si no hubiéramos abusado ya del uso de este término tan cómodo.

Esta elaboración se ha realizado en el curso del siglo XIX, triste, dramá-

tico, pero genial; *triste*, si se piensa en la crueldad de su vida cotidiana; *dramático*, si se presta atención a los desórdenes y a las guerras que tuvieron lugar a lo largo del mismo; *genial*, si se quieren recapitular sus progresos científicos y técnicos y, en menor grado, sociales.

En todo caso, sus resultados están claros: en la actualidad, muerto y enterrado el siglo XIX, una legislación social tranquila y perfecta quiere conseguir una suerte mejor para masas de hombres cada vez más numerosas y desarticular así la reivindicación revolucionaria.

Esta consecución múltiple e imperfecta no se ha llevado a cabo con facilidad, como la operación necesaria que exige una moral o una ciencia imparcial. Se presenta, por el contrario, como una lucha muy dura, en la que se pueden distinguir, en Occidente, tres fases, por lo menos (dedicaremos otros capítulos aparte a la Revolución rusa y soviética):

a) *La fase revolucionaria e ideológica*, la de los reformadores sociales, la de los mal llamados "profetas" (es una palabra utilizada por sus enemigos y adversarios ideológicos) va de 1815 a 1871, de la caída de Napoleón I a la Comuna de París. 1848, el año de las revoluciones en cadena, es quizá el año límite.

b) *La fase de las luchas obreras organizadas* (sindicatos y partidos obreros). Se inicia ya antes del drama parisino de la primavera de 1871 y se extiende, en lo esencial, desde esta fecha hasta 1914.

c) *La fase política o, mejor dicho, del Estado*. El Estado se hace cargo de la realización de los programas sociales después de 1919, o mejor dicho de 1929, o quizá más tarde, cuando se contó con la colaboración de la prosperidad material, desde 1945-50 hasta nuestros días.

Este esquema sugiere que la reivindicación social frente a la industrialización ha cambiado a menudo de tono y de sentido, según las mismas fluctuaciones de la vida material: a grandes rasgos, las épocas de retroceso económico son épocas vehementes (1817-1851, 1873-1896, 1929-1939); las épocas de expansión económica son, por el contrario, épocas de tranquilidad (1851-1873, 1945 hasta nuestros días). Un historiador, enjuiciando el caso de Alemania, ha dicho refiriéndose a este vaivén de las reivindicaciones sociales: «En Alemania, en 1830, la palabra *proletario* era todavía desconocida; en 1955, apenas es ya conocida.»

De estas tres fases, la primera, que se sitúa únicamente en el plano de las ideas sociales es, quizá, la más importante, porque marca el viraje de toda una civilización.

1. Desde 1815 a 1848 y 1871, este extenso movimiento de ideas, de profundos análisis, de "profecías" supone, "grosso modo", el desplazamiento del interés ideológico desde lo político a lo social.

El Estado deja de ser el blanco de las reivindicaciones y pasa a serlo la Sociedad, a la que se quiere comprender, curar y mejorar.

A un programa nuevo corresponde una terminología nueva. Con los conceptos de *industrial*, *sociedad industrial*, *proletariado*, *masa*, *socialismo*, *socialista*, *capitalista*, *capitalismo*, *comunista* y *comunismo*, se pone en marcha una nueva formulación de la ideología revolucionaria.

Fue el conde de Saint-Simon el que fabricó el sustantivo y el adjetivo *industrial* (a partir de la antigua palabra: industria) y probablemente la fórmula: *sociedad industrial*, más tarde utilizada por Auguste Comte, Herbert Spencer y muchos otros. Para A. Comte equivale a la sociedad que ha reemplazado a la *sociedad militar* que hasta entonces dominaba el escenario humano. Si ésta era belicosa, aquélla será forzosamente pacífica, lo que Herbert Spencer, por su parte, no se atreve a asegurar, y hace bien en no atreverse. El término de *proletariado* entró en 1828 en el Diccionario de la Academia Francesa. *Masa*, en singular, pero sobre todo en plural se convierte en la palabra clave, "el síntoma terminológico de esta evolución, cuya plenitud estallará bajo el reino de Luis Felipe". "Tengo el instinto de las masas, he aquí mi única superioridad política", declara Lamartine en 1828. Y Luis Napoleón Bonaparte, en su *Extinción del Pauperismo* (1844), dice: "Hoy día el reino de las castas ha terminado; sólo se puede gobernar con las masas."

Estas masas son, ante todo, las masas urbanas obreras, pobres y explotadas. De ahí la idea de que el tiempo presente está dominado por la oposición de las clases, lo que Marx llama "la lucha de clases". La lucha de clases es un fenómeno antiguo que se da en todas las sociedades materialmente evolucionadas del pasado. Pero no se puede negar que en el siglo XIX se amplía e intensifica y que se produce entonces una violenta toma de conciencia.

Socialista y *socialismo* son términos que aparecen en los años 1830. *Comunismo* también, con un sentido difuso de igualdad económica y social. Auguste Blanqui, "general de las masas revolucionarias", escribe que "el comunismo es la salvaguardia del individuo". Louis Blanc utiliza ya el término *capitalismo* en su *Organización del trabajo*, 1848-1850; Proudhon lo utiliza en 1857; el *Larousse* lo incluye en su edición de 1867; pero cuando está más de moda es a principios del siglo XX. El término de *capitalista* tiene más vida. En 1843 Lamartine exclamaba: "¿Quién reconocería a la revolución en nuestras manos?... ¡En lugar del trabajo y de la libre industria, Francia ha sido vendida a los capitalistas!..." Aparecen otros términos que tendrán mucho menos éxito, como son *burguesismo* y *colectismo*.

Sin embargo, los recuerdos del 89 conservan toda su fuerza. Los Jacobinos, el Terror, el Comité de Salvación Pública son otros tantos términos y recuerdos que obsesionan a los espíritus que, según los casos, los utilizan como ejemplos o como espantapájaros. Para la mayoría de los reformadores, la «Revolución» continúa siendo la palabra mágica, la fuerza creadora. En 1871, durante la Comuna de París, Raoul Rigault declara:

«No intentamos actuar dentro de la legalidad; lo que queremos es hacer la Revolución.»

2. Desde el conde de Saint-Simon a Marx, la instalación de las "filosofías de masas", como dice Maxime Leroy (entiéndase ideologías inspiradas en los problemas de masas), se termina, en lo fundamental, en 1848.

En febrero de este mismo año aparece el *Manifiesto comunista*, de Marx y de Engels, que continúa siendo, en la actualidad, la biblia del porvenir comunista.

Estudiando detalladamente la larga lista de los Reformadores de la primera parte del siglo XIX, podríamos hacer un cuadro que permitiera situarles en el tiempo y en el espacio. Demostraría con claridad la función primordial de las tres grandes regiones que se estaban enfrentando con la industrialización: Inglaterra, Francia y Alemania...

Demostraría también la primacía de la elaboración francesa (que por sí misma constituye un problema, al que nos referiremos en seguida). Por último, subrayaría la prioridad del conde de Saint-Simon. Este hombre de curiosa personalidad, un poco loco, pero genial, se encuentra en el origen de todas las ideologías sociales, tanto socialistas como no socialistas, y con mayor motivo de la sociología francesa (Georges Gurvitch). Es evidente que influyó en el otro gran gigante que, por lo demás, le sobrepasó en toda la línea: Carlos Marx. Siendo éste muy joven leyó en Trèves las obras de Saint-Simon y sacó de esta lectura parte de sus ideas y de sus argumentaciones.

Si se exceptúa a su antepasado Saint-Simon, los reformadores sociales se pueden clasificar en tres edades: los que nacieron durante los tres últimos decenios del siglo XVIII (Owen, 1771; Fourier, 1772; Cabet, 1788; Comte, 1798), los que nacieron en los diez primeros años del siglo XIX (Proudhon, Considérant, Louis Blanc); la generación más homogénea de Marx (1818), Engels (1820) y Lasalle (1825). El grupo alemán cierra la marcha. Se ha dicho que la muerte en duelo de Lasalle, en 1864, hizo desaparecer al único que tenía talla suficiente para competir con Marx y que había asegurado el éxito de éste. Pero más valdría atribuir este éxito de Marx a la fuerza e importancia del *Capital* (1867).

No podemos detenernos en el examen por separado de cada una de estas «filosofías de masas». Todas ellas se presentan bajo la forma de análisis de la «sociedad en su continuo devenir»; esta feliz expresión es de Saint-Simon. Estas filosofías son también medicamentos, terapéuticas. Saint-Simon y sus discípulos (Enfantin, Chevalier, que medrarán en el campo de los negocios durante el Segundo Imperio), consideran que el esfuerzo se debe realizar en la organización de la producción. Creen que la Revolución francesa, por la que no sienten ningún cariño, sucumbió y fracasó por no haber sabido organizar su economía. Fourier, que también detesta a la Revolución, piensa que lo importante es organizar el consumo.

Barbès y Blanqui, Louis Blanc y Proudhon se mantienen fieles a los principios del 89: los dos primeros, porque son hombres de acción; los otros dos, porque quieren «completar y perfeccionar» los principios de la Revolución. En lo que respecta a V. Considérant, rechaza estos principios, aunque menos violentamente que su maestro Fourier.

Prescindiendo de Marx, del que hablaremos más adelante, el más original de estos pensadores es Proudhon, enamorado de la libertad hasta la anarquía, tanto frente al Estado como frente al cristianismo, y que busca una *dialéctica* social que capte científicamente a la sociedad viva, trabando ante nuestros ojos sus contradicciones. Son estas mismas contradicciones las que hay que resolver para captar los mecanismos sociales que implican. Se trata de una *especulación* científica, alejada de las pasiones de orden religioso y también de la acción. Se opone al espíritu de los fundadores de falansterios (Owen, Cabet, Fourier), al espíritu de los revolucionarios y de Marx, que son los artífices decididos de un mundo mejor al que anuncian, en la espera de fabricarlo con sus propias manos.

3. La primacía del pensamiento francés en este terreno, evidente en la primera mitad del siglo XIX, constituye un problema.

Sin duda, Francia es el país de la Revolución, de la gran Revolución. Sin duda permaneció fiel a las citas revolucionarias de los años 1830 y 1848, y en 1871, sola y vencida por el extranjero, alimentó esa alta llama revolucionaria que fue la Comuna de París.

Pero una vez concedida toda su importancia a estas originalidades, la Francia socializante fue, sin que quepa lugar a dudas, una consecuencia de su propia industrialización. Al igual que en los demás países, el pensamiento reformista o revolucionario francés es obra de intelectuales, privilegiados sociales en su inmensa mayoría. Y al igual que en los demás países, estas ideas sólo adquirieron fuerza y vida al ser incorporadas por los medios obreros y por su acción revolucionaria. Pero las reacciones intelectuales han sido más precoces y violentas que en otros países, mientras que, por el contrario, la industrialización fue más tardía que en Inglaterra (el *take off* francés se sitúa hacia 1830-1860).

Todo esto es muy cierto, pero también lo es que la teoría del *take off* simplifica demasiado los verdaderos procesos. Indica la hora H en la que el empuje industrial despegue repentinamente. Ahora bien, ¿existe realmente una hora H tan claramente delimitada? El afirmarlo así equivale a desconocer todo el período de incubación previa. En Francia se han hecho recientes estudios que fijan, para el período de 1815 a 1851, un índice anual de crecimiento bastante elevado (2,5 por 100). Este crecimiento habría sido suficiente para provocar una expansión urbana sensible desde el XVIII, para alterar la vieja sociedad y para dar a este país, ya sacudido por la Revolución y por las guerras, ese aspecto de taller de demolición que tanto llamó la atención de los contemporáneos.

El crecimiento de las ciudades arrastraba por sí solo un violento empeoramiento de su paisaje humano y material. Todos los observadores se preocupan por ello, desde Balzac hasta Víctor Hugo. Miseria, mendicidad, bandidaje, delincuencia, infancia abandonada, epidemias, criminalidad, todas estas taras sociales se agravaron a causa del amontonamiento de trabajadores dentro de la increíble promiscuidad de las ciudades. En 1847 Michelet señala todavía que el campesino "lo admira todo en la ciudad, lo desea todo, se quedará en ella si puede... Cuando se abandona el campo, ya no se vuelve a él". Sin embargo, en Orleáns, en 1830, año de tumultos, tuvieron que ser socorridos 12.500 parados de una población total de 40.000 personas, es decir, 1 de cada 3. En Lille, este mismo año, la proporción es de 1 por cada 2,21.

Es, pues, natural que la *sociedad urbana* se viera entonces particularmente conmovida por una industria que la afecta, que la atrae, pero que no es capaz ni de mejorar sus condiciones de vida ni incluso de mantenerla. Claro está que puede darse el caso de que la miseria de la ciudad no tuviera nada que envidiar a la miseria rural. Pero en las ciudades, a la vista de todos, se expone el espectáculo alarmante de una población de trabajadores víctimas de la industria que, cuando les suministra trabajo, se preocupa muy poco de sus condiciones de vida.

Así, pues, los primeros "ideólogos" son los espectadores de una sociedad parecida a la de los países subdesarrollados de la actualidad, desde el momento en que los primeros ensayos de industrialización se implantaron y tuvieron éxito en las ciudades.

Por el contrario, a partir de 1851, y después gracias a la expansión económica y al auge del Segundo Imperio (1852-1870), la situación obrera mejoró considerablemente.

4. De la organización obrera a la Seguridad Social.

No podemos aspirar aquí a hacer un estudio en profundidad de esta cuestión tan compleja como enorme.

Además, ¿acaso es posible este estudio? Tendría que hacerse desde el punto de vista del contacto entre las ideas socialistas (familia de ideas en movimiento, que se contradicen pero también se completan las unas a las otras) y la actividad, las reivindicaciones obreras a las que habría que volver a situar en el marco real del trabajo y de la vida cotidiana. ¿Cómo fueron incorporadas las ideas socialistas por este poderoso y tumultuoso cuerpo que constituye la masa obrera?

Es difícil contestar a esta pregunta, tanto más cuanto que, con frecuencia, como demuestra el ejemplo inglés, el mundo obrero se organizó por sí mismo, de manera quizá realista y prudente, al margen de las ideologías y de la política activa y violenta.

Además, si la primera etapa fue la de los teóricos sociales; la segunda, la de las agrupaciones sindicales; la tercera, la de los partidos políticos obreros, la última fue, seguramente, la de los Estados, ya se opongan a las reivindicaciones obreras (o hagan concesiones de mala gana, en nombre de la prudencia política, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo) ya sigan e incluso precedan a las reivindicaciones, desarticulándolas de antemano.

En este estudio por lo menos hay que referirse a cuatro grupos: teóricos de amplios horizontes, sindicalistas decididos, políticos surgidos del mundo obrero, representantes del Estado, todos muy diferentes los unos de los otros.

Una evolución se perfila, no obstante, a través de Europa, prácticamente con las mismas fases, por lo menos en los tres países fundamentales, Inglaterra, Alemania y Francia, y en los países cercanos, Países Bajos, Bélgica, Países Escandinavos y Suiza. Fuera de estos Estados privilegiados, los retrasos, sensibles todavía, no han sido recuperados en la actualidad.

Es la evolución de los países progresistas la que nos interesa ahora. Señalemos algunas etapas:

a) Antes de 1871.

1. En Inglaterra se constituyeron un buen número de sindicatos, *Trade Unions*, a partir de 1858-1867, y desde su fundación se dedicaron a la lucha por la abolición de la ley "Amo y Criado". El primer Congreso de las *Trade Unions* se realizó en 1866. Estos sindicatos sólo agrupan a los *obreros calificados*.

2. En Francia todavía no se ha conseguido nada positivo, salvo, en 1864, la ley sobre las coaliciones que autoriza las huelgas no abusivas; en 1865, la apertura en París de una oficina de la sección francesa de la Internacional (la Primera Internacional, creada en Londres en 1864), de otra oficina en Lyon en 1868. El Segundo Imperio fue al mismo tiempo "progresivo y comprensivo", mejoró la condición obrera, pero limitó las libertades de ese mismo mundo obrero.

3. En Alemania, la situación es similar y tarda en perfilarse. Lasalle fundó, en 1862, en Londres, el *Allgemeiner Deutscher Arbeiter-Verein*. Siete años más

tarde, en el congreso de Eisenbach, se funda el Partido Obrero Social Demócrata, de inspiración marxista.

b) Antes de 1914.

Los progresos realizados hasta esta fecha son inmensos.

1. En Inglaterra, la creación por Hyndmann, en 1881, de la *Federación Democrática* señala los principios de la propaganda "socialista" en los medios obreros, refractarios hasta entonces a la política. Al mismo tiempo que empieza a politizarse, el movimiento sindicalista engloba, a partir de 1884, a los obreros más pobres, a los *no calificados*. Sin embargo, tarda diez años en producirse la gran huelga histórica de los dockers de Londres. En 1893 se constituye el *Independent Labour Party*; cinco años más tarde, la Federación general de los Sindicatos, *Trade's Union*. Los éxitos electorales del Labour Party tienen como consecuencia la formación casi revolucionaria del gobierno "radical" de 1907. Se votan entonces una serie de leyes sociales que anuncian el advenimiento de una nueva Inglaterra.

2. En Francia, el proceso es el mismo: en 1877, Jules Guesde funda el primer periódico socialista, *Egalité*, y dos años más tarde el Partido Obrero Francés (P.O.F.). La ley de 1884 reconoce a los Sindicatos; a partir de 1887 se crean las primeras Bolsas de Trabajo. En 1890 se celebra, por primera vez, la Fiesta del Trabajo, el 1 de mayo; en 1893, Jean Jaurès es elegido por primera vez diputado por Carmaux. En 1895, se crea la C. G. T. En 1901, se fundan los dos partidos socialistas, el de Jules Guesde (Partido Socialista de Francia) y el de Jaurès (Partido Socialista Francés); en 1904, se funda *L'Humanité*; en 1906 se funden los dos partidos y se forma el *Partido Socialista Unificado*.

3. En Alemania, los socialistas son perseguidos por Bismarck (leyes de excepción de 1878). A partir de 1883, un socialismo de Estado multiplica las medidas sociales. Al retirarse de la política Bismarck, se vuelven a constituir los Sindicatos, que pronto cuentan con cerca de un millón de afiliados. Su éxito político es grande (3 millones de votos en las elecciones de 1907; 4.245.000 en las de 1912).

En estas condiciones, sin exagerar el poder de la Segunda Internacional a partir de 1901, se puede afirmar que Occidente se encontraba en 1914 *tan al borde de la guerra como del socialismo*. Este estuvo a punto de hacerse con el poder y de fabricar una Europa tan moderna o más de lo que es en la actualidad. En unos pocos días y en unas pocas horas, la guerra terminó con las esperanzas de los socialistas.

Fue un error gravísimo del socialismo europeo de aquella época el no haber conseguido bloquear el conflicto. Es lo que lamentan los historiadores que más simpatías tienen por el socialismo y que querían saber a quién incumbe la responsabilidad de esta «inversión» en la política obrera. El 27 de julio de 1914 se reunieron en Bruselas, Jouhaux y Dumoulin, por un lado, secretarios de la C. G. T. francesa, y K. Legien, por otro lado, secretario de la Central Sindical de Alemania. Nunca sabremos con seguridad si se trató de un encuentro casual de café, o sin otra finalidad que compartir su mutua desesperación. Tampoco sabremos el sentido que hay que conceder a las últimas gestiones de Jean Jaurès, el mismo día en que murió asesinado (31 de julio de 1914).

La Europa actual, en lo que tiene de socialista, se ha construido lenta e incompletamente por el juego de los votos políticos, de las leyes, por el establecimiento en Francia (1945-1946), y un poco más tarde en Inglaterra, de la Seguridad Social.

El Mercado Común, al plantear el principio de la igualdad de los Estados ante las cargas sociales, ha decidido la extensión, en un plazo más o menos corto, de esta Seguridad Social a la Europa de los Seis.

CAPITULO XIX

LAS UNIDADES DE EUROPA

Un historiador del humanismo, Franco Simone, ha insistido recientemente en que hay que ser precavidos respecto de la pretendida unidad europea: según él, en efecto, ésta no es más que una ilusión del Romanticismo. Nosotros consideramos esta hipótesis, a la vez, acertada y errónea; es decir, en pocas palabras: Europa es, al mismo tiempo, unidad y diversidad; esta aparente paradoja es evidente tras un mínimo de reflexión.

En los capítulos que preceden hemos descrito una Europa unitaria, comprometida en un mismo destino de conjunto por la religión, el pensamiento racionalista, la evolución de la ciencia y de la técnica, la búsqueda de la revolución y de la justicia social, y las realizaciones imperiales. Pero, en todo momento, es fácil sobrepasar esta "armonía" de conjunto y topar con las diversidades nacionales subyacentes. Estas abundan y son poderosas y necesarias. Pero existen también diferencias entre Bretaña y Alsacia, el Mediodía y el Norte de Francia; entre el Mezzogiorno y el Piamonte; entre Baviera y Prusia; entre Escocia e Inglaterra; entre los Flamencos y los Valones; entre Cataluña, Castilla y Andalucía. Y, sin embargo, no dan pie a ninguna argumentación que permita negar las unidades nacionales.

No obstante, estas últimas tampoco son la negación de la realidad de Europa. Cada Estado ha tendido siempre a formar un mundo cultural en sí, y la "psicología de los pueblos" ha sido aficionada a analizar estas diversas civilizaciones limitadas. Claro está que los libros demasiado brillantes de un Elie Faure o de un conde de Keyserling sólo ofrecen, a este respecto, visiones erróneas. Digamos simplemente que han considerado desde demasiado cerca las piezas de un mosaico que, visto desde arriba, revela los claros dibujos de conjunto. ¿Por qué habría que elegir, de una vez para siempre, entre el conjunto y el detalle? Las dos verdades no se excluyen.

I. LAS UNIDADES BRILLANTES: EL ARTE Y EL ESPIRITU

Entendemos por unidades brillantes los puntos de unión y de contacto que dan a la civilización, en el plano más elevado de la cultura, del gusto y del espíritu, un aspecto fraternal, casi uniforme, como si estuviera invadida por una única y misma luz.

Lo que de ninguna manera quiere decir que todas las naciones de Europa tengan exactamente la misma cultura. Pero cualquier movimiento, surgido en un determinado punto de su espacio, tiene tendencia a extenderse a todo el conjunto de este espacio. Decimos tan sólo *tendencia*: y es que un determinado bien cultural puede tropezarse con las reticencias y la repulsa de una o de otra parte de Europa, o, inversamente, su éxito puede desbordar, como tantas veces ha ocurrido, sus fronteras, hasta el punto de que deja de ser «europeo», para convertirse en mundial. Sin embargo, considerado en su conjunto, el espacio europeo forma un área cultural bastante coherente y que, desde hace mucho, se ha afirmado como tal frente al mundo.

1. El arte y sus múltiples concordancias: En Europa, cualquier forma artística sobrepasa los límites de su patria de origen, tanto si ésta es Cataluña (que fue, quizá, el centro de dispersión del primer arte románico), como si es l'Ile de France, Lombardía, la Florencia del Quattrocento, la Venecia del Ticiano o el París del Impresionismo.

Con cierta regularidad, artistas venidos de todos los rincones de Europa, afluyen hacia los centros en donde se construyen mansiones principescas, palacios e iglesias. Un ejemplo entre mil es el de Dijon, en el siglo xv, el Dijon de los Duques de Borgoña y de Claus Sluter. El peregrinar de los artistas del Renacimiento basta para explicar la influencia entre una escuela urbana y otra escuela vecina. Un artista empieza un fresco y otro artista lo termina; en la construcción de una iglesia puede que se hayan sucedido un buen número de arquitectos. Santa María dei Fiori, de Florencia, debe su cúpula, con posterioridad a su construcción, al atrevimiento de Brunelleschi.

El lujo, el capricho del príncipe, del rico comerciante, tienen una función importante: sin ellos sería muy difícil comprender la rapidez de las difusiones en una época en la que las comunicaciones eran tan lentas, mucho menos numerosas que en la actualidad. En los siglos xv y xvi, los italianos, esos italianos a los que Francisco I de Francia llamó a su Corte, son los maestros de toda Europa. En el siglo xviii, esta función corresponde a los franceses, que llegan incluso a Rusia, portadores del arte clásico... ¡Así pueden explicarse el gran número de Versalles y la gran cantidad de jardines franceses que hay en Europa!

De esta manera, Europa ha conocido grandes oleadas, inmensas mareas artísticas, que tardaban mucho en cubrirla en su totalidad, y otro tanto en retirarse. ¡Todo el mundo conoce las grandes corrientes del arte europeo: arte románico, arte gótico, arte barroco, arte clásico!...

En cada caso, la amplitud cronológica del fenómeno es impresionante. El arte gótico se puede decir que dura tres siglos. Por el Sur, no rebasó Burgos y Milán. El verdadero Mediterráneo no lo asimiló. Por el contrario, Venecia, a principios del siglo xvi, todavía es gótica, enteramente gótica y de manera muy original. París continúa siendo una ciudad gótica hacia 1550. Sólo en determinados puntos se construye en el estilo del Renacimiento: en el Louvre, que está en plena construcción; en el Palacio de Madrid, que hoy día ha desaparecido; en Fontainebleau, en donde trabajó el Primaticcio, en donde murió más tarde Leonardo de Vinci. Desde el siglo xvi se va afirmando el éxito del barroco, que proviene al mismo tiempo de Roma y de España, obra de la Contrarreforma (hasta el punto de que hasta hace poco se le llamaba arte jesuita). Ahora bien, es interesante señalar que este arte pertenece también a la Europa protestante. Se extendió muy hacia el Este (hasta Viena, hasta Praga, hasta Polonia).

En el siglo xviii la arquitectura francesa tardará mucho menos tiempo en instalarse. Para comprender la urbanización que en este siglo renovó tantas ciudades francesas (Tours, Burdeos), el espectáculo más apasionante, todavía hoy, es el de Leningrado. San Petersburgo, edificada en un espacio desnudo, sin ninguna construcción anterior que pudiera limitar la libertad del arquitecto, es, sin duda alguna, la más bella ciudad del siglo xviii, la que mejor expresa su sentido de las perspectivas y de los conjuntos.

Se pueden hacer reflexiones parecidas a propósito de la pintura y de la música; las técnicas de ésta o las ideas preconcebidas de aquélla entran sin dificultad en el complejo circuito europeo.

No es posible resumir en unas cuantas líneas la maravillosa historia de las revoluciones técnicas e instrumentales de la música, cuyas etapas señalan, en Europa, las sucesivas edades que se impusieron siempre con rapidez. Los instrumentos heredados de la Antigüedad, desde las flautas al harpa, fueron pasando de mano en mano hasta que se generalizó el órgano, apareció el clavecín, fue lanzado el violín, por los virtuosos italianos sobre todo (pero el arco de violín actual tan sólo fue inventado por un francés en el siglo xviii), y apareció el piano, etc...

La sucesión de las formas musicales está evidentemente relacionada con los progresos de los diferentes instrumentos. En la Edad Media, el canto acompañado algunas veces por el instrumento y otras no, domina todo el panorama musical. La *polifonía* que apunta en el siglo ix utiliza el órgano para el acompañamiento bajo del canto litúrgico. En los siglos xiv y xv, el *Ars Nova* de los florentinos es un canto de varias voces, una polifonía en la que intervienen diferentes instrumentos como otras tantas voces. Este "arte nuevo" alcanza su perfección en la música *a cappella* de Palestrina (1525-1594).

Pero la música vocal fue sustituida por la música instrumental, en particular como consecuencia de los progresos de los instrumentos de arco. Así, *aparece el concierto*, la llamada música de "cámara, escrita para un pequeño número de instrumentos" (por ejemplo, el cuarteto). En sus orígenes, esta música de cámara es sinónimo de música profana, de música cortesana, por oposición a la música de Iglesia. En 1605, Enrico Radesca es "musicista di camera" de Amadeo de Saboya; en 1627, Carlo Farina "suonatore di violino di camera". La música de cámara es, ante todo, un diálogo: es el arte de la conversación. Su cuna es Italia, *con el concierto*: grupos de instrumentos dialogan entre sí y después un instrumento solo responde a toda la orquesta (Corelli, 1653-1713, fue el primero que tocó como solista; después Vivaldi, 1678-1743). En Alemania se prefería la *sonata* (dos instrumentos y a veces uno solo). En Francia, la *suite* asocia de manera muy ágil varios movimientos de baile.

Con la *sinfonía*, aparece por fin la gran música de orquesta, una música de masas tanto por el número de los instrumentos y de los medios como por el número de los auditores. En el siglo xviii, Stamitz trata ya a la forma sonata en sinfonía. En el siglo siguiente, en la época romántica, la música evoluciona en el sentido del reforzamiento de la masa de la orquesta, en el sentido también de una exaltación del solista y del virtuosismo técnico (Paganini, List).

Mención especial merece la ópera italiana, nacida probablemente en Florencia, a finales del siglo XVI; el auge fabuloso que conoce en Italia, en Alemania y, en general en toda Europa (Mozart, Haendel, Glück, escriben primero "óperas italianas") merece ser destacado; más tarde aparece la ópera alemana.

En lo que se refiere a la pintura, sus revoluciones—porque se puede hablar de verdaderas revoluciones pictóricas—se extendieron a todo el conjunto de los países de Europa, e incluso cuando sus concepciones parecen contradictorias, estas contradicciones son comunes a toda Europa. Puede que haya habido dos revoluciones fundamentales en la pintura: la italiana del Renacimiento, con la conversión del espacio pictórico en espacio geométrico, mucho antes de que la ciencia de Galileo y Descartes hubiera "geometrizado" al mundo; la segunda, francesa, al final del siglo XIX, vuelve a poner en tela de juicio la sustancia misma de la pintura. Culmina en el cubismo y en la pintura abstracta. Hemos hablado de revoluciones italiana y francesa, por el nombre de los países donde se iniciaron y desde donde se propagaron. Pero basta considerar los grandes nombres y los grandes revolucionarios de la pintura para comprender que en ambos casos se trata de una pintura *europea*. En la actualidad, habría que decir de una pintura occidental, ya que se extiende ampliamente hasta las Europas de ultramar.

En realidad, cualquier ciudad europea, desde el punto de vista de su aspecto arquitectónico o de sus museos, ofrece la misma tranquilizadora estratificación, la misma geología artística. Se pueden reconocer colores similares. Y, por mucho que una determinada ciudad sea barroca, otra renacentista, y una tercera neoclásica, incluso si Venecia ha creado un gótico que le es peculiar, Pavía un románico lombardo que también es original, cualquier ciudadano de Europa vuelve a encontrar en estas ciudades formas que ya conoce, de las que tiene una inmediata comprensión y que le son propias.

2. Las diferentes filosofías europeas son ellas también mensajes unitarios. Europa, prácticamente tiene una filosofía, en cada momento de su destino.

Por lo menos, tiene, como dice Jean-Paul Sartre, *una filosofía dominante* acorde con las exigencias de una determinada coyuntura social (sin duda porque existe, a través de todo el Occidente, y en cada momento, *una* arquitectura económica y social dominante). La filosofía de Descartes puede, o no, ser la filosofía de una burguesía ascendente, de un mundo capitalista en proceso de lenta elaboración, pero en todo caso domina y llena a toda la Europa clásica. La filosofía marxista puede, o no (pero es imposible decir que no lo es) ser la filosofía de las clases obreras en proceso de ascensión, de la sociedad socialista o industrial, pero en todo caso es también evidente que domina Occidente y después al mundo, en donde todo y todos tomamos partido a favor o en contra de ella.

Esta unidad de la filosofía supone una infinidad de relaciones entre los países:

Consideremos, por ejemplo, dos momentos fundamentales de la filosofía alemana: 1.º Desde la *Crítica de la razón pura* (1781), de Kant, hasta la muerte de Hegel (1831); 2.º desde Husserl (1859-1938) a Heidegger (nacido en 1889). No es posible comprender su importancia si no se tienen en cuenta las numerosas traducciones francesas, inglesas, italianas, españolas, rusas, que se han hecho de todas las obras. Dan la medida de la irradiación que

integra dentro de la vida europea dos movimientos fundamentales del pensamiento filosófico alemán.

En el caso del existencialismo, hay que señalar que son las reinterpretaciones francesas de esta filosofía, las de Sartre y de Merleau-Ponty, las que han permitido lanzarla de nuevo al mundo, en particular hacia América Latina.

3. En lo que respecta a la ciencia objetiva, no hay ningún problema: en Europa, desde sus primeros logros, es estrictamente unitaria.

Es difícil atribuir a una determinada nación europea el beneficio y el mérito de esta u otra invención, porque cada invención se ha realizado a la vez por todas partes, en etapas que interesan sucesivamente a todos los sabios de Europa.

Todos los ejemplos sirven. Pero el de la revolución de Kepler, a la que Alejandro Koyré (1962) ha dedicado un espléndido libro, es inmejorable. Kepler (1571-1630) está relacionado con toda una familia de sabios, anteriores a él (sobre todo Copérnico), contemporáneos suyos (sobre todo Galileo) y discípulos suyos. Si marcáramos en un mapa con un punto los diferentes lugares de nacimiento y de actividad de toda esta familia de sabios, llenaríamos el mapa de Europa de puntos.

La medicina, la biología, la química, no son una excepción a la regla. No cabe decir de ninguna ciencia, incluso por un espacio muy reducido de tiempo, que ha sido exclusivamente alemana, inglesa, francesa, italiana, polaca... Todas han sido europeas.

4. En lo relativo a las ciencias específicas del hombre, sus movimientos se presentan más bien, al igual que los de la filosofía, como movimientos nacionales de rápida difusión europea.

La sociología es, ante todo, de origen francés, la economía política de los últimos cincuenta años es un éxito sobre todo inglés o anglo-sajón, la geografía es al mismo tiempo alemana y francesa (Ratzel y Vidal de la Blache). La historia ha sido, sobre todo, de inspiración alemana, en el siglo XIX, dominada por la personalidad de Leopoldo Ranke (1795-1886), de manera que el resto de la historiografía europea se vio arrastrada por el camino de la erudición y de las reconstrucciones meticulosas típicamente alemanas. En la actualidad, la situación es mucho más compleja, pero la historiografía europea—en realidad, convertida en historiografía mundial—camina con un mismo y unitario movimiento. Está dominada en parte por la Escuela Francesa, constituida a partir de Henri Berr, de Henri Pirenne, de Lucien Febvre, de Marc Bloch, de Henri Hauser, de Georges Lefebvre, apoyándose en economistas como Francois Simiand o en sociólogos como Maurice Halbwachs. Quiere ser una síntesis de todas las ciencias del hombre y ha renovado los métodos y las perspectivas históricas.

5. La literatura representa la unidad más imperfecta. Más que de una literatura europea, se debe hablar de literaturas nacionales entre las cuales existen numerosísimos puntos de contacto, pero también grandes discrepancias.

En este terreno, la unidad es mucho más imperfecta (sin duda, para mayor felicidad de todos) en la medida en que la literatura —ensayo, novela, teatro— se apoya en lo que las civilizaciones tienen de más original: el idioma, la vida cotidiana, la manera de reaccionar ante el placer, el dolor, la idea del amor, de la muerte y de la guerra; su manera de distraerse, de comer, de beber, de trabajar, de creer... A través de la literatura, las naciones vuelven a ser personajes, individuos a los que se puede analizar, hasta psicoanalizar, gracias a este testimonio esencial.

Claro está que entre estas literaturas existen convergencias evidentes y duraderas, y también que estas literaturas son objeto de diferentes modas: así, por ejemplo, en el siglo XIX, una ola de romanticismo atravesó toda Europa, tomando el relevo de la Europa racionalista de las «Luces»: después, el romanticismo fue sustituido por el realismo social... Continuamente está repercutiendo de una obra a otra un juego incesante de «influencias» —influencias de escuelas, influencias individuales—. Pero también es evidente que cada obra literaria se hunde en un medio social y espiritual particular, y, además, en una experiencia personal original. No se puede hablar de la unidad de una literatura nacional. Con mucho menos motivo se podrá hablar *a fortiori* de unidad europea a este respecto.

Además, existe un obstáculo todavía más importante: el del idioma. Ninguna traducción puede reproducir exactamente una experiencia literaria. Cada uno de los grandes idiomas europeos plagia a los demás una parte de sus tesoros. Pero no puede pensarse en que alguna de estas lenguas se imponga y constituya una cierta comunicación como antaño lo logró el latín, y en el siglo XVIII, el francés... El reino de Voltaire desde San Petersburgo a París es el reino de la lengua francesa, y éste es el que hace posible a aquél. En la actualidad, entra dentro de lo posible la aceptación de un lenguaje único para la ciencia (de hecho, la ciencia casi ha creado una lengua artificial *unitaria*, con términos internacionales), pero en ningún caso para la literatura. Sobre todo, porque esta última se convierte cada día más en un idioma de masas. El francés «internacional» del siglo XVIII sólo existía para una minoría muy reducida.

6. ¿Existe una Europa cultural susceptible de ser salvaguardada o perfeccionada?

Esta unidad cultural, con todo lo que ha logrado, pero también con todas sus imperfecciones, ¿resulta suficiente en la perspectiva de una Europa que decidiera abolir sus fronteras? La respuesta es indudablemente negativa, puesto que los promotores de la Europa política están muy interesados en la acción que podría ejercer a favor de la unificación una calculada reforma de la enseñanza. Las convalidaciones de los diplomas permitirían

el llevar a cabo estudios en diferentes Universidades y darían lugar a una vida de estudios europeos, indudablemente muy superior a la existencia de una o de más Universidades europeas (principio ya admitido).

De esta manera, se insistiría forzosamente en un humanismo moderno ampliamente abierto a las demás lenguas vivas, sobre todo a las europeas.

II. LAS UNIDADES SOLIDAS: LA ECONOMIA

Desde hace mucho tiempo, Europa está inserta en las redes de una economía unitaria; en todas las épocas, su vida material ha girado en torno de diferentes centros autoritarios y privilegiados.

En los últimos siglos de la Edad Media todo confluía hacia Venecia y todo salía de ella. En los principios de la Edad Moderna, el centro de gravedad fue durante algunos años Lisboa y después Sevilla, o, mejor dicho, osciló entre esta última ciudad y Amberes hasta el último cuarto del siglo XVI. Después, al iniciarse el siglo XVII, se instauran las supremacías comerciales de Amsterdam hasta principios del siglo XVIII, y más tarde las de Londres, que alcanzarán hasta 1914 e incluso 1939. Siempre ha habido, en la economía europea, una orquesta y un director de orquesta.

En cada caso, los centros de gravedad son tanto más efectivos, en sus momentos de auge, cuanto que la vida europea no es la única que afluye hacia ellos, sino también, junto con ella, la poderosa vida del mundo. Para Europa, en vísperas de la guerra de 1914, Londres es no sólo el gran mercado del crédito, de los seguros marítimos y de los reaseguros, sino que también es el lugar donde se consigue el trigo de América, el algodón de Egipto, el caucho de la Malasia, el estaño de Bangka y Billiton, el oro del Africa Austral, la lana de Australia, el petróleo de América o del Cercano Oriente...

1. Europa constituyó en seguida un espacio material coherente, penetrado por una ágil economía monetaria, animado por una activa circulación a lo largo de los mares que la rodean, de los ríos que la atraviesan, y más tarde de las rutas de acarreo o de animales de carga que le permiten terminar de equiparse.

En seguida también, los animales de carga consiguieron atravesar la gran barrera de los Alpes por los pasos del Brennero (hacia Venecia), de Gotardo, del Simplón (hacia Milán), del Monte Cenis. En el lenguaje popular se designa con el curioso nombre de «grandes vehículos» a las mulas que aseguraban el tráfico de una parte a otra de la cadena montañosa y que permitieron a la economía italiana el irradiar hacia el Norte y hacia el Noroeste europeos, transportando lujosas telas y los demás productos del Levante. En el siglo XVI, es en Lyon, para mayor prosperidad de su comercio y de sus ferias, donde se dan cita el transporte en carros, la navegación fluvial y los «grandes vehículos» de los Alpes...

Con la aparición del ferrocarril, a mediados del siglo XIX, se rompen de-

finitivamente los anquilosamientos y las inercias de la Europa continental, en donde se va extendiendo progresivamente una civilización material de rápidos intercambios, con estaciones de mayor voltaje constituidas por las ciudades industriales y comerciales.

Daremos dos ejemplos de esta larga historia comercial, más para sugerir que para explicar. En primer lugar, las *mude*, las caravanas de galeras mercantes de Venecia. En el siglo xv, su red era sobre todo mediterránea, pero algunas llegaban a veces hasta Londres o hasta Brujas, y algunas activas rutas terrestres, concretamente la del Brennero, llegaban a Venecia, en donde los comerciantes alemanes poseían en común un almacén, el *Fondego dei Tedeschi*, cerca del puente de Rialto.

Otro ejemplo, éste en el siglo xvi, es el de los circuitos de la moneda y de las letras de cambio que, partiendo de Sevilla, recorren toda Europa. De hecho, prácticamente son siempre las mismas sumas de dinero las que van de lugar en lugar en el circuito de los intercambios y de los pagos.

Se comprende que en estas condiciones las diferentes regiones de Europa sean objeto, casi al mismo tiempo, de los mismos ritmos cíclicos. En el siglo xvi se inicia en España una enorme subida de los precios como consecuencia de la llegada brutal de una gran cantidad de metales preciosos de América. Este alza repercutirá en toda la Europa occidental, llegando hasta Moscú, en el centro de una economía todavía primitiva.

2. Esto no quiere decir que toda la vida europea avance a un mismo ritmo y se alinee al mismo nivel. Una línea que empezaría en Lübeck o en Hamburgo para pasar por Praga y por Viena y llegar al Adriático, separa a la Europa económicamente avanzada del Oeste, de la Europa retrasada del Este, división que ya nos ha sido señalada por la realidad de las situaciones campesinas. Esta diferencia está a punto de borrarse, pero aún no se ha borrado.

Y profundizando más: en el interior de esta Europa del Oeste evolucionada hay regiones adelantadas, «polos de crecimiento», separados por zonas menos evolucionadas, algunas de ellas atrasadas, «subdesarrolladas». Todavía en la actualidad en todos los países de Europa existen regiones retrasadas en comparación con el conjunto del país, diferencia que ha sido incrementada al ser naturalmente atraídas las nuevas creaciones por los centros más dinámicos.

En realidad, la circulación, la economía común, son imposibles si no hay diferencias de voltaje y de nivel, si no existen regiones dirigentes y regiones dirigidas. Desarrollo y subdesarrollo están en continua interacción e interdependencia. Así lo sugiere, en un plano más reducido, la historia de los Bancos en Francia: desde la segunda mitad del siglo xix deben su auge a la movilización tardía, que beneficiará a organismos en trance de crecimiento, como el *Crédit Lyonnais*, fundado en 1863, con el ahorro acumulado y los capitales inactivos o medio inactivos de ciertas regiones y medios rurales franceses. De rechazo, el campo conoció un primer despertar y un acoplamiento a la vida general del país.

3. Las premisas del Mercado Común: Este lazo económico que desde siempre une a Europa a pesar de la diversidad de economías regionales y nacionales, ¿acaso es susceptible de ser organizado en una unidad coherente en la que todas las partes dependerían del todo?

Este es el problema que plantean toda la serie de ensayos realizados desde el final de la Segunda Guerra Mundial, de los cuales el Mercado Común es el más logrado, aunque no sea ni el único ni el primero.

Sin ninguna duda, todo proviene de la situación miserable en la que se encontraba Europa después de 1945: su absoluto derrumbamiento resultaba inquietante para el equilibrio del mundo. De ahí que se tomaran unas primeras medidas constructivas: la formación, en Londres, del Comité para la Europa Unificada (mayo de 1947), el Plan Marshall (3 de julio de 1947), concebido por diferentes motivos, políticos y militares los unos, económicos, sociales y culturales los otros. Europa—una *cierta* Europa—intentaba así reconstruirse.

Por el momento, nuestra intención es limitarnos tan sólo a los problemas económicos. Desde este punto de vista, el fracaso de la A. E. L. I., de la Europa de los Siete («los naufragados», como ha dicho un periodista), ha abierto el camino y el futuro a la «Europa de los Seis», a la que corrientemente se designa con el nombre de Mercado Común y que engloba a todas las comunidades de los Seis, la C. E. C. A., fundada en 1951; la C. E. E., el Euratom, surgidos ambos del Tratado de Roma, el 25 de marzo de 1957. Se trata todavía de una solución parcial, pero que en el caso de que Europa sea verdaderamente creada, está llamada a extenderse en profundidad y en superficie con las demandas de asociación de Turquía, de Grecia, de Dinamarca, de Irlanda, de Suiza, de Austria, de Inglaterra.

Todas estas solicitudes se encuentran todavía en el estadio de la instancia (estas líneas han sido escritas en febrero de 1962).

El Mercado Común tiene, pues, la posibilidad evidente de crecer, aunque no le sea posible llegar «hasta el Ural», para apoderarse de todo el espacio tradicional de Europa. De todas estas instancias, la más importante es la de Inglaterra.

Las posibilidades de una unión económica europea dependen, pues, del Mercado Común.

4. La formación de la C. E. E. (Comunidad Económica Europea), en otros términos, del Mercado Común, se debe a las laboriosas negociaciones del Tratado de Roma (25 de marzo de 1957), cuyas múltiples estipulaciones han entrado en funciones a partir del 1 de enero de 1958.

La experiencia del Mercado Común es todavía breve y, por lo tanto, debemos pronunciarnos sobre ella con suma prudencia.

Es indiscutible que los Seis han experimentado un importante crecimiento a lo largo de estos cuatro años, que obedece tanto a una coyuntura mundial favorable como a las también favorables repercusiones de las

primeras medidas de la asociación. La progresiva apertura ha actuado, evidentemente, como un acelerador como lo demuestra el aumento de los intercambios entre los países interesados.

En todo caso, lo fundamental de la experiencia concierne al futuro. El programa progresivo y acelerativo del tratado de Roma prevé una serie de etapas. El problema que se plantea es, pues, si las primeras realizaciones que han supuesto un paso dado hacia la unidad son un buen augurio para el porvenir que, teóricamente, prevé una integración económica europea.

Contrariamente a las previsiones pesimistas, las industrias de los Seis (incluida la francesa, a la que *a priori* se consideraba más frágil que la alemana) se han adaptado al Mercado Común. Como consecuencia, han sido objeto de unos cambios de estructura, de una evidente tendencia a la concentración que ha favorecido a las grandes empresas, por ejemplo, en Francia, a la Régie Renault, o a los grupos Pétrobrás y St. Gobain... También ha habido que llevar a cabo una serie de reajustes: por ejemplo, en el sector del carbón han sido cerradas algunas minas de poco rendimiento, y estas reagrupaciones están en la línea de una evolución necesaria.

Indudablemente, si las industrias fueran las únicas que estuvieran en juego, los acuerdos y los compromisos serían más fáciles. En el estado actual de la técnica, la industria presenta una plasticidad evidente respecto de las intervenciones y de las planificaciones. De la misma manera, tampoco los problemas de crédito plantean dificultades por depender de la solidez de las monedas y de su apoyo recíproco. Las monedas europeas acaban de pasar por un período bastante largo de estabilidad y de solidez, hasta el punto de que el dólar ha dejado provisionalmente de ser la moneda *standard*, igualada al oro, para las reservas nacionales.

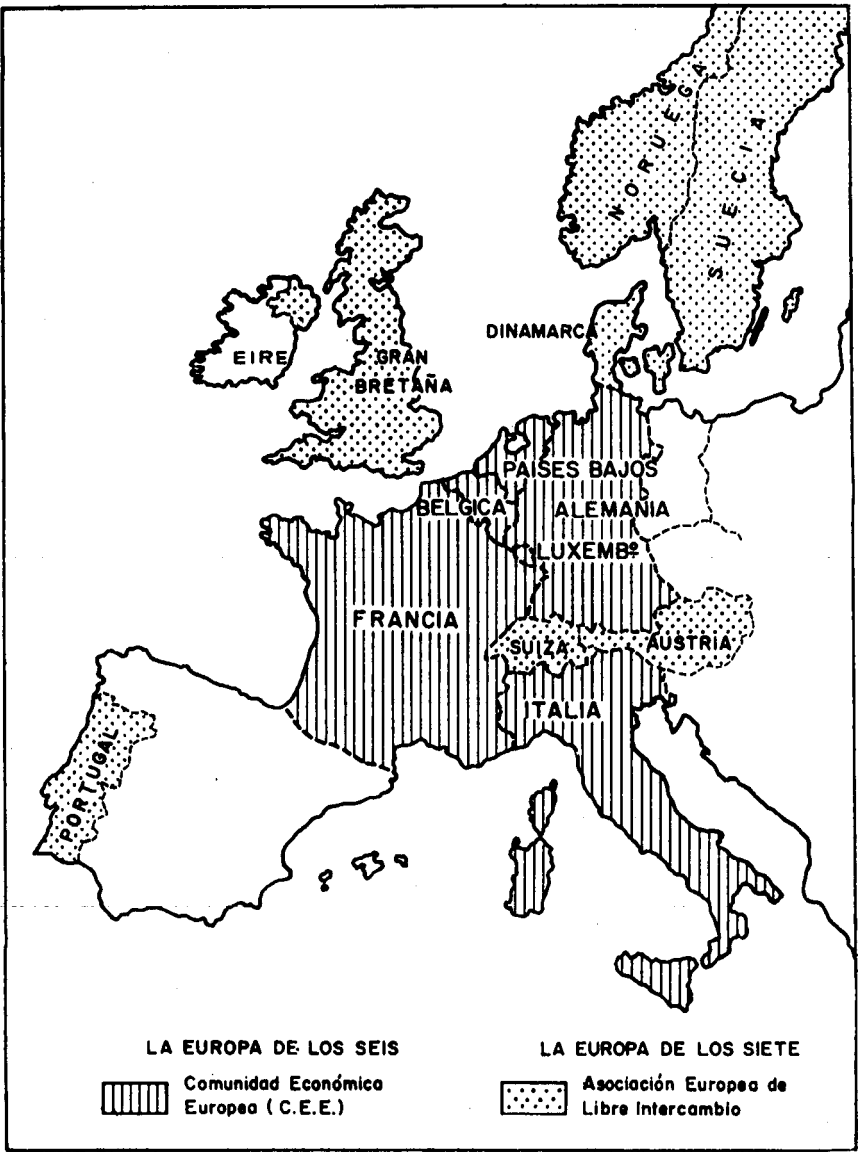
Se puede decir que éste es el aspecto favorable y reconfortante del Mercado Común. Pero existen aspectos más sombríos: políticos (a los que nos vamos a referir en seguida) y también económicos.

Estos aspectos sombríos en el terreno económico se refieren: a) a los límites europeos del Mercado Común; b) a sus límites extra-europeos; c) a los problemas internos planteados por las adaptaciones agrícolas.

a) *Evidentemente, la Europa de los Seis no está completa.* Hay importantes vacíos en el Oeste. Por el Este, los países socialistas se han agrupado de hecho en otro tipo de Mercado Común, el COMECON. El gran problema que tiene planteado el Mercado Común es, naturalmente, la posible entrada de Inglaterra, solicitada desde 1961, pero que se tropieza con graves dificultades. La incorporación de Inglaterra no será tan simple. Para unirse a la juventud de Europa, Inglaterra se vería forzada a aflojar todos los lazos que la siguen uniendo con la Commonwealth, tendría igualmente que renunciar al régimen económico de preferencia que es tradicionalmente el suyo, con su antiguo imperio. Económicamente, esto plantea problemas, en particular el de llegar a un acuerdo con los países de la Commonwealth, psicológicamente, equivaldría poco más o menos a volver la última página de la más gloriosa de las empresas imperiales conocidas en la historia.

b) *Otro problema importante es el de las relaciones del Mercado Común con el resto del mundo, en particular con los países africanos del Sur del Sahara,* puesto que Francia, hasta nueva orden, se ha encargado de África del Norte (entendida en un sentido limitado, sin incluir a Egipto y a Libia); otros problemas son: el de las relaciones futuras con la Commonwealth; el problema planteado desde 1962 de las relaciones con el mercado de los Estados Unidos; en efecto,

LA EUROPA DE LOS SEIS



un "colosal" mercado atlántico podría devorar al pequeño mercado común. Cabría decir que la primera etapa del Mercado Común es Europa; la segunda, el Atlántico, y la tercera, el mundo, pero sería ceder a una perspectiva irracionalmente optimista. Los problemas son también de índole político. Y la política está lejos de facilitar su simplificación.

c) Por el contrario, son estrictamente económicos y fundamentales para el porvenir del Mercado Común los complejíssimos *problemas agrícolas internos*.

Una irreversible evolución arrastra al mundo campesino de Europa, este mundo admirable, fuertemente arraigado, pero cuya productividad es, como lo señalan los datos de los que disponemos, muy mediocre.

De una población total de 160 millones de personas, los Seis tienen unos 25 millones de campesinos (comprendidas las familias). El señor Mansholt, antiguo ministro de Agricultura de los Países Bajos y vicepresidente de la C. E. E., ha declarado últimamente que 8 millones de estos campesinos tenían que ser transferidos, en los años venideros, a empleos no agrícolas.

Una modernización de la agricultura equivale, en efecto, a un aumento del rendimiento unitario de los trabajadores, a una reducción de su número en la medida en que esta productividad acrecentada exige un incremento de la mecanización, en la medida también en que las rentas agrícolas, consideradas en conjunto, no están abocadas a aumentar al ritmo general de la economía europea.

En una economía en expansión crecen forzosamente los productos industriales y los servicios. En nuestros países desarrollados, un crecimiento de las rentas no determina ya necesariamente una demanda proporcional de los bienes alimenticios. En efecto, el europeo de un país desarrollado, cuando sus ingresos aumentan, se compra un coche, una radio o una televisión, libros, trajes, hace un viaje, va al teatro, etc..., pero no incrementa su consumo de pan, ni el de carne, ni tampoco el de vino o alcohol.

En suma, para que las rentas agrícolas crezcan al ritmo de los demás sectores de la economía de la nación, un campesino de cada tres deberá, en 1975, abandonar las labores agrícolas, que tendrían que ser más productivas con un número menor de trabajadores. La velocidad anual de abandono del campo tendría que ser de 4 por 100, y, en realidad, actualmente sólo es de 2 por 100 en Gran Bretaña y de 1,5 por 100 en Francia. A este ritmo, Gran Bretaña tardaría veintidós años y Francia veintisiete en realizar la conversión deseada. Sin considerar los posibles imprevistos: en Italia, en donde se encuentra la masa campesina más abundante, (4.500.000) las reducciones afectan, de hecho, a los obreros agrícolas en paro: las estructuras agrícolas permanecen prácticamente invariables a pesar del movimiento registrado.

En estas condiciones, los precios agrícolas europeos no pueden competir en el mercado internacional con los excedentes americanos o canadienses que circulan a precios bajísimos, más bajos incluso que en sus propios mercados interiores, gracias a las subvenciones gubernamentales. Los altos precios de las agriculturas europeas sólo son posibles mediante las protecciones aduaneras que les aíslan del mercado mundial.

El otro grave problema que tiene planteado el Mercado Común es la gran diferencia existente de productos y de precios agrícolas en los distintos países.

Francia es un país que sólo puede poner en circulación sus excedentes (sobre todo cereales) al precio mundial, lo que obliga al gobierno francés a comprarlos al precio del mercado interior y a revenderlos con pérdida en el exterior. De esta manera han sido vendidos, en 1961, trigo y cebada franceses a la China comunista, y carne congelada a Rusia... Italia, en lo que respecta a la fruta y a las legumbres, y Holanda, a los productos lácteos, se encuentran en la misma posición excedentaria que Francia. Por

el contrario, Alemania es país importador en numerosos sectores agrícolas, pero no compra a los países del Mercado Común y no quiere renunciar a la contrapartida de las exportaciones que le suponen sus importaciones agrícolas.

Los precios agrícolas varían de un país a otro, según la productividad y el grado de protección que los gobiernos han concedido o se han visto obligados a conceder a sus agricultores. Así, por ejemplo, el precio más bajo de los cereales es el de Francia, el más alto el de Alemania, el precio más bajo de la leche es el de Holanda, etc... El problema estriba en determinar el nivel en el que deben ser igualados los precios.

Por último, puesto que es necesario que la agricultura de los diferentes países se modernice, y es seguro que esta operación será costosa, podemos preguntarnos quién está llamado a soportar las considerables cargas. La solución adoptada en Bruselas el 14 de enero de 1962 preveía que estas cargas tendrían que ser soportadas por igual por toda la comunidad. Esta solución es desfavorable para Alemania, país fundamentalmente industrial. Pero los países con un importante sector agrícola—Francia, Italia, Holanda—se niegan a pasar a la segunda etapa industrial mientras la primera etapa de la política agrícola no haya sido más o menos definida. Se tardó tanto en llegar a un acuerdo (200 horas de discusión) que, por un momento, pudo creerse en Bruselas que peligraba la suerte misma del Mercado Común. Lo que le permitió decir a un periodista con un poco de ironía que «Europa, que se había tragado fácilmente al acero, al carbón y al átomo, retrocedía ahora ante las legumbres y la fruta.»

El acuerdo adoptado prevé varios aplazamientos: las primeras medidas sólo se aplicarán en junio de 1962. En todo caso, los gobiernos y los sindicatos agrícolas son conscientes de que, de ahora en adelante, tienen el tiempo contado para una adaptación ineludible.

La circulación prevista de los productos agrícolas será libre, mediante el pago de las tasas compensadoras iguales a las diferencias entre niveles de precios. Este principio va a determinar la puesta en marcha de una serie de instituciones, de controles y de reglas. Todo un sistema para resolver los conflictos debe establecerse. Al mismo tiempo, hay que establecer en las fronteras comunes de los Seis un sistema aduanero único, calculado sobre la medida de las tarifas particulares de cada miembro de la asociación, si se quiere evitar que el equilibrio interno sea comprometido por las irregularidades de la clausura...

De esta manera va a ser completada una unidad aduanera, un *Zollverein*, garantía de una economía común. Pero no es posible conformarse con esto, puesto que se plantea el problema de la unidad política.

III. LAS UNIDADES ALEATORIAS: LA POLITICA

Hemos visto que la cultura es favorable a la unidad, que la economía, en términos generales, también lo es, pero hemos de ver cómo la política, por el contrario, se muestra reticente. Tiene sus motivos para ello, motivos

válidos, menos válidos y también falsos, que responden a preocupaciones pasadas de moda (del siglo XIX) o muy actuales, incluso decididamente «prospectivos». La realidad es que toda Europa está desde hace mucho integrada en un mismo juego político, al margen del cual no ha podido permanecer ningún Estado so pena de perderse. Pero este juego no tiende a la unidad política; por el contrario, divide a Europa en grupos cuyos componentes han variado con frecuencia, siendo regla dominante el impedir que una homogeneidad imponga su ley a toda la familia de Estados.

Claro está que esta regla general no está determinada por un virtuoso respeto de la libertad de los demás: de hecho, todos los Estados actúan egoístamente. Pero si la actuación de un Estado es demasiado brillante se expone a encontrarse un buen día a todos los demás Estados coligados contra él.

A grandes rasgos, en esto consistía el principio del «equilibrio europeo». Lo que nos interesa dilucidar es si la Europa de 1962 ha renunciado a este principio secular del equilibrio.

1. El siglo XIX no inventó los principios de “equilibrio europeo”, de “concerto europeo”, de “Balance of Power”, aunque los llevó continuamente a la práctica.

En realidad, este sistema es muy anterior. No fue creado por los prudentes cálculos de los embajadores o de sus jefes de gobierno, sino que, por el contrario, fue el juego de un equilibrio espontáneo y semiconsciente el que se impuso a los hombres políticos.

El mecanismo siempre era el mismo. En cuanto un Estado parecía demasiado fuerte, incluso si no se trataba más que de una apariencia (es el caso de Francia bajo Francisco I, 1519-1522), sus vecinos se colocaban todos en el otro platillo de la balanza para hacer contrapeso y obligarle a adoptar una actitud más prudente y mesurada. La derrota de Francisco I en Pavía (1525), su cautividad en Madrid, demostraron que se había cometido un error: el que en realidad era demasiado fuerte era Carlos V. Entonces todos los demás países, incluidos los turcos y los franceses, se pasan al otro platillo de la balanza para hacer contrapeso.

El creciente poder de los Estados hará que estos cálculos aleatorios se vayan volviendo cada vez más peligrosos. Tan solo Inglaterra podrá practicar impunemente, desde su isla, el principio del “Balance of Power”: colocada fuera del continuo juego bascular, se contenta con sostenerlo gracias a su dinero y a sus tropas, sobre todo gracias a su dinero. Durante mucho tiempo actuó contra Francia, aliándose automáticamente con todos los adversarios de ésta, pero cuando Alemania (que había vencido a Francia en 1871, porque Inglaterra, y con ella toda Europa, entonces dividida, no habían puesto ningún reparo), adquirió un poder excesivo, sobre todo después de 1890, a consecuencia de su auge económico y de su expansión demográfica, se firmó entonces la Entente Cordial, y más tarde la Alianza Franco-Rusa. Situada en medio de sus adversarios, Alemania es demasiado fuerte para soportar que se pongan límites a sus aspiraciones, y, sin embargo, no lo es suficientemente para convencer a los demás de su indudable superioridad. La consecuencia lógica será la guerra.

El mundo actual se encuentra, él también, aprisionado en el maleficio de un “equilibrio” que desde Europa se ha extendido a todo el mundo. Se ha dividido en dos campos, el “Este” y el “Oeste”, entre los cuales los países neutralistas están ensayando una tercera vía que sólo puede tener éxito si consigue ser la más fuerte. Se trata, pues, de un sistema tradicional, de un engranaje en el que se puede com-

prometer todo el cuerpo del mundo, como tantas veces ha ocurrido con el cuerpo de Europa.

2. Fracaso de las unidades violentas: Lo único que se ha sacado en claro de esta historia monótona es que nunca nadie ha conseguido por el solo ejercicio de la violencia, apoderarse de la totalidad del edificio europeo.

Sin necesidad de remontarnos hasta Carlomagno, consideremos el caso más reciente de *Carlos V* (1500-1558), que quizá sea el menos odioso y el más simpático de los candidatos fracasados a la hegemonía europea. Carlos V soñaba con conquistar a la cristiandad y ponerla bajo su autoridad a fin de defenderla del infiel musulmán y de la Reforma. La «idea imperial» de Carlos V encuentra así su razón de ser en las viejas fuentes de la cruzada española.

El emperador lo tenía todo: un ejército competente, unos jefes admirables, y contaba con abnegaciones personales apasionadas; igualmente, contó con el apoyo de los grandes banqueros como los Fugger; tenía un cuerpo de diplomáticos incomparable, dominaba el mar y, por último, contaba con los «tesoros» americanos: bajo su reinado, España se convirtió en el embalse que reparte la producción en oro y en plata de las minas americanas, según las balanzas comerciales, pero también según las urgencias políticas. ¿Fracasó ante Francia como algunos han sostenido? Sí y no. Sí, porque ninguno de sus éxitos le permitió someter a una Francia enorme (para la velocidad, o mejor dicho, para la lentitud de las comunicaciones de entonces) y que estaba situada en el «corazón» de sus Estados. Firmó con ella, en 1529, una paz blanca. Más tarde, su fracaso fue ante la Alemania protestante (1546, 1552-1555), y se desgastó ante el Islam Turco: el Islam amenaza Viena y, al mismo tiempo, hostiga por todas partes a las costas españolas, hasta Gibraltar e incluso más allá.

Fue el acuerdo entre los países europeos el que venció a Carlos V, acuerdo realizado por todos los medios, incluida la alianza escandalosa, a pesar de todo, para la época, con el sultán.

En cuanto a Luis XIV, sólo se impuso a Europa durante los años económicamente malos del siglo XVII. Se produjo entonces una especie de repliegue sobre las fuerzas tradicionales, aprovechado por la Francia campesina y poco capitalista a la que el régimen fuerte de Luis XIV (hasta la muerte de Colbert, 1683) mantenía firme. Pero en cuanto se reanima la economía mundial, quizá a partir de 1680, Francia ve la partida perdida: ya en 1672 las inundaciones de Holanda habían impedido al ejército francés el tener acceso a Amsterdam; en 1688, Guillermo de Orange se adueña, en cierta manera, de Inglaterra; en 1692, la flota de Tourville es prácticamente puesta fuera de juego en la batalla de La Hougue. En la Guerra de Sucesión española, Francia no puede hacer frente a la vez a todos sus enemigos ni puede hacerse con la Península Ibérica, y, por consiguiente, con las riquezas de la América española.

La aventura de Napoleón obedece aproximadamente al mismo esquema.

Por un lado, un número incalculable de victorias, pero por el otro la irreparable derrota de Trafalgar (1805). Mientras que la conquista francesa es prisionera de una Europa demasiado extensa, Inglaterra encuentra todo tipo de facilidades para extenderse sobre la inmensidad líquida. 100 ó 150 cascos de barcos de madera serán suficientes para cerrar el paso de ese Pas-de-Calais, que en 1805 parecía que podría ser atravesado de una sola «zancada» e incluso para cerrar el paso del estrecho de Messina: mientras que Nápoles pertenece a los franceses o a Murat, Sicilia continúa siendo el refugio de los Borbones.

Se puede aplicar un esquema similar a la Alemania hitleriana contra la que se fue formando una coalición a medida que iba creciendo su amenaza: de hecho, la coalición englobó a la mayor parte del mundo.

3. Mercado Común y unidad política: ¿Es posible, en la actualidad, hacer la unidad política de Europa, no por la violencia sino por la propia voluntad de los países interesados? El programa se está esbozando y suscita entusiasmos indiscutibles, pero también dificultades muy serias.

Ya hemos señalado algunas de estas dificultades: sobre todo, que sólo está en juego la Europa occidental (ha habido que constituir a Europa «con lo que de ella quedaba»); y también que su unión plantea problemas extraeuropeos en la medida en que afecta, en el plano de la política y de la economía, al equilibrio del mundo. Un banquero declaraba el 14 de noviembre de 1958: «En ciertas partes del mundo se teme que la Unión europea, por el hecho mismo de su cohesión, adopte una política discriminatoria con algunos países del Tercer Mundo», es decir, que lleve a cabo verdaderas opciones: como, por ejemplo, que prefiera los productos tropicales de *los países africanos del Sur del Sahara* a los de América Latina...

1) *Dificultades internas e institucionales.*

Las primeras dificultades son institucionales y, evidentemente, difíciles de resolver por un tratado o por un compromiso.

¿Es posible que los gobiernos de «la Europa de los Estados», como dice el general De Gaulle, hagan concesiones y sacrifiquen una parte de sus derechos soberanos?

Ya el 8 de agosto de 1950, en el Consejo de Europa, André Philip declaraba: «Desde hace un año nuestra Asamblea, a fin de evitar los desacuerdos, ha aceptado todos los compromisos. Como resultado, no se ha hecho nada positivo. La opinión pública se desinteresará de nosotros si en un futuro próximo no somos capaces de probar que nos hemos reunido para crear realmente a Europa.» El 17 de agosto, el mismo personaje político amenazaba con irse «a hacer Europa a otra parte».

Han pasado once años y en Bruselas Paul-Henri Spaak, ministro belga de Asuntos Exteriores, el 10 de enero de 1962, en vísperas del acuerdo agrícola que fue firmado el 14 (pero cuando pronunció las palabras que recogemos todavía ignoraba que se iba a llegar a un acuerdo, declaró: «Todo me hace creer que no puede haber una Europa unida y eficaz sin supranacionalidad. La Europa de las

patrias es un concepto insuficiente... Mientras viva, no dejaré de luchar contra la regla de la unanimidad y del veto. He vivido la experiencia de la O. N. U., hace pocas semanas, y la del veto soviético. He vivido una experiencia análoga en la O. T. A. N. más recientemente todavía; sobre el problema alemán y el problema de Berlín la posición de un solo miembro ha impedido a la O. T. A. N. el adoptar una actitud firme y constructiva. Lo que estamos viendo actualmente en el Palacio de los Congresos respecto de los problemas agrícolas está muy lejos de hacerme cambiar de opinión. En estas discusiones estoy intentando encontrar inútilmente un espíritu comunitario. Cada uno defiende los intereses de sus agricultores... Si no existiera la maldita regla de la unanimidad, las conversaciones del Consejo de los Seis irían a un ritmo mucho más rápido... Se nos ofrece una Europa de las patrias en el terreno de la política extranjera. Sólo puede servir para engendrar el caos. Por ejemplo, puede darse el caso de que cinco países estén de acuerdo sobre el problema de la China comunista y que el sexto bloquee todas las decisiones... Yo me pregunto, por lo tanto, si es verdaderamente positivo el renunciar a todo espíritu de supranacionalidad en este terreno."

Todos estos argumentos son válidos. Pero en una asamblea *muy dividida* la regla de la mayoría no es forzosamente una panacea para resolver todos los problemas. Una mayoría puede conseguirse después de una serie de regateos, de compromisos entre grupos, de lo que se llama en las asambleas "conversaciones de pasillo", que no suponen forzosamente una política más coherente o más desinteresada que los regateos del veto. El problema esencial continúa siendo el saber hasta qué punto las tendencias políticas de los Estados actuales de Europa son susceptibles de llegar a un acuerdo, por lo menos en algunas líneas de conducta esenciales y profundas. ¡Caso de que esto no fuera posible, volverían a empezar las azarosas aventuras del "equilibrio europeo" en el interior mismo del nuevo edificio!

2) *Unidades e intenciones políticas.*

Los partidarios de la unidad dicen y repiten que esta unidad debe estar caracterizada por las libres decisiones.

Un negociante alemán declaraba en 1958 que no debe haber ni preponderancias ni Europas napoleónicas ni Europas hitlerianas. «Una unidad fundada en la fuerza lo único que puede provocar es una explosión desde el momento en que el imperio de la nación dominadora se relaja. En la actualidad tenemos, dicho sea de paso, un caso idéntico a la vista de todos: los Estados agrupados por el Pacto de Varsovia alrededor de la potencia *rusa* (sic) exclusivamente dirigidos, tanto política como económicamente, a favor del interés *ruso* (sic).»

Esta cita, que hemos preferido a otras, aclara el problema. En la opinión de muchos, se trata de agrupar a Europa o a lo «que de ella queda», frente al «peligro soviético». Lo que equivale a una transposición de la política extranjera americana, la de la «defensa» contra la U. R. S. S. Cuando se discutía el Plan Schumann (C. E. C. A.), el 15 de diciembre de 1951, el presidente del Consejo francés, Paul Reynaud, se mostró categórico: «Recordemos que el abandono de la política del Pentágono, que consistía en defender a Europa sobre los Pirineos, se debe al general Eisenhower, que no deja de repetir que los países europeos, capitaneados por Francia, quieren la unidad de Europa. Que cada uno saque sus consecuencias de lo que supondría un rechazamiento del plan.»

Frente a este espíritu de cálculo, evidentemente político e incluso militar, se puede imaginar otro, más razonable porque es más realista. Por ejemplo,

la manera en que el senador André Armengaud, miembro de la Asamblea Parlamentaria Europea, sitúa el problema en una importante conferencia pronunciada en febrero de 1960. A sus ojos, Europa se encuentra entre el auge de la economía socialista, nacida en octubre de 1917, en «Petrogrado» y «de la que todos los economistas clásicos habían dicho que no tendría futuro» y la inmensa liberación, a escala mundial, de los pueblos colonizados por Europa.

Europa se ve, pues, obligada a organizarse ella también de manera revolucionaria, no bajo el impulso del provecho capitalista que da origen a regímenes cuyas ventajas están «reservadas a las minorías», sino en función del empleo óptimo de la mano de obra. Por lo tanto, hay que invertir totalmente la dirección actual. Si no la situación sería la siguiente: «Partiendo de la hipótesis de que el índice de crecimiento se mantendrá hasta 1980 en las mismas cifras actuales, y apoyándonos en los niveles de vida actuales (1960), estimados en un índice de 1 para Europa occidental; de 2,5 para los Estados Unidos; de 0,7 para la U. R. S. S.; los niveles de vida que se pueden prever para 1980 serían los siguientes: Europa, 3,5; U. R. S. S., 4,4; Estados Unidos, 5. Entonces será imposible hablar de potencia económica europea. Preguntémosnos simplemente quiénes y qué filosofías influirán en las generaciones ascendentes dentro de algunos años.»

Lo verdaderamente prudente y honesto sería entonces plantear los problemas no con relación al provecho en sí, sino al beneficio que de él pueda sacar el hombre y llevar la competición entre Este-Oeste hacia la mejor solución posible para los problemas humanos de la sociedad del siglo xx. Pero ¿acaso es probable que se vaya a actuar con esta prudencia y con esta honestidad?

No se trata, pues, únicamente de saber si la unión europea será o no realizada, si es viable, sino también si será aceptada por los dos bloques que se reparten la supremacía mundial. Uno u otro bloque pueden inquietarse ya sea de las pretensiones económicas, ya sea de la orientación política eventual de la Unión. El problema está en saber si esta unión engendrará una Europa tranquila, con una Alemania que, a cambio de su bienestar y de su prosperidad, se resigne a aceptar las modificaciones hechas en sus antiguas fronteras o si, por el contrario, engendrará una Europa agresiva. Una Europa que admita el volcarse en la solución del subdesarrollo mundial (del que depende la vida de todos, en un mundo como el actual con un destino indisolublemente común), o, por el contrario, una Europa que, incapaz de situarse de un solo golpe en el futuro, crea que todavía son posibles las ambiciones nacionales, siendo «la nación europea» la que recoja la herencia de estas ambiciones trasnochadas. En resumen, una Europa rica en capacidad inventiva, que se constituya a sí misma en un factor de apaciguamiento o, por el contrario, una Europa rutinaria, que sea factor de tensiones de las que ya tenemos excesiva experiencia.

4. Esto equivale casi a plantear el problema de base: ¿de qué es todavía capaz la civilización europea en el mundo de mañana?

No es necesario decir que esta pregunta parece ser una de las preocupaciones mínimas de los constructores de Europa. Sus discusiones sobre las aduanas, los niveles de precios y de producción, al igual que las otras discusiones, eso sí, más generosas, sobre sus concesiones recíprocas, son tan sólo un testimonio de espíritu de cálculo y de propio interés que anima a los constructores de la Europa del futuro. Nunca se alejan del nivel puro y altamente técnico de especialistas muy duchos en la especulación de la economía dirigida y del *planning*. Claro está que no discutimos la necesidad de esta economía.

Pero es tener un conocimiento muy pobre de los hombres, darles por todo alimento unas cuentas y unas sumas muy respetables pero que representan muy poco al lado de los entusiasmos, de las locuras nunca carentes de sabiduría que, en el pasado, movilizaron a los europeos. Es difícil que una conciencia colectiva europea se construya únicamente sobre números; por el contrario, lo más corriente es que los desborde de manera imprevista.

Es verdaderamente preocupante el constatar que Europa, ideal cultural a promover, ocupa el último lugar en la lista de los programas a poner en práctica. Nadie se ocupa ni de las místicas ni de las ideologías ni de una revolución, sólo aparentemente calmada, ni del socialismo ni de la fe religiosa. Ahora bien, Europa no podrá realizar su unidad si no se apoya en estas viejas fuerzas que la han hecho, que aún hoy la trabajan en profundidad; en pocas palabras, si se menosprecian todos sus humanismos vivos.

No hay elección posible: o Europa se apoya en ellos o, fatalmente, un buen día serán ellos quienes acaben con ella. La Europa de los pueblos es un bonito programa, pero que todavía no ha sido formulado y que tiene que serlo.

Número de personas a las que podría mantener un trabajador agrícola en caso de demanda máxima

	1949-1952	1957-1958
Nueva Zelanda	54	62
Estados Unidos	20	33
Australia	27	32
Canadá	20	26
Gran Bretaña	14	20
Francia	7	10

(Según COLIN CLARK, *Boletín Se.*, núm. 803, 20 de noviembre, 1961, página 8.)

EUROPA DE 1962 A 1965

La Europa de los Seis no ha madurado tan de prisa como lo deseaban los decididos y entusiastas partidarios de su nacimiento. Inglaterra, que ha tenido su parte de errores y de responsabilidades, no ha querido pagar el precio de su entrada y la ruptura de negociaciones, en enero de 1963, provocada entonces por el general De Gaulle, ha constituido un fracaso evidente, quizá provisional, pero rico en consecuencias. La Europa de los Seis sólo puede llegar a ser una tercera fuerza en el mundo si engloba al mayor número posible de asociados. Turquía fue asociada en 1963. Actualmente está planteado el problema de la asociación de España, de Austria y quizá de Dinamarca y, en Africa, de Nigeria. Igualmente se plantean dificultades económicas que van siendo resueltas poco a poco. La Europa agrícola nace también lentamente (acuerdos del 14 de enero de 1962, del 23 de diciembre de 1963, conseguidos a costa de grandes esfuerzos; acuerdo sobre el precio común de los cereales logrado el 15 de diciembre de 1964, igualmente a costa de muchos esfuerzos). Quedan por resolver todavía los precios de los bueyes y de los productos lácteos. Pero el problema no es únicamente de índole económica. La economía ha preparado la unión, ha comprometido a los Estados y a los gobiernos en procesos irreversibles. Ahora es cuando la política plantea sus problemas urgentes: fusión de las instituciones, creación de autoridades supranacionales, Parlamento y gobierno europeos. Europa está tardando demasiado en convertirse en una patria y en un Estado.

SIGLAS **DE LAS PRINCIPALES ORGANIZACIONES INTERGUBERNAMENTALES EUROPEAS**

en inglés en francés en español

E. F. T. A.	A. E. L. E.	A. E. L. I.	(European Free Trade Association); (Association Européenne de Libre Echange); Asociación Europea de Libre Intercambio: zona de libre intercambio (los Siete). Tratado de Estocolmo (4 de enero de 1960), ratificado en Copenhague el 3 de mayo de 1960.
Benelux	Benelux	Benelux	BELgica-NEDerland-LUXemburgo.
I. B. R. D.	B. I. R. D.	B. I. R. F.	Banca Internacional para la Reconstrucción y el Fomento.
	C. C. T. A.	C. C. T. A.	Comisión de Cooperación Técnica en África del Sur y en el Sahara.
	C. E. C. A.	C. E. C. A.	Comisión Europea para el Carbón y el Acero (Pool Carbón-Acero). Creada el 18 de abril de 1951. Entró en vigor el 25 de julio de 1952.
E. C. E.	C. E. E.	C. E. P. A.	Comisión Económica Para Europa (Comisión de las Naciones Unidas).
	C. E. E.	C. E. E.	Comunidad Económica Europea (Mercado Común), creada por el Tratado de Roma, el 15 de marzo de 1957. Empezó a funcionar el 1 de enero de 1958.
	C. E. R. N.	C. E. I. N.	(Comission Européenne de Recherche Nucléaire); Comisión Europea de Investigación Nuclear.
	Euratom	Euratom	Comunidad EUROpea para la energía ATOMica. Tratado de Roma, 25 de marzo de 1957.
O. E. C. D.	O. C. D. E.	O. C. D. E.	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Sustituyó a la O. E. C. E. a partir del 30 de septiembre de 1961.
	O. E. C. E.	O. E. C. E.	Organización Europea para la Cooperación Económica (sustituida desde 1962 por la O. C. D. E.). Consecuencia del Plan Marshall, 3 de julio de 1947, convención del 16 de abril de 1948 (16 signatarios).
N. A. T. O.	O. T. A. N.	O. T. A. N.	Organización del Tratado del Atlántico Norte (alianza militar).
W. E. U.	U. E. O.	U. E. O.	Unión de la Europa Occidental (Tratado de Bruselas del 17 de marzo de 1948). Los Seis, más Gran Bretaña.

N. B. Hay que añadir dos expresiones que no se abrevian:

a) El Consejo de Europa.

b) Las Comunidades de los Seis, que corresponden al conjunto de la C. E. C. A. y del Euratom.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Para la civilización occidental, nos ha parecido inútil multiplicar las referencias bibliográficas o los textos, que son todos ellos de muy fácil acceso. Se puede señalar una historia de conjunto, la de Henri Pirenne: *Historia de Europa*, que tiene ya cincuenta años, puesto que fue escrita por H. Pirenne durante su cautividad en Alemania, en el curso de la Primera Guerra Mundial. De la misma manera, también está un poco anticuada la brillante *Historia de Europa en el siglo XIX*, de Benedetto Croce; el libro de Denis de Rougemont, *Vingt-huit siècles d'Europe. La conscience européenne à travers les textes*, París, Payot, 1961, aunque de útil consulta, promete más de lo que realmente aporta. Claude Delmas, *Histoire de la Civilisation européenne*, Presses Universitaires de France, colección «Que sais-je?», 1961, fija algunas grandes coordenadas de la historia europea; Arnold A. Toynbee, *El mundo y el Occidente*, Desclée de Brouwer, 1953, y Charles Morazé, *Essai sur la civilisation d'Occident*, Colin, 1950, ofrecen brillantes teorías. Un instrumento indispensable de trabajo es la *Histoire des idées politiques*, de J. Touchard (con la colaboración de G. Lavau), publicada en 2 tomos en las Presses Universitaires, 1959, 1962. La *Histoire du Protestantisme*, de Emile G. Léonard, ha aparecido en la colección «Que sais-je?», P. U. F., 1960. Finalmente, el libro de W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico* (traducción española en el F. C. E., 208 páginas).

1. Sobre la unidad de Europa.

El escritor Arthur Koestler (conocido sobre todo por su novela *El cero y el infinito*) vuelve en 1961 de un viaje por las Indias y por el Japón. (*Le Lotus et le robot*, Calmann-Lévy, 1961, páginas 341 y 344.)

«En conclusión, vuelvo de Asia más bien empobrecido que enriquecido. Tengo la impresión de que estoy de nuevo en mi sitio y de que este sitio es Europa. Pero, al mismo tiempo, cuando considero este pequeño continente, viniendo como vengo de las vastísimas extensiones asiáticas, comprendo mejor que nunca hasta qué punto es compacto y coherente, y tengo una conciencia más intensa de su historia-única-en-el-espacio, de su unidad-dentro-de-su-variedad, y, temporalmente, de su continuidad-dentro-del-cambio.

En lo que se refiere al primer aspecto, no pude impedir el considerarme como un ejemplo típico. En efecto, yo he nacido en Hungría, me he educado en Austria, he pasado años decisivos de mi vida en Francia, me he naturalizado inglés; para transponer esto en términos asiáticos, hay que imaginar un hombre nacido en Ankara que hubiera estudiado en Bénarès y terminado siendo escritor japonés. Este paralelo puede parecer inadecuado, pero permite comprender mejor no sólo las pequeñas dimensiones de Europa, sino también la homogeneidad de su cultura.

Partí para mi peregrinación con el ánimo del penitente. Y he vuelto bastante orgulloso de ser europeo. Orgullo estúpido quizá, pero sin concesiones gratuitas: un escritor inglés de origen húngaro, francófilo, con la ex-

perencia de la cárcel y de los campos de concentración, tiene forzosamente que reconocer las culpas pasadas de Europa y los terribles peligros que corre en la actualidad.

Pero si se considera objetivamente y sin ideas preconcebidas, en comparación con otros continentes, la manera en que Europa ha superado las difíciles experiencias de su historia y su contribución a la historia de la humanidad, se siente un resurgir de confianza y de cariño hacia esta pequeña península de Asia: la joven Europa, cabalgando sobre el Toro.»

2. Contra los pobres.

La ciudad de Troyes se deshace de sus pobres inoportunos (1573). Tomado de las «Memorias» de Claude Haton en los *Documents inédits de l'Histoire de France*, tomo II (1857), páginas 726-728.

«... La causa de la gran carestía de la vida y de las dificultades que se encontraban en la consecución del trigo y del pan dentro de la ciudad y de la jurisdicción de Provins era la gran cantidad de personas que había en ella, de las ciudades y de los pueblos de Bray, de Sens, de Auxerre..., de Borgoña, de Champaña, del Bourbonnais..., las cuales personas se lanzaron en gran multitud, a través de toda la región de Provins, los unos para comprar trigo y pan y los otros para encontrar trabajo, sin pedir más salario que el pan y la sopa que les aseguraran su manutención...

... No es posible describir el infortunio y la pobreza de esta época miserable, y yo creo que todos los que lean esta o cualquiera de las otras historias escritas acerca de esta carestía y de este período de hambre no lo querrán creer.

Dentro de las murallas de la ciudad de Troyes, en Champaña, apareció un número tan crecido de extranjeros pobres que no eran de esta ciudad ni de la región susodicha que los habitantes de la ciudad no sabían qué medida tomar. Para deshacerse de ellos, se hizo proclamar por las calles que los dichos extranjeros no podrían permanecer en la dicha ciudad más de veinticuatro horas, cosa que acataron los extranjeros pobres.

Pero además de ellos, había en la ciudad un número aún mayor de pobres que eran de la dicha ciudad y de los pueblos de alrededor, hasta el punto de que los ricos empezaron a temer que se produjera una revuelta o una sublevación de los dichos pobres contra ellos y, a fin de conseguir expulsarlos de la ciudad, se reunieron en asamblea los ricos hombres y los gobernantes de la dicha ciudad de Troyes, con ánimo de encontrar una solución al problema. La resolución de este consejo fue que había que echar a los pobres de la ciudad y no admitirlos más. Para ello, mandaron cocer pan en gran cantidad para distribuirlo entre los dichos pobres, a los que se reuniría en una de las puertas de la ciudad sin tenerles al corriente de lo que se tramaba y distribuyendo a cada uno la parte correspondiente de pan y una moneda de plata, se les haría salir de la ciudad por la dicha puerta, la cual sería cerrada inmediatamente después de que pasara el último de los pobres, y por encima de las murallas se les diría que se fueran con Dios a vivir a otra parte, y que nunca más volvieran a la dicha ciudad de Troyes

antes de la próxima cosecha. Y así se hizo. Los que se mostraron muy horrorizados y asustados después del reparto del pan fueron los pobres expulsados de la ciudad y algunos de ellos, llorando, miraban qué camino habían de tomar para llegar a algún sitio donde pudieran ganarse la vida, mientras que los otros maldecían a la dicha ciudad y a sus habitantes que así les expulsaban, miraban el último trozo de pan que se les había repartido, anhelaban su propia muerte y se hubieran alegrado mucho de que la tierra se abriera y les tragara.

Pocos días después de que los habitantes de Troyes se hubieran valido de esta artimaña para desembarazarse de los pobres de la ciudad, la enfermedad y la muerte se abatieron sobre ellos tan violentamente que no sabían en dónde resguardarse de ellas, y... hay quien dice que esta muerte les fue enviada por Dios como castigo por haber expulsado a los pobres.»

3. El protestantismo y el catolicismo frente a la ciencia y al capitalismo.

Sería conveniente dejar establecido en esta nota que, si no en su totalidad, por lo menos en su mayor parte, el destino de Europa se explica entre la Edad Media y el siglo XVIII, en un contexto de historia general, a condición de prestar una atención global a las posiciones geográficas y económicas de los países del Norte y del Sur.

En el siglo XIII, el centro de Europa está situado en la vecindad de París, del rey, de su Universidad y de las famosas ferias de Champaña. En éstas se dan cita los más importantes comerciantes de Europa: allí coinciden los vendedores flamencos y franceses; los italianos, compradores de paños. y los banqueros, prestamistas de dinero. Así, pues, el centro de los intercambios está situado en el mismo corazón de Europa, entre el Norte y el Sur, en la medida en que las relaciones entre el Norte y el Sur se llevaban a cabo fundamentalmente *por vía terrestre*, por lo que era en Francia donde se cruzaban todas las rutas comerciales activas. El siglo XIII, científico, averroísta y aristotélico, es de preponderancia parisina. Un historiador italiano lo ha bautizado, con amarga desilusión: *il secolo senza Roma*.

Pero este lugar de cita desaparece en el siglo XIV. Los genoveses, en 1295; los venecianos, diez años más tarde, y poco después todos los mediterráneos, consiguen establecer una relación marítima directa y regular entre el Mediterráneo y el Mar del Norte, donde van a prosperar Brujas y, en un grado menor, Londres. Las grandes ciudades italianas «capturan» entonces, para mayor provecho del mar meridional, a los mejores y más ricos tráficos de Europa. En el curso del «otoño de la Edad Media», cuando se hace sentir duramente la regresión económica, el Mediterráneo en general, o en particular las ciudades italianas, son las únicas economías que se encuentran «amparadas». La riqueza y el lujo de los patricios italianos constituyen una excepción en la Europa de entonces. El Renacimiento fue engendrado por las ciudades del Sur, Aviñón, Roma y Florencia, que podían permitirse este lujo.

Pero más tarde, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, se inicia, en

el siglo XVI, la expansión de los tráficos atlánticos. Lisboa pasa entonces a ser el centro del mundo y después lo será Sevilla. De nuevo, preponderancia del Sur, a pesar de la creciente prosperidad de Amberes. Pero, después de 1590, empieza una importante regresión económica de larga duración para los países del Sur, para el Mediterráneo, para Italia, para la Península Ibérica. Por el contrario, el Norte, tradicionalmente pobre, que se ha lanzado entonces al comercio directo con las Indias, se ve favorecido, sobre todo en su litoral. Amsterdam pasa a ser por mucho tiempo el centro de Occidente. La ciudad crece muy de prisa, funda su Banco y después su Bolsa. En 1610 es todavía una ciudad modesta, casi provinciana. Pero antes de terminar el siglo es una ciudad muy grande en donde la especulación bursátil, tal como nos la presenta un judío ibérico, José de la Vega, en su libro dialogado *Confusión de confusiones* (1688), no tiene nada que envidiar a la especulación actual. Con la decadencia de Amsterdam empieza en el siglo XVIII el reino de Londres, que se mantendrá vigente hasta 1914.

Una vez dicho esto, podemos plantear el problema con una cierta claridad.

Se ha repetido muchas veces que el protestantismo había favorecido al capitalismo y que, según la famosa teoría de Max Weber, este último había sido engendrado por el espíritu «puritano». Pero creemos más bien que fue engendrado por una coyuntura económica que vino a favorecer poderosamente a los países protestantes. El Norte no ha inventado nada; no ha hecho más que asimilar y poner en práctica las técnicas comerciales y sobre todo bancarias de los grandes negociantes italianos, en particular de los genoveses. La coyuntura les ha puesto en el corazón de la aventura que desde el siglo XV había lanzado a Europa por todos los mares del mundo y fundado y reforzado las bases del primer capitalismo comercial.

Hay que considerar desde esta misma perspectiva las estadísticas que se han hecho y que prueban que el mundo protestante ha desempeñado un papel preponderante en la elaboración de la ciencia moderna. La ciencia y la técnica son creación de los países en auge. El Islam, hoy día famoso por las dificultades que encuentra en formar hombres eficientes en este terreno, fue la gran nación inventora en los siglos X al XII. Galileo, que fundó en 1590 la explicación mecánica del mundo, era católico, por muchos roces que tuviera con la Inquisición. La ciencia ha sido creación, más que del espíritu del protestantismo, de los pueblos que se encontraban en la época de la gran revolución científica moderna a la cabeza de la economía mundial.

Ultimamente, la tesis sobre la preponderancia protestante en la elaboración de la ciencia moderna ha sido sostenida por Jean Pelsenner, *La réforme du XVI^e siècle à l'origine de la science moderne*, en *La science au XVI^e siècle*, Hermann, 1960.

4. Sobre el lenguaje precientífico.

A) El prefacio del *Monologium* de San Anselmo, arzobispo de Cantorbery (1033-1109), es chocante por su modernidad. Es un texto hermoso, aunque de difícil explicación.

«Algunos hermanos de la congregación me han rogado con frecuencia y con verdadera insistencia que presente, en forma de meditación, el conjunto de ideas que les había comunicado en el curso de diferentes conversaciones sobre el método que se debe seguir para escrutar por las vías de la razón la esencia divina y varios otros temas adyacentes. Atentos más a su propio deseo que a la facilidad de la ejecución o a la medida de mis propias fuerzas; me han pedido que no tome ninguna prueba importante de las Sagradas Escrituras, sino, por el contrario, que utilice, tanto en mis conclusiones como en los razonamientos que llevan a ellas, el estilo más fácil posible y argumentos que estén al alcance de todos; me han pedido, por último, que me mantenga fiel a las reglas de una discusión simple y que no busque más pruebas que las que naturalmente se deduzcan del encadenamiento necesario de los procedimientos de la razón y de la evidencia de la verdad. También me han rogado que no me olvide de replicar a las objeciones de los simples y casi a las de los insensatos. Durante mucho tiempo me he resistido a ello y siempre encontraba las razones de mi negativa en la comparación de empresa tan ardua con mis pobres fuerzas, ya que, en efecto, cuanto más me exigían que hiciese fácil el acceso a esta materia, más aumentaban las dificultades con las que habría de tropezarme. Vencido finalmente por la modesta inoportunidad de sus ruegos y por su piadoso y respetable celo, que pudieron más que la dificultad del tema y la debilidad de mi espíritu, he consentido, a causa del amor que les tengo, en ejecutar lo más exactamente que me fuera posible el plan que me habían trazado. Mi decisión se basaba, sobre todo, en la esperanza de que este escrito no fuera conocido más que de los que me lo habían solicitado, y en la esperanza de que muy pronto, cansados de leerlo, no tardarían en enterrar en el desprecio y en el olvido una obra que está escrita más bien para poner fin a sus ruegos que para ser capaz de satisfacer su legítima curiosidad. Sin embargo, no sé cómo ha ocurrido que, contra lo que yo esperaba, no sólo los hermanos, sino también otro número bastante considerable de personas, han hecho copias del manuscrito para guardar memoria de su contenido durante mucho tiempo. Al examinarlo de nuevo escrupulosamente no he encontrado nada que no esté rigurosamente de acuerdo con los escritos de los padres católicos, y principalmente con San Agustín. Por lo tanto, si alguien encuentra en este opúsculo alguna opinión de una sospechosa novedad o que no concuerde con la verdad, que no me considere, por lo mismo, como un innovador o un apóstol de la mentira; que lea atentamente el tratado de San Agustín sobre la *Trinidad* y que juzgue mi escrito a la luz del tratado de este Padre. Cuando he dicho que se podía considerar a la Trinidad como tres sustancias he seguido la opinión de los griegos, que confiesan tres sustancias en una esencia, aun siendo de la misma fe que nosotros, que confesamos tres personas en una sustancia. Ya que los griegos entienden por sustancia, en Dios, lo que nosotros entendemos por persona. En cuanto a todo lo que he dicho, lo he presentado poniéndome en el caso de un hombre que examina y busca en la soledad de su pensamiento aquello que se le había escapado en una primera aproximación; tal era el deseo de los hermanos, deseo al que yo quería satisfacer. Por lo

demás, ruego con insistencia al que transcriba esta obra que se cuide de que este prefacio vaya colocado al principio del libro y de los capítulos que lo componen, porque es útil para la buena inteligencia de lo que sigue el saber con qué intención y de qué manera ha sido escrita esta disertación. Creo que todo aquel que lea este prefacio no formulará juicios precipitados en el caso de que se tropiece con algún principio contrario a sus opiniones.»

B) Proyectos de estatutos de la *Royal Society* (1663) redactados por su «ecónomo», Robert Hooke.

«La tarea y la finalidad que se ha fijado la Real Sociedad es la de hacer progresar el conocimiento de las cosas de la naturaleza y la de mejorar, gracias a la experiencia, las artes útiles, las manufacturas, los trabajos mecánicos, las máquinas y las invenciones, sin mezclar a la teología, a la metafísica, a la moral, a la política, a la gramática, a la retórica o a la lógica.

... Construir un sistema completo y sólido de filosofía capaz de explicar todos los fenómenos producidos por la naturaleza y por el arte, y de determinar racionalmente las causas de todas las cosas.»

C) *Anécdota recogida por Gaston Bachelard*, en G. Bachelard, *La formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, Vrin, 1938.

«José Veratti (profesor en Bolonia, sus *Observaciones físico-médicas sobre la electricidad* fueron publicadas en La Haya, 1750), que recoge las teorías de Pivatti y de Zanotti..., purga un día a su criado poniéndole escamonea en el hueco de la mano al mismo tiempo que le somete a una corriente eléctrica. Como una segunda experiencia realizada sobre una mujer ha dado un resultado menos claro y menos rápido, se pregunta si las virtudes purgantes de la escamonea no habrán sido reducidas por la primera electrización. Aconseja entonces que en cada aplicación se utilice un pedazo de escamonea diferente. Según Veratti, se pueden conseguir este tipo de purgas indirectas con el áloe y la gutagamba. Veratti ve en estas experiencias la confirmación de una opinión de Hoffman, que atribuye el efecto de los purgantes a «las partículas más sutiles y volátiles», ya que, por cierto, la *sutilidad*, para el espíritu precientífico, es siempre un síntoma de poder. Pivatti considera que sus experimentos constituyen una medicación «muy suave».

D) *Meditaciones sobre la electricidad voltaica*, Michel Chevalier, en *Lettres sur l'Amérique du Nord*, 2 ed., 1937, tomo I, páginas 2-3.

«Entre todas las adquisiciones que desde finales del siglo pasado han enriquecido el campo de las ciencias de observación, la que ha abierto perspectivas más amplias ha sido la concepción de Volta sobre el desarrollo de la electricidad por contacto y sobre su movimiento. Los fenómenos resultantes de la comunicación de los dos polos de la pila de Volta ofrecen a los sabios una mina inagotable a explotar. No existe en la ciencia un hecho más general, puesto que es suficiente que se toquen dos cuerpos cualesquiera para que inmediatamente reaccionen el uno sobre el otro y formen una pila más o menos activa. Las consecuencias de esta inspiración genial son incalculables, incluso después de los brillantes descubrimientos de Davy, de los admirables trabajos de Ampère y de las ingeniosas experiencias de

Becquerel. Este hecho físico material tiene una analogía evidente en el orden moral. Cuando entran en contacto dos hombres que hasta entonces habían vivido alejados el uno del otro, inevitablemente su contacto produce alguna chispa. Si en lugar de dos hombres, los dos polos de la pila son dos pueblos, el resultado se amplía en la proporción de un pueblo a un hombre. Si los dos pueblos en cuestión son Inglaterra y Francia, es decir, los dos países del universo más ricos en ilustración y en poder, esta especie de fenómeno voltaico adquiere una intensidad prodigiosa. Puede llegar a suponer la salvación de una civilización antigua o la concepción de una nueva civilización.»

5. La crisis de 1842 y el consumo del algodón.

Jules Michelet, *Le Peuple*, 1847, ed. de 1886, Calmann-Lévy, páginas 72-74.

«Esta miserable población, esclava de las máquinas, está formada, al menos, por cuatrocientas mil almas. Equivale, aproximadamente, a la décimo-quinta parte de nuestros obreros. Toda persona que no tiene conocimientos especiales ni experiencia se presenta en las fábricas manufactureras para entrar al servicio de las máquinas. Por otra parte, la mercancía fabricada así a bajo precio está al alcance de los pobres, de manera que la miseria del obrero-máquina disminuye un poco la miseria de los obreros y de los campesinos, que, probablemente, son setenta veces más numerosos.

Es lo que hemos visto en 1842. La industria textil estaba verdaderamente saturada. Se ahogaba; los almacenes reventaban de mercancías que no conseguían vender. El fabricante, aterrorizado, no se atrevía a trabajar, pero tampoco se decidía a parar sus máquinas devoradoras; la usura nunca está en paro; el fabricante trabajaba mitad de jornada y obstruía la misma obstrucción. Los precios bajaban, en vano; bajaban sin cesar, hasta el punto de que el algodón llegó a costar seis sueldos... Entonces se produjo algo inesperado: este término *seis sueldos* fue como un despertar. Surgieron millones de compradores, gentes pobres que nunca compraban. Entonces se comprobó hasta qué punto el pueblo puede ser un inmenso y poderoso consumidor cuando tiene posibilidades de consumir. Los almacenes se quedaron sin existencias. De nuevo volvieron a funcionar las máquinas rabiósamente; de nuevo salía humo de las chimeneas... Tuvo lugar en Francia una verdadera revolución, de la que pocos tuvieron conciencia, pero que, sin embargo, fue importante: revolución en la limpieza familiar, súbita mejora de los trajes de las familias pobres, de la ropa personal, de la ropa de cama, de las mesas y de las ventanas; por primera vez las clases populares tuvieron acceso a la ropa, que no habían podido comprar desde que el mundo existe.»

6. Grecia después de Grecia, Roma después de Roma.

Como el lector habrá podido comprobar al principio de los capítulos dedicados a Occidente, no nos hemos referido en absoluto al clásico pro-

blema de los orígenes greco-romanos. Hemos pensado, en efecto, que era preferible abordar este tema *a posteriori*, ya que así existía la posibilidad de situar nuestras explicaciones en relación a cuadros ya trazados. Pensamos que de esta manera la explicación resultará más clara.

1.º *Nos encontramos, evidentemente, en presencia de una continuidad de civilización.* De hecho, de una doble o triple continuidad. Ha habido intercambio cultural, osmosis entre el Cercano Oriente y Grecia, de la misma manera que ha habido transferencias de Grecia a Roma. Y, por último, desde el Occidente romanizado al Occidente medieval no se produjo, ni mucho menos, una ruptura catastrófica. Las grandes invasiones del siglo V tuvieron lugar a lo largo de un espacio de tiempo bastante largo, de una o dos generaciones y a veces de más. Los vándalos atravesaron el Rhin en el año 406 y llegaron a África del Norte en el 429. Además se trataba de pueblos muy pocos numerosos. Henri Pirenne ha escrito y ha dicho repetidas veces que «los bárbaros barbarizaron el Imperio» y no interrumpieron su continuidad cultural, sobre todo porque, con mucha frecuencia, se perdieron con armas y bagajes en estos «países del vino» y en sus sociedades sólidamente asentadas.

La civilización romana, aunque disminuida, se mantiene. El latín popular continúa vigente y poco a poco evoluciona siguiendo unas reglas fáciles de reconstituir *a posteriori*, hasta el momento en que se crean las lenguas románicas, muy parecidas entre sí (portugués y gallego, catalán y provenzal, castellano, francés, italiano, reto-romano, rumano). Las literaturas «nacionales» no se afirman realmente hasta el siglo XI en Francia, y su florecimiento tiene lugar en los siglos XII y XIII, y a veces es posterior. El latín culto, también deformado, subsiste como lengua de las cancillerías, de la Iglesia y de los intelectuales. La «Edad Media latina» duró por lo menos una docena de siglos, siglos decisivos para la formación del pensamiento y de la civilización occidentales; así lo demuestra, mejor que ningún otro libro, la última obra de Ernst Robert Curtius: *Literatura europea y Edad Media latina* (traducción española en el F. C. E., Méjico, 1955). En el nivel superior de la civilización este hecho viene a demostrar la persistencia de lecciones, de estilos, de procedimientos, de imágenes, de lugares comunes de muy antigua formación. Para satisfacer nuestra curiosidad, nada resulta más revelador que un catálogo de estas reminiscencias, ya que se refieran a la naturaleza, ya al paisaje ideal, a la alegoría, a la filosofía o a las musas..., es decir, a un inmenso cortejo. Por otra parte, lo más chocante es la duración del espectáculo, ya que este montón de imágenes se mantendrá a través de todas las lenguas y literaturas nacionales durante mucho tiempo todavía, por lo menos hasta el siglo XVIII, y casi podríamos decir hasta nuestros días. Así lo demuestra Ernst Curtius en su estudio *in fine* sobre *Diderot y Horacio* (op. cit., págs. 794 y sigs.). Diderot, cuya grandeza comprendió Goethe mejor que nadie, ha desempeñado la función de «cajero», si cabe decirlo así; de proveedor de ideas para toda una generación de intelectuales, de innovador por excelencia. Ahora bien, partes enteras de su obra sólo cobran un sentido verdadero en esta inmensa visión retrospectiva.

Toda esta demostración es fundamental. Sin embargo, la civilización des-

borda, de hecho, el brillante terreno de la literatura: la continuidad latina engloba también al idioma común, a los topónimos y a los patronímicos, de fácil deformación, como hemos dicho. El cristianismo también forma parte de esta continuidad, como ya hemos señalado. E igualmente forman parte de ella las implantaciones de las carreteras, de las ciudades, de las fronteras, entre las cuales Occidente ha encontrado una localización preparada de antemano. El *limes* Rhin-Danubio es una de esas llagas viejas y mal cicatrizadas que, en cierta manera, ha permanecido viva.

Quizá sea necesario añadir que esta supervivencia tuvo lugar en un mundo que carecía totalmente de sentido del tiempo, de la relatividad temporal. «La Edad Media no tiene sentido del tiempo: cuando los Primitivos pintan una crucifixión, el artista pinta a los personajes del Calvario vestidos como sus contemporáneos. Si queréis saber lo que es el sentido del tiempo de la Edad Media, imaginad una crucifixión en la que San Juan se cubra con un sombrero melón y la Virgen lleve un paraguas. La Edad Media es una eterna primavera.» (André Malraux). La Antigüedad vegetó y floreció en el curso de esta eterna primavera, a lo largo de siglos, en el suelo de Occidente. Y, en efecto, todavía tiene que pasar mucho tiempo hasta que las representaciones y los trajes con que se viste a los antiguos reclamen un determinado color y una cierta veracidad históricos. Se tomarán entonces ciertas distancias frente al modelo, al que Occidente empieza así, aunque muy lentamente, a «apartar de sí».

2.º *En lugar de Roma y Grecia, ¿no es acaso más conveniente decir el Mediterráneo?*

Puede que así sea, pero, en todo caso, esto no simplifica los problemas. ¿Qué es, en efecto, el Mediterráneo? Una sucesión de mares particulares, de espacios líquidos con sus puntos de contacto, cómodos o difíciles, sus pueblos de hombres de mar y una vida de conjunto que se esfuerza en agrupar espacios y circulaciones. Y esta vida unitaria está soldada a los países bañados por el Mar Interior, a las rutas terrestres que van a dar a éste o que parten de él; en una palabra, esta vida tiene una repercusión en el bloque continental del Viejo Mundo y recibe, en contrapartida, violentos choques.

La singular vocación del *mar Interior* nace de estas relaciones cotidianas y banales; su importancia es consecuencia del hecho de que el Mar Interior fue, durante mucho tiempo, la ruta de unos mundos civilizados extremadamente dispares. Su función ha consistido en afrontar y en utilizar estas disparidades, en mezclar las peculiaridades, en organizar las transferencias.

Pero ¿cuáles son estas civilizaciones opuestas, las unas de predominio francamente marítimo, algunas otras continentales y unas terceras mixtas? De hecho, estas últimas son las que predominan: toda potencia continental acaba por incorporarse, tarde o temprano, una fuerza marítima que se muestra totalmente de acuerdo en ponerse a su servicio; así, por ejemplo, los fenicios se pusieron al servicio de los persas. De la misma manera, una potencia marítima se apodera, en cuanto puede, de un espacio continental. Hasta Venecia, en el siglo xv, consiguió una porción de *Tierra Firme*.

En todo caso, estas civilizaciones deben ser definidas por encima de su localización o de sus medios políticos de poder. Por lo general, se practica la buena costumbre—buena a pesar de sus muchas imprecisiones—de clasificarlas en dos grandes familias: Oriente por un lado, y por el otro, Occidente, lo que viene a recordarnos oportunamente que la historia cultural, lo mismo que la historia política que la sostiene y a la que sostiene, obedece, con frecuencia, a la ley de la *bipolaridad* de la que habla Raymond Aron.

Pero, en este caso concreto, ¿es tan evidente la bipolaridad? No está tan claro que la existencia de los dos bloques y sus enfrentamientos a lo largo de los siglos hayan sido tan recortados como se ha repetido tantas veces. Oriente y Occidente se han mezclado, se han confundido, se han superpuesto el uno al otro, se han empujado. Ambos han cambiado de nombres y de formas. El Oriente está constituido por los fenicios, los persas, los cartagineses, los árabes y los musulmanes; Occidente, por los griegos, los romanos, los cristianos de Occidente, Europa... Casos mixtos fueron los etruscos, los judíos, los bizantinos, los Estados latinos de Tierra Santa, los turcos otomanos (sucesores, a pesar de todo, de los emperadores griegos). Estas civilizaciones de uno u otro lado han predominado sucesivamente, siendo la una poderosa y la otra condenada a recibir; después se invierten los papeles. Y así sucesivamente. En los orígenes del «milagro griego» se pueden reconocer las luces reflejas de los milagros del Cercano Oriente, de Egipto, de Caldea, de Irán. También se encuentran en los orígenes de esplendor del Islam, junto con las aportaciones de la Grecia clásica.

Decíamos «bipolaridad», recogiendo el término empleado por Raymond Aron. De la misma manera tenemos que tomar de un economista, François Perroux, sus conceptos de polo de desarrollo y de economía dominante. Desde siempre han existido civilizaciones dominantes y otras dominadas. A nuestro entender, Huizinga se equivoca cuando afirma que, mientras subsistió el Imperio Romano, no hubo oposición Oriente-Occidente, puesto que el Imperio era el único dueño de todo el Mediterráneo, sobre todo después de haberse liberalizado, en el 212 (edicto de Caracalla), al ser concedida la ciudadanía a todos los hombres libres del Imperio. «Desde este momento, la idea de *civilitas romana* sobreentiende toda posible perfección terrestre.» Pero creemos que Huizinga confunde Imperio y Civilización, cosa que, por otra parte, le parece natural. De hecho, cultura y contenido político son, con frecuencia, distintos. Las diversas civilizaciones reunidas por la conquista romana continuaron su propia vida, su propia fermentación: estallan en el siglo V, al amparo de los acontecimientos exteriores que las liberan.

En todo esto, el papel desempeñado por el Mediterráneo ha consistido en ponerse al servicio del más fuerte y, después, al cambiar el cariz de los acontecimientos, al servicio del que hasta entonces había sido el más débil. Pero, para que el mar pueda desempeñar su función, es necesario que arrastre importantes riquezas. Ahora bien, el Mediterráneo tuvo sus eclipses y sus pausas prolongadas. Así, por ejemplo, *grosso modo*, entre el siglo V, o mejor, entre el siglo VII y el X, o después del siglo XVI. Por lo tanto, en sus fluctuaciones, el mar Interior no hace sino reflejar los ritmos econó-

micos del mundo que le rodea. Después del siglo *xvi* dejará de ser el centro de los intercambios del mundo, víctima de una revolución silenciosa que, no obstante, había tenido lugar muy lejos de sus espacios familiares. Sus civilizaciones se resintieron del contragolpe.

Si Occidente «aparta de sí» a Oriente, como lo ha sugerido Michel Foucault, es tan sólo en el término de un largo proceso que culmina en una toma de conciencia, y también con ocasión de la prolongada pausa que atraviesan los tráficos mediterráneos. De ello se resiente hasta la Europa mediterránea, como lo demuestra el que el barroco fuera la última de sus creaciones en imponerse a las mismas dimensiones europeas, entre los siglos *xvi* y *xviii*.

3.º *El mundo antiguo se fraccionó en el siglo V en un Imperio de Oriente y un muy frágil Imperio de Occidente, éste llamado a desaparecer, aquél a mantenerse contra viento y marea hasta 1204 e incluso hasta 1453. Estos dos mundos, estas dos mitades del Mediterráneo, soportan ambas el choque del Islam en los siglos VII y VIII, ya que, en efecto, las conquistas musulmanas se hacen equitativamente a expensas de los dos antiguos edificios y del mar común que los pone en contacto. Finalmente son dos mundos antiguos disociados los que por su influencia han aclarado y facilitado la doble y larga infancia de Europa. En el Oeste triunfó la influencia latina; en el Este, sobre todo a partir del siglo IX, la influencia que se puede calificar al mismo tiempo de griega, bizantina y ortodoxa.*

Esta fractura, realizada en el siglo *ix* y consolidada posteriormente, supuso una de las grandes rupturas internas de Europa.

Contamos, pues, con todos los elementos, si no para resolver, por lo menos para plantear el problema, que es, en efecto, más complejo de lo que por lo general se dice en los resúmenes, ya que éstos se olvidan demasiado fácilmente de la supervivencia y del florecimiento de Bizancio y creen, como volveremos a ver en seguida, que todo estaba ya resuelto en el siglo *v*. Ahora bien, por encima de las invasiones germánicas se han producido numerosos resurgires y «avatares» de la civilización antigua.

a) *No olvidemos, pues, a Bizancio, lo que equivaldría a continuar la campaña de difamación, ya muy larga, contra esta patria antigua de la Europa del Este. Sin duda, Bizancio no se perpetuó tal cual. Vivió y, por consiguiente, evolucionó. «Si tuviéramos que resumir en una palabra la impresión que deja el Imperio de Oriente a quien... estudia su historia o su civilización, creo que la palabra más conveniente sería esfuerzo. Esfuerzo para resistir a sus innumerables enemigos; esfuerzo para asimilar y para fundir razas tan dispares atraídas por su grandeza y su prosperidad; esfuerzo para adaptar la administración, la legislación, todo el régimen político, a circunstancias tan cambiantes...» (Paul Lemerle.)*

Bizancio ha sido el conservatorio, la biblioteca del mundo clásico, y también el marco de una múltiple experiencia personal. A lo que había heredado añadió «los frutos de su prolongado comercio con el Oriente y con el Islam». Y todo ello lo transmitió a los «pueblos con los que había entablado contacto y, finalmente, al mismo Occidente, donde se refugiaron con los restos de sus bibliotecas tantos griegos cultos para escapar de la con-

quista turca». Por lo tanto, se puede hablar de Bizancio en Bizancio, de Bizancio fuera de Bizancio y de un Bizancio posterior a Bizancio.

b) *Las reapariciones de Grecia y Roma en el Oeste*. La civilización antigua ha reaparecido continuamente en el Oeste. Una de estas reapariciones, cuyas causas y efectos son evidentes, fue el movimiento de los humanistas griegos hacia Occidente después de la caída de Constantinopla en 1453. Asimismo, la llegada a Occidente del pensamiento de Aristóteles en el siglo XIII. O, también, en medio de este amplio retorno a la Antigüedad que supuso el Renacimiento, la difusión tardía, gracias a la imprenta, de tantas obras griegas. Ya hemos señalado la importancia que tuvo el «descubrimiento» del pensamiento de Arquímedes en la génesis de la revolución científica del siglo XVII. Parece evidente que, en determinadas épocas decisivas, las comunicaciones entre Occidente y la lejana Roma y la lejana Grecia, nunca interrumpidas, se restablecieron y se multiplicaron. El pensamiento griego y el pensamiento romano se encuentran bruscamente mucho más cercanos de sus lejanos vástagos. Sería fácil señalar estos momentos en que se vuelve de nuevo a tomar contacto, estos diálogos que nuevamente vuelven a aparecer en primer plano, estudiando con paciencia el fluctuante destino de Platón, de Cicerón, de Séneca o de Horacio.

Nos vamos a referir al campo muy representativo de la historia del Derecho Romano en Occidente. Durante mucho tiempo, su compilación tardía, el Código de Justiniano, sirvió de modelo. Fue estudiado y transmitido, para culminar en la primera edición (1529-1531) del holandés Gregorio Haloander. Después de 1583 se suele designar esta compilación de Justiniano con el nombre de *Corpus juris*, e incluso, para distinguirla de la colección análoga del Derecho Canónico, con el nombre de *Corpus juris civilis*.

A grandes rasgos, son dos períodos los que ponen de nuevo de moda al Derecho Romano en Occidente: el siglo XIII, desde la muy importante Universidad de Bolonia; el siglo XVI, desde otras Universidades, como la de Toulouse, en Francia. Este nuevo auge del Derecho Romano fomenta la proliferación de los legistas y da origen a una transferencia, a beneficio del príncipe, de todas las prerrogativas que antaño le eran reconocidas al emperador. Contribuyó sobremanera a la sustitución de las monarquías antiguas, basadas en los derechos de la sangre, por las monarquías sostenidas por ejércitos de juristas. De este modo, como nadie pone en duda, la sombra viva de Roma actúa en el umbral mismo de la modernidad política de Europa.

c) Para terminar un debate que apenas hemos esbozado, vamos a formular dos preguntas que dejaremos sin respuesta, ya que, en efecto, serían inmediatamente motivo de discusión:

1.º ¿Tiene o no razón el historiador André Piganiol cuando escribe (*L'Empire chrétien*, P. U. F., 1947, pág. 422): «Es falso decir que, en vísperas de las invasiones germánicas, Roma estaba en decadencia... La civilización romana no murió de muerte natural. Fue asesinada»?

2.º Generaciones y generaciones de intelectuales piensan que Occidente

no puede vivir sin un eterno retorno a sus orígenes clásicos. Ahora bien, y a pesar de estas afirmaciones apasionadas y que siempre tocan la cuerda sensible de un occidental, ¿no es acaso más lógico sostener que Occidente está en trance de «liberarse», y a gran velocidad, de la herencia de la Antigüedad, que, a lo largo de los siglos, ha sido su alimento predilecto?

EL OTRO NUEVO MUNDO

CAPITULO XX

AMERICA LATINA

América presenta dos grandes conjuntos culturales. "América" por antonomasia, es decir, los Estados Unidos (junto con el Canadá, al que han arrastrado en su derrote-ro): se trata del Nuevo Mundo por excelencia, el de las maravillosas realizaciones, el de la "vida futura".

La otra América es la más extensa mitad del continente, a la que recientemente, primero Francia (en 1865 y entonces no sin segundas intenciones) y después toda Europa, han concedido el epíteto de "latina". Es una América unitaria y múltiple, con muchas peculiaridades, dramática, desgarrada, en lucha consigo mismo.

Al empezar por ella queremos evitar la comparación inmediata, un aplastamiento previo bajo el peso acostumbrado de los inmensos progresos de América del Norte, y por lo mismo queremos considerarla en sí misma como merece ser observada: en su humanismo de gran calidad, en sus problemas particulares, en sus evidentes progresos. Hasta hace poco, estaba muy adelantada con respecto a la otra América, fue la primera América rica, y, por lo mismo, la primera codiciada. Pero esto es ya una realidad del pasado y la suerte ha cambiado. Actualmente, América latina está muy lejos de ser un continente feliz: tiene un exceso de aspectos sombríos. En ella no se puede decir que haya amanecido totalmente.

I. ESPACIO, NATURALEZA Y SOCIEDAD: EL TESTIMONIO DE UNA LITERATURA

Más que cualquier otra región del mundo, América latina está en continua y rápida evolución: las descripciones de ayer pueden carecer mañana de toda validez y hasta sonar a falso.

Cuando es imposible tener un conocimiento personal de América, se tiene que leer su admirable literatura, directa, poco sofisticada, ingenua y decididamente comprometida: permite hacer miles de viajes con la imaginación, y su testimonio es de una claridad tal que supera a todo lo que los reportajes, los estudios sociológicos, geográficos e históricos (y, sin embargo, estos últimos son, con frecuencia, excelentes, puedan ofrecernos.

Esta literatura da también a conocer—y ésta es una aportación inapreciable—el perfume de países y de sociedades siempre aparte, muchas veces secretos, a pesar de la jovialidad y de la franqueza con la que acogen al visitante.

1. América latina es un inmenso espacio. Su población humana es escasa y flota en un traje que le está desmesuradamente ancho. El espacio es superabundante y esta superabundancia emborracha a los hombres.

Claro está que desde que la aviación anula, humaniza y escamotea estas colosales dimensiones, el viajero extranjero corre, cada vez más, el peligro de perder de vista esta coordenada fundamental.

Ya en un pasado reciente bastaban seis horas para atravesar la cuenca del Amazonas, es decir, para sobrevolarlo, puesto que esta cuenca amazónica no puede atravesarse más que a costa de vencer terribles dificultades (*isto é matto*, esto es la selva, como dice el brasileño). Igualmente se podían cruzar los Andes, entre Argentina y Chile, con bimotores, y estos aviones ligeros se adentraban incluso en el mismo valle de la Cumbra, justo en la perpendicular del pequeño funicular, empujados por el viento, tan pronto de un lado como del otro, pero siempre *entre* las cadenas montañosas, en suma, a menor altura que las cimas. En la actualidad, los cuatrimotores pasan diariamente por encima del obstáculo. Los Andes se han visto reducidos a un cuarto de hora, a diez minutos de glaciares resplandecientes bajo el sol, antes de aterrizar en la desierta llanura argentina o en la costa chilena. Y, sobre todo, se ha generalizado la aviación: ahora, su alegre canción es siempre la misma, a través de toda la América latina.

Pero, de hecho, sólo los viajeros privilegiados tienen acceso a estos saltos prodigiosos, a estas excursiones de lujo, que en unos cuantos minutos les sacan de Méjico, en donde los *Nortes* (los vientos del Norte) han helado, la víspera, las plantas verdes de los jardines, para llevarles a los calores del Yucatán, de Veracruz, o depositarles cerca de las aguas paradisíacas o de las flores de la costa del Pacífico, en Acapulco. Igualmente, sólo las mercancías preciosas o rentables son transportadas por los cargos aéreos: los frutos del mar de Chile, transportados por avión hasta Buenos Aires; los animales o la carne de selección, que desde Mendoza transportan los aviones por encima de la Cordillera, hacia Santiago o hacia el Norte desértico de Chile.

Esta nueva aritmética de las distancias continúa siendo una excepción a pesar de las apariencias. En los aeropuertos de Río de Janeiro cada minuto despegue o aterriza un avión. Pero los viajeros transportados no representan más que una parte mínima de la población: su burguesía. El avión, en América latina, no tiene la función de los *transportes populares* (trenes, autobuses, coches particulares) que dan a Europa unas redes densas de circulación.

América latina sigue viviendo, como siempre ha vivido, en un espacio medido por el paso de los hombres o de los animales. En ningún caso, me-

dido por la velocidad de los ferrocarriles, que continúan siendo escasos. Ni por las carreteras: éstas, a veces, sensacionales (como, por ejemplo, algunas de Méjico) son poco numerosas y siempre están en construcción o en continua reparación. América latina se resiente todavía de estas múltiples lentitudes.

Sólo determinados por esta eterna sumisión a la distancia podemos cabalgar o caminar con la imaginación junto con *Martín Fierro*, el gaucho de la época heroica inventado por José Hernández en 1872, o junto con *Segundo Sombra*, el último gaucho libre y errante de la Pampa argentina, creado (1939) por el genio de Ricardo Güiraldes, o debemos ver *Los matorrales* del Nordeste brasileño en el "cuadrilátero" de la sequía y del hambre, *Os Sertões* de Euclides da Cunha (1902), o leer los más bellos relatos que se han escrito sobre los espacios sin fin de la Argentina interior, redactados, día tras día, para el periódico *La Tribuna*, de Buenos Aires (1870), por Lucio Mansilla (*Una excursión a los indios ranqueles*), o, mejor aún, los relatos sobre la Patagonia, entonces absolutamente desierta, del inglés, naturalizado argentino, Enrique Hudson (1841-1922).

Otros testimonios literarios, también de gran belleza, son los viajes del alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859), los del francés Auguste de Saint-Hilaire (1799-1835), ambos extranjeros, pero hasta tal punto captados por los países que describieron, que la literatura sudamericana los ha anexionado con todo derecho.

Una de las descripciones más interesantes de estos viajes clásicos es, sin duda alguna, la de las bandas de mulateros, con sus rutas fijas y sus horarios casi fijos, sus "estaciones", esos ranchos en los que animales, mercancías y hombres se paran por la noche para reemprender el camino a la mañana siguiente. Se ha querido comparar a estas caravanas de mulateros con los primeros transportes en camiones, los primeros transportes en tren... En todo caso, supuso la primera manera de dominar al espacio, salvaje y prolífero todavía en la actualidad. En efecto, el motivo de que el hombre no se arraigue tan definitivamente como en Occidente o de que abandone su tierra con excesiva facilidad es que es consciente de que abunda el espacio un poco más allá. Todavía hoy, verdaderos ríos de rebaños siguen recorriendo el corazón del continente, como en el siglo XVI o en el XVII, para desembocar, al final de su recorrido, en las ferias tradicionales de ganado, como, por ejemplo, en el interior del Estado de Bahía. Se trata de una forma primitiva y poco costosa de explotación, de un capitalismo barato, ya que el espacio se consigue prácticamente *gratis*.

Y ello es natural por estar los hombres perdidos y ahogados en el espacio, sobre todo por estar las ciudades situadas a meses y meses de distancia de las capitales coloniales o de las metrópolis europeas, por ser ciertas provincias más extensas que Italia o que Francia, lo que les permite gobernarse a su manera, a falta de otra mejor y, sobre todo, porque necesitan vivir. En ambas Américas, la «democracia americana», con su *self government*, ha sido engendrada en parte por el espacio. Un espacio que todo lo amortigua y que todo lo conserva también, por lo menos mientras no ha sido vencido.

2. El gran sueño del pasado era arrancar a los campesinos de la bárbara naturaleza. La naturaleza sudamericana ha fabricado y sigue fabricando hombres admirables, pobres, trabajadores: el gaucho de la Pampa, el caboclo brasileño, el campesino mejicano, el peón. Este último, siempre dispuesto a sublevarse con tal de tener un verdadero jefe, como, por ejemplo, el admirable Emiliano Zapata, que luchó en los alrededores de Méjico entre 1911 y 1919.

Ahora bien, el problema radica, sobre todo, en sacarles de la miseria que constituye lo esencial de su «barbarie». Con ello soñaron todos los intelectuales fervientes del siglo XIX y aun del siglo XX. No se trataba de amaestrar a estos hombres (salvo en los casos necesarios), lo mismo que se doma a los caballos salvajes, sino de enseñarles a vivir, a cuidarse y a leer. Tarea urgente que está muy lejos de haber sido llevada a cabo: todavía se dan en la actualidad campañas de alfabetización, verdaderas cruzadas dirigidas, conjuntamente y con apasionamiento, por profesores, médicos e higienistas que actúan por grupos.

Estos campesinos, estos héroes bárbaros, ocupan naturalmente un lugar privilegiado en las novelas de los siglos I y XX, novelas de tiempos recientes que nos les muestran en su contacto con la civilización, en un verdadero duelo de amor. Este sentimentalismo simbólico da lugar a que, con frecuencia, se trate de verdaderas novelas rosas, que no por ello dejan de ser un excelente testimonio: bastaría un pequeño empujón para convertirlas en novelas «negras».

Martín Fierro (1872) en la Pampa argentina es un hombre tosco, pero es cristiano y se libera de su dura vida por una primera dulzura que viene a añadirse a la dulzura de la poesía—en efecto, canta y hace versos—y que se añade también a su «pundonor». Bien es verdad que ese pundonor se reduce con frecuencia a las peleas con cuchillo en la *Pulpería*, una taberna fortificada en la que, en pleno «bled», se vendían bebidas alcohólicas... En *Doña Bárbara*, su autor, Rómulo Gallegos (que fue un presidente progresista de Venezuela, expulsado por el golpe de Estado de 1948), pone en escena a una mujer. El nombre de la heroína ha sido escogido con intención evidente: bella, deslumbrante, salvaje, un poco *canaille* también y sin escrúpulos, tiene las cualidades y los defectos que le permiten apoderarse de todo lo que desea. Pero, para mayor tranquilidad de todos, no puede resistir al encanto del ingenuo, tierno y simpático «doctor en leyes» que, por azares de sucesión, se instala en los llanos, en el corazón de la vida pastoril, en el término de unos ríos por los que se navega en unos pontones flotantes de una desesperante lentitud, que, por lo menos, da lugar a ciertos esparcimientos como la caza del caimán. Y el doctor dispara como si fuera Buffalo Bill... *La negra Angustias*, que le valió a su autor, Francisco Rojas González, el premio nacional de literatura mejicana (1944), es bella e ingenua, pero al mismo tiempo, y hay que aceptarlo así porque si no la novela no tendría razón de ser, es, ella también, un jefe de banda cruel y despiadado. Y esta tigresa inocente se amansa repentinamente, un buen día, ante un modesto profesor que le enseña a leer; ¡ahí está el milagro! Angustias, al mismo tiempo que se casaba con el profesor, se ha casado con la civilización.

No todas las novelas de este género son tan sentimentales: *La vorágine* (1925), del colombiano José E. Rivera, es la triste epopeya de héroes devorados por la Amazonia. Pero estas novelas, ya sobrecarguen las tintas rosas, ya las negras, constituyen una eterna acusación contra la *naturaleza*, contra una naturaleza que hace salvajes a los hombres y a la que bastaría dominar para civilizar y liberar al hombre. Según Benjamín Subercaseaux, la fatalidad de Chile es su «loca geografía» (*Una Geografía loca*, 1940).

Esta literatura y esta visión son ya cosa del pasado. Hoy día van borrándose poco a poco del horizonte vivo, a veces con pesar.

3. Empieza a vivir una literatura social y rural de combate: en la actualidad, el miserable, aislado del mundo por la naturaleza, por el espacio, o únicamente por su miseria, continúa siendo el héroe li-

terario por excelencia, pero ahora se ha hecho cargo de él una literatura nueva, combativa, violenta, directa, y que le presenta, esta vez, como víctima, ante todo, de la sociedad, de la misma civilización, que es en realidad tan indiferente al horror de su vida como la naturaleza salvaje.

Esta literatura señala un cambio, una nueva etapa: indudablemente revolucionaria, es testimonio de una toma de conciencia aguda de los problemas propiamente sudamericanos, y de una disminución de la confianza en los beneficios que se pueden esperar, sin más, de la «civilización». De ahí su realismo negro y su desesperación.

La novela de Mariano Azuela (1873-1952) *Los de abajo* (1942) no es más que un largo y angustiado grito. Nos introduce en la revolución múltiple y anónima, empezada, pero no acabada, por el México moderno, desde 1910 por lo menos, y que le costó cerca de un millón de muertos. La historia de este puñado de soldados revolucionarios que van a morir (y que el autor ha visto morir, puesto que era médico de un grupo de ellos) es la historia desilusionada de unos pobres diablos desarmados ante una sociedad implacable, con sus ricos demasiado ricos y feroces y sus pobres demasiado pobres, demasiado numerosos y demasiado ingenuos.

Las novelas-río del gran escritor Jorge Amado, que se refieren todas ellas al Noreste brasileño, país del hambre, de la emigración, de la eterna miseria, son de una belleza y de una violencia incomparables. Son novelas *comprometidas*, verdaderos alegatos, pero también un testimonio extraordinario y verídico sobre una población agrícola increíblemente primitiva y sobre los dramas del hambre en una tierra casi feudal.

Por todas partes y en todas las literaturas encontraremos este testimonio punzante. El escritor Jorge Icaza nos traslada al Ecuador. Visto en un mapa, se trata de un pequeño país (en realidad, con sus 450.000 kilómetros, es más extenso que Italia y se ofrecía hace algunos años a acoger a un millón de inmigrantes, que sería fácil absorber, puesto que Ecuador tenía sólo dos millones de habitantes). Alfonso Pereira (el protagonista de *Huasipungo*, 1934) se dirige con su familia a su finca, en lo alto de la montaña, lejos de Quito, a través de un durísimo camino de mulas. Quiere evitar que el nacimiento ilegítimo del hijo de su hija, "lo bastante tonta como para haber tenido relaciones con un indio", tenga lugar en el mismo Quito. La ascensión a la montaña es dura. Llegados al borde de las altas ciénagas, las mulas se hunden en el fango. Todos tienen que bajarse de su cabalgadura; entonces, los tres indios que les acompañan "después de limpiarse en el revés de la manga de la cotona el rostro encharcado por la neblina del páramo, se prepararon para dejarse montar por la pulcritud de los patrones: se sacaron el poncho, se arrollaron los anchos calzones de liencillo hasta las ingles, se quitaron el sombrero de lana, doblaron el poncho en doblez de pañuelo apache—dejándose morder por el frío que se filtraba por los desgarrones de una camisa pringosa—, y presentaron las espaldas para que la familia Pereira pase cuidadosamente de la mula al indio". Y el pequeño grupo se hunde en el fango helado...

Literatura forzada, siempre emocionante. Puede que en razón misma de la dureza de la realidad social se limite, en lo fundamental, a la denuncia de la violenta situación agraria y de la miseria de los campos. Desconoce, en cambio, la miseria de los obreros en los suburbios industriales o en las lejanas regiones mineras. Y la desconoce porque todavía no la ha vivido. Uno de los pocos y conmovedores testimonios que hayan sido publicados sobre la miseria de las ciudades (aparte de los estudios de los sociólogos que sólo son válidos para un número muy limitado de especialistas) es el de una mujer casi analfabeta, una negra brasileña, Carolina María de Jesús, que mien-

tras vivió en un «bidonville» de Sao Paulo escribía su diario. No se trata de una obra literaria y todavía menos de un estudio sociológico, sino de un documento de primera mano.

Salvo estas escasas excepciones, la miseria de los medios rurales invade toda la literatura, una miseria que aparece desprovista de toda esperanza, sea cual sea, y que plantea como único remedio eficaz la sublevación, la violencia, la revolución. Este es, sin duda, uno de los motivos por los que la revolución cubana de Fidel Castro, tan profundamente campesina, ha tenido y tiene por toda América latina tanta resonancia. Sea cual sea el futuro de esta revolución, ha marcado una hora histórica. O, por lo menos, la necesidad absoluta de la que son conscientes todos los intelectuales de América latina, cualesquiera que sean sus opiniones personales, de un examen serio de los problemas políticos y sociales y de las soluciones que exigen.

II. LA CASI-FRATERNIDAD DE LAS RAZAS

América latina ha sabido, en todo caso, resolver, o por lo menos (a pesar de las reticencias, de los retrasos o de las restricciones mentales), está a punto de conseguirlo, una de las más graves dificultades que se le planteaban: el problema de las razas.

La primera diferencia, pero no la única, entre América del Norte y América del Sur, es seguramente el liberalismo espontáneo, muchas veces confirmado, que esta última manifiesta, cada vez más, respecto de los prejuicios étnicos. Sin duda, nada es perfecto en el campo de los colores de la piel. Pero en pocas partes del mundo, por no decir en ninguna, se ha conseguido algo mejor o ni siquiera un equivalente. Eto supone ya un éxito inmenso.

Sin embargo, esta fusión no había sido preparada por la historia, que había colocado en el continente sudamericano a las tres grandes razas del mundo: la amarilla (los indios, erróneamente bautizados con el nombre de «pieles rojas»), la negra y la blanca, las tres muy poderosas y, por lo tanto, ninguna de ellas dispuesta a dejarse anular por las otras dos.

Estos problemas étnicos, evidentemente, no se plantearían de haber sido la América precolombina la única en existir con sus civilizaciones coherentes: la azteca (junto con la de los Mayas), es decir, *grosso modo*, la mejicana; la andina, es decir, esa serie de civilizaciones de la alta montaña, prácticamente agrupadas bajo la autoridad «pseudosocialista» del Imperio de los Incas, sin contar las inmensas zonas de culturas primitivas a las que pertenece el resto del Nuevo Mundo.

De la misma manera, no se hubiera planteado ningún problema si Europa hubiera sido, a finales del siglo xv, un país superpoblado, capaz de someterlo todo a su ley y a su presencia real, y no ese pequeño mundo que era entonces de aproximadamente 50 millones de habitantes, empeñados (y condenados) en la producción del pan de cada día, un mundo que sólo dejó salir con cuentagotas a algunos de sus hombres hacia la aventura americana. A lo largo de *todo* el siglo xvi, quizá tan sólo un total de 100.000 hombres salieron de Sevilla en dirección al Nuevo Mundo. Consiguieron dominar todo el mundo americano, pero, en cambio, poco pudieron sacar de él.

Por último, tampoco se hubiera planteado el problema de la tercera raza de no haber suministrado, primero, las costas del golfo de Guinea, y, más tarde, todo el

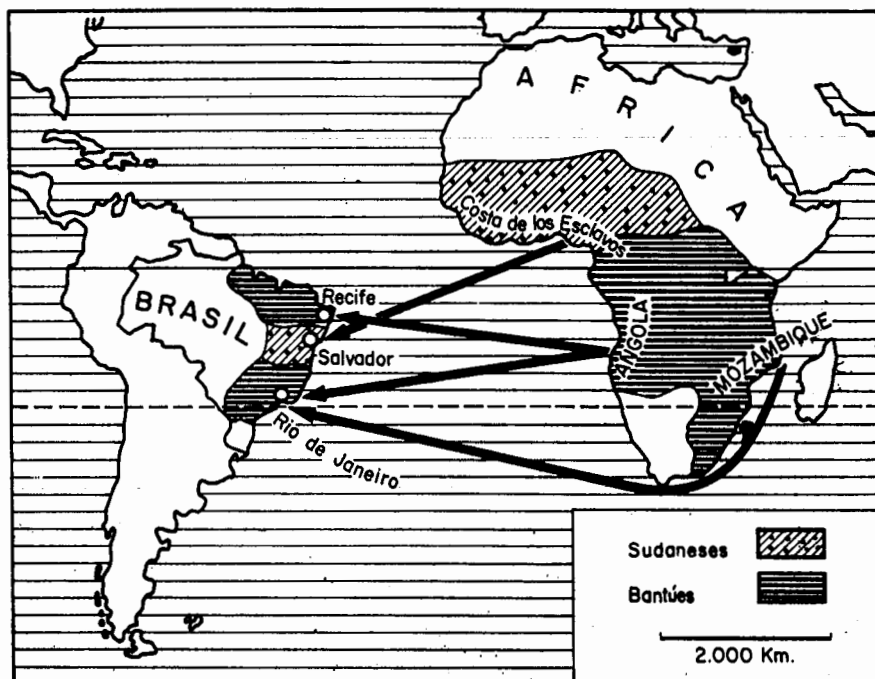
Africa litoral los hombres que faltaban, esos esclavos negros sin los cuales no hubiera habido ni azúcar, ni café, ni polvo de oro.

Por lo tanto, las tres razas se han dado cita: ninguna de ellas ha sido lo suficientemente fuerte como para eliminar o tratar de eliminar a las otras. Condenadas a vivir juntas, han sabido, a pesar de algunos roces inevitables, adaptarse a ello, mezclarse y alcanzar un cierto grado de tolerancia y de estima recíprocas.

1. Los espacios étnicos: En todo caso, las supervivencias y las localizaciones geográficas de las diferentes razas están, actualmente, muy claras. El pasado las explica.

Los primeros conquistadores blancos se tropezaron con las civilizaciones indias, y, sin que quepa lugar a dudas, las sometieron a un trato salvaje. A los estragos de la conquista vinieron a añadirse, en efecto, las catástrofes aún mayores de la explotación y del trabajo obligatorio. La población india

ORIGEN DE LOS NEGROS EN AMERICA



disminuyó en proporciones inauditas. El indio fue barrido por doquier allí donde había permanecido en un estado de primitivismo (nómada, y, con frecuencia, alimentándose de mandioca), viviendo en estado tribal; así ocu-

rió casi desde sus primeros contactos con la presencia europea; sólo le protegieron algunas regiones de difícil acceso en las que el blanco penetró tardía y parsimoniosamente, como, por ejemplo, la Amazonia.

Pero las verdaderas civilizaciones indias, las civilizaciones densas, lograron finalmente sobrevivir. Al estar desarmadas, al no contar más que con un utillaje mediocre (no conocían ni la rueda, ni el hierro, ni la pólvora de cañón, ni los animales domésticos, a excepción de la llama), al ser inmediatamente heridas, y en el corazón (Méjico—entonces Tenochtitlán—, el Cuzco), constituyeron seguramente una presa fácil. En todo caso, la población indígena se salvó por su misma densidad. En la actualidad, Méjico es fundamentalmente una «tierra india», orgullosa de serlo, y en las llanuras andinas sigue existiendo la tradicional vida indígena, miserable, y, sin embargo, viva, fuertemente arraigada, imposible de reemplazar allí donde está instalada.

En lo que se refiere al negro, permaneció allí donde el clima, las plantaciones, las arenas o los filones auríferos, el lujo de las ciudades o el simple azar le habían llevado, a partir del siglo XVI, y retenido después de la abolición de la esclavitud. Más tarde se trasladó con bastante frecuencia a los centros industriales activos. Lógicamente, se le encuentra, pues, en la costa del Atlántico y allí donde faltaba mano de obra india. Por lo tanto, predomina en el Norte del Brasil—en el corazón del Brasil colonial—y está ampliamente representado en todas las grandes ciudades modernas brasileñas, y en las Antillas.

En lo que se refiere al blanco, llevó a cabo su toma de posesión del continente americano, por lo menos, en dos grandes etapas, y, en cada caso, con una aportación étnica diferente.

a) *Con la primera conquista* se instaló allí donde pudo subsistir, preferentemente en el marco de las grandes civilizaciones indias existentes, en donde, con toda naturalidad, encontró «súbditos» y una alimentación abundante, y en el caso del español, cuyas grandes ciudades coloniales fueron Méjico y Lima (fundada esta última por los conquistadores), en los altos Andes de la Bolivia actual, Potosí (otra creación de los conquistadores españoles), a causa de las minas de plata (150.000 habitantes, en 1600, a 4.000 metros de altitud). El arte colonial español, sobre todo barroco, atestigüa, en la actualidad, el esplendor de los nuevos ricos de las ciudades coloniales. Pero no se debe olvidar que su sustancia humana es fundamentalmente india.

Por el contrario, los portugueses encontraron en Brasil una población india escasa y frágil. De ahí la importancia decisiva de la aportación negra. Las grandes ciudades brasileñas de la época colonial son fundamentalmente de sustancia africana: Bahía, la capital, con sus 365 iglesias (una para cada día del año); Recife, el centro azucarero más importante del Norte, lanzado por los holandeses durante su breve ocupación (1630-1653); Ouro Preto (Oro Negro), plantada en el interior de las tierras por la fiebre del oro; Río de Janeiro, que en 1763 se convirtió en la capital. Sao Paulo, por el contrario, no era entonces más que una ciudad minúscula, poblada por aventureros, con poco elemento humano blanco y mucho indio, con sus mes-

AMERICA ESPAÑOLA Y AMERICA PORTUGUESA



El espacio negro corresponde a las regiones donde se habla el idioma castellano; el rayado, al idioma portugués. La América española está relativamente más poblada que la América portuguesa

tizos a los que entonces se llamaba «maderas quemadas», «mamelucos», como se dice en portugués.

Todos estos detalles de la época colonial evocan las consecuencias de una América criolla, cuyos aspectos más expresivos para las imaginaciones francesas o inglesas son las Antillas, Santo Domingo y Jamaica, las islas del azúcar y, más tarde, del café. No obstante, el espectáculo es, por todas partes, el mismo. Tan sólo el dueño de la tierra de labor, de los molinos de caña de azúcar, de las fabulosas minas de plata o de las arenas auríferas está relacionado con la economía monetaria, pero en ningún caso lo están sus esclavos o sus servidores. Este hecho permite la subsistencia de extrañas familias patriarcales (de hecho, durante mucho tiempo, el *pater familias* fue depositario del derecho de vida o de muerte sobre todos los miembros de su familia o de su servidumbre) con la gran casa del amo dominando las filas de chozas de los esclavos. Más tarde van creciendo las ciudades, con sus casas de ricos (los *sobrados*, casas de pisos del Brasil colonial), sus tiendas, sus barrios de chabolas (lo que hasta hace poco se designaba en Brasil con el nombre de *mucambos* y hoy se conoce con el de *favelas*; con otro nombre y con otros materiales son equiparables a los «bidonvilles», de tantas aglomeraciones actuales).

b) *Una vez liberada de las metrópolis española y portuguesa*—y, por tanto, de los comerciantes de Cádiz y de Lisboa—América latina, después de 1822 y de 1823, será objeto de una explotación sistemática y sin escrúpulos por parte de los capitalistas de toda Europa y, sobre todo, de los de Londres.

Los nuevos Estados independientes eran clientes demasiado ingenuos para los industriales y los banqueros europeos. Un ejemplo significativo es el de Londres vendiendo a Méjico, en 1821, el material de guerra pasado de moda que había sido utilizado por el Ejército británico en Waterloo.

Pero, al mismo tiempo, América del Sur va a abrir sus puertas, más que en el pasado, a una inmigración *européa* (no solamente española o portuguesa) al principio poco importante—artistas, intelectuales, ingenieros, hombres de negocios—pero que va aumentando progresivamente a medida que se establece en el Atlántico Sur, a partir de 1880, la navegación de vapor. Esta hizo posible una llegada masiva de italianos, de portugueses y de españoles, sin contar los millares y millares de otros europeos.

No fueron igualmente acogidos en los diferentes países de Sudamérica: dieron un nuevo auge al Brasil meridional, al Sur del paralelo de Sao Paulo (el antiguo Brasil estaba centrado en el Norte), a Argentina y a Chile. Sobre grandes espacios, esta inmigración, esta especie de bombardeo humano, destruyó los órdenes sociales antiguos con relativa rapidez. Gracias a ella se empezó a poblar el campo. Lo que el «doctor en leyes» no había podido conseguir, lo va a hacer posible el inmigrante. Gracias a la inmigración se formaron el Brasil moderno, la Argentina, el Chile modernos. Antes de 1939, el viajero europeo podría encontrar en América del Sur, según por donde viajara, una Italia laboriosa y admirable; o, bruscamente, en el Río Grande do Sul, en Santa Catalina o en Chile, una Alemania que había permanecido fiel a su civilización, a su lejana madre patria, a su dramática historia.

Son estos inmigrantes los que hicieron la gloria de las zonas y de las industrias pioneras. También se les encuentra en las márgenes de las zonas de poblamiento, frente a la «frontera» chilena al Sur de Bio-Bio, frente a la Patagonia hasta hace poco desierta, o en el fondo del Estado de Sao Paulo, con los nuevos *cafezais*, las nuevas plantaciones de café: los unos, agotando a la tierra, puesto que, en efecto, es necesario que se trasladen las *fazendas* siempre en busca de tierras nuevas, de selvas en las que inmediatamente serán quemados los árboles para conseguir tierra de labor. Todo ello es tan admirablemente conocido que podría-

mos hacer un largo relato. Pero desde nuestro punto de vista esto no es lo fundamental.

2. Lo fundamental es la fraternidad de las razas: todas las razas han colaborado desde distintos puestos en la edificación de América latina.

Pero también es verdad que, con frecuencia, estas razas chocaron entre sí por razones sociales. En efecto, la *frontera del color* ha sido y continúa siendo una frontera *social*. Pero todo aquel que se ha enriquecido y que gobierna, sea cual sea el color exacto de su piel, franquea o podrá franquear esta frontera. En el Perú, los mulatos y sobre todo los indios, llaman a los gobernantes, por el solo hecho de serlo, «blancos». Esto obedece a que el poder y la riqueza han estado, y en la mayoría de los casos siguen estando, en manos de los blancos.

Claro está que en la medida en la que los «verdaderos» blancos existen en Hispanoamérica. En la mayoría de los casos, y esto es importante, las razas se han mezclado en grado sumo. «Todos tenemos, escribe medio en broma medio en serio, Gilberto Freyre, el sociólogo de Recife (evidentemente se refiere a su Nordeste brasileño, *O Nordeste*, pero este Nordeste se ha extendido ampliamente por todo el Brasil), todos tenemos nuestra pizca de sangre negra.» Dondequiera que la fusión haya sido más importante, por ejemplo en Méjico (blancos e indios), en el Brasil del Nordeste (negros y blancos), más evidentes han sido la tolerancia y la fraternidad étnicas.

Sin embargo, incluso en estas regiones privilegiadas, no todo ha ido sobre ruedas. Durante mucho tiempo, la América mestiza tuvo un complejo de inferioridad respecto de la lejana Europa, y ésta hizo todo lo posible por fomentárselo. Por otra parte, como es sabido, América del Norte le daba un mal ejemplo. En todo caso, el viaje a los Estados Unidos ha supuesto para muchos intelectuales sudamericanos de piel blanca, pero no absolutamente clara, una experiencia positiva, una lección de tolerancia necesaria, una incomparable satisfacción de poderse preferir por el mismo hecho de preferir a su país.

Todo el complejo y los prejuicios que lo expresan no han desaparecido como por encanto. Sin embargo, ha habido momentos decisivos en esta desaparición, después de 1919, o de 1930, y todavía más después de 1945. Era imposible amar, o mejor dicho estimar, a Europa de la misma manera después de las locuras de la Primera Guerra Mundial, después de sus catástrofes económicas (1929) y también después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Por ser países de libertad y acogedores, las Américas meridionales se han ido poco a poco estimando a sí mismas. Es una lenta transformación todavía no concluida, pero, sin duda alguna, bien encauzada. La publicación en Brasil de las primeras obras de Gilberto Freyre, el sociólogo que ya no se expresa, como lo exigía la tradición literaria, en el lenguaje poético de la novela o del ensayo, sino en el lenguaje de verdadera repercusión de las jóvenes ciencias del hombre (1933), esta publicación ha señalado un cambio decisivo en este país, que es, al mismo tiempo,

el más extenso y el más humano, y quizá el más humanista del Nuevo Mundo. De la misma manera, la revolución proindia de Méjico ha abierto las puertas, a partir de 1910, de algo muy diferente a un ciclo de revoluciones políticas en cadena, o a un ciclo de revoluciones agrarias. Ha abierto las puertas de la esperanza.

En todo caso, esta conquista de la igualdad y de la fraternidad entre las razas es cosa más o menos adquirida según los lugares. Con frecuencia, se tropieza aún con el obstáculo de las desigualdades sociales, con el pasado. Tanto más cuanto que en América latina hay también países enteramente blancos, como Argentina (en donde existen tan sólo algunas reliquias de población india, en el lejano Norte o en el extremo Sur) e, inversamente, algunos otros países en los cuales, según los antropólogos, nuevos tipos étnicos, uniformes y estables, han sido engendrados ya por la fusión de las razas: así, por ejemplo, en Costa Rica y, probablemente, en otros lugares.

No obstante, esta fraternidad, a pesar de que a veces no interviene de lleno o no tiene que intervenir, existe en el conjunto del continente sur, y es uno de los rasgos más originales de la segunda América. Es su rasgo esencial, si duda alguna, el que la hace más atractiva, el que basta para peculiarizarla y para reconocerla. Un viajero sudamericano, al hacer escala en Panamá, de regreso a su país, se entusiasma con la diversidad de colores de la piel, con las voces claras, los gritos, las canciones: no le cabe duda de que está de nuevo en su elemento.

III. LA ECONOMIA Y LAS CIVILIZACIONES PUESTAS A PRUEBA

América latina, a pesar de su aparente desidia, de su afición a la alegría, de sus petulancias, de sus ruidosas fiestas populares, siempre está sufriendo, profunda y continuamente frente al mundo actual, de la misma manera que sufría frente al mundo del pasado. Es también «el continente de la tristeza» (Keyserling).

Como todos los países que verdaderamente empiezan a industrializarse, tiene que enfrentarse con una revisión total de sus estructuras, de sus comportamientos, y este choque le resulta particularmente penoso.

Afecta a un mundo inestable, cambiante e incierto; económica y socialmente, poco o mal estructurado, porque desde hace siglos su pasado ha consistido en continuas destrucciones y en reconstrucciones muy sumarias; un mundo de contrastes, en el que se yuxtaponen, sin transición alguna, una vida primitiva elemental y enclaves de vida ultramoderna; en conjunto, un mundo lleno de vitalidad y, al mismo tiempo, difícil de definir, de dirigir y de orientar.

1. Las fluctuaciones económicas son marejadas imprevisibles. América corre tras de su destino material. Lleva siglos así, casi siempre más en calidad de víctima que de beneficiaria.

Sin duda, se veía forzada a ello por la coyuntura internacional. Pero cuando son muchos los que corren en cadena, dándose la mano, es un fac-

tor importante pertenecer al grupo de los que van en cabeza dirigiendo el movimiento, o, por el contrario, estar entre los últimos, teniendo así que dar saltos prodigiosos para acoplarse al movimiento general. Y, en realidad, Sudamérica es el último de la cadena, el último que corre, el que da saltos de gamo, de los que todo el mundo puede reírse, salvo ella. Tiene que actuar con precipitación y si quiere vender tiene que producir, cueste lo que cueste, azúcar, café, caucho, charqui o nitratos, cacao, y siempre a bajo precio. De ahí que, en cada caso, se vea encerrada en unos «ciclos» sucesivos, con los subsiguientes desasimientos de la cadena, violentos e inopinados.

Este proceso es la clave, tanto del pasado como del presente de América del Sur. Se ha tenido que someter a todas las exigencias de la demanda mundial: en materias primas, en una economía que, al principio, fue estrictamente de *tipo colonialista* y que, después de la época colonial, se perpetuó bajo la forma de una *economía de dependencia*.

Los capitalistas extranjeros (o mejor dicho las grandes empresas internacionales), en estrecha alianza con los grandes propietarios y con los políticos locales, han dirigido la producción hacia las materias primas de *exportación*, obligando así a las regiones productoras a concentrar todos sus esfuerzos, sus hombres y sus recursos en una actividad exclusiva, a expensas de todas las demás. El auge conseguido hubiera podido, a la larga, extender sus frutos al conjunto del país, de no haber habido un cambio frecuente de la demanda que, regularmente, anulaba estas inversiones. Se tenían entonces, repentinamente, que volcar todos los esfuerzos en otro sector de la producción y, a menudo, en otra región.

La variedad de climas y la superabundancia del espacio hicieron posible que América del Sur soportara estos extraordinarios cambios de dirección, que supusieron, de hecho, en el plano nacional, un derroche incalculable de espacio y de hombres: *fueron, por doquier, un impedimento para el establecimiento de estructuras económicas duraderas, estables, sanas y para el arraigo de los campesinos.*

El primero de estos ciclos fue el de los *metales preciosos*, que comenzó con la misma conquista: ciclo del oro que no pasó de la mitad del siglo xvi, ciclo de la plata (sobre todo, minas de Méjico y del Potosí) hasta 1630-1640. Es el precio de durísimos sacrificios: de no haber existido un despiadado reclutamiento de los indios nadie hubiera aceptado, en el Potosí, el trabajo en la mina o en la fundición de metales, agotador, a 4.000 metros de altitud, en una zona montañosa y fría en la que faltan madera, víveres y hasta agua. Los lingotes de plata eran llevados hasta el Pacífico, después hasta Callao, el puerto de Lima, y por último a Panamá, desde donde, transportados en caravanas de mulas y, después, en barca por el río Chagres, llegaban a la vertiente del mar de las Antillas. Por último, las flotas españolas los transportaban hasta España.

Ahora bien, ¿a quién beneficiaba este sistema? A los comerciantes, a los «funcionarios» españoles, a los hombres de negocios, ya internacionales, como, por ejemplo, a los comerciantes genoveses, prestamistas titulados del Rey de España... En todo caso, nunca beneficiaron a la propia América, a la que se privaba continuamente de sus lingotes, de sus monedas de plata, a la que se quitaba su numerario y que se hubiera condenado con tal de conseguir algunos paños, harina de trigo, jarras de aceite, toneles de vino, esclavos negros...

La plata del Potosí entra en decadencia en el siglo xvii y, con ello, la infeliz Hispanoamérica se ve abandonada a su suerte.

En 1680, la América portuguesa es objeto, a su vez, de la fiebre del oro, obtenido, en este caso, gracias al trabajo de los esclavos negros. Empieza a decaer hacia 1730, al mismo tiempo que, por otra parte, entran en un nuevo período de vitalidad las minas de plata de Nueva España (el actual Méjico). Entonces se vacía, en gran parte, la provincia brasileña de Minas Gerais (Las Minas Generales), que se dedica, como buenamente puede, a la producción del algodón.

De igual modo, se puede seguir la evolución del ciclo de la ganadería, con sus diferentes variantes, hasta llegar a la ganadería argentina actual; o el ciclo del azúcar, comenzado en Brasil, pero que fue deslizándose, desde finales del siglo XVII, hacia las Antillas (Jamaica, Santo Domingo, la Martinica); el ciclo del café, particularmente importante en Brasil en el siglo XIX, que acaparó grandes espacios, introduciéndose cada vez más hacia el interior. El Chaco argentino, que en el pasado fue zona de *quebracho*, arbusto de tanino, es objeto, desde 1945, de un auge considerable del cultivo del algodón...

Un libro entero no agotaría todo lo que se puede decir sobre este inmenso tema de los «ciclos», de las monoproducciones o monocultivos. En la actualidad, este sistema, justamente denunciado como catastrófico, está, probablemente, dando sus últimas bocanadas, al mismo tiempo que se van apuntando verdaderos sectores industriales y economías nacionales. Pero todas las estructuras económicas de América del Sur permanecen marcadas por este desarrollo antiguo, irregular e irracional, con bruscos despertares y bruscas rupturas e incesantes desplazamientos: en cada caso, una determinada provincia o unas determinadas ciudades son objeto de un resurgir de vitalidad para después ser abandonadas de nuevo o, en el mejor de los casos, condenadas a temibles y costosas reconversiones.

2. Los cambios de ciclo van seguidos de violentas crisis. Su poder destructor puede determinar, de un solo golpe, un retroceso de toda la economía de un país vigoroso.

Sólo daremos un ejemplo, que tiene la ventaja de pertenecer a la más terrible actualidad: el de la Argentina actual.

Hacia 1880 comienza para Argentina un período de franca prosperidad. En el plazo de unos cuantos años se convierte en una formidable exportadora de carne y de cereales para el mercado europeo, gracias a una total transformación de sus antiguas estructuras. La Pampa argentina, enorme llanura que rodea a Buenos Aires, no era hasta entonces más que un desierto con rebaños salvajes, que los *gauchos* capturaban casi únicamente para la exportación del cuero.

Un poco al igual que la Pradera de los Estados Unidos, esta llanura se convierte en tierra de trigo y de pastos para un ganado seleccionado, cuidadosamente engordado y alimentado.

Hasta 1930 (salvo el difícil decenio de 1890-1900) todo crece y progresa en Argentina con increíble rapidez: primero, la población, gracias a una fuerte inmigración italiana; la producción, gracias a la regularidad de la exportación; poco después mejora el equipo técnico (silos, molinos, frigoríficos...). De ahí que se vaya a desarrollar en seguida una industria ligera. El poder de compra de los asalariados, los beneficios del capital y

hasta el número de automóviles por habitante alcanzan entonces su máximo.

A partir de 1930 empieza la crisis, imperceptible al principio por lo grande que era la euforia general. Y, además, la guerra, que favorece a todos los países vendedores de materias primas, retrasa la decadencia. Pero, a partir de 1945, al producirse una enorme baja de los precios agrícolas en el mercado internacional, toda la economía argentina se viene abajo. Las cifras oficiales admiten una disminución de la renta nacional *per capita* del orden de 0,4 por 100 al año, como media, después de 1948, pero los economistas de los Estados Unidos estiman este porcentaje de disminución en 2 por 100, por lo menos. Y el retroceso es tanto más grave cuanto que la tasa media de inversión por habitante disminuye aún más rápidamente, a razón de una media de 3 por 100 anual. La balanza comercial es deficitaria; los salarios y el nivel de vida de la masa popular han disminuido considerablemente y, por consiguiente, también ha disminuido su posibilidad de sostener una industria nacional relativamente bien desarrollada (industrias textiles, alimenticias, del cuero, etcétera); el paro obrero aumenta; el campo se vacía a beneficio de las ciudades que crecen prodigiosamente, incluso cuando no tienen ningún tipo de trabajo que ofrecer (el 5 por 100 de la población total del país, es decir, cerca de un millón de habitantes viven en los suburbios, que en Argentina se conocen con el nombre de *villas miseria*); se ha parado el movimiento de crecimiento industrial que hubiera podido salvar la situación. Lo más grave es que no parece que esta situación desastrosa tenga salida: el presupuesto estatal, en efecto, está al borde de la quiebra.

En resumen, Argentina, que antes de la última guerra mundial era el país más rico de toda América del Sur, favorecido tanto por su clima como por la calidad de sus tierras y de sus hombres, evidentemente no es hoy el país más pobre de América—ya que la *ventaja* que tenía era demasiado grande como para que esto sea posible—, pero sí es *el país de más rápido retroceso económico*. El desorden y la desesperación más absolutas han sucedido a la confianza eufórica de la preguerra. Sólo dentro de este contexto económico se pueden explicar las crisis políticas que tienen lugar en Buenos Aires desde hace varios años.

Ahora bien, los economistas argentinos estiman, y con razón, que las estructuras agrarias totalmente fabricadas por el *boom* de la carne y del trigo son en la actualidad nocivas. Al lado de las numerosas y minúsculas explotaciones «antieconómicas», que representan el 34 por 100 del total de las tierras cultivadas, un pequeño número de grandes terratenientes poseen el 42 por 100 de las tierras y el 64 por 100 del ganado. Sin duda alguna, éste es el principal impedimento de un resurgir nacional que exigiría una reorganización agraria, capaz de asegurar una producción nacional y de reconstituir un mercado nacional, sin el cual es naturalmente imposible la existencia de una industria.

3. La incoherencia económica es un obstáculo para la industrialización moderna: el desarrollo de América del Sur culmina, generalmente, en economías poco coherentes, desequilibradas.

Por todas partes salta a la vista el carácter irracional e insuficiente de las vías de comunicación: no han sido construidas para una economía nacional, sino para poner en contacto a los puntos de producción con los puertos de embarque, dejando entre sí enormes zonas totalmente desprovistas de caminos y carreteras. La aviación, aunque omnipresente, sólo es un remedio imperfecto e insuficiente. Al viajar subido en los hombros del indio que tiene a su servicio, nuestro protagonista Alfonso Pereira no aprecia en todo su valor el privilegio que supone no mancharse ni mojarse. Y, en efecto, se lamenta: «Si mi padre hubiera sido más astuto, hubiera obligado a todos sus peones a construir carreteras. ¡Y hoy no nos hubiera ocurrido esto que nos ocurre!»

Otra discordancia: se afirman contrastes violentos entre las zonas no desarrolladas o abandonadas después de un período de desarrollo (todavía se pueden reconocer algunas ciudades poéticas del interior del Brasil, como Minas Velhas, que continúa viviendo en el mismo grado de primitivismo que cualquier ciudad de mediana importancia de la Edad Media, apartada de todo, pero en la que algunas grandes casas señoriales atestiguan un pasado más feliz) y zonas relativamente superdesarrolladas: la zona «civilizada», limitada con excesiva frecuencia a una franja costera, aquella que, por estar al borde del mar, se relaciona con los grandes itinerarios de la exportación.

Por último, también debe ser señalada una ausencia: en ninguna parte existe la importante población agrícola de Europa, que representa la base sólida y experimentada de una cultura milenaria.

Una gran parte de la población campesina, que se ha visto forzada a realizar el trabajo terrible y mercenario del monocultivo, que se ha visto también encerrada en extensos dominios constituidos a toda prisa, gracias al capital de los importadores extranjeros, para verse después repentinamente abandonada al mismo tiempo que estos dominios, al producirse un cambio en la demanda, está formada por obreros agrícolas errantes que, a falta de trabajo, acaban un buen día por instalarse en la ciudad más próxima, con la esperanza problemática de ser contratados o, si no, de emigrar hacia otra provincia. Esto explica la aparente paradoja de que en estos países, en los que el espacio es superabundante, en los que la población agrícola representa el 60 o el 70 por 100 del total de los habitantes, falten los cultivos de subsistencia, o, por lo menos, que sean insuficientes. Y, en efecto, por una parte, no existe una clase de campesinos *arraigados*, con un verdadero conocimiento del cultivo de la tierra, y, por otra, el reparto de ésta es tan defectuoso y tan injusto que basta por sí solo para impedir que los campesinos arraiguen y que se obtenga una producción normal. Esta situación recuerda con frecuencia la de la Rusia de los *barines*.

Al lado de este mundo agrícola arcaico, la industria se desarrolla en las regiones—por lo general, costeras—que habían sido favorecidas en un pasado reciente y en las cuales unos capitales autóctonos o extranjeros, unos hombres competentes, gracias a su contacto con Europa o con los Estados Unidos, algunos cuadros de científicos o de técnicos engrosados por la inmigración, han hecho posible la reconversión de las actividades del sector de

las exportaciones agrícolas al sector industrial. El resultado es, a veces, sorprendente: ha dado lugar a ciudades ultramodernas, con un buen número de rascacielos y que han crecido como hongos. El ejemplo más alucinante es el de Sao Paulo, en Brasil.

En consecuencia, la economía de América del Sur presenta un doble aspecto: un sector desarrollado y hasta relativamente superdesarrollado de vida moderna, industrializado con exceso, pero reducido, coexiste con sectores inmensos, absolutamente arcaicos, de vida agrícola todavía muy primitiva. *Esta escisión se agrava en la medida en que todo nuevo desarrollo afecta al sector ya desarrollado.*

Consideremos el caso del Brasil, cuyo desarrollo, por oposición al de la Argentina, empezó tarde, hacia 1930, y se acentuó poderosamente después de la guerra. En el curso de estos últimos quince años, su producción real se ha duplicado; incluso por habitante, el producto nacional bruto aumentó, entre 1948 y 1958, casi el 3 por 100 anual, en términos medios. Al mismo tiempo, Sao Paulo y Río de Janeiro fueron construidas a un ritmo más rápido que las más célebres ciudades-hongos de los Estados Unidos. Se fomenta primero la industria textil y ligera y más tarde la industria pesada, lo que atestigua un excelente crecimiento económico.

Esta realidad es indudable. Pero el crecimiento es, ante todo, industrial. Mientras tanto, la producción agrícola sólo aumentaba al ritmo del crecimiento de la población (es decir, aproximadamente, de 1,5 por 100 anual). ¡Las tierras cultivadas representan sólo el 2 por 100 del territorio nacional! Casi el 70 por 100 de la población vive—o, mejor dicho, vegeta—en este reducido sector agrícola (20 millones de hectáreas utilizadas), cuyos rendimientos son, para colmo de males, *extremadamente bajos*. El Nordeste, que representa un tercio de la población y *que no es agrícola*, permanece, así, expuesto al hambre, en el sentido más estricto de la palabra, y a todas las enfermedades resultantes de la carencia de alimentos.

Es difícil que esta situación evolucione con rapidez, puesto que todo va a parar al sector ya desarrollado del país: inversiones privadas, ayuda del Estado, créditos y hasta las entradas de divisas conseguidas gracias a las exportaciones del Norte (cacao, azúcar, algodón, oleaginosos).

Varios observadores han señalado, a propósito del Brasil y de Méjico, que la relación existente entre los dos sectores (el sector desarrollado y el sector que permanece al margen de este desarrollo) es equiparable a la relación que existía antaño entre la metrópoli y la colonia. De la misma manera, una gran parte del país, no tiene acceso ni a la producción, ni a la renta, ni a un consumo correspondiente al mínimo vital, y se encuentra, por así decirlo, sacrificada en aras de la otra.

Sin duda, al enfrentarse con el urgente problema de la industrialización, el gobierno brasileño ha optado por las medidas que le parecían más rentables, por aquellas que creía que podrían dar frutos en el lapso de tiempo más corto posible. Pero lo más probable es que estas medidas no sean las más duraderas.

Desde hace ya algunos años, el ritmo de la expansión industrial brasileña ha disminuido en intensidad, y la industria ha llegado a la superproducción al carecer de un mercado interior lo suficientemente amplio. El paro obrero, la inflación, un alza inadvertida del coste de la vida que disminuye todavía más las dimensiones del mercado nacional, son otros tantos signos de que, en el futuro, el desarrollo industrial no podrá realizarse sin una política que se ocupe decididamente del sector agrícola e intente mejorar su situación, a fin de conseguir un aumento del consumo, un acceso de la masa popular a un nivel de vida decente, sin el cual no es posible construir con solidez una industria moderna.

4. El problema social. Esta necesidad de revisión se plantea, casi en los mismos términos, en todos los países de América latina que están siguiendo el camino de la industrialización y es muy urgente por ir acompañada de un problema social muy agudo.

Cada vez aumentan más las distancias entre la sociedad que coopera en el desarrollo y se beneficia de él y la sociedad que permanece al margen. Distancias que suponen un factor realmente explosivo.

Otro factor explosivo es el ritmo de aumento de la población, que es el más elevado del mundo: aproximadamente 2,5 por 100 anual (mientras que el porcentaje de aumento es de 2 por 100 en África y de 1,3 a 2 por 100 en Asia). Una parte del proletariado campesino se va transformando en proletariado urbano, formado, sobre todo, por obreros en paro, cuya desgracia aumenta en la medida en que son espectadores del lujo de una sociedad industrializada, lujo, para ellos, inaccesible.

Desde hace algunos años concuerdan todos los testimonios de los sociólogos al hacer el balance del inmenso esfuerzo realizado por la América latina de hoy día: las plantas industriales tienen, forzosamente, que ser maravillosas, puesto que se han beneficiado de los últimos adelantos de la técnica moderna. Los arquitectos y los ingenieros de Sudamérica, ya sean autóctonos o extranjeros, no tienen nada que envidiar a sus colegas. Únicamente el aspecto humano de la experiencia es aterrador: la miseria y el caos se alzan en las fronteras inmediatas del lujo y del orden.

Consideremos, a título de ejemplo, los altos hornos de Huachipato, muy al Sur de Santiago de Chile... Los 6.000 asalariados que trabajan en ellos "son técnicamente notables y están bien nutridos". El contraste es grande en comparación con la situación de una parte de las familias obreras que, al borde de las fábricas, se amontonan a veces en grupos de diez personas en pequeños barracones, que nos hizo visitar la Compañía, después de hablarnos (a los que realizábamos la encuesta) con toda sinceridad de las dificultades con las que tenían que enfrentarse. A pesar de todo, la situación es bastante mejor que la de la cercana ciudad minera de Lota. Rara vez he visto un espectáculo más triste que el de estos mineros que pasan las horas, que hubieran podido ser de ocio y de diversión, en el umbral de su casa, tumbados sobre el polvo del carbón, mientras que los niños corren y juegan por todas partes, lo mismo en medio de la suciedad de las callejuelas y alrededor de los puestos del mercado de Lota Baja, donde una carne que huele mal está expuesta a las moscas y al polvo, que por los tugurios o por los muelles cercanos de Talcahuano... ¡Pobres niños, estos de Lota, de los cuales, según me dijeron allí mismo, sólo una cuarta parte logrará escapar a esta triste comunidad, mientras que las tres cuartas partes restantes vivirán en ella hasta su muerte!" (Georges Friedmann).

Un reportaje sobre el trabajo en las minas de carbón de San Gerónimo, en Río Grande do Sul (Brasil), o en las minas de estaño de Bolivia sería igualmente pesimista. En la periferia de las ciudades más suntuosas del continente, esta realidad obrera ofrece toda su miseria, incluso en los alrededores de Sao Paulo, o en el mismo corazón de Buenos Aires, en donde, sobre un total de 6 millones de habitantes, hay un 55 por 100 de obreros, de los cuales el 60 por 100 son de población exrural, arrancados a sus tierras de labor. Al igual que en la Europa de ayer, estos hombres del campo son malos obreros que van un día a la fábrica, pero no aparecen por allí a la mañana siguiente. Más de una empresa ha tenido que renovar cada año el 75 por 100 de su personal. Su ignorancia es un agravante de su miseria (por todas partes se comprueba que la no observación de unas reglas dietéticas fundamentales acentúa las funestas consecuencias de la subalimen-

tación). Hay pocos obreros especializados, en el sentido en el que nosotros lo entendemos y, los que existen, cobran salarios mucho más altos, hasta el punto de que constituyen en las ciudades una especie de clase burguesa, apartada del común del mundo obrero, y poco dispuesta a solidarizarse con él.

Por lo tanto, todo contribuye al abandono de ese mundo miserable a sus propios medios. La legislación obrera es, con frecuencia, oficialmente mucho más liberal de lo que se pudiera creer, pero entre el texto de la ley y la práctica hay un abismo. Existen sindicatos, pero lo único que tienen en común con los sindicatos de los países industrializados es el nombre; no constituyen agrupaciones nacionales. En resumen, existe una clase obrera miserable, mal organizada, casi siempre analfabeta, y con frecuencia en contacto con una vida política emocional y romántica (a este respecto, baste citar el ejemplo del peronismo) que no dispone de ningún apoyo sólido ni material, ni intelectual. Todo ello hace prever un futuro difícil y unas soluciones muy lejanas todavía.

5. La fragilidad de las clases dirigentes y de la "élite": Una "élite" intelectual formada por escritores, por extraordinarios profesores, por unos cuantos políticos, por algunos médicos cultivados, por abogados, ha tomado valientemente conciencia de estos nuevos problemas.

Desgraciadamente, la fragilidad de las clases dirigentes, política y económicamente responsables, es otra de las graves y permanentes debilidades de América del Sur. La crisis del crecimiento industrial ha terminado despiadadamente con una vieja sociedad cultivada, refinada, aunque bien es verdad que incapaz de acoplarse a este mundo nuevo. El problema estriba en que todavía hoy nada ni nadie ha venido a reemplazarla.

En un pasado reciente, es decir, antes de 1939, en una América todavía semicolonial, sólo unos cuantos actores llenaban el reducido escenario de la vida política y de la cultura, al mismo tiempo que se ocupaban de una serie de negocios tranquilos. Actores «llenos de encanto y de seducción», cultivados, propietarios de cientos y miles de hectáreas, poseyendo riquísimas bibliotecas, hasta el punto de que algunos de ellos recordaban a los príncipes fastuosos del Renacimiento, que podían impresionar al periodista, al viajero o al intelectual europeo. No obstante, en vísperas de la última guerra, ya se tenía la impresión de que estaban socialmente condenados; también se tenía la impresión de que estos hombres, que, con frecuencia, tenían enormes responsabilidades—el uno, casi todos los capitales ingleses del Brasil; el otro, la representación de la *Dearborn Chemical Society*, o bien la responsabilidad de la hacienda nacional, a no ser que fuera gobernador de un Estado y candidato a la Presidencia de la República, o general de rai-gambre popular—, gobernaban todos ellos desde lo alto de su biblioteca, desde lo alto de su pensamiento como en un universo irreal. Creían en las virtudes de la cultura, de la civilización y de la razón. Eran hombres un poco a la moda liberal y aristocrática de nuestro siglo XIX, en una atmósfera de despotismo o, mejor dicho, de paternalismo ilustrado. A su lado, al margen de estos círculos celosamente cerrados, hombres nuevos, inmigrantes enriquecidos, industriales cuyos hijos tan sólo alcanzarían un cierto grado de cultura, empezaban ya una ascensión económica fulminante.

Hoy día, la evolución social se ha realizado y la rueda ha girado. A grandes rasgos se puede decir que se ha pasado del estadio de los *landlords* al de los industriales y banqueros, de las grandes propiedades familiares a las suntuosas casas de recreo, en Brasil, en las playas de Río o detrás de Petrópolis; en Méjico, en Veracruz o en Acapulco, en los barrios residenciales de Méjico, o, por debajo de la capital, en Cuernavaca. Al mismo tiempo, las ciudades han ido tomando el aspecto de grandes ciudades, con hoteles suntuosos, restaurantes colocados, como en América del Norte, en el piso treinta de un gran edificio; imponentes rascacielos, sin hablar de la última maravilla que eclipsa a todas las demás: es decir, de Brasilia, la capital artificial, en el corazón continental de Brasil... Este nuevo universo está tomando, con creces, la revancha sobre el antiguo.

Pero América del Sur sigue careciendo de partidos políticos consistentes y también de «élites», de burguesías estables, la burguesía de *medio pelo*, como se dice en Chile cuando se quiere designar ese término medio social (en el lenguaje del campo se designa con esta expresión al ganado cruzado de segunda categoría). La existencia de algunos intelectuales no es suficiente. Para que se pueda instalar esta clase indispensable para el equilibrio social de un mundo que, hasta ahora, continúa siendo fundamentalmente capitalista, hace falta tiempo, situaciones de estabilidad, y una economía que no esté tan radicalmente dividida entre gentes muy pobres y gentes muy ricas.

La fragilidad de la clase media, sobre la que podrían apoyarse los partidos políticos serios, explica la inestabilidad tradicional de los gobiernos de Sudamérica. Más que luchas entre partidos, se trata de luchas entre hombres. El ejército desempeña un papel muy importante, de acuerdo con la tradición siempre vigente de los *libertadores*, de los generales románticos que lograron el éxito de la Independencia, a principios del siglo pasado.

Sin embargo, la rápida toma de conciencia de las masas atrasadas, determinada por el fenómeno de la urbanización, puede forzar a América a lanzarse por el camino lleno de dificultades de una revisión severa de todas sus estructuras actuales, sin la cual, como decía recientemente un autor mejicano, se quedaría en el umbral—sin conseguir penetrar—de un verdadero capitalismo moderno, creador de riquezas y de bienestar, y se vería entonces forzada, sin siempre desearlo, a lanzarse por el camino de inevitables violencias (que, por otra parte, no es seguro que le abrieran las puertas de un verdadero socialismo).

Un brasileño, Josué de Castro, escribe con razón (1962): "Es indudable que Brasil (pero lo mismo podría decir América latina) tiene que realizar con éxito un inmenso salto adelante en su historia social. Pero tenemos que evitar que el salto vaya a dar al abismo, orientándolo de manera que nuestras fuerzas nos permitan alcanzar el otro lado del precipicio."

6. Indudablemente, el sentimiento de inseguridad, de inestabilidad, de incertidumbre que tienen los sudamericanos está justificado. Lo que quizá lo esté menos en su pesimismo. Esta inestabilidad es, sobre todo, la de una civilización que se está buscando, que se está definiendo, coaccionada por penosas, aunque poderosas realidades.

Durante mucho tiempo, la única civilización conocida por América del Sur le era extraña: se limitaba a ser la reproducción exacta, por un grupo muy restringido de hombres privilegiados, de la civilización de Europa con todos sus refinamientos. En este campo, también resulta significativo el caso de la literatura. Hay muchos libros de escritores sudamericanos del siglo XIX en los que *nada* hace sospechar que no han sido escritos en el continente europeo. Para muchos hombres de esta época, la cultura era un islote en el que se encerraban, de vez en cuando, totalmente cortado de la vida que les rodeaba, la cual no tenía participación alguna en las actividades superiores del espíritu.

Esta *intelligentsia* ha seguido atentamente la evolución del pensamiento europeo, que le ha satisfecho y apasionado plenamente. Gracias a ella se puede reconocer en América del Sur un humanismo revolucionario muy vivo y unas repercusiones del potisivismo de Auguste Comte, a primera vista un poco chocante (como es sabido, la fórmula «Ordem e Progresso» inscrita en la bandera brasileña es un homenaje al comtismo).

Pero esta época ya es cosa pasada. Al alcanzar a las masas de una población que se está urbanizando, la civilización sudamericana se abre obligatoriamente, en la actualidad, a una poderosa vida autóctona, que no puede aceptar la herencia europea sin someterla a muy importantes revisiones y transformaciones. América latina está fabricando una civilización original, su civilización.

El advenimiento, en todo el mundo, de una cultura de masas difundida e impuesta por la prensa, la radio, la televisión y el cine, habría hecho inevitable esta evolución más tarde o más temprano. Pero América latina—y esto es lo importante—se ha adelantado, gracias a sus intelectuales, a lo inevitable, y le ha dado ya una configuración. El eclipse del prestigio de Europa, después de la Primera Guerra Mundial, y sobre todo después de la segunda, junto con una cierta desconfianza respecto de la hegemonía de los Estados Unidos, ha coincidido con el descubrimiento, por los sudamericanos, de sus propias riquezas y de sus verdaderas tareas. El resto ha sido conseguido por la mala conciencia social de la que hablábamos al principio de este capítulo: el pueblo, el *caboclo*, el *peón*, el indio, el negro han ocupado su sitio, al mismo tiempo, en la mesa común. Han dejado de ser los salvajes por los que nadie puede interesarse si no es para llevarles el viático de la civilización. Ahora, lo que interesa es su propia vida, su pensamiento, sus proverbios, su religión; se están convirtiendo en objeto de estudio y de simpatía para el sociólogo, al mismo tiempo que en parte integrante de la cultura nacional en vías de construcción.

Esto implica, por una parte, la publicación, inconcebible hace cincuenta años, y, por otra, el éxito (se han vendido 120.000 ejemplares en Brasil, tirada hasta ahora nunca alcanzada, salvo por algunas novelas de Jorge Amado) del diario del que hablábamos en el capítulo XX. Como dice un crítico brasileño, comentando este éxito, el libro de Carolina María de Jesús lo es todo, salvo una obra de arte. “Es un documento escrito por una mujer de pueblo, un mensaje de fraternidad, de comprensión y de justicia social.” Sus consecuencias no sólo han consistido en el dinero que gracias al libro ha conseguido su autora: una parte de los

barrios descritos en el libro (que eran el escenario del film "Orfeo Negro") acaban de ser derribados para una nueva reconstrucción.

Con este mismo espíritu, la humanidad se interesa por el folklore popular de América del Sur, un folklore que es por todas partes pintoresco, con tal de que se le quiera escuchar. Quizá esté ya un poco adulterado, como la graciosa y ruidosa música de los *mariachis* mejicanos, grupos folklóricos que actúan en los *cabarets* de Méjico, estropeados en gran parte por la atención que el público de turistas les ha prestado. Parece ser que su nombre viene de las fiestas matrimoniales (de "*mariage*") durante la ocupación francesa. Aunque la etimología sea poco segura atestigüa de paso, contra todas las apariencias, que la memoria popular no guarda un recuerdo demasiado malo de esta ocupación francesa...

Claro está que hay que alejarse de las rutas turísticas para tener acceso al verdadero folklore, para escuchar las viejas canciones brasileñas sentimentales o lúgubres, en las que siempre hay una evocación de la tristeza de la luna, y todavía más, para escuchar, con el acompañamiento de instrumentos de cuerda primitivos, las improvisaciones cantadas o bailadas. Así, por ejemplo, en un mercado perdido en el interior de Bahía, en donde al lado de la feria del ganado, los puestos miserables ofrecen, a elección del consumidor, una porción de arroz cocido, un pequeño cerdo vivo, unas cuantas aves de corral típicas y, a cambio de algunos *tostoes*, todas las frutas tropicales, un mendigo ciego improvisa, sucesivamente, la súplica, el agradecimiento y hasta la canción... El extranjero, considerado más generoso, tiene derecho a una larga improvisación en la que los cumplidos más realistas se mezclan con las bendiciones tradicionales...

De hecho, todos los acontecimientos de la vida cotidiana sirven de tema a estos cantantes populares. Ubatuba, pequeño puerto abandonado en la costa "paulista" del Atlántico, tenía por toda relación con el resto del mundo, en 1947, un viejo automóvil que, dos veces por semana, bajaba desde la Serra do Mar, por un camino de mulas... Pero se había decidido construir, por lo menos, un tendido eléctrico, cuyos postes, uno por uno, irían avanzando hacia la ciudad a través del bosque. Esta "chegada da luz" fue el motivo de la canción improvisada una noche por un hombre que tocaba el "violao" (instrumento de música primitivo), en una interminable charla cantada, después de todo, a la gloria de la civilización.

Cada país tiene su folklore particular, su música y sus cuentos, su tradición india, española o negra... Este folklore está profundamente relacionado con la vida religiosa, con un importante arraigo del catolicismo (a pesar de las infiltraciones más espectaculares que efectivas de las misiones protestantes) que, sin embargo, es primitivo, milagrero, medieval, en el que se pone en relación a la leyenda de Cristo con los mitos indios, en el que los ritos mágicos de la vieja África se mezclan con el ritual romano o lo incorporan (*candomblés*). El pequeño número de sacerdotes viene a facilitar esta libertad de interpretación, que no sólo es nociva para el fervor religioso. Se hace necesario que América latina ponga orden en su vida religiosa. El historiador Emile G. Léonard, protestante, considera que la situación espiritual de América del Sur tiene muchos puntos de contacto con la de la Reforma o de la Prerreforma en Europa, lo que equivale a decir que las necesidades espirituales son, por una parte, mayores, y, por otra, están peor satisfechas. Pero abundan los síntomas que anuncian un próximo cambio.

La literatura moderna, al igual que la vida y la cultura de América del Sur, se encuentran actualmente arrastradas hacia una vuelta a los orígenes nacionales.

Desde este punto de vista, el ejemplo más bello es el de Méjico. Por un amplio movimiento se está deslizado hacia su *indianismo*, hacia sus fuentes vivas. Se está reconstruyendo en ellas. Para ello ha tenido que pasar por experiencias muy duras, por revoluciones, por catástrofes. Pero, como resultado, ha conseguido una literatura de alcance popular, y mejor aún, un arte revolucionario ya profetizado por José Orozco en las bóvedas de la cate-

dral de Guadalajara, y que ha engendrado una gran escuela de pintura. Y también un cine autóctono, cuya confirmación reciente la ha señalado *Maria Candelaria*.

AMERICA LATINA DE 1962 A 1965

La revolución cubana continúa siendo la hoguera encendida y la línea divisoria de los destinos de América latina. De hecho, una serie de revoluciones latentes, esbozadas, posibles, con frecuencia mal organizadas, están trabajando sin cesar la masa del inmenso continente, como eco de aquella revolución.

Pero la revolución tropieza con barreras—exteriores e interiores—. *Extranjeras* son las que oponen los «americanos», tanto en el Caribe, alrededor de Cuba, como en Panamá, en donde los incidentes tumultuosos del 9 al 11 de enero de 1964 tuvieron como consecuencia una ruptura de relaciones diplomáticas entre la pequeña República y los Estados Unidos. Estas relaciones fueron renovadas en abril, pero el Estatuto del Canal prácticamente no ha sido modificado. Los proyectos de duplicación del Canal, cavando una o dos rutas nuevas (con explosiones nucleares) no resuelven el problema político y la tensión que provoca.

En Brasil, la barrera contrarrevolucionaria se ha constituido en el *interior* después del golpe de Estado del 31 de marzo de 1964 (los adversarios del nuevo régimen lo llaman, irónicamente, revolución del 1 de abril). El gobierno del Presidente Goulart fue derrocado en el momento en que estaba a punto de iniciar una serie de reformas, que, en todo caso, hubieran podido ser serias y constructivas. El ejército tomó el poder e hizo presidente al general y más tarde mariscal Castelo Branco. El ejército, «poder moderador», mantiene a raya a los grupos de extrema derecha de Río y de Sao Paulo. Pero, lógicamente, ha sido presionado por las fuerzas reaccionarias y ha organizado una «caza de brujas» entre las filas de la pequeña capa de intelectuales y de miembros del partido comunista clandestino. Brasil ha renunciado también a su posición neutralista, que ha tenido como inmediata consecuencia la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba. La mayor incertidumbre proviene, sin embargo, de una situación económica desastrosa, de una inflación monetaria galopante que motiva una subida vertical de los precios a medida que el *cruzeiro* se va devaluando.

Crisis política, crisis económica y social: América latina es víctima de su enorme crecimiento biológico, del carácter arcaico de sus estructuras, de la insuficiencia de sus cuadros, de la toma de conciencia de su inferioridad material. ¿Puede la vieja Europa socorrerla de algún modo? La pregunta da un sentido al viaje espectacular del general De Gaulle (21 de septiembre-16 de octubre de 1964) a través de diez países: Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil. Pero Francia no puede, por sus únicos medios, aportar una ayuda decisiva a un continente enorme. Tendría que unirse toda Europa, desde España a Italia, a Alemania y

a Inglaterra, para llevar a buen término esta tarea, la más importante de todas, a los ojos de un occidental consciente de sus responsabilidades. Este hecho dio brillantez y esplendor al importante Congreso reunido en Génova, en enero de 1965, por el *Columbianum*: literatura, cine, historia, ciencias sociales, discursos de hombres de buena voluntad. Todo habla de la gravedad de una situación difícil y dramática. América latina no es un país subdesarrollado como tantos otros, ya que tiene plena conciencia de su retraso y de su condena injusta por el mundo actual que la deja atrás y no le permite ni le da oportunidad alguna para alcanzarle.

NOTAS Y DOCUMENTOS

América latina evoluciona demasiado de prisa y demasiado profundamente, y este hecho hace imposible que un solo libro pueda dar de ella una imagen que sea válida durante mucho tiempo. El inteligente bosquejo de André Siegfried, *L'Amérique Latine*, Colin, 1934, y la muy desigual *Encyclopédie de l'Amérique Latine*, P. U. F., 1954, no corresponde ya a la realidad actual. Y si el número especial de *Annales, A travers les Amériques Latines*, Colin, 1949, todavía es válido, se debe a que se limitó, fundamentalmente, a resumir los trabajos sobre el pasado.

Información de última hora, en lengua francesa, puede encontrarse en las Colecciones de actualidad («*Que sais-je?*», de las P. U. F., «*Petit Planète*», de las Ediciones du Seuil) y también en los reportajes de los grandes periódicos.

Evidentemente, las obras americanas, en portugués o en español, son las más importantes y casi siempre las únicas válidas. Así, por ejemplo, nuestra exposición se ha basado fundamentalmente en un número reciente de los *Cuadernos Americanos*, 1962, publicados en Méjico y, a nuestro entender, la mejor revista de información que se publica en América latina.

La literatura «sudamericana» está representada muy imperfectamente en Francia a través de traducciones. De ahí el valor excepcional de los treinta volúmenes de la colección *Croix du Sud* (Gallimard), dirigida por Roger Caillois. Entre otras traducciones se encuentra la del gran libro del brasileño Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala*, bajo el título *Maîtres et esclaves...* A pesar de su merecida fama no es el mejor libro del sociólogo de Recife, puesto que, en nuestra opinión, *Sobrados e Mucambos* («Casas de pisos de los ricos y tugurios de los pobres») le supera. Desde hace cerca de treinta años se ha realizado un inmenso esfuerzo sociológico de explicación. En este campo deben situarse los trabajos pioneros de sociología industrial de Georges Friedmann, *Problèmes d'Amérique Latine*, 1959, y *Signat d'une troisième voie*, Gallimard, 1961; de Alain Touraine, «*Ouvriers et Syndicats d'Amérique Latine*», número especial de la Revista *Sociologie du Travail*, IV, 1961, en el que han participado muchos colaboradores.

En Minas Velhas, en el Estado de Bahía: un viaje actual hacia el siglo XVIII.

América latina es, por excelencia, el país de violentos contrastes: con frecuencia, el pasado más arcaico se mantiene en la vecindad de un presente progresista. El libro de Marvin Harris, *Town and Country in Brazil*, Columbia University Press, 1956, describe la estancia en una ciudad—las Viejas Minas (Minas Velhas)—del interior de Bahía. Los párrafos siguientes han sido extractados de la recensión de F. Braudel, en donde se resume este excelente libro. (En el país de Bahía: el testimonio de Minas Velhas. *Annales*, E. S. C., 1959, núm. 2.)

«Minas Velhas—las Antiguas Minas—es una ciudad construida por la exigente aventura minera del siglo XVIII, en el interior de un país poco acogedor, montañoso y medio desierto: ha sido una de las más importantes ciudades del oro en el inmenso interior brasileño; algunas de estas ciudades fueron precozmente fundadas, desde finales del siglo XVII; otras, las más numerosas, surgieron en los primeros decenios del siglo XVIII. En Minas Velhas, la explotación empezó en 1722, y quizá antes. En todo caso, el estatuto urbano de la ciudad es, por lo menos, de 1725 y, desde 1726, contaba con una Alcaldía, en la que se fundía el oro y se descontaba una quinta parte que era enviada al rey de Portugal. En 1746-1747, esta quinta parte fue de 13 libras de oro, lo que da una producción de 65 libras, a la que hay que añadir el fraude y el oro en circulación. Mientras abundó el oro de los filones y de las arenas auríferas esta activa ciudad no tuvo que enfrentarse con problemas importantes: los víveres aflúan a ella desde todas partes, incluso desde tierras lejanas, pero desde el final del siglo XVIII decayó la prosperidad debida al oro, tanto en Minas Velhas como en todo el resto del Brasil.

No obstante, la ciudad sobrevivió como pudo a este desastre, a pesar de su anormal situación, precaria por naturaleza. Se mantuvo mal que bien y supo adquirir y retener la mediocre categoría de centro administrativo de último orden; en esta situación llegó a nuestros días, después de muchos sinsabores, ya que su primacía administrativa—su segunda riqueza—fue inmediatamente discutida y su «distrito» tuvo que soportar varios reajustes y desmantelamientos... En 1921 sufre un último golpe, casi mortal: una vecina bastante próspera, Vila Nova, se separa de ella, con un distrito propio y, claro está, una vez más en detrimento de la vieja ciudad y de su circunscripción. Para colmo de males, Minas Velhas no se ha beneficiado del trazado de las carreteras y de las líneas de ferrocarril. Minas Velhas no ha tenido suerte: la geografía actúa en contra suya. El ferrocarril se para muy lejos de la ciudad, en Brômado, y sólo desde tiempos recientes está relacionada con el exterior, aunque de manera muy imperfecta e insuficiente, por un camión diario que transporta a un racimo de viajeros y unas cuantas y heterogéneas mercancías.

En este estado de cosas, es raro que alguien quiera llegar hasta esta ciudad perdida. En Vila Nova, ciudad en plena expansión, y en donde hay carreteras, electricidad, teléfono y Coca Cola, todo a la vez, el viajero duda

si debe o no continuar su viaje. Y, en efecto, en Vila Nova, no le dan muchos ánimos para que continúe hasta Minas Velhas, a lomo de mula, a través del «puerto» de Río das Pedras (que, entre otras cosas, está cortado por una gran catarata), y a través del alto valle y de las mesetas... en las que soplan fuertes vientos y en las que por toda vegetación hay unos cuantos árboles enanos y unas cuantas hierbas. «Quédese con nosotros, le aconsejan al autor. Nosotros tenemos electricidad y nueces de coco, frutas frescas en abundancia y carne de cerdo... Minas Velhas es el lugar más muerto del mundo. Desde hace doscientos años no ha progresado en absoluto. Si usted quiere cerveza fresca, más le valdría permanecer en nuestra ciudad. En Minas Velhas sólo hay un bar, y es un negocio tan miserable que los dueños no tienen dinero para comprarse una nevera. Los habitantes de esta ciudad están increíblemente retrasados. Todo el comercio es abominable. Es un lugar muy triste, frío y sin ninguna actividad.»

Cuando el viajero llega a Minas su sorpresa es tanto mayor cuanto que sabe que ha salido de la «civilización»: en efecto, se encuentra con una ciudad típicamente ciudad, impresión que no producen en absoluto las ciudades brasileñas que se están edificando en la actualidad, una ciudad que, milagrosamente, tiene calles pavimentadas, casas ordenadas a lo largo de las aceras, recién pintadas de blanco y azul, una ciudad muy limpia, con habitantes decentemente vestidos y niños saliendo de las escuelas con blusas blancas y pantalones azules... Hay también un puente de piedra, unas puertas móviles, unas empalizadas, unas pseudomurallas, una plaza mayor con una gran iglesia de piedra recién pintada en oro, blanco y azul celeste, un jardín con sus arriates de lacerías, orgullo de la ciudad y lugar de cita de los paseantes del atardecer... El viajero se pregunta si, por fin, ha llegado a la ciudad maravillosa... Después, lo mejor que puede hacer es interesarse por los espectáculos, por las realidades de la ciudad, preguntando al azar a la gente que encuentra. Poco a poco el viajero va descubriendo y tomando conciencia de los problemas. Primero, de que Minas Velhas no se limita a vivir de los pueblos pobres y toscos de sus alrededores: Serra do Ouro, Baixa do Gamba, Gravatão, Gilão, Bananal, Brumadinho, pueblos de campesinos blancos, como el primero de los citados, o de campesinos negros, como el segundo, pero todos ellos míseros, porque el suelo, demasiado fragmentado, es de una fertilidad muy mediocre. En total, estos pueblos tienen 1.250 campesinos. Frente a ellos, Minas Velhas, en realidad ciudad minúscula, reúne, sin embargo, una población de 1.500 ciudadanos. Claro está que es imposible que un agricultor, por sí solo, alimente y cubra las necesidades de un ciudadano. Sería pedirle demasiado, sobre todo porque el excedente de la cosecha—legumbres, fruta, azúcar, arroz, alubias, ñame, boniatos y café—no está únicamente destinado al mercado de la ciudad: los vendedores llegan hasta los mercados de Vila Nova, de Gruta o de Formiga... Por lo tanto, hay competencia, pero la vieja ciudad, mejor situada, acapara, a pesar de todo, el mejor pedazo. Defiende también sus derechos, gracias a las propiedades de sus «burgueses»: las más grandes son las *fazendas*, que, aunque de reducida extensión, ocupan, con frecuencia, a lo largo del Río das Pedras, los

mejores suelos. Estas propiedades, aunque pequeñas y mediocres, suponen un lazo de unión entre la ciudad y el campo.

En todo caso, por comparación con estos campesinos, el habitante de Minas Velhas se siente hombre de ciudad hasta la médula, con un sentimiento bastante más fuerte que el que une al habitante de Londres y de Nueva York, con su gran ciudad. Ser hombre de ciudad es ser superior, poder repetírselo a uno mismo y poder pensarlo frente a los más desgraciados o a los menos felices. ¡Hay una gran diferencia entre el campo y la ciudad! El campo es la soledad. La ciudad es el bullicio, el movimiento, las conversaciones, una gran variedad de placeres y de distracciones. Una forma de existencia totalmente diferente. No se debe envidiar al habitante de Minas Velhas que vive en una casa aislada y apartada: en efecto, una *verdadera* casa tiene que estar pegada a las casas vecinas, de manera que todas juntas se alineen a lo largo de la calle. Los mismos campesinos son conscientes de la superioridad de la ciudad. Figúrense: en la ciudad todos compran la comida a cambio de dinero. Para los campesinos, la ciudad supone nada menos que el *comercio*. Como dice José de Baixa do Gamba, «la vida del comercio sólo es para aquellos que tienen los bolsillos llenos de dinero». Su mujer considera que «el *comercio* está bien, pero sólo durante poco tiempo. Me gusta el *movimiento*, dice, pero al cabo de unos cuantos minutos me cansa y lo único que espero es que llegue la hora de marcharnos». Pobre campesino, o como se dice en Minas, pobre *tabareu*, pobre *gente da roca*... «Tienen miedo hasta de su sombra», dice Pericles, hombre de ciudad, aunque no sea más que un pobre tejero de Minas. Ha acompañado repetidas veces a Marvin Harris en sus funciones fuera de la ciudad. Cuando le acompañaba a Vila Nova, Pericles iba descalzo, con su traje andrajoso de cada día. Pero cuando iban a Baixa do Gamba se vestía cuidadosamente e incluso pedía prestados un par de calcetines. «En Vila Nova, decía para explicar su comportamiento, nadie se preocupa de cómo van vestidos los demás, pero es evidente que no puedo ir a Baixa do Gamba vestido como si fuera uno de esos *tabareus*.»

Estas pequeñas anécdotas que abundan en el libro, dan a conocer, mejor que los largos discursos, el orgullo de la ciudad, su necesidad de dignidad, su afición al ruido y a las fiestas, que son un superlativo del ruido, su afición también a la cultura, incluso a la gramática latina, que ya en 1820 admiraba a dos viajeros alemanes, los naturalistas von Spix y von Martius. A ellos también les chocó la dignidad de la pequeña ciudad (que entonces no tenía más que 900 habitantes) y... lo competente que era el profesor de latín.

Pero no se vive sólo de bullicio o de satisfacción para consigo mismo. Puesto que los pueblos satélites sólo alimentan a la ciudad a medias—y, por cierto, no gratuitamente—ésta se ve forzada a ganarse la vida para pagar lo que consume: lo que compra a los labradores, pero también la harina y el queroseno, un combustible indispensable que manda traer de Vila Nova... Este problema tiene dos soluciones: por una parte, la emigración con lo que puede significar de aportación de dinero; por otra parte, la industria artesana.

Dejando a un lado a sus emigrantes, el único medio de vida que tiene Minas Velhas es el trabajo de sus artesanos: curtidores, herreros, jaejeros, fabricantes de sillas de montar, de maletas, de encajes y de flores artificiales, tejeros, hojalateros, costureras, sastres, carpinteros. Es decir, todos los oficios de una pequeña ciudad medieval que trabaja para su propio mercado y, cuando le es posible, para mercados lejanos. El mercado cercano lo componen todos los campesinos de los que hablábamos hace un momento, compradores de sillas de montar, de arneses, de cuchillos y de látigos... Por tanto, de un total de 95 artesanos, hay unos 39 metalúrgicos (si se les puede llamar así) y 28 curtidores. La fragua es muy parecida a las que hemos visto siendo niños en los pueblos de Francia, con un fuelle muy rudimentario. En la herrería, dos o tres obreros ayudan al patrón y, por lo general, son su hijo, un pariente joven o su mujer. El comprador adquiere, pues, productos fabricados casi en su presencia. Es como si nos trasplántamos por un momento al siglo XVIII, al XVII o, quizá antes, en cualquier lugar de Occidente...

Junto con el mercado cercano, los artesanos producen para el mercado lejano (el interior del Brasil), constituido, sobre todo, por la zona de circulación de mulas, todavía al margen del ferrocarril, puesto que la red de ferrocarriles es muy poco densa, y de circulación de camiones, aunque la red de éstos lo sea mucho más. Este mercado va hacia el Oeste, hasta Chique Chique, hasta la peregrinación del Bom Jesus de Lapa, sobre el Sao Francisco, peregrinación que es, al mismo tiempo, una feria. Allí se dirigen, en julio, no sólo los peregrinos, sino también los mercaderes ambulantes de Minas Velhas, con sus mulas cargadas de las mercancías más diversas. Venden, revenden, truecan, venden de nuevo. El patrón que les ha confiado cuchillos o zapatos, ha fijado un precio con ellos, pero la operación de venta se desarrolla siguiendo su propio curso: a su vuelta, el revendedor le devuelve, junto con las cuentas, la mercancía no vendida. Hemos retrocedido, pues, muy lejos en el tiempo, quizá, exagerando un poco, hasta los primeros pasos de la *commenda* y del capitalismo mercantil. El que dirige el juego no es el que produce, sino el que transporta la mercancía y la vende. Naturalmente, la zona afectada por este tráfico primitivo está amenazada, progresivamente reducida por la instalación de nuevos medios de transporte y la consiguiente llegada de nuevas mercancías. A Vila Nova llegan ya los zapatos fabricados en el estado vecino de Pernambuco. Hace veinticinco años, las rutas del interior, cuyo punto de partida era Minas Velhas, llegaban a Goyaz y hasta Sao Paulo: esto hoy ya no es así. Sin embargo, esta reducida zona de exportación hace posible que Minas Velhas mantenga todavía todos sus intercambios, sus trueques y sus compras tradicionales. Así, por ejemplo, la ciudad obtiene todo el metal que necesita gracias a un comercio de chapuzas: chatarra, raíles viejos, cinc de los motores de automóviles desechados, cobre de las calderas viejas... Sus comerciantes le proporcionan, incluso, el metal necesario para sus niquelados primitivos y muy estropeados. Claro está que más valdría importar níquel en láminas, de Bahía. Pero sería imposible pagarlo. En cambio, los

comerciantes recogen viejas monedas de níquel de 400 reis que ya no se fabrican en la actualidad, pero que, aunque hayan sido privadas de su valor legal, circulan en los circuitos primitivos y continúan afluyendo entre las limosnas del Bom Jesus de Lapa. Basta con llevar a cabo con éxito una operación de trueque y, en julio, estas monedas emprenden el camino de Minas.

AMERICA POR EXCELENCIA: ESTADOS UNIDOS

Desde siempre, y con obstinación, esta América ha querido ser una civilización fuera de serie. Durante mucho tiempo se trató de una civilización, de un viajero sin maletas, en la medida en que estaba segura de que se abría ante ella un mundo cada vez mejor y que no dependía más que de su propio voluntad de captarlo. Thomas Jefferson, uno de los fundadores de la Constitución de 1787, señalaba: «America is new in its forms and principles», América es nueva en sus formas y en sus principios. Desde entonces, siempre se ha creído nueva y piensa, lo mismo que Jefferson, que «la tierra pertenece a los vivos». En todo caso, ha atravesado con confianza sus crisis económicas, sociales y políticas: parecía como si sus reservas y su «stock» de optimismo fueran inagotables.

Así iban las cosas hasta tiempos relativamente recientes, hasta la violencia inesperada de la crisis de 1929, que empezó en Wall Street, y de la que América se resintió especialmente por haber sido afectada en el mismo corazón de una economía feliz, en plena expansión, y, por así decirlo, sin desconfianzas. América se encontró entonces frente a su primera catástrofe material. Para curarse, no le ha bastado el alcanzar una prosperidad hasta entonces no igualada. Por primera vez consideró con detenimiento su pasado, y más para encontrar en él un alivio que para autocomprenderse (espontáneamente el americano medio no cree en el valor explicativo de la historia). «Se manifiestan conjuntamente un incremento de la afición a la nostalgia retrospectiva y un lento declinar de una fe tradicional. En una época en que la competencia y la empresa estaban en pleno auge, los americanos pensaban en el futuro; en la época en que eran florecientes pensaban en el presente, y ahora, en la era de la concentración, de lo colosal, de los monopolios, que ha reducido el campo de la competencia y de las oportunidades a aprovechar, se vuelven con nostalgia hacia el pasado, hacia la edad de oro.» Estas palabras son de un observador muy agudo, Richard Hofstadter (1955).

América, que es tan joven, acaba de envejecer un poco. Llega a la historia y se va acercando a su hora de la verdad. Es consciente de que hasta ahora, mientras se ha negado a interesarse por el pasado y ha practicado un feroz individualismo o un aislacionismo, mientras ha rechazado todo lazo que pudiera alienar la libertad del individuo o de la nación, existía «una unidad de tradición cultural y política en la que reposaba la civilización americana».

Esta tradición implícita está precisamente condenada por las condiciones de la vida moderna de los Estados Unidos. El pasado empieza a pesar sobre sus hombros.

CAPITULO XXI

UN PASADO RECONFORTANTE: EL BALANCE DE LAS OPORTUNIDADES

Durante mucho tiempo, América ha creído que vivía un nuevo destino, sin la sombra de los días precedentes, como si el pasado se borrara inmediatamente por sí mismo. Era casi preceptivo huir de todo aquello que ate o atraiga, y jugárselo todo a lo inesperado. El concepto de "opportunity", la oportunidad, es la palabra clave: Todo hombre digno de serlo tiene que aferrarse a la oportunidad y llegar hasta sus últimas consecuencias. El hombre sólo puede afirmarse en estos términos de "competición".

Los Estados Unidos, como colectividad, se comportaron de igual manera: su pasado está constituido por un continuo ofrecimiento de oportunidades a las que los hombres se aferraban inmediatamente, de "golpes de suerte" casi siempre logrados. En primer lugar, vamos, pues, a hacer el balance de estas oportunidades, tanto de las antiguas como de las recientes.

I. COLONIZACION E INDEPENDENCIA

1. La primera oportunidad con la que contaron los Estados Unidos fue la conquista, a pesar de todo tardía, y la sólida ocupación de una parte del litoral americano. El encontrar alojamiento es una manera de empezar a ser.

La «carrera» de América se abrió con el viaje revolucionario de Cristóbal Colón (1492). El país vencedor era España (Castilla). Ocho años más tarde, los portugueses, en 1500, se apoderaron de la Tierra de Santa Cruz, que por su abundancia en madera de tinte rojo (*el pau brasil*) va a llamarse Brasil. Más tarde, los franceses, cuyos barcos, mercantes o piratas, o ambas cosas a la vez, frecuentan todas las costas atlánticas del Nuevo Mundo, desde Terra Nova (conocida desde principios del siglo) hasta las Antillas, Florida y las costas del Brasil (que dependían, más teórica que prácticamente, de los portugueses), llegan a Canadá (1534-1535) y acaban instalándose en este país (1603). En estas condiciones, los ingleses fueron los últimos en llegar: Walter Raleigh desembarcó en el litoral de lo que en seguida había de ser llamado Virginia, en los últimos

años del siglo XVI, pero el establecimiento que fundó tuvo una vida efímera; los peregrinos del *May Flower* llegaron en 1620 al Cabo Cod, en la costa del que más tarde será estado de Massachussetts.

A primera vista se trata de unas tierras geográficamente poco acogedoras: una costa desagradable, llena de estuarios, de golfos, de mares interiores, como por ejemplo, la gran bahía de Chesapeake, y, para más desgracias, una costa pantanosa, llena de bosques, limitada, al Oeste, por la cordillera de los Alleghanies. En suma, una región extensa, con malas comunicaciones interiores, ya que éstas se realizaban exclusivamente gracias a las muy lentas navegaciones costeras. Además, los ingleses se vieron forzados a expulsar de ellas a tardíos contrincantes, como los holandeses y los suecos, y también tuvieron que resistir a los insidiosos ataques de los indios. Mientras tanto, los franceses, tomando como punto de partida San Lorenzo, se habían apoderado, o por lo menos habían realizado una expedición de reconocimiento y más tarde de ocupación, por todas las tierras de los Grandes Lagos, y por el enorme valle del Mississipi, hasta su desembocadura, donde será fundada la ciudad de Nueva-Orleáns. Iniciaron así, con éxito, un gran movimiento envolvente.

La cabeza de puente inglesa se encuentra, pues, encerrada entre Florida, ocupada por los españoles, y el amplio, demasiado amplio, Imperio francés, con sus aventureros de siempre a la busca de pieles, y sus dinámicos misioneros jesuitas. Cuando en el siglo XVIII se inicia realmente la expansión inglesa hacia el Oeste, se tropieza con los fuertes de guarniciones francesas.

En todo ello, ¿dónde está la oportunidad «americana»? Probablemente en el hecho de que las colonias inglesas, relativamente poco extensas, han sido ocupadas firmemente, sobre todo en el Norte y concretamente en Massachussetts, en donde está la ciudad de Boston, y en el Centro, donde arraigan Nueva York (la antigua Nueva Amsterdam) y Filadelfia, la ciudad de los cuáqueros.

En contacto con la metrópoli y con su actividad comercial, estas ciudades que han surgido «in the wilderness», en país salvaje, tienen la ventaja de ser las depositarias de su propia administración, y de vivir en un estado de semilibertad que recuerda al de las ciudades típicas de la Europa de la Edad Media. Se beneficiaron ampliamente de la agitación inglesa: en efecto, ella es la que da lugar a que un buen número de turbulentos creyentes de las sectas protestantes inglesas se precipiten hacia el otro lado del Atlántico, desilusionados por la Inglaterra de Cromwell, y esta inmigración es tan numerosa que, cuando termina la verdadera lucha, cerca de un millón de ingleses se enfrentan con poco más de 63.000 franceses, en 1762. La oportunidad inglesa o «americana» radicó, pues, en haber conseguido realizar esta acumulación explosiva de fuerzas, entre los franceses y los españoles.

“Desde el momento en que había en este continente un millón de ingleses frente a aproximadamente 70.000 franceses, la causa estaba decidida aunque la fortuna de las armas hubiera sonreído en Québec (1759) a Montcalm. Mucho antes de Voltaire, la colonización y, sobre todo, la población, no constituían una de las preocupaciones fundamentales del poder... Y, en efecto, las dificultades y las preocupaciones internas venían a añadirse al temor que inspiraba un posible despoblamiento de Francia, temor, por lo demás, totalmente injustificado. Hasta el punto de que, teniendo en cuenta la importancia respectiva de ambos países, salieron de Europa cerca de 30 ingleses por cada francés. Hay, pues, una chocante desproporción de las causas y de los efectos: si hoy día, la lengua inglesa y la cultura que la acompaña dominan el mundo, este hecho obedece a que todos los años unos

cuantos barcos transportaban unos ínfimos contingentes de personas, por lo demás, en su mayoría iletrados" (Alfred Sauvy).

Rehacer la historia es caer en una enfermedad que tiene un nombre: la ucrónia. Un americano, amigo apasionado y exclusivo de Francia, se ha entretenido, no sin confesar su nostalgia, en imaginar lo que hubiera sido el continente Norte dotado en su totalidad de la claridad, de los encantos de la vida y de la gastronomía franceses. De hecho, se trata sólo de un sueño que excede con mucho a lo que hubiera dado de sí la historia.

2. El primer auge americano se inserta en una economía predominantemente agrícola. Pero su éxito (evidente, sobre todo si se le compara con el relativo auge del Canadá) obedece también a una circunstancia suplementaria: su vocación marinera.

De Sur a Norte, el agua, todas las comunicaciones, tanto marítimas como fluviales, las barcas, los veleros de pesca y de carga y, posteriormente, los *clippers* de carrera, han desempeñado un papel fundamental. Atravesan los mares, llegan hasta Europa, hasta el Mediterráneo, las Antillas, América del Sur, el Pacífico... Explican el peligro que supusieron para el comercio y para las flotas inglesas, los veleros de carrera de los «Insurgentes», que llegaron incluso a la Mancha, entre 1776 y 1782, y la guerra victoriosa de los americanos contra Inglaterra, entre 1812 y 1815, de la que la gran historia, preocupada como estaba por Napoleón, casi no se ha ocupado.

Las comunicaciones marítimas explican, sobre todo, el florecimiento, desde el siglo XVII, de algunas ciudades americanas. Sin duda, los reglamentos del comercio inglés exigían, por una parte, que las colonias americanas compraran en la metrópoli todos los productos manufacturados de los que tuvieran necesidad, incluso aquellos que provenían de otros países de Europa, y, por otra parte, que vendieran a Inglaterra y a sus colonias, prácticamente toda su producción agrícola (salvo algunos productos exentos de esta obligación, por estar su entrada prohibida en Inglaterra: los cereales, el pescado). Pero, a pesar de todo, en 1766, Pensilvania sólo vendía a Gran Bretaña 40.000 libras de mercancías, mientras que le compraba 500.000. Esto es una evidente paradoja sobre la que se ha insistido con frecuencia.

"Y, entonces, ¿cómo se las arreglan ustedes para pagar la diferencia?", le preguntaron a Benjamín Franklin, convocado ante el Comité de la Cámara de los Comunes para explicar esta situación anormal. "La diferencia, explicó, se paga con los productos que transportamos a las Antillas, y que son vendidos en nuestras propias islas, tanto a los franceses como a los españoles, daneses y holandeses; o también, gracias a los productos que enviamos a otras colonias de América del Norte, Nueva Inglaterra, Nueva Escocia, Carolina y Georgia; o, también, con los que enviamos a diferentes países de Europa... Por ellos se nos paga unas veces dinero, otras en letras de cambio, otras en artículos, que nos ponen en condiciones de arreglar cuentas con Gran Bretaña. Todo ello, junto con los beneficios obtenidos por la actividad de nuestros comerciantes y de nuestros marineros en el curso de sus viajes circulares, y por los transportes realizados por nuestros barcos, se concentra, finalmente, en Gran Bretaña para equilibrar la balanza."

A este comercio *triangular*, de extenso radio de acción, añadían los beneficios del cargamento y del comercio de país extranjero a país extranjero,

a los tráficos legales permitidos por Inglaterra, sin perjuicio de un contrabando muy activo que, a veces, resultaba fructífero. Tampoco debe ser olvidada la pesca: los marineros americanos no han desaprovechado ninguna de las posibilidades que el mar les ofrecía.

Por lo demás, hacia finales del siglo XVIII, no cabe duda de que el tonelaje de la flota de los Estados Unidos sobrepasa al de todas las demás naciones con la sola excepción de Inglaterra, y, de que, proporcionalmente a su población, los Estados Unidos eran la primera nación navegante del mundo. Esto les permite entrar en el circuito de la economía mundial, forzándoles a someterse y a adaptarse a las reglas del juego, pero también concediéndoles la posibilidad de beneficiarse de su empuje. Todos los subterfugios de una sociedad, edificada más que cualquier otra sobre el crédito, obedecen al hecho de que esta sociedad se ve obligada a subsanar sus inferioridades, a correr en busca de metales preciosos de los que carece y de los que tiene que deshacerse inmediatamente en cuanto los ha conseguido.

El éxito marítimo no se concibe sin lejanas y sorprendentes aventuras, entre las cuales es difícil hacer una selección: así, por ejemplo, la llegada de los barcos que transportan trigo "americano" al Mediterráneo y a los puertos de la Francia revolucionaria; en la misma época el éxito alcanzado por los "americanos" en el comercio de contrabando en dirección a la América hispano-portuguesa; sus incursiones muy tempranas en el Pacífico, por el Cabo Horn, y más tardías, desde San Francisco. En cuanto se emanciparon de Inglaterra (1782), las antiguas colonias inglesas intentaron llegar a China. Después de todo, fue la necesidad de tener una escala para los barcos que se dirigían a China y para los barcos balleneros del Pacífico, la que empujó a América a enviar, en 1853, los "barcos negros" del almirante Perry a la bahía de Tokio, acontecimiento que tuvo importantes y conocidas consecuencias.

Los encuentros de antaño con los barcos americanos en los siete mares del mundo resultan muy significativos: el "Tres Mástiles", que lleva a China a lord Macartney, embajador del rey de Inglaterra—*el León*—, arriba en febrero de 1793 a la isla de Saint-Paul, en el Atlántico Sur, y se encuentra allí con cinco cazadores de focas (tres franceses y dos ingleses), que están preparando la expedición de 25.000 pieles de terneros marinos, para llevarlas a vender a Cantón, en un barco de Boston, medio francés, medio americano, que trae además, y también para China, un cargamento de pieles de castor canadiense. Algunos meses más tarde, el embajador se apoderaba, frente al litoral de Cantón, del imprudente barco, poniendo como excusa que el barco era, en parte, francés, y que la guerra había estallado entre Inglaterra y Francia en enero de 1793, aunque él acababa de enterarse de ello.

Veamos otro ejemplo: mientras estaba haciendo un viaje alrededor del mundo al servicio del zar, Kotzebue, el hijo de un poeta alemán, se encuentra en un puerto de Alaska meridional (el 26 de abril de 1825), con un barco de dos mástiles americano venido en línea recta desde Boston, por el Cabo Horn, cargado de víveres que intenta trocar en el pequeño puesto ruso contra 21.000 pieles de "gatos marinos", de peor calidad que las preciosas pieles de nutrias marinas, pero que el comprador acepta con la esperanza de llevarlas a vender a Cantón, adonde se dirigirá a través de las islas Sandwich. "Cuando el barco llegó al puerto de Alaska toda la tripulación y su capitán estaban borrachos; sólo una feliz casualidad les permitió evitar los arrecifes y los bajos fondos, pero de todas maneras los americanos son tan habilidosos que incluso en estado de ebriedad saben salir de apuros."

Es también la gran época de la pesca de la ballena, especialidad del Estado de Nueva York y de Nueva Inglaterra. El escritor Herman Melville (1819-1891) ha descrito este mundo rudo de los pescadores de ballenas, en el que él mismo vivió, su dura y peligrosa existencia y la prosperidad de algunas pequeñas ciudades, basadas en esta única actividad, como, por ejemplo, New Bedford o Nantucket. La

pesca de la ballena decayó después de 1850, al ser destronado el banco de ballenas por los aceites minerales y el gas de alumbrado.

En la misma época, la flota de los Estados Unidos se resentía de la grave competencia del barco de *vapor* inglés, que ya era de hierro, del *steamer*. Esta decadencia de la navegación americana fue tanto más importante cuanto que los Estados Unidos se dedicaban entonces a la conquista del interior del continente y se volcaban en su historia continental. La tarea enorme de conquistar este espacio que es el suyo, de avanzar cada vez más hacia el Oeste, de construir los ferrocarriles y las líneas de navegación *costeras* e *interiores* necesarias para los contactos intercontinentales, les aparta del Océano. Y, con ello, empieza una nueva etapa decisiva en la historia de los Estados Unidos.

Como es de precepto en la vida de Estados Unidos, cuando un asunto deja de ser fundamental, otro asunto se presenta: entonces, los americanos se vuelcan en el nuevo asunto y se desentienden del anterior. Cabe decir que América trocó el Océano—bien es verdad que en él no le correspondía más que una parte del reparto general—por una extensa porción de tierra que va a ocupar totalmente y sin tener que repartirla con nadie.

3. Uno de los acontecimientos de la historia mundial, más y mejor conocidos, es la independencia de las colonias inglesas de América (1773-1782). Pero es necesario situar este acontecimiento con exactitud en su contexto histórico.

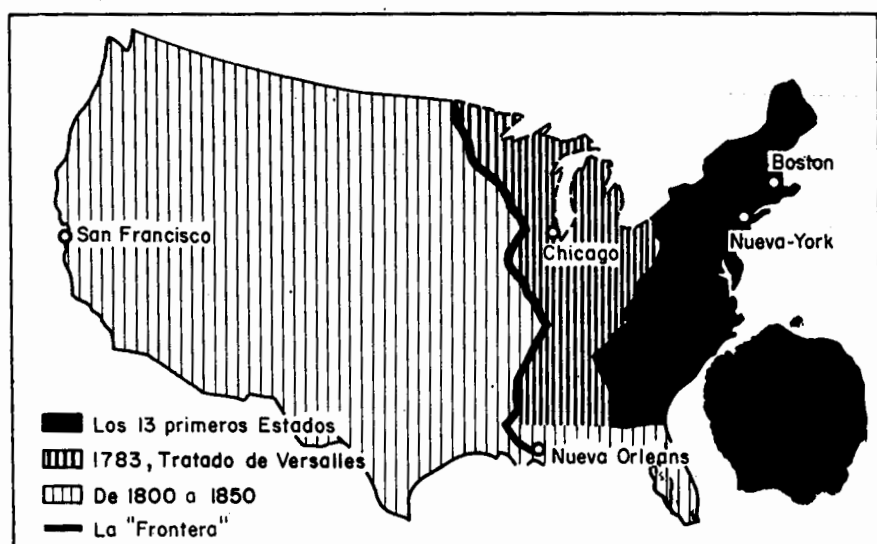
El final del Imperio francés de América (762) dio lugar a que, de pronto, la ayuda inglesa se volviera mucho menos necesaria y, en cambio, las exigencias de la metrópoli mucho más insoportables. Sin embargo, ni las colonias ni Inglaterra deseaban, en principio, la ruptura: ésta se organizó por sí misma, como consecuencia de una serie de malentendidos, de concesiones insuficientes, de violencias innecesarias e ineficaces. Todas las descolonizaciones que hasta nuestros días han sucedido a la descolonización americana, se han llevado a cabo en un ambiente parecido de acontecimientos poco razonables.

Probablemente la responsable fue Inglaterra, por no hacer concesiones más rápidas y más amplias, por exigir la imposición de unas tasas ampliamente justificadas por el pasivo de la guerra contra Francia, y, aunque después las suprimió, por mantener la tasa sobre el té, hasta el punto de que las cajas de té que estaban a bordo de los dos barcos de la Compañía de las Indias fueron tiradas al agua, en el puerto de Boston, el 16 de diciembre de 1773. ¡La tradición política inglesa estipula que no se pueden imponer impuestos sin el consentimiento de los contribuyentes, y, sin embargo, los ingleses de América ni siquiera estaban representados en el Parlamento de Londres!

Además, quizá sea admisible, y así lo cree un historiador inglés (1933), el hecho de que, desde mediados del siglo XVIII, se fue esbozando un amplio desplazamiento del Imperio inglés, que, centrado hasta entonces en América y en el Atlántico, se inclinó, a partir de entonces, hacia el Océano Índico y la India. En efecto, Bengala fue ocupada en 1757. Además, el empuje del comercio "de China" se incrementa entonces. Se trata, probablemente, de ansias capitalistas que, arrastrando a Inglaterra hasta el Far East y separándola del Nuevo Mundo, intenta encontrar tasas de exorbitantes beneficios.

Estas y otras razones provocaron un conflicto espectacular que había de terminar con una humillación evidente de Inglaterra. La intervención de Francia y de España precipitó el éxito de los Insurrectos. Sin embargo, éstos, en 1782, firmaron, en secreto, la paz con Inglaterra, abandonando así a sus aliados, hasta el punto de que en el Tratado de Versalles (1783) Inglaterra perdió mucho menos de lo que en un principio se pensaba. En segui-

FORMACION TERRITORIAL DE ESTADOS UNIDOS



da se da cuenta de que la prosperidad económica estaba llamada a compensar con creces su fracaso político. El historiador se pregunta entonces, sin encontrar respuesta, qué hubiera pasado de no haber existido la proximidad de esta revolución industrial que proporcionó a Inglaterra todos los elementos de una preponderancia duradera.

Por lo demás, lo verdaderamente interesante de la suerte de los Estados Unidos, no es el aspecto internacional de la aventura, ni La Fayette, ni las hazañas del Bailli de Suffren, ni la simpatía y realista habilidad de Benjamín Franklin, sino la misma independencia, la Declaración de la Independencia del 4 de julio de 1776 y la Constitución de 1787, cuya elaboración fue muy lenta. En estos años cruciales, la joven América fue tomando conciencia de sí misma.

Por joven América entiéndase una cierta América, la primera en haberse formado: geográficamente, se redujo a su vertiente atlántica; económicamente era, ante todo, un país agrícola; socialmente, estaba dominada por la clase de los terratenientes, que eran los propios *Founding Fathers*, los Padres Fundadores de la «democracia americana», de los cuales una historia en estampas de Epinal nos presenta una descripción idealizada.

No resulta irreverente, y quizá puede ser útil, el detenerse un momento en la personalidad de Georges Washington y de Thomas Jefferson, estos hombres que tuvieron la voluntad y la certidumbre de estar construyendo la mejor de las constituciones del mundo. Se ha repetido muchas veces que los *Fathers* habían elaborado una Constitución basada en "la filosofía de Hobbes y en la religión de Calvino". Consideraban que el hombre era "un lobo para el hombre" y que "su espíritu carnal" se oponía a Dios. Así lo manifiesta el general Knox a Washington, en una carta escrita después de la sublevación de los Shays: "Después de todo, los americanos son hombres y, como tales, tienen las pasiones turbulencias inherentes a este animal" (1787).

La Declaración proclamó, tanto el derecho a la Insurrección, como la igualdad de todos los hombres ante la ley. Pero la idea fundamental que atormenta y anima a estos propietarios, a hombres de negocios, juristas, plantadores, especuladores y manipuladores de dinero—estos "aristócratas"—consiste en resguardar la propiedad, la fortuna y el privilegio social.

En el momento mismo de su nacimiento, América tiene ya sus ricos, a los que su riqueza, aunque mesurada, designa como dirigentes de los demás. Para comprobarlo, basta escuchar a los *Founding Fathers*, reunidos en la Convención de Filadelfia, para redactar la Constitución, o leer sus cartas y las de sus semejantes. Por ejemplo, el caso de un joven plantador, Charles Pinckney, que propone que sólo aquel que posea, por lo menos, cien mil dólares pueda ser Presidente de la República; Hamilton pide que se controle y limite la "impudencia de la demagogia". Todos ellos, lo mismo que aquella Peggy Hutchinson, hija de un gobernador, consideran que la masa popular es el "populacho sucio y mugriento", *the dirty mob*. El gobernador Morris se atreve incluso a decir: "La muchedumbre está empezando a pensar y a razonar. ¡Infelices culebras! Se calientan al sol y poco después morderán... La *gentry* empieza a temerles." Y Mason también es de esta opinión: "Hemos pecado de demasiado democráticos... Pero debemos evitar ir demasiado lejos en el sentido opuesto." Nadie más convencido de los sacrosantos principios democráticos que un clérigo de Nueva Inglaterra, Jeremy Belknap, que, sin embargo, escribe a uno de sus amigos: "Debe seguirse admitiendo como un principio, el hecho de que el gobierno encuentra su origen en el pueblo, pero, en la práctica, se debe convencer al pueblo de que no es capaz de gobernarse por sí mismo."

He aquí palabras que definen una mentalidad. El orden impuesto con el nombre de *liberty* y de *equality* es ya el orden del capitalismo, por muy modesto que sea todavía. A los ricos les corresponde el poder, las responsabilidades. A los demás, se les hace la concesión de que la ley les proteja contra los ricos, lo mismo que protege a los ricos contra ellos. Por lo tanto, resulta irrelevante que la Constitución americana se considere a sí misma revolucionaria, nueva, igualitaria y equitativa, en la medida en que tiende a equilibrar, por el ejercicio de la reciprocidad, los impulsos del animal humano, que siempre es considerado como un ser egoísta y feroz.

Y, en efecto, la Constitución de 1787 constituye un mecanismo de calculados contrapesos. Es necesario «que los poderes estén divididos y equilibrados entre los diferentes cuerpos, de manera que ninguno pueda exceder los límites legales sin ser eficazmente neutralizado por los demás» (Jefferson). En lo que respecta a la sociedad, claro está que se mantienen los privilegios, y, en particular, el derecho «sacro» de la propiedad, pero al mismo tiempo, el camino de los privilegios—es decir, el del dinero—está abierto a todo el mundo. Cosa que resulta relativamente fácil en este inmenso país «nuevo» que es todavía América.

Richard Hofstadter resume este ideal con divertida ironía: «Los Padres

creían, dice, que un Estado bien dirigido haría fracasar toda tentativa del interés por el interés, de la clase por la clase, de la facción por la facción de una rama del gobierno por otra, en un armonioso sistema de frustración mutua.»

De hecho, hay que reconocer que si la historia americana del siglo XIX se presenta bajo el signo de la «sana competencia», como una extensa y feroz lucha de intereses particulares, se debe a que la lucha era más «productiva» y, por consiguiente, más justa que en los países capitalistas de Europa, que los beneficios no eran privilegios de una clase rigurosamente cerrada, que todo el mundo podía hacer carrera en una sociedad más abierta y más aventajada que en otras partes, y que todo el mundo podía franquear las barreras sociales. El *self made man* es la imagen más clásica de esta América de entonces, que quizá hoy esté a punto de desaparecer.

II. LA CONQUISTA DEL OESTE

1. Desde un principio, los Estados Unidos se presentan como una nación pionera, juicio igualmente aplicable a todas las demás naciones que, al ser depositarias de un extenso espacio, tienen que hacerse con él y humanizarle, reducirle a dimensiones humanas; éste es el caso de Rusia, de Brasil o de la Argentina, por ejemplo. La expansión geográfica es la primera forma (que, además, determina a las restantes) de crecimiento, ya se trate de una economía, de una nación o de un Estado e, igualmente, de una civilización.

La historia estaba de su parte: hizo posible que los Estados Unidos, sin demasiado esfuerzo, se extendieran desde el Atlántico al Pacífico. ¡Imagínese lo que hubiera sido una expansión francesa, casi pacífica, desde el Atlántico a los Urales! Los Estados Unidos compraron Luisiana en 1803; consiguieron las Floridas españolas en 1821; recibieron de Inglaterra (a expensas, eventualmente, de Canadá) el Oregón, en 1821; y, después, en el curso de una guerra demasiado fácil, se apoderaron, en detrimento de Méjico, de Tejas, Nuevo Méjico y California, en 1846, incrementando aún más su parte en 1853. Si se piensa en las terribles catástrofes e invasiones provocadas por la instalación de Rusia, por ejemplo, o de Europa, esta historia pionera se caracteriza por la facilidad... Pero la labor fue inmensa. *Por sí sola, la joven América no lo hubiera conseguido.*

Desde el principio, la ordenanza de 1787 había reservado prudentemente los territorios todavía inocupados del Oeste a la propiedad común de la Unión. Después, a medida que se iban poblando, fueron surgiendo nuevos Estados hasta llegar al número de 48 (el 49 será Alaska y el 50 las islas Hawai). La colonización, que comenzó por lo menos a partir de 1776, y que terminó, quizá, con la distribución de los últimos repartimientos de Oklahoma en 1907, adoptó muy diversas formas, que han sido popularizadas por los relatos históricos, las novelas y las películas, desde los carros con tollos de los primeros emigrantes y sus luchas contra los indios, tiradores de

flechas, hasta los viajes de los últimos colonos en los trenes, muy lentos, que iban de un océano a otro. Pero resulta totalmente innecesario el insistir sobre las imágenes demasiado célebres del Far West heroico.

Lo verdaderamente interesante es subrayar hasta qué punto la «frontera», espacio conquistado por los blancos, ha supuesto una gran aventura, tanto *material como espiritualmente*. Al decir aventura *material* queremos insistir sobre la función motora, desde el principio, del crédito, es decir, del capitalismo. Al decir *espiritual* hablamos de las nuevas dimensiones del protestantismo y, además, de la civilización americana en su segunda y decisiva etapa.

2. El capitalismo ha sido el que ha organizado este avance hacia el Oeste.

Imagínese al colono que acaba de recibir su lote, su *homestead* de 160 acres (64 Ha.), que construye su casa de madera prefabricada, ajustando las diferentes piezas que, en un primer momento, labra el suelo ligero de las colinas y, después, va trabajando progresivamente sobre los suelos más bajos, pero también más pesados, hasta llegar a los valles, donde se ve obligado a desbrozar y, ocasionalmente, también a talar los árboles. Bien es verdad que este campesino tiene poco de tal. En muchos casos, hasta este momento, había practicado un oficio muy diferente. Lo único que verdaderamente tiene que saber es conducir un carro tirado por caballos; el cultivo, generalmente el del trigo, se puede llevar a cabo sin una preparación compleja, puesto que no se abonan las tierras... En el caso de que este granjero haya sido el primero en llegar, es indudable que no tiene más que una idea fija: volver a vender su lote de tierras. Ha residido en ellas durante varios años, apenas si ha tenido que hacer algunos desembolsos, puesto que todo le ha sido anticipado, en su rincón perdido. Se ha alimentado gracias a las latas de conservas, y cuando la vía del ferrocarril pasaba cerca, ha podido tener calefacción gracias al carbón. Cuando dos o tres buenas cosechas le han permitido reunir un pequeño capital, no vacila ya en lo que tiene que hacer: pone en venta el lote que había comprado, aprovechando la plusvalía que supone la llegada, en el intervalo, de nuevos inmigrantes, y se traslada más hacia el Oeste para volver a empezar. En efecto, si volviera hacia el Este, sería como si se reconociera vencido. (Según Louis Girard.)

Por lo tanto, no se trata de un campesino arraigado a la tierra, sino de un especulador. «Ha ganado una baza», como ha dicho un historiador. Está claro que si sigue jugando, si sigue especulando, no siempre ganará. Y, sin embargo, continúa jugando.

Un espectáculo muy parecido es el de una ciudad fundada en el Middle West hacia 1860. Se ve reducida a sus elementos fundamentales: una estación rudimentaria, un hotel también rudimentario, un almacén de abastecimiento, el *store*, la iglesia, la escuela, el banco...

Esta ciudad acaba de nacer, pero ya todo el mundo especula con su crecimiento y, por consiguiente, compra los buenos terrenos y recluta a los recién llegados. Claro está que ya hay alumbrado eléctrico y tranvías. En seguida aparecerá el teléfono, «descubierto» en 1871. «Con frecuencia, los viajeros constatan que las calles, en las que todavía no hay casas, tienen ya alumbrado y tranvías. La razón de ello estriba en que precisamente se pretende que las casas se construyan, que los solares y los terrenos se vendan más de prisa.» En Bismarck, capital de Dakota, fundada en 1878, donde hay un predominio de colonos alemanes, es inaugurado, cinco años más tarde, el Capitolio. «Con este motivo, los habitantes de Bismarck

celebraron una grandiosa ceremonia de inauguración. Estaban invitados no sólo James Bryce (que años más tarde, en 1888, iba a escribir *La República Americana*) y que era una personalidad bastante importante, sino también el general Grant, ex presidente de la República e ilustre guerrero; e incluso Sitting-Bull, un jefe siux, cuya fama provenía de la sublevación contra los blancos y que había sido invitado para realzar el esplendor de la ceremonia, hasta el punto de que pronunció unas amables palabras. Una de las cosas que más sorprendió a Bryce, escocés positivista, fue que el Capitolio estaba a kilómetro y medio de la ciudad. Su asombro extrañó a los habitantes de Bismarck, que le explicaron que "puesto que la ciudad iba a crecer, era necesario que el Capitolio estuviera muy lejos de la aglomeración actual" (Louis Girard).

Es, pues, evidente que esta ciudad, como todas las demás, desborda el tiempo presente. Vive por anticipado, siguiendo el secreto de toda vida económica. No cuenta con el dinero que tiene, sino con el que tendrá, dinero que puede tener o no. Lo admirable es que si no se tienen en cuenta los contratiempos, como, por ejemplo, la inversión de la tendencia en 1873, siempre se consiguió este dinero con el que se contaba de antemano. Con frecuencia, las apuestas fueron compensadas con creces.

3. La América que conquistó el Oeste y el lejano Oeste era fundamentalmente protestante. El protestantismo fue el único que se enfrentó con esta situación humana difícil, repentinamente planteada, con este desparramamiento de hombres a través del espacio.

Al principio, estos hombres carecían de pastores y se veían reducidos a la lectura de la Biblia. Probablemente, estos inmigrantes vivían en una especie de Edad Media y su vida religiosa espontánea era, por lo general, bastante intensa, hasta el punto de que dio lugar, a veces, a invenciones desviacionistas, como, por ejemplo, la secta de los mormones, fundadores del Utah. El mérito del protestantismo americano ha consistido en entretener y animar esta llama ya encendida. Constituye una de las más bellas páginas de su historia.

Para conseguirlo, tenía que adaptarse a su tarea, simplificarse, y, por así decirlo, desentenderse de las sectas ya instaladas (los congregacionistas y los episcopálistas), reducir su enseñanza teológica y su liturgia, insistir en la emoción y en el choque afectivo provocado por reuniones espectaculares. Los pastores caminantes de los *bautistas*, de los *metodistas*, de los *discípulos de Cristo*, lo hicieron maravillosamente. No fueron los inventores de esta religión emotiva de la que los *revivals* protestantes suministraban, de antemano, el modelo. Pero, por lo menos, supieron adaptarla y simplificarla (los bautistas, al deshacerse de su sectarismo, y los metodistas, al deshacerse de su herencia anglicana), basándola siempre en un «teologismo individual», en la «soberanía del individuo» y, por último, en «los actos y no en las creencias». El lenguaje de Cristo se redujo, entonces, a una comunión directa y simple.

Por encima de la finalidad concreta que perseguían, estos evangelizadores del Oeste fabricaron, sin proponérselo, la «*american way of life*», el «modelo» de vida americano, el patrón de su civilización, al que, de buena o de

mala gana, todos los que lleguen, a partir de los años 1860 y 1880, tendrán forzosamente que plegarse.

Estos movimientos espontáneos, tanto del lado de los fieles como del de los pastores, fueron obra de gentes pobres y poco importantes, "las únicas que son realmente creadoras de iglesias". Geográficamente, se repartieron como conquistadores el amplio campo de la "frontera": los *discípulos* fundaron sus pequeñas iglesias en el Oeste y en el Middle West, los *metodistas* se extendieron en dirección del Noroeste, y los *bautistas*, del Suroeste. A grandes rasgos, se puede comparar su evangelización con la de los misioneros españoles que, de hecho, a partir del siglo xvi, se vieron obligados a volver a convertir a los inmigrantes españoles llegados al Nuevo Mundo, al mismo tiempo que atraían a la religión de Cristo a la masa de los Indios y ponían, de este modo, los cimientos de lo que en la actualidad es América latina.

III. INDUSTRIALIZACION Y URBANIZACION

A. Valor de los productos agrícolas e industriales (en millares de dólares)					
	1880	1899	1909	1919	
Agrícolas	2,4	4,7	8,5	23,7	
Industriales	9,3	11,4	20,6	60,4	

B. Población rural en millones de individuos y porcentaje.					
	1880	1899	1909	1919	1950
Población rural	32,9	39,3	41,6	44,6	
Porcentaje	65	51,7	45,3	36,4	15,6

1. El término "industrialización" no es suficiente para designar toda esta transformación de la vida material de los Estados Unidos, desde 1880 hasta nuestros días. Durante este siglo, o casi siglo, un estado predominantemente agrícola se ha convertido en un Estado predominantemente industrial, como lo indican las cifras anteriores. Esta transformación ha sido posible gracias a un enorme crecimiento de las ciudades.

No pretendemos estudiar detalladamente esta formidable transformación, multiplicando los datos y las medidas. Los libros de economía y de geografía suministran, sobre este tema, los datos indispensables. Históricamente, conviene subrayar que, lo mismo que en Inglaterra, en Nueva Inglaterra el punto de partida industrial fue el auge de la industria textil, y que, como en muchos países europeos, la instalación definitiva coincide con el *boom* de los ferrocarriles desde 1865 a la crisis de 1873.

Lo importante es mostrar: a) la enormidad de las consecuencias de la in-

dustria americana que continuamente están afectando a la geografía de su propio espacio (cf. el auge reciente de «Sur Profundo», el *Deep South*, al borde del golfo de Méjico); b) la novedad de ciertas *performances* que anuncian la «vida futura»; c) las adaptaciones de un capitalismo en ruptura constante consigo mismo (problema que estudiaremos más detenidamente en el capítulo siguiente); d) la llegada de la mano de obra europea: ni la construcción del Oeste, ni la de la industria y de las ciudades gigantescas han sido privativamente obra de América; e) este prodigioso empuje humano y material se ha infiltrado, como buenamente ha podido, en una civilización antigua a la que inadecuadamente se conoce con el nombre de *the american way of life*.

Pero, de momento, sólo vamos a referirnos a dos de estos extensísimos temas:

a) *La llegada de inmigrantes eslavos y latinos.*

Hasta 1880, los Estados Unidos habían acogido una emigración inglesa y escocesa—los primeros elementos de su población europea—; más tarde tuvo lugar una afluencia de alemanes y de irlandeses: estos últimos contrarrestaron, en parte, la influencia inglesa sobre la población americana. Sin embargo, América se encontraba todavía bajo el rígido dominio de la cultura inglesa y del protestantismo, cuando acoge, entre 1880 y 1914, a cerca de 25 millones de eslavos y de mediterráneos, casi todos católicos.

Esta nueva inmigración es absorbida más por el Este urbano e industrial que por el Oeste agrícola: dio lugar a una transformación y no a una conmoción del Este, transformación mucho menos intensa, por ejemplo, que la de Argentina cuando se vio afectada por toda la masa de la inmigración italiana, que lo sumergió todo, tanto las ciudades como el campo, aproximadamente por las mismas fechas, el decenio de 1880. Los Estados Unidos, que acogen a la nueva inmigración, tienen ya ciudades, industrias en pleno florecimiento, un extraordinario poder de adiestramiento y, al mismo tiempo, de persuasión. Por lo mismo, la asimilación fue rápida y asombrosamente eficaz.

“Consideremos un grupo de americanos (1956) tomados al azar: el tipo nórdico no predomina, ni mucho menos, y a la mayoría de los individuos lo mismo se les podría creer originarios de Nápoles o de Viena que de Londres o de Hamburgo, y, no obstante, se trata de americanos, que se comportan y reaccionan como tales. Desde este punto de vista, el mecanismo de la asimilación ha actuado eficazmente.” (André Siegfried.)

Lo que realmente triunfó fue, tanto la lengua como la *american way of life*, y el enorme poder de atracción del Nuevo Mundo sobre el inmigrante. Este sólo puede contar con sus propios medios. Además, por las llamadas leyes de las *quota* (1921-1924), por la ley Mac Carran, de 1952, los Estados Unidos cerraron prácticamente su puerta de acceso. Desde entonces, poco supuso la llegada de unas cuantas personas en este océano humano, a pesar de los sensacionales éxitos, en el campo de la ciencia, de algunos de estos adoptados.

Hoy día, la única penetración importante en el Sur viene de Méjico y de Puerto Rico; en el Norte, viene del Canadá francés, cuyos "hijos perdidos" se instalan en Detroit, en Boston y también en Nueva York. Pero estas inmigraciones no representa casi nada. Es indudable que Nueva York es la ciudad del mundo que tiene un mayor número de portorriqueños, pero en el mismo sentido y por las mismas razones se puede decir que París es la mayor ciudad norteafricana: las grandes ciudades necesitan, en efecto, una mano de obra miserable..., no especializada. Cuando no la pueden reclutar en su interior, la buscan en el exterior.

b) *El triunfo de la cultura americana.*

Los recién llegados han suministrado a la industria americana una mano de obra barata que ha favorecido el *take off* y, más tarde, su florecimiento. Han suministrado también un contingente de pobres y de proletarios a enormes ciudades de las que Nueva York es el prototipo, por lo demás, nunca igualado. Continuamente se está implantando una urbanización de una excepcional amplitud: de hecho, toda la fachada atlántica, desde Boston a la altura de Wáshington, se ha convertido, en la actualidad, en un único núcleo urbano—*Megalópolis*, como ha dicho un geógrafo—dejando un poco de sitio, en sus escasos «huecos», a unos cuantos árboles, y a unas pocas tierras de labor, y a los barrios extremos de las ciudades que se unen y se confunden. Así, por ejemplo, la Universidad de Princeton está instalada en el centro de una de estas reservas de hierbas y de árboles, entre las aglomeraciones de Nueva York y de Filadelfia: bastará un momento de descuido para que sea absorbida por estos monstruos que se encuentran en su vecindad y en su familiaridad.

Sin embargo, a pesar de las prodigiosas transformaciones y de las llegadas masivas de hombres nuevos, la civilización americana se ha mantenido igual a sí misma. Lo ha asimilado todo: las máquinas, las fábricas, el prodigioso desarrollo del «sector terciario», la increíble abundancia de automóviles, de la que la vida europea actual no ofrece más que una imagen aproximada, y, por último, la llegada de los inmigrantes no protestantes.

2. La civilización americana se ha formado en tres etapas: primero, en el litoral Atlántico; después, desde el Atlántico al Pacífico, y, por último, "en vertical", debido a la industrialización. Fue la segunda etapa, la del Far West y del nuevo protestantismo, la que fijó los elementos fundamentales del "american way of life": respeto al individuo, fe religiosa simplificada al máximo y que concede una brutal importancia a las obras (la ayuda mutua, los cánticos en común, el deber social...), primacía del inglés sobre todos los demás idiomas.

La duda está en saber si una sociedad como ésta puede ser calificada de religiosa. Los sondeos que se han realizado contestan afirmativamente y con un porcentaje de casi el 100 por 100. Ya lo decía Benjamín Franklin en 1782 (por lo tanto, en los primeros años de América): «En los Estados Unidos se desconoce el ateísmo; la falta de creencias religiosas es rara y secreta.» Todavía, en la actualidad, todo programa político y oficial está bajo el signo de Dios. Incluso la actuación exterior de América se plantea como una «cruzada», o, por lo menos así lo daban a entender tanto Woodrow

Wilson como el general Eisenhower. De la misma manera se puede decir que prácticamente toda diferencia social tiene su expresión religiosa. En el nivel más bajo de la escala de valores están las comunidades *bautistas* populares que, en tiempos, fueron muy pobres. Indudablemente, los metodistas son más «chic»; y, por último, la secta de los episcopistas (es decir, con obispos), muy distinguida y con un aparato litúrgico que proviene de la Iglesia anglicana. Pero, como ha escrito un historiador, esta secta es también la Iglesia de los nuevos ricos.

De hecho, y a sus propios ojos, la manera en que el americano concibe su propia creencia, es, sin embargo, irrelevante, ya que, en efecto, la sociedad religiosa es *tolerante y pluralista*, está dividida en sectas, en «denominaciones» dispares, con una sola Iglesia verdadera en el sentido en que generalmente se entiende este término: la católica. Por lo tanto, nada tiene de extraño, por ejemplo, que una misma familia esté dividida en diferentes «sectas», ya que cada uno es libre de creer a su manera, con tal de que crea: en esto estriba la única obligación. En Boston existe una pequeña «iglesia» de arquitectura ultramoderna. A la entrada hay una lápida, en donde se precisa que no se celebra ningún culto concreto, en estos lugares consagrados a la oración de todos los creyentes del mundo, sea cual sea su fe. En la penumbra de la iglesia la única mancha de luz es una gran losa que evoca un altar y recibe, a través de una abertura del techo, un foco de luz llevado hasta ella por una gran cortina de fragmentos de espejos, cortina que recuerda a los «movibles» de Calder...

A primera vista, un europeo puede considerar que existe una maravillosa tolerancia, juicio pronto modificado cuando se entera de que el laicismo y el ateísmo, de tipo occidental, y, en particular, el laicismo educacional y gubernamental, según el modelo francés, se practican muy poco, por no decir que son inconcebibles en América. Por el contrario, está, en cierta manera, de moda una determinada forma de irreligión, de racionalismo, la misma que ha existido en Europa desde *El origen de las especies*, de Darwin (1859), o la *Vida de Jesús*, de Renan (1865). Esta racionalización se puede constatar en la aparición de un deísmo cada vez más vago.

Lo importante, para la cohesión cultural de América, es que el obstáculo *a priori* difícil—el que representaba el catolicismo de los inmigrantes, en primer lugar de los irlandeses y, después, de los alemanes, de los italianos, de los eslavos y de los mejicanos—ha acabado por adaptarse a la vida americana y por acomodarse a todos sus esquemas. El papel desempeñado por la primera masa de católicos—los irlandeses—ha sido, desde este punto de vista, decisivo.

En todo caso, la Iglesia católica ha salvaguardado su unidad mundial y su jerarquía, ha aceptado sin reticencias la separación entre la Iglesia y el Estado en una actitud contraria a la que se adoptó en otros países, en los que era mayoritaria; y también se ha incorporado plenamente a los cuadros del nacionalismo americano; por último, ha aceptado una insistencia premeditada sobre las obras, siguiendo, así, el mismo impulso de la vida americana. Una declaración entre otras diez de un arzobispo americano lo pone de manifiesto: «Un voto honrado y la corrección en las relaciones sociales hacen más en favor de la gloria de Dios y de

la salvación de las almas que las flagelaciones nocturnas o las peregrinaciones a Compostela."

Al igual que las sectas protestantes, la Iglesia católica, que cuenta en la actualidad con 30 millones de fieles, se ha organizado, tiene sus asociaciones, sus escuelas, sus Universidades y, mientras que las organizaciones protestantes han tenido muy poco éxito en la evangelización de las masas urbanas, la Iglesia católica se ha apuntado, en este campo, indudables éxitos.

Puede que esta relativa ineficacia de la Iglesia protestante en la evangelización de las ciudades se deba a su éxito rural, en el siglo XIX, y al enriquecimiento que la ha aburguesado, y que con frecuencia ha atenuado su celo (a pesar de su renovación actual). En efecto, la América religiosa y, en general, toda la América cultural, están continuamente amenazadas por el acceso regular de sus fieles a la riqueza y a la burguesía.

Este aspecto religioso no es más que una de las explicaciones de los éxitos de coherencia de la civilización americana. Existen otros que obedecen, sin duda, a la fuerza de su ascensión vital, a la atracción ejercida por una sociedad en la que las fronteras entre clases están señaladas únicamente por el dinero, y en la que, por lo menos hasta tiempos muy recientes, el acceso a la riqueza parecía ser relativamente fácil. Para el inmigrante europeo, aceptar estas reglas sociales supone alejarse de las viejas categorías europeas, abrirse a la esperanza.

Este es el aspecto liberal de una civilización que, por lo demás, es coaccionante, en el sentido de que no permite que el individuo escape a las reglas tácitas de la *american way of life*. El mismo inmigrante puede encontrar dificultades en su adaptación a estas reglas de vida, ocasionalmente, puede ser presa de nostalgia de Europa, pero es seguro que sus hijos estarán ansiosos de fundirse con la masa americana. Todos los sociólogos han constatado este deseo de los hijos de los inmigrantes de hacer desaparecer las huellas de su origen.

Por último, en este proceso, el factor más importante ha sido la abundancia de las «oportunidades» americanas: la frontera y, posteriormente, la industrialización y el crecimiento de las ciudades, es decir, otras tantas operaciones creadoras de riqueza; ahora bien, se da el hecho de que el enriquecimiento facilita la asimilación. Mucho camino ha sido recorrido entre el irlandés irascible de la primera generación de los años 1830, el que vive en una chabola o en una «bicoca», y el irlandés «de las cortinas de encaje» de la segunda o de la tercera generación. Por ello, la marea creciente de la riqueza americana ha asegurado el ascendiente de su civilización originaria sobre estas nuevas oleadas humanas que han llegado al continente.

Aunque esta primera civilización se haya diferenciado, con precocidad y con fuerza de sus orígenes ingleses, continuó siendo más anglosajona que verdaderamente europea. La Europa continental ha mezclado siempre las tradiciones mediterráneas con las tradiciones nórdicas. «Los Estados Unidos carecen de esta interpretación de ambas civilizaciones, ya que todo lo absorbió la atracción anglosajona» (André Siegfried). Y, sin duda, este hecho es deplorable en la medida en que los azares de la historia hicieron del resto del continente americano (salvo en el Canadá inglés) un mundo fun-

damentalmente latino, sobre todo hispano-portugués y, posteriormente, profundamente marcado por la inmigración italiana. Es cosa conocida y probada que las dos Américas se comprenden mal la una a la otra; que están mal hechas para comprenderse. Y esto constituye un drama de la actualidad.

CAPITULO XXII

LAS SOMBRAS Y LAS DIFICULTADES: DE AYER A HOY

Hasta ahora nos hemos referido exclusivamente a "los golpes de suerte" y a los éxitos de la civilización americana. Pero, en realidad, tampoco le han faltado dificultades y mala suerte. Parece como si se estuvieran acumulando en la actualidad e incluso multiplicándose a medida que se franquean estas sucesivas "líneas de reparto de las aguas": 1880, 1929 y puede que 1953. Pero se corre el riesgo de que la ilusión óptica sea doble. Considerada de cerca, esta realidad colectiva revela dificultades inherentes a su misma vida. Además, la distinción entre "golpes de suerte" y de mala suerte en las dimensiones de una gran civilización no puede ser ni clara, ni decisiva. Toda dificultad provoca por reacción un esfuerzo, una réplica, un cambio de signo. Implica una toma de precauciones y supone una experiencia. Rara vez termina con una situación de conjunto. El verso demasiado conocido de Enrique Heine, "una nueva primavera te devolverá aquello que el invierno te ha quitado", que con frecuencia se puede aplicar al destino personal de un individuo, es todavía más apropiado para el destino colectivo de las naciones. Los Estados Unidos atraviesan una época de dificultades, se les anuncian una serie de importantes crisis, pero su salud continúa siendo excelente y hasta mejor de lo que los mismos americanos piensan.

I. UNA PESADILLA TRADICIONAL: EL PROBLEMA NEGRO O UNA COLONIA IMPOSIBLE DE DESARRAIGAR

En medio de las oportunidades favorables para América, se ha infiltrado, prácticamente desde el principio de la historia de los Estados Unidos, una importantísima dificultad, imposible de conjurar: la presencia de los negros americanos, instalados en su suelo desde el siglo XVII, por el auge de las plantaciones del Sur (el tabaco en Virginia, a partir de 1615; el arroz, en Carolina, a partir de 1695, y, más tarde, en Georgia; el algodón, a partir del siglo XIX, en toda la región al Suroeste de Virginia).

1. La responsabilidad incumbe tanto a la geografía como a la historia.

La fachada atlántica, en la que fueron construidos los Estados Unidos, presenta una sucesión de zonas climáticas cercanas las unas a las otras. Nueva York que, a pesar de su latitud (la de Nápoles) y a causa de la corriente fría de Labrador tiene un clima parecido al de Moscú, está tan sólo a una noche de tren de los países tropicales y de sus productos exóticos. En el Sur la esclavitud se instaló casi naturalmente, como una especie de extensión de la economía antillana, tan próspera en el siglo XVIII. Los españoles, en Florida, y los franceses, en Nueva Orleans (desde 1795, para la caña de azúcar), practicaron la esclavitud con la misma naturalidad que Georges Washington o que Thomas Jefferson en sus propiedades de Virginia.

De esta manera se fue introduciendo en la América anglosajona un África viva, a la que nada ni nadie frenarán, ni la fuerza, ni los prejuicios, ni las concesiones. Subrayemos que la Constitución de 1787, aparentemente tan liberal, no abolió la esclavitud. Únicamente preveía la supresión de la trata de negros, después de un plazo de veinte años, y, efectivamente, fue abolida en 1807.

A partir de entonces, el negro ya no es importado, por lo menos legalmente, ya que el contrabando continuó existiendo durante mucho tiempo todavía; pero, en cambio, es amaestrado como si se tratase de un animal doméstico. El auge del algodón motivó, incluso en el siglo XIX, un agravamiento de la condición de los negros. Antaño, los esclavos vivían en la casa de su amo; ahora se les reúne en grandes rebaños, lo mismo que en los dominios de la antigua Roma. Por encima de estos miserables trabajadores de color, una sociedad blanca, acogedora y cultivada, forma un poderosa aristocracia colonial. *La cabaña del Tío Tom*, la novela de Harriet Beecher Stowe, que habla de la miseria de los negros del Sur, desencadena en el Norte, en 1852, una verdadera revolución afectiva. Otra novela más reciente, *Lo que el viento se llevó* (1936), de Margaret Mitchell, describe, a su vez, la dulzura y los encantos de la vida en el Sur, pero refiriéndose, sobre todo, a la vida libre de los propietarios blancos. Es el mismo escenario en el que Faulkner sitúa sus complejos y tensos relatos, esa vida del Sur, con su nostalgia del tiempo «civilizado» de antaño, sus partidas de caza, las conversaciones rociadas de alcohol de maíz, el «moonshine». Por lo tanto, una doble realidad, la negra y la blanca y, sin duda, una doble mentira.

En resumen, mientras que el indio, que fue el primero en ser colonizado, ha desaparecido en su lucha contra el europeo, hasta el punto de que ya no subsiste más que en las reservas de indios, donde sobrevive como representante de una raza desaparecida, el negro ha demostrado ser, sin proponérselo, un adversario coriáceo. Los Estados Unidos tienen, dentro de su mismo país, una colonia que todavía no ha conseguido una verdadera emancipación, a pesar de todas las medidas oficiales, una minoría étnica cuyo peso y cuya presencia se mantienen contra viento y marea.

2. A mediados del siglo XIX, el problema de la supresión o del mantenimiento de la esclavitud provocó la Guerra de Secesión (1861-1865), uno de los aspectos de la querella múltiple y fratricida que separa y enfrenta a los Estados del Norte con los Estados del Sur.

1.º El Norte es industrial y partidario de altas tarifas aduaneras; en cambio, el Sur, exportador de algodón, prefiere comprar los productos manufacturados en Europa, por ser éstos superiores en calidad. Reivindica el régimen del libre cambio.

2.º Aspecto político de la querella: los dos Partidos, Republicano y Democrata, se disputan el poder: los demócratas son, sobre todo, sudistas, los republicanos, sobre todo, nordistas.

3.º Esta rivalidad es violenta, sobre todo, porque plantea una duda: ¿hacia cuál de los dos bloques van a inclinarse los nuevos estados recién creados en el Oeste?

4.º En la práctica, la crisis plantea un grave problema: los Estados particulares integrados en la Unión ¿tienen o no derecho a oponerse a determinadas medidas tomadas por el gobierno central de la Unión? ¿Tienen o no derecho a separarse de la Unión, a hacer *secesión*?

Todos estos motivos de rivalidad cristalizan en el violento desacuerdo de ambos adversarios respecto de la supresión de la esclavitud. El Sur inicia la guerra (ataque al Fort Sumter el 12 de abril de 1861); pero ésta terminará con su capitulación el 9 de abril de 1865, después de una terrible guerra civil. La enmienda número 13 hecha a la Constitución el 18 de diciembre de 1865 suprime la esclavitud. La medida afectaba a algo menos de 5 millones de negros (4.800.000, frente a 33 millones de blancos), es decir, al 12,7 por 100 de la población total. Más tarde, esta proporción irá creciendo: 13,1 por 100 en 1880, para decaer después regularmente a raíz de la inmigración europea, hasta un mínimo de 10 por 100 en 1920. Parece que se ha estabilizado en esta proporción.

Se pueden dar miles de detalles de la vida cotidiana, que demuestran claramente hasta qué punto las mejoras políticas concedidas a los negros han resultado totalmente inútiles. Aunque el negro haya adquirido derechos políticos, continúa ocupando un «lugar de inferioridad». Sobre todo, considerando que ha permanecido en el Sur (en donde esta inferioridad estaba sostenida espontáneamente por las costumbres y las tradiciones) hasta 1914, en calidad de obrero de ínfima categoría, en la industrialización que comienza en 1880, por estar los puestos más ventajosos reservados a los «Pequeños Blancos». Al empezar la Primera Guerra Mundial va aumentando la emigración negra hacia el Norte, a Harlem, el barrio Norte de Nueva York; a Chicago, en donde ocupan «el cinturón negro»; a Detroit...

3. La minoría negra ha seguido el auge económico de América y se ha incorporado a él. En la actualidad tiene sus ricos y hasta sus nuevos ricos, sus universidades, sus músicos, sus poetas, sus escritores, sus iglesias. Pero no ha obtenido una verdadera igualdad.

André Siegfried escribía en 1956: "Una voluntad sistemática de optimismo podría hacer creer que el problema ha sido resuelto, y algunos visitantes europeos se han dejado engañar. La verdad es que continúan vigentes las exclusiones sociales tradicionales, tanto en el Norte como en el Sur, aunque en aquél estén más atenuadas que en éste. Indudablemente, en el Este y en el Centro-Oeste cada vez se irán mezclando más negros a la vida de los blancos. Puede darse el caso de que un distinguido hombre de color sea admitido en un banquete o en una reunión

social; cada vez son más numerosos los representantes de la raza, ayer perseguida, que son admitidos sin discriminación en los cargos administrativos electivos. De ahí a pensar que la barrera está a punto de caer o, por lo menos, de disminuir considerablemente hay un abismo. Un negro de los Estados Unidos se siente americano y quiere serlo simplemente, sin mención de razas, pero para el blanco continúa siendo un "negro americano", con todas las limitaciones y matices que supone esta expresión. Parece como si el color en las especies fuera un obstáculo insuperable para una completa asimilación."

En realidad, la solución del problema negro se encuentra diferida por las lentitudes desesperantes con que se llevan a cabo, cuando se llevan, los cambios culturales. Sobre este tema, los prejuicios y las antipatías, la toma de posiciones (recuérdense las novelas de Faulkner) son más importantes los heredados del pasado que los propios de la actualidad. La segregación, los linchamientos, las hostilidades latentes o patentes, están retrasadas con respecto a los movimientos que las conjuran. Pero, finalmente, estos movimientos estallan. Los incidentes escolares de Little Rock, en donde la victoria ha correspondido, en último término, al gobierno federal (los colegios de blancos, apoyados por el gobernador del Estado de Arkansas, se negaban a aceptar a los negros, como era su obligación después de una ley federal reciente), indican la orientación del futuro, por muy temibles que sean el problema y las pasiones segregacionistas. En todo caso, este futuro se aproxima lentamente y sólo la asombrosa paciencia y la lealtad política de la raza negra permiten pensar que esta solución continuará siendo pacífica.

Para terminar, ¿es acaso posible hablar del problema negro como de una mala suerte tanto de América en general como de la América negra, simpática y llena de paciencia? Es evidente que no, puesto que el humanismo americano se encuentra en presencia de una dificultad que tiene que vencer y a través de la cual se juzgará y se realzará a sus propios ojos. Y también es evidente que no, puesto que este Africa ha ofrecido a los Estados Unidos una aportación cultural particular y original que ha sido incorporada a la civilización americana (y en particular a su música). Por otra parte, este Africa es material e intelectualmente la más evolucionada de las comunidades negras del mundo entero, es trabajadora y está cogida en las redes de la comunidad y de la civilización americanas. El tiempo tiene que actuar necesariamente a su favor, y si no se suprime esta grave contradicción interna de la vida americana, el motivo de un malestar intelectual y moral permanente seguirá existiendo. Lo que, en el fondo de su corazón, nadie desea. Es necesario que América invente y adopte una solución feliz.

II. EL CAPITALISMO: DE LOS TRUSTS A LA INTERVENCION ESTATAL Y A LOS OLIGOPOLIOS

Tampoco nuestro juicio sobre el capitalismo de los Estados Unidos puede ser muy definitivo. El capitalismo americano favoreció y perjudicó al mismo tiempo a la civilización que le debe (y recíprocamente) su sello imborrable.

El dinero ha sido y continúa siendo el factor más importante de esta libre democracia que pretende ser América. El imperio de los negocios es

evidente y se instala abiertamente, aunque sólo sea en los *buildings* gigantes de Manhattan. Pero este capitalismo, este juego, a veces demasiado libre, de la oferta y de la demanda ha hecho posible un florecimiento material sin equivalente en el mundo, y que todos los países, sea cual sea su régimen político, intentan imitar y alcanzar. Por último, el idealismo americano, del que no se puede negar la importancia y a veces el desinterés total, es, en parte, una respuesta a este materialismo abusivo de los negocios, una evasión y una réplica. En América, el capitalismo ha tenido, con frecuencia, mala conciencia.

Además, se ha producido una humanización progresiva del capitalismo bajo el peso de una sociedad pragmática y no revolucionaria, sin duda demasiado rica para ser subversiva como la de Europa antes de 1914 o de 1848.

Como hemos dicho, los Estados Unidos fueron un país predominantemente agrícola hasta cerca de 1880, país que se vio afectado, de repente, por la más prodigiosa de las transformaciones posibles y como sorprendido por esta repentina promoción a la industria, a la riqueza y al poder. La Europa de los Seis, después del Mercado Común, está dándose cuenta de lo que puede ser una rápida progresión de la vida material. En esta Europa, nada queda al margen de semejante subida de marea. Y, precisamente, en esta Europa de la actualidad hay que tener en cuenta el florecimiento de un socialismo pragmático. De la misma manera, en América, el capitalismo hizo posible su carrera gracias a una progresiva adaptación, a una multiplicación de las concesiones y, por así decirlo, a un reparto del progreso. Ha evolucionado mucho desde los *trusts* de finales del siglo XIX a las grandes empresas que en número de dos o de tres dominan un amplio mercado interior (los *oligopolios*).

Es evidente que este capitalismo desarrollado, frenado o desviado, en vías de evolución, continúa siendo el animador de la vida material y, por detrás de ésta, de la política y la civilización americanas. Al transformarse, las ha transformado. En ello radica, en parte, el origen de la crisis actual y permanente de la civilización americana.

1. Para comprender esta evolución hay que analizar rápidamente la época de los trusts (trust = confianza; trustee = fiduciario).

Jurídicamente hablando, se debe entender por *trust* una unión de accionistas con títulos de diferentes sociedades cuando los accionistas delegan en los *trusts* la facultad de representarles. En consecuencia, una agrupación de *trusts* reúne, de hecho, a sociedades que legalmente no tendrían derecho a fundirse. Se trata, pues, de una manera de soslayar la ley. Algunos de estos *trusts* reúnen actividades complementarias y, cuando se trata de poderosas agrupaciones, su finalidad es, naturalmente, la de constituir un monopolio, aunque en los Estados Unidos, dada la inmensidad de su territorio, esta operación resulte siempre difícil. John Rockefeller (1839-1937) intentó con éxito una operación de este tipo, desde 1870, fecha de la creación de la *Standard Oil* (de Ohio) hasta la constitución efectiva, en 1879,

del *trust* de la Standard. Este desborda los límites estrictos de la primitiva Standard, puesto que engloba una serie de empresas que se ocupan tanto de la extracción del petróleo como de su transporte, de su refinamiento y de su venta (sobre todo en el extranjero), relacionada esta última con el auge inmenso de la industria del automóvil.

La *United States Steel Corporation*, fundada en 1897, es, seguramente, un *trust* y, con mayor seguridad aún, una gran empresa. John Rockefeller, retirado de los negocios de la *Standard*, pero no de la especulación, al aprovecharse de que no había entonces ningún control fiscal, acumuló una inmensa fortuna—invertida más tarde, en parte, en grandiosas obras de beneficencia—, compró los yacimientos de hierro cercanos al Lago Superior. Mejor dicho, los recibió a título de pago de los clientes insolventes. Poco después, de manera secreta, hizo construir una flota de cargueros para transportar el mineral por los Grandes Lagos. Posteriormente, se vio forzado a llegar a un acuerdo con el rey del acero, Andrew Carnegie (1835-1919), dueño de las grandes fábricas de acero de Pittsburgh. La intervención del banquero Pierpont Morgan hace posible la creación de la gigantesca *U. S. Steel Corporation*, que controla el 60 por 100 de la producción americana. El último acto lo constituye el que, en el momento de introducir las acciones del grupo en la bolsa, Pierpont Morgan dobla el capital, y, por consiguiente, el valor. Lo que supone una especulación justificada con la subida vertiginosa del negocio.

Hemos escogido estas operaciones entre otras muchas que se podrían citar (y que de hecho son citadas con frecuencia a propósito de las luchas entre las compañías de ferrocarriles) para dar a conocer el clima y la técnica de un capitalismo feroz, sin remordimientos ni escrúpulos, al igual que la política en tiempos de Maquiavelo. Por lo demás, los hombres de la índole de un Rockefeller, de un Carnegie y de un Pierpont Morgan se parecen en cierta manera a los audaces y decididos príncipes del Renacimiento.

Este vertiginoso auge de los negocios debe ser situado entre el *rush* del oro en California (1849) o, mejor dicho entre 1865 (después de la capitulación del Sur en Appomatox) y el principio del siglo xx. Estos príncipes, de rostro duro o bondadoso, según los casos, han luchado ferozmente por conseguir «su» América. Han roto o han soslayado los obstáculos, han pagado, sin disimularlo, los vasos de vino necesarios para conseguir su propósito. Uno de ellos escribía: «Si es necesario pagar para obtener la situación *justa*, es no solamente lícito, sino también equitativo el hacerlo. Cuando un hombre tiene poder suficiente para hacer un gran daño y sólo camina recto si le han sobornado, es necesario, a fin de ahorrar tiempo, tomar la delantera y sobornar al juez.» El fin justifica los medios. Lo único justo es lo que nos conviene...

Es la época de las grandes realizaciones económicas, de la construcción de la red de ferrocarriles, de la fiebre del oro de California, del poblamiento del Oeste, de los hombres nuevos, de los arrivistas que justifican el mito reconfortante, aunque no siempre exacto, del *self made man*... Son los años del capitalismo inconscientemente cínico. Estos hombres de negocios, inmersos en sus luchas y en sus compromisos, no se ven evidentemente con los mismos ojos que nosotros les vemos. Son luchadores que no se paran a considerar si los medios que emplean son honrados o no, luchadores para quienes lo único realmente importante es la finalidad perseguida de grandeza, de racionalización y a veces del bien público, claro está que conseguido a través de la grandeza y de la ascensión de su propia persona;

pero poco importa, puesto que consideran que al ser los «mejores combatientes» tienen derecho, con toda justicia, a los mayores beneficios.

2. No obstante, sería inexacto el creer que las maquinaciones o la propaganda que en el atardecer de este período se esfuerzan en presentar a todos los hombres de negocios que tienen éxito (así, por ejemplo, y esto es totalmente falso, a un Pierpont Morgan) como "self made men", hayan tropezado sólo con una corriente de aprobación y de credulidad.

Por el contrario, va tomando cuerpo entre el público e incluso entre los mismos hombres de negocios un fuerte temor a los monopolios y a las medidas que llevan a ellos. La concentración, muchas veces espontánea y «orgánica» de las empresas, la reanudación de largo alcance después de 1900, todo ha contribuido a la multiplicación de los *trusts* y de los monopolios. Crecen como hongos (86 de 1887 a 1897, 149 de 1898 a 1900, 127 de 1901 a 1903). Pero casi simultáneamente empieza la lucha contra ellos: la campaña presidencial de 1896 se hizo en parte a favor (Mac Kinley) y en parte en contra (Bryan) de los *trusts*. Además, algunos de estos *trusts*, demasiado ambiciosos, fracasaron por sí mismos, como, por ejemplo, el de la marina mercante, con el que había soñado Pierpont Morgan.

Con las bruscas y cortas crisis de 1903 y de 1907, la opinión pública adquirió un grado extremo de sensibilidad a este respecto. En 1904, el presidente Roosevelt disuelve, con el aplauso general de la opinión pública, un verdadero *trust* de ferrocarriles. Estas medidas y estas campañas culminan en la *ley anti-trust*, conocida con el nombre de Ley de Clayton (1914), demócrata amigo del presidente Wilson.

Muchos observadores han insistido en que esta medida no representaba más que un golpe en el vacío y en que era utópico pensar que bastaba una simple ley para terminar con la extensa concentración económica en movimiento. Un dirigente socialista americano, Daniel de Leon, lo reconocía así: "La escala por la cual la humanidad ha ascendido hasta la civilización es el progreso de los métodos de trabajo, el instrumento de producción cada vez más poderoso. El *trust* está en el último escalón: alrededor de él se desencadena la tempestad social moderna. La clase media intenta romperle, queriendo así que retroceda la marcha de la civilización. El proletariado, en cambio, quiere conservarlo, mejorarlo y hacerle accesible a todos."

El sentido de semejante actitud está claro: no hay que estorbar a lo que supone progreso técnico, éxito y orgullo de América, sino que hay que intentar humanizar el proceso y, cuando es posible, beneficiarse del progreso. Esta política, sólo admite un árbitro, con la talla y el poder suficientes: el Estado federal, ya que los *trusts* sobrepasan, de hecho, los Estados particulares de la Unión, y su actividad afecta a varios Estados a la vez. Sólo el Estado federal está a su medida. E incluso ha sido necesario que el Estado federal creciera y se fortificara para convertirse en un interlocutor válido; y que los *trusts*, o si se quiere el gran capitalismo, se dieran cuenta de que les resultaba más conveniente una sola autoridad, cuyo apoyo se puede obtener o cuya oposición puede ser respetada o soportada lo mismo

que sus decisiones. Sirva de ejemplo, en 1962, la oposición del presidente Kennedy a la subida del precio del acero.

3. En la actualidad, con los oligopolios, los sindicatos y el "poder compensador" del Estado, "está constituyéndose en América algo así como un neocapitalismo, adaptable en su forma evolucionada a las condiciones del siglo XX, y ya muy diferente del capitalismo tradicional."

Este neo-capitalismo es muy difícil de captar; se presenta bajo aspectos muy diversos; y toda la civilización americana se expresa a través de su orden y de sus redes sociales. Por lo tanto, resulta difícil enumerar todos sus elementos: la racionalización, que llega ya hasta los prodigios de la automación, la fabricación en serie para un enorme mercado homogéneo, hasta los gustos estandarizados, bajo el impacto de una publicidad abusiva, envolvente, muy poderosa. A todo ello hay que añadir la creación obsesiva, en las empresas importantes, de los departamentos de *human relations* y de *public relations*, algo así como ministerios del exterior y del interior mantenidos por dichas empresas para justificarse a los ojos de la opinión pública, de sus consumidores y, por último y sobre todo, de los obreros. E, igualmente, otros mil detalles que tienen su valor particular, al ser importante el juego económico que determina el conjunto. Al efecto, juzguemos sucesivamente: a) el papel desempeñado en el pasado por el mercado en la economía liberal del siglo XIX; b) los oligopolios; c) los sindicatos; d) el gobierno federal.

a) El mercado (claro está que se le supone libre) era para los economistas liberales el regulador y el juez de toda la vida económica. Por la vía sacrosanta de la competencia, ponía a cada cual y a cada cosa en su sitio. La economía ideal, según la tradición capitalista, era aquella en la que la competencia actúa de lleno (y, por lo tanto, sin monopolio), en la que el Estado no interviene, en la que el equilibrio se establece por sí mismo gracias al juego de la oferta y de la demanda, en la que las crisis, el paro y la inflación, son fenómenos *anormales* contra los que hay que luchar. Se llegará incluso a responsabilizar del paro, al que es necesario *explicar* de alguna manera, puesto que es anterior al siglo XX, a las presiones anormales de los sindicatos.

Para completar la imagen antigua, repitamos que producir *siempre* es positivo. En efecto, todo *bien* creado acelera los intercambios, según la *ley de las salidas* formulada por Juan Bautista Say en 1803: "los productos se cambian por productos"; entonces, fabricar un producto equivale a poner a su disposición una moneda suplementaria de intercambio. Esto está incluido en las enseñanzas de los economistas liberales desde Adam Smith a Bentham y a Ricardo, a Juan Bautista Say y al gran Arthur Marshall. En resumen, en este "modelo" competitivo de la vida económica todo está reglamentado por sí mismo, incluida la propensión al ahorro o a la inversión. Por otra parte, para reglamentar esta propensión, en el caso de que se desarreglara, bastaría con actuar sobre la tasa de interés y aumentarla o disminuirla proporcionalmente.

Ahora bien, a partir de un cierto grado de desarrollo del capitalismo, todas estas reglas tradicionales, enseñadas y repetidas hasta la saturación,

han sido desmentidas por los hechos: en el siglo xx, los monopolios, los cripto-monopolios y los oligopolios se han impuesto en importantes sectores que, por lo demás, son los más progresivos: trastocan la sacrosanta competencia; el estado interviene (a título de ejemplo señalemos el New Deal en los Estados Unidos, y los numerosos planes quinquenales en otros países); por último, se han producido grandes y duraderas crisis a partir de 1929; así como también períodos de paro obrero y de inflación que, después de todo, se presentan como accidentes, indudablemente indeseables pero normales en la vida económica y social. De ahí la importancia de la revolucionaria *Teoría General* (1936) del economista inglés John Keynes (1883-1946): supone la ruptura con la economía liberal y su tradicional modelo competitivo. América la ha aceptado como la ley y los profetas de la nueva economía del siglo xx y con frecuencia ha deducido de ella sus acciones políticas.

b) *Los oligopolios.* Hay oligopolio, o competencia imperfecta, o monopolio incompleto, cuando algunos grandes vendedores se «esfuerzan por satisfacer las necesidades de una multitud de compradores». De hecho, como hemos dicho, la lucha anti-trust no terminó con la concentración orgánica y biológica de las empresas. En un número considerable de ramas, y no sólo en los Estados Unidos, la concentración benefició a las empresas gigantes. Este fue el caso de la rama del aluminio, en la que sólo subsistía antes de 1939 una enorme compañía, la *Aluminium Company of America*. Lo más corriente es que algunas empresas gigantes se repartan una determinada rama: así, por ejemplo, tres o cuatro empresas se reparten la fabricación del tabaco y de los cigarrillos.

Sin embargo, junto a las empresas gigantes, subsisten las pequeñas, viviendo mal que bien a la sombra de las grandes y, por lo demás, llamadas a desaparecer en un futuro más o menos próximo. Sólo son una supervivencia, una herencia del pasado. Tan fácil es introducirse en una industria en sus principios, y que atrae a los capitales y a los que están decididos a correr riesgos (el petróleo en la época de la juventud de Rockefeller o la industria del automóvil en la época de los principios de la Ford), como difícil es operar en un sector de ocupación antigua en el que la experiencia, las dimensiones de la empresa, el progreso técnico y el autofinanciamiento son problemas vitales que sólo las empresas privilegiadas pueden resolver.

Las encuestas y las estadísticas ponen de relieve este hecho: 200 empresas de grandes dimensiones controlan prácticamente la mitad de la fabulosa riqueza material de los Estados Unidos. Son empresas casi siempre despersonalizadas, sociedades anónimas, y hasta poseídas por el personal que emplean. En estos imperios, la remuneración de los responsables, al igual que la de los empleados, es enorme a escala europea, pero se trata, en suma, de salarios fijos. «El beneficio propiamente dicho, como explicaba Ford, pertenece al mismo negocio, constituye su salvaguardia y hace posible su crecimiento.»

Así, se ha establecido este capitalismo aparte y el reino de los «gigantes» contra los que las leyes anti-trust ya no pueden hacer nada (como ha

quedado probado, en 1948, con el fracaso de la acción gubernamental contra las fábricas de Chesterfield, Lucky Strike y Camel). ¡Puede que la situación fuera diferente si no hubiera más que un monopolio, pero contra 200, todo esfuerzo es vano! Sería necesaria una reforma radical, una revolución, en la que nadie piensa. Es indudable que los *oligopolios* no se fraccionarán en empresas de pequeñas dimensiones.

Los primeros puestos han sido, pues, ocupados y bien ocupados. "En la aristocracia de los negocios, la dignidad ducal corresponde a los presidentes de la *General Motors*, de la *Standard Oil de New Jersey*, de la *Dupont de Nemours Chemical Society* y de la *United States Steel Corporation*. A continuación vienen los condes, los barones, los caballeros y los escuderos, siguiendo estrictamente la proporción del activo de sus diferentes firmas." Situaciones adquiridas que serán mantenidas: "La actual generación de americanos, si sobrevive, comprará el acero, el cobre, el latón, los automóviles, los neumáticos, el jabón, los interruptores, los desayunos, el tocino ahumado, los cigarrillos, el whisky, los aparatos de grabación y los ataúdes en una de las pocas firmas que suministran actualmente estos objetos." (J. K. Galbraith.)

Puede ser que, como se ha dicho con frecuencia, estas empresas gigantes tengan sus ventajas; siguen y organizan admirablemente el progreso técnico, suministran a bajo precio productos de calidad... Esta constatación es obligatoria, cuando se comparan las ramas que se han modernizado gracias a una concentración progresiva como la indicada en nuestro esquema y las que permanecen al margen de este movimiento, en la línea todavía del siglo XIX. Y es que, en efecto, los Estados Unidos están edificados, al mismo tiempo, sobre un viejo y sobre un nuevo capitalismo, sobre una doble estructura. Así, por ejemplo, la agricultura en su totalidad, la industria de la confección y las minas pertenecen al viejo capitalismo. Es decir, que las empresas son, en estos sectores, de muy pequeñas dimensiones, irrisorias en lo que respecta a la agricultura: un productor importante de Misouri lanza al mercado 9.000 balas de algodón; esta masa es enorme en sí misma pero ridícula a escala de la producción, lo que equivale a decir que no puede tener ninguna influencia sobre los precios. De hecho, éstos le dominan a él y al resto de los productores de algodón. De la misma manera, hay una enorme diferencia entre la organización del «petropolio» de las compañías petrolíferas americanas, cuyos progresos son sensacionales y el arcaísmo de las 6.000 empresas carboníferas de los Estados Unidos, que permanecen fieles al trabajo de mineros miserables y cuyos progresos técnicos sólo han sido posibles (y aun así) gracias a la reciente intervención del Estado.

c) *El mercado recupera su función.* Evidentemente, los precios nunca sorprenden a las grandes empresas: éstas los controlan por anticipado, y manteniéndose fieles a «la más pura y a la más honrada» de las competencias, sólo intervienen en este terreno cuando han calculado la incidencia de la decisión, alza o baja, sobre las organizaciones rivales capaces de devolverles golpe por golpe. Como consecuencia, el precio se encuentra fijado a un nivel lo suficientemente alto como para asegurar totalmente los beneficios de los «gigantes», y a esto obedece que las firmas de pequeño radio de acción consigan infiltrarse y sobrevivir entre las grandes, gracias

a esta altura relativa de los precios de venta. En estas condiciones, y desaparecido el peligro de la guerra de los precios, la única guerra factible es la de la publicidad, que, sin duda alguna, es un lujo que puede permitirse una «economía de opulencia». Es, en efecto, inconcebible cualquier tipo de publicidad en una economía de penuria.

Sin embargo, el reino de estos doscientos gigantes (que parece ser que ya no están controlados por el poder de los Bancos, quebrantado por la crisis de 1929) está siendo impugnado y, lo que es más importante, repartido, ya que el movimiento orgánico que ha concentrado las ventas en algunas manos, por lo menos en ciertos sectores modernizados, *ha concentrado igualmente el poder de compra* en otras pocas manos.

De esta manera, el «poder económico» de los productores tropieza con «el poder compensador» de los compradores, y, en este juego doble, el beneficio de los monopolios puede dirigirse de un lado o de otro, un gran vendedor puede hacer frente a muchos compradores, o a la inversa, un gran comprador puede hacer frente a muchos vendedores, o, por último, puede darse el caso bastante frecuente de que haya un gigante de ambos lados. Entonces se impone llegar a un acuerdo. Supongamos, por ejemplo, que a los comerciantes del acero se les ocurra fijar, en Detroit, precios «arbitrarios»: les resultará difícil imponérselos a una clientela tan importante y tan poderosa como la de los fabricantes de automóviles de Detroit.

Claro está que puede darse el caso de que un oligopolio desempeñe ambos papeles, el de vendedor y el de comprador, que utilice, sucesiva o simultáneamente, el poder económico y el poder compensador. Pero lo más frecuente es que se creen unas relaciones de conflicto o de tensión entre estas dos actividades por lo general separadas.

d) Los sindicatos.

Donde más visiblemente se ha acentuado la compensación ha sido en el mercado del trabajo. Los gigantes industriales han visto alzarse ante ellos, en su propio sector, al sindicato gigante. Y el sindicato intenta beneficiarse él también del monopolio, del derecho de intervención de las empresas gigantes en el mercado de los precios. Puesto que estas últimas tienen poder suficiente para hacer subir los precios, bastará presionarlas para conseguir un aumento de salarios y para que los obreros participen con ellas en sus privilegios. Este término de privilegios no es excesivo si se piensa que ciertos sindicatos americanos son en realidad ricas sociedades, con enormes *buildings*, importantes capitales sabiamente administrados y con un presidente y un personal fabulosamente retribuidos.

Por el contrario, en los sectores en donde no ha sido instalado este capitalismo «último grito», la acción sindical no puede ejercer, en modo alguno, presiones tan eficaces. Esta es una de las razones por las cuales la red de sindicatos vigentes deja al margen de sus organizaciones a casi toda la actividad agrícola.

En todo caso, el tradicional antagonismo de los productores y de los sindicatos lleva camino de adoptar, en los Estados Unidos de hoy día, una forma muy particular, con frecuencia la de una asociación, cuya víctima

será el consumidor. Los gigantes de la industria han hecho posible la creación de los gigantes sociales, y su poder antagónico actúa como regulador de los salarios y de los precios.

No obstante, como este regulador es susceptible de cometer muchos errores, como puede atrancarse, y como cada uno de sus fallos o de sus debilidades corre el riesgo de tener, en este país del gigantismo, consecuencias gigantescas, la función del Estado se afirma cada vez más como la del regulador supremo, encargado de vigilar el buen funcionamiento de la máquina. Desde 1929, a nadie se le ocurre discutir esta necesidad de la fiscalización estatal, que es por excelencia la negación del liberalismo económico.

e) *El «poder compensador» del Estado.*

Sin que quepa lugar a dudas, la evolución económica de los Estados Unidos ha obligado al Estado a practicar un intervencionismo vigilante. No se trata ya de que intervenga a ciegas, según las medidas anti-trust que siguieron al Clayton Act de 1914, sino de analizar atentamente los elementos de la situación económica, de prever su desarrollo gracias a todas las posibilidades que sobre este punto le concede la ciencia económica moderna, y estar preparado en todo momento para actuar en uno o en otro sector según se trate de reabsorber el paro obrero, de estimular la producción o de impedir la inflación, etc...

Se comprende así que la importancia del Estado federal haya ido en continuo aumento desde el New Deal. Mientras que Hoover no tenía más que 37 auxiliares, Truman disponía de 325 funcionarios directos y 1.500 empleados. Antaño, la Casa Blanca resultaba suficiente para el trabajo presidencial. Hoy día se levanta frente a ella el *Executive Office Building*, en el que los nuevos despachos resultan ya insuficientes. Poco a poco, los poderes se van concentrando sobre la Casa Blanca y pesando sobre todo el país. Una importante burocracia da lugar a un ejército de técnicos competentes que están libres de las antiguas vicisitudes del viejo *Spoils System*, que con frecuencia originaba, a raíz del resultado de las elecciones, una sustitución de los funcionarios. Esta nueva estabilidad de la burocracia constituye por sí sola una verdadera revolución. Ahora, el Presidente tiene a sus órdenes un personal de ejecución calificado.

Todo el enorme sistema del Estado federal, organizado en función de los problemas decisivos a través de los cuales *debe* y *puede* orientarse la economía, se encuentra forzosamente enfrentado, en consecuencia, con los problemas sociales. Es inconcebible un dirigismo económico, aunque sea limitado, sin un cierto dirigismo social.

Desde el momento en que el Estado acepta una cierta responsabilidad en la organización económica, se convierte en responsable de la injusticia social. No puede ignorar a los americanos que no están organizados, que están al margen de los sindicatos o claramente fuera de ellos, a todos aquellos que carecen de derechos y que forman un proletariado de dos millones de parias. El problema está en saber si hay que fijar un salario mínimo, en si hay que orientarse hacia un sistema de seguridad social a la europea.

De esta manera, se establecería una política social orientada en una economía de opulencia que, por sí sola, ha solucionado muchos viejos problemas, pero que ha planteado otros muchos, nuevos, algunos de ellos ur-

gentes. En todo caso, supondría otra nueva torcedura para las tradiciones de la civilización americana, terriblemente individualista y que respeta, sobre todo, la capacidad de un hombre para «llegar», para triunfar por sus propios medios. La intrusión del Estado en la organización de la sociedad repugna espontáneamente a todo ciudadano de los Estados Unidos. Pero, en la actualidad, es inconcebible una no-intervención del Estado.

Para ilustrar esta dificultad y la necesidad de una elección, citemos las reflexiones de algunos súbditos soviéticos refugiados después de la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos y a los que un sociólogo interroga sobre sus impresiones de recién llegados. En general, reconocen la superioridad de su nueva vida material, pero unánimemente echan de menos la asistencia médica gratuita y, más aún, la igualdad de todos ante la enfermedad como habían conocido en el pasado, en el régimen soviético. Hasta un francés descubre, del otro lado del Atlántico, el valor de su propio sistema de Seguridad Social, del que América, por muy rica que sea, no ofrece el equivalente. Un joven profesor de una gran Universidad americana cae repentinamente enfermo, con una enfermedad incurable. Ve cómo se le cierran las puertas del ejercicio de su profesión. Y, por otra parte, ha olvidado asegurarse. De ahí que se encuentre en la calle con su mujer y con sus hijos.

Muchos responsables creen que es de desear y que es inevitable la aparición de una política social americana. Al mismo tiempo, la evolución de la opinión pública favorece una toma de conciencia del problema. A pesar de lo que dice una prensa determinada, la opinión pública americana no considera ya al dinero recogido por el Estado como un castigo injusto que afecta a los fuertes, a los hábiles, a los productores de riqueza, a beneficio de los incapaces y de los perezosos. Desde el New Deal, el gobierno federal aparece «como fundamentalmente benéfico», en todos los casos necesarios.

Este inmenso cambio modifica cada vez más y disminuye la función de los Estados particulares que en el pasado eran verdaderas repúblicas autónomas. Puede también modificar profundamente las estructuras de la sociedad y de la civilización americanas. Sobre todo, desde que los Estados Unidos han revisado, también, como nación, la conciencia que tenían de su labor, de su función y de sus responsabilidades en el mundo.

III. ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO

Los Estados Unidos, al salir de una larga tradición aislacionista, acaban de encontrar al mundo. Este se les presenta como una serie de problemas nuevos y casi siempre desagradables. Si se dejaran dominar por un movimiento impulsivo y espontáneo, los Estados Unidos se atrincherarían tras de sí mismos. Pero su mismo poder les ata ineludiblemente al resto de la tierra. Una vez más, no tienen libertad de elección, en un universo que se ha vuelto demasiado pequeño y en el que, quieran o no, todas sus acciones tienen repercusiones y consecuencias mundiales.

1. Nunca se determinará hasta qué punto el aislacionismo ha sido una de las características fundamentales de los Estados Unidos. Fue engendrado, en parte, por este sentimiento, muy claro en las primeras horas de la independencia, que tenían los americanos de haber creado un mundo nuevo, totalmente diferente de la vieja Europa y mejor que ella.

Este complejo de superioridad lo denominan los psicoanalistas «rebel-
día contra los padres». Pero el aislacionismo americano surgió también espontáneamente de un pasado autóctono, independiente, construido en la inmensidad de un nuevo continente, con la seguridad que de él emanaba.

De hecho, América ha sido *libre* para ocuparse, únicamente, de lo que pasaba en el interior de su propio país, para mantener su prosperidad y construir, como una muralla de China, barreras aduaneras proteccionistas, aislacionistas y, sin temer la amenaza de los países vecinos, engrandecer su territorio sin escrúpulos ni remordimientos; a sus conquistas *territoriales* los americanos las califican de expansión; a las conquistas *marítimas* de los demás, de monstruosas empresas coloniales. En el siglo XIX, América sólo considera obligatorios los lazos que la unen con el resto del continente americano: esta solidaridad se expresa, en 1823, en la doctrina Monroe, que se puede resumir en la frase «América para los americanos». El mensaje—porque se trata de un mensaje del Presidente de los Estados Unidos—afirma, también, el desinterés de los Estados Unidos por los países europeos. Posteriormente, los dirigentes de la política americana se han solidarizado tanto con el lado negativo como con el aspecto positivo de la doctrina de Monroe.

Pero es imposible prescindir del mundo de los demás: en efecto, no se puede prescindir del comercio, de las importaciones y las exportaciones de las relaciones diplomáticas; un movimiento belicoso lleva a los Estados Unidos, en 1898, a Puerto Rico, donde se mantienen todavía, a Cuba, de donde han sido expulsados, y a las lejanas Filipinas, de las que, de hecho, todavía no se han ido a pesar de la independencia concedida al archipiélago. Por otra parte, el mundo ha entrado en ellos, con sus continuas procesiones de inmigrantes europeos, chinos y japoneses. Con una reacción natural y peligrosa, como lo ha demostrado la experiencia, los Estados Unidos cerraron sus puertas en 1921-1924 a la inmigración extranjera. Esta medida fue, quizá, uno de los acontecimientos de consecuencias más catastróficas para el mundo y para la desgraciada Europa de los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial: se había cerrado para ella, en efecto, una válvula de escape.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos, que en 1918 habían decidido la suerte de la Primera Guerra Mundial, se retiraban de la política internacional activa, inmediatamente después del Tratado de Versalles, del que, sin embargo, habían sido los instigadores y no concedían su adhesión a la Sociedad de Naciones. Dejaban al mundo en manos del falso y frágil dominio inglés, obra de arte ya desgastada, basada en las largas relaciones marítimas y con la que la guerra no había terminado, como hemos visto. Por

otra parte, entre los motivos de la intervención americana, en 1918, el más importante había sido, sin duda, el de salvar esta supremacía mundial de Inglaterra, a la que los Estados Unidos se habían acomodado y que aseguraba el porvenir de la civilización anglosajona, que era *la suya*.

Frente a la simpática personalidad de Woodrow Wilson, que se había mostrado contrario a este repliegue, frente a su fracaso, no es muy seguro que haya que hablar, como contrapartida, del éxito evidente de Franklin Delano Roosevelt, en Yalta, en Teherán, en Rabat, en estas reuniones en la cumbre que precedieron a su muerte, al final de la Segunda Guerra Mundial. Entonces, a través de una serie de compromisos, Roosevelt ató y desató un mundo cuyo porvenir es difícil de prever. ¿No ha tenido que transigir bastante ante necesidades repentinas y ante principios todavía menos válidos que los de Wilson y, con frecuencia, moralmente discutibles? El mostrarse favorable a la emancipación de los imperios coloniales es, evidentemente, actuar conforme a las reglas de la tradición americana, pero equivale a comprometer la fuerza de Occidente y a poner en tela de juicio, en un futuro más o menos próximo, a América latina, cuya vida económica tiene una dependencia colonial de los Estados Unidos. Pero Roosevelt pensaba que la paz del mundo exigía la supresión de las turbulencias de los pequeños pueblos. Había que desarmar a todos los países del mundo, salvo a los cuatro grandes de entonces: China, U. R. S. S., Inglaterra y Estados Unidos. Esta era su opinión y su deseo. Quizá Roosevelt no había podido eliminar totalmente su nostalgia del aislacionismo: su razonamiento era más o menos el siguiente: si por fuerza mayor nos vemos obligados a ocuparnos del mundo, actuemos de manera que se esté quieto...

Hemos tomado este enjuiciamiento de la actitud de Franklin D. Roosevelt de un escritor americano. Seguramente es discutible. Pero expresa una cierta óptica que, con frecuencia, es la de los occidentales no americanos. Estos testigos que no son americanos piensan que los Estados Unidos llegaron al *leadership* de Occidente sin haber tenido *a priori* conciencia de ello. Que con frecuencia han creído que la tarea no presentaba grandes dificultades—se trataba simplemente de tener sentido común y buena voluntad—y que las dificultades estaban relacionadas con los prejuicios y con el egoísmo del Viejo Mundo. Ahora bien, un buen número de sus iniciativas han resultado desgraciadas y se han escapado fácilmente de su control, demostrando sin paliativos que los créditos y los «buenos» principios no bastan para dirigir al mundo, y que el dominio basado en el comercio y en el dinero, «legítimo» desde el punto de vista tradicional de los Estados Unidos, suscita en la actualidad casi tanta desconfianza como la antigua dominación colonial, de la que, a fin de cuentas, es el equivalente. Por su parte, los americanos han creído que estos fracasos de su política mundial eran la demostración tangible de la ingratitud y de la envidia de los pueblos a los que habían socorrido o intentado socorrer.

De hecho, los Estados Unidos, como cualquier otro país, han tenido que hacer su aprendizaje, han tenido que darse cuenta de las dimensiones exactas del mundo al que durante tanto tiempo habían ignorado o querido ignorar, este mundo que para su propia seguridad se ven forzados, en la actua-

lidad, a vigilar y a dirigir en lo posible. Han tomado en serio esta labor, han reconocido ellos mismos algunos de sus errores, ya que, en efecto, es también una tradición americana, fecunda y simpática, el creer en lo que se hace y el reconocer de buena gana los errores cometidos, sin vanidad y para una mayor eficacia: cuanto antes se rectifique el tiro, más posibilidades se tienen de dar en el blanco.

Con esta intención, el Presidente Kennedy quiso rodearse de los mejores intelectuales y especialistas de la economía o de la política, a fin de que realizaran un estudio constructivo de los problemas de la actualidad. Así lo señala un periodista, y añade (21 de mayo de 1962): "Después de hacer trabajar con ahínco a los "talentos" y a los "cerebros" de los que se ha rodeado, el Presidente Kennedy ha sacado una síntesis de la suma de estas conclusiones y ha actuado en consecuencia. Sigue habiendo algunas zonas más oscuras y menos definidas. Pero, en lo fundamental, la línea que ha escogido está clara. Por primera vez desde hace mucho tiempo sabemos a qué atenernos sobre las intenciones del Presidente de los Estados Unidos." En ello no debemos ver únicamente el resultado alcanzado por la reflexión personal del Presidente o el de una clarificación, que se debe a los intelectuales y a los profesores de Harvard, llamados a dirigir su política. En realidad, en el curso de los años dramáticos y difíciles que van desde el Plan Marshall hasta la guerra de Corea y de las tensiones actuales en Berlín, Cuba o Laos, los Estados Unidos han tomado conciencia hasta el transfondo de su opinión pública, de su función mundial y de sus responsabilidades. La época del aislacionismo está ya caducada.

2. Las obligaciones del poder: De hecho, la aparición de los Estados Unidos en el primer plano mundial, en donde tienen que mantenerse, so pena de retroceder peligrosamente, es la consecuencia lógica de su prodigioso desarrollo y de su poder polifacético: económico, político, científico, militar, mundial.

En efecto, este poder, evidente después de la victoria de 1945 y del lanzamiento de la bomba en Hiroshima, ha planteado inmediatamente el problema del *leadership* europeo (y mundial), en términos de duelo. En el pasado, Europa había estado, desde siempre, dividida en dos campos enemigos cuya composición variaba según que el peligro o la amenaza vinieran de una u otra de las naciones preeminentes. El mundo vive, actualmente, de acuerdo con este viejo esquema *bipolar*, como dice Raymond Aron. No es únicamente la ideología la que separa al llamado «mundo libre» del mundo socialista; las analogías entre estos dos mundos se van multiplicando con los años: el mundo socialista está organizando, él también, su industria en unidades gigantes, mientras que el llamado «mundo libre» está dedicándose a una socialización evidente y necesaria.

El *leadership*, en la actualidad más que en el pasado, plantea, en términos de poder, una alternativa: o Washington o Moscú. Los países neutrales del «tercer mundo», los satélites de los colosos, son los espectadores de esta historia que, sin embargo, soportan; no tienen más función que la del peso muy moderado que pueden añadir a uno de los dos platillos de la balanza. Se trata, pues, de seducirlos, de atraerlos, de conservarlos, tanto como de dominarlos.

En 1945, los Estados Unidos fueron los triunfadores de la guerra y se durmieron en su superioridad, afirmada de manera trágica pero decisiva

por las bombas de Hiroshima y de Nagasaki. El 12 de julio de 1953, con las explosiones que llevan a los soviets a la terminación de su bomba H, se restablece el equilibrio. En 1957, con el lanzamiento del primer Sputnik, los soviets se apuntan un tanto decisivo, sobre todo si se tiene en cuenta que la conquista del espacio supone también la fabricación de proyectiles de muy largo alcance, hasta 10.000 kilómetros. Después, los éxitos se han alternado, en un equilibrio incierto. Los armamentos de ambas partes son cada vez más aterradorizantes y la guerra fría se alimenta del miedo recíproco que suscitan, para mayor horror y enojo de los pueblos del mundo que observan este espectáculo con los ojos muy abiertos y las manos vacías. Y es que, en efecto, aunque el juego peligroso de los dos colosos del mundo no sea ni mejor ni peor que el de la Europa de ayer, tiene un alcance mundial muy diferente, dados los terroríficos medios de los que disponen ambos contrincentes. La humanidad corre el peligro de ser aniquilada.

En todo caso, es evidente que esta lucha obsesiona a los Estados Unidos, orienta y condiciona no sólo su política sino toda su vida y su pensamiento. Esta es la razón de que el año de la bomba H rusa fuera un año decisivo en la vida americana, lo mismo que 1929, por razones diferentes, pero no menos perentorias. Esta tensión continuamente renovada afecta a los espíritus, a las imaginaciones y a los corazones. Lo deforma todo y hace vivir al país que fue el de la libertad, en una sujeción llena de desconfianza que, por lo general, es el clima de guerra. Así lo pone de relieve el éxito del maccarthysmo hace unos cuantos años, pero desde entonces la fiebre no ha desaparecido totalmente. Todo el universo corre el riesgo de verse arrastrado a esta psicosis tan enemiga del espíritu como de la felicidad de los hombres. La regla de oro de una vida mundial solidaria sería el pensar obstinadamente *con* y no el pensar *contra*; ahora bien, los Estados Unidos y la U. R. S. S. piensan obstinadamente *contra*.

Esta necesidad de denigración, de defensa inútil, debe ser incluida en el pasivo de la guerra fría, en ambos campos.

3. Para terminar, analizaremos el testimonio admirable y múltiple de la novela americana: ofrece una conclusión válida sobre la civilización que interpreta.

Sin ninguna duda, para dar una visión de conjunto habría que enjuiciar no sólo el campo literario en su totalidad, desde la poesía al teatro y al cine, sino también el arte, reservando un lugar especial a la arquitectura y a las ciencias, desde las ciencias del hombre a las de la naturaleza. El florecimiento de la inteligencia americana engloba tanto a los economistas de Harvard o de Chicago University como a los artistas, a la belleza de los instrumentos, de la técnica y de las formas funcionales de la industria americana.

Nuestra elección, puesto que es necesario elegir en este resumen demasiado breve, obedece al hecho de que, por una parte, la novela americana ha influido, desde hace veinte años, de manera importante, en la literatura europea y mundial y, por otra, a que la evolución de la novela, desde principios de siglo, pone de relieve esta crisis de la que acabamos de hablar.

La literatura americana ha sido «descubierta» por Europa a partir de 1920-1925, pero se puso de moda, sobre todo, después del final de la Segunda Guerra Mundial. Las traducciones, muy numerosas, presentadas y comentadas por escritores de la categoría de Sartre, de Malraux o de Pavese, han sido acogidas favorablemente y su influencia es tan evidente en Francia, en Inglaterra, en Italia y en Alemania, que un crítico ha llamado a este período que acaba de transcurrir «la edad de la novela americana». Incluso habría que decir, más bien, la edad del «americanismo», cuyas huellas se pueden rastrear en la música de jazz, en el baile, en la manera de vestirse de la juventud y en el arte de «cartoon»; esos dibujos humorísticos de los que el semanario *The New Yorker* ofrece los ejemplos más sabrosos.

En lo que se refiere a la novela, esta edad es fundamentalmente el descubrimiento de una «escritura» y de una técnica narrativa muy diferentes de la tradición europea de la novela psicológica. Se ha dicho que era «el arte del reportaje objetivo y desnudo», «arte fotográfico», cuya intención es mostrar y no comentar. Para introducir al lector en el universo mental de un personaje, se le hace sentir directa y brutalmente las sensaciones y las emociones de este personaje, sin intentar, en ningún momento, traducir su sentido; es el mismo procedimiento del cine, cuya influencia es aquí notoria.

Para el europeo, la novela americana se define por esta técnica, por un cierto clima de violencia y de brutalidad. «Literatura hecha por y para el cine, escribe un crítico francés, por la costumbre de las «hot news» y de la novela policiaca..., literatura brutal, ardiente, fervorosa y frenética, sin el menor refinamiento, literatura a puñetazos, que a pesar de esto y quizá a causa de ello, gusta, según los temperamentos. Es rápida y dura: en ella se mastica algo sano, vivo y fuerte, que, en la actualidad, no se puede encontrar en ninguna otra parte.» En realidad se trata de un determinado período de la novela americana, el que los americanos llaman «naturalista», que se ha desarrollado fundamentalmente entre las dos guerras y cuyos grandes representantes son Hemingway, Faulkner, Steinbeck, Dos Passos...

Ahora bien, estos hombres, de los cuales unos todavía viven y otros han muerto, nacieron todos ellos entre 1890 y 1905. Por su edad y por su obra, son de «otra generación» para los Estados Unidos de hoy día, quienes se han alejado cada vez más, desde la última guerra, de la novela «naturalista», y vuelven a una tradición más antigua de la literatura americana, pero no menos brillante y original, aunque menos conocida del público europeo, la del siglo XIX (sus grandes novelistas fueron: Melville, 1819-1891; Hawthorne, 1804-1864; Henry James, 1843-1916).

En lo que a nosotros se refiere, nos interesa el movimiento general, y lo que pueda dar a conocer de la civilización americana. Quizá haya que señalar una constante: el escritor nunca ha ocupado ni ocupa un lugar natural y respetable en la sociedad de los Estados Unidos, en la que el «hombre de letras», en el sentido europeo, en realidad no existe; el escritor americano es casi siempre un individuo, un aislado; vive al margen y, muy a menudo, se pierde en un destino trágico, después de un éxito más o menos breve. «Nunca hay segundos actos en las vidas americanas», decía uno de ellos, Scott Fitzgerald (1896-1940). Esta frase se le puede apli-

car a él mismo y a sus iguales, que rara vez han vivido su «éxito». Por lo tanto, el escritor americano es, por excelencia, un ser asocial que no se contenta con expresar su rebeldía o su malestar ante el mundo que le rodea, sino que tiene la experiencia de esta *rebelión* y la paga, cotidianamente, con la angustia y una soledad extrema. De esta manera, la evolución de la novela americana refleja inmejorablemente la de las tensiones sociales internas.

En el siglo XIX, el gran fantasma, en el segundo plano de las sombrías obras de Melville, de Hawthorne, era el puritanismo calvinista americano. Se imponía a estos autores como un tema obsesivo de la lucha trágica entre el bien y el mal, hasta cuando repudiaban, al mismo tiempo, el peso de esta obsesión. Tanto Melville como Hawthorne denuncian, en cierta manera, a la sociedad que les rodea y que les devuelve su odio con creces.

Al comenzar el siglo XX se abre paso un movimiento general contra las intranquilidades del puritanismo. Sin ninguna duda, este último se manifiesta, todavía hoy, en la fuerza de las prohibiciones sociales, que, en cierta manera, en los Estados Unidos, han tomado el relevo de las prohibiciones morales. Pero desde finales del siglo XIX, el puritanismo ha dejado de ser el símbolo de los daños causados por la sociedad. Se inicia entonces la novela naturalista a lo Zola, con tendencias socializantes. Coincide con la gigantesca expansión de poder, después de 1880.

A partir de entonces y hasta la Segunda Guerra Mundial, la sociedad industrial y capitalista, la vida "futurista" americana, fue el blanco favorito del anti-conformismo; así ha ocurrido en el caso de Sinclair Lewis, cuya célebre novela *Babbitt* (1922) es la imagen caricaturesca y terrible del hombre de negocios americano, pero también en el caso de esos exilados voluntarios que vivieron en París entre las dos guerras, es decir, de Hemingway, Fitzgerald, Dos Passos, Farrell, Miller, Katherine Ann Porter..., la "generación perdida", como la ha bautizado Gertrude Stein, su jefe de fila, cuyo salón en París fue el punto de reunión del *American abroad*. Lo mismo se puede decir de Faulkner, de Steinbeck, de Caldwell, de Wright, en resumen, de toda esta generación de "intelectuales de izquierda", a quienes apasionó y escandalizó el proceso y la ejecución, en 1927, de Sacco y Vanzetti (en esta ocasión, Dos Passos llegó incluso a ser encarcelado), la guerra de España (es famoso el libro de Hemingway, *Por quién tocan las campanas*), las agresiones de Mussolini y las controversias del New Deal; de estos hombres que ven en el socialismo la esperanza de salvación del mundo contemporáneo.

La guerra de 1940 y sus consecuencias, el principio de la guerra fría, han echado tierra sobre estas esperanzas. Los novelistas americanos han vuelto a la solidaridad con su país, constatando la inutilidad que para ellos, intelectuales americanos, suponía el sueño marxista.

La joven generación de novelistas americanos se ha alejado del realismo social. Sus preferencias van hacia la novela en la que el símbolo, la poesía y el arte por el arte recobran sus derechos. Se remiten a Henry James, a Melville y también a Fitzgerald, ese escritor tan peculiar de la "generación perdida", muerto, por lo demás, muy joven. ¿Quiere esto decir que la rebeldía y el inconformismo han dejado de ser una de las musas de la expresión literaria americana? Por un momento se ha podido creer que así era, en efecto, a causa del retorno al nacionalismo que ha seguido a la guerra y de la aparición de una generación de escritores universitarios y, por tanto, instalados en la seguridad y que se identificaban de buena gana con su propia civilización. Pero, simultáneamente, aparecía la generación de los *beatniks*, de los jóvenes intelectuales, en total ruptura con los imperativos de la sociedad que les rodea, al igual que sus mayores de la "generación perdida", pero con una resonancia muy distinta. A los hombres de los años 25 o 30

que creían en el porvenir del socialismo, han sucedido estos que sólo ven un refugio contra la angustia, en el arte, en el alcohol y en la droga, siendo su tema principal la soledad, la "incomunicabilidad", en un mundo desprovisto de todo sentido.

Pero también es verdad que América vive con adelanto sobre la modernidad. Es el país del futuro y esto, por lo menos, es para ella una garantía de esperanza, una prueba de su vitalidad, de sus numerosos recursos que, probablemente, le abrirán las puertas de un nuevo optimismo, de un resurgir de confianza en sí misma. Claude Roy escribe en *Les clefs pour l'Amérique*: «América es una de las tierras del mundo en donde—a pesar de todo—continúan afirmándose los posibles del hombre... Al volver de los Estados Unidos se está totalmente seguro de que puede nacer un nuevo hombre, más seguro de sus poderes, más penetrado por una felicidad terrestre, sabia y concreta. Es fácil reírse de las neveras y de las vitaminas, de la ganga de las máquinas... Pero no creo que sea posible reírse de un determinado tipo de americano en quien se concreta ya un arte de vivir y de subordinar a los poderes del hombre lo que había creído que eran sus inevitables fatalidades.»

ESTADOS UNIDOS DE 1962 A 1965

Para los Estados Unidos, estos últimos años han sido dramáticos. El asesinato del Presidente Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, conmovió al mundo entero. El advenimiento al poder del Presidente Johnson, precedió en unos cuantos meses a la campaña electoral en la que, por primera vez, la personalidad, el programa y los extremismos de su adversario, el senador Goldwater, han sorprendido y escandalizado a la opinión pública mundial. El partido republicano ha salido disminuido y dividido de la experiencia. Por otra parte, el problema negro, que reviste caracteres más dramáticos, continúa agravándose incesantemente. La activa minoría de los musulmanes negros impone al subproletariado de color sus consignas de violencia. Se apoya en el Islam y en el Corán y preconiza la formación de un Estado negro, separado, en el Sur.

Sin embargo, el drama exterior continúa siendo de una gran violencia: la historia del mundo está determinada por los Estados Unidos, y así lo demostraron tanto la crisis del Caribe, en septiembre de 1962, como los incidentes del Golfo de Tonkín, en agosto de 1964. El gobierno del mundo implica una serie de acuerdos, de disgustos y de conflictos.

NOTAS Y DOCUMENTOS

La gran cantidad de bibliografía que tenemos a nuestra disposición sobre los Estados Unidos pierde muy pronto su actualidad y su vigencia. Este es el caso del libro clásico de André Siegfried, *Les Etats-Unis d'aujourd'hui*, Colin, 1927, revisado y actualizado en el *Tableau des Etats-Unis*, Colin,

1954, y que continúa siendo, con mucha diferencia, la mejor obra de conjunto, en lengua francesa, sobre este tema. Respecto del pasado de los Estados Unidos, un resumen de una claridad perfecta lo ofrece la *Histoire des Etats-Unis*, P. U. F., colección «Que sais-je?», 1961. Se puede completar su información con la del manual de Faulkner, *Histoire économique des Etats-Unis*, P. U. F., 1958, 2 vols. En la actualidad, las obras más importantes son: Richard Hofstadter, *The American Political Tradition*, Vintage Books, 1955; Claude Julien, *Le Nouveau Monde*, 2 vols., Julliard, 1960; Max Lerner, *La civilisation américaine*, Ed. du Seuil, 1961; de J. K. Galbraith, *L'ère de l'opulence*, Calmann-Lévy, 1961, y, sobre todo, *Le capitalisme américain*, 1956.

Recordemos el número especial de la revista *La Table Ronde*, de septiembre de 1956, consagrado al «Tableau de la civilisation américaine», el libro de Claude-Edmonde Magny, *L'âge du roman américain*, Ed. du Seuil, 1948, y el sustancial *Panorama de la literatura contemporánea de los Estados Unidos*, de John Brown, cuya 17.ª edición ha sido publicada por Gallimard en 1954. Recomendamos igualmente los apuntes de cátedra de Louis Girard, «Histoire Sociale des Etats-Unis de 1865 à 1940», *Centre de Documentation Universitaire*.

1. Una América proletaria en la época de la pesca de la ballena.

Extracto de «*Moby Dick*», de Hermann Melville, 1851. (Traducción española de Fabricio Valserra, Barcelona, Luis de Caralt, Ed., 1943, páginas 62-64.)

«En todo puerto de mar importante las calles vecinas al mar ofrecen a la vista seres extraños venidos de lejos y que pueden identificarse. Hasta en Broadway y Chestnut Street, se ven marinos del Mediterráneo codearse con señoras un poco asustadas; tampoco Regent Street es desconocida de los lascars y los malayos. En Bombay, en el Apollo Green, yanquis de carne y hueso han asustado más de una vez con su presencia a los indígenas. Pero lo que sucede en New Bedford no tiene punto de comparación, pues se ven allí auténticos canibales charlar en todas las esquinas. El viajero se queda boquiabierto contemplando verdaderos salvajes, algunos de los cuales llevan aún sobre sus huesos carne impía.

Pero además de los fidjianos, de los tongatoboos, erromangoanes, pan-nangianos y brighanes, además de los ejemplares especializados en la pesca de la ballena, se ve por las calles, sin que nadie les preste mayor atención, algo más curioso, y seguramente más cómico. Llegan todas las semanas a esta población, procedentes de New Hampshire, unos novatos sedientos de la gloria y provechos de las pesquerías. Se trata en general de jóvenes robustos que han derribado con el hacha bosques enteros y que se proponen cambiar el hacha por el arpón. Algunos de ellos son de un candor increíble, y a veces dan la impresión de que han nacido hace tan sólo un par de horas. Ved, si no, allá abajo aquel muchacho altivo que dobla la esquina. Lleva un sombrero de fieltro y una levita que aprieta un cinturón del que

cuelga un cuchillo dentro de su vaina. Ved allí a otro con sombrero encerrado y una capa.

Ningún presumido de la ciudad puede compararse a uno del campo; quiero decir a uno de esos rústicos que, en plena canícula, se ponen a segar con guantes en las manos por miedo a que se les hagan callos. Y cuando a uno de estos presumidos del campo se le mete en la cabeza conquistar gloria y dinero, enrolándose en la pesca de las ballenas, hay que ver las cosas que llega a hacer antes de que logra embarcar. Ante todo, empieza por encargarse un uniforme de marino con botones dorados en el chaleco y correas en el pantalón de lona. ¡Ah! ¡Pedazo de heno! ¿No ves que todo se va a ir al diablo al primer aullido de la tempestad? Botones, correas y tú mismo vais a volar impelidos por la furia del huracán.

Pero no se vaya a creer que esta ciudad célebre sólo puede mostrar a los visitantes arponeros, caníbales y catetos, ¡de ninguna manera! Además de todo esto, New Bedford es algo muy singular. Salvo para nosotros, balleneros, ese rincón del mundo ha sido tenido por algo tan terrorífico como la costa del Labrador. Algunos lugares de su campiña bastan para asustar, tan descarnados aparecen. Pero la ciudad es, quizá, el rincón en donde mejor se vive de toda Nueva Inglaterra. Se trata de un país de aceite, es verdad, pero no a la manera de Canaan; tierra del vino y de trigo, pero la leche no corre por las calles y, en primavera, no se ven éstas empedradas con huevos frescos. A pesar de todo, no encontraréis en toda América mayor número de casas patricias, ni jardines, ni parques más espléndidos que los de New Bedford. ¿De dónde han salido? ¿Cómo han sido plantados en este terreno que antes era tan sólo una escoria rocosa?

Id a ver, irguiéndose en torno a aquellas altivas mansiones emblemáticas arpones de hierro; ellos os informarán. Sí, todas estas casas orgullosas, todos estos jardines floridos han salido del océano, ya sea del Atlántico, el Pacífico o el Indico. Cada uno ha sido arponeado y arrastrado desde el fondo de los mares hasta aquí. Ni el gran Alejandro se hubiese sentido capaz de emprender una aventura parecida.

Se asegura también que en New Bedford, los padres dotan a sus hijas con una ballena y que llevan también como regalo algunas marsopas a sus nueras. No hay como ir a New Bedford para asistir a una boda brillante; existen allí tales reservas de aceite en las casas que, cada noche, se queman sin escrúpulos enormes cantidades de velas de esperma de ballena.

En verano, la ciudad ofrece muy buen aspecto. Las largas avenidas están bordeadas por magníficos arcos verde y oro, y, en agosto, los bellos y generosos castaños ofrecen a los transeúntes sus conos afilados y llenos de apretadas flores, como candelabros. Del mismo modo el arte, que es omnipotente, presta magníficas terrazas llenas de gayas flores en muchos sitios en que, durante el último día de la creación, fueron lanzadas unas rocas de desecho.

En cuanto a las mujeres, florecen allí como las propias rosas rojas del país; pero las rosas sólo florecen en verano, mientras que la fina encarnadura de la tez de las mujeres de New Bedford es tan permanente como lo es en el cielo la luz del sol de septiembre. Este resplandor no ha sido igua-

lado en parte alguna excepto en Salem, en donde, según parece, las muchachas exhalan tal fragancia que sus novios las sienten desde varios kilómetros lejos de tierra, lo mismo que si se acercaran a las odoríferas Molucas en vez de hacerlo a nuestras playas puritanas.»

2. A propósito del mito de la "frontera".

Mito utilizado o, mejor dicho, vuelto a utilizar (1932) por el historiador F. J. Turner; ahora bien, no todo puede explicarse por esta frontera que va avanzando progresivamente y, en todo caso, hay que relacionarla con las otras fronteras análogas a través de toda la historia del mundo. Entre la bibliografía sobre este tema es de destacar el largo artículo de Dietrich Gerhard, «The frontier in comparative view», *Comparative studies in Society and History*, núm. 3, marzo de 1959.

3. Los partidos políticos.

Notas sobre los dos partidos políticos americanos (republicano y demócrata), según un artículo de Roy C. Macridis, *Informations et Documents* (Revista bimensual publicada por el Centro Cultural Americano), 1 de junio de 1962.

«Para el observador extranjero de la vida política americana, la institución de los dos partidos políticos resulta totalmente desconcertante. Como los ingleses, tenemos dos partidos, pero en ambos se agitan con entera libertad una multitud de fuerzas y de grupos regionales, económicos e ideológicos. También tenemos jefes de partidos. A veces son elegidos presidentes de los Estados Unidos, pero no siempre tienen asegurado el apoyo de su propio partido en el Congreso. Tenemos programas en los que cada partido expone sus objetivos, pero que nadie, incluidos los mismos electores, toma en serio. Y lo que es aún más desconcertante, los programas de ambos partidos difieren entre ellos tan poco a los ojos de los europeos, como la Coca Cola de la Pepsi Cola.

No obstante, todos los años ambos partidos juegan el juego político con una habilidad consumada; escogen a cientos de miles de candidatos que serán elegidos para las diferentes funciones públicas en los ayuntamientos, en los condados, en las ciudades, en los Estados y en la Federación (en total, cerca de 750.000 cargos); presentan miles de resoluciones y de leyes, vigilan la labor de los funcionarios encargados de los diferentes servicios provinciales, municipales y nacionales, dedican innumerables horas a informarse sobre la gestión de estos mismos funcionarios a los que han hecho elegir, plantean debates y, con frecuencia, toman decisiones sobre los problemas de los que depende la vida misma de la nación: defensa nacional, política exterior, leyes económicas y sociales.

Cada cuatro años, los delegados del Partido se reúnen con vistas a escoger su candidato para lo que se ha llamado «el cargo más temible y más solitario que existe en el mundo»: la presidencia de los Estados Unidos. Si a esto se le llama juego, es evidentemente un juego muy serio, ya que

el bienestar de la nación, su seguridad, su porvenir, lo mismo que el destino de todo el mundo occidental, dependen de él.

En Europa, el hombre de la calle no es el único en sentirse desorientado por el comportamiento de nuestros partidos políticos. Al igual que él, algunos especialistas eminentes, tanto americanos como extranjeros, han perdido la esperanza de comprender algún día este comportamiento. James Bryce, uno de los observadores británicos más enterados de la política de los Estados Unidos, ha calificado a los partidos políticos americanos de «frascos vacíos con etiquetas diferentes». Un antiguo presidente de la Asociación Americana de Ciencias Políticas ha llegado a comparar a nuestros partidos con uno de estos ejércitos llamados mejicanos, en donde no hay más que generales.

En un estudio que esta Asociación les ha dedicado, se critica duramente a nuestros partidos por su falta de disciplina y de sentido de la responsabilidad; algunos observadores de la política americana han llegado incluso a recomendar una revisión de nuestra Constitución, con la única finalidad de conferir al Presidente el derecho de disolver al Congreso y de recurrir a todo el electorado, en el caso de que algún conflicto le enfrentara con las Cámaras; algo así como la «disolución automática» preconizada en Francia por Paul Reynaud.

Sean cuales sean estas observaciones, los partidos existen, y puesto que toda sociedad produce las instituciones que más le convienen, siguen desempeñando una función acorde con todas las necesidades del cuerpo político.

Los partidos americanos parecen extremadamente descentralizados: los cincuenta comités ejecutivos de los Estados y los miles de comités locales son mucho más poderosos que el comité nacional del Partido Republicano o del Partido Demócrata. Ellos toman la mayor parte de las decisiones. Ellos designan los candidatos del partido para las elecciones presidenciales, sin tener en cuenta al comité nacional; engrosan su propia caja y, con frecuencia, anteponen sus intereses políticos particulares a los nacionales. Son «independientes» y, como tales, no pueden ser controlados por el comité nacional.

Ninguno de los dos partidos está sometido a la dirección de un comité central organizado. Actualmente, el presidente Kennedy es, sin discusión, el dirigente del Partido Demócrata, pero un dirigente cuyos amigos, en el Congreso, miran hacia cinco o seis lados diferentes, para buscar inspiración y directivas: hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Far West y el Middle West, hacia las ciudades y hacia el campo, del lado de los trabajadores y del lado de los hombres de negocios.

Su mirada se posa, sobre todo, en una dirección muy determinada, rara vez la que desea el Presidente: en su Estado o en su circunscripción, con los cuales se sienten obligados. Quizá el presidente Eisenhower no exageraba cuando resumía este estado de cosas con estos términos expresivos: «Recordemos, decía, que no hay en los Estados Unidos partidos nacionales; hay cuarenta y ocho partidos para los cuarenta y ocho Estados; yo, por mi parte, sería incapaz de afirmar que este Estado es republicano y que este otro no lo es.»

El poder del Presidente sobre su partido y sobre el Congreso ha disminuido por la desaparición de hecho (aunque muchos europeos crean otra cosa) de lo que se llamaba el «Spoils System», literalmente, sistema de los despojos. Hasta principios de siglo, el Presidente disponía de cientos de miles de empleos públicos, que prometía a sus partidarios y amigos. Los ponía a disposición de los miembros del Congreso, a los que, de esta manera, podía atar corto. Ya no ocurre así. Todos los empleos públicos están ahora comprendidos en la función pública federal que ofrece a todos los funcionarios las mismas garantías.

La opinión que tienen los observadores extranjeros de la estructura de nuestros partidos políticos es, en pocas palabras, la siguiente: carecen de cohesión y de dirigentes, están extremadamente descentralizados, son el resultado de coaliciones de intereses locales, son, con frecuencia, incapaces de una acción eficaz para cumplir sus promesas y, sin embargo, parece que participan de los mismos ideales y de las mismas directivas políticas generales.

CAPITULO XXIII

A TRAVES DEL UNIVERSO INGLES

Desde el siglo XVII hasta 1914, por lo menos, Londres ha sido el centro del mundo. Una rápida visita a la ciudad evoca hoy esta época de esplendor: Buckingham Palace, St.-James Palace, Down Street, el Stock Exchange, los grandes muelles, los "docks" en los meandros del Támesis. Todos estos testimonios permanecen vivos. La isla inglesa se ha extendido más que cualquier otra región de Occidente, por los lejanos mares. Todo el mundo ha admirado este éxito inmenso. La vida de Rudyard Kipling transcurrió entre la India, una casa en Africa austral, un rancho canadiense y Egipto... Tenía razón en creer que sólo se podía comprender a Inglaterra desde lejos, desde sus márgenes imperiales y guerreros y, en particular, desde la India. Quizá sea esta la razón por la que uno de sus amigos franceses, al llegar a Argel, un día del año 1930, le telegrafió diciendo: "Llegado a Argel voy a poder, por fin, comprender a Francia."

De la Inglaterra imperial queda tan poco como de la Francia imperial. Pero, para los ingleses, la idea de Imperio conserva una fuerza particular. Explica una serie de estructuras y de reflejos políticos. De ahí el carácter trágico de la elección que tiene planteada Gran Bretaña: ¿Commonwealth o Mercado Común? Preferir a este último equivale a unirse a una Europa de la que siempre se ha mantenido "espléndidamente" aislada, a renunciar a sus antiguas y propias dimensiones mundiales que en el pasado constituyeron su orgullo, a una de sus tradiciones más arraigadas.

I. EN EL CANADA: FRANCIA E INGLATERRA

Inglaterra perdió «América», pero conservó el Canadá e, incluso, lo completó desde el Atlántico hasta el Pacífico (*a mari usque ad mare*).

Las fechas fundamentales de esta instalación y de este desarrollo son: 1759, derrota y muerte de Montcalm en las murallas de Québec; 1782, llegada a Ontario y a las Provincias Marítimas de los «leales» americanos, quienes se mantuvieron fieles al rey de Inglaterra después de la independencia

de las colonias sublevadas; entre 1855 y 1885, prosperidad creciente de las Provincias Marítimas pobladas de ingleses, al tomar el relevo sus marineros y sus veleros de los marineros de los Estados Unidos en el Atlántico; en 1867, fundación, después de muchos avatares, del Dominio del Canadá (Ontario, Québec, Nueva Escocia y Nuevo Brunswick). Más tarde serán incorporados al Dominio: en 1870, Manitoba; en 1871, la Colombia británica y, posteriormente, en 1873, la isla del Príncipe Eduardo (séptima provincia). El Canadian Pacific Railway, construido desde 1882 a 1886 «a ras de la frontera de los Estados Unidos», hace posible la colonización de la Pradera, de la que son eliminados los «mestizos» de canadienses franceses y de indios. La colonización, realizada a partir de una población bastante heterogénea, se lleva a cabo aquí de la misma manera que en el Oeste americano y constituye dos provincias más—Alberta, Saskatchewan (1907)—convirtiéndose Terra Nova, a raíz del plebiscito de 1948, en la décima y última asociada.

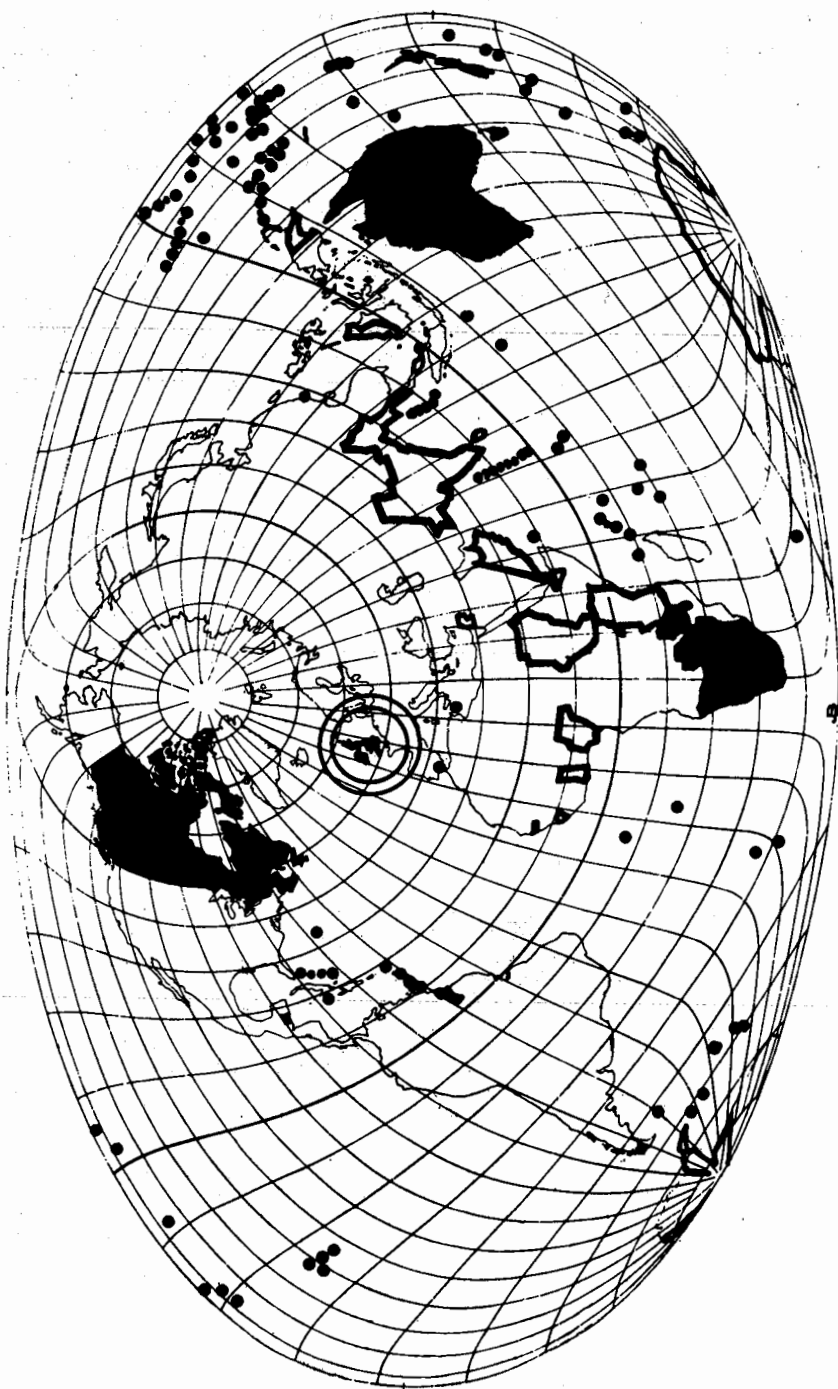
1. El Canadá francés representa actualmente la tercera parte de la población del país, es decir, aproximadamente 6 millones de personas. Limitado (si se puede decir) a la inmensa provincia de Québec, se extiende, en suma, por los límites orientales del Canadá, el estuario, el valle bajo y medio del San Lorenzo. A pesar de estar rodeado por todas partes, sus raíces francesas son muy hondas.

Estos franceses son los descendientes de 60.000 campesinos del Oeste de Francia, desparramados entre el San Lorenzo y el Mississipi, y abandonados por el Tratado de París en 1763. Consiguieron mantenerse en la provincia de Québec, donde han arraigado poderosamente. El canadiense francés es un agricultor y no un granjero como su compatriota de origen inglés. No sintió la fiebre del Oeste, emigró con una relativa lentitud hacia las ciudades, y sólo se dejó seducir tardíamente por la llamada de las fábricas de Nueva York o de Detroit. Constituye una raza viva, simple y alegre.

El Canadá británico, que se constituyó hacia el Oeste, ha mantenido alejados a los canadienses franceses de las grandes aventuras en el corazón del continente y, en cierto modo, les ha rodeado: las provincias marítimas, los Estados Unidos y, por último, Ontario, rodean a la provincia de Québec y la transforman en una especie de territorio insular. El Canadá francés lo ha consentido: se ha aferrado a sus tierras, se ha mantenido fiel a su clero que, en verdad, le salvó después de 1763 y, por último, a su lengua, que en lo fundamental es el francés del siglo XVIII. Hoy día se presenta como una sociedad y una civilización cerradas en sí mismas, fundamentalmente campesinas, conservadoras, con un clero poderoso que ha defendido y ha mantenido la tradición y difundido la cultura de tradición clásica.

La ruptura con Francia en 1763 fue experimentada como una herida que todavía duele, como un abandono que no tiene excusas. En consecuencia, Canadá perdió todo contacto con el «viejo país», con la Francia de ayer y de hoy. Las relaciones no son siempre afortunadas. En efecto, Francia ha evolucionado desde el siglo XVIII: ha pasado por la experiencia de la Revolución, de la República y del laicismo y fomenta un catolicismo social de vanguardia, revolucionario a su manera.

EL UNIVERSO INGLES



Como tantas veces se ha repetido, el *Canadá francés* comprende mal estas innovaciones, se asombra de ellas y las desecha. Y, no obstante, él también evoluciona. Tampoco su *civilización católica y campesina* permanece igual a sí misma. Se abre a un progreso necesario e inevitable, sus Universidades están realizando actualmente un inmenso esfuerzo de modernización y de apertura a las diferentes ciencias del hombre. Y no cabe duda de que este movimiento está animado por un espíritu de tenaz resistencia al otro Canadá, al inglés, y, de hecho, a la "americanización".

2. Los canadienses ingleses representan, aproximadamente, la mitad de la población (48 por 100). Han asimilado plenamente la "american way of life" (que, por lo demás, también afecta al Canadá francés). Constituyen una segunda América.

En Toronto, la principal ciudad canadiense, vuelta hacia el Sur, la americanización es manifiesta, envolvente, en las casas, en los apartamentos, en los muebles, en la cocina, en la educación de los niños, abandonados a sus iniciativas y a sus libertades desde muy pronto, siendo los juegos de boy-friends y de girl-friends una prolongación y una repetición de las costumbres de la vecina América. Más aún, el mundo de los negocios, poderoso y activo, está organizado a la americana. En resumen, este Canadá anglosajón tiende, naturalmente, hacia su poderoso vecino, después de haberse separado de la lejana Inglaterra; los inmigrantes de la última hornada, venidos de países diversos, ajenos al mundo anglosajón, establecidos, sobre todo, más allá de Ontario, son objeto, ellos también, de la misma atracción. Por último, lo que preserva la independencia del Canadá son sus antinomias internas, sobre todo las tensiones subyacentes entre anglosajones y canadienses franceses, nunca borradas por el crecimiento general de la economía y el bienestar que propaga.

El Canadá, en efecto, es una «potencia internacional» (18 millones de habitantes, crecimiento anual de 28 por 1.000, casi 9 millones de kilómetros cuadrados, es decir, seis veces Francia), es una economía en pleno desarrollo, apoyada en multitud de recursos naturales y en inmensas reservas de energía hidráulica. De ahí que se instale, por todas partes, una industria de tipo americano, con, sin embargo, una supervivencia de antiguas formas económicas: así, por ejemplo, la explotación forestal, con los inmensos ríos obstruidos por los troncos de árboles.

Añadamos que el Canadá es una nación independiente: su fidelidad a la Corona británica es sólo un lazo teórico y el gobernador que la representa, cuyos poderes son ilusorios, es un canadiense.

Estas verdades teóricas y políticas no suprimen las tensiones, queridas o no, que aíslan al Canadá francés. Se puede comprobar que este último es explotado por las cadenas de bancos, de hoteles y de tiendas «inglesas» en Montréal, la mayor ciudad francesa del mundo después de París, pero en la que el inglés es utilizado como idioma de negocios.

En todo caso, estos agravios económicos de un Canadá pobre, el francés, frente a un Canadá rico, el inglés, no son fundamentales en una oposición constituida, sobre todo, por la repulsa de una civilización por otra. Es lógico que resulte chocante la constatación de que el Canadá, al lado de los

Estados Unidos, ejemplo prodigioso de asimilación rápida y total, no haya podido, en el curso de dos siglos, con los 60.000 franceses, aunque éstos, desde entonces, se hayan multiplicado por cien. Quizá al eliminarles, no siempre intencionadamente, de la conquista del Oeste, los ingleses hayan contribuido a la constitución en una comunidad cerrada de esta población agrícola y, por tanto, tradicionalista *a priori*, poco permeable a las influencias exteriores. En todo caso, hoy igual que ayer, el foso que existe entre los dos grupos, continúa siendo profundo.

Pero es un problema diferente saber si este foso abierto puede llegar a tomar el día de mañana, al amparo de una época que favorece todas las reivindicaciones «nacionales», una forma política. Sin duda, los hay que hablan de independencia y hasta dan fechas para ella: 1964, 1967... Existe una «Alianza Lorenziana» manifiestamente nacionalista, pero se presenta, sobre todo, como un «movimiento de educación nacional», y uno de los dirigentes declaraba en 1962: «No somos un movimiento de masas.» De hecho, existe una Francia canadiense que se obstina en vivir y en sobrevivir, pero el verdadero problema estriba en que, en el gigantesco mundo americano, sea posible que 6 millones de hombres puedan organizarse razonablemente en unidad política y económica, verdaderamente independiente.

II. AFRICA AUSTRAL: HOLANDESES, INGLESES Y NEGROS

En Africa del Sur, tradicional etapa marítima en la ruta de las Indias, fundamental en el pasado para los veleros, los ingleses se instalaron en 1815, sustituyéndose o imponiéndose a los holandeses, que se habían establecido desde hacía más de un siglo (1652), lo mismo que en 1763 se habían impuesto a los canadienses franceses. El resultado ha sido una serie de conmociones y de fuertes tensiones, un dramático destino que culmina, pero que no termina, en la *Guerra de los Boers* (1889-1902).

El Africa blanca, expuesta a estas violentas querellas internas y, también, a la llegada a su costa oriental de inmigrantes indios (entre ellos, antes de 1914, el abogado Gandhi), se tiene que enfrentar, sobre todo, con la poderosa intrusión de los negros. El drama, planteado en términos claros y violentos, desgraciadamente sólo está en sus principios. El desencadenamiento de la tempestad tendrá lugar en el futuro.

1. El desarrollo de la «frontera», en el sentido americano de la palabra, es el hecho dominante del destino de Africa del Sur. Esta frontera sólo puede ser comprendida si se pone en relación con las fronteras en movimiento de los Estados Unidos, de Brasil, de Argentina, de Chile, de Australia, de Nueva Zelanda. La que ha predominado aquí ha sido la historia mundial, y no tanto la historia africana y local.

En Africa del Sur, la frontera existe desde los primeros pasos de una colonización medida y prudente, desde que se establecieron contactos en-

tre los blancos (casi inmediatamente acompañados de esclavos de color) y las tribus, tanto de bosquimanos, hacia el desierto de Kalahari, como de bantúes, de diferentes nombres, hacia el Norte y el Este, tribus de pastores dispuestas a trocar sus animales por hierro, cobre, tabaco y pacotilla. Esta frontera se fue desplazando poco a poco hasta más allá de El Cabo, y se aleja cada vez más de la ciudad naciente a través de un país seco y prácticamente vacío, ya que los cafres no fueron en ningún momento, a pesar de sus robos de ganado y de sus peligrosas incursiones, unos adversarios capaces de poner en peligro a la pequeña colonia blanca.

Esta da un salto decisivo hacia el Natal, el Transvaal y Orange, pero sólo a partir del «Gran Trek» de 1836. Cuando se analizan las razones de esta expansión, se captan los aspectos y los problemas de este primer auge.

El elemento motor ha sido, más que la misma ciudad de El Cabo, durante mucho tiempo insignificante, el atracar los barcos en su puerto o, más al Norte, en la bahía de Saldanah, navíos compradores de víveres y, sobre todo, de víveres frescos, cuyas tripulaciones desembarcaban dejando en el hospital a los enfermos víctimas de escorbuto... El interés mediocre de la producción de trigo (se podía encontrar trigo más barato en las Indias, en Surate o en Bengala) y del vino (el vino de El Cabo tenía muy mala reputación, por cierto, merecida) estimuló a los campesinos a dedicarse a la producción mucho más remuneradora de la carne. Se dedicaron a vender animales muertos o, a pesar de las prohibiciones, animales vivos, bueyes y ovejas... La ganadería suponía muchos menos gastos y producía más. Y, además, las distancias no representaban un obstáculo para ella, como en el caso del trigo o del vino, ya que el ganado venía por su propio pie hasta el puerto.

De ahí que, a partir del siglo XVIII, los ganaderos retrasen la frontera y vayan penetrando en el interior. Dicho movimiento continúa en el siglo XIX, acelerándose o calmándose según los barcos que hacían escala en El Cabo. Las guerras franco-inglesas del siglo XVIII proporcionaron una magnífica oportunidad de prosperidad y de buenos negocios.

Pero esta expansión también tuvo razones políticas. En 1815, Inglaterra había hecho su aparición en Africa del Sur. En 1828, el gobierno inglés de El Cabo colocaba, por la célebre 15.^a Ordenanza, en pie de igualdad ante la ley a los hombres blancos y a los de color. Más aún, en 1834 fue abolida la esclavitud en el Imperio británico, contra indemnizaciones consideradas insuficientes (en 1828 había 55.000 blancos, 32.000 esclavos y 32.000 negros libres). Estas medidas, junto con una invasión de los cafres en la frontera en este mismo año de 1834, determinaron, dos años más tarde, el gran movimiento, el *gran Trek* que iba a llevar a los *Boers* (campesinos) o *Voortrekkers*, hasta las extensas llanuras herbosas del Orange y del Transvaal, que se constituyeron en Estados independientes, reconocidos por Inglaterra en 1852 y 1854; por el contrario, diez años antes, Gran Bretaña había anexionado, pura y simplemente, al Natal.

La gran expansión, cuyos principios señala el *gran Trek*, ha sido el acontecimiento más importante de la historia de los *Afrikaaners*, y se puede comparar a la conquista del Oeste en los Estados Unidos. Dio lugar a una inmensa dispersión de la población blanca y multiplicó las ocasiones de relación y de conflicto con las poblaciones negras, en particular con las

tribus federadas de los zulúes, quienes, por su parte, estaban extendiéndose hacia el Sur y no fueron contenidos hasta 1879.

2. Inglaterra no había aceptado sinceramente la independencia de las Repúblicas boers, aunque la reconoció de nuevo formalmente en 1884. El resultado fue la famosa guerra de los Boers.

El descubrimiento de las minas de oro y de diamantes de la Wiatersrand había provocado un nuevo conflicto. Cecil Rhodes, gobernador de El Cabo, y representante al mismo tiempo del imperialismo británico y de los intereses de las sociedades mineras (fue el fundador de la De Beers), precipitó la ruptura, rodeando a las dos repúblicas mediante la instalación de sociedades en el Bechuanaland y en Rodesia, provocando los incidentes a propósito de los extranjeros atraídos por el trabajo de las minas y organizando, en 1895, la expedición del doctor Jameson, mero acto de piratería.

No obstante, la guerra declarada no estalló hasta octubre de 1899 y, en un primer momento, fue desastrosa para las fuerzas inglesas. Pero, finalmente, acabó siéndoles favorable, gracias a la instalación de campos de concentración, a costa de una prolongada lucha contra unas guerrillas implacables. Ocho años después de la rendición y de la anexión de las dos provincias (31 de marzo de 1902), el gobierno inglés devolvía a los vencidos sus libertades y creaba el Dominio de la Unión Sudafricana (1910).

3. El drama del "apartheid" es hoy el problema esencial.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, el Africa Austral se encuentra en pleno auge industrial y urbano. Pero este auge no hace sino agravar los conflictos humanos que la amenazan.

Hoy día, los colonos holandeses y los otros calvinistas, descendientes de refugiados franceses, llegados a El Cabo desde el siglo XVII, son, ante todo, campesinos, propietarios de granjas muy extensas (la media es de 750 hectáreas), en las que los rendimientos son, por lo general, bajos a causa de las condiciones climáticas y de la pobreza del suelo. Además, sólo un 4 por 100 de la superficie del país ha sido puesta en cultivo. Es necesario, en la actualidad, pasar de un cultivo extensivo a una agricultura intensiva y, para disminuir la mano de obra estacional, amontonada en barracas (*compounds*) semejantes a las de las minas de oro y de las industrias, mecanizar la agricultura al máximo. Además hay que utilizar abonos y terminar con el monocultivo del maíz todavía vigente en grandes espacios, establecer la rotación de cultivos, asociar la ganadería a la agricultura y terminar con sistemas de ganadería demasiado primitivos. Todo esto exige mucho tiempo, empréstitos e inversiones y, por último, el mantenimiento de las grandes explotaciones, las únicas capaces de sufragar gastos tan importantes.

Estos grandes propietarios, rudos, a veces violentos, se acuerdan con nostalgia de tiempos pasados, antes de la llegada de los ingleses, cuando todo se desarrollaba en un «clima bíblico», cuando tenían a su alrededor esclavos dóciles, nacidos para servir.

Todos ellos son descendientes de los *Boers*, hablan el *afrikaan*, derivado del holandés, y se oponen a los ingleses, casi tan numerosos como ellos, pero que viven en las ciudades y han sido los creadores de la industrialización, de la que sacan grandes beneficios.

Hasta 1939, los ingleses y los afrikaneers han intentado vivir en armonía, hacer un frente común contra los temibles problemas que les planteaban los hombres de color. Pero el buen entendimiento político quedó roto con el éxito reciente del doctor Malan y de un nacionalismo intolerante que propugna al mismo tiempo la «afrikaneerización» de los elementos ingleses y una política de segregación racial absoluta respecto de los negros, el *Apartheid*.

En 1961, la Unión Sudafricana abandonó la Commonwealth al no querer asociarse Inglaterra a la peligrosa política racial de la Unión, que ha suscitado por todo el mundo indignación y reprobación. Esta política es, sin duda, desesperada. El auge mismo de la población y de la economía acaba de dramatizar aún más sus supuestos. Las cifras son muy expresivas: en 1962, de 15 millones de habitantes, había 10 millones de negros, 3 millones de europeos, 1,5 de mestizos—los «bastardos»—, 0,5 por 100 de asiáticos. Los blancos representan, pues, el 20 por 100 del conjunto, y la masa humana en su progresión respeta esta proporción con una muy ligera desventaja para los blancos.

La política de los blancos respecto de los negros y de los amarillos (estos últimos sólo existen en el Natal) ha sido siempre de un egoísmo atento y eficaz. El resultado de las medidas legislativas tomadas a este respecto parece constituir un dique en continua reparación y ajustado al contra-movimiento que quiere equilibrar. Su finalidad es alejar a los negros (e incluso a los amarillos) de ciertas regiones, prohibirles el derecho a la propiedad y mantenerles en territorio indígena (Native Reserves), conteniéndoles al mismo tiempo que protegiéndoles. Ahora bien, por una parte no les es posible a los negros vivir en tierras pobres desgarradas por la agricultura primitiva que practican y en donde falta el espacio; por otra parte, la agricultura de los blancos necesita una mano de obra, y todavía la necesita más una industria en plena expansión, que, por lo demás, ha sido concebida para una producción de masas y una mano de obra primitiva inexperimentada. El resultado, contra el que se alza la apasionada política del Apartheid, es que se está produciendo "una invasión del territorio del hombre blanco". Los negros son más numerosos que los blancos en Durbán o en Johannesburgo y su salario es de 17 a 40 por 100 inferior.

Para poner término al movimiento de las masas de negros que salen de las *Native Reserves*, África del Sur trata de: a) mejorar el rendimiento de la agricultura indígena, organizando una enseñanza especializada; b) industrializar estas reservas o sus fronteras inmediatas, pero están claras las consecuencias económicas que tendría semejante política: equivaldría a privar a la industria de los blancos de una mano de obra barata, al mismo tiempo que organizaba contra sí misma una temible competencia.

El problema de las *Native Reserves* está también relacionado con la suerte de los protectorados ingleses de Swaziland, Bechuanaland y Basutoland. Su transferencia a la Unión, prevista para 1910, nunca ha sido llevada a cabo. Y las posiciones respectivas de África del Sur y de Inglaterra no facilitan la solución del litigio.

En resumen, «desde muchos puntos de vista, la Unión está en una encrucijada de caminos: en medio de una revolución agraria e industrial tiene que hacer frente a una revolución social» y racial. En suma, no ha conseguido fundir a estas civilizaciones diversas, europeas y locales. Y no se ve, por ninguna parte, una solución viable.

III. AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDA, O INGLATERRA, POR FIN, SOLA

Inglaterra ha logrado estar sola tres veces: en los Estados Unidos, por lo menos al principio de la colonización; en Nueva Zelanda y en Australia, todo el tiempo. Esta soledad ha sido fructífera. Tanto en Nueva Zelanda como en Australia, existe un grupo de ingleses homogéneos; estamos muy lejos del Canadá con sus dos poblaciones, y del África Austral con sus dramas. Estos «dominios», «los más alejados de la madre patria son, sin embargo, los más ingleses de todos».

No olvidemos, por último, que Nueva Zelanda, lo mismo que Australia, es de creación relativamente reciente. Acaban de nacer a la vida europea y mundial, Australia a partir de 1788 (hace menos de dos siglos, y sus principios fueron modestos, 12.000 europeos en 1819, 37.000 en 1821); Nueva Zelanda, a partir de 1840, sin contar los establecimientos de los misioneros protestantes (1814) o católicos (1837). Hace poco más de un siglo (1840) los ingleses se instalaron en la isla Norte, con una pequeña antelación sobre los pescadores de ballenas (1843). En esta misma época, Nueva Zelanda no tenía más que un millar de colonos.

1. Australia y Nueva Zelanda deben su homogeneidad a la casi desaparición de las poblaciones indígenas ante los blancos; en el caso de Australia se puede hablar de desaparición total; en el de Nueva Zelanda, de eclipse, con un resurgir poco importante.

De la misma manera que las dos geografías se oponen (por un lado, la masiva Australia, verdadero continente, y por el otro, las islas neozelandesas, con relieves muy pronunciados y rodeadas de mares tempestuosos a lo largo de una costa recortada), los pasados indígenas son muy dispares.

En Australia, viejas migraciones humanas—los australoides—, que se fueron instalando a partir del VI milenio a. de C. dan la impresión de poblaciones que se han aventurado, pero que luego cayeron en la trampa, en una cárcel en la que el suelo, la flora y la fauna son de una extremada pobreza. Las tribus australiasianas vegetaron en esta tierra y sufrieron una regresión al ser siempre víctimas del hambre. Constituyen un museo vivo de arcaísmos que han suministrado a los sociólogos y a los etnólogos un extenso repertorio de noticias sobre las sociedades primitivas. Todas las polémicas e interpretaciones sobre el *totemismo* se fundan en estas vidas miserables.

Es un hecho que estas poblaciones, todavía en la edad de piedra, no han podido soportar el contacto con los blancos. Sus frágiles grupos sociales se han derrumbado. El último indígena de Tasmania desapareció en 1876. En Australia, los indígenas han sido casi totalmente rechazados hacia el Queensland y el Territorio del Norte (en total unos veinte mil individuos).

En Nueva Zelanda, el contacto ha sido más dramático pero, en último término, menos desastroso para los maorís, unos polinesios instalados, sobre todo, en la isla del Norte. Pertenecían a una importante civilización de navegantes polinesios; probablemente llegaron a Nueva Zelanda entre los siglos IX y XIV, en el límite meridional de sus aventuras, fuera de los países tropicales de los que provenían, es decir, de los países de los plataneros, del taro y del ñame. Nueva Zelanda está apartada de este mundo tropical; es un país templado, característica que entusiasmó a los colonos venidos de Europa (exactamente en los antípodas de España, pero, sin embargo, con un clima diferente).

Por tanto, los maorís han tenido que adaptarse, mal que bien, a la isla del Norte, a la caza de una gran variedad de pájaros—los únicos animales salvajes existentes; a la mediocridad de la ganadería del único animal doméstico que habían llevado consigo, el perro; a la pesca, pero no en el mar, demasiado agitado sino en los lagos y en los ríos; a la recolección de raíces... Se habían adaptado al clima frío, construyendo casas de madera y tejiendo trajes de lino. Acosados por las guerras incesantes de tribus contra tribus, opusieron una encarnizada resistencia a los europeos.

Con frecuencia, las guerras que llevaron a cabo contra los invasores fueron mortíferas para los asaltantes y, en una proporción mucho mayor, para ellos mismos, hasta su aplastamiento en 1868. Además, fueron diezmos por nuevas enfermedades importadas por los blancos. No obstante, a principios del siglo xx, el grupo maorí empieza a superar esta crisis casi mortal (1896: 42.000, 1952: 120.000, 1962: 142.000). Un índice elevado de natalidad, las ayudas familiares, las contrataciones en las grandes ciudades como Auckland, han determinado este resurgir y este movimiento expansivo. En una población de 2.230.000 neozelandeses, representan un poco más del 6 por 100 y, actualmente, no parece que supongan un peligro para la unidad de la civilización neozelandesa.

2. La corta historia de Australia y de Nueva Zelanda está constituida por una serie de oportunidades económicas relacionadas regularmente con los avatares de la coyuntura o de la historia mundial, oportunidades a las que hay que aferrarse en el acto, lo mismo que se puede subir a un tren en marcha, o perderlo.

Australia tuvo la suerte de que Inglaterra se viera en la necesidad, después de la guerra de la Independencia americana, de trasladar fuera de Virginia el lugar donde relegaba a sus presidiarios y a sus *convicts*. La primera colonia australiana fue, pues, una colonia penitenciaria. El primer grupo de presidiarios llegó el 18 de enero de 1788 a la rada de Port Jackson, en donde se va a desarrollar la ciudad de Sydney. Esta situación de colonia penitenciaria no desaparece hasta 1840.

Sin embargo, casi desde el principio, al lado de los pequeños propietarios (*settlers*), empezaron las hazañas de los ganaderos (*squatters*) de ovejas de lana *merina*. La ocupación, poco dura, de la ganadería convenía a la relativa pereza de los *convicts*; al mismo tiempo, el dinero de los grandes terratenientes y la demanda inglesa y mundial, hicieron posible el lanzamiento de la lana australiana que todavía en la actualidad reina en el mundo.

Poco después, desde 1851 a 1861, se produce un *rush* del oro, dos años después del *rush* de California (1849). La quimera del oro dispersó por toda la colonia de Nueva Gales a las bandas ingobernables de los *diggers*. Pero el *rush* ha colaborado en la instalación de la población y en el auge económico. En efecto, había que alimentar a los recién llegados.

De la misma manera, Nueva Zelanda fue objeto de sucesivos florecimientos, el de la lana, el del trigo y también el del oro, descubierto, en un principio, en la isla *Sir*, en 1861. Aunque el *rush* del oro desorganizó y desfavoreció, al principio, a la isla del Norte (en 1865, la capital de Nueva

Zelanda fue trasladada desde Auckland a Wellington), la economía neozelandesa sacó grandes beneficios de este inmenso empuje, ya que aquí también había que mantener y alimentar a los buscadores de oro. Desde 1869 a 1879, las islas conocen un período de gran prosperidad.

Pero no vamos a hacer aquí una descripción detallada de estas prosperidades y de estos progresos, a los que con frecuencia sucedieron períodos de estancamiento y de retroceso (así, por ejemplo, la cruel situación que atravesó el país entre 1929 y 1939). El único hecho importante es la poderosa industrialización de Australia. Hasta entonces, y a pesar de los enormes recursos hidroeléctricos, no se había logrado nada parecido en Nueva Zelanda.

El testimonio de conjunto está claro: la prosperidad de estas Europas lejanas depende de la del mundo, dependencia mucho más estrecha de lo que ellas creen, engañadas como están por la facilidad y por lo confortable de su vida, por un bienestar particularmente notable, a unas cuantas horas de avión de los países subdesarrollados del Extremo Oriente, en donde imperan la miseria y la sobrepoblación. «Europas» y no colonias. Australia y Nueva Zelanda, a pesar de su fidelidad al Imperio británico (que es su más importante proveedor y cliente) son de hecho Estados independientes (Australia, desde 1901, y Nuva Zelanda, desde 1907).

3. La política constante de estas naciones australes ha consistido en reservarse para sí las formidables oportunidades que les ofrecían sus inmensos espacios, en cerrar sólidamente las puertas de la inmigración, en mantener, por encima de todo, un nivel de vida elevado y un socialismo pragmático y eficaz, puesto que está basado en la abundancia.

Desde principios del siglo xx, Nueva Zelanda es una verdadera democracia (jornada laboral de ocho horas, en 1856; separación de la Iglesia y del Estado, en 1877; voto de las mujeres, en 1893; expropiación de las grandes propiedades, este mismo año; conciliación obligatoria de los conflictos entre patronos y sindicatos, en 1894-95; pensiones de vejez, en 1898). En Australia se produce una evolución paralela, aunque la puerta de la inmigración, cerrada en 1891, se abrió para una nueva y última carrera del oro, que culminó en 1893, en la fundación de Coolgardie, en Australia occidental, en pleno desierto. El régimen de tipo neozelandés se estableció entonces sin dificultad y, bajo el gobierno del partido laborista australiano, el continente se convierte en el «paraíso de los obreros».

Todo este bienestar, los inmensos gastos de la seguridad social, cuyas consecuencias benéficas se reflejan en los salarios, los niveles de vida, la muy débil mortalidad infantil, la gran duración de la esperanza de vida, suponen, claro está, un gasto para la hacienda pública y para la renta nacional. Así, por ejemplo, en Australia, con la progresión de la industria y las ciudades monstruosas que se acercan a los dos millones de habitantes, Sidney y Melbourne, las frecuentes huelgas resultan terriblemente costosas. Según el *Chamber of Commerce Journal*, de octubre de 1949, «las huelgas han costado a Australia, 20.800.000 toneladas de carbón, desde enero de 1942 a

junio de 1949». Estas dificultades y estas exigencias explican la caída de los laboristas, tanto en Australia como en Nueva Zelanda. Pero esta caída se ha llevado a cabo sin polémicas demasiado violentas y sin grandes cambios de la política de conjunto. Lo único que ha cambiado han sido los dirigentes del juego, pero no el juego.

Ahora bien, ¿es razonable esta política? Consiste, a grandes rasgos, en reservar las riquezas de un casi continente a 10 millones de australianos (densidad kilométrica de 1,2) y las de las islas neozelandesas más extensas que las islas británicas, a 2.300.000 habitantes (densidad 8,7). Pero, en el mundo actual, toda una serie de amenazadores «proletariados exteriores» están en continuo crecimiento. La última guerra mundial ha llevado a los japoneses a las fronteras mismas de Australia, a quien sólo salvó la victoria naval de los americanos en el Mar del Coral (mayo de 1942). Los australianos han aprendido la lección y han intentado, sin demasiado éxito, acoger a inmigrantes a fin de aumentar su poder y de sostener su industria. Nada de esto ha ocurrido en la lejana y despreocupada Nueva Zelanda. Sin embargo, el bienestar ha producido sus acostumbrados efectos: disminución de los nacimientos (29 por 1.000), envejecimiento de la población (índice de mortalidad, 9,3 por 1.000). Este envejecimiento es tan importante que Nueva Zelanda, país reciente y democracia precoz, no es ya «un país joven».

EL IMPERIO BRITANICO DE 1962 A 1965

En el corazón del universo británico, el destino de Inglaterra es complicado y hasta difícil. El 18 de octubre de 1964, al ganar las elecciones los laboristas por un escaso número de votos, se constituyó un ministerio de Harold Wilson. Este retorno al poder del partido laborista tiene lugar después de una larga ausencia, desde su derrota electoral de 1951. Ahora bien, los primeros meses de gobierno de Harold Wilson no son muy alentadores. Hay que reconocer, sin embargo, que la coyuntura económica y política no le favorecen demasiado. La libra esterlina ha atravesado una crisis muy dura de la que todavía no se ha repuesto enteramente. Un alza del 15 por 100 sobre los derechos de aduana (26 de octubre), contraria a los compromisos fijados con la Asociación Europea de Libre Intercambio (A. E. L. I.), no ha producido los milagros inmediatos que se esperaban de ella, necesarios para el nuevo equilibrio de la balanza comercial, sin haber dejado de disgustar por ello a los asociados comerciales de Inglaterra. El fracaso de las negociaciones en el marco de la O. T. A. N., a propósito de la fuerza multilateral de choque, no ha restablecido el prestigio de los laboristas. De hecho, Inglaterra es víctima de sus propias vacilaciones: permanecer como intermediaria entre Europa y el mundo, entre el Este y el Oeste, incorporarse a la cercana Europa o, por el contrario, convertirse en un Estado más de los Estados Unidos... Los observadores políticos piensan que una vuelta al poder de los conservadores, con una «plataforma» de carácter netamente

uropeo, sería posible en un plazo relativamente corto. Los amigos de Inglaterra, tan numerosos en el continente, así lo esperan.

Dentro del universo británico, el Canadá francés constituye un centro nervioso, en el que los conflictos cada vez son más acusados. El Canadá francés multiplica sus peticiones para obtener la igualdad con la Comunidad británica; incluso intenta constituirse en nación, dentro de un marco federal. Lento y penoso trabajo que tiene que llevar a cabo solo o casi solo. De ahí las violencias pasadas y, probablemente, futuras.

NOTAS Y DOCUMENTOS

1. En Australia, Inglaterra, por fin, sola.

En Australia nos encontramos frente a unas Europas, o, mejor dicho, frente a unas Américas protegidas del mundo por el azar de la historia: unas Américas que no han conocido la afluencia de europeos ajenos a Inglaterra, que han permanecido siendo 100 por 100 inglesas, y así lo demuestran con su apego apasionado a la Corona británica.

Naturalmente, hay en Australia un predominio del protestantismo y de la sociedad pluralista (Nueva Zelanda: 44 por 100 de anglicanos, 23 por 100 de presbiterianos, 11 por 100 de metodistas y 15 por 100 de católicos, sobre todo de origen irlandés; en Australia, 25 por 100 de católicos contra 75 por 100 de protestantes). En cuanto a la vida cotidiana, se puede decir que lo que es verdad en el Canadá británico, en Toronto, es también verdad en Auckland o en Melbourne, ya se refiera al orden y a la naturaleza de las comidas, al tipo de cerveza o de Sherry, al comportamiento de la juventud o a las costumbres de la vida social. No hay criados, y de ahí el lujo mecánico, eléctrico, de los hogares. Sin duda, Nueva Zelanda continúa siendo más agrícola, con ciudades menos desarrolladas, y recuerda más a la vieja y adorable Inglaterra, mientras que Australia es más urbana y a veces más desenvuelta. Pero no cabe duda de que en conjunto se trata de un todo homogéneo e íntimamente mezclado. Para poner un ejemplo, recordemos el nombre de la conocida escritora Kathleen Mansfield (1888-1923). Nacida en Nueva Zelanda, supo evocar los recuerdos y los paisajes de su patria de origen, pero para todos nosotros pertenece a la literatura inglesa. En estos antipodas, Inglaterra triunfa.

2. Retrato del australiano.

El australiano es un hombre simple y su vida lo es tanto como él mismo. Por lo general, su casa es poco confortable; está rodeada de un pequeño jardín donde ha plantado algunos árboles y deja crecer un poco de hierba.

No tiene criados. Esta falta total de ayuda doméstica, detalle aparentemente insignificante, determina la vida de la familia australiana. Constituye uno de los elementos de lo que se ha llamado, a veces con orgullo, *the aus-*

italian way of life. Equilibra las condiciones sociales, y al insistir sobre las preocupaciones materiales de la vida cotidiana, provoca una simplificación y una estandarización de la vida doméstica.

El australiano lava los platos, lava su ropa, limpia la casa, cuida el jardín y repara su coche. Prefiere hacer por sí mismo los trabajos que no puede confiar más que a artesanos que, por lo reducido de su número, trabajan a precios muy altos.

Cuando se toma la molestia de conocerlos, y en caso de que le resultéis simpático, os concede entonces una hospitalidad generosa, directa y sin aparato. Estar admitido en su «home» supone estar admitido a participar en su vida doméstica, no os quita tiempo con su conversación y le interesan bastante poco vuestra vida y cuáles son vuestras aficiones. Su amistad consiste en haceros participar simple y cordialmente en su vida.

El australiano es un insular. Alejado de Europa y de América, y no teniendo más que esporádicos contactos con el mundo exterior, sólo admite a éste en la medida que no le molesta.

Sólo el recuerdo de las bombas lanzadas sobre Darwin y de la presencia de los submarinos japoneses en el puerto de Sydney, le llevan a aceptar con resignación el programa de inmigración del gobierno. Acoge a los extranjeros sin gran entusiasmo.

El australiano es un gran jugador y su pasión por las carreras de caballos no tiene límite.

El último Derby de Epsom, aunque tuvo lugar en el otro extremo del mundo, suscitó un gran interés. Habían sido organizadas emisiones especiales y fueron muchos los que se mantuvieron levantados hasta las dos de la madrugada, a fin de enterarse de los resultados.

Esta movilización de los espíritus y de los medios provoca en el recién llegado, por muy aficionado que sea al deporte, una impresión de falta de moderación y de desequilibrio. El deporte no es simplemente un complemento útil y agradable; se convierte en la fundamental de las aspiraciones y de las preocupaciones cotidianas. Hasta los ingleses consideran esta pasión demasiado exagerada.

Al australiano le gusta beber. La bebida nacional es la cerveza, pero hay también vinos muy buenos, aunque los australianos no son demasiado aficionados a ellos. El consumo de bebidas alcohólicas sólo es posible en los «pubs» y en algunos restaurantes que poseen una licencia especial. El «pub» australiano no tiene punto de comparación con su pintoresco homólogo inglés. Por lo general, está formado por una sala, cerrada a la curiosidad exterior, ya sea por ventanas de cristales opacos o porque el local, por expreso deseo de su propietario, carece de ventanas. A excepción de algunas sillas, el cuarto está vacío. En medio de él hay unos mostradores, en el interior de los cuales se agitan tres o cuatro camareros, que sirven el precioso líquido. El «pub» sólo está abierto a determinadas horas del día; en el Estado de Victoria, sólo entre las diez y trece horas y las dieciséis y dieciocho horas. La consecuencia de estas restricciones es que estén siempre llenos durante las horas de apertura y que los consumidores se vean obligados a beber cantidades ingentes de alcohol en un tiempo récord.

Sólo los hombres van a los «pubs». De pie, en el barullo de las conversaciones y de los empujones, pasan una de las horas más agradables del día.

A las 18 horas, se echa a todo el mundo, sin distinción, a la calle. Con los ojos brillantes y la mirada turbia, se termina en la calle la discusión que se había iniciado en el «pub», y después todo el mundo se dirige, titubeando, hacia la cena hogareña.

En los restaurantes patentados se puede beber durante la cena.

LA OTRA EUROPA: MOSCOVIA, RUSIA, U. R. S. S.

La otra Europa es de desarrollo tardío, casi tan tardío como el de América, pero con la diferencia de que está situada en el continente europeo y, por lo tanto, soldada a Occidente: se trata de Rusia, la antigua Moscovia, hoy convertida en la U. R. S. S. Tendremos que estudiar: 1.º Sus orígenes y su interminable pasado. 2.º La adopción del marxismo después de la Revolución de octubre de 1917. 3.º Su circunstancia actual, su intelequia, como dirían los filósofos.

Y, claro está, que en las tres coyunturas, se tratará del mismo personaje. Un personaje cuyo prestigio obedece, sin duda, a que es el país de la gran experiencia revolucionaria, pero también, y cada vez más, al hecho de que ha realizado, indudablemente, y en un tiempo récord, su revolución industrial. Apenas industrializado en 1917, hace, en el mundo de 1962, de contrapeso poderoso de los Estados Unidos. Este éxito espectacular alimenta la esperanza de los países subdesarrollados de hoy día. Se preguntan si ellos también podrán franquear de un solo salto la etapa, si ha sido el socialismo el artífice de este éxito fulminante.

CAPITULO XXIV

DESDE SUS ORIGENES A LA REVOLUCION DE OCTUBRE DE 1917

No es nada fácil resumir en unas cuantas páginas y de manera razonable un pasado tan largo, entrecortado por violentas catástrofes, de las que Europa Occidental, a pesar de sus numerosos accidentes, no puede ofrecer un equivalente.

La primera dificultad es la inmensidad del marco geográfico en donde se introduce y reaparece esta historia múltiple y complicada. Este marco es muy variado y de "dimensiones planetarias".

La segunda dificultad es que los pueblos eslavos se introducen tardíamente en este espacio en el que, por lo demás, no están totalmente solos. La cuna de los eslavos, antepasados de los rusos, está constituida por los Cárpatos y la Pequeña Polonia actual (Polonia es el único país de población eslava muy pura). Por lo tanto, el actor invirtió mucho tiempo, primero, en entrar en escena y, después, en ocuparla por entero.

I. LA RUSIA DEL PRINCIPADO DE KIEV

1. Este espacio superabundante y durante mucho tiempo prácticamente vacío, recuerda la inmensidad desnuda del continente americano.

El hombre se pierde en él. Inmensas llanuras, enormes ríos, distancias inhumanas, interminables tránsitos de orilla a orilla, regiones colosales: estamos en la inmensidad asiática.

Al Norte de la línea que va de Kiev a Perm, grandes bosques significan la continuidad de los bosques de Europa del Norte y su relación con la interminable *taiga* siberiana, del otro lado de los Urales, cordillera dirigida de Norte a Sur, que constituye un obstáculo muy pobre, parecido a los Vosgos, pero que es el límite convencional de Europa, el límite entre la Rusia de Europa y la Rusia de Asia.

Por el Sur corre la extensión descubierta de las estepas (este término viene del ruso): la estepa negra de suelo fértil, de *tchernoziom*, la estepa gris de altas hierbas en la que, durante la estación seca, el jinete sobre su caba-

llo desaparece casi por completo; la estepa blanca, con sus florescencias salinas al borde del mar Caspio.

El espacio ruso es este conjunto de países bajos y extensos entre el mar Caspio, el océano Ártico y el Báltico, por un lado, y el mar Caspio y el mar Negro, por el otro. El Báltico y el mar Negro son espacios fundamentales, animados y atractivos. Rusia tiene, en cierta manera, vocación de ir de uno a otro, de unirlos, y de abrir en ambos ventanas y puertas que la pongan en relación con Occidente y con el mar Mediterráneo, es decir, con la civilización europea.

Pero su vocación también es la de desembocar sobre el Asia inquieta de las estepas, el Asia de los nómadas, de cuyas querellas, avances y peligros de invasión hasta el siglo XVI, ya hemos hablado. Si estos nómadas, venidos del Este, escalan victoriosamente el Irán y se encaminan hacia Bagdad, todo va bien; la tormenta se ha desviado, lo cual no hace sino beneficiar al espacio ruso. Pero, como bajo el sol del Cercano Oriente no hay sitio para todo el mundo, muchos visitantes asiáticos, a falta de algo mejor, se han dirigido hacia las estepas rusas, desde el Volga al Don, al Dnieper y al Dniester, e incluso más allá. Moscovia fue víctima repetidas veces de estas invasiones.

El territorio ruso soporta así su destino, determinado por su condición de enorme zona fronteriza entre Europa, a la que protege, y Asia, cuyos golpes, demasiado violentos, amortigua.

2. La única Rusia verdadera es la que intercepta el istmo en su totalidad, desde el Báltico a los mares del Sur, y controla sus lazos de unión. Por esta y por otras razones, Rusia sólo existe desde el Principado de Kiev (siglos IX a XII).

Los eslavos orientales, pueblos de origen ario (como todos los eslavos), han movido, después de múltiples avatares, a sus tribus y a sus clanes hasta las ciudades, los campos y las llanuras del Dnieper. Este movimiento, iniciado desde la era cristiana, se termina en el siglo VII. Los eslavos han entrado así en contacto, hacia el Este, con pueblos instalados con mucha anterioridad: finlandeses, llegados a los lejanos Urales; diferentes pueblos de Asia central y cuyos supervivientes son muy numerosos (escitas, sármatos, búlgaros de la Kama); godos, del Vístula y del Niemen; alanos y jazes (*estos últimos se convirtieron posteriormente al judaísmo*), originarios, ambos, de las orillas del mar Caspio y del Don.

Esta Rusia primitiva es una mezcla de pueblos venidos de Europa y de Asia, la Rusia de los *Pequeños Rusos*. Esta fusión, la prosperidad de las ciudades y la progresión de la vida entre Novgorod la Grande, al Norte, y Kiev, al Sur, sólo pueden explicarse por la función decisiva de una vía de comercio entre el Báltico y el mar Negro o más allá, llegando unas veces hasta Bizancio, riquísima ciudad, cuyo esplendor admiraba a los habitantes de Kiev y les incitaba a realizar locas expediciones, y otras veces hasta Bagdad, cuyo esplendor estaba empezando. Por estas rutas circulan, de Norte a Sur, el ámbar, las pieles, la cera y los esclavos; de Sur a Norte, los pa-

ños, las piedras preciosas y las monedas de oro. Los arqueólogos han encontrado, en efecto, monedas de oro, a lo largo de estas rutas, lo que demuestra el antiguo esplendor de las mismas. En efecto, todo dependió de la prosperidad comercial. Ella sostuvo a las ciudades que resultaban demasiado gravosas para el campo y las tierras de labor todavía «inexistentes» que las rodean, estas ciudades que se dan la mano y que, de Novgorod a Kiev, intercambian sus mercancías, sus querellas y sus príncipes.

La Rusia de Kiev ha tenido que defenderse continuamente, sobre todo por el Sur. Pero el alto Norte escandinavo le suministra a voluntad mercenarios útiles, servidores que, a veces, se convierten en amos, pero siempre belicosos. Estos «normando» o, mejor dicho, estos «varegos» originarios de una Suecia campesina y todavía primitiva, y a veces de Dinamarca, se dejan atraer con facilidad por la ruta del Dnieper, que une a las ciudades entre sí y establece el contacto con «los griegos», a través de un país floreciente al que concedieron el nombre característico de *Gardarikki*, el «reino de las ciudades». Una familia de soldados aventureros funda la dinastía de los Rurik, cuyos orígenes son mal conocidos, pero que se impone, en el siglo X, a Kiev y a todo el conjunto urbano. Se tratará, a gusto de los autores, del Principado de Kiev, de la Rusia Kieviana o de la dinastía de los Rurikidas (Rurikovitchi).

El esplendor de esta primera Rusia se explica en un contexto de historia general. Durante mucho tiempo, el Mediterráneo occidental permaneció cerrado a causa de la conquista islámica de los siglos VII y VIII; la ruta continental de Novgorod a Kiev fue entonces una de las vías de comunicación entre los países del Norte y las ricas regiones del Sur. El día en que el Mediterráneo occidental se abre de nuevo, en los siglos XI y XII, al terminar la supremacía musulmana en el mar, el interés de este camino interminable de rutas fluviales disminuye. Desaparece definitivamente con la ocupación de Constantinopla, en 1204, por los latinos: el camino marítimo terminó con la ruta continental.

Con anterioridad a esta fecha, los príncipes de Kiev habían encontrado dificultades en defender sus fronteras, en poner en contacto a los Balcanes con el mar Negro. Un viejo dicho pretende que «Cuando se trata de comer y de beber se va a Kiev, pero cuando se trata de defender a Kiev nadie se presta a ello». Nada más justo. El eterno empuje de los nómadas del Sur lanza sin descanso a sus jinetes contra las tierras y las ciudades del principado: después de los pechenegos vienen los torcos y, más tarde, los giptchacos o kumanos, a quienes las crónicas rusas llaman los polovtsy.

Desde el siglo XI se ha desplazado una parte de las poblaciones de Kiev, casi se puede decir que ha huido hacia el Nordeste, colonizando los calveros abiertos por los agricultores en los inmensos bosques en dirección de Rostov (exactamente Rostov-Iaroslavski, pequeña ciudad del Norte, que hoy día no debe ser confundida con Rostov sobre el Don). Allí empiezan una nueva Rusia y una nueva fusión entre eslavos y finlandeses, formando, estos últimos, de raza mongoloide, la base de la población: éste es el origen del grupo llamado de los *Grandes Rusos*. Esta nueva Rusia, bárbara pero robusta, ya está formada cuando se apagan las últimas luces de Kiev.

De hecho, el formidable empuje mongol que acabó con Kiev el 6 de diciembre de 1241, termina con un Estado que desde hacía mucho estaba en franca decadencia. Cinco años más tarde un viajero sólo ve en el antiguo emplazamiento de la ciudad unas doscientas casas miserables.

3. Ciudades rusas, ciudades de Occidente. La Rusia de Kiev se ha apoyado, a lo largo de siglos, en su éxito material, en el esplendor de sus ciudades: hasta entonces no había ningún retraso ni desfase entre el Este y el Oeste de Europa.

Sin embargo, algunos historiadores comparativistas han señalado que estas grandes ciudades del principado de Kiev no son totalmente semejantes a las ciudades que por aquel entonces surgen en Occidente. Al contrario que estas últimas, no están rodeadas de aureolas de pequeñas ciudades asociadas, medio ciudades, medio pueblos, pero que se reparten los trabajos de la metrópoli vecina. Y, sobre todo, estas primeras ciudades no están netamente separadas, como en Occidente, del país llano. Los señores de las tierras cercanas a Novgorod la Grande participan así en su asamblea, el *Vetché*, cuyas decisiones son soberanas en el interior de la ciudad, y en el extenso *hinterland* que ésta domina. Son los dueños, junto con el Consejo (*Soviet*) de la aristocracia mercantil. En Kiev, la primacía corresponde a los señores que forman el séquito del príncipe: los *boiars* de su *drujina*.

Son, pues, ciudades «abiertas» como las de la Antigüedad, como Atenas abierta a los Eupátridas de la Atica, y no unidades cerradas en sí mismas y en los privilegios de sus ciudadanos, como en el Occidente medieval.

II. LA RELIGION ORTODOXA

1. Por su conversión al cristianismo ortodoxo, la Rusia de Kiev determinó durante muchos siglos el porvenir ruso.

En efecto, por las rutas de Kiev no circularon sólo las mercancías, sino también la palabra de los evangelizadores.

La difusión del cristianismo en el principado se debió a la política del príncipe Vladimiro el Santo, también llamado Vladimiro Bello Sol. Por un momento había pensado en convertirse, él y sus súbditos, al judaísmo, pero, más tarde, cambió de idea, deslumbrado por la belleza de los ritos bizantinos. A partir del año 988 procedió a la conversión oficial de todos sus súbditos (el pueblo de Kiev fue bautizado en masa en las aguas del Dnieper). Pero la nueva religión llevaba ya un siglo difundándose, sobre todo por el Sur y en el mismo Kiev, a favor del movimiento general que había seguido a la decisiva misión de San Basilio, en Jazaria, en 861; la conversión de los moravos, en 862; de los búlgaros, en 864; de los servios, en 879... La conversión rusa es sólo un acontecimiento, entre otros, una prueba más del florecimiento excepcional de la vieja Iglesia de Bizancio, después de la larga crisis iconoclasta (la de los enemigos de las imágenes), resuelta, por

fin, en el Concilio de Nicea (787), un síntoma de que la vieja Iglesia había recobrado la salud y de que su propaganda iba a repercutir hasta en el mismo corazón de la lejana Asia.

En todo caso, transcurrirá algún tiempo antes de que la Pequeña Rusia, y más tarde la Grande, sean penetradas por el cristianismo. Los grandes éxitos se hacen esperar: la catedral de Santa Sofía, de Kiev, fue construida entre 1025 y 1037; Santa Sofía, de Novgorod, entre 1045 y 1052; uno de los primeros monasterios, el de las Criptas, fue fundado en Kiev, en 1051.

Esta lentitud se debe a que las ciudades y los medios rurales de Rusia se mantenían adictos a sus cultos paganos y éstos se fueron desarraigando más o menos de prisa y con mayor o menor profundidad. Creencias y mentalidades precristianas han sobrevivido en algunos casos hasta la actualidad, concretamente en lo que respecta al matrimonio, a la muerte y a los curanderos. Todo ello se infiltró para siempre en el cristianismo ruso, cuya aportación particular a la liturgia ortodoxa, al culto de los iconos y la importancia peculiar concedida a las fiestas de Pascua, ha sido subrayada con frecuencia.

2. El hecho de que la civilización y el mundo rusos, en su conjunto, se hayan incorporado, a partir del siglo X a la órbita de Bizancio, contribuyó a diferenciar una Europa del Este de una Europa del Oeste.

Las diferencias entre católicos y ortodoxos, explicadas con frecuencia en un sentido o en otro, plantean un problema que es mucho más importante formular (cuando es posible) que resolver. A nuestro juicio, las diferencias se deben, sobre todo, a la historia.

El cristianismo occidental ha sido objeto de experiencias especiales. Es un legado de un cierto Imperio Romano. El cristianismo había conquistado este imperio, pero su victoria coincidió con una "imperialización del cristianismo" y ésta fructificó desde el momento en que, en Occidente, después de la desaparición del imperio en el siglo V, asumió su labor y se incorporó por su cuenta las "estructuras mundiales" del Imperio. La Iglesia de Occidente, ecuménica, sobrepasó a las sociedades y a los Estados: utilizó su lengua, el latín, común al conjunto, como instrumento de unidad. Por último, mantuvo las jerarquías del Imperio, su centralización, así como su vieja y prestigiosa capital, Roma. Más aún, la Iglesia de Occidente se comprometió frente a todos los problemas políticos y sociales, tan numerosos, a lo largo de la primera noche de la civilización de Occidente. Fue la gran comunidad capaz de responder a todas las necesidades, tanto las del alma como las del cuerpo, a la evangelización, a la enseñanza e, incluso, a la roturación de las nuevas tierras...

3. La Iglesia de Bizancio, en el siglo X, se sitúa en los cuadros de un Imperio sólido que se sobrevive y que no la hace depositaria ni de la labor ni de los peligros de una expansión temporal. El Imperio la domina y la subordina, la limita a su única labor espiritual. La Iglesia ortodoxa que arraiga en Rusia, menos distinguida del común de los fieles que la Iglesia de Occidente, es casi indiferente en materia política.

Está dispuesta a aceptar los cuadros nacionales que se le ofrecen, y no le interesa ni organizar ni jerarquizar sino tan sólo implantar la tradición espiritual tal como le ha sido transmitida por el pensamiento griego del siglo x.

En cuanto a la lengua litúrgica, la Iglesia griega se reserva celosamente la suya para sí misma, «considerándola como una lengua de elegidos de la que no son dignos los bárbaros». De esta manera, la lengua litúrgica, en país eslavo, será el eslavo, es decir, la lengua en la que San Cirilo y San Método (entre el 858 y el 862) traducen los libros sagrados para hacerlos accesibles a los diferentes pueblos eslavos, a los que se habían propuesto evangelizar. Tuvieron que transcribir la lengua hablada eslava de los alrededores de Tesalónica y para ello inventaron incluso un alfabeto. De ahí la importancia del eslavo litúrgico, la primera lengua escrita en la historia cultural de los pueblos eslavos.

La diferencia de tradición espiritual de ambas Iglesias es sensible. Así, por ejemplo, la palabra *verdad* en griego, y todavía más netamente en eslavo, designa "lo que es eterno, constante, que existe verdaderamente, fuera del mundo creado", tal como lo capta nuestra razón. La palabra *pravda* significa, pues, a la vez, *verdad y justicia*, por oposición a *istina*, la *verdad terrestre*. "La forma indoeuropea *var* ha dado en las lenguas eslavas el término *vera*, la fe", y no la verdad. En cambio, en latín, verdad, en su sentido jurídico, filosófico o científico, designa siempre "una certeza, una realidad para nuestra razón". De la misma manera, *sacramento*, en Occidente, involucra a la jerarquía religiosa que es la única capaz de conferirle su carácter sagrado; en Oriente, significa, sobre todo, "misterio", "lo que está más allá de nuestros sentidos y viene de arriba", directamente de Dios.

Ciertos detalles litúrgicos aclaran, también, las profundas diferencias. La Semana Santa que precede a la Pascua de Resurrección es, en Occidente, una época de duelo, de pasión y de sufrimientos por la muerte de Jesucristo como *hombre*. En Oriente, es una semana de alegría, de cánticos que glorifican la resurrección de Cristo *Dios*. Los crucifijos rusos representan un Cristo tranquilo en la muerte, no al Salvador que sufre, como en Occidente.

Quizá todo esto obedezca a que en Occidente el cristianismo se ha enfrentado desde sus orígenes con problemas humanos, colectivos y comunitarios y hasta jurídicos, mientras que el pensamiento religioso de Oriente ha continuado siendo más circunscrito, más individual, más fácilmente místico y únicamente espiritual. Algunos estudiosos ven en ello el origen de esta diferencia, fundamental en el terreno de las civilizaciones, reconocida por Alexis Jomiakov, «entre ortodoxos místicos y occidentales racionalistas». Desde este punto de vista, el cristianismo occidental sería responsable, en parte, del espíritu racionalista, tan característicamente europeo, que provocó la aparición del libre pensamiento, contra el que se defendió, pero al que finalmente parece que se ha adaptado.

Por el contrario, la ortodoxia rusa no ha tenido que afrontar luchas tan peligrosas hasta tiempos muy recientes. Sin embargo, en el siglo xvii tuvo que escoger entre una religión oficial, depurada (desprovista de esta costumbre, contraria a la de la Iglesia griega, de hacer el signo de la cruz con dos dedos de la mano derecha), y una religión popular, formalista y moralista, que, en seguida, fue solapadamente revolucionaria. Estos reformadores populares fueron excomulgados, lo que dio origen a un cisma, al *Raskol*. Desde entonces, se llevó a cabo una lucha continua contra los Raskolniki. Pero

eran, sobre todo, luchas intestinas. Las luchas externas contra el libre pensamiento sólo empiezan en el último siglo del zarismo. Después de la Revolución de 1917, la Iglesia Ortodoxa ha tenido que luchar, en realidad, por su misma existencia, por su supervivencia, mediante la acción subterránea, y la aceptación de compromisos. No parece que haya sacado de esta dura lucha ninguna posibilidad de renovación ni la voluntad de lanzarse por nuevas vías, hermanas del socialismo, como las que desde hace cincuenta años ha escogido deliberadamente el catolicismo.

III. LA GRAN RUSIA

1. La segunda Rusia, la de los bosques, sólo alcanza la mayoría de edad el día en que, a su vez, intercepta el istmo ruso, cuando Iván el Terrible (o mejor dicho, Grosny = el Temible, 1530-1584) consigue apoderarse del Kazán (1551) y, después, de Astrakán (1556), es decir, del control del enorme Volga, desde su nacimiento hasta el Mar Caspio.

Se consiguió este doble éxito gracias al empleo de los cañones y de los arcabuces. El invasor asiático, que con sus caballos había «penetrado en el flanco de Occidente», terminó por retroceder ante la pólvora de cañón. El Mar Caspio, al que llegó Ivan «el Terrible» por el Sur, se encontraba en la ruta de Persia y de la India. En cuanto al Mar Negro, desde el siglo xv se había convertido en el dominio del turco. Aún no era posible el acceso a este mar, celosa y sólidamente protegido.

Así se afirmaba y triunfaba una nueva Rusia, que se iba formando lentamente bajo otra latitud y en difíciles condiciones, muy diferentes de las que habían determinado el nacimiento, especialmente feliz de la Rusia del Principado de Kiev. Sus primeras características fueron la indigencia, la servidumbre y la desintegración feudal.

Todo el Sur del espacio ruso—las estepas—había sido ocupado desde antes de la caída de Kiev, en 1241, por los mongoles—los tártaros, como les llaman los rusos—. Posteriormente, se formó un gran Estado mongol independiente que añadió a estas extensas regiones de la estepa, los Estados y las ciudades rusas del Norte que reconocieron su soberanía: este Estado, el Janato de la Horda de Oro, tuvo por capital Sarai, en el bajo Volga.

Mientras se mantuvo abierta y segura la larga *ruta mongol*, utilizada por los comerciantes italianos, sobre todo genoveses y venecianos, hasta 1340, una prosperidad duradera facilitó la instalación del Estado mongol. Después, la ruta se quebró y la Horda de Oro, aunque sobrevivió en el Sur, fue perdiendo su imperio sobre el Norte forestal.

Pero en éste había florecido, en medio de una fragmentación feudal bastante intensa y de oscuras luchas, el principado de Moscú, fundado en el siglo xiii, que poco a poco, va a «juntar» la tierra rusa (lo mismo que los reyes Capetos habían «juntado» la tierra francesa partiendo de l'Ile-de-France), y que posteriormente va a emanciparse de la tutela tártara (1480). Al concluir esta emancipación, el «zar» de Moscú sustituye al Jan de la Horda de Oro. Los restos de ésta, sobre todo los tártaros de Crimea, entre el Volga y el mar Negro, subsisten, sin embargo, hasta el siglo xviii gracias al apoyo de los turcos otomanos, a los que rindieron un vasallaje más o menos dócil.

Sin embargo, la situación tardó tres siglos en invertirse. Y, mientras tanto, entre los rusos y los tártaros se dieron más intercambios y relaciones pacíficas, y hasta ayudas recíprocas, que guerras y oposiciones, aunque éstas, en todo caso, no faltaron. En general, los soberanos de la Horda de Oro apoyaron y favorecieron el auge de Moscú. Convertidos tarde y mal al Islam, fueron, casi siempre, tolerantes y dejaron a los pueblos sometidos libertad de practicar sus creencias. En Sarai, había una iglesia ortodoxa.

Además, entre señores y tributarios se realizaron muchos matrimonios, hasta el punto de que se ha podido hablar, en Moscovia, de una aristocracia «semi-oriental». En todo caso, en el siglo xv, en un momento en que el retroceso de la fuerza tártara es ya patente, un buen número de musulmanes se dirigen hacia los Estados rusos, se convierten al cristianismo y entran al servicio de príncipes, para mayor envidia de los súbditos autóctonos. Así, por ejemplo, grandes familias como las de los Gudonov o de los Saburov, son de origen tártaro.

Durante mucho tiempo, los mongoles impusieron su prestigio a los príncipes moscovitas. Representaban una civilización más refinada que la suya, un Estado mejor organizado y que les sirvió de modelo, una economía monetaria sin equivalente en el Norte. La lengua rusa actual conserva todavía un cierto número de términos de origen mongol, característicos: *kazna*, el fisco; *tamojnia*, la aduana; *iam*, la estación de correos; *dengui*, el dinero; *kaznatchei*, el tesorero... Esta civilización superior infiltró características asiáticas en las costumbres de Moscovia. De hecho, esta última se comportó como un mundo bárbaro, ilustrado y subyugado por una civilización superior. Este contacto recuerda, aunque con choques menos tumultuosos, la de la España cristiana con la España musulmana. El predominio del zar de Moscú sobre el jan musulmán sólo empieza en 1480, en el mismo momento en que la Reconquista española está cerca de su último acto, la conquista de Granada (1492).

La victoria de Moscú se fraguó en el curso de innumerables y oscuras luchas con los principados vecinos. Tan sólo se perfila claramente en el reinado de Ivan III (1462-1505) al que algunos historiadores rusos de ayer han comparado, e incluso preferido, al de Pedro «el Grande». Poco después de su advenimiento a la corona, Ivan III se casó, en 1469, con Sofía, heredera de los Paleólogos, los últimos emperadores griegos de Constantinopla. Lo que dio lugar a que Moscú, después de la caída de Constantinopla (Tsarigrad) en manos de los turcos en 1453, se convirtiera en la Tercera Roma y se adjudicara la función de «dominar y salvar al mundo». Pero este éxito de prestigio a largo plazo (el título de zar, que posiblemente es una deformación del nombre de César, sólo lo adoptó el príncipe heredero de Moscú en 1492) fue menos importante que las victorias conseguidas sobre los lituanos, sobre la Horda de Oro (ruptura del vasallaje en 1480) y sobre la gran ciudad mercantil de Novgorod.

Esta última lucha fue difícil, larga y dramática. En 1475, guerra fría y entrada pacífica en la ciudad; en 1477-78, Ivan manda retirar la campaña de la *Vetché*; en 1480, expulsa a un centenar de familias nobles; en 1487, 7.000 habitantes de Novgorod tienen que abandonar la ciudad. Es el

fin de esta ciudad, a la que se llamaba *Gospodine Velikiy Novgorod: Monseñor Novgorod, el Grande*.

El síntoma del auge de Moscú lo supone tanto la idea de la Tercera Roma y el nuevo título de zar como la llegada a la capital de artistas italianos, el bolonés Ridolfo Fioravanti, llamado Aristóteles; Marco Ruffio, Pietro Solario, constructores de palacios y de iglesias: «Entonces es cuando el Krenlim recibe su línea actual». El fundidor de cañones que dotó al ejército de Ivan III de una poderosa artillería era también italiano, Paolo Debossis. Por lo tanto, casi un siglo antes de Ivan IV el Terrible y de sus victorias decisivas de Kazán y de Astrakán, fueron puestos los cimientos del poder moscovita y sus primeros pasos coinciden, sin ninguna duda, con una nueva toma de contacto con Occidente.

Todos estos éxitos y todas estas innovaciones exigen un esfuerzo desmesurado del Estado. Un ideólogo de la época de Ivan el Terrible, Ivan Peresvetov, elabora la teoría política del terror. También es sabido que el *oprichnina*, el sistema policíaco instaurado por Ivan el Terrible, le permitió «aplantar la oposición de los príncipes y de los boyardos y reforzar la centralización del Estado ruso».

2. Rusia se vuelve cada vez más hacia Europa. Esta realidad constituye, a lo largo de los siglos de su modernización, hasta 1917 e, incluso hasta fechas más recientes, el hecho crucial de su historia.

Gracias a esta orientación voluntariamente escogida y perseguida con tenacidad, Rusia adquiere unas técnicas modernas en vías de rápido perfeccionamiento. La era industrial le permite, muy pronto, tomarse la revancha sobre Asia—que la había amenazado durante siglos—e incluso una revancha sobre la misma Europa; pero esto será posterior.

El problema está en saber si Asia ha tenido su parte de responsabilidades en este auge ruso. Así lo han sostenido unos historiadores, los hermanos Kulischer: según ellos, los pueblos del Asia Central pasan, según los siglos, por unos largos vaivenes que les llevan unas veces hacia Europa y hacia el Mediterráneo y otras hacia el Extremo Oriente, y, en particular, hacia China. En estas condiciones, el destino de Rusia habría estado determinado, en parte, por el amplio movimiento que orientó a los nómadas hacia Asia y China a partir del siglo xv. Como consecuencia, se produce en la Rusia meridional una relajación de la presión asiática. El Islam de los tártaros se había vaciado de una parte de sus fuerzas a beneficio de la aventura hacia el Extremo Oriente y, cuando se invierte de nuevo la situación, en el siglo xviii, y esta vez contra Europa, ya es demasiado tarde: las avanzadas de los nómadas kirghiz, bakchirs, provocadas por el empuje chino de los siglos xvii y xviii, tropiezan con una barrera sólidamente construida. Barrera con la que ni siquiera podrá la rebelión medio-asiática de Pugatchev (1773-1774).

Indudablemente, esta explicación es demasiado simple y esquemática, por lo que necesita ser corregida. Es evidente que si la presión asiática se atenúa, la superioridad técnica, recogida de Occidente, cuyas consecuencias pronto se hacen sentir, también tiene su parte de responsabilidades. Además, se produce un auge de la economía rusa, motivado por el contacto con el comercio europeo, cada vez más activo, en el mar Báltico. En todo caso, la ocupación esporádica de Narva por los rusos en el siglo xvi es muy sig-

nificativa: la puerta abierta se cierra casi en seguida, pero Rusia pronto se tomará la revancha.

El diálogo entre Moscovia y Occidente, iniciado por lo menos desde Iván III, como hemos dicho, continúa y se intensifica. Se adjudica a un viajero alemán, el barón de Herberstein, la gloria de haber «descubierto» (1517) Moscovia, al igual que Cristóbal Colón descubrió América. En todo caso, cada vez se dirigen y se trasladan a este Nuevo Mundo más comerciantes y aventureros de todo tipo, más vendedores de consejos o de proyectos, más arquitectos y pintores, mucho antes de que Pedro el Grande, siendo niño, se hiciera amigo en Moscú, en la barriada de Sloboda, de los extranjeros a los que convertirá en sus consejeros. Ya en 1571, el duque de Alba, gobernador por aquel entonces de los Países Bajos españoles, señalaba en el Reichstag alemán los peligros que suponía para toda la Cristiandad la existencia de un activo contrabando de armas en dirección a Moscovia, su enemiga eventual. Unos veinte años antes, el inglés Chancellor había llegado con uno de sus barcos (el único que sobrevivió al viaje), a San Nicolás de Arkangel, puerto a través del cual la *Moscovie Companie*, fundada por los comerciantes de Londres, iba a realizar durante algunos años sus tráfico por la inmensa Moscovia hasta Persia.

El acercamiento, esbozado con mucha anterioridad, se precipita, y al igual que en un primer plano de cine, *se precisa con las hazañas y las prisas brutales de Pedro el Grande (1689-1725)*, con las glorias exteriores del reinado de Catalina II, Catalina la Grande (1762-1796). En consecuencia, una serie de grandes modificaciones afectan entonces a las fronteras y a la forma externa de la Rusia moderna frente a Europa. En efecto, a lo largo de todo el siglo XVIII no dejó de dominar y de extender su propio espacio incluso a expensas del de los demás. La ciudad que sirve de nexo es San Petersburgo (hoy Leningrado), la nueva capital enteramente construida sobre el Neva, a partir de 1703, y cuyo comercio fue en continuo aumento gracias a los barcos de los ingleses y de los holandeses. Rusia se vuelve cada vez más europea. Todos colaboran en esta transformación, pero sobre todo los países bálticos y los alemanes. Y, en efecto, los países vecinos ocupan los primeros puestos.

La conquista definitiva del Sur (que esbozó Pedro el Grande, pero en la que más tarde fracasó) y la instalación, en Crimea, en 1792, se llevan a cabo en un vacío relativo. Es célebre el caso de esos pueblos, meros decorados desmontables, que Potemkin traslada de un lado a otro, para que los vea Catalina II en el curso de su famoso viaje. Por este lado, la verdadera conexión todavía se hará esperar; sólo se establece a principios del siglo XIX, con el lanzamiento de Odessa, llevado a cabo por el duque de Richelieu. En 1803, por primera vez, el trigo de Ucrania llega a los puertos del Mediterráneo occidental, suscitando los temores de los terratenientes italianos y, más tarde, de los franceses.

En suma, en el detalle y en el conjunto de esta multitud de empresas, *la historia rusa de los siglos XVIII y XIX es la de una «aculturación» gigantesca, con sus ilusiones, sus errores, sus casos graciosos, sus esnobismos, pero también sus resultados positivos*. «Por debajo del ruso siempre está el moscovita»: este proverbio, quizá de origen ruso, se hizo famoso en Occi-

dente. Y, en efecto, ¿por qué el moscovita no iba a continuar siendo moscovita, con sus gustos, sus peculiaridades y sus reticencias? Al lado de Moscú, en Ostankino, todavía se puede visitar, conservada y sostenida como un museo, la residencia que mandó construir a sus artesanos siervos, en el siglo XVIII, el príncipe Cheremetiev y que es del más puro estilo clásico. Al visitante que se muestra extrañado por la perfecta conservación de las pinturas interiores, de los dorados, de la decoración y de los falsos techos, se le notifica que toda la construcción, a pesar de que los gruesos muros parecen de mampostería, es de madera, material refractario a la humedad: el príncipe decía, y no sin razón, que no hay nada comparable al atractivo para él habitual de las casas rusas de madera. Conservó, pues, la madera y la decoró a la francesa.

Esto es un poco lo que ocurrió con la historia de todo el siglo XVIII ruso, que utilizó a muchos occidentales para que lo construyeran todo, incluida la industria rusa de la época. Una nube de ingenieros, de arquitectos, de pintores, de artesanos, de músicos, de maestros cantores, de gobernantes, cae sobre un país ansioso de aprender y decidido a pasar por todo con tal de conseguirlo. La inmensa mayoría de las construcciones en una ciudad como San Petersburgo, en la que se conserva, y lo decimos a título de pequeño detalle simbólico, la biblioteca de Voltaire todavía intacta, y aún más, la inmensa mayoría de la correspondencia y de los papeles públicos, escritos en francés y almacenados en los archivos, atestiguan esta enorme experiencia a la que se dedicó la *intelligentsia* rusa, por lo demás, de bastante buen talante.

A Francia le corresponde un lugar privilegiado en esta cultura rusa en movimiento. Además, en Francia también se produjo, en contrapartida, un "espejismo ruso". Los franceses vieron en Catalina la autócrata una liberal por el sólo hecho de que hizo representar *Las bodas de Figaro* en Rusia antes de que esta obra fuera autorizada por Luis XVI. No obstante, este espejismo no debe llamarnos a engaño, todavía en la actualidad. Es un hecho que el gobierno de Catalina II fue *socialmente* retrógrada: consolidó el poder de la nobleza y agravó la situación de los siervos.

Tan sólo una cultura aristocrática se vuelve de buen grado hacia Versalles y hacia París. Esta cultura, pronto revolucionaria en una parte mínima, se extiende a los intelectuales y a los estudiantes. Esto explica que estos últimos siguieran, con envidia, el desarrollo de unos acontecimientos llamados a conmover, o por lo menos a sacudir, a la vieja Europa. Pero, y es una verdad que no debe olvidarse, fue precisamente contra el coloso ruso contra el que fracasó la Revolución francesa (o por lo menos el Imperio napoleónico, su prolongación natural).

3. La Revolución camina a través de toda la historia de la modernidad rusa, desde el siglo XVI hasta la explosión de 1917, aunque fuera en segundo plano, en profundidad, pero saliendo, de vez en cuando, a la superficie.

Después del florecimiento de la Rusia de Kiev, en la que, no obstante, se pueden rastrear tantas inquietudes y tensiones sociales, el inmenso país

ruso pasó por una Edad Media tardía. Las estructuras feudales arraigaban en Rusia en el mismo momento en que empezaban a desaparecer en Occidente. Claro está que *la europeización se intensifica a partir del siglo XV y hasta el siglo XX*, pero de hecho sólo afecta a una parte muy reducida del país, a algunos grandes señores, a algunos propietarios intelectuales y políticos. Aún más, el desarrollo del comercio con Occidente, en Rusia lo mismo que en la Europa central, transformó a los señores en productores de trigo y en comerciantes. Como consecuencia evidente, se instaura «la segunda servidumbre» desde el Elba al Volga. Las libertades campesinas se vacían entonces de contenido. Los siervos, que hasta entonces tenían derecho, salvo en caso de endeudamiento, a cambiar todos los años de señor con motivo de la festividad de San Jorge, pierden este derecho. Un ukase de Ivan IV les prohíbe en 1581 cualquier nuevo traslado. Al mismo tiempo aumentan las prestaciones y los tributos señoriales.

A los siervos les queda, sin duda, la posibilidad, de la que harán uso, de *huir a Siberia o hacia los grandes ríos del Sur* y hasta de unirse en las fronteras con los *fuera de la ley*, con los cosacos. La región de Moscú casi se vacía de campesinos que han preferido la aventura y la libertad a la servidumbre. Pero en cuanto el gobierno establece en estas lejanas regiones, ya sea su control directo, ya sea el de un mandatario, la libertad adquirida de hecho es discutida de derecho. Es la eterna historia de las libertades rusas, tan rápidamente conquistadas como inmediatamente perdidas. El señor tiene, en efecto, derecho a apoderarse de un fugitivo. El código de 1649 llegó incluso, a este respecto, a abolir toda prescripción.

Esta situación provocó grandes e inmensas sublevaciones: así, por ejemplo, en 1669, 200.000 rebeldes, cosacos, campesinos, indígenas de Asia, se apoderaron de Astrakán, de Saratov, de Samara; se convirtieron en los amos del bajo Volga, mataron a los propietarios y a los burgueses. Su jefe, Stenka Razin, fue hecho prisionero en 1671, torturado y descuartizado en la plaza Roja de Moscú. Un siglo más tarde, y en estas mismas regiones, el levantamiento de Pugatchev tuvo un éxito inicial importante: cosacos del Don y de los Urales, bakchirs, khirgiz, siervos de los dominios señoriales, obreros siervos de las grandes fundiciones de hierro y de cobre del macizo de los Urales, se incorporan a la sublevación, conocida como la *Pugatchevina*. Los sublevados llegan a Nijni-Novgorod, cuelgan a los propietarios y prometen a todos tierra y libertad. Los rebeldes se apoderan de Kazán, pero demoran su marcha sobre Moscú. Pugatchev es hecho prisionero y decapitado en 1775. A partir de este momento parece que todo vuelve al orden.

Estos hechos son archiconocidos. La historiografía soviética los ha puesto, con razón, muchas veces de relieve. Cuanto más tiempo pasa más empeora la situación de los campesinos rusos. Y es que, en efecto, la «segunda servidumbre» va acompañada de una segunda aristocracia. El *boiar* de la época de Iván el Terrible ya no es el boiar de la Rusia del principado de Kiev, semejante a los señores de Occidente, y propietario de la tierra. Iván había aniquilado sistemáticamente a los señores independientes, les había ejecutado por millares, confiscado sus tierras y concediéndoselas a hombres que le eran fieles, a los *opritchniki* (nobles de servicio que sólo poseen las tierras y sus «beneficios» a título vitalicio). En estas condiciones, la gran reforma *retrograda* de Pedro el Grande es la ley de mayoraz-

gos de 1714, que reconoce a estos nobles de servicio la posesión pura y simple, para ellos y para sus herederos, de los beneficios que tienen. Con esta ley, la segunda aristocracia se vio confirmada en sus ventajas y sus filas se fijaron y se cerraron de una vez para siempre. Mentchikov, el favorito de Pedro el Grande, recibió 100.000 siervos... El doble rostro de Rusia se ilumina con esta poderosa contradicción: modernidad frente a Europa, Edad Media retrógrada frente a sí misma.

Desde entonces, una especie de pacto efectivo vincula al zarismo con la nobleza, que le rodea y le sirve, siempre temerosa y sometida a los caprichos del soberano. La situación de los campesinos se resiente de ello; se encuentra encerrada en unas dificultades insolubles. Ni siquiera las liberaciones masivas de siervos en 1858, 1861, 1864, las suprimieron. Subsisten a medias las sujeciones colectivas del *mir*, del pueblo. Las tierras de los señores que habían sido ocupadas son *redimibles*. Más aún, los señores conservaron una parte de sus dominios. El problema sólo se solventará, por un momento, en 1917, con la mayor explosión agraria que se haya dado en la historia. Y decimos un momento puesto que en seguida iba a empezar la colectivización. En Rusia, el campesino sólo ha conocido durante unos años la condición de verdadero propietario.

Esta situación rural explosiva creó, a través de toda la vida rusa, una tensión revolucionaria. Explica la intensidad de la repercusión de la Revolución de 1789, comentada día tras día en todas las gacetas, en San Petersburgo, en Moscú, pero también en Tobolsk, en Siberia; desde el principio, la nobleza liberal y también la burguesía comercial, los intelectuales y los publicistas, se apasionaron por ella. A este respecto, se debe leer el pequeño libro de Michel Strange *La Revolución francesa y la sociedad rusa*, aparecido en traducción francesa en Moscú, en 1960. La Declaración de los Derechos del hombre, las noticias de los disturbios franceses, de la *Grande Peur*, «estaban en relación directa con los problemas más acuciantes del régimen de la autocracia y de la servidumbre»; eran la realización de estos sentimientos que en Rusia se podían leer «en la frente de todos los campesinos», como dijo un contemporáneo.

Con la industrialización que se esboza en la segunda mitad del siglo XIX, se añaden nuevas tensiones a este fundamental problema campesino. Es la época de esplendor de la gran literatura rusa, bajo el reinado de Nicolás I (1825-1855) (que, desde luego, no es, en modo alguno, responsable de ello), con Pushkin (1799-1837), Lermontov (1814-1841), Gogol (1809-1852), Turgeniev (1818-1883), Dostoiewski (1821-1881), Tolstoi (1828-1910)... En realidad, se trata de una gran toma de conciencia por parte de Rusia.

Pronto se inauguran y proliferan nuevas formas de agitación revolucionaria, desde el movimiento restringido de los «decembristas», en 1825, hasta los fusilamiento delante del palacio de Invierno (1905); desde los nihilistas de los años 60 hasta la formación, en 1898, del Partido Social Demócrata ruso, en Minsk, el primer partido marxista; desde los eslavófilos (a veces revolucionarios chovinistas) hasta los occidentalistas rabiosos. Los intelectuales, la juventud, los estudiantes, sobre todo, y los exiliados, llevan la antorcha de la revolución futura. En esta llama culmina toda la historia rusa.

CAPITULO XXV

LA U. R. S. S. DESDE 1917 HASTA HOY

No vamos a estudiar ahora el desarrollo de los acontecimientos de la Revolución de 1917, ni sus preliminares, ni sus consecuencias (políticas, económicas y sociales), sino los grandes problemas que afectan a la historia de la civilización soviética:

1.º La dirección de la Revolución rusa ha correspondido al marxismo.

2.º La perpetuación del marxismo en la actualidad soviética, humanamente hablando, al margen de la planificación y de las cifras que, evidentemente, tienen una enorme importancia.

3.º Las posibilidades de comprender el presente y el porvenir de una civilización soviética, caracterizada por estos choques y por estas sujeciones.

I. DE MARX A LENIN

El pensamiento de Marx llegó relativamente pronto a los atentos medios intelectuales y revolucionarios rusos, favorables a Occidente y opuestos a los tradicionalistas eslavófilos. En efecto, el marxismo encontró, en seguida, adeptos en la Universidad de San Petesburgo entre los economistas y los historiadores en la medida en que esta Universidad se oponía a la más conservadora de Moscú.

1. El marxismo es el fruto de una colaboración, en lo fundamental, obra de Marx (1818-1883) y, en segundo término, obra de Federico Engels (1820-1895), que durante cuarenta años trabajo a su lado y le sobrevivió otros doce.

Esta inmensa doctrina señala un viraje decisivo en el pensamiento, la acción y la explicación revolucionarias de los siglos XIX y XX, en la medida en que pone en relación a la revolución con la sociedad capitalista, moderna, industrializada, siendo aquella una consecuencia natural e inevitable de ésta, en la medida también en que ofrece una concepción total del mundo y asocia la explicación social a la explicación económica.

La *dialéctica* de Marx (entiéndase por dialéctica la busca de la verdad a través de las contradicciones) está inspirada en Hegel, al mismo tiempo que se opone a la filosofía de éste. Para Hegel, el espíritu domina al mundo material y el hombre es, ante todo, conciencia. Para Marx, por el contrario, hay un predominio del mundo material sobre el espíritu. Marx escribió: "El sistema hegeliano descansaba sobre la cabeza y nosotros lo hemos puesto sobre los pies." Lo que no impide que la dialéctica de Marx asimile los *tiempos*, las experiencias sucesivas de la dialéctica de Hegel: 1.º afirmación; 2.º negación; 3.º negación de la negación, es decir, afirmación de una nueva verdad que tiene en cuenta a las dos anteriores y las reconcilia.

Este sistema de razonamiento fue el que siempre aplicó Marx en todas sus argumentaciones. Como ha dicho el revolucionario ruso Herzen, "la dialéctica es el álgebra de la revolución". Y es, en todo caso, el lenguaje, de Marx, mediante el cual precisa y pone en claro las contradicciones, después de haberlas reconocido *científicamente* como tales, y después de superarlas. El marxismo ha sido definido como una *dialéctica materialista*: la fórmula no es inexacta, aunque no fuera empleada por Marx y aunque éste insistió mucho más, como ha señalado Lenin, en la dialéctica que en el materialismo. Siguiendo a Lenin, se ha hecho la misma constatación respecto de la fórmula *materialismo histórico*, empleada por Engels; en efecto, Marx insistió mucho más en la historia que en el materialismo. Es un hecho que Marx ha sacado los argumentos dialécticos de su doctrina revolucionaria gracias a un análisis histórico de la sociedad, lo cual constituye una de las grandes novedades de su obra.

Marx consideraba que la sociedad occidental de mediados del siglo XIX entraña una contradicción fundamental cuyo análisis dialéctico constituye la base del materialismo. Resumamos brevemente este análisis. El trabajo constituye, para el hombre, una manera de liberarse de la naturaleza y de imponerse a ella. Sólo al trabajar toma el hombre conciencia de su esencia, que es, al ser un trabajador entre tantos otros, la de formar parte de una sociedad. En la sociedad, que es al mismo tiempo trabajo y liberación, están aunados «el naturalismo del hombre» y el «humanismo de la naturaleza». «La sociedad es la consustancialidad del hombre con la naturaleza.» Tal es la afirmación sobre el valor y el sentido del trabajo humano.

Esta es la tesis. Veamos ahora la antítesis: en la sociedad que Marx tiene ante su vista, el trabajo, paradójicamente, no sólo no libera al hombre, sino que le esclaviza. El hombre está excluido de la propiedad de los medios de producción (la tierra o la fábrica) y de los beneficios de esta misma producción. Está obligado a *vender* su trabajo, a *enajenarlo*, en beneficio de los demás. La sociedad moderna ha convertido al trabajo en un instrumento de servidumbre.

Entonces, ¿cuál será la negación de la negación, la puerta de salida de esta contradicción? La sociedad capitalista que ha creado la *alienación* culmina cuando alcanza el estadio de la industrialización en el trabajo y en la producción en masa y, por lo tanto, en la formación de una clase cada vez más amplia de explotados, conscientes de su explotación, el *proletariado*. Estos agravan la lucha de clases, la guerra entre las diferentes clases, y provocan la revolución en un plazo relativamente corto.

Al ser el capitalismo industrial el último grado de un amplio proceso histórico que ha hecho pasar sucesivamente a la sociedad humana del *esclavismo* al *feudalismo* y posteriormente al *capitalismo* (primero capitalismo comercial y después industrial), el mundo del siglo XX ha llegado, al mismo

tiempo que al estadio de la industrialización, al estadio de la revolución, de la abolición de la propiedad privada; la sociedad del futuro será la sociedad comunista.

Sin embargo, el comunismo no sucederá a la sociedad capitalista de un día para otro (es sabido que Marx, aunque desde 1846 por lo menos conoce y emplea el término *capitalista*, no utiliza todavía un término tan cómodo como *capitalismo*). El mismo Marx explica (1875), que se pasará por «una fase anterior al comunismo», cuando la nueva sociedad surja, mal que bien, de la antigua. Esta fase se designa todavía en la terminología con el nombre de *socialismo* «a cada uno según su trabajo». Sólo la fase superior de esta evolución es designada con el término de *comunismo*. Es, en cierta manera, la tierra prometida. Entonces «la sociedad podrá inscribir en sus banderas: de cada uno según su capacidad (en el estadio de la producción) a cada uno según sus necesidades (en el estadio del consumo)». Por lo tanto, la dialéctica de Marx es optimista, es «ascendente», como ha dicho Georges Gurvitch.

2. No obstante, es posible que a los revolucionarios rusos el mensaje de Marx les pareciera desilusionante, puesto que, después de todo, Marx constata la imposibilidad teórica, por el momento, de una acción revolucionaria en Rusia, cualesquiera que sean, a este respecto, sus vacilaciones hacia 1880, al tener noticia de la agitación revolucionaria rusa.

En Rusia, el proletariado industrial es demasiado reducido y será necesario que durante unos cuantos años todavía prosiga el proceso que lo crea, y también que las nuevas condiciones surgidas de las fuerzas productivas del capitalismo desarrollen plenamente sus consecuencias. Sólo entonces se anunciará «una época de revolución social». Las condiciones necesarias no se han dado todavía.

Pero Marx y Engels pensaron, discutieron y actuaron tomando como punto de partida el ejemplo de Inglaterra, que en el momento en que aparece el primer tomo del *Capital* (1867) ha llegado ya al corazón de su Revolución industrial, o para decirlo con más propiedad, de las dificultades que han surgido como consecuencia de ésta, sin haber ofrecido todavía el medio de superarlas. Razonaron también basándose en los ejemplos de Francia y de Alemania, esta última un poco retrasada en relación con aquella. En resumen, razonaron en función de situaciones muy distintas a aquellas en las que se encontraba comprometida la Rusia de los zares.

El problema está entonces en explicar cómo se pudo producir una revolución social en nombre de estos mismos principios en la Rusia de finales del siglo XIX, que apenas estaba industrializada y en la que los campesinos representaban el 80 por 100 de la población, contra un 5 por 100 de población obrera.

Lenin fue consciente de esta contradicción desde la época en que aparecía (1899) *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, y aún más en vísperas y después de la Revolución de 1905. Claro está que Lenin, discípulo de

Marx, se encuentra prisionero de un pensamiento que admira y en el interior del cual se mueve con agilidad. Lo corriente es que todas sus ideas hayan tenido ya una exposición previa en Marx. No obstante, y aunque su genio radique sobre todo en el terreno de la acción revolucionaria, su originalidad, en el campo mismo de la teoría, es mucho mayor de lo que generalmente se dice.

Por pertenecer a la pequeña nobleza rusa y hablar con el acento característico de los aristócratas de su país, Lenin no es ciertamente «un representante del pueblo ruso», de su simplicidad y de su «inteligencia práctica». Tampoco se trata de un espíritu exclusivamente devorado por la acción. De hecho, multiplicó los análisis concretos, originales, las críticas agudas que le valieron «el honor de haber limpiado los establos de Augias de la Segunda Internacional». No se lanza a la acción política sin haberlo pensado antes con pasión y con lucidez. En consecuencia, su oposición a Marx se produce allí donde tenía que reproducirse *a priori*, en el plano de un procedimiento revolucionario, que él concibe en el escenario ruso y que, concretamente, se define por las relaciones entre el «proletariado» y el «partido revolucionario».

En resumen, Lenin concedió una primacía sistemática a la política sobre lo social y lo económico, al «partido» sobre la masa proletaria. Está a favor, forzando los términos, de un «primero, la política».

Para Marx, la revolución es el resultado de explosiones sociales casi naturales que surgen a su hora a impulso de la industrialización y la lucha de clases. El proletariado, que la industrialización va acumulando en las ciudades, es, por naturaleza, revolucionario y explosivo. Y, junto a él, una determinada burguesía que fue el medio donde se fraguaron las ideologías revolucionarias, se encuentra ya en el límite de su vocación revolucionaria. Aca-so todavía se esté a tiempo, en circunstancias dadas, de sacar provecho del apoyo de esta burguesía democrática y liberal. Sobre semejante estrategia Marx y Engels vacilaron durante mucho tiempo. Después de 1848, y no sin razón, desconfiaron sobre todo de las posibilidades revolucionarias del campesinado francés, de ese falso proletariado interesado en la posesión de su minúscula parcela de tierra.

La discusión sobre las formas de la acción revolucionaria permaneció abierta hasta después de la muerte de Marx (1883). La alemana Rosa Luxemburgo (1870-1919) continuó fiel a la enseñanza de Marx: para ella, el proletariado obrero es el único que merece confianza; ha de ser él el único motor de la Revolución; todas las demás clases son enemigas, y en consecuencia, el «partido» debe ser algo privativo de ese proletariado; el partido deberá ser vigilado de cerca, desde dentro, y controlado por la base; es la única forma de evitar su burocratización.

La dirección de Lenin difiere: coincidiendo con algunos reformistas, pone en duda (en la era del imperialismo) el carácter natural y espontáneamente revolucionario del proletariado (por lo demás, tiene horror a cualquier tipo de «espontaneidad»). Piensa que ha llegado la hora de insistir sobre el partido y las alianzas que pueden representar para el proletariado otras capas sociales oprimidas, cualesquiera que sean. En 1902, en *¿Qué*

hacer?, sostiene que sin la acción de un partido centralizado, formado por revolucionarios profesionales, el proletariado se orientaría no hacia la revolución, sino hacia el reformismo y un cierto trade-unionismo que propendería incluso a la utópica meta de una aristocracia obrera. Es cosa sabida que en la Inglaterra de la época, el Labour Party, que por entonces se estaba creando, va a enfrentarse con el conservadurismo mal disimulado de los Trade Unions; al igual que en Francia, y más de lo que por lo general se quiere admitir, el sindicalismo habría de ser un obstáculo para el socialismo en marcha. En contra de Rosa Luxemburgo y de algunos otros, Lenin afirma además que la era de las guerras nacionales todavía no ha terminado, que se imponen alianzas con las burguesías liberales. Y aún más, y siempre en contra de Rosa Luxemburgo y el «luxemburguismo», se adhiere a un programa de reformas agrarias y se niega a considerar a los campesinos como un factor reaccionario. Sobre este punto decisivo estuvo seguramente influido por los socialistas revolucionarios rusos; como ellos, ve en el campesinado esclavizado uno de los motores fundamentales de la Revolución y entiende que no debe ser desaprovechada esta inmensa fuerza explosiva. Fue esto, como es sabido, lo que aseguró el éxito de 1917: al menos en lo que a Rusia se refiere, Lenin tenía razón.

No vamos a entrar aquí en el detalle de estas discusiones y de estas posiciones ideológicas, algunas de las cuales desempeñarán, después de 1917, un papel en la evolución de la U. R. S. S. Se bastan para mostrar el cambio cultural operado desde el marxismo inicial al leninismo. Este último es un marxismo revisado, «reinterpretado», como dirían los antropólogos, adaptado a ese país todavía sub-industrializado, con predominio agrario, que era la Rusia de los zares al principio, al mismo tiempo tan próximo y tan lejano, del siglo xx. «El proletariado contaba numéricamente demasiado poco y, en consecuencia, tenía una importancia económica, social y política insuficiente para provocar, por sus propias fuerzas, la revolución, que le habría enfrentado inmediatamente con el conjunto de la sociedad.» (Lucien Goldmann.)

3. El Partido Socialdemócrata de Rusia, posteriormente Partido Comunista, fue creado en 1898 por la segunda generación de marxistas rusos (Lenin, Martov, Dan), de acuerdo con la primera generación (Jorge Plejanov, Pablo Axelrode, Vera Zassulitch, Lev Deutsch), que había formado en el extranjero el Grupo de la Liberación del Trabajo (Grouppa Osvobojudeniia Trouda).

Ahora bien, en el segundo Congreso del Partido Socialdemócrata, realizado en Londres (1903), se produce una escisión: por un lado, los bolcheviques (es decir, los «mayoritarios», puesto que consiguieron un voto de ventaja), y por el otro, los mencheviques («minoritarios»), entre los cuales estaba el propio Plejanov. (De hecho, los «minoritarios» se convertirán en «mayoritarios» en el Partido Socialdemócrata ruso.) El motivo de la escisión fue el artículo I de los estatutos, en el que Lenin había introducido las disposiciones conocidas con el nombre de «centralismo democrático». Conte-

nían: 1.º el papel preponderante de los «revolucionarios profesionales»; 2.º una estricta disciplina (de hierro) en el partido; 3.º amplios poderes dictatoriales del *Comité Central* sobre el conjunto del partido y en particular sobre las organizaciones de base; 4.º en caso de necesidad, traspaso de todos los poderes del Comité a un Buró restringido. El partido se convierte así en un instrumento autónomo de guerra. Los minoritarios se levantaron contra lo que calificaron de dictadura y de abandono de los principios democráticos. (Trotsky prevé entonces que la concepción leninista terminaría en la dictadura de un solo hombre, el jefe del *Comité Central*.)

Sin embargo, existen pruebas de que las condiciones peculiares de Rusia, por lo que respecta a su desarrollo social e industrial, impusieron esta actitud táctica. En 1905, Lenin combatió categóricamente la tesis de determinados socialistas—no muy numerosos—que creían posible «la revolución socialista» (entiéndase hecha por el proletariado), como si las fuerzas productivas de este país estuvieran ya lo suficientemente desarrolladas para semejante revolución. Todavía es más significativa la polémica *in extremis*, en 1917, en vísperas de la toma del poder por los revolucionarios, entre Lenin y el fundador de la escuela marxista rusa: Jorge Plejanov. Lenin aseguraba que no ambicionaba tomar el poder, y de tomarlo sería con la esperanza de verse socorrido por una revolución socialista de explosión inminente en los países de capitalismo avanzado (sueño del que pronto habría de despertar la Revolución rusa, condenada, desde sus comienzos, a hacerse por sus propios medios y sólo por ellos). Recurriendo a argumentos marxistas básicos—debilidad del proletariado obrero, mediocridad del capitalismo, mayoría aplastante de la población campesina—, Plejanov advirtió a Lenin que, de tomar el poder, se vería obligado a recurrir a la dictadura, a los métodos terroristas de gobierno. Lenin replicaba que tal suposición equivalía a injuriarle. Y, no obstante, tomará el poder y desencadenará la revolución agraria, lo mismo que Mao Tsetung unos treinta años más tarde...

Y, sin embargo, estos problemas continuaron preocupándole. Cuando en 1921, con la N. E. P., dio por un instante marcha atrás, sus declaraciones se relacionan significativamente con esta línea de pensamiento y con las antiguas discusiones: «Nos hemos equivocado, declaraba en sustancia. Hemos actuado como si se pudiera construir el socialismo en un país en el que el capitalismo prácticamente no existía. Antes de querer realizar la sociedad socialista, hay que reconstruir el capitalismo.» La N. E. P. no habría de sobrevivir a Lenin. A partir de 1928-29, Stalin se entrega a la industrialización, emprendida en un principio en los sectores secundarios con dificultades y, posteriormente, con los logros grandiosos de todos conocidos.

Pero retrocedamos en el tiempo, hasta 1883 (el mismo año que moría Marx) para ilustrar estas explicaciones, Plejanov, imaginando la posibilidad de que los revolucionarios «por accidente», o «por complot» ocuparan el poder, sostenía que «en este caso no podrían crear más que un socialismo del tipo del Imperio de los Incas», con lo que quería significar un socialismo autoritario. Recogía, así, Plejanov, una fórmula del propio Marx, quien refiriéndose a una eventualidad del mismo género, había hablado de «socialismo de convento» y de «socialismo de cuartel».

Al recoger estas expresiones y estos debates, no intentamos, como a menudo se ha hecho, volver sobre los acontecimientos de octubre de 1917 y sus consecuencias para *condenar* su desarrollo en nombre de un «marxismo puro», que en este caso habría sido desbordado o traicionado por la historia. Lo que queremos subrayar es que, accidentalmente, la revolución socialista ha empezado por el país menos industrializado de la Europa de entonces. Por lo mismo, resultaba *imposible* que la revolución se desarrollara siguiendo el esquema marxista de la toma de poder por el *proletariado*. Quien tomó el poder fue el *Partido Comunista* (denominación adoptada por el Partido Socialdemócrata), es decir, una pequeña minoría a escala de Rusia, aproximadamente unas 100.000 personas. Esta minoría, admirablemente organizada, se aprovechó de la terrorífica desbandada de los diez a 12 millones de campesinos, quienes, después de haber escapado de los cuadros del ejército y de haberse matado los unos a los otros cuando era necesario, regresaban a sus pueblos y empezaban a apoderarse de las tierras de los nobles, de los burgueses ricos, de la Iglesia, de los conventos, de la corona y del Estado...

Se asegura que fue el mismo Lenin quien pronunció esta *boutade*: "Si el zarismo ha podido mantenerse durante siglos gracias a 130.000 aristócratas terratenientes feudales, que ejercían poderes policíacos en sus respectivas comarcas, ¿por qué no vamos a mantenernos nosotros, partido de 130.000 afiliados, unas decenas de años?" También se le atribuye esta otra frase de corte napoleónico: "Lo importante es cargar, después ya se verá lo que pasa."

«Mantenerse unas decenas de años», hasta que de hecho Rusia haya alcanzado el grado de industrialización y de desarrollo del que hubiera debido arrancar una revolución «razonable»: tal será, en efecto, en adelante, el problema crucial de Rusia. El motivo también de una dictadura que no ha sido la dictadura del proletariado, sino la dictadura de los dirigentes comunistas en nombre del proletariado en vías de creación. Estos dramáticos años de la vida rusa evocan siempre al Comité de Salud Pública en 1793-94, pero con la diferencia de que en Rusia no fracasó. La razón de esta diferencia hay que buscarla sin duda en la organización de hierro del partido único que impidió todo «fraccionamiento» duradero, a la inversa de lo que pasó en París en 1794.

II. MARXISMO Y CIVILIZACION SOVIETICA, HOY

Desde hace cerca de cincuenta años, la U. R. S. S. vive bajo un régimen de dictadura política sin libertad de prensa, de opinión, de asociación, de huelga, con un partido único, disciplinado y «monolítico», en el que los conflictos subyacentes sólo emergen a la superficie bajo la forma de oposiciones dramáticas entre personas. Sólo desde hace algunos años una liberalización—o quizá sea mejor decir una humanización, ya que el término de liberalización sigue siendo peyorativo para los comunistas—se está abriendo paso lenta y mesuradamente, pero parece que irreversiblemente. Puede que el motivo de lo que se viene llamando la «desestalinización» radique en que

las horas dramáticas de urgencia, la época del «Comité de Salud Pública», han pasado. Sin duda, la U. R. S. S. no ha superado todavía todas sus dificultades internas, pero en todo caso ya ha entrado en la familia de los países industrializados, de los pueblos privilegiados: ha alcanzado este lugar gracias al sudor de su frente, pero la realidad es que lo ocupa. Al mismo tiempo, ha construido las nuevas estructuras necesarias a una civilización de masas. Ahora, por primera vez, es libre de escoger *su* revolución o *su* camino, por lo menos en el plano interior, ya que su importancia excepcional en la política mundial, su función de líder de las naciones socialistas le imponen, de ahora en adelante, obligaciones de índole diferente, externas.

1. El marxismo ha evolucionado. Cincuenta años de esfuerzos y de guerra en todos los frentes es un espacio muy largo de tiempo. No puede, pues, extrañar que, en estos años, haya evolucionado mucho el marxismo-leninismo, doctrina de Estado, al mismo tiempo que salvaguardaba sus grandes temas y sus argumentos habituales. Lo verdaderamente chocante sería lo contrario.

Los discursos oficiales siguen apoyándose en las fórmulas de la lucha de clases, la *praxis*, el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, la pauperización relativa, la dialéctica materialista o la base material o el advenimiento de una sociedad sin clases. Pero todo ello no quiere decir, en absoluto, que la gran ideología no se haya visto arrastrada, como todas las ideologías y las religiones, por el hecho mismo de su triunfo, a una evolución que es la *vida misma*. Por lo demás, ya la *intelligentsia* rusa de principios de siglo opinaba lo mismo que más tarde opinarán los revolucionarios, que una idea sólo tiene valor cuando se concretiza en la vida práctica, en la *praxis*. Siendo un sistema de ideas de fuerte trabazón entre sí, el marxismo sólo adquiere valor cuando se lanza a la experiencia vivida por millones de hombres. Se «actualiza» en estas realizaciones y se ve, a su vez, afectado, de rechazo, por ellas. Por lo demás, el «marxismo es la concepción del mundo que se supera a sí misma». Ha habido incluso observadores que han dicho «que el comunismo del siglo XX ha pasado por transformaciones análogas a las del cristianismo entre el siglo I y el IV».

Quizá fuera necesario ser casuistas y enumerar estos cambios, estas infidelidades y herejías, de que se ha hecho responsable el marxismo ante sí mismo. No carecería, en efecto, de interés tal inventario, pero a condición de que nunca quedara aislado este o aquel otro detalle, por muy significativo que pueda parecer. Semejante inventario sólo tiene sentido en relación con una experiencia global que lo explica y a la que él explica a su vez. Pero creemos que no se trata del *test* más importante ni más claro que ofrece la experiencia soviética.

En realidad, aunque cincuenta años supongan mucho tiempo para los hombres que lo han vivido, cuando se trata de una sucesión de revoluciones y de experiencias es espacio insuficiente para que se afirme la *evolución ideológica, social y cultural*, después de una ruptura tan radical de estructuras. Sería necesario que se pudiera distinguir lo que es colateral y extraño en la experiencia, en particular durante los años de transición (por lo menos hasta 1930 e, incluso, después de esta fecha), y lo que ha sido y seguirá siendo eficaz para establecer las conexiones de-

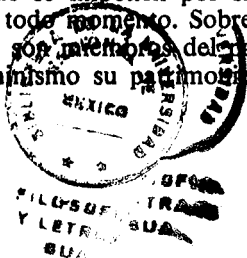
finitivas entre una ideología violentamente impuesta y una sociedad comprometida en una experiencia de la que no siempre es plenamente consciente.

De esta manera, cabe preguntarse en qué medida *el restablecimiento de un abanico muy abierto de salarios, preconizado ya por Lenin, ha sido un accidente, el hecho de la voluntad todopoderosa de Stalin, una necesidad social, o incluso un proceso económico inevitable.* Por este camino se ha restablecido, en cierta manera, una especie de jerarquía social, con sus privilegios evidentes. Un universitario soviético decía, en broma: "Somos la burguesía soviética..." Pero, semejante jerarquía no es susceptible de restablecer las clases sociales salvo cuando los privilegios, determinados por las funciones, se transmiten, es decir, salvo cuando los hijos de los privilegiados se ven beneficiados a su vez (educación, dinero, cargos) por la posición social de sus padres. Esta tendencia es natural en toda sociedad en la que se perpetúa la vida de familia, y el comunismo no la ha destruido en absoluto y Stalin incluso la ha consolidado.

Otro problema fundamental son las tentativas soviéticas para reorganizar la producción agrícola en forma colectiva, fracasadas al chocar con las resistencias de una clase campesina maltratada en el pasado por el régimen stalinista. Pero este malestar campesino, del que las novelas rusas se hacen eco, parece ser la reacción normal y casi inevitable de una «cultura tradicional» bruscamente arrancada de su marco secular por el movimiento económico de una modernización rápida. El problema se ha planteado en todos los países que han acelerado su industrialización, cualesquiera que hayan sido las soluciones adoptadas.

Además, parece que tampoco se ha dicho la última palabra en el diálogo, más o menos tenso, entre la ideología soviética y la iglesia ortodoxa. Frente a la alienación religiosa, el régimen ha favorecido un materialismo militante, un racionalismo de choque, no la negación de Dios, sino la afirmación vehemente del hombre. Ahora bien, ¿acaso la guerra ha revalorizado la creencia ortodoxa? En todo caso, ha favorecido un compromiso entre la Iglesia y Stalin. Piénsese que éste restableció el Patriarcado de Moscú, suprimido por Pedro el Grande. El 7 de noviembre de 1951 invocó en un discurso a Alejandro Nevsky, príncipe y santo de la Iglesia. De todos modos, los fieles que entran y salen de las iglesias, y rezan cuanto quieren, son, en su inmensa mayoría, viejos. Pero el problema es menos claro en lo que respecta a las ceremonias de los bautismos, de las bodas y de los entierros. El aparato que el Estado está intentando organizar en torno a las ceremonias civiles de las bodas quizá sea una prueba de que se quiere llenar un vacío.

Finalmente, ¿no se produce en las generaciones nuevas un olvido progresivo del dramático pasado, y una especie de repliegue en profundidad de la enseñanza marxista-leninista, un poco al igual que el cartesianismo occidental, válido siempre y que, sin embargo, está como nublándose en las conciencias de Occidente? Ello no quiere decir, ni mucho menos, que se renuncie al ideal comunista. Son verdades que se imponen por sí mismas, pero que nadie tiene necesidad de discutir en todo momento. Sobre un total de 220 millones de soviéticos, sólo 9 millones son miembros del partido comunista. Para ellos sí que es el marxismo leninismo su patrimonio, su preocupación y su lenguaje cotidiano.



2. En todo caso, lo que ha transformado más profundamente la vida soviética es la vigorosa industrialización emprendida y la perspectiva cercana de terminarla con éxito, es decir, de desarrollar sus logros, de superar sus dificultades y corregir sus errores.

Sin duda, humanamente hablando, Rusia ha tenido que pagar muy caro esta industrialización. En 1917, la Revolución no había encontrado las bases ya dadas, «suministradas por adelantado por el capitalismo» y, por consiguiente, tuvo que construirlas por sí misma, lo que explica la singular orientación del régimen stalinista, el cual asumió la tarea primordial, «histórica, que en otros países habían llevado a cabo el capitalismo en la edad de hierro». *La dureza del régimen stalinista no se explica sólo por el capricho de un hombre emborrachado de poder, ni por las necesidades del socialismo, ni por las del comunismo.* Fue, sobre todo, *el drama del subdesarrollo, la fórmula estatal despiadada ideada para franquear rápidamente por la inversión humana las etapas de la industrialización en un país agrario retrasado.* Y este drama está empezando en China en el momento en que la U. R. S. S. se libera de él.

Todavía les queda mucho por discutir a los especialistas sobre si las metas económicas han sido alcanzadas o no, dado que las cifras ofrecen campo ideal para su controversia. El idioma de las cifras es internacional. Los pueblos se comparan entre sí como niños que miden sus estaturas. Pero es necesario que la medida sea la misma. La producción industrial se ha incrementado, en su media anual, entre 1953 y 1959, en 7,7 por 100, en Francia (1959, índice 156, con relación a 1953, índice 100); en 8,3 por 100 en Alemania Federal (1939, 169; 1953, 100); en 11,3 por 100 en la U. R. S. S. (1959, 190; 1953, 100). Esto es lo que dicen las estadísticas oficiales. Pero la verdad es que estas estadísticas no son directamente comparables. Los occidentales calculan los índices en valor *neto*, y los soviéticos en valor *bruto*. El economista soviético Strunilin ha demostrado que el aumento oficial de la producción industrial, calculado en valor bruto, para 1956, en 22,9 veces la producción de 1928, sólo es en valor neto de 14,7 veces más. En estas condiciones, es fácil imaginar todo lo que han podido discutir los adversarios de la U. R. S. S. sobre estas cifras.

Pero en el supuesto de que las metas económicas no hayan sido totalmente alcanzadas, están a punto de serlo. Se está realizando un enorme progreso, con las magníficas y prodigiosas realizaciones de Siberia y de otros lugares del territorio soviético.

3. Han sido realizadas enormes mutaciones sociales. Todas las sociedades soviéticas se han visto conmovidas por el vertiginoso aumento de la industrialización. Y están formándose nuevas estructuras.

a) *La emigración de campesinos a las ciudades.*

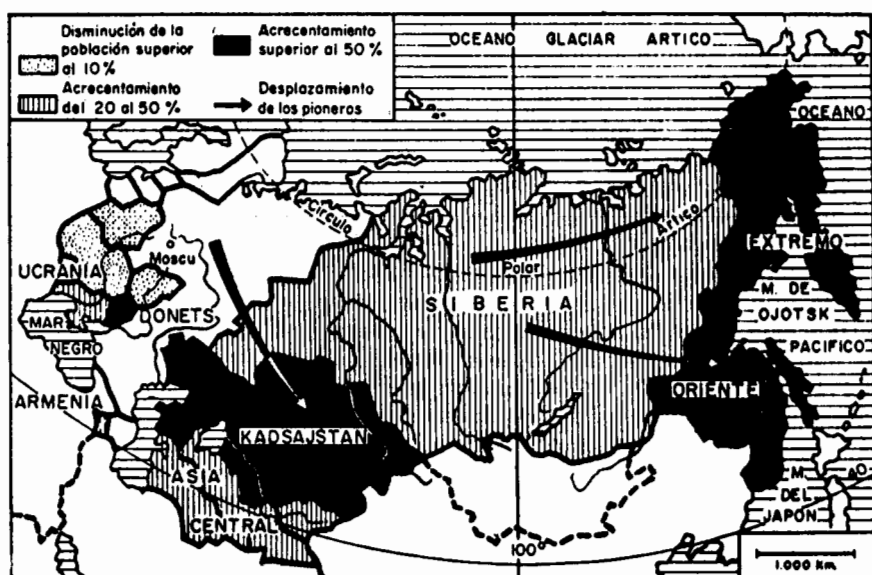
La U. R. S. S. ha impuesto un ritmo americano de desarrollo (americano de la época del *boom*) a un pueblo tradicionalmente indolente y, todavía en 1917, básicamente campesino. Por todas partes se ve la contradicción entre esta indolencia, que reclama a voces sus derechos, y el ritmo vertiginoso al que nada escapa. En las repúblicas federadas del Asia Central, esta

mezcla de *americanismo* y de *orientalismo* resulta todavía más extraordinaria.

Las cifras demuestran la importancia de la transformación. En 1917, los campesinos rusos representaban el 80 por 100 del total y los obreros empleados en la industria, el 5 por 100; en 1962, los campesinos apenas son más de la mitad (52 por 100) contra un 35 por 100 de obreros industriales. En el mismo lapso de tiempo, los burócratas se han multiplicado por diez y los intelectuales por cien, como mínimo. Se ha producido, en consecuencia, una gran corriente migratoria hacia las ciudades y éstas se han superpoblado a expensas del campo.

El proceso acaba de consumarse. Con la sola excepción de Leningrado, la antigua capital, que conserva su aspecto urbano de siempre, todas las demás ciudades, las nuevas y las viejas, incluida Moscú (convertida en una

LOS FRENTES PIONEROS EN LA U. R. S. S.



especie de enorme Chicago), han adoptado un aspecto campesino. Su vida se ha ruralizado. Los intelectuales y los estudiantes no escapan a esta regla general. «En Rusia se ha creado una nueva clase», que lo ha invadido todo, desde los cargos más modestos a los de la investigación científica (la cima de la escala social). Al mismo tiempo que Stalin industrializaba la U. R. S. S. a un ritmo desconocido hasta entonces, sometía a los campesinos a una colectivización integral, dejando así desocupados a un número considerable de trabajadores de la tierra, que se vieron obligados, contra su voluntad, a lanzarse a la conquista de las ciudades. Todo ello sucedió en el transcurso de unos pocos años.

En 1947, en las ciudades invadidas y conquistadas por los campesinos, todavía se les reconocía por sus trajes, por su manera lenta y torpe de moverse y por su forma de irrumpir en los tranvías y en los autobuses, gritando. Desde 1956, salta a la vista el cambio operado. El campesino se ha urbanizado y, al mismo tiempo que aumentaba su nivel de vida, ha adquirido una mayor compostura. En 1958 ya no se ven por las calles mujeres y niños descalzos; en teatros y en cines, los modales son ejemplares, y la tradicional torpeza campesina está desapareciendo. Sin embargo, los orígenes campesinos, todavía tan cercanos, resaltan en miles de detalles en el comportamiento. En contraste, Leningrado resulta una ciudad mucho más refinada, con mujeres más elegantes, y una mayor pureza en la lengua hablada. La impresión que da la ciudad, admirablemente restaurada después de 1945, es la de una vieja ciudad europea, amable y fina, que sigue viviendo, gracias a su activo puerto, en el ancho mundo. No ha sido sumergida por el campo. Pero quizá Leningrado permanezca, a pesar de sus barriadas industriales, relativamente al margen de la extraordinaria actividad a la que parece está llamada la Rusia de mañana. Esta misma actividad es precisamente la que confiere a Moscú su carácter de capital.

b) *El acceso del campesinado a las fábricas y a las escuelas.*

Esta afluencia de mano de obra sumergió a los obreros especializados de antaño. El campesino ha ocupado las fábricas, con su ignorancia y su falta de habilidad para las máquinas, de las que recelan todos los labradores del mundo. Convertido de repente en un obrero, este trabajador torpe de la tierra, no logró al principio más que un rendimiento muy mediocre. Entonces, para paliar las deficiencias de la producción, la mano de obra se multiplicó.

Ha tenido lugar una afluencia similar de los campesinos, o por lo menos de sus hijos, hacia las escuelas y las Universidades. Mientras que Rusia tenía en 1917 un 75 por 100 de analfabetos, en la actualidad el analfabetismo ha desaparecido totalmente. Esto explica la multiplicación de las bibliotecas, de las salas de lectura, de las ediciones populares de los clásicos rusos (salvo excepciones, como, por ejemplo, Dostoiewsky y Essenin, hasta 1955), o extranjeros, con unas tiradas fantásticas (en ocasiones hasta 10 millones de ejemplares). El precio de los libros, en papel económico, es irrisorio. Pero, quizá, el éxito de los clásicos también obedezca a otras razones, como la mediocridad de los autores contemporáneos y la falta de una prensa amena y de fácil acceso. En todo caso, el esfuerzo de la educación es también enorme en el terreno de la televisión, de la radio y de los discos.

Por sí sola «esta revolución cultural», como la llama O. Rosenfield, ha determinado una verdadera revolución social, un inmenso deseo de emanciparse, de instruirse, de ascender rápidamente en la escala cultural. Los que juzgan sin indulgencia, la califican de «arrivismo forzoso». Se trata, en realidad, de una avidez por la cultura, que proporciona, a la vez, dinero y prestigio. En todo caso, los estudiantes de las Universidades, de las escuelas técnicas, de los cursos por correspondencia o nocturnos son cada vez más numerosos. Con frecuencia, los hijos de los campesinos ocupan los pri-

meros puestos. La U. R. S. S. fabrica así los intelectuales que necesita, los ingenieros, los investigadores, los oficiales, los profesores, siempre a partir de esta inagotable reserva humana. La Rusia soviética está organizando a una velocidad increíble y a gran escala, aunque a veces con algunos tropiezos inevitables, todo lo que se consiguió en Francia, gracias a las reformas escolares de Jules Ferry y al carácter gratuito de la enseñanza media y universitaria, con la diferencia de que en Francia estas reformas se llevaron a cabo lentamente y en pequeña escala. Y decimos con algunos tropiezos, como, por ejemplo, la asombrosa medida de que en Rusia, entre 1947 y 1956, la enseñanza secundaria no era gratuita.

c) Por lo general, se cree que el nivel de la enseñanza ha bajado.

Pero esta afirmación no es cierta. Indudablemente, el ruso hablado hoy no es ya el ruso culto de antaño. La enseñanza que se prodiga es utilitaria, fabrica en cadena los intelectuales que necesita la vida moderna, una serie de especialistas, desde el profesor de instituto al ingeniero e incluso al catedrático de Universidad. Intelectuales a los que un observador ha calificado de semiintelectuales.

Pero esta observación no es justa. Esta «semicultura» no es tanto el hecho de un país nuevo como el de una civilización de masas que se está elaborando. En todos los países de gran industrialización, tanto en Europa como en América, la enseñanza, al generalizarse, tiende a especializarse y, en el plano de la cultura general, a bajar de nivel. Ello no quiere decir que haya disminuido el número de representantes de la verdadera «élite» intelectual. Todo lo más, este número es estacionario (¡y aún así!). En lugar de la reducida minoría intelectual y de la gran masa de analfabetos, las civilizaciones modernas proponen, junto a esta misma minoría y a un pequeño número de iletrados, una gran mayoría de gente para quien la instrucción sirve fundamentalmente como instrumento de trabajo y no como formación intelectual superior.

En todo caso, en cuanto se alcanza este nivel superior, los intelectuales, los sabios o los profesores soviéticos se presentan, teniendo en cuenta las diferencias ideológicas, como iguales a los de Europa y a los de Estados Unidos, y también como los herederos de la misma cultura. Un intelectual parisino, por ejemplo, al pasar de las Universidades francesas a la Academia de Ciencias de Moscú no se resiente de un cambio de ambiente, se encuentra cómodo en Moscú, discutiendo o bromeando, con una comprensión inmediata y recíproca de sus interlocutores. La primera impresión es, pues, que el aislamiento total de Rusia durante cuarenta años, este aislamiento físico que ha cortado toda continuidad en las relaciones entre los soviéticos y Europa, no ha dejado huellas en este terreno. Impresión que en una primera aproximación puede parecer asombrosa, pero no en una segunda. En efecto, Europa y Rusia, a principios del siglo xx, se encontraban inmersas en la misma civilización. Y en el plano de las realidades de la civilización, cuarenta años significan muy poco. A pesar de la fantástica conmoción de las estructuras sociales, la Rusia de 1965 sigue perteneciendo a la misma civilización que la Rusia de 1917, es decir, a la nuestra.

d) *En realidad, parece que la literatura y el arte contradicen esta afirmación.*

Si buscamos en la literatura y en el arte, como se hace por lo general, el mejor testimonio de la sociedad que les sostiene, en este caso de la soviética, su papel sería, sin duda, bastante pobre. Pero precisamente estas obras edificantes, que chocan sobre todo por su irrealidad que alcanza los límites de lo absurdo, no son un testimonio válido de los escritores y de los artistas soviéticos, como tampoco lo son de la sociedad y de la vida cotidiana. Son el fruto de circunstancias excepcionales.

Este lenguaje peculiar del arte y de la literatura soviéticos, ausente de las obras de Marx, de Engels y hasta de Lenin, sólo aparece al principio del poder de Stalin, en 1930. Se trata de atacar a los intelectuales que no aceptan la disciplina de hierro exigida por Stalin, esta movilización del «frente literario y artístico» para la ejecución del plan quinquenal. La primera víctima fue la Asociación de los Escritores Proletarios (la R. A. P. P.) disuelta al mismo tiempo que las organizaciones similares en el campo de las artes plásticas y de la música (1932). En sustitución, se instala una organización única, controlada directamente por el partido.

Al mismo tiempo, se animaba a los artistas y a los escritores a que se convirtieran en los «ingenieros de las almas humanas». En 1934, Jdanov, secretario del partido, definía su dogma, «el método del realismo socialista». Había que describir con veracidad el «carácter históricamente concreto» de la realidad socialista, de las condiciones de producción en particular, y contribuir así «a la transformación ideológica y a la educación de los trabajadores en el espíritu del socialismo». El deber exige ser «tendencioso», expresión que utilizó el propio Jdanov, y escribir obras «edificantes» en las que los personajes aparezcan claramente divididos en «héroes positivos», los verdaderos comunistas, y «negativos», que son todos los demás. Los movimientos de vanguardia, que habían florecido en todos los campos al principio de la Revolución, y a los que se sigue llamando, en Rusia, «arte de izquierda», están, desde entonces, condenados y perseguidos por su carácter formalista. En aquella época fueron detenidos numerosos escritores y directores de teatro, que desaparecieron misteriosamente. La mayor parte de los escritores de calidad se refugian en el silencio o en el semisilencio. Choloiov, el autor de *Don apacible* (cuyos tres primeros volúmenes fueron publicados entre 1925 y 1933, y el cuarto en 1940), dejará de escribir hasta la muerte de Stalin.

Después de la guerra, para reaccionar contra las influencias del «occidente corrompido», el «jdanovismo» acentúa su presión. La literatura, el teatro y el cine son sometidos a una estrecha vigilancia, y la menor desviación, denunciada y castigada. En 1948, los grandes compositores Prokofiev, Chostakovitch, Khatchaturian, son atacados violentamente por su hermetismo y por sus abusos de las disonancias...

En resumen, mientras Stalin estuvo en el poder, se encauza a los artistas igual que a todo el resto de la población soviética. Conformismo y mediocridad son las características dominantes de la producción de esta época.

La muerte de Stalin ha terminado y no ha terminado, a la vez, con

este estado de cosas. Sin duda, la reacción ha sido inmediata y el deshielo brutal, pero esta explosión liberal parece demasiado peligrosa. Recientemente, ha sido frenada.

A finales del año 1953, y a lo largo del año 1954, aparecen toda una profusión de obras sobre las taras de la sociedad soviética; el artículo de un joven crítico, publicado en la revista *Novy mir*, sobre "la sinceridad en la literatura", ridiculiza la división tradicional entre personajes positivos y negativos. A pesar de las sanciones impuestas a los autores de estas osadías, la crítica del culto a la personalidad y la desestalinización provocaron otras libertades de lenguaje. La vuelta de cientos de miles de deportados, la seguridad que confería la convicción de que las sanciones violentas habían desaparecido definitivamente, dieron lugar a una efervescencia intelectual tan intensa, a un cambio de equipos tal (eran ahora los escritores que se habían distinguido bajo Stalin los que tenían que callar y las antiguas víctimas las que podían hablar), que los dirigentes se asustaron. En 1957, los hombres de letras y los artistas fueron amonestados y se les rogó que se abstuvieran de todo "revisionismo" y de un ennegrecimiento sistemático de la realidad soviética pretextando que no querían "embellecerla". Esta posición es la expresión misma de la política de N. Jruschev.

Es indudable que se ha condenado a los métodos de Stalin; como también lo es que los adversarios políticos derribados no han sido objeto de violencias físicas; se ha producido una liberalización en las relaciones culturales y en las relaciones con el extranjero.

Pero abrir las puertas a una violenta campaña de crítica en el mismo momento en que la revelación de los errores de Stalin ha conmovido a una juventud que le había admirado con los ojos cerrados, equivale a poner en peligro al régimen, y al mismo tiempo a la posición de la U. R. S. S. como líder de los países socialistas del mundo, y poner en tela de juicio una parte de su poder internacional. Por consiguiente, el gobierno ha reaccionado, y sin debilidades.

¿Hasta qué punto se interesa el público por este debate? Los grandes auditorios populares son aficionados, sobre todo, a las obras clásicas del repertorio ruso o extranjero, al folklore "puro, estilizado o adaptado" de la ópera clásica recién descubierta por estos ex campesinos. Esto explica el éxito de las óperas, desde *Fausto* a la *Traviata* o a *Carmen*, que hacen la competencia a los bailes del Ejército Soviético o al ballet de Tchaikowsky y *El lago de los cisnes*. No obstante, no se debe creer ni por un momento que existen dos "planos" en este campo, el gran público y la élite intelectual. La libertad de expresión que reclaman y a la que aspiran los escritores y los artistas es el problema crucial del presente y del futuro soviéticos.

e) *El auge de las matemáticas y de las ciencias.*

Estos problemas que hemos señalado para la literatura y el arte no existen en lo que se refiere a las ciencias exactas. Estas se encuentran en un estado, a menudo, rayano del esplendor.

Este hecho obedece a una multitud de razones. Por lo general, las ciencias han sido un sector intelectual poco controlado. Muchas veces, el científico no tiene nada que ver con las discusiones políticas o ideológicas, y puede permanecer al margen de ellas. Además, desde siempre, los rusos han sido unos excelentes matemáticos. Pero, sobre todo, el gobierno no ha regateado ni créditos, ni prescripciones, y, por otra parte, el fabricar un mundo e imaginar otros nuevos, inéditos, es una labor capaz de exaltar a cualquiera. Por último, es indudable, que en el campo de la investigación, el autoritarismo resulta positivo. La investigación, en los países capitalistas, tiende a dispersarse según las diferentes ramas de la industria, y es atraída por las exigencias de estas industrias. En la U. R. S. S. se ha orientado se-

gún las opciones gubernamentales. Puede que esto haya resultado nocivo para la industria y más aún para el confort de la vida cotidiana, bastante menospreciado, por lo menos hasta tiempos recientes. Pero ha resultado altamente positivo para la investigación científica, e igualmente para la organización de equipos científicos. Ahora bien, hoy día, la investigación no puede correr a cargo del sabio de más categoría, sino del equipo de más categoría. Y esto hay que agradecerse a la Academia de Ciencias de la U. R. S. S.

f) *¿Qué conclusiones sacar de todo ello?*

Que la U. R. S. S. está saliendo de una época de dificultades increíbles para entrar en otra de fantásticas consecuciones en el mundo material. Estas consecuciones ya son una realidad. Pero todavía no ha terminado la instauración de las nuevas estructuras. Se encuentra obstaculizada por trágicos recuerdos y por la misma repercusión de la experiencia soviética a través del mundo. En el momento en que la U. R. S. S. tiene plena libertad para escoger su destino interno, se ve obligada a tener en cuenta la repercusión de sus actos en el ámbito internacional.

Lo está pagando con una cierta limitación de su libertad, limitación que subsiste más allá de la desestalinización. También se resiente en sus superestructuras: el arte, la literatura, que constituyen el terreno de la evasión sin la que ninguna civilización puede llegar hasta sus últimas consecuencias ni expresarse totalmente. Es de esperar que estas superestructuras florezcan brusca y repentinamente como florecen los manzanos en Moscú en la plaza Bolchoi, con los primeros rayos del sol de la primavera.

III. EL CONGRESO DE OCTUBRE DE 1961

El dramático XXII Congreso del Partido Comunista, de octubre de 1961, aclara perfectamente la presente situación de la U. R. S. S. Desde luego, no nos interesa captar, en todos sus matices, el dramático juego entre los diferentes individuos, ni enumerar la serie de condenas, de excomuniones, de «muertos vivos» y «vivos muertos», ni analizar ampliamente una agitación que con tanta frecuencia recuerda los atormentados y atormentantes personajes de Dostoiewsky, del tipo de *Los hermanos Karamazof*.

Lo que importa es la civilización soviética en sí, enfrentándose a difíciles decisiones y tareas, tanto en el plano interior como en el exterior, de cuyo éxito depende el porvenir. Estas tareas difíciles son: *primero*, las nacionalidades alógenas, las razas y civilizaciones no rusas que son bastante numerosas en el conjunto de las Repúblicas federadas; *segundo*, el porvenir material de la civilización soviética, considerada en su conjunto; *tercero*, el destino del comunismo internacional que pierde su tradicional monolitismo, para convertirse en «policéntrico» y abrir paso a «los comunismos de las patrias».

1. En lo que se refiere al primer problema, la situación es la siguiente: la U. R. S. S., como su nombre indica, es una federación de

Repúblicas, de Estados, en principio independientes, pero relacionados entre sí. Esta coexistencia puede mejorar y culminar en una poderosa civilización unificada.

Esta unión realizada por el Imperio de los zares ha conocido, desde antes de 1917, muchos avatares. Rota, reemprendida, consolidada, nuevamente encausada, sigue constituyendo un problema difícil, sin solución perfecta. Aunque su autonomía sea más que evidente, ninguna de las Repúblicas es verdaderamente independiente, puesto que su defensa, su policía y sus comunicaciones pertenecen al poder central, representado por los delegados que forman el Comité Central de cada República. Se ha denunciado la existencia de nacionalismo y de chovinismos locales. Se han producido choques relativamente violentos. Por ejemplo, Georgia volvió a entrar en la Unión en 1921; en la actualidad, la desestalinización tropieza allí con la resistencia opuesta por la fidelidad al más ilustre de los georgianos. Los Estados bálticos, liberados en 1918, anexionados en 1940, ocupados de nuevo en 1945, habían sido los depositarios, en la época del zarismo, de un estatuto privilegiado: estatuto que no les ha sido nuevamente concedido. También se produjo una crisis de Kirghizia, en 1949-51, a propósito de la epopeya nacional *Maas*, prohibida por las autoridades. En Azerbeïyan, en 1958, el Soviet Supremo dio a conocer su deseo de que sólo se reconociera como lengua de la República el *azei*.

Intereses locales, culturas, lenguas originales, recuerdos históricos, fidelidad o no al comunismo, intrusión, inmigración en todas estas Repúblicas, tanto de rusos como de ucranianos, constituyen otros tantos problemas y a veces tensiones de tipo colonial. Como consecuencia de la puesta en cultivo de las tierras vírgenes, los rusos son hoy más numerosos que los kazajs en el Kazajstán.

Sólo hay una política soviética posible, la de mantener, salvaguardar, la cohesión, la *armonía* del conjunto haciendo a los Estados nacionales concesiones razonables y a veces muy generosas, sobre todo si se tiene en cuenta que, todos juntos, representan una parte mínima del poder de la U. R. S. S. Esta es la política resultante del XX Congreso (1956). Después de este Congreso aumentaron las concesiones y el grado de autonomía, y se ha vuelto francamente a la política leninista de las nacionalidades. Para un occidental, estas fluctuaciones políticas evocan los problemas clásicos de flujo y de reflujo entre colonización y descolonización. Con un agravante, y es que en el caso de la U. R. S. S., las colonias y las metrópolis se yuxtaponen, geográfica y físicamente hablando. En el orden del día del XXI Congreso figura el problema de la *asimilación*, término por sí mismo significativo. Lo verdaderamente interesante sería saber si la U. R. S. S. está llamada a tener éxito en un terreno en el que Occidente acaba de fracasar.

El secretario del partido comunista de Kazajstán afirmó, en 1959, que «la tesis de Lenin, de la fusión de las naciones en razón de su auge y de la multiplicación de las prácticas comunes, se encuentra desde ahora confirmada por la experiencia». Esto es muy posible: como hemos visto, se han

dado casos en el pasado, de asimilaciones llevadas a cabo con éxito, y la política común, las concesiones recíprocas, la necesidad de convivir, son argumentos de peso a los que viene a sumarse la formación, gracias a la práctica del comunismo durante cuarenta años, de nuevas estructuras comunes en ambas partes. En todo caso, es evidente la tenacidad de las civilizaciones. El problema de las lenguas nacionales, defendido con obstinación y éxito, basta por sí solo para demostrarlo: las Repúblicas de la U. R. S. S. no han renunciado a sus civilizaciones locales. El debate continúa, pues, abierto. Incluso, cabe preguntarse si la lucha contra el analfabetismo y el desarrollo de la enseñanza, no han fomentado y desarrollado la conciencia nacional de las poblaciones de Asia Central.

2. Prosperidad o civilización "burguesa". La programación del plan de veinte años que permitirá a la U. R. S. S. el tener acceso a las felicidades de la sociedad comunista, no es un proyecto utópico.

Los expertos, aunque nunca están de acuerdo sobre el tipo de condiciones necesarias para que esto se cumpla, coinciden en decir que la U. R. S. S. tiene los medios adecuados para realizar este salto adelante hacia el bienestar. Incluso, las jóvenes generaciones afluyen con entusiasmo hacia los cuadros de la vida activa del país en la medida en que la opinión general está ansiosa de paz (apasionadamente) y de progreso material, que cree posible en un futuro próximo. Se está preparando un inmenso cambio que indudablemente tendrá lugar, sea cual sea la forma que adopte o la etiqueta que más tarde se le ponga.

Hoy, la vida soviética se caracteriza por este rápido ascenso hacia las últimas etapas de la Revolución industrial. La revolución jruscheviana ha abierto las puertas de este futuro próximo, desde que el plan septenal de 1958 ha insistido en las nuevas industrias que determinan un cierto tipo de consumo "sofisticado": electrónica, electro-mecánica, energía nuclear, materias plásticas, química de síntesis, todas ellas industrias que, en espera de que se cree una nueva capa de consumidores, exigen y forman "un nuevo tipo de clase obrera": técnicos de blusas blancas, tecnólogos, investigadores con despachos de estudios, sabios de laboratorio... El sociólogo del que hemos tomado estos detalles concluye que es la presión de las nuevas fuerzas sociales la que hace que la democratización de la U. R. S. S. sea irreversible.

Pero es necesario que este empuje y que esta presión se abran paso a través de las fuerzas vivas y de las inercias de la sociedad y del Partido comunista. Por otra parte, es lógico que a éste le corresponda, después de haber vencido tantas dificultades, el honor de haber conseguido este acceso al confort y al bienestar, que este éxito sea su éxito.

Por lo demás, la U. R. S. S. tiene interés en demostrar que ha cambiado después de cuarenta años de socialismo y que si la Rusia de 1917 vivía en el marco de la civilización occidental, la U. R. S. S. de 1962 no concebirá su acceso al bienestar según las normas adoptadas por el Occidente burgués. En resumen, tiene interés en demostrar que la prosperidad no supondrá para ella, como para el Occidente y para América, el medio de "separarse" de la Revolución.

Sobre este punto, es imposible prever. En todo caso, es seguro que la U. R. S. S. inventará su propia solución, que no será ni la europea, ni la americana.

3. El comunismo internacional. En este terreno, tampoco hay nada previsible ni claramente determinado.

Los comentaristas occidentales del Congreso de octubre de 1961 ven en él el final del monolitismo del comunismo internacional, como si la U. R. S. S. abandonara conscientemente la dirección exclusiva y los sacrificios que supone, para consagrarse por entero a su desarrollo y para integrarse, gracias a su prosperidad material, en las perfecciones del comunismo. En suma, la U. R. S. S. estaría dispuesta a aceptar, de ahora en adelante, el bicentrismo (China - U. R. S. S.) y hasta el policentrismo, el «comunismo de las patrias», cada una de ellas abandonada a su suerte y a sus problemas particulares.

Este juicio tan categórico es demasiado temerario: la política, hasta en el seno de la gran familia comunista obedece a reglas vulgares: enfadarse, pelearse, incluso amenazarse, para después reconciliarse y resignarse a unos compromisos que los anglosajones no son los únicos en preconizar. La desconfianza de la U. R. S. S. respecto de China no es reciente: tiene sus raíces en muchos siglos de historia y también en los conflictos que en el siglo XIX incorporaron a Rusia al número de las grandes potencias que se distribuyeron las riquezas y los restos de China. Pero su desconfianza respecto de los Estados Unidos es mucho mayor, y es la que determina las realidades de la guerra fría. La U. R. S. S., por las mismas razones que han obligado a los Estados Unidos a renunciar a su aislacionismo, no puede, aunque quiera, refugiarse en su prosperidad recién estrenada. Está obligada a pensar su política interior en función de las realidades exteriores del mundo.

No obstante, se está perfilando una clasificación, a través del mundo, de los partidos comunistas que rodean a la U. R. S. S. como un sistema planetario gravitando alrededor del sol, siendo, con frecuencia, estos planetas dispares los unos de los otros.

Los más lejanos son los partidos comunistas nacionales, los unos, encerrados en la hostilidad de los países occidentales prósperos (Italia, Francia), cuando no se les ha suprimido eficazmente (Alemania del Oeste, países anglosajones); los otros, instalados en la clandestinidad de los países occidentales políticamente hostiles, pero económicamente débiles (es el caso de España, de Portugal, de América latina), y otros, que actúan desde el ruedo, en el que todas las esperanzas están permitidas, de los países subdesarrollados fascinados por las experiencias soviética y china.

Y, además, toda una aureola de países comunistas, ya estén cerca o lejos. Los de la Europa Oriental protegen desde la última guerra la masa continental de la U. R. S. S.: Alemania del Este, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, en los que se están llevando a cabo enormes transformaciones económicas y sociales. Todos ellos, salvo, quizá, Bulgaria, son países camino de una rápida industrialización, aunque sólo Alemania del Este y Checoslovaquia heredaron una fuerte industria ya organizada antes de su entrada en el socialismo. Al margen de estos países, existen el caso desviacionista del comunismo albanés y del socialismo progresista de Yugoslavia.

La posición de estos países es compleja: por una parte, no les es posible alejarse de la U. R. S. S.; por otra, las reformas de estructuras, garantía de su

porvenir (reformas agrarias, desaparición de las inmensas propiedades polacas o húngaras, industrialización), se deben, seguramente, a la introducción del comunismo. De hecho, en cada país, y según las economías y las civilizaciones consideradas, las relaciones con la U. R. S. S. y con el mismo comunismo son más o menos libres y más o menos fructíferas.

Por último, muy lejos, agobiada por el peso de sus dificultades y animada por su orgullo, está la *China comunista*, el más extenso de los países subdesarrollados del mundo actual, con seguridad, el menos dócil y el más peligroso de los "partenaires" comunistas de la U. R. S. S.

Este mapa, rápidamente esquematizado, no corresponde únicamente a las posiciones políticas; es también el mapa de las posiciones económicas. Estas orientan de antemano el juego. La U. R. S. S., a la que un esfuerzo realizado desde hace tanto tiempo ha colocado a la cabeza del mundo comunista, corre el peligro de tener que pasar por la soledad de los vendedores.

LA UNION SOVIETICA DE 1962 A 1965

La Unión Soviética sigue comprometida en su prodigioso destino. En estos años han destacado, sobre todo, los hechos políticos, y en particular la emergencia del conflicto chino-soviético. del que la caída de N. Jruschev (17 de octubre de 1964) supone sólo un episodio.

El conflicto se ha agudizado en el curso de los años 1962, 1963 y 1964. Con anterioridad a 1962, los ataques dirigidos contra China por la U. R. S. S. eran formulados contra los doctrinarios y contra los albaneses; recíprocamente, los ataques chinos contra la U. R. S. S. eran formulados contra Yugoslavia y los «revisionistas». En 1962, la crisis cubana tuvo como consecuencia una profundización del foso abierto. Los primeros ataques contra una acción soviética determinada (aventurismo táctico, capitulacionismo estratégico) se produjeron inmediatamente después de esta crisis. En 1963, en el curso de diferentes Congresos (búlgaro, húngaro, italiano, checo) el conflicto adquirió caracteres manifiestos. El proyecto de Congreso comunista mundial lanzado por la U. R. S. S. fue denunciado como una maniobra para hacer inevitable la división del mundo comunista.

El año 1963 ha dado a conocer la profundidad de las discrepancias que, de hecho, se iniciaron inmediatamente después de la muerte de Stalin. En el curso del primer semestre del año se llevó a cabo una última tentativa de cicatrización. El 9 de marzo, Mao invitaba a Pekín a N. Jruschev. Recíprocamente, los soviéticos contestaron con una invitación a Moscú de una Delegación china. El 9 de mayo, China aceptaba la invitación. Pero el 14 de junio, Pekín publicó los 25 puntos que resumían la actitud china: se consideraba que el temor de los soviéticos de que las guerras nacionales de liberación y las revoluciones supusieran un peligro de conflicto mundial nuclear era una falta de sentido. La U. R. S. S. no debía seguir desempeñando el papel de líder del movimiento revolucionario mundial, de tener esta apreciación errónea de las relaciones de fuerza en el mundo actual y esta concepción estratégica falseada por el temor quimérico

de la utilización, por parte de los Estados Unidos, de su armamento nuclear. En pocas palabras, se hacía una condena en regla de la política de la coexistencia pacífica.

La U. R. S. S. hizo expulsar a un grupo de chinos que distribuían en Moscú el texto de los 25 puntos y acusó a China de soliviantar a los ciudadanos soviéticos contra su gobierno. China estimó que la no publicación del documento era la demostración tácita de que la U. R. S. S. se negaba a considerar el conflicto como ideológico y lo transformaba en un conflicto entre Estados. No sorprendió, pues, a nadie que la *reunión chino-soviética de Moscú* (5-20 de julio) terminara con un fracaso total.

China quiso ver en los acuerdos de Moscú (U. R. S. S., Inglaterra, Estados Unidos), sobre la suspensión de las explosiones atómicas, una alianza del gobierno soviético con el imperialismo capitalista: los soviéticos replicaron que los chinos se oponían a la coexistencia pacífica, tal como la había definido Lenin. Los chinos dieron entonces a conocer que la U. R. S. S. había denunciado en 1959 un acuerdo secreto de 1957, sobre ayuda al desarrollo del armamento nuclear, incluida la entrega de armas atómicas a China. Por su parte, la U. R. S. S. denuncia las desmesuradas ambiciones de China, (que haría mejor en consagrar sus esfuerzos al desarrollo económico) y declara que la voluntad china de *leadership* sobre los movimientos revolucionarios de Africa y de Asia está contaminada por el racismo.

En 1964 continúa la polémica en torno a los dos grandes temas de contra-propaganda soviética:

1. El problema de las «ambiciones territoriales» de China con respecto a la Unión Soviética (y también de la India). Los soviéticos buscaron la prueba del deseo de revisión de las fronteras chino-soviéticas en una entrevista concedida por Mao a un grupo de parlamentarios japoneses. Esta prueba parece frágil, y el planteamiento disimula de hecho problemas de nacionalidades (Turkeistán).

2. El problema del racismo chino ha sido mencionado explícitamente en el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética en el informe Suslov (14 de febrero 1964), y más tarde en la declaración Gavurov, hecha inmediatamente después del Congreso de Argel.

La última tentativa soviética para oponerse a la explosión, cada vez más probable de una bomba china, ha sido la declaración de Zorin: al tener los chinos unas finalidades particulares con los de la Alianza comunista, se podría dar el caso de que no fueran sostenidos automáticamente por el armamento nuclear soviético, en caso de conflicto. Parece que esta declaración ha facilitado la agresión americana al Vietnam del Norte, después de los incidentes del golfo de Tonkín. En la actualidad, la piedra de toque del conflicto y, eventualmente, de un acercamiento chino-soviético, continúa siendo, tanto el Vietnam, en donde el apoyo soviético parece nuevamente necesario, como Indonesia, cuyo gobierno, a corto plazo, sólo puede contar con el apoyo chino.

Debemos confesar que sospechamos, más que conocemos, esta lucha internacional por el control de Asia. Es difícil saber qué influencia predomina-

rá, en el futuro, en el continente, si la de China, la de la U. R. S. S. (que en un pasado reciente se ha pronunciado a favor de la India), la de los Estados Unidos (y el Occidente). Y si se da el caso, es también difícil saber cómo se realizará la distribución de influencias.

De todos modos, el conflicto chino-soviético ha tenido importantes repercusiones en Europa. Favorece la relajación de la influencia soviética sobre sus satélites (Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia) y la liberalización de los partidos comunistas occidentales (el *togliattismo*).

Toda esta agitación de las tensiones exteriores no enmascara la evolución política, social y económica de la vida soviética. Los dirigentes van reconociendo progresivamente el peso de las leyes económicas naturales y tratan de concederles el lugar que les corresponde. Este es el sentido de las transformaciones en la gerencia de las empresas, las cuales tendrán que adaptarse a las exigencias del consumo, en particular a los deseos de la clientela, y no contentarse ya únicamente con responder a las normas de producción fijadas por los planes, política que ha provocado la acumulación de enormes «stocks» de productos no vendidos (por ejemplo, de calzado). No cabe duda de que esta nueva orientación corresponde a un deseo general de la opinión pública soviética.

NOTAS Y DOCUMENTOS

En este caso, el lector corre el riesgo de perderse en medio de lecturas, unas más recomendables que otras. Tiene, pues, que hacer una selección entre ellas.

En lo que se refiere al pasado, tanto de Kiev, como moscovita y ruso, no existe ninguna dificultad. Los historiadores soviéticos y los historiadores occidentales están de acuerdo sobre la sucesión, y, *grosso modo*, sobre la apreciación de los acontecimientos. Se puede leer, tanto el breve resumen de P. Pascal, *Histoire de la Russie*, P. U. F., Colección «Que sais-je?», como la voluminosa obra de A. Pankratowa, *Histoire de l'U. R. S. S.*, tres volúmenes (en francés), Moscú... No existe desacuerdo entre los historiadores sobre la Revolución de 1917 ni sobre sus consecuencias, desde que la «desestalinización» ha hecho posible situar a los acontecimientos y a los hombres en un clima de apacibilidad y de verdad.

Por el contrario, sigue en pie la discusión en lo que se refiere a las bases ideológicas de la Revolución rusa, en la medida en que ésta permanece viva, tanto en la U. R. S. S. como fuera de ella. Lo primero que hay que hacer es familiarizarse con su lenguaje, que es evidentemente, en lo fundamental, el del marxismo. Sobre Marx, lo mejor es leer sus obras completas, pero esto es una tarea difícil y que exige mucho tiempo. Recurrir a los extractos de sus obras, *Morceaux choisis*, Gallimard, segunda edición, 1956, nos parece una mala solución. Es preferible recorrer las mismas obras de Marx, como se quiera, y hasta «en diagonal». Para tener una visión previa del marxismo, se puede tomar como punto de partida, tanto el libro de Henri Arvon, *Le marxisme*, Colin, 1955, como el de Henri Lefebvre, *Le marxis-*

me, P. U. F., colección «Que sais-je?», 1948, o el libro de Georges Gurvitch, *Sociologie et Dialectique*, Flammarion, 1962. El punto de vista católico lo expone J. Y. Calvez, en *La pensée de Karl Marx*, Ed. du Seuil, 1956 (trad. castellana, Ed. Guadarrama).

Igualmente se sigue polemizando en lo que se refiere al estado actual del mundo soviético, a la última hora, y visto de una manera prospectiva. Nuestro consejo es triple: 1.º, considerar a este mundo con simpatía, no olvidando nunca que el historiador debe comprender y no juzgar; 2.º, desconfiar de los juicios perentorios del tipo de: todo es odioso, todo es perfecto; 3.º, no olvidar que el pensamiento francés sigue floreciendo en la Unión Soviética, y que se sigue su evolución (lo mismo que la de la vida política francesa) con interés y simpatía. Para muchos soviéticos, Francia continúa siendo el país de la dulzura y del arte de vivir, cualesquiera que sean las conmociones de su vida política o los imperativos de la ideología.

1. Una dimensión del esplendor soviético: la nueva Siberia.

Interesa captar una dimensión visual, si cabe decirlo así. Se conseguirá con la lectura del libro de Pierre Rondiére, *Dématurée et fabuleuse Sibérie*, Hachette, 1962.

a) *La ciudad de los sabios en la región de Novosibirsk.*

El profesor Sobolev interviene en esta pausa de la conversación: «La ciencia no es un privilegio europeo...» Sonríe: «Y todo estaba concentrado en la parte europea de la U. R. S. S.... Pues, bien, estallamos. Ya conoce usted nuestro objetivo: producir en 1965, entre los Urales y Vladivostok, el 40 por 100 de la totalidad de las riquezas soviéticas.»

Me limito a asentir silenciosamente con la cabeza. Y él añade: «la ciudad de los sabios será un factor decisivo en la realización de este proyecto».

He comprendido. Pero pregunto: «Pero, ¿por qué aquí?»

El profesor Laurentiev vuelve a tomar la iniciativa: «Una comisión gubernamental ha viajado durante dos años por Siberia, ha examinado ocho emplazamientos posibles, y, finalmente, ha escogido éste.» Yo no había pensado ni por un solo instante que el presidente de la Academia de Ciencias había paseado, con los ojos cerrados, el dedo por el mapa de Siberia y decidido al azar el emplazamiento de la ciudad de los sabios. Pero el profesor Laurentiev, que sabe leer en los rostros con la misma facilidad que en las corrientes subterráneas del Ienessei, prosigue antes de que yo haya podido abrir la boca:

«Los ocho centros previstos ofrecían las mismas ventajas desde el punto de vista industrial. La razón fundamental de que nos hayamos instalado en éste ha sido el clima. Es mucho menos riguroso que en otros lugares, mucho más soportable, y corresponde aproximadamente al que estaban acostumbrados a soportar, en Moscú o en Leningrado, nuestros sabios y nuestros investigadores.»

Después de haber comprobado la baja temperatura del medio ambiente, hago un gesto de escepticismo.

«Sí, sí, se lo aseguro.» El profesor Sobolev insiste en ello, convincente-

mente: «El frío es seco. Cuando se está bien abrigado, no llega al cuerpo como el frío húmedo. Créame usted, se soportan más fácilmente 40 grados aquí—40 grados secos—que 20 grados en Moscú, con toda la humedad... Yo tengo esta experiencia.» La señora Kotchina, el profesor Laurentiev, todos están de acuerdo sobre este punto.

Si ellos lo dicen, ¡así será!

«Nuestra elección ha sido acertada, insiste el profesor Laurentiev. Delante de nosotros, la calma de los bosques, la nieve, el esquí... En verano, largos paseos, las setas, el olor de los pinos y del monte bajo. Detrás de nosotros, el mar artificial de Obi, las playas, los barcos, la posibilidad de remar, de nadar, en una palabra, de todas las diversiones náuticas... y la pesca. Estamos a media hora de Novosibirsk, Moscú está a cuatro horas de avión de Novosibirsk, y Leningrado a cinco.» De repente dice: «Aquí nos encontramos en el centro del mundo...; por lo tanto, construimos.»

Y, efectivamente, construyen. Desde mi sitio, sin moverme, veo, a través de los cristales, un edificio pintado de blanco, y siluetas minúsculas haciendo gestos que desde aquí no puedo distinguir, recortadas en negro sobre su cresta. 980 edificios, 53.000 cuartos, 21 institutos...»

b) *En la cuenca hullera del Kuzbass.*

«El subsuelo siberiano es generoso. El carbón resulta aquí cinco veces menos caro que en Europa.

¡Pero es necesario quitar la tierra, la ganga de tierra que duerme sobre el filón del carbón, esa capa de varias decenas de metros, ese colchón protector! Y, ¿cómo? ¿Con un pico, con una pala o con una excavadora?

Ni con pico, ni con pala, ni con excavadora, sino con agua, con un chorro de agua.

¡Pero qué chorro de agua! Una tubería tan gruesa como una cabeza de mamut que se abre sobre una desembocadura que expulsa un chorro de una potencia de doce atmósferas. Si a doscientos metros se coloca bajo esta ducha a un hombre normalmente constituido, no quedaría de él más que una papilla sangrienta de carne y de huesos. Y hasta puede que no quedase nada de él, que fuera fragmentado y desintegrado. ¡Es imposible saberlo con exactitud, puesto que nadie lo ha intentado!

Pero yo he visto cómo este chorro irresistible, manejado desde lejos gracias a una palanca, y por un solo hombre, labraba la tierra, ascendía hasta una altura de cincuenta metros, cargado de tierras, de piedras, de areniscas, limpiaba, quitaba los escombros, y cortaba, como si fuera un hacha, la tierra, que quedaba reducida a una masa líquida, aspirada por unas tuberías de la altura de un hombre, transportada a una distancia de tres kilómetros, hasta un lago que actúa de filtro, quitando todo el barro y devolviendo el agua pura, que es proyectada de nuevo para volver a empezar su trabajo de demolición. Porque, en efecto, semejante chorro, con un solo hombre, hace las veces de 20.000 desmontistas.»

2. Las diferentes controversias planteadas.

a) A nuestro juicio, cabe la posibilidad de que la discusión carezca

de claridad (por ejemplo, en lo que se refiere al Mercado Común y al Comecom) si no resolvemos la cuestión previa de si la U.R.S.S. es o no parte integrante de Europa. Creemos que sí, y sin reticencias. Claro está que reconociendo que es «otra» Europa, griega, ortodoxa, asiática, nacida de unas fusiones y mezclas particulares. Pero, el marxismo, que le ha imprimido carácter, es típicamente un producto de Europa. La industrialización también es Europa. Una realidad indiscutible para cualquier europeo que viaje por la U. R. S. S., es que se encuentra en Europa, esté o no de acuerdo con el régimen político vigente. Esto es otro problema.

b) El comunismo tiene que ser comprendido «desde el interior». Esta fórmula de Jean Bruhat es fundamental, hay que insistir «sobre la socialización de los medios de producción» que constituye la base del régimen, lo cual no supone la desaparición de la propiedad individual. Después de leer nuestros capítulos, quizá sea posible leer sin dificultad y sin error, este texto de Jean Bruhat, *Cahiers pédagogiques* (1 de junio de 1962):

«El término comunista puede resultar equívoco. Es exacto, en la medida en que se quiere dar a entender, que en la U. R. S. S. y en las democracias populares los partidos dirigentes son comunistas.

Desde este punto de vista, es necesario hacer un estudio histórico de los partidos comunistas: filiación con el *Manifiesto del Partido Comunista de 1848*, la Primera Internacional, la Segunda Internacional, su crisis, el nacimiento de los partidos comunistas, la fundación de la Internacional Comunista, en marzo de 1919. Pero el término comunista es inexacto si, con su empleo, se quiere dar a entender que estamos en presencia de una sociedad comunista. A este respecto, debemos referirnos al texto de Marx: *Glosas marginales al programa del partido obrero alemán*. Distingue la fase inferior del comunismo que se caracteriza por el reparto de los bienes materiales, según el trabajo de cada uno en una sociedad en la que los medios de producción están colectivizados (lo que implica, todavía, una distribución desigual). En la fase superior, «la sociedad podrá escribir sobre sus banderas: de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades». En el vocabulario del marxismo de la época más reciente, se da a la primera fase el nombre de *socialismo*, reservándose el término *comunismo* para lo que Marx llamaba la fase superior del comunismo. Por lo tanto, en la actualidad, no se debe hablar de un mundo comunista europeo, sino de un mundo socialista. El programa adoptado por el XXII Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. estudia, precisamente, las condiciones del paso del socialismo al comunismo. Sería, pues, erróneo dejar creer a los alumnos que nos encontramos en presencia de un mundo comunista.»

c) En lo que se refiere al pasado del socialismo al comunismo y al XXII Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. (Moscú, octubre de 1961), consultar el número especial de *La Nef*, París, 1962.

d) Otro problema: ¿existe o no, una «civilización comunista» o soviética? Una carta de René Portal, profesor de La Sorbona y especialista en historia rusa, y que tiene con su tema de estudio esta relación de simpatía, sin la cual no hay historiador posible, aconseja que no se conteste

a esta pregunta con excesiva precipitación. (La carta ha sido publicada en los *Cahiers pédagogiques*, 1 de junio de 1962.)

«Ya he expresado mi indecisión, escribe René Portal. Pienso que es prematuro hablar de una civilización soviética, cuando sus fundamentos apenas tienen cincuenta años. Y si se insiste ya sobre los hechos de «masas» y sobre las transformaciones *materiales*, no veo clara la diferencia que se puede establecer entre una civilización «soviética» y una civilización «americana», en un mundo relacionado por la técnica y las semejanzas de la vida cotidiana. Pero existe una concepción marxista del mundo, que no radica sólo en las formas de encuadramiento de la vida económica, en el espíritu de colectivización, de justicia distributiva, en la igualdad de las categorías sociales, sino, sobre todo, en la fe, en el genio humano, indiferente a un posible más allá. En el futuro, podrá hablarse de una «civilización soviética», pero no de momento.

Por estas razones, hemos evitado nosotros el empleo de esta expresión y hemos preferido hablar sucesivamente de Moscovia, de Rusia y de la U. R. S. S. El comunismo constituye una puesta en orden de una civilización que le es anterior, que soporta un choque, pero deforma sus cuadros. En el caso de que un sistema comunista sea instaurado en Francia, la civilización francesa seguiría subsistiendo.

Esta discusión nos devuelve a nuestras definiciones: la civilización es el más amplio de los amplios movimientos de la historia. No se puede confundir ni con las instituciones políticas, ni con la ideología, ni con las religiones o los órdenes sociales, todos ellos realidades que implica la misma civilización. Resulta poco razonable contraponer, por ejemplo, «una civilización soviética» a una «civilización occidental». Equivaldría a equivocarse sobre el concepto mismo de civilización.

3. La literatura rusa.

Una civilización también es una literatura. El acceso a la literatura rusa y soviética está facilitado por la existencia de numerosas traducciones. Para un panorama antiguo, continúa siendo útil el libro de Jules Legras, *La littérature russe*, Colin, 1929. Evidentemente, es imposible hacer una selección dentro de la literatura rusa. Señalemos, por lo menos, las obras completas de Máximo Gorki, en traducción francesa, *Éditeurs Français Réunis*, 1949-1962, 18 tomos publicados y, a este respecto, el artículo de Hubert Juin, sobre Gorki, en *Critique*, 1962, núm. 181, que da una visión de conjunto.

4. El Domostroi.

Sobre el *Domostroi* del siglo xvi, que recoge en su texto los preceptos antiguos, probablemente redactados, en parte, en el siglo xv, y que aclara de manera insustituible el conocimiento de la civilización moscovita, en visperas de la modernidad, lo más aconsejable es la consulta de la tesis complementaria de M. E. Duchesne. Picard, 1910, que ofrece una traducción y un comentario de este texto tan hermoso.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. John Locke: *Carta sobre la tolerancia*.
2. Abū Naṣr al-Fārābī: *La Ciudad Ideal*.
3. Montesquieu: *Del espíritu de las Leyes* (2.ª ed.).
4. Pasquale Stanislao Mancini: *Sobre la Nacionalidad*.
5. Jean-Jacques Rousseau: *Discurso sobre la Economía política*.
6. Rudolf Hilferding: *El Capital financiero*.
7. Immanuel Kant: *La paz perpetua* (2.ª ed.).
8. John Stuart Mill: *Del Gobierno representativo*.
9. Max Weber: *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*.
10. Baruch Spinoza: *Tratado teológico-político. Tratado político*.
11. Jean Bodin: *Los seis libros de la República*.
12. Edmund Husserl: *Meditaciones cartesianas*.
13. Montesquieu: *Cartas persas*.
14. Averroes: *Exposición de la «República» de Platón* (2.ª ed.).
15. Francisco de Quevedo: *Defensa de Epicuro contra la común opinión*.
16. Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert: *Artículos políticos de la «Enciclopedia»*.
17. Martín Lutero: *Escritos políticos*.
18. Joseph A. Schumpeter: *Imperialismo. Clases sociales*.
19. Étienne de la Boétie: *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*.
20. Marco Tulio Cicerón: *Sobre la República. Sobre las leyes*.
21. Johann Gottlieb Fichte: *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos*.
22. Lucio Anneo Séneca: *Diálogos*.
23. *Código de Hammurabi*.
24. Immanuel Kant: *Teoría y práctica* (2.ª ed.).
25. Thomas Hobbes: *Del ciudadano. Leviatán* (3.ª ed.).
26. David Hume: *Ensayos políticos*.
27. Jean-Jacques Rousseau: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos* (2.ª ed.).
28. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Análisis infinitesimal*.
29. Ludwig Wittgenstein: *Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología*.
30. Immanuel Kant: *Los progresos de la metafísica desde Leibniz y Wolff*.
31. Isaac Newton: *Principios matemáticos de la Filosofía natural*.
32. Henry D. Thoreau: *Desobediencia civil y otros escritos*.
33. Sulpicio Severo: *Obras completas*.
34. Nicolás Copérnico: *Sobre las revoluciones (de los orbes celestes)*.
35. Johann Gottlieb Fichte: *Introducciones a la doctrina de la ciencia*.
36. Immanuel Kant: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*.
37. Tomás Moro: *Utopía*.
38. Thomas Jefferson: *Autobiografía y otros escritos*.
39. René Descartes: *Discurso del método* (2.ª ed.).
40. Mo Ti: *Política del amor universal*.
41. Père Joseph y Henri de Rohan: *Del interés de los Estados*.
42. Johann Heinrich Pestalozzi: *Cartas sobre educación infantil*.
43. J. B. Erhard, J. B. Geich, J. G. Hamann, J. G. Herder, I. Kant, G. E. Lessing, M. Mendelssohn, A. Riem, F. Schiller, Ch. M. Wieland: *¿Qué es Ilustración?* (2.ª ed.).
44. Louis-Ambroise de Bonald: *Teoría del poder político y religioso*.
45. *Poema de Gilgamesh*.
46. Nicolás Maquiavelo: *Del arte de la guerra*.
47. David Hume: *Tratado de la naturaleza humana*.
48. Lucio Anneo Séneca: *Sobre la clemencia*.
49. Benjamin Constant: *Del espíritu de conquista*.

50. *Himnos sumerios.*
51. Johann Gottlieb Fichte: *Discursos a la nación alemana.*
52. Nicolás Maquiavelo: *El príncipe* (2.^a ed.).
53. Wilhelm von Humboldt: *Los límites de la acción del Estado.*
54. Jean-Jacques Rousseau: *El contrato social o Principios de derecho político.*
55. *Fragmentos Vaticanos.*
56. Jean-Jacques Rousseau: *Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia y su Proyecto de reforma.*
57. Marsilio de Padua: *El defensor de la paz.*
58. Francis Bacon: *Teoría del cielo.*
59. Immanuel Kant: *La metafísica de las costumbres.*
60. *Libro de los Muertos* (2.^a ed.).
61. Martin Heidegger: *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del «Spiegel».*
62. Baruch Spinoza: *Tratado de la reforma del entendimiento y otros escritos.*
63. Nicolai Hartmann: *Autoexposición sistemática.*
64. Marco Tulio Cicerón: *Sobre los deberes.*
65. Santo Tomás de Aquino: *La monarquía.*
66. *La Revolución francesa en sus textos.*
67. Joseph de Maistre: *Consideraciones sobre Francia.*
68. Hans J. Morgenthau: *Escritos sobre política internacional.*
69. Thomas Paine: *El sentido común y otros escritos.*
70. *Himnos babilónicos.*
71. Georg Wilhelm Friedrich Hegel: *Diferencias entre los sistemas de filosofía de Fichte y Schelling.*
72. Eduard Bernstein: *Socialismo democrático.*
73. Voltaire: *Filosofía de la Historia.*
74. Immanuel Kant: *Antropología práctica.*
75. Karl Mannheim: *El problema de una sociología del saber.*
76. Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher: *Sobre la religión.*
77. Pedro Abelardo: *Conócete a ti mismo.*
78. Carl Schmitt: *Sobre el parlamentarismo.*
79. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Escritos en torno a la libertad, el azar y el destino.*
80. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Los elementos del Derecho natural.*
81. Nicolás Maquiavelo: *Escritos políticos breves.*
82. Johann Gottlieb Fichte: *El Estado comercial cerrado.*
83. Epicuro: *Obras.*
84. Johann Christoph Friedrich Schiller: *Escritos sobre estética.*
85. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Escritos de dinámica.*
86. Anne-Robert-Jacques Turgot: *Discursos sobre el progreso humano.*
87. Immanuel Kant: *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza.*
88. Francis Hutcheson: *Una investigación sobre el origen de nuestra idea de belleza.*
89. Bartolomé de las Casas: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.*
90. Guillermo de Ockham: *Sobre el gobierno tiránico del papa.*
91. Thomas Hobbes: *Diálogo entre un filósofo y un jurista, y escritos autobiográficos.*
92. David Hume: *Historia natural de la religión.*
93. Dante Alighieri: *Monarquía.*
94. Thomas Hobbes: *Behemoth.*
95. Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling: *Cartas sobre dogmatismo y criticismo.*
96. Fadrique Furió Ceriol: *El Concejo y Consejeros del Príncipe.*
97. Ludwig Feuerbach: *Escritos en torno a «La esencia del cristianismo».*
98. Ludwig Ernst Borowski: *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant.*
99. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Disertación sobre el estilo filosófico de Nizolio.*
100. *Ley de las XII Tablas.*
101. John Stuart Mill: *Beniham.*

SEMILLA Y SURCO

Colección de Ciencias Sociales

SERIE DE SOCIOLOGÍA

Dirigida por FRANCISCO MURILLO FERROL

- Apostel, L., y otros: *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*.
- Beltrán, M.: *La realidad social*.
- Betancourt, W., y otros: *La enseñanza, la reflexión y la investigación filosóficas en América Latina y el Caribe*.
- Borreguero, C.; Catena, E.; De la Gándara, C.; Salas, M., y otros: *La mujer española: de la tradición a la modernidad (1960-1980)*.
- Bottomore, T., y otros: *La miseria de la sociología*.
- Carbonnier, J.: *Sociología jurídica* (2.ª ed.).
- Cohen, R. S., y otros: *Repercusiones sociales de la revolución científica y tecnológica*.
- Durán, M. A.: *Desigualdad social y enfermedad*.
- González García, J. M.: *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*.
- González Seara, L.: *La Sociología, aventura dialéctica*.
- Gregory, D. D.: *La odisea andaluza: una emigración hacia Europa*.
- Hallak, J.: *Invertir en el futuro. Definir las prioridades educacionales en el mundo en desarrollo*.
- Hawley, A. H.: *Ecología humana* (3.ª ed.).
- Hawley, A. H.: *Teoría de la ecología humana*.
- Jessop, B.: *Orden social, reforma y revolución*.
- Jiménez Blanco, J.; Moya Valgañón, C. (coords.), y otros: *Teoría sociológica contemporánea*.
- König, R.: *Tratado de Sociología empírica*.
- López Pina, A., y otros: *Poder y clases sociales*.
- Lucas Martín, A.: *Fundamentos de teoría sociológica*.
- Martínez Albertos, J. L.: *La información en una sociedad industrial* (2.ª ed.).
- Mauss, M.: *Sociología y antropología*.
- Miguel, A. de: *El poder de la palabra. Lectura sociológica de los intelectuales en Estados Unidos*.
- Miguel, A. de., y Salcedo, J.: *Dinámica del desarrollo industrial de las regiones españolas*.
- Miguel, J. M. de: *El ritmo de la vida social. Análisis sociológico de la dinámica de la población en España*.
- Morales Navarro, J., y Abad Márquez, L. V.: *Introducción a la sociología* (2.ª ed.).
- Morán, F.: *El nuevo reino. Sentido de la política en África negra*.
- Murillo Ferrol, F.: *Estudios de Sociología política*.
- Pino Artacho, J. del: *La teoría sociológica. Un marco de referencia analítico de la modernidad*.
- Proshansky, H., y Seidenberg, B.: *Estudios básicos de Psicología social*.
- Reiffers, J. L., y otros: *Las empresas transnacionales y el desarrollo endógeno. Efectos sobre la cultura, la comunicación, la educación, la ciencia y la tecnología*.
- Rodríguez, J. A.: *Salud y sociedad. Análisis sociológico de la estructura y la dinámica del sector sanitario español*.
- Rodríguez Aranda, L.: *Ideas para una sociología del pueblo español*.
- Tezanos, J. F.: *Sociología del socialismo español*.
- Tierno Galván, E.: *Conocimiento y ciencias sociales*.
- Tortosa, J. M.: *La pobreza capitalista. Sociedad, empobrecimiento e intervención*.
- Touraine, A., y otros: *¿Qué empleo para los jóvenes? Hacia estrategias innovadoras*.